

Rojo como tu pelo

Lucía Victoria Torres



LETRA X LETRA

Torres, Lucía Victoria, 1960-

Rojo como tu pelo / Lucía Victoria Torres. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

476 p. ; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-132-1

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie

Co863.44 cd 21 ed.

T693

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría
Villegas

Rojo como tu pelo

Segunda edición: agosto de 2012

© Lucía Victoria Torres

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A #10 sur-107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-132-1

Ilustración de carátula: Carolina Escobar

Editado en Medellín, Colombia

How long will you stay in the United States?

¡¿Qué?! Vaya pregunta. Es lo menos claro en este viaje donde todo luce tan impreciso. Quizá el destino sepa lo que durará la estancia, pero ella no. Se hace la que no entiende. El funcionario de inmigración le repite la pregunta en español, la misma que le harán José Luis, Marcelo, los amigos de ellos, los conocidos de los amigos de ellos y cuanto pelagatos conozca de ahí en adelante; José Luis dentro de poco mientras conduce su auto hacia Manhattan, Marcelo al recibirla en el apartamento, los demás, con solo verla. “¿Cuánto tiempo te quedarás en los Estados Unidos?” será la pregunta recurrente, seguida de “¿Y a qué viniste?”.

Después de oír “El tiempo que me autoricen”, la mentira que ella le lanza mirándolo a los ojos, el funcionario averigua por el motivo del viaje. ¿Que por qué ha venido? Eso sí está complejo. Un atentado terrorista que me ocurrió en mi país, podría decir, lo cual es cierto y sería válido esgrimir como razón pues así hayan pasado unos años del infame suceso, el ataque sigue siendo un episodio por superar; sus olores y colores se obstinan en quedarse dentro de ella. Sí, ese carro bomba es un argumento válido, pero mejor guardarlo por si las cosas se ponen en contra de la intención de quedarse. Bien útil puede ser sacarlo a relucir en caso de asilo, por ejemplo, así que ni modo. ¿Echar tan rápido el As bajo la manga? Ni

riesgos. Si bien muchas cosas del viaje, como de su vida, permanecen borrosas, dos ideas siguen nítidas en su mente. Una, lo que sea con tal de no regresar a Colombia; dos, lo que sea menos convertirse en una ilegal tercermundista en Estados Unidos. “Primero en Medellín otra vez”, se ha dicho a sí misma, “pero ilegal, por nada del mundo”. Atenderá al pie de la letra el consejo de la tía Margó, escarmentará por cabeza ajena. Por otro lado, decir atentado terrorista asustaría a los celosos guardas gringos que han quedado tan paranoicos después del 9/11, o les haría sospechar su intención de quedarse en un país ajeno en vez de devolverse para el propio. Sus cavilaciones parecen no caber en los segundos que el funcionario espera por la respuesta a la razón del viaje. Pero los pensamientos, recuerdos o temores, cuando asaltan, carecen de medida, y más los de Violeta Sánchez Ruiz. Finalmente se transa por la verdad más inmediata y sin gaguear dice “Voy a visitar a mi hermano”. El guarda se toma unos segundos para decidir cuánto tiempo le autoriza a la “nice lady” que aparece en la foto del pasaporte y coteja con el rostro de la mujer que tiene al frente. Mientras él pasa y repasa las hojas del documento, ella se pregunta si le habrá creído, observa la piel negra y el pelo blanco del hombre, lo compara con los chocoanos, recuerda que los negros en su país recibieron la libertad primero que los esclavos gringos y, sin embargo, aún viven una existencia agobiada por la exclusión en vez de la vida digna que parece llevar este señor que, negro y todo, le inspira respeto ahí parado detrás de esa ventanilla pues, negro y todo, encarna ante ella la autoridad de la mayor potencia del mundo; este señor serio, hermético, negro como Iris, que de pronto deja de mirar el pasaporte, estampa el sello respectivo en la tarjeta de inmigración, le devuelve los documentos y con un seco “Have a good time” la da por despachada y la deja pasar sin problema, generándole un alivio y una alegría que se vuelven decepción y alarma a los pocos segundos al ver el

sello con el permiso de estadía y encontrar que solamente le han concedido dos meses y no los seis que esperaba, como en el 98, cuando vino por primera vez; en aquella ocasión apenas pudo quedarse tres semanas, mientras que ahora, cuando de verdad necesita los seis meses, le quitan cuatro. Pensar en eso la hace detenerse en su trayecto hacia la zona de equipajes, preguntarse “¿Qué voy a hacer?” y quedarse estática en medio del corredor entapetado del aeropuerto gringo. Pasan ante sus ojos muchas piernas seguidas de maletas pequeñas con rueditas, muchas piernas, zapatos y tacones que terminan diciéndole que está estorbando en esa ruta de pasajeros ansiosos por llegar a algún punto del laberíntico aeropuerto, hombres y mujeres que se guían por la señalización y las pantallas con información donde está dicho todo lo que es necesario saber para evitar extraviarse en esa red de salas, corredores, escaleras y mostradores. “En fin, algo podrá hacerse después”, se dice, y reinicia la marcha por esa telaraña gigante que la emociona porque “esto sí que es estar en un aeropuerto de verdad”. La emoción le hace ver otra cara del asunto, sacar un buen balance y decirse que, en medio de todo, la cosa estuvo muy bien: sin requisas, sin rayos equis, sin preguntas engorrosas, sin desconfianzas y observaciones desdichadas sobre su origen, sin humillaciones por venir del país del narcotráfico... Claro, hasta que el señor bajito y rechoncho que estaba en las filas de inmigración resulta caminando a su lado y le da por preguntar “¿De qué parte de Colombia es usted?”. Picada por la curiosidad que le despierta semejante pinta de ejecutivo en alguien de tan pronunciados rasgos indígenas, más que por el deseo de hablar con él, ella le autoriza la conversación.

—¿Cómo supo que soy de allá?

—Una colombiana se reconoce ahí mismo —dice el hombre sonriendo y mandándole una miradita de picardía—. No necesitan hablar, no lo pueden ocultar.

Lo dicho por el hombre, que por su acento parece ecuatoriano... no, boliviano... ¿o será peruano?... lleva a Violeta a pensar en las mulas, las mujeres que transportan coca en su cuerpo, esos correos humanos de los narcotraficantes que viajan con miles de dólares y euros en el estómago o en la vagina por los aeropuertos gringos y europeos. Se pone nerviosa. Qué quiere este señor, ¿ah? Él lee la desconfianza en su actitud distante.

—Se conocen en la manera de sentarse, de mover las manos y los ojos cuando hablan —le explica el gordito pulcro y perfumado—. He analizado a todas las latinas, pero el sex-appeal de ustedes es único.

—¡Gracias!

—Lástima esa guerra de su patria. Y ahora están diciendo que la mitad de los dólares falsos que circulan en el mundo se producen en imprentas clandestinas allá.

—¿Cómo dice?

La decepción apaga la satisfacción generada por los piropos y se nota en el gesto de ella.

—Pero no se preocupe que ustedes son glamorosas, lo hechizan a uno, encantan —agrega el hombre, adornando con una sonrisa su cara de buena gente—. Que pase buen día, señora —concluye, se adelanta y se va yendo con todos los demás que caminan ansiosos en busca de su destino.

Mientras camina, Violeta pelea con los sentimientos cruzados que tiene por su patria y que han sido instigados por el gordito encorbatado; siempre que analiza con frialdad la situación allá, la balanza se inclina hacia el lado oscuro. Sin embargo, cómo fastidia lo que acaba de decir este señor, igual a cuando en el barrio hablaban mal de Julián, de José, de Brenda, de alguno de sus hermanos. Cómo será la cosa afuera entonces. Ni siquiera ha salido del Newark Liberty International Airport y ya han ocurrido dos hechos desagradables: el sello y este encuentro. ¡Qué tal el personaje! Y encima la llama señora.

“¡Majadero!”, le dice ella mentalmente al verlo por detrás con el pelo atrapado en la gomina, un pelo que se deduce lacio, fuerte, denso, como era el de los indios de Campoalegre, la finca del tío Ramón; la comparación con ellos cambia la percepción sobre el señor boliviano-peruano-ecuatoriano; de pronto, el tipo con sus piropos resulta simpático y trae a la mente de Violeta al indiecito que le servía de mandadero al tío en el almacén del pueblo. “¿Cómo se llamaba?”, se pregunta. Detrás de un recuerdo pueden llegar muchas otras cosas. Por eso, la anodina evocación se encadena con la idea de que el personaje del indio se le había escapado pero debe quedar en la bendita novela que ahora sí, por fin, va a poder escribir después de tantos años de apuntes, vueltas en la cabeza y horas fumando en el balcón. A pesar del encarte del momento, Violeta piensa que es mejor anotar ese dato ahora, “ya mismo porque son muchas ideas y después se olvidan”. Esculca con la mano en el bolsillo externo del morral que le lleva el hombro derecho caído, el resistente morral que sigue como nuevo a pesar de tantos años viajando, que ni se descose con el abuso de las cosas metidas a la brava, el típico morral de viajero internacional que delata al dueño y cuenta su lucha para acomodar los apegos de una vida en los exiguos kilos de los exigentes equipajes de las cicateras aerolíneas donde no cabe ni la milésima parte de lo que necesita el ciudadano en la “civilización” del consumismo. La libreta de apuntes ocupa un lugar privilegiado en ese morral de Violeta. Ahí va, ahí debe estar. Los dedos tocan el bolígrafo, lo agarran, lo sueltan, recorren el espacio del bolsillo. Nada de la libreta. “¿Qué se hizo?”, hay que encontrarla. Se detiene, se hace a un lado del sendero, se descuelga el morral. Revisa, mira, palpa con toda la mano el interior del bolsillo pequeño, el destinado a las cosas programadas para usar en el avión o durante el viaje, el que estaba semivacío para poder echar lo que se ocurriera y evitar

cargar bolsas o paquetes. Allí tampoco. “¿O estará adentro? ¿Será que la guardé...?”. Va a desamarrar el cordón de la talega pero el nudo que hizo Julián luce intacto, el inconfundible nudo del empacador estrella de la familia le dice que en ningún momento abrió el morral durante el viaje. Vuelve al bolsillo. Se asoma, mete la cara y así, con la cabeza embutida en esa oscuridad, se atraviesa un chispazo en la memoria. Ahí está ella montada en el avión poniendo su libreta de apuntes en el bolsillo, sí, claro, en el bolsillo, pero del asiento de adelante cuando le llegó aquel delicioso sueño y temiendo dormirse y que sus manos quedaran sin fuerzas y de pronto mandarían la libreta al suelo y esta se perdiera, se dijo “estará más segura en este bolsillo que tengo aquí ante mis ojos, además, cuando despierte, voy a seguir escribiendo, entonces para qué voy a levantarme a guardarla, incomodaría además a los otros dos pasajeros, ¡ja! y el señor del asiento del pasillo está profundo, ni modo”. Y después de poner su tesoro en el bolsillo del avión, también Violeta se quedó dormida, bien dormida, como suele pasarle a la gente en los vuelos internacionales, gente que lleva a cuestas la noche de víspera de viaje, tan propia para las desveladas, y el madrugón hacia el aeropuerto. Así cualquiera se duerme y alcanza a tener sueños, como el de ella. Soñó que iba con un horrible vestido rojo cuya largura se arrastraba por el piso y la perseguía como si fuera un manto de tela atado a sus pies. Ella era un personaje de una obra de teatro y desde el escenario divisaba un panorama abierto y solitario, sin público ni asientos; tan solo veía al fondo una línea verde azul, parecida al mar; un horizonte hermoso que se insinuaba infinito y que la atrajo, la hizo salir de escena, caminar hacia él, llegar y comprobar que se trataba de un lago de aguas cristalinas en cuya orilla había una hilera de copas de cristal que se volvía barrera para pasar al otro lado. Las contó, eran ocho. Para acceder al agua, como quería, debía pasar por entre las copas sin rozarlas,

pues de tumbarlas algo muy malo ocurriría. Temió quebrarlas con esa cola tan larga de su vestido, la misma que recogió antes de cruzar por entre dos de las copas. Pasó empinada y muy despacio, descalza como estaba, y las copas quedaron erguidas. Una vez al otro lado empezó a verse a sí misma ir sobre el agua y alejarse, pues su mirada se había quedado en la orilla, con las copas. Cuando se percató de que su mirada no iba con ella cerró los ojos, resistió la tentación de voltear atrás y siguió caminando como si nada por encima del agua, sin hundirse. En ese instante, Violeta se despertó, pero mantuvo los ojos cerrados. El sonido de las turbinas la ubicó en su realidad. Y siguió durmiendo, hasta que la azafata la llamó. Ya habían aterrizado, casi todos los pasajeros habían salido, tenían que desocupar la nave, ella se levantó aturrida... “¡Y no me acordé de la bendita libreta! ¡¡Jueputa!!”. Toda la milimétrica secuencia de recuerdos convence finalmente a Violeta de que los apuntes se le quedaron en el avión, pone a latir su corazón más rápido de lo usual y la deja pasmada pensando en cómo hará para recuperarlos.

José Luis suelta la guitarra sobre la cama, junto al estuche forrado en terciopelo morado. Del otro lado, también encima de la cama, está *La metamorfosis* de Kafka. Sin querer tumba el atril al levantarse. Las partituras vuelan. Agarra algunas con las manos, las junta, las pone sobre la cama; otras se le escapan, caen al piso, se meten debajo. Él ni les hace caso. Ahora no puede. Al salir del cuarto mueve con el hombro el pequeño rectángulo de seda colgado con un estoperol en el centro de la puerta. Es un banderín con tres franjas: amarilla, azul y roja, la primera del ancho de las otras dos. La bandera de su país.

Una cómoda con un altar de fotos encima estorba en el pasillo. En la más grande es donde hay más gente. Ahí están celebrando un aniversario de bodas. En la mitad, sentados, los padres, las manos de él cobijando las de ella en su regazo,

ambos con una mirada trascendental y directa al lente de la cámara. El papá, de pisacorbata y con una flor en el bolsillo del saco. La mamá, de sastre y con el pelo recogido en una elaborada moña, peinado propio de salón de belleza. Al lado de ella está una peliamarilla embarazada; lleva los tacones más altos y el escote más bajo. Enseguida, otra muy parecida, pero menos gruesa, de elegancia innata, con un atuendo discreto y la sonrisa apenas insinuada. Al lado del papá está la que perdió sus apuntes en el avión, más jovencita y delgada, con el pelo suelto, largo, rojizo y sin el flequillo; debía ser estudiante entonces. Se ríe con ganas mientras toma del brazo a la señora negra que con su vestido solferino se apodera de la foto, así se halle en el extremo inferior derecho. Atrás, de pie, están cuatro hombres jóvenes, uno casi adolescente y un niño de brazos con boina blanca. El trigueño, que no se parece a los otros, carga al niño y explaya los dedos de la mano que tiene libre en el hombro de la embarazada. Otro es el que acaba de salir del cuarto de este apartamento, con unos veinte años menos, más pelo y los mismos kilos. El alto y fornido está justo detrás del papá y parece su versión joven. Le sigue el único de gafas, sin corbata y barbado, con una mirada incierta hacia la cámara y la misma nariz larga y recta de la mamá. A su lado, detrás de la señora negra, está el muchacho que tiene Síndrome de Down, con la única carcajada a boca abierta en ese pasado inalcanzable de sonrisas, ese instante hecho infinito gracias a la fotografía. La foto de la familia.

En la sala, una videgrabadora digital dejada en la mesa de centro con algunos cables desenrollados y un trípode patiabierta acostado en el piso dan el único toque de desorden al apartamento. En un rincón, junto a la ventana, el lustroso piano de veintisiete pulgadas hace ver más diminuto el camioncito de pasajeros y el campesino con la carga de flores a la espalda, muñequitos de barro, coloridas miniaturas que sin

embargo se destacan encima del monstruo negro. Son el bus de escalera y el silletero, las artesanías de su ciudad.

Postales amarillentas de Colombia y de Medellín adornan las puertas de las alacenas de la cocina. Ahí están ellos, Marcelo, con cara de enojado porque José Luis acaba de decirle que es mejor que no vaya al aeropuerto.

—Ya había empezado a freír el pollo porque la paella, como es pa'ella, quería dejarla casi lista.

José Luis sonrío ante la ironía de su compañero. Marcelo cierra el grifo y el agua deja de caer sobre el arroz que estaba lavando en el colador.

—Y mira este arroz. ¡Empapado! —dice. Luego saca una olla—. Ya iba a hacer el sofrito. Siquiera no lo había echado.

Toma el colador con el arroz y lo pone a escurrir en la olla.

—A ver, ¿y por qué no puedo ir?

José Luis deja de mirar a Marcelo. Se concentra en los trozos de pimentón que ha cortado con finura y están sobre el poyo. Los revuelve con los dedos y dice:

—Qué tan sanos estos pimentones. Mira el brillo.

—Hazte el idiota que yo, de idiota, nada.

Marcelo saca los filetes de pollo y los pone sobre papel secante.

José Luis toma un ramito del perejil que está en el lavaplatos esperando a ser lavado. Lo sacude. Lo huele.

—Ella no sabe todavía.

Marcelo suelta con brusquedad las latas de arvejas que sacaba de la alacena.

—¡No le has contado?!

Se acerca a José Luis y se pone frente a él.

—¡Me dijiste que sí!

—Jamás. Supusiste que sí.

—¿Por qué no les has contado?

José Luis camina por la estrechísima cocina.

—No sé. No me he atrevido. Sé que es una bobada pero...

—Y entonces, ¿ahora qué hago? ¡Me voy! ¡Me escondo!
¡Me muero!! —dice Marcelo quitándose el delantal.

—¿Qué estás haciendo? Ya deja el arrebato. Le contaré en el camino.

—¿Por qué no te has atrevido? ¿Acaso no es la más liberada de la familia que sabe todo lo tuyo y no se va a escandalizar?

—No se escandalizará, de eso puedes estar seguro.

—¿Entonces?

—De pronto se zafaba con mi mamá.

—Ah, tu madre, siempre tu madre.

—Te lo he dicho. Prefiero que no lo sepa. ¿Qué sentido tiene que se entere?

José Luis busca a Marcelo y le pasa el ramito de perejil por la cara.

—Era mejor esperar a que llegara. Fresco, todo saldrá bien.

—Y mejor saldrá esta paella... pa'ella.

Sonríe y lo besa.

—Quiero que Violeta se sienta feliz. Lo necesita—. Abraza a Marcelo.—No te preocupes. Serán dos meses si mucho. El tiempo vuela.

Marcelo cede y responde al abrazo.

—Mejor que hayas adelantado la comida. Así avanzas un poquito con el libro de Kafka mientras regresamos del aeropuerto. Con eso sí que te veo atrasado. Hacer de escarabajo no debe ser cualquier cosa.

—Sí, sí, ya sé, y la audición está encima. No me lo digas más.

Se besan. Se despiden. José Luis sale por Violeta. Marcelo recoge la banderola que se cae cuando aquel cierra la puerta del apartamento; se queda con ella entre las manos, decepcionado, pensando en la relación con ese hombre tan suave con él, tan protector como un padre, pero de ideas tan fijas, que lo somete con sus caprichos y complicaciones y a quien

no se atreve a contradecir en nada. Cómo ir en su contra si es el dueño del apartamento.

Vuelve a poner en su lugar, detrás de la puerta, la banderola azul y roja del Medellín, el equipo de fútbol de José Luis. ¡Y además le gusta el fútbol! ¿Cómo hace? “¡Y cómo hago yo para soportarlo?”.

Regresa a la cocina y empieza a aplastar y a reventar ajos con el cuchillo ancho, que maneja con destreza, como lo hace el chef del restaurante donde trabaja por horas. Luego los pica dándoles vueltas y vueltas, como al asunto que ocupa sus pensamientos. Reflexiona en que sí es problema que José Luis sea mayor y quien tenga la estabilidad. A medida que sigue rumiando ideas y picando ajos la decepción se va tornando en molestia. Cuando pasa al arreglo de los mariscos ya siente rabia y se dice en voz alta, “aquí yo como la mucama, limpiando almejas, mientras el señor se ha ido a por la señorita, qué digo, la señora, porque ha de ser una cuarentona también. Pero cuarentona y todo está antes que yo. Me lo ha repetido muy clarito en la cara y me lo tengo que aguantar. Primero la hermana. Claro, como yo no he sabido lo que es una familia, que no la he tenido, ¡coño!, no puedo entender. Vaya ironías las de la vida. Aquí estoy, yo sometido por sudacas como mis ancestros los sometieron hace cuatrocientos años... ¿o son quinientos?... ¿Que ensaye la obra? Para qué. Si ya me estoy sintiendo como un escarabajo. La hermana, su admirada hermana, la chiquitina de la familia, la mimada, la inteligente pero de malas, que ha pasado por tantas cosas. Para colmo, en paro, ¡en paro en todo sentido!, sin trabajo, sin novio y traumatizada con la guerra. Debe ser una solterona bastante pesada, a lo mejor regordeta y todo. Y para acabar de ajustar, ¡periodista!, ¡escritora! Cómo irá a husmear en nuestras vidas la condenada”.

Marcelo concluye que sin duda la presencia de ella complicará la relación que nunca ha fluido del todo bien porque,

como él lo sabe, por necesidad se metió en la vida y en el apartamento de José Luis y, aunque el sentimiento nazca a la fuerza con los meses, con la pasión y con el deseo, ese maridaje está más aferrado a la conveniencia propia que al amor por el otro, al menos en lo que a él corresponde, pues del lado de José Luis, la historia es otra.

Como decía Eva Muñoz, “la memoria guarda las cosas realmente importantes, es bobada estar anotando todo, después se encarta uno con tanto papel, es mejor que los ojos observen a que las manos escriban”. Pensar en eso ayuda a Violeta a sobrellevar el convencimiento de que la bendita libreta se ha perdido del todo. También le sirve de consuelo recordar situaciones similares y decirse “ni que fuera la primera vez que se me pierden unos infelices apuntes. ¡Maldinga sea!”. Es la primera vez que toma con serenidad la desaparición de los datos de una historia, hecho que en otra época llegó a parecerle una desgracia y la puso temblorosamente pálida, al borde del desmayo, como el día en que embolató las notas para el reportaje sobre Urabá. Un desprendimiento así sólo puede dejarlo algo tan categórico como ese carro bomba que hace ocho años, junto con Iris y Luciano, se llevó el libro de cuentos inédito. ¿A quién no le cambia el medidor de reacciones ante la adversidad cuando ve desaparecer a dos miembros de la familia y por ahí derecho la casa en la desmesurada ferocidad de la guerra? Aquella vez, la comparación entre una familia y una computadora, ambas hechas añicos, la obligó a preguntarse qué valía más. Esa misma circunstancia la lleva a preguntarse qué puede significar la pérdida del archivo entonces o de la libreta ahora, para un escritor anónimo primerizo. ¿Qué desgracia va a ser eso? De ahí la ausencia de desconuelo en su rostro. En efecto, el mundo no se le ha venido encima como cuando perdió las notas para el reportaje del periódico. Su reacción la sorprende, le descubre algo nuevo en su interior.

Hubo susto y contrariedad al principio, pero no desesperación. Definitivamente su actitud ante los malos sucesos inesperados ha dado un giro redondo, la ha hecho una mujer práctica que puede decirse a sí misma “eran meros apuntes de una novela”, una novela que es apenas una ilusión que puede no ser, y si la termina y publica podría no significar gran cosa o ahogarse en el océano de novelas que se escriben y publican a diario en el mundo, a pesar de que estos apuntes eran de verdad valiosos, pues ahí estaba todo lo que había anotado sobre el tío Ramón, la parte tan importante que le faltaba y que logró sacarle a Margó cuando fue a despedirse, y “¡Mierda!, también el primer párrafo, con todo lo que me costó” y que por fin había logrado armar justo en el avión. Por eso, como cuando se le perdieron las notas del reportaje y sin embargo cumplió a tiempo con su misión de enviada especial, vuelve a la historia. Sabe que lo importante es la reconstrucción del texto cuanto antes para evitar traiciones de la memoria, que parece fácilmente en el tiempo y es casi nada al lado de un documento escrito e impreso. Y la reconstrucción la hace sentada en la sala de equipajes con las maletas en el carrito, mientras espera a José Luis que no llega a pesar de la metódica puntualidad que lo hace anticiparse cinco minutos a las citas. Quién sabe en dónde vendrá él y quién sabe en qué manos habrá caído la libreta de notas que ahora es reemplazada por la de teléfonos, la única que puede socorrerla mientras desempaca el equipaje donde están los otros cuadernos. Mientras espera, garabatea frases para ayudarle a la memoria. *Mentira la esterilidad de Iris. Tío en el quicio mirando sin camisa muchachas los domingos*, anota. Luego trata de reescribir el desdichado párrafo que tanto le gustaba para el inicio. Decía más o menos así: “Metí los deditos en el balazo del cuello y le pedí a Julián hacer lo mismo con el de la mejilla, pero la sangre seguía desbocándose. Cuando Iris nos dijo ya está muerto, comprendí que era

inútil luchar contra la rebeldía de ese líquido tibio, liso, que se inauguraba en mi tacto. Como una salamandra me aferré a ella y lloré gritando, como jamás lo había hecho. Habría llorado más de intuir lo difícil que en adelante sería para mí derramar lágrimas, así como lo necesarias que iban a ser en ese capítulo de mi infancia que entonces se iniciaba”. Cómo la inspiran los aviones. Desde la correspondencia se acostumbró a trabajar en ellos... Claro que los incómodos Twin Otter de los vuelos regionales eran otra cosa con esas sacudidas que solo dejaban la posibilidad de armar la crónica en la cabeza, almacenarla allí y no hablar con nadie hasta llegar a la sala de redacción y verla vaciada en el télex. Qué sacudidas aquellas, parecidas a las de los destartados pero furiosos willys que se abrían camino en medio de trochas embarradas por donde era preciso viajar para encontrar los rostros, las voces y los sentimientos de unas historias que partían de escuetos datos oficiales y tenía que redactar en la nada, porque palabras, frases y párrafos enteros había que dictarlos a través de un teléfono, con puntos, comas, puntos y comas, interrogaciones, admiraciones, comillas, guiones y hasta paréntesis, a un compañero en la ciudad, desde una apestosa cabina de Telecom donde a gritos había que enfrentar la quebradiza comunicación y la ausencia de télex que distinguía a muchos pueblos, esos télex de la empresa de telecomunicaciones que podían usarse con solo mostrar el carné de periodista. Aún en esas condiciones, y joven e inexperta, las páginas escritas se derramaban como las aguas por el vertedero de un embalse. En cambio hoy... las palabras son tan ariscas como agua en el desierto. Antes, en un viaje de cincuenta minutos en las avionetas podía sacar un reportaje completo. Puede que los aviones le sigan ayudando a inspirarse, pero a un ritmo francamente lamentable. En las seis horas del viaje que acaba de hacer, rayó, tachó, empezó de nuevo varias veces, pulió y mejoró, y el resultado fue ese mi-

serable párrafo que se perdió y a lo mejor no era como lo ha reescrito, ¡un solo párrafo!, una prueba más de la angustiada sensación de la falta de oficio “y así es muy verraco escribir, y menos una novela”, sin la urgencia del periodismo pisando los talones, apresurando, incitando, apretando, haciendo inminentes las historias, obligándolas a tomar cuerpo, exigiéndoles que se conviertan en palabras con sentido en la pantalla, en el papel; hostigándolas y precipitándolas, a veces matándolas, sí, pero al fin y al cabo haciéndolas nacer y ser. Ese párrafo es otro motivo para volver a preguntarse cómo hará para asumir una novela si lo suyo han sido las historias cortas, el cuento, señor género calificado de segunda categoría y que en un mundo literario sometido por el imperio de la novela no gradúa a nadie como escritor. El exiguo resultado del trabajo de escritura en el avión le hace temer un bloqueo tenaz, preguntarse de dónde vendrá ese bloqueo y cómo podrá quitárselo de encima justo cuando escribir da sentido al viaje que está haciendo. En esa búsqueda de causas y explicaciones, la imagen del ejecutivo que plácidamente teclea en su portátil sobre las piernas, la hace pensar por un instante que todo es un mero problema de instrumento y máquina. Con un aparato así, escribir es otra cosa. Ella no pertenece al mundo del lápiz y el papel pues desde los quince, con la Underwood que le dieron en la casa, teclas y manos se han encargado de concretar las palabras usando lo que la tecnología ponga delante. Es eso, se dice, su acto de escribir es imposible sin un teclado, así lo preceda la maquinación de la historia en un mundo etéreo dentro de ella. Pero ante una explicación tan facilista es preciso avanzar en las cavilaciones hasta toparse con una razón más valedera, como la perversa influencia del trabajo en la agencia. ¿Qué puede haber ayudado una década escribiendo eslóganes, insulsas, pretensiosas, anodinas, simples, insípidas frases publicitarias que aparentan decir todo pero apenas

encierran una mentira? Solo líneas, oraciones, palabras sueltas que surgían de la presión y eran pagadas con un salario que incitaba a hacerlas rápido, como en el periódico. He ahí la clave. Necesita la presión que no deja tiempo para pensar, para dar vueltas a las ideas, a las frases, como ahora, como desde hace meses y años, esas vueltas y revueltas que le consumen a ella los minutos, las horas y los días cuando de ficciones se trata, y nada que esa novela se va, se defiende por sí sola y así no era hace veinte años cuando era estudiante y hacía los trabajos para la profe Eva Muñoz, mucho menos hace quince cuando escribía crónicas tan fluidas en condiciones más difíciles que las actuales, en cuartuchos de hotel en pueblos de clima ardiente y agua escasa, a veces compartidos con vendedoras habladoras ante cuya presencia la concentración se declaraba vencida, y se hacía más atosigante la estrechez y el calor en esos pueblos arrinconados en los extremos del departamento a donde había que ir en el momento menos pensado con la tragedia como excusa y donde muchas veces, sin embargo, esta Violeta angustiada hoy por un párrafo, pudo escribir con hambre, con dolor de cabeza, con la ropa empapada por el sudor o con los zapatos llenos de lodo después de recorrer las inundaciones anuales por las lluvias, o con las náuseas acosándola aún después de haber dejado a kilómetros y horas el olor asqueroso de la muerte descomponiendo al sol a los muertos de la masacre de turno, esos muertos filaditos en el piso en cualquier sitio adaptado como morgue para recibir los cadáveres de los hombres, las mujeres, los niños y los viejos asesinados todos juntos, en el mismo momento, el mismo lugar, por los mismos matones y aparentemente por el mismo motivo, así de ninguna manera fuera razón para hacerles semejante maldad. Hasta las masacres de los años ochenta del siglo XX se ha ido nuestra Violeta mientras está sentada en

el aeropuerto gringo, y todo por un párrafo; hasta las masacres que le hacen tan invivible su país y con las cuales los narco paramilitares se presentaron en sociedad e inauguraron la carnicería de simpatizantes de la guerrilla y de militantes de la izquierda, las masacres que no cesan y que, como maléfico legado heredado desde la Conquista, los militares, los guerrilleros y los mafiosos volvieron famosas y normales en el idílico campo colombiano lleno de gente dejada a su suerte con su trágico destino, como llegó a sentirse Violeta en esos pueblos donde, pese a todo y con todo lo que los ojos veían, la nariz olía, los oídos escuchaban y el corazón sentía, ¡podía escribir y redactar y sacar historias que hoy es incapaz de hacer! Entonces escribía casi sin pensar, con un asomo de consciencia por la estructura del texto y por la dimensión de los hechos. No había tiempo para reflexionar en lo que se hacía y lo que pasaba. Entonces escribía para los demás y por los demás, no para sí misma. Ahora, tan encerrada en ella y tan ansiosa por escribir, le es imposible lograrlo. Recuerda su vigor de entonces, se pregunta dónde han quedado el arrojo, la pasión, por qué fueron debilitándose en el recorrido de la vida; reconoce que de haber continuado quizás habría muerto primero que Iris, que Luciano, se habría evitado cosas peores como la explosión del carro bomba, la salida de la agencia casi a los cuarenta cuando en Colombia las mujeres se vuelven un problema y les niegan el empleo, la echada de ese trabajo que era una farsa, el verse tratando de armar una vida desbaratada cuando pensaba que estaba organizada, circunstancias todas que la hicieron montarse en ese avión que se quedó con su libreta, que la ha aterrizado en Nueva York, donde todavía no sabe qué hará, mucho menos qué podrá ocurrirle. La pérdida de sus notas podría ser presagio de que no todo saldrá bien, así sus condiciones sean mejores que las de los amenazados de muerte que tienen que salir de la noche a la mañana, muy de ma-

ñana o muy de noche, a la fuerza, dejando todo tirado, la casa, los libros, la ropa, los hijos, la esposa, el padre, la madre, su historia, su país, el único lugar en el mundo donde no han sido, son ni serán extranjeros, pero del que son echados, expulsados, castigados. No es su caso, no va con ella el dolor de la ausencia de la patria, del distanciamiento y la lejanía obligados. Ella no es una exilada que huye de una muerte anunciada, de la inminente posibilidad de ser baleada por sicarios y concluir una vida honesta y digna con la cara contra el piso en un charco de sangre, como acabó el tío Ramón a quien solo de esa manera pudieron sacar de aquel pueblo inmundo, el primero conocido por ella dentro del centenar que recorrería luego en sus andanzas de corresponsal. Ella es una exilada voluntaria que va contenta de dejar el país de abandonados y desplazados del que procede. Confía en que fuera de él será posible sentirse protegida, tendrá la tranquilidad necesaria para vivir y crear, cosas elementales, básicas, pero negadas dentro del propio territorio. Sin salir del aeropuerto al que acaba de llegar, ha empezado a respirar mejor. Aún con lo ocurrido—el par de meses de permiso y la libreta extraviada— se siente diferente y, ahí sentada con sus maletas, está pensando en que a la larga la novela es lo de menos, por ahora, y que hay situaciones peores que la suya pues abordó el avión por voluntad propia, sin el acorralamiento de anónimos que la obligaran a salir del país pues, excepto para ella misma, ella, Violeta como tal, no constituye amenaza para nadie, aunque en un país en guerra como el suyo la amenaza sobre la vida está implícita para todos. Ahí sentada esperando a ese José Luis ¡que no llega, carajo!, recuerda el peligro presentido y el miedo sentido con los mensajes enviados por unas mafias disgustadas con los despachos de los corresponsales. Puede evocar el día en que le contó a Eva Muñoz su decisión de retirarse del periódico; en un extenso monólogo le confesó

sentirse al borde de un colapso con la sobrecarga de trabajo y el sentimiento de completo desamparo frente a la intimidación de los mafiosos y la inseguridad de las zonas de conflicto a donde la mandaban. Puede oírse de nuevo a sí misma diciéndole a Eva “cuando en un semáforo una moto con dos tipos se estaciona al lado del taxi en el que voy, el corazón se me paraliza, creo que son sicarios que ya van a sacar un revólver y me lo van a poner en la sien. He llegado a gritarle al chofer que se pase en rojo. Eso me ha hecho dudar en si debí hacerle caso a mis papás o a usted. Por la mañana me levanto y no sé dónde dormiré ese día, o si dormiré. Quiero tener la seguridad de que voy a dormir en mi cama en la noche o al menos de que voy a almorzar a la hora en que debe ser. Mi bolso se ha vuelto un puesto ambulante de mecato para hacerle frente a un estómago, a un cuerpo que reclama el derecho al tiempo para comer que ya perdí. Antes que periodista yo era hija, hermana, tía, lectora, intento de escritora. Tengo tres sobrinos y no los he visto crecer, me encuentro con ellos en Navidad y a veces el día de la madre, pero me gustaría llevarlos a la piscina los sábados y nadar con ellos. Mis libros, mis personajes y mis cuentos están abandonados. Todo porque mis horas y mis días están arrendados para producir noticias que la mayoría de las veces ni se publican. ¿Qué clase de vida es ésa? Ninguna. Muerte en vida. Aunque viva de él, mi trabajo no puede ser mi vida Eva, menos esta clase de trabajo, yo soy algo más que un télex o un tandy, más que dos páginas editadas de un periódico. Soy periodista, sí, y el periodismo es así y me tocó ser corresponsal de una guerra y no redactora cultural o de ciencia como quería hacerlo. Muy pocas veces me enorgullezco de lo que hago. Ya no tengo la oportunidad como antes de escribir un informe o una nota que le ayude a una persona, a una comunidad o a un barrio a solucionar un problema y a ser menos infeliz. Cuando tengo que conseguir el

testimonio de las viudas de las matanzas me pregunto qué clase de oficio es este que no respeta el dolor ajeno y le hace a uno perder el pudor. ¿Tiene sentido publicar su dolor si ya les mataron a sus maridos y no les van decir quién fue ni por qué? ¿Puede servirles salir en el periódico? ¿Vende más ejemplares el diario? Y todo por el estilo. Es un sinsentido, una sinrazón, pero hay que hacerlo. A ver, dígame usted, de qué me sirve a mí ir a los allanamientos de las mansiones de los narcotraficantes y ver sus extravagancias, la suntuosidad sin límites de sus aposentos, saber que por simple capricho pueden tener un zoológico con dos mil animales exóticos de Australia y África, que sus fiestas duran varios días, asisten reinas de belleza, modelitos, políticos, deportistas y estrellas de la televisión, y que mientras están divirtiéndose, vuelos cargados de coca despegan del aeropuerto particular donde han aterrizado los invitados. De qué me ha servido montarme en un helicóptero con soldados para ir a la selva a ver cómo le prenden candela a un laboratorio de cocaína y darme cuenta de que ahí están los agentes de la DEA manejando el operativo como si este fuera su país, o asistir a un curso en la Brigada, dizque de corresponsales de guerra, donde me enseñan a disparar, a coger armas, ¡como las detesto!, porque son las que están exterminando a los jóvenes de Medellín y unos balazos desangraron a mi tío Ramón. De qué me ha servido estar en el monte en medio de un bombardeo entre la guerrilla y el ejército, excepto para darme cuenta de lo miserable que puede ser la vida de un soldado colombiano cuando le da paludismo o leishmaniasis, lo hieren en combate o le toca de centinela en un cambuche. Qué me deja a mí ir a ver las ruinas de los carros bomba, los edificios destrozados, la gente en shock si por más que haya desarrollado la capacidad de ponerme en el lugar del otro nunca entenderé o sabré lo que está pasando por sus cabezas y por sus corazones si a mí no me ha pasado”.

Esas fueron sus razones para escapar de un oficio que dejó como deja ahora el país, la ciudad, el apartamento, a la mamá, los hermanos, los sobrinos, para quienes la ida de Violeta se trata tan solo de una temporada en Nueva York, como fue su estadía en Campoalegre cuando eran niños. Sin embargo, la intención de rehacer y hacer su vida aquí son tareas que podrán exceder el tiempo previsto por los otros y por ella misma. Mientras el avión volaba miró por la ventanilla hacia la blancura de las nubes en las que se sumergía y tuvo el convencimiento de que en el lugar al que iba las cosas serían distintas, porque allí la sensación de seguridad podría ser real, aunque absurda a la vez, pues la nación potente y prepotente tampoco se escapa del terror; allí, un año atrás, y en un par de horas, con el desplome de las Torres se dieron varias tragedias en una sola declaración de guerra, y con casi tres mil muertos. Pero estos gringos no tienen en su país una guerra interna como en el suyo, así vayan armando y sosteniendo conflictos por el mundo con sus ejércitos, tanques, bombas y torturas. En cualquier ciudad existe la posibilidad de ser agredido en la calle, incluso en la propia casa, pero aquí tiene la esperanza de ver cómo es la vida en una nación con paz interna, cosa que ella no conoce, y gozar de las mínimas condiciones que necesita para encontrar por fin su lugar en el mundo. Mientras el avión volaba Violeta se preguntó de qué estaría huyendo. Tuvo que reconocer que de sí misma, de sus recuerdos y su memoria. Entonces, sintió ganas de devolverse. La reflexión sobre las circunstancias determinantes del destino sacudió la culpa momentánea, pero al final se convenció de estar haciendo lo correcto al ir montada en ese gigante de metal y gasolina que la sacaba del país de muerte al que nunca se acostumbrará, pues sería vivir como normal la barbarie. Y nunca se acostumbrará porque para ella la vida propia y la ajena hay que respetarlas por encima de todas las cosas, así la muerte se le esté

mostrando desde niña y ya una vez haya intentado tomarla después de sacarla de la cama con la explosión. Ni en las horas, los días, los meses y los años de desespero y desesperanza ha claudicado ante la existencia de su ser; es más, aspira a que en ella la vida muera sin aspavientos, que el final de sus días llegue sin esos ruidos que hacen estallar los oídos y los pulmones; que su muerte sea igualita a la del papá, a quien una noche se le metió en la tibia de las cobijas, y discreta y silenciosa, sin interrumpir el acto íntimo del sueño, con un manotazo suave le detuvo el corazón; el mismo que empezó a enfermarse desde que supo las inclinaciones de José Luis y que luego empeoró con la pérdida de Luciano, y se fue de tristeza en tristeza al saberse víctima de un atentado y verse convertido en un damnificado más que solo podía contar con la curiosidad de los que tenían la misma profesión de su hija adorada y con la indiferencia gubernamental de su país del alma. Un corazón que acabó de joderse al comprobar que el lugar donde había nacido, crecido y vivido nada tenía que ver con el paraíso que le había hecho creer a sus hijos. Como la muerte de su padre, quieta, sin manchas de sangre, así la quisiera ella; cuando aparezca hará de cuenta que es un agujón el que se clava en su corazón; que es el amor, bendito y escaso amor, el que viene por ella, como ahí llega José Luis a recogerla, hora y media después del aterrizaje del avión en el que botó las notas que tendrá que rehacer si no quiere que se pierda lo hecho y deshecho.

—Nadie los va a leer. Si es lo que te preocupa, te aseguro que ya deben estar en un contenedor de basura. Cuando un avión se desocupa entran los que limpian y arrasan con todo lo que se les quedó a los pasajeros. Así es aquí. Todo se bota. ¿Por qué crees que este país es el mayor productor de basura del mundo?

—Menos mal no fueron las cartas. Esas sí son irremplazables.

—¿Cartas? ¿Cuáles cartas?

—Las que ustedes me mandaban cuando me dejaron en la finca con Iris.

—¿Las tienes?

—Todas.

—¿Y hay más?

—Algunas.

—¿Por qué andas con ellas?

—Son para la novela.

—¿Novela? ¿Escribes una novela? Pensé que eran cuentos.

—A lo mejor será un cuento largo. Todavía no sé.

—Qué bien. Añooro leerte. Me gusta como escribes. ¿Llevas mucho?

—¿Mucho? Me falta todo. Nunca he escrito una novela. Me puedo demorar diez años.

José Luis la mira.

—¡Diez años! —le dice aterrado.

—Mentiras. Exagero. Y si así fuera, no me quedaría en tu apartamento. Tranquilo. Además, sería normal. Escribir es un oficio que puede llevar una vida.

Violeta levanta los brazos y se toma el pelo con las manos, como si fuera a recogerlo en una cola.

—Qué momento tan difícil —dice—. Joven para sentirme fracasada pero vieja para tener ambiciones que vayan muy lejos.

—¿Cómo así?

—Este año he tenido que repensar mi vida y he querido reencauzarla por el camino que debe ir, darle por destino la escritura. Sin embargo...

Violeta soba y soba ese pelo pero nada que se lo amarra, ni que termina la frase.

—Sin embargo qué —dice José Luis—. Vas a hacer lo que más deseas, ¿y?

Violeta respira y se suelta el pelo, sacude la cabeza y se cruza de brazos. Parece evadida de la conversación con José Luis.

—Ya tengo todos los datos, sé más o menos cómo irá la historia, los personajes, en fin. Solo es sentarme ante el computador y ya. Sin embargo... ¡Ah! Quiero comprarme un portátil. ¿Tú me acompañas? —dice cambiando el tema y mirando a José Luis.

—Sin embargo qué —insiste él—.

—Quisiera haberle dado ya el primer empujón a los personajes para que empiecen a evolucionar por sí solos, para que empiece lo bueno. O la tragedia. Pero no conozco muchas cosas de la historia. Tal vez tú puedas contarme algunas. Fuiste más a Campoalegre que yo.

—¿Es sobre la finca?!

Con la mención de Campoalegre José Luis sonrío por primera vez. Ni siquiera al recibir a Violeta la halagó con una sonrisa. Quién podía hacerlo después del estrés con “ese puto

tráfico de Manhattan”, como le ha dicho a ella, “y además retrasado por la joda de Marcelo”, como se ha dicho a sí mismo. Lo hace sonreír el recuerdo de Campoalegre y la evocación de las moras con leche y azúcar que se le vienen a la mente.

—Empezábamos a recogerlas desde las cuatro. Las echábamos en el vaso, las machacábamos con la cuchara, les poníamos azúcar, y a esperar la ordeñada. Eramos Teresa y yo con el vasito sentados mirando las vacas comer, y espere y espere. Tere se impacientaba, pero yo me entretenía oyendo el sonido de esas vacas arrancando la hierba.

—Había una que se llamaba Nancy.

—Ah sí, la de la noticia. El tío decía que así se llamaba una elefanta africana que se murió en un zoológico aquí, en Estados Unidos, porque no le aplicaron la prueba de tuberculosis, y que el nombre se lo puso en su honor. Es que mi tío... todo lo nombraba.

—Yo me acuerdo de Fortunata, la más gorda —dice Violeta entusiasmada.

—Quería más a los animales que a la gente. Decía que eran la mejor expresión de libertad, tolerancia y de... ¿qué era lo otro? ¿Placer?... no me acuerdo.

—¿Decía eso? Tengo que anotarlo... Con razón se puso tan furioso cuando Julián revolcó un hormiguero. Casi le pega. Y le echó un sermón...

—La cantaleta de él sobre el valor de la naturaleza, el respeto por la vida...

—A ver, más nombres. ¿De cuáles te acordás?

—Zafiro, el caballo. Al gato lo llamó El inglés que por colorado y el caminado tan elegante. Y a una gallina que ponía dos huevos al tiempo, Prosperidad.

—Y a María Antonia, la yegua en la que iba montado cuando lo mataron, le cepillaba los dientes.

—¡Sí! Tenía una cola larga con la punta colorada como tu pelo.

—Se mantenía boleándola para un lomo y para el otro.

—Pero tenía la crin escasita y le picaba todo. Se mantenía rascándose en las piedras y en los troncos de los árboles. ¿Te acordás?

—Bueno, ¿y qué pasaba con las moras?

—Ah, ya, claro. Cuando arriaban las vacas para el corral salíamos corriendo. Nos parábamos en la verja. Me parece ver a Evaristo amarrándoles las patas, llevando el banquito, el balde, estirando las tetas de esas vacas como si estuviera tocando un instrumento musical, de a una en cada mano, una para arriba otra para abajo, una para arriba otra para abajo, el mismo tiempo para cada una y al mismo ritmo.

—Pero y las moras qué.

—Ya va... Él nos hacía una seña. Entonces nos arrimábamos y poníamos el vaso debajo de la ubre. Y esas moras destrozadas con azúcar al mezclarse con la leche se veían como una pintura a través del vidrio. El blanco invadía el púrpura y aquello se volvía un arco iris de dos colores. Cuando la leche dejaba de ser blanca y el púrpura púrpura y todo se volvía un rosado lila espeso sabíamos que estaban listas para comérselas. Y ahí moría el rito de las moras con azúcar y leche ordeñada.

—Por lo menos te quedaron bonitos recuerdos de esa finca.

—La extrañé mucho durante años. Lo que más me gustaba eran los sonidos. En la ciudad no se puede oír nada que valga la pena.

—Y menos en Medellín, con ese ruido tan bestial de los carros.

—Extraño Medellín. La luz de los atardeceres allá, con los edificios de ladrillo, es muy distinta, muy cálida. Y el verde de las montañas. ¡Me hacen tanta falta las montañas!

—¿Para qué?

—No sé. Para verlas.

—Cargadas de pobreza. ¿Has visto como están? La ciudad en la que tú viviste ya no existe. Hasta el clima se ha dañado.

—Cierto, ¿no? Qué injusticia tan hijueputa. Cada vez hay más tugurios en un lado y más edificios lujosos en el otro. Es lo que me aburre de ir, ver tanta pobreza. Y contaminación, porque qué caos. Pero bueno, la gente no ha cambiado. La amabilidad. Eso no se ve en ninguna parte.

—¿Amabilidad? ¿Amabilidad que le digan a uno mi amor los taxistas, los vendedores de la calle, los limpiadores de parabrisas, gente que uno no ha visto en su vida?

—Aquí la gente es muy distinta.

—Y allá la gente es montañera, indisciplinada, maleducada, criticaona, burletera y confianzuda. ¡No respetan nada! ¡De qué sirve estar pelando el diente si en cualquier parte te pueden agredir!!

—Bueno, ya, pero no te molestes... Tampoco tienes por qué alzar la voz. Lo que menos soy es sordo, aunque admiro la sordera de Beethoven.

—Perdona. Es una manera de hablar.

Violeta mira hacia la autopista, pega la frente contra el vidrio de su ventanilla de pasajera. Lo siente helado.

—¿Podríamos abrir las ventanas y apagar ese aire?

—Se oye mucho el rugido de la autopista y no me gusta.

—De verdad que es desagradable nuestra forma de hablar. Quisiera aprender a hablar como la gente normal.

Violeta habla en un tono golpeadito, como hablan algunos en Medellín y Antioquia; así, golpeadito, o golpeadita, como es la vida en Colombia.

Viajan hacia el apartamento. Hablan de la familia, de cómo estuvo el viaje, del presente y del futuro inmediato, lo usual en un caso de estos. Él está esperando a que las cosas fluyan, como fluye el tráfico ahora en la autopista antes de entrar a Nueva York, para contarle acerca de Marcelo. Más adelante, en la congestión de Manhattan quizá. Tiempo habrá de sobra. En la radio se oye WBGO en el 88.3 FM.

—Dobliubiyio —dice José Luis después de subir el volumen de la radio—. Es la estación más popular de jazz. Sin comerciales y solo de jazz.

—Una buena bienvenida. Nueva York me suena a jazz.

José Luis aumenta otro poquito el volumen. La música se apodera del interior del auto. Violeta empieza a sentir que las trompetas son estridentes.

—Dijiste que no eras sordo, Beethoven —le dice a su hermano con ironía.

Él retorna el volumen a su nivel original y pone otro tema de conversación.

—Mamá se quedó muy triste.

—¿Hablaste con ella?

—Esta mañana. Habían acabado de llegar de dejarte en el aeropuerto. ¿No te dio lástima dejarla sola?

Violeta denota un gesto de fastidio y vuelve a su tonito de voz.

—Ah, otro con las mismas. ¡Nunca pensé que podrías recibirme con reclamos! Aunque debí habérmelo imaginado. Con esa mamitis que mantienes. ¡Entonces qué! ¿Me devuelvo a cuidarla?

José Luis se desconcierta.

—Cálmate. No es para tanto. ¿Por qué te ofuscas tan fácilmente?

Violeta no oye razones.

—Y aunque me devolviera. Jamás seré una solterona que termina andando con la mamá para arriba y para abajo, yendo a misa de saquito de lana, rezando el rosario y haciendo visitas familiares.

—Tampoco se trata de eso.

—¿Por qué crees que he aguantado y aguantado y conservo el apartamento?

—¿No lo vendiste?

—¡Qué tal! Es lo único que tengo. Ahora hay un inquilino. Violeta se va calmando.

—No te preocupes, quedó con Julián —dice con suavidad.

—¿Se lo arrendaste a Julián?! —dice asustado José Luis, mirando nuevamente a su hermana.

—¡Nooo! Hablo de mamá, no del apartamento. Ella está con Julián.

—Valiente compañía.

—¿Por qué les cuesta tanto creer que cambió? Está muy juicioso y entusiasmado con su agencia de detectives. Y anda bastante enamorado. Aunque la novia no le cae muy bien a mamá.

—Para ella estar con Julián no será lo mismo que estar contigo.

—Ahí quedaron Brenda y Teresa.

—Son mujeres casadas.

—Pero no exoneradas de velar por los padres cuando se ponen viejos. Tienen la misma responsabilidad que tú, Rubén, Julián y yo. Y para que veas, en este momento es Julián el que la está asumiendo.

—¿Está aliviada?

—Bastante. Ella es muy alentada. Muy autónoma.

—Tiene su mundo.

—Ah, mi mamá —Violeta sonrío. Parece cambiar de actitud. Voltea a mirar a su hermano y le dice—: me dijo una cosa tan bonita al oído cuando se despidió... Aunque no la entendí muy bien.

—Qué.

—Tu idioma será como tu casa. Así con esas palabras me lo dijo.

José Luis sonrío también.

—A mí cada rato me pregunta si no se me ha olvidado el español. Imagínate. Olvidar lo único propio que se tiene

cuando se es extranjero. Claro que se pierde cuando uno abre la puerta del apartamento.

—¿Cómo así?

—Ya lo sabrás. Cuando salgas a la calle. Ahora sí que vas a tomar conciencia de lo que significa el español. Muy sabia mi mamá.

—Lo único de lo que he tomado conciencia hasta ahora es que será mi principal barrera. ¡Sufrí en ese aeropuerto! No entendía un culo de lo que me decían, y con todo el inglés que practiqué con K y he estudiado. Boté mi plata en todos esos cursos.

—Qué vocabulario... Si te oyera mi mamá... ¿Todavía sigue yendo al almacén?

—Menos tiempo, pero va. A los inventarios sobre todo. De todas formas, es otra desde que enviudó. Dice que se desvela mucho. Lógico. No debe ser lo mismo dormir sin el marido. Como se querían.

—Qué va. Los viejos casi no duermen.

—Tal vez.

Ya se ve el Verrazano y esto le da pie a José Luis para voltear el tema, pues así como se dirigen al puente van a caer en el asunto del papá, con quien no quiso hacer las paces, al que obligó a morirse con la tristeza de no haber vuelto a hablar con el hijo pródigo que le negó la absolución, porque sencillamente nunca creyó en el arrepentimiento del viejo. Sabe que lo responsabilizan del cambio que dio un papá que era tan alegre y de buen genio, que le reclaman por no haber sido capaz de romper la distancia que los separó, una distancia más grande que la extensión de ese puente que atraviesa la bahía de Nueva York, mítico, al igual que todos los de la ciudad, tal como está explicándolo José Luis para ver si la conversación se va por sendas menos peliagudas.

—Aunque nos desviemos y se nos haga el camino más largo, quise que pasáramos por aquí. La otra vez quedaste fascinada. Te quiero pasar también por el Puente de Brooklyn.

—¿Te acuerdas de los aspavientos de mamá? Todavía habla de este. Creo que mantiene cansadas a sus amigas del costurero con el Verrazano. Fue la primera vez que la vi contenta después de la muerte de papá. Nos sirvió mucho ese viaje. Brenda todavía dice que estábamos locas por venirnos a pasear al mes, pero fue lo mejor que pudimos hacer.

Sin darse cuenta cayeron en el tema del papá otra vez. Ya pasaron el puente. ¿De qué más podrían hablar? A José Luis le parece escuchar a Violeta, la que más medió para reconciliarlos, diciendo “no fuiste capaz de perdonarlo... ni siquiera fuiste capaz de ir cuando la bomba, y a su funeral fuiste por mamá, no por él, y apenas se murió ahí sí empezaste a visitar Medellín”. Sin embargo, Violeta de pronto sale con otra cosa.

—Adoraba a papá, pero qué ser tan intolerante era. No fue capaz de entenderte y respetarte.

¿Escuchó bien José Luis lo que dijo su hermana? Para asegurarse le baja volumen a la radio.

—Debió hacerte mucho daño, debiste haber sufrido mucho para que te hubieras resistido acercarte a él.

Sí, oyó bien, esa frase la acaba de pronunciar Violetica. Ante semejante afirmación, a José Luis solo le queda decir algo benévolo para referirse al viejo.

—Nada más podía pedírsele.

El tema parece cerrado. Sin embargo, ella insiste.

—Era el papá y tenía el deber de...

—Fue duro —interrumpe José Luis—. Pero a la larga le debo el hecho de haberme venido para acá, ser lo que soy ahora, tener la vida que tengo, la que quería y lo que quería.

Las palabras de José Luis suenan sinceras, pero ella quiere estar segura.

—¿Aún le guardas rencor? —insiste.

—Mi rencor se fue con él, ¿cómo odiar a un muerto? —responde, otra vez con la verdad.

—Hubiera sido bueno decírselo antes de que se muriera.

—Tal vez, no sé, pero no se dio y punto. Fue una cagada de mi parte pero ya tengo suficiente con el pesar de haberme alejado tanto de una familia que es todo para mí, así no haya vivido con ella. Y dejemos el tema.

Después de un brevísimo silencio, él concentrado en su parabrisas y ella en la vista que le ofrece su ventanilla, Violeta cambia de tema.

—Parece que has entendido muchas cosas. En cambio yo...

—¿Cómo así?

—Todavía sigo dudando si vale la pena ponerse a reconstruir una escala de valores desmoronada. Yo llevo años acostándome sin saber qué va a pasar, si amaneceré viva o muerta. Así es muy difícil avanzar a una nueva vida por más que se quiera.

—Ante la presencia de la tragedia el futuro desaparece. Se supone que eso es la guerra, la contundencia de la muerte.

—A lo mejor por eso me acostumbré a vivir como pendiente de un hilo... aunque... el miedo nunca se aprende a manejar. Cuando se apodera de ti lo único que puedes hacer es evitar situaciones o lugares peligrosos. Yo llevo todos estos años tratando de evitarlos.

—Es la reacción normal cuando existe un peligro real para la supervivencia.

—Pero se vuelve como una enfermedad, no deja vivir en paz y llena de rencor. Siempre temo por lo que va a pasar y eso me impide disfrutar las cosas. ¡Malparidos mafiosos! Son una peste. Con ese carro bomba me quitaron las ganas de vivir en Colombia y el orgullo de ser de allá. De haber podido, al otro día me hubiera ido. Cómo los detesto.

—El odio es una manera de defenderse, de liberarse, sobre todo cuando te hacen daño injustificadamente, aunque es insoportable llevarlo adentro.

—Sí, a veces duele más que el mismo dolor. No hay cómo perdonar un sufrimiento inmerecido. Creo que me he curado bastante. Sin embargo, cada día solo tengo dos emociones: o estoy enojada o estoy triste. Uno no puede evitar que le quede un gesto, una mueca en la cara como de rabia mezclada con tristeza. Me desconocía cuando me miraba en el espejo.

—Algún día tu rencor se extinguirá del todo. Tiene que salir si quieres una nueva vida. ¿Por qué pasó lo que pasó? No busques explicaciones a algo que quizá no las tenga. Simplemente fue así y ya. A veces no se necesita un motivo muy concreto. K odiaba este país. Mira que se nacionalizó en Colombia.

—En estos días vi en televisión a un palestino que decía que lo había perdido todo en una noche, su casa, su trabajo, cualquier futuro, y que solo le quedaba la venganza, que sentía un incontenible deseo de destrucción. Me hizo pensar en que yo nunca he tenido deseos de venganza, ¿de qué se va a vengar uno?, ¿cómo?

—¿Entonces?

—Es como una aversión por el país. Lo veo como un enemigo. Me parece dañino. Me resisto a su ineficiencia, me da rabia que no sea capaz de protegerlo a uno. Pero no voy a ir a poner una bomba por eso. Simplemente, si no lo aguanto, me marchó. Iris decía que no se ama lo que te hiere, lastima y maltrata. Y es verdad.

—También es verdad que uno solo tiene un lugar al que pertenece en el mundo y lamentablemente...

—Yo no creo esos cuentos —interrumpe Violeta—. A uno le toca aceptar la familia y la vida que le dio el destino, pero el lugar no. Donde uno se sienta bien, seguro, vale la pena vivir, donde no, no. Yo no encajo allá ni lo necesito. ¿A qué voy a volver?

—No digas eso.

—Ay no, ¿otro como mi mamá?

—¿Cómo así?

—Dice que yo quedé como envenenada. Me advirtió mucho que no hablara mal de Colombia ni que fuera a quedarme aquí haciendo aseos, limpiando la mugre de otros, excepto la de tu apartamento. Para ella Colombia es el paraíso y Estados Unidos un purgatorio. ¿Cómo puede creer eso?

—Tienes que pensarlo muy bien. Yo llegué joven. Tenía veinte años menos que tú. No es lo mismo. Es como volver a empezar cuando la vida ya está declinando, porque eso es lo que significa llegar a los cuarenta. Además, y perdona lo que voy a decirte, yo no me vine amargado.

—¿Nooo? ¡Y lo que te pasó con papá qué!

—Sentí más tristeza que amargura. Por supuesto que después se me volvió rencor. Por eso mismo te lo digo, si el odio queda, puede convertirse en una tortura.

—¡Yo no estoy amargada! ¡Ya verás!

Se quedan callados por un momento. Pasado el acaloramiento de la conversación, vuelven a hablarse.

—Me ha costado aliviarme, José. Aceptar que fui una más de las miles y miles de personas en el mundo a quienes les cambió la vida simplemente por haber estado ahí cuando pasó el atentado terrorista equis. Lo que antes veía en otros, nunca lo imaginé para mí. Jamás se me pasó por la cabeza que podría ser una damnificada como los que yo un día entrevisté.

—Ay, tenaz eso.

—Hasta ahí me duró la nostalgia del periodismo. Estar del otro lado y ver que los periodistas llegan como aves de rapiña me hizo entender que no existe la conmiseración, que es imposible sentir como propio el dolor de la miseria ajena. Por encima de cualquier cosa uno es una noticia más. Qué decepción y qué ironía. Como si hubiera sido un castigo.

José Luis toma la mano de su hermana, la acerca a sus labios, la besa y la devuelve a su lugar.

—Atentados hay en el mundo entero todos los días, y peores. Mira lo que pasó aquí. Y eso es poco. Ni qué decir del hambre, la miseria, la injus...

—Ah, ahora que lo dices —interrumpe ella y se queda boquiabierta por unos segundos—. ¡No están! ¡¡Las dos torres no están!! Mira. Desde hace rato debía estar viéndolas y no me había dado cuenta. Ay, cómo sería la impresión de la gente que todos los días pasa por aquí. Las vieron por la mañana y en la tarde ya no estaban.

—Para todos. Se veían de casi todas partes.

—Me acuerdo de nuestra subida al último piso. Mi mamá llamó a Tere. Qué pesar de las Torres.

—Fueron lo de menos. Dime las víctimas. A mi edificio llegó a trabajar una mujer que estuvo allá. Se llama Gladis. Me impresiona mucho su mirada.

José Luis reflexiona por un instante en que Violeta tiene una expresión similar a la de Gladis. De alguna manera él se siente en deuda con su hermana por no haber estado cerca en ese preciso momento, que conoció a través de Teresa y de su madre, y que solo pudo comprender con el atentado a las dos torres. Piensa en que si a él y a Marcelo los afectó el 9/11, cómo habrá sido para ellas. Recuerda la bandera a media asta en el centro del Puente de Brooklyn al día siguiente. La vista mejor era desde Brooklyn Heights. Marcelo lo hizo ir al Promenade temprano, a la mañana siguiente, para divisar el panorama. El humo aún sobrevivía. La baranda del Brooklyn Heights Promenade amaneció encerada por las velas que la gente dejó encendidas en la noche. Había esperma por todas partes. Los vecinos prendieron veladoras en las aceras también. Quería contarle a ella cómo fueron esos días de final de verano cuando la Estatua de la Libertad escasamente se veía por el humo hasta

el punto de desaparecer toda la tarde; cuando el polvo cayó por toneladas y se apoderó de la ciudad, convirtiéndose en el principal problema para los bomberos que, incluso un año después, no habían podido liberarse de él; quería contarle que al atardecer del día siguiente el sol se volvió muy anaranjado y que observándolo pensó en la enorme bola de fuego que el jet provocó al pegar contra la torre sur. Violeta lo devuelve a la conversación.

—Se ve menos ambiciosa la ciudad sin las Torres.

—Ha perdido prepotencia, pero no imponencia.

—¿Has ido al sitio?

—Sí. Una vez.

—Quisiera ir.

—A qué.

—Es inevitable.

—No me gusta ir por allá. Ni siquiera mirar. Desde entonces, cada que veo un sol rojo, como el que seguramente vas a ver más tarde, me acuerdo de la imagen de la televisión con esa gente saltando por las ventanas. Eso es algo que los que vivimos acá no olvidaremos nunca.

—Todos los que lo vimos en el mundo. Ha sido la catástrofe más observada de la historia. Se transmitió en vivo y en directo. ¡Eavemaría! A veces me avergüenzo de ser periodista.

—Pero eso tuvo su lado positivo. Será algo que recordaremos cuando el resto del mundo lo olvide. Es como una herida que queda abierta para siempre.

—¿Te das cuenta cómo impacta?

José Luis asiente con la cabeza mientras mantiene fija la mirada en la vía, pero no dice nada.

—¿Será entonces que no voy al sitio? —dice ella después de un momento de silencio.

—Si quieres ir, que te acompañe Marcelo que se apunta a todo. Por allá quedan las tiendas de las computadoras. También puede ayudarte a comprar el portátil. Él sabe más de eso que yo.

—¿Quién es Marcelo?

José Luis siente una punzada en el pecho.

—...Un amigo...

Vuelve a aumentar el volumen de la radio.

—Oye esto. Every time I say good by I die a little. Cada vez que te digo adiós yo muero un poco. Ni que te la estuvieran dedicando a ti. ¿Te gusta? Es de Lance Hayward. Yo lo conocí. Tocaba en el Village Corner.

Por unos segundos se quedan callados escuchando la canción.

—¿Y de qué eran los apuntes? —dice de pronto José Luis reiniciando la conversación.

—También de Campoalegre.

—Entonces es sobre eso la novela, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué sobre eso! Con tantas historias como hay y has vivido...

—¿Qué tiene?

—No sé, digo yo, tal vez sería mejor... ¿No has pensado escribir sobre la tragedia, por ejemplo? Te serviría de terapia además.

—Son unas determinadas influencias del pasado las que crean a un personaje muy concreto en el presente. Eso decía mi profe Eva. ¿Te acuerdas de ella?

—¿Qué quieres decir?

—Que antes estuvo el asesinato de mi tío.

—¿Será autobiográfica?

—Todo lo que uno escribe es autobiográfico. No lo digo yo, lo han dicho muchos escritores. Lo que no es autobiografía es plagio, leí que dijo uno de tantos.

—Jamás hablabas de ti en tus crónicas y reportajes.

—Algo queda de uno. Los ojos que miran determinan todo. Uno siempre está detrás aunque no esté contando su vida.

—Pero, a ver, ¿qué sentido tiene escribir sobre Campoalegre? ¿La historia es sobre ti o sobre el tío?

—Es sobre una niña que conoce la muerte por un asesinato, y a raíz de las circunstancias originadas por ese crimen la aíslan de su familia y sufre. Realmente el tío es una excusa. Daría para un personaje muy bueno, pero no conozco bien su historia, y los apuntes que boté eran justamente lo que me había contado Margó sobre él.

—Mi madrina sí que daría para una novela. Ni te imaginas las cosas que me contaba de su vida aquí en Estados Unidos y de sus viajes por Europa... Y ahora mírala allá metida en ese barrio con sus pobres. Qué desprendimiento. Saber que el tío Ramón era tan tacaño, siendo el hermano.

—Ay, ese barrio está ¡jodido! Se va a meter el ejército y van a barrer con todo.

—¿Tú si crees? Y mi madrina allá metida.

—¿Quién la saca? Que no deja sus casas, que nadie la va a sacar. Me tocó retén de milicianos y todo cuando fui a despedirme de ella. Y si vieras los huecos de los balazos en las fachadas de las casas. Casi quinientas personas han matado este año en esa sola comuna. Hay francotiradores por todas partes.

—Qué va. ¡Así de grave está la cosa! ¿O estás exagerando?

—¿Grave? De miedo. ¿No has leído el periódico? ¿No lo lees por Internet?

—Pues...

—Mira, te resumo. Son más de mil paramilitares diciendo que no van a dejar ni un miliciano vivo y más de mil quinientos milicianos aliados con los guerrilleros, cada uno imponiendo su ley, todos matándose, robando, extorsionando, secuestrando y desapareciendo gente; un montón de desempleados y desnutridos, cien mil personas sin esperanzas, abandonadas a su suerte. Veinte barrios, José, y a diez minutos de la casa de nosotros, de la Alcaldía, de la Gobernación. Ni siquiera la policía puede

entrar para hacer los levantamientos de los cadáveres. Y que nada pasa, que no estamos en guerra.

—No es así en toda la ciudad. Ni en todo el país tampoco.

—¿Por qué cobran impuesto de guerra entonces? Hace años tenemos una guerra que deja treinta mil muertos al año. Lo que pasa es que la ignoramos. Peor, la volvemos fiesta.

—Ay sí, como rumbea y toma trago la gente allá ¿no?

—Tal vez sea para compensar. Conseguir cada cosa a diario demanda el doble, el triple de esfuerzo.

—Aquí también hay pobreza y la gente tiene que luchar por alimentarse, por sobrevivir. A veces más.

—Pero la vida no es azarosa ni todo el tiempo por todos lados la sociedad te está golpeando. No saben qué es la miseria ni tienen unos gobernantes tan incapaces como los nuestros. Deberían encarcelarlos a todos. Lo mejor que hacen es improvisar, apagar incendios, robarse la plata y encementar la ciudad. Porque eso sí, creen que el cemento es desarrollo.

—Pero yo cada vez que voy veo mucho árbol sembrado.

—¿Árboles? Y para qué árboles. ¿Para proteger el aire? Primero que defiendan la vida. Después que siembren todos los arbolitos que les dé la gana.

—De todas maneras las cosas están cambiando y Colombia, aún con todos sus males, es un país muy lindo y Medellín es un buen vivero.

—Ah, sí, claro. Con una zona de combate a diez minutos de la casa y escondida en esas montañas que añoras. En una de las cuales vive tu adorada madrina. Sin necesidad, además, por puro gusto.

José Luis quisiera defender sus ideas, pero la mención de su tía lo alarma.

—Está loca. Voy a tener que llamarla.

—A ver si la convences de que se salga para que no termine como el tío. Ese barrio es una bomba de tiempo a punto de

estallar, y más tragedias en la familia, ni riesgo. Entre otras cosas, ¿qué fue lo que dijiste del tío Ramón? ¿Que era avaro?

—Dejó a Iris en la miseria.

—Esa es la versión de mamá. ¿Margó nunca te dijo? Con tantas cosas como te contó debió... en fin.

—¿Qué?

—Pregúntale.

Violeta se queda callada. José Luis insiste.

—¿Qué le pregunte qué?

—Me confirmó todo. Ahí no hubo avaricia sino mezquindad. Y no de mi tío sino de la familia. Le quitaron todo a Iris, ¡y mamá fue la que más jugo sacó!

José Luis busca la manera de orillarse y detiene el auto abruptamente. Se le ha enrojecido la cara. Sin quitar los ojos del parabrisas ni las manos del volante, del que sigue aferrado con las manos apretadas, dice:

—Si vas a hablar mal de mi mamá, mejor dedícate a otra cosa.

Luego voltea a ver a su hermana, a quien toma del mentón con suavidad para que lo mire mientras le dice:

—Escúchame muy bien. Yo te apoyo en todo lo que quieras, en todo lo que necesites para estar aquí y avanzar con tu famosa novelita, para que salgas adelante. Puedes incluso quedarte el tiempo que te dé la gana y yo te mantengo si es preciso, para que luches y consigas lo que tanto has querido y no has podido. Pero si hablas mal de mi mamá te advierto que...

—Yo no voy a hablar mal de nadie. Voy a mostrar seres humanos, lo que hace todo escritor.

Con la interrupción, serena, altiva, firme de Violeta, es como si todo quedara dicho. No se dice nada más.

Mientras se restablecen las condiciones para volver a una conversación animada y cordial, cada uno se entrega al flujo de sus pensamientos y recuerdos.

Por instantes, sobre todo en los semáforos y en la lentitud típica de la larga congestión de autos buscando entrada a Manhattan, José Luis le dirige miradas rápidas, nota como los rayos del sol vespertino que golpean el parabrisas hacen relucir el pelo de Violeta y piensa en el color original que está sepultado en la tintura, el rojizo que la hizo la diferente de la familia. Esos destellos le traen la vaga imagen del papá revisando todos los días la cabecita pelada de Violeta en busca de los primeros cabellos. La niña cumplirá dos años y ni un cabello le ha brotado. El papá quiere saber de qué color será su pelo. Calva, regordeta, y con vestidito de boleros, gatea por toda la casa y llora con mucha frecuencia, pues siempre se va al suelo cuando intenta ponerse de pie; aún no aprende a caminar sola y, para colmo, está muy mimada porque los hermanos se mantienen cargándola, a pesar de que la mamá les grita hasta cincuenta veces en un día “suelten esa muchachita por Dios aunque sea un ratico que no es un juguete”. Y este hermano, al que le dicen JÓse y no José, es el más consentidor de todos y nunca ha dejado caer a la hermanita llorona, como sí le pasa a Brenda, a quien él, furioso, le dice “usted sí es muy manitrapo, cómo es que deja caer así a la niña, no vuelve a tocarla, espere a tener los suyos mija”, y a Rubén también le pone el tatequieto para que no siga tirando a Violetica para arriba como si fuera un balón, “usted sí es muy brusco, cómo se le ocurre bolearla así, le va a desprender los bracitos”. Julián sí puede cargar a la niña, “pero sentadito porque usted tan flaquito no puede con ella”. Así, con Tere, que es como otra mamá, JÓse se vuelve cargador oficial de la chiquita de la casa para que la abuela Rosita y Margó digan cada vez que lo ven “eso sí es mucho amor el de ese muchacho con esa niña, vea como le da besos en la calva y le aprisiona los cachetes con los dedos como si tocara un piano. Cómo irá a ser de buen papá cuando sea grande”. Y ahora el papá de verdad va co-

rriendo, saltando por la casa, despertándolos en esa mañana memorable. Acaba de asomarse a la cuna de Violeta, acaba de descubrir que le han brotado los primeros cabellos, acaba de corroborar que son rojos. “¡Nos salió pelirroja! ¡Vengan! ¡Nos salió pelirroja!”, grita a las carcajadas, nervioso. Y todos van pasando por la cuna de Violeta y le tocan la cabeza. Y la mamá dice “es por ser los primeros, ya se pondrán rubios con el tiempo”, y el papá se alarma y exclama “¡Ni riesgos! Dejé la bulla. Con lo que me han gustado las pelirrojas. Esto es como un premio”. Y a partir de ahí los cabellos crecen y crecen, tanto que en cuestión de semanas la muchachita calva tiene la cabeza llena de rizos colorados, se convierte en la primera pelirroja de la familia y también en la más pecosa, pues por cada pelo que le sale parece brotarle la misma cantidad de pecas en la cara, en los hombros, en la espalda, en los bracitos, en las piernitas que ¡por fin! aprendieron a caminar. Ya la niña está en su primer año de colegio y llegó llorando con la firme decisión de no volver, porque una compañera le dijo que su cara parece como si le hubieran regado pantano con un hisopo. El papá está furioso, mañana irá al colegio con la niña para hacerla respetar, “si quiere papá nosotros lo acompañamos”, dicen Rubén y José Luis, después Brenda y Teresa también, luego Julián; en cambio la mamá dice que calma, que eso es envidia, que si las pecas generan tanto problema va a averiguar qué es bueno para quitarlas. Mamá Rosita dice que la juagadura del arroz las borra si se deja secar en la piel antes de ir a la cama. “Entonces empecemos a echarle todas las noches”, dice la mamá, “en vez de dejar chorrear el agua cuando lavo el arroz, la voy a recoger y se la echo”. Ahí el papá se enoja más porque “a mi niña no me le van a untar porque-rías y menos para quitarle esas pecas tan hermosas, venga para acá que usted es la pelirroja y la pecosita más linda del mundo”. Pero años después, ante el espejo, ella, la adolescente Violeta,

no se ve ni como la pecosita ni la pelirroja más linda, esas pecas y ese pelo son su tormento, no cambia con los años el uno, ni se borran con los años las otras, como esperaba. Todo lo contrario, se van toditas con ella a la edad adulta y a la sala de corresponsales donde ya trabaja y de donde llega por fin la primera quincena para comprar la tintura que el papá nunca le ha querido alcahuetear. El rojo del pelo desaparece con la ayuda de Brenda, que sí sabe de esas cosas, después de que Teresa se niega a aplicarle esa tintura tan complicada diciendo que “se muere mi papá si te ve así, pero antes me mata a mí si sabe que fui yo”. Y a Teresa le sobra razón. ¡Eavemaría! ¡Qué escándalo Jesús mío! Casi le da un infarto al viejo y qué alboroto se armó en la casa por esa bobada, “usted cómo le hace eso a mi papá como se mantiene de triste con el problema con José”, dice Rubén. “Déjese su pelo como es, tan orgulloso como se mantiene, cuando él se muera se lo pinta”, dice mamá Rosita, que es infalible dando consejos. Por eso, aunque es tan llevada de su parecer, y a pesar del deseo, Violeta cumple la promesa. “Jamás me vuelvo a tinturar pa’, te lo juro. Claro que con las pecas, qué pena, ahí sí me queda muy difícil darte gusto”. Las pecas, rebeldes a más no poder, se han triplicado con la manía que cogió la jovencita de asolearse más de la cuenta en las idas a la costa o en la piscina, dizque a ver si así se quemaba bastante y esas pecas tan feas se iban con los pellejos de las descamadas. Como ahora es una mujer que trabaja, gana plata y paga los tratamientos que el papá ni financia ni aprueba, muchas pecas son barridas por los rayos de los dermatólogos, que al mismo tiempo que pecas, sacan plata por montones con el láser. Hasta que llega la quemada más brava, la de la bomba, que se lleva por unos días todas las pecas de la cara y para siempre la abundancia del cabello, aunque nunca su color original. “Ay José, mi papá lloró cuando la vio con el pelo chamuscado después de la explosión”, dice Teresa

por el teléfono sollozando. “Y la cara la tiene como un monstruo y las manos vendadas, no puede hacer nada, hay que lavarle hasta los dientes, por encimita, con esos labios como los tiene; y cuando la peino en la clínica se me quedan las matas de pelo en la mano, yo no se las muestro, las echo por el inodoro porque, como es ella, es capaz de fijarse después en la basurera, tampoco lloro para no demostrarle, aunque siento que me voy a reventar. Pero no te angustiés, yo no te quiero angustiar, esto es muy horrible, para qué vas a venir a ver esta destrucción. Claro que qué tan bueno que vinieras José, sería un consuelo para todos, sobre todo para mi mamá. Ella está bien, casi no le pasó nada, te lo juro. A papá tampoco, pues casi no se quemaron. Ay, lo de Luciano ha sido lo más triste y lo de Iris también, pero sobre todo lo de Luciano y su perrita, me parece verlos jugando en el patio. A Violeta no le hemos contado, como quería a Iris, como se desvivía por Luciano. Me la voy a traer para acá para mi casa, la voy a cuidar como a una princesa cuando salga de la clínica porque ella ha sido la niña mimada y le ha tocado muy duro con tanto caos en esa corresponsalía. Qué pesar, como se había curado de las pesadillas y del insomnio después de haber dejado ese trabajo, ahora sí va a necesitar terapia, le va a tocar ir donde el psicólogo. Yo creo que debería irse para donde vos un tiempo, allá se vive solo pero muy tranquilo, a ella no le choca la soledad, ¿vos la recibirías? Aunque, cómo va a dejar la agencia si acaban de vincularla después de ser tan solo contratista y ya dio la cuota inicial para su apartamentico. Estaba tan ilusionada con irse a vivir sola, con su independencia para poder escribir más tranquila sin esa bulla de Luciano. Qué pecado el niño, ahora ya no va a tocar más su batería, apenas quedaron las latas de la que le dejaste. Ay, José, y a ella se le perdió el libro, apenas le faltaba acabar de pulirlo, todo lo que había trabajado estos años en esos benditos cuentos, el computador quedó

vuelto nada. Siquiera que Brenda se encontró en los escombros el cajoncito metálico con las libretas y un montón de papeles. Imagínate que guardaba todas las cartitas de Campoalegre, hasta las que ella nos escribía, mamá se las había dado. No se quemaron y eso le ha servido de consuelo por lo del libro. Por eso no hemos querido contarle que... No, no sabe... De Iris tampoco... Yo sé, yo sé... No me preguntés, yo no sé cuándo vamos a decirle lo de ellos... Por supuesto que tiene que saberlo, y lo sabrá, pero en su momento. Ahora no con... Pero es que no puede llorar por el oxígeno, tragó mucho humo, se ahoga si llora, como cuando niña, le empieza una tos horrible, de pronto se nos muere también... ¡Pero cómo le vamos a decir si se está asfixiando otra vez, y peor!... No, no, ni riesgo. Ya lo sabrá y entenderá. Ella es muy inteligente, nos va a agradecer que no le hubiéramos di... Cuando supere todo le sobrarán días para llorar todo lo que quiera... No José, ¡NO! No podemos decirle. ¡Que Tica no aguanta!... ¡¡Vos no entendés!!... Perdoná... Vos estás allá, apenas has oído noticias y eso no es nada para lo que es una cosa de estas... No aguanta José, créeme... ¿Mis papás? A ellos sí, pero el médico no les autorizó salir de la clínica, dijo que ya era demasiado trauma, aunque yo creo que hubiera sido mejor que asistieran a la ceremonia para elaborar mejor el duelo... Imagínate nosotros enterrando a Iris y a Luciano sin papá y sin mamá, ni Violeta ni tú... Menos mal que apareció Julián... ¡Sí, está aquí! Oyó la noticia por la radio y ahí mismo se vino, ha estado pendiente de todo, si no hubiera sido por él... qué manera de enfrentar las tragedias la que tiene, al fin y al cabo es un ex combatiente. Aunque está perplejo... Mejor que vengás también porque la familia ahora tiene que estar junta, así sea unos diítas. ¿Cómo estás de plata? Si es del caso yo te ayudo con el pasaje... O si no Margó te ayuda. Mamá se consuela pensando en que Luciano se murió primero que ella, dice que ahora

sí podrá morirse tranquila porque su angustia más grande en la vida era que Luciano quedara solo en el mundo... Es que un hijo anormal sí que debe ser una tragedia y como uno con los hijos pierde el derecho a morirse tranquilo... Ahora es que yo la entiendo con mi Nata... Nooo mijo, eso quedó vuelto nada, lo único que se salvó fueron las cosas que dejaste guardadas donde Margó, aquí no quedó memoria de nada... Pero siquiera mi mamá y mi papá están vivos y Tica también... El cirujano plástico me dijo que no es tan grave, que hagamos de cuenta que es un peeling muy fuerte, que antes va a quedar con la piel muy bonita si se cuida y que no hay daño en el cuero cabelludo y el pelo le volverá a crecer, ojalá ya no le salga rojo, como le choca a ella ese color, al menos para que la vida le compense por lo que ha pasado... Entonces, ¿si venís?, decime José, ¿sí venís?”. Y él no fue por no tener que hacer las paces con el papá. Y eso lo hace sentir mezquino, miserable, pecador. Pone delicadamente su mano sobre la de Violeta, una mano con manchas, por encima, como cicatrices, que sin querer él ha estado observando a lo largo del viaje y que en el siguiente semáforo levanta y besa de nuevo.

—Estás muy bonita. Bienvenida. Espero que disfrutes y aproveches mucho el tiempo aquí.

Ella voltea a mirarlo. Cierra los ojos y vuelve y los abre al instante, en su manera silenciosa de dar las gracias. Ahora, él le toma el flequillo de la frente con los dedos y mientras va halándolo con suavidad para llevar su cara hasta la de él y darle otro beso, va diciendo “Te tetete”, de la misma forma que lo hacía el tío Ramón con ella y sus hermanas cuando les halaba de las trencitas. Ella sonríe por primera vez desde que la abrazó en el aeropuerto.

—¿Cómo supiste que el tío Ramón hacía eso?

—Veía que se lo hacía a Teresa.

El semáforo está pasando al verde y José Luis sigue mirándola.

—Iris gozaba haciéndonos trencitas y mi tío halándolas, como si fuéramos terneros, cuando llegaba por la noche o cuando nos daba el beso antes de acostarnos. Caprichos de ellos. Mira, ya cambió.

Y ese flequillo también es un capricho, piensa José Luis volviendo a liberar el acelerador de su pie. “Te verías mejor sin él. Deberías quitártelo. No se te nota nada”, quisiera decirle, pero no se atreve. “Apenas son unas manchas de las quemaduras, no se ven como cicatrices, no hay por qué disimularlas”.

—Me estaba acordando de tu pelo. ¿Desde cuándo te lo tiñes?

—Desde que murió papá. Era al único al que le gustaba.

—Al único no. A mí también me gusta. Más que ese color que tienes.

—¿Falta mucho?

—Ya vamos a llegar. Este tráfico siempre es así.

—Con las pecas siempre me hicieron sentir como un bicho raro. Todo lo que gasté en tratamientos. Y todavía me quedan, en las piernas sobre todo, y mira, en los brazos y en los hombros también. Y ese pelo resultó tan rebelde como las pecas. Me volvió a salir colorado.

—Hermoso. Mira, allí es donde va a ser el concierto. El otoño empezó hoy. ¿Sí sabías?

—Claro. Por eso escogí la fecha. Es perfecto. Ni frío ni caliente, y con la naturaleza mudando.

Es notoria la diferencia en la ciudad con respecto a su primer viaje. Ahora está toda esa gente cruzando las calles mientras hablan por teléfono. Es el año 2002, es el mundo globalizado donde los teléfonos públicos están en peligro de extinción por el individualista celular. Es la época en que aún no se ha entendido que la resolución del conflicto entre Israel y Palestina es primordial para la estabilidad mundial, para un futuro mejor de la humanidad. Es la época en que el

poderoso se ha vuelto vulnerable también. Es el momento en el que ella está entrando al imperio del norte a donde muchos llegan tratando de encontrar algo más, algo que no saben muy bien qué es, que desean fervientemente y no existe en sus países de origen. Algo que está en el futuro, que tal vez ni exista pero podría ser, como la vida cada día. Tal vez un día ella será una inmigrante como muchos de esos, pero ahora es tan solo una turista que no quiere devolverse para su país y quizás esté en tránsito hacia otro; que va por la vida sopesando lo que desea, lo que le conviene, lo que quiere y no quiere. Una turista con el carácter complejo como el país donde nació, creció y ha vivido, con contradicciones, indecisiones, o decisiones mal tomadas, como a lo mejor podría ser esta de venirse para un lugar que la emociona, mientras lo mira desde la ventanilla del auto, pero que al mismo tiempo la agobia. Y el hombre que está ahí al lado conduciendo, que le sonrío, que le dice con los ojos que se alegra con su presencia, que la abrazó con tanta fuerza y amor en el aeropuerto, que la mira de manera tan sincera, con ternura, es su hermano, casi un extraño, y ha ido a vivir con él. Le es ajeno su mundo, su vida; ha crecido entre ellos una distancia que no existía cuando niños, adolescentes, jóvenes. Quién podrá salvar esa lejanía entre los dos, cómo romperán el hielo en la vida que van a iniciar juntos. Hay algo en él que se evade. Tuvieron los mismos padres, comparten los mismos hermanos, pero entre sus vidas hay un espacio grande como los países donde han habitado en los últimos dieciocho años. ¿Cómo vivirá con ese ser reconcentrado en sí mismo, callado, que apenas dice lo preciso, que si le ha hablado tanto es porque llevaban meses sin hacerlo cara a cara? Aunque puede ser que mañana cuando se levanten, después de dormir bajo el mismo techo, las cosas sean como cuando tenían quince, veinte años y vivían en la misma casa. Al fin y al cabo son familia. Nacieron de la

misma madre por culpa del mismo padre. Mientras él maneja y ella mira por la ventanilla va preguntándose cómo será la vida con ese desconocido, cómo hacerle frente a ese vacío que la separación ha creado entre ellos, tan parecido al que sintió con Teresa cuando volvió de Campoalegre, o cuando Julián regresó; tan parecido al que siempre ha experimentado con Brenda y Rubén con quienes definitivamente poco tiene en común, excepto una familia, porque la vida es así, porque a veces algunos seres que se criaron con uno, que habitaron la misma casa y salieron del mismo cuerpo pueden llegar a ser unos perfectos desconocidos, unas vidas contiguas pero ignoradas por completo.

—Sí, es aquí.

Ya llegaron y él no le ha dicho nada de Marcelo. Ya se van a montar en el ascensor. Ya están adentro. Y José Luis nada. No desata palabra. Al contrario. Se pone a silbar.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunta Violeta.

—¿Yo? De nada. ¿Por qué?

—El tío Ramón recomendaba silbar para espantar el miedo, decía que servía para darse valor en la oscuridad o ahuyentar la muerte al pasar por un cementerio, pues a veces la gente se asusta de su propia sombra. Me contó Margó.

—Aquí hubo una competencia de silbadores, la International Whistlers Convention —responde José Luis como si no hubiera oído lo dicho por Violeta—. Los hombres son los que más silban. Aunque no es cosa de hombres.

—Claro que ha habido asesinos reconocidos por sus silbidos.

Ahora ella parece no escuchar a José Luis y continuar con su tema por su lado. Él también.

—La final de la última la vi por la tele.

—Es típico de las películas de vaqueros.

—Me gustó mucho un viejito que silbó el *Ave María* de Schubert.

—El tío Ramón silbaba cuando montaba a caballo de noche. Yo me acuerdo. Sobre todo entrando o saliendo de la finca.

—Pero ganó un muchacho gordo que silbó el himno de Estados Unidos. Así son aquí.

—Decía que un silbido era la prueba de la presencia humana porque silbar sale de la mente, el corazón, el sentimiento, el pensamiento, del cuerpo, que está dentro de ti. Sí, así me lo explicó muy clarito Margó. Y me lo grabé. ¿Sí me estás oyendo?

—Ah, sí. Me acuerdo cuando iba a Medellín y silbaba para llamar los taxis.

Ahora vuelven a encontrarse en la conversación.

—Yo nunca supe dónde poner la lengua, qué hacer con los dientes o cómo usar los labios —dice ella—. Me explicaba que se podían usar también las manos y los dedos. Me quedaba en las mismas. Julián sí le aprendió.

—Algunos usan el paladar o se apoyan en la lengua simplemente. El mecanismo puede variar y a la larga es algo banal. Lo importante es el sonido que salga. Fue el primer instrumento musical, ¿sabías?

—¿Todavía silbas en el baño o cuando embetunas los zapatos?... Este ascensor está bajando otra vez. ¿Nos pasamos? Qué piso es.

José Luis hunde el siete. Al entrar al viejo y amplio ascensor había oprimido el quince, el último, voluntariamente.

—Sí, sabes que sí. Silbar es como una forma de cantar. A mí me va muy bien con la guitarra, pero con la voz soy negado.

—Al tío le aterraba que gritáramos. Decía que en el campo era mejor silbar para comunicarse. ¿Te acuerdas cómo llamaba a los caballos y al ganado?

—Se puede hablar con silbidos, hacer hasta frases completas. Es todo un lenguaje.

—Iris me dijo un día que el silbido del tío Ramón le transmitía paz y dulzura, que cuando lo escuchaba sentía que el mundo

estaba bien y que por eso la noche en que lo mataron cuando venía del pueblo supo que algo malo había pasado. Ya eso lo tengo anotado para la novela. Es un detalle importante para el inicio. ¿Aquí sí es?

Violeta sostiene la puerta para que José Luis saque las maletas. Una vez están todas en el pasillo él se sienta en la más grande.

—Tengo que decirte una cosa.

Y ¡por fin! José Luis cuenta que está viviendo con Marcelo desde el verano pasado. Al verle la cara de inquietud a su hermana, le dice que no se preocupe porque tendrá un cuarto para ella sola pues los dos duermen en la misma cama. A la carrera le dice que es la primera vez que vive con alguien y que se siente muy bien. También a la carrera, Violeta le promete que se lo guardará, no le contará a la mamá ni a ninguno de la casa y que tratará de llevarse bien con ese muchacho tan joven. Mientras arrastran las maletas por el pasillo y recorren el corto trayecto, Violeta trata de aterrizar en un asunto que no se esperaba.

—¿Por qué no me lo dijiste apenas nos montamos al auto en el aeropuerto para que me hubieras contado bien quién es Marcelo? Tú tan viejo y con esas bobadas como de adolescente.

José Luis continúa arrastrando las maletas. “Esta se trajo la biblioteca y no la ropa”, se dice antes de contestarle.

—Ya habrá modo de conocerlo. Todavía no le ha caído ningún papel. Será tu compañía en tus dos meses aquí, pues yo no voy a tener tiempo. Mañana empiezo la temporada de conciertos y quién sabe cuándo podremos volver a charlar como hoy. Te tocará entenderte con él.

Ahora es ella la que tiene que aterrizarlo.

—¿Dos meses? ¿Dijiste dos meses? De dónde sacaste eso. Son seis. Y voy a quedarme más, del todo si es posible.

—¿Cómo? ¡Seis meses! ¿Te dieron seis meses? Muy raro. Después del 9/11 están dando máximo dos. ¿Estás segura?

¿Revisaste bien la tarjeta? Me la tienes que mostrar, no vaya a ser que te confundas.

En el olor a comida ella encuentra excusa para evadirse.

—¿Qué es este olor a ajo y a mariscos tan delicioso en este pasillo?

José Luis respira con todas las ganas.

—Ya llegamos, aquí es —dice y vuelve a respirar pues la arrastrada de maletas ha sido dura, pero también porque ahí, detrás de la puerta, está Marcelo y quién sabe en qué onda andará, tan temperamental a veces y como estaba de bravo, ojalá que no salga con ninguna de sus niñerías. Por el olor parece que no. Antes de que se abra la puerta le hace la última advertencia a su hermana.

—No le cuentes nada por ahora a Marcelo, de los seis meses, digo, después te explico por qué. Es que tenemos que seguir hablando. Todavía tenemos mucho de qué hablar.

—¡Para siempre?!

Marcelo acaba de preguntarle a Violeta hasta cuándo se quedará y después de oír su respuesta repite la pregunta a José Luis, quien le dice que la ignore porque es una broma.

—Aquí en este apartamento apenas me quedaré un par de meses, mientras me organizo —aclara ella—. ¿Dónde está el teléfono? Necesito llamar a mi mamá.

—La mamá ya llamó —informa Marcelo. Aprovecha para soltar la primera ironía producto de la rabiecita que tiene por no haber ido al aeropuerto, ¡qué desplante!, y por el misterio sobre su existencia.

—Pero por supuesto no hablé con ella. Levantar la bocina hasta no saber quién llama es algo prohibido para mí. Como soy un secreto así no quiera.

—Marcelo, por favor...

José Luis se ve obligado a decir palabras que preferiría tragarse pero que es necesario arrojar, así sea entre dientes.

—Por qué mejor no ayudas a llevar estas maletas para el cuarto a ver si desocupamos aquí y podemos sentarnos a comer ¿sí? Podrías al menos hacer algo útil.

Marcelo siente que la rabiecita le sube por el esófago y se le queda atragantada.

—¿Y la cena qué? —pregunta secamente.

Violeta mira a José Luis. Intenta reparar lo que ha dicho.

—Si es como el olor del pasillo seguramente estará exquisita —afirma convencida, pero su frase queda en el aire y José Luis la pisa con otra.

—¿Qué dijo mi mamá?

—Ahí en la máquina está la grabación —contesta Marcelo sin mirarlo y alistándose para alzar las maletas.

José Luis toma el aparato primero; luego a Violeta por el brazo y la lleva hasta el sofá, donde se sientan. *La metamorfosis* está sobre la mesa central ahora. Ya no se ve la videograbadora con los cables; tampoco el trípode patiabierito. Marcelo se encargó de borrar el escaso desorden del apartamento.

—Que la llamen apenas lleguen —agrega Marcelo saliendo con la primera maleta. “Parece que la estadía sí es para siempre”, piensa al sopesar el par de maletas que se lleva por el pasillo por el que se pierde diciéndose “Apenas llega, sé más de ella que ella de mí y ya me he convertido en su maletero. Y para colmo, nada regordeta ni cuarentona. Está bien guapa la condenada, tallada y conservada, con ese vestido, parece de treinta. Y qué porte. De un continente de enanos y ni siquiera en la estatura le gana. Claro, hermana de quién. ¿Y los dientes? Ya me los quisiera tan perfectos”.

Violeta ve regresar a Marcelo y llevarse el resto de equipaje. Se le ha extraviado la sensación de seguridad que tuvo cuando se encontró con su hermano. Es poco tiempo para asimilar la sorpresa. Sin embargo, en el compañero de su hermano se nota mayor tensión, y eso que tuvo más tiempo para procesar el asunto de la ida al aeropuerto.

Y entre pensamientos, sensaciones, olores, voces de tranquilidad para la mamá a través del teléfono, idas y venidas de Marcelo de la cocina al comedor, con Violeta detrás preguntando y diciendo “Ay ¿y esto tan rico qué es?, ¿y cómo lo hiciste?, ¿y es que te gusta cocinar?, qué bueno saber, yo no sé nada, me

tocará aprender, a ver si me enseñas”, pasa un tiempo benéfico que parece mejorar las cosas y hace que al final, cuando los tres se encuentran sentados a la mesa estén de buen ánimo, dispuestos a disfrutar de verdad la paella pa’ella.

—Ustedes solo se parecen en los labios —dice de pronto Marcelo.

—¿En serio? —pregunta Violeta mirando la boca de su hermano.

—Y en el porte. Qué porte madre mía, no parecen suda... digo, latinos.

—Mi papá decía que los labios fue lo que lo sedujo de mamá. ¿Cierto José?

—Se los sacamos a ella. Es el rasgo unificador de la familia.

—Será lo único en lo que me les parezco —aclara Violeta—. Nadie se explica qué pasó con mis genes y por qué salí así.

—¿Cómo que así? ¿Qué tienes de raro?

—Mírame —le dice Violeta a Marcelo enseñándole con un gesto las pecas de sus brazos que el vestido ligero deja desnudos, incluyendo los hombros, parte de la espalda y el pecho.

—¿Son de naturaleza? Nunca había visto tantas ni tan de cerca, esto le da carácter a la piel —dice Marcelo palpando con un dedo las pecas en el hombro de Violeta, algo excitante para ella e intrascendente para él—. Son sexys. Te dan un toque de sensualidad.

Violeta siente las mejillas acaloradas por el efecto del vino, pero también por el comentario que le genera ambigüedad sobre las preferencias del joven que tiene al lado y a quien José Luis mira desconcertado, por un instante solamente, pues tras imaginarse que debe ser una treta de Marcelo para agradar a ambos, se enternece con el gesto y le sonrío.

—En el colegio la molestaban mucho y yo, cuando me hacía enojar, le decía bananito maduro. Pero me arrepiento —dice José Luis. Luego levanta su copa—. Por ti —agrega mirando a su hermana.

Los tres se callan mientras saborean el vino. Luego ella reinicia la charla.

—Mi tío Ramón era muy pecoso. En la espalda, los brazos, el torso, las piernas. Y en el sol su pelo daba visos rojizos. Lo vi en la cascada de La Hundida.

—¿Siii? Nunca me di cuenta. Y a Tere y a mí también nos llevaba a bañarnos al río.

—Tú no tenías pecas ni andabas buscando alguien que se te pareciera. Yo trataba de encontrar un signo físico que nos acercara a todos en la casa. Por eso me alegré mucho cuando descubrí las pecas del tío. Llegué a pensar que de pronto sería hija suya. Sus pecas lo hicieron mi aliado... Oye Marcelo, ¿y por qué tienes los dedos amarillos?

—El azafrán. Es que cocinar una paella es toda una carrera de obstáculos. Confío en superar la prueba.

—Se ve muy provocativa. A ver, y si es como una carrera de obstáculos, entonces cuál es la primera etapa para hacerla. ¿O no me das la receta?

—Se empieza con la preparación de los ingredientes.

—Muchos por lo que veo. Pero bien mezclados.

—Te lo voy a explicar como si fuera una carrera, aunque no de obstáculos porque para mí es muy fácil. Arrancas friendo el pollo. La barrera es el fuego medio-fuerte hasta que dore. Cuando esté, lo sacas y lo escurres sobre papel secante. Lo relevas con el pimiento troceado, el perejil y el marisco, que salteas a un fuego intermedio y una vez en su punto dejas también a distancia.

Violeta y José Luis se miran y sonríen.

—Luego viene la carrera más corta que es aclarar el arroz en el grifo y escurrirlo. Saltas al ajo y la cebolla, haces un sofrito y le incorporas el arroz removiendo a buen ritmo para cubrirlo con el aceite. Pones el pollo, la mezcla de mariscos, los guisantes y el chorizo y revuelves todo bien. La última zan-

cada la das con el azafrán y el caldo, y empatas con el fuego, saltando del alto al bajo.

—¡Y listo!

—No, aún no llegas a la meta. A los quince minutos lo bajas y dejas descansar otros cinco. Separas los granos de arroz antes de servir.

—Tendría que empezar por conseguir la paellera.

—Si es una sartén plana y grande, sirve, y si es como un estadio, mejor. Más éxito tendrás... Qué tal señora juez, ¿merezco medalla de oro?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, dejemos ya esta carrera de obstáculos –interrumpe José Luis–. Ahora nos conviene más la paella y se nos está enfriando. Salud.

—Salud. Gracias José por este recibimiento. Y a ti también Marcelo.

—En verdad, la medalla te la cuelgas pero la paella te la comes. Así que no digamos más y buen provecho, que he sido yo el que la he hecho y me interesa que os guste –remata Marcelo en tonito trascendental.

—Podrías buscarte una corresponsalía –dice José Luis.

Ahora están los tres en la sala con la segunda botella de vino y la primera exploración de opciones para Violeta.

—Primero tendría que aprender a vivir en inglés, y eso lleva tiempo. En segundo lugar, dudo que se pueda vivir en dólares con un sueldo colombiano, y más de un medio de comunicación. Si allá no alcanza, menos aquí. Y tercero, prefiero algo más sencillo, donde no tenga que desgastarme tanto. Como decía Manuel Puig, un escritor argentino que estuvo en la Biblioteca Piloto, el oficio ideal para un escritor es aquel donde no tenga que ocupar el cerebro... Es la biblioteca pública de mi ciudad Marcelo.

—Insisto. El periodismo es tu oficio, lo conoces y eso lo hace fácil.

—Ya no, entiende.

—Preguntaba mucho cuando estaba chiquita —dice José Luis dirigiéndose a Marcelo—. Siempre quería saberlo todo.

—Y cuando llegaba a una conversación se callaban. También me decían que era mejor que hablara poco porque así decía menos mentiras.

—¿Eras mentirosa?

—Jamás. Es porque para los ignorantes los periodistas son solo unos mentirosos. Y porque a veces me inventaba cuentos, como lo hacen todos los niños.

—Y los escritores —aclara Marcelo.

—Las ficciones no son mentiras, son solo ficciones. Cuando estaba en el periódico escribía muy en serio.

José Luis se dirige a Marcelo.

—Empezó de corresponsal antes de graduarse. Cuando eso yo me estaba viniendo para acá. La contrataron por una crónica que envió. Si quieres leerla yo tengo los recortes.

Violeta se extraña. ¿Ha escuchado bien?

—¿Los recortes del periódico? ¿Tú los tienes? ¿Cómo los conseguiste?

—Me los mandaba Teresa cada semana.

—¡Creí que no existían! La colección de mamá se quemó y la mía también. ¿Teresa hacía eso?

—Se sentía muy orgullosa. Como yo. Debiste haber sido capaz de ser periodista siempre. Una vida es corta para conocerle todos los recovecos a un oficio. Mírame a mí con la música.

—¡No es lo mismo! Ni da lugar a la comparación. Además, yo no he dejado de ser periodista. Me siento periodista.

—¿Entonces? ¿Por qué no buscar la corresponsalía? Te contradices. No sabes lo que quieres.

—A lo mejor nunca lo he sabido ni lo sabré. Pero sí sé que prefiero la literatura y que el verdadero periodismo, el que a

mí me gusta y me enseñaron a hacer, vale muy poquito en Colombia, en todo sentido.

—Querer ser escritora es lo que te ha frustrado.

—¡¿Qué?!

—Y es lógico que te haya frustrado. Eso no es una profesión —insiste José Luis con arrogancia.

Marcelo quisiera entrar en la conversación, considera que la cosa puede ponerse seria con tanta franqueza y que estos dos pueden resultar peleando en cualquier momento, por algo son hermanos y los hermanos siempre discuten y se hieren entre sí, hasta se matan como Caín y Abel. Al menos así lo ha creído. Pero no se le ocurre nada para meterse en el diálogo y bajarle la petulancia al tono en que José Luis le está hablando a Violeta.

—¿Dónde hay una carrera que gradúe como escritor? Yo pude estudiar música y tengo un título. En cambio los escritores están fregados, pueden ser de todo y tienen que ser otra cosa para ser lo que quieren ser. Por eso viven tan atormentados.

—Por qué me dices eso —reclama Violeta—. ¿Se te subió el vino o qué? ¡Eavemaría, qué recibimiento!

—¡Y qué esperanzas nos da! —dice Marcelo con decisión—. Yo quiero ser actor, soy asistente de un chef y acomodador de un teatro, y no sé si algún día podré vivir de ser actor. ¿Entonces seré un frustrado y un atormentado también?

José Luis reacciona. Se aplaca.

—Bueno, solo quería decir que se hacen más difíciles las cosas. Y que me hubiera gustado que siguieras siendo periodista. Te admiraba mucho.

—¿Ya no?

Lo que acaba de decir José Luis le da el empujón final a Violeta para agregar con vehemencia lo que siempre ha pensado de él pero jamás se había atrevido a decir.

—Lo que pasa es que tú no eres un artista así lo parezcas. Eres un mero intérprete. No creas nada. ¡Qué desperdicio

con tremendo piano! Por eso te da tanto trabajo entender a los que sí creamos.

Ella, que hace rato tiene *La metamorfosis* en la mano, empieza a pasar las hojas del libro. José Luis se manda todo el vino que queda en su copa. Marcelo suspira, se yergue del piso donde ha estado sentado arrancando involuntariamente hilitos a la alfombra. Toma la botella.

—Bueno, han quedado empatados. ¿Más vino?

Ahora José Luis mira a Violeta un poco ido, como si se estuviera preguntando algo sobre ella, o como si buscara en su hermana una respuesta a algo que él no entiende. Quisiera decirle “nunca pretendí ser un artista”, pero cuando las copas quedan llenas de nuevo y Marcelo en su sitio en el suelo, Violeta retoma la conversación.

—¿Y este libro? ¿Quién lo está leyendo? ¿Tú estás leyendo esto José?

—No. Soy yo —interviene Marcelo.

—¿Te gusta la literatura Marcelo?

—Es para una audición de una obra de teatro.

—A mí me gustó mucho Kafka. Lo leí todo en mi época de universidad. Prefería leerlo a él que a los escritores del boom latinoamericano que estaban de moda.

—Lo leo a ver si me dan el papel.

—¿Qué papel?

—De Gregorio Samsa.

—¿Gregorio Samsa?

—Ajá

—¿Y cómo harás para convertirte en un escarabajo?

—Eso es lo de menos. Lo importante son los parlamentos. Me tienen tomado. Todavía no me los aprendo del todo.

—El diálogo es clave en el teatro. Para mí es esencial en las historias. Me acostumbré a usarlo por las entrevistas y el cine. Ah, tenemos que ir a cine, ¡me fascina!

—El diálogo es la música de la literatura, los ritmos, las melodías. Eso he oído decir. Y no se me ha subido el vino. ¿O tal vez sí? —dice José Luis quien ha dejado de observar a Violeta y ahora tiene puestos los ojos sobre la alfombra, aunque miran mucho más allá.

Violeta se vuelve hacia su hermano.

—Está muy buena la observación. La voy a anotar. Así sí vale la pena que se te suba el vino.

—Que se suba el vino pero no la majadería —anota Marcelo.

—Para mí que se le están bajando ambos —le dice Violeta en voz baja.

—Y los párpados también —agrega Marcelo acomodándose en el sofá al lado de José Luis.

—A ver Marcelo, ¿y cómo se representa una metamorfosis? Yo estoy necesitando una —pregunta ella.

—¿También en escarabajo? Te sugiero buscar algo más fácil.

—Hablo en serio.

—Cuando sepa cómo, te cuento, pero si se te ocurre algo primero, me dices antes de que Gregorio Samsa me deje como un gusano.

Violeta sonrío.

—Me hiciste acordar de un sueño que tuve cuando murió mi tío Ramón. ¿Se los cuento?

Violeta pregunta pero no espera a que la autoricen para echarse el rollo.

—Soñé que estaba chiquita y en Campoalegre. Miraba una mariposa muy colorida que estaba sobre una flor. Me embelesé tanto observándola, que me fui convirtiendo en esa mariposa, pero del tamaño mío. Cuando quise volar no pude porque pesaba demasiado. Tuve que quedarme ahí en el corredor de la finca hasta que las alas se me fueron secando y poniendo tiesas como papel. Entonces el viento llegó y se las fue llevando en pedazos que vagaban por el aire. Al final solo

quedó el gusanillo, que era yo. Y dejé de ser una mariposa. Me asusté tanto que me desperté, pero cuando abrí los ojos descubrí que...

—Vete a dormir a la cama —le dice bajito Marcelo a José Luis al sentir que la cabeza de él cae pesada sobre su hombro. Violeta ve la inútil lucha de los ojos de su hermano por quedarse abiertos.

—Lo malo es que yo no tengo sueño todavía. Y en casa ajena quién sabe si dormiré esta noche.

—Yo tampoco tengo sueño. Quedémonos otro rato —dice Marcelo, en quien la prevención parece desvanecida.

—¿A qué horas es el concierto mañana? —pregunta ella cuando ve salir a José Luis como un autómata con Marcelo guiándolo. Y se olvida de contar el final de su sueño.

—Voy a leer los reportajes tuyos que tiene José Luis.

—Si están todos vas a encontrarte mucha basura.

—¿Escribías mal?

—¡No hombre! Te lo digo porque un alto porcentaje deben ser informes insulsos.

—¿Por qué los hiciste entonces?

—Me tocaba. ¿Cómo me iba a negar a entrevistar a una reina de belleza si era lo que pedían?

—¿Entrevistaste gente importante?

—¿Qué es para ti gente importante?

—No sé. Presidentes, artistas, futbolistas...

—Sí, hablé con algunos. Y también con indigentes, políticos, generales, ladrones, madres comunitarias y empresarios.

—Alguien famoso.

—Juan Pablo II, Mitterrand...

—¿El Papa? ¿Estuviste en Roma?

—No, él fue a Colombia.

—¿Hace mucho?

—Más o menos.

—Vamos, pero cuéntame. Cómo fue eso.

—Estuvo siete días en diez ciudades.

—¿Tanto? Qué afortunados.

—¿Afortunados? Fue una visita desafortunada.

—¿Pasó algo malo?

—Las agencias internacionales dijeron que el guía espiritual de ochocientos millones de católicos del mundo se encontraba en el infierno y los medios europeos nos señalaron como uno de los países más violentos del mundo.

—¿Qué te va lo que digan si tienes lo que quieres.

—¿Tú crees?

—¿Lo viste de cerca?

—Sí.

—¿Qué tan cerca?

—Ay, ¡cómo preguntas! Eres peor que yo. ¿Qué importancia tiene eso?

—Bueno, si no quieres...

Violeta saborea largamente un trago más de vino, como si ordenara sus recuerdos.

—Estábamos esperando en la pista del aeropuerto, acorralados detrás de una de esas cercas metálicas que impiden el paso. Cuando el Papa se bajó del avión y nos vio a los periodistas allí apretujándonos para poder verlo, rompió el protocolo, se salió del camino que le tenían señalado con una alfombra roja y se vino a saludarnos.

—¡No!

—¿Y sabes qué? En vez de echarnos bendiciones nos dio la mano a todos.

—Uau. ¿Qué sentiste?

—Nada.

—No te creo.

—Es verdad. Algunos de mis colegas lloraron que porque el Santo Padre los había tocado. El director de un noticiero se

pasó el pañuelo por la mano que le había dado al Papa dizque para impregnarlo de él y dijo que jamás lavaría el pañuelo. Era un hombre ya mayor, pero estaba tan emocionado como un niño. No me explico cómo hizo para evitar que se le salieran las lágrimas que le nadaban en los ojos. Dijo que había sentido como si el mismo Jesús lo hubiera tocado.

—¿Eso dijo?

—Sí. Y los otros estuvieron de acuerdo con él e hicieron lo mismo con el pañuelo.

—¿Tú no?

—Yo lo único que pude experimentar fue desconcierto de verlos a todos tan alebrestados y de verme a mí tan indiferente ante la figura papal.

—¿En verdad te faltó emoción?

—La tuve, pero distinta. Siempre me he preguntado de qué me sirvió estar ante ese señor si no me despertó lo que sintieron los otros. En realidad el tipo era para conmover a cualquiera, por lo que representaba y porque su semblante tenía algo que yo nunca había visto ni he vuelto a ver en nadie.

—¿Qué cosa?

—Tal vez era bondad. Ese día yo conocí cómo es la cara, la mirada, la sonrisa y la piel de un ser absolutamente bueno. De eso tuve la seguridad.

—Algo entonces te inspiró.

—Me hizo sentir rara. Fue como comprobar que la Iglesia, los curas y la religión nada tienen que ver conmigo.

—¿Qué más da. Lo importante es Dios.

—¿Dios? Hubiera sido muy bueno sentirlo, pero ni con el Papa ante mis ojos lo logré. Por eso lamento lo ocurrido ese día. Tenía la esperanza de que algún día Dios resolviera todos los males del mundo. Claro que cuando le conté a Eva Muñoz... es una amiga que fue mi profesora en la universidad... Cuando le conté a ella me dijo, toda tranquila, quienes creen en Dios

ponen la esencia de sí mismos por fuera de ellos. Así con esas palabras. Al oír semejante cosa, le pregunté que si no creía en Dios, y ¿sabes qué me contestó?

—¿Qué?

—Solamente creo en lo que es posible explicar desde la realidad. Entonces yo le dije que si bien no sentía una presencia divina dentro de mí, tampoco me atrevía a negarla.

—Es más cómodo pensar que Dios existe. Al fin y al cabo se le puede echar la culpa a alguien de todo lo que pasa y en el caso de que sí haya condenación no la lleva uno perdida del todo.

—Ah sí, claro, y puedes darte el lujo de ser un poco irresponsable con la propia vida. Qué práctico eres. Eso es ser oportunista.

—La iglesia es oportunista también. ¿O qué decía tu profesora?

—Cuando le confesé que no me nacía ser fiel a la iglesia, me dijo que no me preocupara. Para ella la iglesia era medieval, oscurantista. Una hipocresía absoluta, decía. Analiza los católicos y verás, me dijo un día. Hoy condenan el aborto y mañana defienden la pena de muerte.

—Qué profesora. Con semejantes ideas debió haber tenido fama en tu universidad... Y bueno, ¿qué otros famosos conociste?

—¡Si fuera solo gente Marcelo lo que uno conoce como periodista! Los hechos son más importantes. Y más cuando son catastróficos.

—Oh sí, a los reporteros les toca ver muchas tragedias. ¿Tú las viste?

—¿Tragedias? Más que eso. ¡Infamias! Hechos asquerosos.

—Anda, no te excedas.

—Lo que pasa es que no conoces nuestra historia. Si te contara... Mira, solo te digo esto. Fueron cosas tan graves que

después de más de quince años de haber pasado, las heridas que abrieron aún están sin sanar del todo. Y todas las preguntas que dejaron tampoco han podido responderse.

—¿Hablas en serio? Dime una.

—La peor: Armero.

—¿Armero?... ¿Arme...? ¿Ése fue el volcán?

—Sí, el pueblo que fue borrado del mapa.

—Algo me contó José Luis.

—Hubo veinticinco mil muertos y más de veinte mil damnificados y sobrevivientes. Y transmitieron a todo el mundo la agonía y la muerte de una muchachita que se llamaba Omayra.

—¿Oh sí?

—Vimos impotentes cómo se moría, seguimos la transmisión como si fuera una carrera de ciclismo, eso sí pudimos hacerlo y no fuimos capaces de salvarle la vida a esa niña. ¿No te parece que eso es sencillamente asqueroso?

—Qué pena.

—Y ni qué decir de la toma del Palacio de Justicia.

—¿La qué?

—Una masacre colectiva de magistrados que fueron fumigados con granadas. Murieron más de cien personas por la irresponsabilidad de los guerrilleros y de los militares. Eso tan solo nos sirvió para ver cómo un presidente, unos congresistas y unos senadores, en vez de cumplir con su deber, podían hacer el ridículo y seguir impunes por la vida, como si nada.

—Como para avergonzarse.

—Yo me avergüenzo de mi país... pero más de mí, sobre todo en este momento. Parece que estoy haciendo algo que siempre he criticado.

—¿A qué te refieres?

—Los periodistas vivimos de contar nuestras pequeñas hazañas, que no son nuestras sino que las propician otros... Bah, no hablemos más de esas cosas.

Violeta se manda un trago grande de vino.

En su cama, José Luis se cambia de lado. Entre dormido, ve el reflejo de la luz de la sala y escucha el sonido de la música que sigue poniendo Marcelo. Sin embargo, no se molesta sino que agradece que se entienda con Violeta “parece que van a llevarse bien, como está de tarde y ahí siguen hablando paja, por lo menos puedo dormir tranquilo después del día que pasé”.

—Esa es la parte maluca para los periodistas. Lo mejor es viajar.

—¿Viajar? Qué risa Marcelo. Yo soñaba con ser corresponsal por el mundo, pero no pasé del Chocó.

—¿El qué?

—El Chocó. CHOCÓ. El departamento más ignorado de Colombia. Sabes, eso allá es como el fin del mundo.

—De alguna manera lo conseguiste, fuiste lejos. Imagínate, al fin del mundo.

—Sí, lejísimos. Y me recorrí también como cien pueblos de Antioquia, que también es como otro mundo. Deja la ironía.

—¿Te pongo el de los Beatles entonces?

—¿Sí te gustan? No son de tu época.

—Me gusta mucho la música, y me adapto fácil. Y los Beatles no tienen tiempo.

—Yo crecí con los Beatles. Mis hermanas los oían mucho, aparte de las baladas. Y también peleaban mucho con Julián. A él le encantaba la música protesta. Víctor Jara. Oía todo el día *La cantata de Iquique*. Llegué a detestarla por tanta insistencia. Pero era su himno. Él creía que iba a cambiar el mundo.

—También tú debiste haberlo creído. Al fin y al cabo los periodistas influyen.

—Qué va, yo nunca quise cambiar el mundo. Aunque puede resultar menos agobiante que cambiarse a sí mismo, que era lo que yo quería en realidad.

—¿En serio? ¿Y has podido? Dime cómo.

—No. Ni lo haré quizá.

—¿Entonces?

—He optado por aceptarme como soy y con la vida que tengo. Al menos ando en la tarea.

—Madre mía, ¡aceptarse a sí mismo! Qué has dicho.

—¿Qué pasa?

—Algún día hablaremos de eso. Por ahora, mejor sígueme contando de los viajes.

—Lo peor es que se vuelvan trabajo y no sea posible planearlos. Yo salía de mi casa en las mañanas y siempre temía por el lugar donde iría a dormir ese día o por la hora en que volvería a comer. No sabía dónde ni cuándo sería la próxima vez. Por eso desayunaba como un camionero.

—¿Os tocó pasar hambre?

—En realidad, no. Muchas fatigas, sí. Mortifica más ver el hambre en otros. Y me mortificaba mucho más la compañía que tenía. Un fotógrafo terrible, de primeras comuniones y matrimonios, metido a reportero gráfico. Cobarde, perezoso y toma trago. Se embutía dos copas de brandy a las seis de la mañana antes de montarse en la avioneta. En cada sacudida se aferraba con las dos manos del espaldar de la silla de adelante y empezaba a titubear con la lágrima a punto de brincarle del ojo y la baba saliéndosele por la comisura. ¡Violetica, Violetica, ayayayay Violetica! ¡Esto se va a caer!, gritaba. Y yo me reía. Por mis carcajadas y sus gritos aterrorizados, los pasajeros nos miraban. Ante los ojos de ellos yo quedaba como la mala del paseo, aunque en las horas siguientes mi destino era ir detrás de ese imbécil, de un lado para otro, bajo un solazo como para derretir baldosas, buscando a ver dónde diablos se había metido el hijueputa que debía tomar las fotos de mi crónica y siempre se me evadía.

Mientras la observa cuando habla, Marcelo se distrae por momentos. A esta altura de la noche y de los vinos tomados

siente que puede perdonarle el mal rato que le ha hecho pasar, además de las cicatrices encima de las manos que la afean un poco al igual que la celulitis que sale a relucir cuando sus muslos están bajo presión mientras está sentada en el sofá. Ahora se dice “qué manera de guiñar el ojo cuando habla y de tocarlo a uno, ¿será ingenua tal coquetería? Hasta esas patas de gallina le lucen. Lástima esa mirada tan apagada y lejana, y esa cara tan falta de alegría...”.

—...era más pesado manejar ese fotógrafo que el trabajo por hacer. Yo era mi reportera y la de él, sus ojos, su visor. Lo único que hacía el desgraciado era sostener la cámara y oprimir el obturador cuando se le decía. Y por eso le pagaban.

—Las cosas malas hay que olvidarlas y el pasado hacer de cuenta que no existe.

—¿Por qué me dices eso?

—Es que se nota que... A ver, cómo lo dijera... Mira, José Luis me advirtió que no preguntara sobre el carro bomba ni nada de esas cosas porque aquello te tiene traumatizada y amargada con tu país, pero yo veo que...

Violeta no puede creer lo que el desconocido que tiene en frente le está diciendo, menos suponer qué otras burradas puede decir, así que prefiere atajarlo.

—¡Eres idiota o qué! Por qué me lo estás mencionando entonces.

Marcelo se alarma con el enojo de ella y pierde el arrojo para confesar lo que estaba pensando. Opta por levantarse del sofá.

—Perdona, es que yo algunas veces meto la pata —dice y le propone ayudarle a desempacar las maletas.

—¿A esta hora?

—Tan solo se trata de organizar las cosas para acostarse. ¿Estás fatigada?

—Sí claro, mucho —dice ella y bosteza abiertamente.

—Vamos a descansar entonces —concluye Marcelo con la voz apagada.

—Tenéis un gran sentido de la familia, del hogar.

—Inculcado por mis padres.

Acaban de ver la foto de la familia en el pasillo y a José Luis dormido en su habitación. Marcelo entró, apagó la lámpara de la mesa de noche y volvió a salir dejando ajustada la puerta y diciendo pasito “está profundo”, a lo que Violeta contestó “qué envidia”. Con la imagen de José Luis se acordó de Julián, el único de sus hermanos a quien ha visto dormido a su lado, el primero al que le conoció el sueño, allá en Campoalegre, donde era mejor acompañarse con la presencia de otro, así fuera desde una cama vecina; y también pensó en las camas amplias de la finca, como esta de José Luis, donde está durmiendo tan bueno, sin el insomnio que la ha martirizado a ella desde cuando la dejaron en esa finca que no se le aparta de la cabeza y a cada rato y por todos lados haciéndole ver claves, dándole pistas y despertándole recuerdos, pues la historia que quiere escribir sobre aquella época ya reventó en su cerebro y va corriendo por su sangre y está a punto de salir de su cuerpo, pidiendo pasar por los dedos y las teclas para tomar forma en la prosaica pantalla de un computador que tiene que comprar cuanto antes para organizar todos esos apuntes almacenados en sus libretas.

—¡Tantas libretas!

—Los apuntes para mis historias.

—¿Y esto?

—Cartas que me escribieron mis hermanos cuando era niña.

—¡Y José Luis también?! Jamás he leído algo escrito por él. Escasamente le conozco la letra por las notas que me deja en la nevera con las llamadas o la lista de las compras. Cuando sale de viaje, ni una postal manda. Dice que todo lo expresa con la música. Ni se le ocurre usar el word. El ordenador solo lo toca para Internet.

—Las voy a transcribir. Ya tengo algunas notas pasadas a estos discos.

—A propósito, no me parece buena la idea de aprender inglés con discos en el ordenador. Es mejor estudiar afuera que en la casa. Y en la escuela pública las clases son libres. Por estos días son las inscripciones. También podemos practicar con José Luis. Me serviría a mí también. Claro, cuando esté, porque en temporada él poco permanece en casa.

—De todos modos compraré el curso. Ayuda también. Pero me urge más el portátil. José me dijo que podrías acompañarme.

—Compras tan elevadas son para pensar. Usa este ordenador. Casi ni lo tocamos. Íbamos a sacarlo para la sala, pero concluimos que te haría falta. Ahora, si te molesta que entre a tu habitación para consultar Internet, lo trasladamos.

—No no no. Está bien. Dejémoslo aquí por ahora. Y creo que estas maletas también.

Violeta y Marcelo terminan de acomodar las maletas contra la pared y abrir espacio para circular por el cuarto. Ella descubre la mirada de él encima, una mirada que le resulta extraña.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Tú no tienes nada en los ojos, ¿verdad?

—Aparte del iris, la córnea, el cristalino, las pestañas... creo que no.

—Digo, si usas lentes.

—¿De contacto? No. ¿Por qué?

—Perdona lo que voy a deciros, meteré la pata otra vez y me repetirás que soy idiota, pero tus ojos me parecen enfermos, a punto de llorar o como si acabaran de hacerlo. Tal vez necesites gafas para siempre.

Violeta mira para el techo, respira, luego coge por los hombros a Marcelo y le dice a la cara:

—Yo ya tengo lo que necesitaba. Mi pijama, mis babuchas y la limpiadora facial. El cepillo de dientes lo traigo en la car-

tera, y las toallas sanitarias también. ¿Te interesan? Qué más te interesa. ¿No más? Entonces hasta mañana Marcelo. Y no eres idiota, lo que necesitamos es dormir. Tiempo de sobra habrá para desempacar.

Así saca del cuarto a ese que se le hace algo inmaduro, “pero es lo normal a esa edad”, a ese Marcelo imprudente que le despierta cierta prevención pero al mismo tiempo, contradictoriamente, le genera confianza, como si fuera un hermano más tal vez; ese Marcelo al que siente cercano aunque se lo acaban de presentar, como si lo conociera de hace tiempos.

Cuando pasa para el baño y ve la puerta de la alcoba de ellos cerrada, los imagina adentro apretujados como lo hacía ella con Teresa cuando dormían juntas, piensa en lo que sentirá Marcelo por su hermano y se dice “¿sí lo querrá?” Luego, al verse en el espejo mientras se cepilla los dientes, recuerda la tocada de las pecas durante la cena y se pregunta “¿será bisexual?”.

En el cuarto, como es de suponer, es una presa fácil del insomnio, más aún en cama extraña y lugar nuevo, el sueño se la juega; ni siquiera asoma alentado por los vinos ingeridos. Ella vuelve a Campoalegre, a la noche que trajo el eco de unos disparos en vez del silbido del tío Ramón, la noche en que el pastor alemán se quedó echado aullando en el corredor en vez de salir corriendo hacia el reflejo de la linterna a ladrarle a los cascotes de María Antonia. Ella se va al sitio y el momento en que el sueño se le alteró y se convirtió en ese desvarío que se revuelve con pensamientos y recuerdos que afligen, confunden y por poco enloquecen. La época en que la mente se le trastornó y se le desarregló el cuerpo. Tanto se desarregló ese cuerpecito de niña que de ahí en adelante la cama amanecería mojada, justo cuando ya no estaba el tío para decirle “tranquila, tu mamá se orinó en la cama hasta los nueve años”, como contaría alguien en la fiesta de las bodas de plata, mucho tiempo

después. ¡Haberlo sabido antes para no haber sufrido como una condenada por semejante bobada! Haber sabido que la mamá también era una miona, como les decía mamá Rosita a las nietas que se mojaban en la cama, que esa mamá tan señora y compuesta una vez amaneció con la cama mojada y la vergüenza escondida en las cobijas como le tocó a Violeta en esa finca donde empezó a dormir sola, donde se apoderó de ella un dormir esquivo que incluso hoy se espanta con cualquier ruido, sea el que sea, como le ocurría con las chicharras y los grillos en la finca o con los camiones cargados de algodón que en su rumbo hacia la fábrica pasaban por la cuadra del barrio que la vio crecer. Mirando las maletotas arrumadas contra la pared, Violeta piensa en que el primer viaje de su vida ameritó un equipaje muy ligero y duró más de la cuenta. A lo mejor este, de equipaje tan enorme, será menos largo, por culpa de esos dos meses que puso el vigilante negro en su pasaporte. Con eso no contaba. Más corto o más incierto tal vez será este viaje. Podría ser el último de una etapa que termina, pero también el primero de la que comienza ahí en el cuarto organizado por Marcelo, como lo mandó José Luis, quien gobierna en esta casa y quién sabe si querrá también gobernar su vida.

Y como una cosa es trasnocharse trabajando y otra desvelarse y quedarse sufriendo tontamente por las ganas de dormir un sueño que no llega, a pesar de la hora ella decide sentarse en la cama y empezar a rehacer los apuntes olvidados en el avión que la trajo al mundo inesperado de José Luis con Marcelo. El avión que la trajo a este exilio voluntario, después de que a Lorenzo Cortés le dio por tomar decisiones radicales. Allá en Medellín debe seguir en las mismas el amo y señor de la detestable agencia donde ella se ganaba el salario, que no la vida, redactando mensajes para el mundo inventado de la publicidad, tan diferente al de la literatura con sus irrealidades de verdades implícitas y al del periodismo con los hechos

verdaderos de la cruda realidad, oficio que, sin embargo, se sostiene gracias al mundo engañoso, embustero y falso que se exhibe al lado de las columnas de noticias; porque avisos sin periódico no existen pero periódicos sin anuncios tampoco, así afeen el diario pues en Colombia no son nada bonitos ni emocionantes, por el contrario, son tan distintos a los de Broadway, a esos avisotes que le lucen tanto a Manhattan y que le trajeron la evocación que no quería, haciéndole recordar la agencia cuya función le resultaba tan criticable como su propia situación por haberse pasado al bando de los publicistas siendo periodista. También volvió a la memoria el nexo tan difícil y peligroso que Violeta sostuvo con su jefe, una tirantez de causa imprecisa apretó siempre su relación, a pesar de que se necesitaban entre sí; a Violeta le era imprescindible el sueldo que él le pagaba, a Lorenzo los textos que ella redactaba para avisos, cuñas, vallas, afiches, pendones, pasacalles, volantes, plegables, catálogos y cuanto se les ocurriera pedir a los clientes exigentes que cada vez insistían más en que fuera la señorita Violeta la que los redactara, en vez del otro fulano. ¡Qué halago! ¿A quién le choca sentirse indispensable? Por eso, en medio de todo, aquello no era tan malo. Lo mejor era ver llegar las bonificaciones trimestrales pues, comparado con la salud mental, el dinero no es problema, pero carecer de él sí se vuelve un lío, especialmente cuando hay que amortizar la deuda de un apartamento, el espacio propio donde ella, sola solterita, vivió tan rico cuando pudo liberarse de la ayuda en pesos que le nació darle al papá para atender las pérdidas de la catástrofe que la compañía de seguros desatendió y que era riesgoso cubrir con los recursos del almacén, recursos que era mejor dejar quietos porque, como lo expusieron los papás a los hijos, “de pronto se va a la ruina también el patrimonio familiar, ya suficiente tenemos con los escombros de esa desgraciada explosión”. El apartamentico tan querido, a donde por fin un día pudo irse a vivir, sola solterita, porque qué pena

uno ya con treinta y cinco años y todavía viviendo con los papás, pero donde habitó menos tiempo del que quiso. Rápidito volvió a ser de inquilino pues su propietaria podía ser solicitada, mas no irremplazable, y cuando el tire y afloje con el dueño de la prestigiosa agencia se hizo insuperable, reventó la relación y desapareció el empleo. ¿Vio? Harto se lo advirtió Eva. De ella buscó aprobación antes de echar la firma en el bendito contrato de vinculación, pero en vez de respuestas halló un montón de preguntas que quedaron en el aire. “¿Cómo vas a ir a parar a una agencia si detestabas las separatas comerciales que te ponían a hacer en el periódico? ¿Ya se te olvidó la mirada de comerciantes minoristas que tienen los de publicidad sobre la redacción? ¿Vas a volver a comprometer tus metas personales con las de una empresa? Y cuando no esté ¿qué? ¿No te acuerdas lo que significa dejar de pertenecer a una compañía? Noooo, tu estilo es más de freelance”. Eso y más dijo Eva. Sin embargo, Violeta no hizo caso. Cómo hacer caso si en esa agencia le ruegan, le insisten y le insisten, vuelven a rogarle, le echan el cuento de la estabilidad, a pesar de que el papá dice que “la estabilidad a veces significa estancamiento, importan más las oportunidades y cómo se aprovechen”, pero Teresa le hace dar miedo con la vejez sin pensión, así sea una verdad elemental que en el mundo lo menos seguro es la vida y lo más cierto es la muerte, y la mamá le insiste en que “es mejor saber que te ganas quinientos pesos fijos y no que una semana te ganas quinientos y la otra nada”, y entonces ¿a quién le hago caso, ah? Y tantos diciendo que sí, y tan poquitos opinando que no, ¿será que sí me arriesgo? Y la señorita se dejó convencer y se vinculó, con sueldo más bajo pero con todas las prestaciones sociales, sin imaginarse que una vez adentro de una empresa como la de don Lorenzo Cortés eso se vuelve una corriente irrefrenable, un remolino que se lleva al que se meta en esa ilógica laboral, un torbellino

que golpea más duro que el chorrizo de la cascada de La Hundida donde se le vieron las pecas al tío Ramón, porque de allí piden esto, y de allá lo otro, y de más allá esta otra cosa, y una perfeccionista como Violeta se le entrega a lo que hace por insignificante que sea, así el trabajo no llene de sentido su vida, como sí parece ocurrirle a sus aliñados y alienados compañeritos que se ven tan realizados. En cambio ella ve correr el tiempo sin escribir tan siquiera el título de un cuento, con tanto cuento como pasa y pasa a medida que se gastan los días. Y cuando menos piensa llega el susto porque, ¡oh desagradable e ingrata sorpresa!, las aspiraciones de Violeta nada tienen que ver con las de Lorenzo y, sin embargo, ella está comprometidamente enredada con las metas de su agencia y las de los clientes, entregando todas sus energías y sus mejores años para cranearse los textos de las mentirosas y costosísimas campañas, desgastándose en las peleítas con el jefe y hasta metiendo las narices en los chismes y en los enredos de sus compañeros, liada y patinando en el mundillo enajenado de las oficinas, “qué vergüenza Eva tantos años encerrada en esa agencia, eso es como un sacrilegio con las aspiraciones de vida”. Por eso, como dijo la profe, “siquiera que Lorenzo te echó, alegrémonos, así haya sido con causa injusta pues cumplir diez años de trabajo en la misma parte no debería considerarse pecado”. Claro que para los contadores de Lorenzo y su jefe de personal, diez años con Violeta en la agencia sí era pecaminoso “con tanta plata como gana ella, con el tiempo le saldrá demasiado costosa don Lorenzo, mejor ahora los treinta millones que después el triple o un problema más gordo, así haya que pagarlos, usted después arregla con ella para que le siga colaborando de freelance, ¿quién se niega a trabajar en una agencia tan prestigiosa como la suya?”, la agencia especializada en campañas nacionalistas y valores autóctonos, pero

con nombre en inglés, porque así es más vendedor y caché que en español, más aún tratándose de la agencia de un hombre como Cortés que se codea con presidentes de empresas, industriales y hasta el primer mandatario de la República a quienes les saca millones con las campañas de convivencia ciudadana. “¿Mensajes cívicos y patrióticos? Y este país matándose. Qué idea tan genial. ¿Cuánto nos descuentan del impuesto de guerra por eso? Es que este Lorencito es una maravilla”. Una maravilla histórica pues el señor trata a las patadas a todos en la oficina y tiene un infiernillo por empresa; allí, las únicas que cuentan son las ejecutivas de cuenta, las barbies con cerebro de algodón, para nada adictas al trabajo como el jefe, el jefe que trabaja y trabaja y con el billete que gana se compra todas esas obras de arte tan bonitas, esas antigüedades tan antiquísimas y unos muebles importados raros que llenan una casa enorme que prácticamente vive desierta porque es en el estudio del tercer piso de la agencia donde don Lorenzo amanece, come y se come a esas barbies tan habladorcitas y bien vestidas como él, pues el señor, valga reconocerlo, se mantiene muy bien presentado aunque nunca se ponga corbata y siempre vaya de jeans. ¿Que por qué se mantiene en esa pinta? Pues porque de esa manera se visten los poetas y él se cree uno, así carezca de poemas publicados al menos en una antología de Taller de Escritores. Él apenas es un antojo de escritor, sí, y echó a Violeta justamente en el año en que ella cumple los cuarenta, cuando todo se vuelve tan difícil, sobre todo conseguir empleo, y más en un país machista y subdesarrollado. Pero echándola, sin proponérselo él ni esperarle ella, el imponente cincuentón posudo de intelectual e incapaz de hacerse escritor teniendo tanta plata, puede estarle empujando la carrera a ella. Por eso don Lorenzo, a la larga, ni siquiera debe inspirarle un uno por ciento del rencor que le despertaron los mafiosos que con el carro bom-

ba mataron a Iris y a Luciano en vez de las dos docenas de policías... Ay, ¿por qué aparecerán otra vez Iris y Luciano? Recordarlos sí que dan ganas de llorar, a ella que cuando quiere llorar no puede; quizá lo hayan dicho en otro libro, pero como no hay otra manera de decirlo y es verdad que cuando Violeta quiere llorar no puede, así queda dicho aquí también.

Después de dejar las anotaciones, pues no hay caso con semejante cansancio, ella busca dormirse. Lleva un rato dando vueltas en esa camita que no es tan enorme como la de José Luis y Marcelo quienes por fortuna, por lo que se oye, o no se oye, no sufren de ronquidos y le regalarán absoluto silencio para dormir y trabajar cuando desempaque las maletas, se instale como en su casa y el sueño se le cuadre. Ambas cosas, dormir y trabajar, serán fáciles en la nueva vida, menos azarosa, más silenciosa, y sin la mitad del tiempo robado por las idas al médico y la demanda de compañía de la mamá. Vea, y ya tiene computador y sin comprar portátil. Si no escribe ahora en semejantes condiciones es que está jodida del todo, le faltará excusa para estar ahí en los iunaiesteis, dará lo mismo quedarse que regresarse al lugar de donde vino. Una vuelta más en la cama, “cambiemos de lado a ver si de pronto y pensemos en que las cosas malas hay que olvidarlas, hagamos de cuenta que el pasado no existe, como dijo Marcelo”. Sin embargo, cómo sacarle el cuerpo al pasado si vive con él encima pues es allí donde está el nudo y ella tiene que ir a buscarlo para desenredarlo y poder limpiar el camino por donde andará. Por eso, mientras el sueño llega, Violeta sigue monologando pensamientos y recuerdos, los mismos que se topan con el psicoanalista aquel que se quedaba dormido mientras ella hablaba y la grabadora de él guardaba todo lo dicho. Muchos descubrimientos hizo en sus extensas charlas frente al médico al que desde el principio se negó a darle la espalda, y algo quedó de las avaras palabras que él modulaba al dar por

cerrada la costosa sesión. Al menos se aclaró que fue en Campoalegre donde se sembró esa inseguridad que le enfermó el carácter y la hizo nerviosa y dudosa sobre cada cosa. A ese señor barbado y barrigón le debe las libretas de apuntes. En parte, claro, pues fue ella la que vio la oportunidad de una buena historia y se tomó a pecho la tarea de escribir sobre las experiencias de vida, o de muerte, raíz de su bloqueo. Algún valor literario tendría después tal desempolvada de la infancia, por lo menos quedaba recopilada la información para una novela, por ejemplo, como la que ha venido pensando y que a lo mejor tendrá que replantearse. “¡Uy, tan bravo que se puso José Luis, frenar en semejante congestión! Qué vaina con él. Cómo quiere a mi mamá. ¿Qué hago entonces con ese personaje? ¿Lo quito? Pero cómo, si ella fue la que decidió dejarme en Campoalegre. ¿Le achaco la culpa a mi papá? Ni pensarlo, él fue por mí, llegó a rescatarme, así hubiera sido para que no me perdiera la llegada del hombre a la luna. Algo tendré que inventarme porque dejar la novela, muy difícil”. Fácil fue olvidarse del psicoanalista. A su consultorio dejó de ir más rápido de lo planeado. Empezó a aburrirse desde el primer día cuando le aplicó las pruebas de personalidad y le entregó la interpretación respectiva con unas recetas como de revista de variedades o de lectura del tarot, consejitos que, sin embargo, conservó porque cuando se es escritor a todo se le echa mano pues nunca se sabe. Los conservó y ahí está releyéndolos. Si no es posible dormir, algo hay que leer, así sean las babosadas que quedaron escritas en las libretas por cuenta del loquero. Vaya que suenan estúpidas cosas como que “eres presa fácil del desaliento. La ansiedad y el desorden depresivo te caracterizan. Debes aprender a regular tus emociones y sentimientos para que no te afecten, tratar de adquirir entusiasmo y optimismo. Tienes completa la integridad, tu compromiso con la honestidad y la franqueza, pero el valor a

medias. Eres capaz de asumir riesgos, mas no de superar temores. La mente es la causa de tu sufrimiento. Nada justifica el sufrimiento inútil. Tienes que revertir el proceso mental negativo, pensarte más racional y saludablemente. No te preocupes por los recuerdos constantes, las pesadillas, la irritabilidad, los problemas de concentración y el insomnio. Te los dejó el carro bomba, es el efecto normal de la guerra. Ahora, si te molestan, piensa en qué parte de la tragedia fue ocasionada por ti, qué parte por otros, cómo puedes hacer ventajosa la tragedia y reducir el tiempo que durará su influencia. Responder estas preguntas puede ayudarte. Si cambias de actitud podrás impedir que la adversidad detenga tu destino. Esa tragedia debe ser un estímulo para avanzar. Tú puedes hacer realidad la vida que deseas y mereces, tu destino no depende de otros”. Y en las odiosas fórmulas para vivir mejor el psicoanalista nunca se refirió al odio y el perdón. Lo único provechoso fue que le recomendó devolverse a lo ocurrido y anotar los sueños para analizarlos luego, pues la suya era una manera de soñar bastante particular; ella la consideró normal hasta que ese señor le hizo aceptar que era lógico que los otros se quedaran boquiabiertos cuando oían las cosas que soñaba, que dijeran “no hija, nadie que esté cuerdo puede soñar así, eso es pura invención suya, usted sí es muy imaginativa, con razón escribe cuentos, yo nunca sueño, ni siquiera en blanco y negro, ¿y entonces usted ve todo en colores?”. Claro que en colores. En los sueños de Violeta los colores son memorables, asombrosos, descrestadores. Esos colores solo existen en su mente y solo ella los ha visto en la oscuridad de sus noches. Ni siquiera el color de su nombre se lo ha encontrado en la naturaleza, en la vida real, como lo ha visto en aquellos sueños que se gestaron en la infancia y pasaron a la adolescencia, como pasó ella del asma y los miedos nocturnos a los viajes raros, intensos y malignos que trajeron las desveladas y las

trasnochadas, pues si dormir es tan maluco y uno se levanta peor, es mejor quedarse leyendo novelas. Y como después de Campoalegre se acabó la compañía de Teresa para dormir, nunca hubo otro que le dijera a Violeta lo mucho que hablaba y se sacudía en su cama, excepto las vendedoras nómadas que se alojaban en los hoteluchos de los pueblos y quienes a la hora del desayuno sí llegaron a decirle “mijita, póngale cuidado a esa manera suya de dormir, le convendría meterse a una terapia”, pero Violeta, terca como dicen que son las mulas, se llevó el punto de ignorarlas pues antes del consejo las entrometidas vendedoras le preguntaban que si estaba enferma “pues soñar así mi querida es síntoma de enfermedad”, algo parecido a lo que Marcelo le dijo sobre sus ojos, que no son tan negros como los de él, esos ojazos negros negríssimos como la noche oscura oscurísima que ya va siendo el amanecer. Unos ojazos parecidos tenía Andrés, el único que sí le creía sus pesadillas aunque nunca le tocó ser testigo de ellas pues ante su presencia y con su presencia los malos sueños se espantaban, volaban lejos, el insomnio se rendía como se rendían el cuerpo y el corazón de Violeta con el único con quien ha compartido cama, almohada, sábanas y cobija, confundido pelo, brazos, piernas, cuerpo entero. El Andrés añorado nunca vio que sus ojos cerrados delataran movimientos rápidos, que sus piernas se sacudieran, que sus manos apretaran más de lo necesario o sus dedos se engarrotaran. El Andrés querido nunca notó nada ni tampoco le quitó el sueño porque su amor era de verdad y del bueno, del que da paz y no tormento, un amor como el que ella espera volver a merecer algún día, cuando su mundo de oscuridad y noche se vuelva luz y día y ya no tenga que identificarse con la frase de John Reed “átomo en esta noche de oscuridad y noche, me encuentro solo” que Eva tenía en su escritorio; cuando los sueños no la angustien ni la despierten sudando y gritando, los sueños que

se fugaban tan prontoabría el ojo y que aprendió a capturar después de que el psicoanalista le dijo “anótelos cuanto antes y me los trae para que los analicemos”. ¿Que si los anotó? Obvio, pero se los guardó para ella solita pues más importante era el interés literario de la paciente que el interés investigativo del doctor. ¿Iba a entregarle a ese medicucho pulpitos sus sueños? Ni por un descuento, para eso le estaba pagando tanto. Por eso, atrapados en las letras quedaron esos sueños. Nunca los había leído en voz alta como aconsejó el doctor, tampoco los había vuelto a revelar a alguien como hace unas horas hizo con el de la mariposa a Marcelo y a José Luis. Ahí están las anotaciones cuyos efectos terapéuticos, para hacerle honor al doctor, han empezado a llegar al subconsciente de Violeta. De algo tenía que servir tanto estilógrafo y papel. Por lo menos ya ni grita ni se despierta juagada en sudor. Recuerda y enfrenta sus pesadillas, y como les perdió el miedo pasan semanas sin aparecer. También han quedado archivados los métodos para controlarlas, unos métodos que puso en práctica cuando se convenció de que no era normal dormir así ni dar tantísimas vueltas en la cama, cuando concluyó que daba lo mismo beberse o no el traguito de brandy antes de dormir, por ejemplo, ponerse las gafas de tela para sacarle el cuerpo a cualquier luz intrusa que tomara ventaja de la rendija de una ventana o de la debilidad de una cortina para meterse sutilmente en el cuarto, o rellenarse los oídos con los tapones para alejar el rugido del motor de la nevera, la vibración de las aspas de un ventilador, el tic tac de un reloj indiscreto, el eco del televisor de los que se quedan viendo películas de terror y después duermen como si nada, las voces de una conversación en la calle, el sonsonete de una canción, el chillido brusco del camión de la basura que pasa de madrugada, las llantas de los taxis desliziéndose a ochenta kilómetros por hora sobre el pavimento mojado, en fin, todas esas cosas que ella

podía escuchar y se volvían excusas para permanecer despierta. Cercano debe estar el día en que se acabarán del todo los sueños recurrentes donde nuestra Violeta se cae, es perseguida, atacada, no logra llegar al sitio deseado por más que luche, es incapaz de moverse; donde su voz y sus gritos son inaudibles así los lance al vacío; donde va descalza en medio de la calle y a la vista de la gente, conduce un auto fuera de control, llega tarde a una cita, no puede moverse, está desnuda en público, está herida, está atrapada, se ahoga en aguas turbulentas, enfrenta una ola gigantesca que viene hacia ella, huye de inundaciones o tiene que hacerse cargo de un bebé que llora sin cesar. Los sueños en donde, como en la vida real, ella es incapaz de distinguir y resolver sus problemas; las pesadillas que le enrostran un estado emocional débil, como decía el psicoanalista, tan débil que no da para impedir la alteración abrupta de su acto de dormir por culpa del zumbido de un aire acondicionado; débil porque con ella se quedó viviendo para siempre la experiencia de Campoalegre y a esta se sumaron nuevos hechos, como la violenta noche en que se estrenó como reportera en la Policlínica Municipal, como los violentos días de los cubrimientos del periódico, como la violenta época en que estallaban tantos carros bomba. Semejantes hechos habitan todos en su conciencia y su inconsciencia, se apoderaron de su serenidad, de su tranquilidad y sosiego, de su firmeza, templanza y certeza, trastocaron su ser. Empezaron cuando conoció la separación, la preocupación, la tristeza y el miedo a la oscuridad, un miedo que se fue con ella para la ciudad, se revivió con la explosión y multiplicó los malos sueños justo cuando ya no estaba Iris para levantarse a calentarle leche con hojas de lechuga y oírla hasta que lograra dormirse. Por eso cayó en la tentación de ir donde el médico dormilón que había estado evitando, al que un día pilló cabeceándose de sueño en plena sesión, al que se le cayó el bolí-

grafo de los dedos y se asustó pero igual siguió durmiendo; al que ella, siempre tan considerada y discreta, ni le mencionó el asunto para no hacerlo sentir mal, pero al que dejó plantado a la siguiente cita, sin avisar, hasta que él se vio obligado a llamarla pues eran sesenta mil pesos menos por consulta semanal. En vano el medicucho insistió y trató de convencerla, pero ella se mantuvo en su posición y jamás volvió donde él, así fuera a costa de una mentira. “Tranquilo doctor, ya desenredé el nudo que tenía, ya llegué al punto a donde quería llegar cuando le propuse las sesiones, muchas gracias”, le contestó al dormilón que le preguntaba por cosas que ella ya le había contado, que si no perdía el hilo de su historia era porque nunca logró cogerlo, a pesar de la grabadora que ponía a funcionar antecitos de que ella entrara, y la libreta que siempre tenía sobre el carrizo pero donde ninguna anotación quedaba registrada. Al psicólogo dormilón Violeta le debe, sin embargo, haberse acostumbrado a forzar su mente para retener los sueños hasta la hora de despertarse y no dejarse distraer por nada ni pararse de la cama hasta anotarlos. “Que no se me olvide, que no se me olvide”, se dijo ella muchas veces al despertarse en medio de una pesadilla, especialmente cuando vivía en su apartamentico la fructífera y feliz etapa de aislamiento a pesar de la criticadera de los otros por haber dejado solos a los papás, criticadera que se revivió cuando la mamá enviudó y Violeta no quiso volver a la casa, “sabiendo que ya no están ni Iris ni Luciano, y Julián va y viene, vive y no vive allá”, criticadera que arreció cuando se acabó lo de Lorenzo y tuvo que devolverse. “Como la echaron del trabajo, ahora sí pide cacao para ser hija de familia”. Pero semejante cosa no era para pensarla ni para sacar a relucir el orgullo. La vida da lecciones y el ser aprende; mejor desocupar y arrendar cuanto antes para recortar gastos y pensar tranquilamente por dónde reencauzar una vida tan salida de cauce, una vida que todavía

no es la que esperaba y ya va para los cuarenta “y no he hecho lo que quería, y si no hice las cosas para que mis papás se sintieran orgullosos de mí, como hacen la mayoría de los hijos, y no me enorgullecen a mí, ¿entonces? ¿Será que necesito distancia? ¿Será que José me recibe? ¿Será que allá sí?”. Es tan difícil aprender a vivir sin medio cuerpo en el pasado, sin andar rumiando el porqué pasó lo que pasó, sin estar buscando explicaciones a lo que carece de ellas, a lo que fue y a lo que no fue, sin mantenerse dudando si se debió haber hecho tal cosa así o asá. En vez de ser como Julián, por ejemplo, que tan solo vive y ve el instante y el punto en que está parado y no se distrae ni se amarga mirando para atrás o tratando de adivinar lo que será más adelante. Qué envidia con el Julián que puede quedarse sembrado horas en sus novelas policíacas en el comedor, en la sala, en la cama, en el balcón, en el inodoro, en el sofá de la televisión con el aparato encendido a todo taco en el partido de fútbol, tan metido en la historia, viviéndola, sintiéndola. En cambio ella... ¡Eavemaría! Lleva un rato, ratísimo, ratote ahí acostada sin pasar la página de la entrevista de Iris Murdoch, la señora escritora que la acompañó en el avión y cuyo nombre es pura casualidad con el de la otra Iris; la señora inglesa cuya entrevista ha cogido para espantar el desvelo y ahí en esas letras está diciendo que “son más interesantes los personajes malos que los buenos que son aburridos siempre”. Aunque es para pensarla, no es tal afirmación lo que la desvela. Lo que le quita tan salvajemente el sueño a Violeta es esa manía suya de quedarse pensando en las cosas que le han pasado y en las que podrá depararle el destino, esa manía de pensar en todo, menos en este momento de ahora; esa manía que la hace desperdiciar el maravilloso silencio y el interesante libro, aunque la mamá le ha dicho tantas veces, y el papá también, y Eva y mamá Rosita y José Luis cuando la

traía en el auto, y luego Marcelo cuando se quedaron solos conversando tan sabroso, todos, de una u otra forma, con frases más cortas o más largas y distintas palabras, todos le han dicho lo mismo, que lo ido ido está y de nada sirve volver atrás. Pero qué le hacemos si ella es obsesiva. Aguantemos porque estas retahílas serán por poco tiempo pues Violeta está a punto de desatorar su nudo, esta vez sí, no como el día de la mentira para zafarse del psicoanalista dormilón. Cuando lo haga quedarán expulsadas las pesadillas y los temores que estas siembran, volverá a dormir y a soñar, pero con un príncipe tan pelinegro como ese Marcelo que está tan buen mozo y simpático. Quién tuviera diez años menos. Ahora que lo piensa, qué bueno sería volverse a enamorar, pero de un amor que no la desvele sino que traiga paz y luz a sus noches así estas sean irremediabilmente oscuras porque de esa forma es el universo, porque la luna seguirá existiendo y el sol tendrá que seguir descansando. Si hay una respiración y un calorcito que pueda sentir en su cama y le dé seguridad, como le pasaba con Teresa cuando dormían juntas, o con Andrés, seguramente llegará la cura total. A lo mejor es eso lo que debe hacer, abrir las puertas de su corazón para que entre el príncipe que en algún lado debe estar y que nunca pensó venir a buscar pero a lo mejor por ahí andará, un amor que sin peleas la haga renunciar a la libertad y la convenza de que es falacia que los amores roban, además, la inspiración; a lo mejor es un amor lo que necesita para escribir la novela, y a lo mejor llegará porque, como decía la canción de la serenata con los mariachis que le llevó Andrés el día en que ella le dio el sí para la boda “en el otoño, cuando las hojas caigan, tendrá tu vida una nueva ilusión”. A lo mejor con un amor tan bueno como el de Andrés es con lo que sueña Violeta, ahora en que por fin ha podido quedarse dormida y el sol no la hallará despier-ta como otras veces.

—Si ya sabes qué hacer con tu vida, entonces hazlo. ¿O no lo sabes?

José Luis parece malhumorado. Sigue conduciendo.

—Apenas en la mitad de la vida lo decido. Tú lo supiste siempre —insiste Violeta.

—¡Qué comparación! Deja ya de buscar peros. Tienes todo el tiempo para ti. ¿Qué más se puede pedir? Lo que debes hacer ahora es trabajar para conseguir lo que quieres. Ponte a escribir de una vez. Empieza por organizar una rutina. Aprovecha que eres una privilegiada.

—Y qué privilegiada —interviene Marcelo—. Hace lo que le gusta, con todo el tiempo y el apartamento para ella sola.

—¿Para ella sola? ¿Y tú qué? —pregunta extrañado José Luis.

Violeta voltea hacia la banca de atrás y mira a Marcelo como preguntándole qué quiere decir con lo que acaba de decir. Él se explica.

—Si se va el que da las órdenes y tú eres la hermana...

José Luis carraspea y busca a Marcelo a través del espejo retrovisor, pero no encuentra su mirada y por eso este puede terminar su frase.

—... la casa será toda tuya.

Marcelo nota que ella no entiende del todo.

—Por la gira —agrega señalando con los ojos a José Luis, pero ya él ha dejado de buscar su rostro en el espejo.

Violeta vuelve a mirar a su hermano que busca un sitio donde parquear el auto y no la encara.

—¿Te vas a ir y yo acabando de llegar?!

—En dos días salen —dice Marcelo desde atrás.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —le insiste Violeta a José Luis.

—Acabas de llegar como dices. Te lo iba a contar —responde él.

—Muy oportuna la gira. Oportunísima —dice Violeta con ironía.

—Es mi trabajo.

—Un trabajo que siempre te aleja de las cosas importantes.

—Tú eres importante para mí, obvio, pero yo necesito trabajar.

—No me refiero a eso.

—¿No? ¿Entonces a qué?

—Ay no, no quiero acordarme.

—Dilo.

—¿Recuerdas lo que pasó cuando el carro bomba?

José Luis hace un gesto como si no supiera de qué le habla.

—Por estar viajando no pudiste ir a estar con nosotros. Con las ganas que tenías y tanta falta que nos hiciste.

José Luis siente la necesidad de mirar a Violeta.

—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde sacaste eso? —le pregunta abriendo los ojos y en un tono que evidencia su extrañeza.

—Teresa.

—¿Te dijo eso Teresa?!

José Luis se queda boquiabierto. Violeta se desconcierta.

—¿No fue así?

El silencio le dice a ella que ahí hay una mentira atrasada. No hace falta que él se la confirme. Ni que la mire más. Mejor que siga buscando dónde dejar el auto, en esa ciudad agalluda con los espacios para parquear, mientras ella asimila la forma

en que en realidad se dieron las cosas, la verdad que le genera una sensación de pesadez en el pecho. Se siente un gran vacío en el auto aunque van los tres adentro. No se oye ni una palabra. Cuando José Luis encuentra por fin un sitio y estaciona, ella le dice.

—Ya me parecía raro.

—¿Qué?

—Pero tenía razón.

—¿Qué!

—Fuiste al entierro de papá justamente porque se había muerto. De resto, la familia te vale un cero a la izquierda. Solamente te han interesado mi mamá y tu madrina.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

José Luis apaga el motor del auto.

—Y claro que me importan todos. ¿O por qué crees que voy cada año a verlos?

—¿Síiiii? ¿Y desde cuándo? A ver si recuerdas desde cuándo empezaste a ir.

—Antes no podía. No me alcanzaba el dinero.

—Ay José, ¿con lo bien que te ha ido? Mira ese apartamento donde vives.

—Al principio fue muy duro. ¿Ya se te olvidó? Hasta carros me tocó lavar.

—Margó te hubiera dado el tiquete todas las veces que hubieras querido ir. No José, no saques excusas. Todos sabemos que volviste porque papá ya no estaba.

—Eso ya pasó.

—Sí, pero yo quise mucho a mi papá y me mortifica que tú lo odieras, que no quisieras ni verlo.

—Él fue el que no quiso voltearme a ver y eso me mortificó más.

—Estabas grande, podías defenderte y entender. Yo era una niña cuando me dejaron en Campoalegre.

Violeta vuelve a ver a Marcelo.

—Mi papá fue el que me sacó de allá. Si lo hubieras conocido. Era inteligente, querendón, con mucho sentido social. Y muy buen mozo además. Yo lo adoraba.

Marcelo asiente con una sonrisita falsa. En su cara se nota como si estuviera ponderando una situación incómoda que lo pone ante la posibilidad de bajarse del auto o de quedarse.

—De nada le sirvieron esas cualidades —dice José Luis, pronunciando “cualidades” con tono más lento y elevado.

—Tampoco exageres.

—La que exagera eres tú. ¿Inteligente mi papá? Era un estúpido, un bruto que no supo entender nada de lo que me pasaba —dice José Luis acelerando su voz.

—¡¿Quéee?! ¡Cómo se te ocurre insultar de esa manera a mi papá! Respeta.

José Luis saca la llave del encendedor y se libera del cinturón de seguridad. Ella lo observa como preguntándose ¿si es verdad lo que ha dicho este? ¿Y cómo puede decirlo y quedarse como si nada?

José Luis oprime la palanca que abre el baúl del auto y cierra las ventanillas. Marcelo aprovecha y sale del auto.

—¿No piensas bajar? —le dice José Luis a Violeta y le da la espalda. Ella lo hala del brazo antes de que se baje.

—En serio, ¿eso es lo que piensas de mi papá?

José Luis voltea a mirarla.

—Dejémoslo así. Mejor quédate tú con tu papá y yo con mi mamá —contesta y se baja del auto. Ella lo sigue.

—Anoche dijiste que ya no le guardabas rencor.

Parado en la acera, Marcelo se rasca el cuello que lleva cubierto con un colorido pañuelo.

—Siempre admiró mucho tu talento. Te iba a comprar el piano con mi matrícula de la universidad en vez de dármela a mí para la filmadora —insiste ella.

—Hasta que dejó de sentirse orgulloso y me trató como a un perro sarnoso —contesta José Luis quien saca los elementos de trabajo del baúl y cierra el baúl de un golpe. Marcelo se acerca.

—¡Miren el gentío! Este concierto será un éxito. Claro, si el guitarrista del septeto logra estar relajado.

La indirecta es entendida de inmediato por Violeta quien sin voltear a mirar a ninguno de los dos dice:

—Ya Marcelo, entendido, dejemos los reclamos para después.

—Mejor dejémoslos del todo —dice José Luis. En su frente han empezado a tomar forma algunas gotas de sudor.

—Es lo que propongo yo —dice Marcelo.

Ambos lo miran. Ese pañuelo de hoy sí que está alborotado. Da hasta risa. José Luis intenta una sonrisa pero es imposible borrar el disgusto por lo que acaba de ocurrir. Ella lee amargura en el gesto de su hermano.

—Sí, no es el momento. Qué pena —agrega Violeta menos enojada.

José Luis observa la expresión de vergüenza aparentemente sincera de su hermana. Ella desvía la mirada y la dirige hacia la portería del teatro, casi vacía. Lo del gentío era una exageración de Marcelo. Es temprano aún.

—¿Por qué estás tan peleadora hoy? —le pregunta José Luis.

—Es que durmió muy mal —contesta Marcelo por ella.

—Entonces invítala a un café para que no se duerma en el concierto. Hay tiempo de sobra. Yo sí tengo que entrarme ya. Nos vemos a la salida. ¿Tienes los boletos?

Sin decir ni hacer nada más, ni darle besos a nadie, José Luis se marcha. Ella lo observa caminando por la acera y siente ganas de abrazarlo; demasiado tarde porque desaparece detrás de las puertas del teatro.

En el rato que permanece con Marcelo, quien dice cualquier cosa para sepultar la escena del auto, Violeta concluye que

carece de sentido reñir como niños cuando ya han superado tanto atolladero y obstáculo en los vericuetos de la vida, que ningún rencor puede caberle con su hermano y que vale más el hecho común de haber sido apartados de la casa que la diferencia en el sentimiento hacia los padres, y más al ser hermanos, algo que los hace incondicionales y que es corroborado por las afectuosas sonrisas que media hora después José Luis le manda desde el escenario mientras toca su guitarra.

Se percibe una enorme placidez en la actitud de José Luis, el guitarrista del grupo. Aunque sin el virtuosismo de un joven como Charlie Christian tocando con Beny Goodman, por ejemplo, o de un Joe Pass al lado de Count Basie, él sabe lo que está haciendo, y se lo goza allí sentado tan comfortable con la guitarra contra su cuerpo, mirando al público, a los otros músicos y ocasionalmente las cuerdas de su instrumento. Violeta descubre que José Luis ya no se aferra a la guitarra ni inclina tanto la cabeza ni roza la madera con la mejilla para concentrarse y evitar equivocaciones como lo hacía tres décadas atrás, cuando él era la alegría de la casa, antes de volverse la tristeza y la vergüenza del papá.

Saxofón, batería, trompeta, trombón y hasta el guitarrista se lucen con sus solos y reciben aplausos cuando se quedan en poder de la música; son estrellas por un instante. José Luis, sin embargo, parece disfrutar el concierto más que los otros músicos, está exento de tensión y esfuerzo cuando toca su instrumento.

En él se concentra Violeta. Solo ella entre la audiencia entusiasta sabe que de niño se carcajeaba cuando le movían el sonajero en la cuna y agitaba piernas y brazos como queriendo agarrarlo; que le gustaba todo lo que sonara, como decía la mamá; que aprendió primero a dar palmaditas que a morderse los dedos de los pies, y que se inició con una marimba que le dieron en el primer cumpleaños. Solo ella puede

verlo machacando tapas de gaseosa en la acera de la casa, aplanándolas con una piedra, abriéndoles el orificio para ensartarlas en el alambre, dándole a cada hermano un cascabel de esos, indicándoles cómo hacerlo sonar cuando cantaran los villancicos en la novena de Navidad, fabricando maracas con arroz y frijoles secos, tocando la pandereta en la tuna de los niños de primaria, dándole duro a los tambores de la banda del colegio en el desfile de la Independencia y en la procesión de Semana Santa, tocando con arrebatado esos tambores que no son el instrumento que más le gusta pero no había otro disponible y el hecho era meterse a la banda parroquial; intentando con la guitarra en la sacristía a donde Rubén lo deja entrar después de la misa, haciéndose acólito también como su hermano, aprendiendo a dominar la guitarra en las clases de la casa cultural de Fabritelas, empezando a hacer los acompañamientos de la iglesia, diciendo que quiere una guitarra y finalmente destapando la que el papá le trajo porque cumplió quince y, como afirma el jefe del hogar “en esta casa también a los hombres se les celebran los quince así sea sin brindis ni fiesta ni vestido largo”.

Violeta se deleita en los recuerdos tanto como lo hace con la música que suena. Ya José Luis ha dejado el coro. “Cantar no es lo mío. Ignoro qué pasa con mi voz, pero la siento muy floja. Si algún día se vuelve recia, tal vez”, le explica él a su madrina, quien ha llamado desde Estados Unidos para felicitarlo y se ha alarmado con su salida del coro, pero también se ha alegrado por lo de la guitarra y le ha prometido un piano eléctrico. “Eso sí, cuando esté más acomodada”, advierte. “Para qué entonces se pondrá a gastar plata en esas llamadas tan costosas”, dicen algunos. “Porque quiere a este muchacho como si fuera el hijo”, explica mamá Rosita. “Y se cree la mamá”, murmura Iris.

Y en sus recuerdos Violeta ve a José Luis aburrido en el colegio. El informe del profesor dice que es un muchacho re-

traído que ha empeorado con la adolescencia. “Es por el acné. Lo tiene muy cohibido. Pobrecito. Hay que llevarlo donde un médico”, dice la mamá. Y como el muchacho se mantiene metido en la pieza tocando la guitarra y al papá le ha dado por decir “yo creo que fue un error regalarle ese embeleco”, entonces todos empiezan a notarlo y a hacer comentarios. “Ese muchacho tiene un problema más serio que los barros, ya ni con los primos le gusta salir”, dice la mamá. “Sí, está muy raro. ¿Será que piensa pasarse la vida abrazado a una guitarra?”, insiste el papá. Pero José Luis nada contesta. A él lo tiene sin cuidado que los otros digan que es el aislado de la familia, que se quejen de su temperamento áspero, que no entiendan que lo que más le interesa en la vida es su música y por eso evade el trato con la gente y se encierra horas, días enteros en la pieza; le preocupa más que no comprendan por qué necesita silencio, que confundan su pasión, lo juzguen de presuntuoso y malgeniado y piensen que se mantiene en la nebulosa. Pero sobre todo le preocupa que anden diciendo que es raro. Por eso, cuando Rubén por enésima vez le dice “¿Por qué no te unís a la barra? Están todos los muchachos del barrio menos vos”, le da gusto y se junta con ellos. El intento de integración social muere ahí mismo. “Yo no vuelvo a esa hedionda pandilla que se la pasa diciendo cochinas de las muchachas”, concluye un día José Luis y toma por caminos más gloriosos.

Ahora él va con Teresa, Brenda y Rubén... “y lleven a Violetica y a Julián, ¿cómo los van a dejar?”, dice Iris... al concierto de rock de la casa cultural, de donde llega diciendo que va a formar un grupo. Pero los reclamos, en vez de mermar, arrecian. Brenda y Teresa no dejan pasar semana sin decir alguna cosa y vuelven monotemáticas sus conversaciones con José Luis, a quien se le está acabando la paciencia, ya sí le importa tanta joda y no se queda callado como antes. “Oiga Jóse, ¿usted por

qué es tan raro pues?”, “La rara es usted con esas botas, ¿le mando traer un caballo o qué?”; “Qué vaina José, ¿por qué no bailaste con mis compañeras en mi fiesta de quince?”, “Y la guitarra qué. Toqué toda la noche ¿No tienen con eso? Conchudas. ¿Doble servicio y gratis?”. Incluso a Rubén se le pega la preguntadera “Yo no lo entiendo a usted hermano, que se muere por el fútbol y no se le mide a jugar un partido. ¿Cómo se explica eso? ”, “En la televisión no dan patadas ni echan zancadilla”... “¿Será que de portero entonces?”... “Si me ponen de portero, pierden”... “Usted si no se presta para nada”... “No ve que salí a mi papá. A él le gustan los deportes pero para verlos. ¿O usted lo ha visto alguna vez montando en la bicicleta?”.

En sus recuerdos, Violeta se encuentra con el paso del tiempo. Por ahí trajeron el órgano que mandó la madrina de regalo por el grado de bachiller de José Luis. “Qué belleza de aparato. Y es traído de los Estados Unidos. Esa Margó se demoró pero cumplió y se lució”, dicen todos. Un aparato con el cual se esfuman del todo las pretensiones de Rubén de llevar a la cancha de fútbol al hermano. Si no, véalo, ahí se va otra vez para la casa cultural, al festival de música clásica, esta vez sin Brenda y Rubén, quienes no vuelven a apuntarse “a esa música tan maluca”, pero con Teresa, Violeta y Julián... “Ah, ¿y no podrían llevar a Luciano también?”, dice Iris, la negrita Iris que días después estará diciendo que “esa música clásica algo debe tener, vea como tiene de pensativo y apagado a José, después del tal festival él ya no es el mismo. Ay mi Dios, y yo que les hice llevar a Luciano”. Pero después del festival, la decisión de matricularse en Bellas Artes es más fácil de tomar. Y otras también. Ya el muchacho va en el segundo semestre y está diciendo “qué va de grupo de rock, todos son una parranda de incumplidos y marihuaneros, yo no lidio más con esto. Además, no me aguanto el pelo largo, se me engrasa mucho. Me

lo corto y me quedo de serenatero, así se rían porque me paso para los boleros con los cuchos del Club Medellín. Pero gano plata en vez de rabias y me estudio a Bach y a Beethoven que sí sabían de música”.

Hace rato José Luis cumplió los veintiuno. Pronto se graduará en Bellas Artes. Y nada del piano, nada que la promesa del papá y de la mamá se concreta en el instrumento. “Pero mijo, un piano no es como una guitarra, hay que recoger, se necesita paciencia y plata”, dice el papá. “Y espacio también, ¿dónde lo vamos a poner?”, dice la mamá. “No sé donde podrá caber, pero sería muy bueno como regalo de grado”, dice Iris. “¿¡Regalo de grado?! Estudiando es cuando lo necesito”. “Entonces, si quieren yo puedo poner de mi plata”, propone Iris. ¡Qué han escuchado los oídos de José Luis! “Dios le pague negrita linda, usted sí es la más desprendida. Papá, acepte la ayuda, ¿sí?” ¿Recibirle plata a Iris? “Y si de pronto Margó dice que le estamos quitando la plata”. Las dudas quedan despejadas cuando a Iris se le ocurre decir “¿O quieren que otra vez sea Margó la que se luzca con el regalo?”. Gracias a su generosa contribución solo resta un mes para completar la cifra. Ya casi se hará realidad el gran sueño de José Luis. Ya el papá está viendo los catálogos. Ya han ido a dos almacenes a averiguar y ahí está diciendo “no, que Margó traiga otro regalo que el piano se lo damos en esta casa”, pues la madrina se devuelve con el gringo que se consiguió y va a traer muchas cosas. Como ella, está por llegar el piano, para invadir la sala y generar alarma en Brenda y Teresa porque “vamos a tener que arrinconar los muebles, ya ni cabremos en las reuniones del club y todos los muchachos que hay inscritos. ¡Ja! ¿Y cuándo hagamos bailes qué?”. Pero el problema de espacio para el famoso grupo juvenil desaparece cuando se confirma por qué José Luis nada de nada de novias. Violeta puede oír las cuando le dicen “usted sí salió más rara que él mijita”, más rara porque no se

ha escandalizado y ya todos saben que tienen un hermano al que no le gustan las mujeres; a lo mejor las hermanas mayores piensan que a la menorcita tampoco le llaman la atención los hombres, pues no se le han visto desesperos por tener novio como a Brenda y hace rato le vino la regla y usa brasier. Pero a Violeta ni le va ni le viene el asunto de las preferencias sexuales de José Luis. En Campoalegre supo que por fuera de la casa y de la gente de uno el mundo puede ser totalmente diferente y seguir marchando como si nada. Menos mal que entendió rápido por qué su hermano resultó homosexual para no perder el tiempo echándole cabeza al asunto. La mamá sí le bota horas, cerebro y desveladas a desentrañar el misterio. Dónde estuvo la falla, se pregunta la señora cada noche, azuzada por un marido que se siente fracasado con la crianza de los hijos, en particular este. Un papá que se desespera y le dice al hijo raro que puede quedarse en su casa porque la mamá le ha suplicado que no lo eche, pero que ni entiende ni comparte sus inclinaciones y le queda muy difícil respetárselas. Un papá que de ahí en adelante apenas le dirige la palabra al hijo artista, algunos días ni lo preciso, y se vuelve malgeniado. La mamá está menos sorprendida. Ya tenía su entripado con esas ausencias tan absolutas del mundo femenino y esos amigos tan íntimos con los que José Luis se quedaba tanto tiempo, noches enteras. Pero no va a librar batallas con el hijo. Hacerlo es arriesgarlo todo. Además, ya tiene suficiente con enfrentarse a su marido por apoyar a José Luis en su escogencia personal, y con la batalla que tiene que librar con ella misma por el problema de tener un hijo así, para lo que no hay instrucciones ni manuales, como sí los hubo con Luciano. ¿Cómo entender el raro mundo de los raros? Eso es más duro que tratar de adivinar cómo funciona la mente de Lucianito.

Con los días, la búsqueda de explicaciones pasa a segundo lugar, carcome más la idea de que el hijo vivirá en el pecado y

la mamá acude al padre Pérez, a quien le cree todas las cosas que dice. “La Iglesia debe acoger con compasión a las personas homosexuales pero exigiéndoles que vivan en castidad y que oren mucho pues la mejor manera de disipar esas ideas es acercándose a Dios con la oración, un nexo más fuerte con él lo llevará de manera natural a la necesidad de estar en una relación que le agrade a Dios. Hoy todo es vanidad y cuerpos y hay que alejarlo de eso orando sin cesar porque para la Iglesia eso no está bien. Tráigame al muchacho para conversarlo”. La mamá se las graba de memoria y se las repite a Iris. Al mismo José Luis empieza a insistirle que rece mucho, pero no lo puede convencer de ir a ver al padre Pérez pues el muchacho hace rato le dio la espalda a la religión, a sus representantes y a sus ritos, “ni modo de obligarlo y menos con el ejemplo del papá que solo pisa iglesias en bautizos, matrimonios y funerales”. A la mamá entonces solo le queda rezar por el hijo voltiao y por ella, en el propio cuarto de la ovejita negra “porque de esa manera tiene más efecto, mejor en el sitio de él, ojala sentada en su cama”, como dijo el padre. Y todos los rezos los hace al escondido. Iris le colabora con las estampitas de la Virgen María y un etcétera de santos que la mamá pone debajo del colchón con la súplica “Enderézame a este muchacho” escrita por detrás, en su inconfundible y exquisita caligrafía; estampitas descubiertas por el “paciente” el día en que se quema el colchón por obra y gracia de la veladora que alumbró a María Auxiliadora puesta también por la mamá! en la mesa de noche, tras lograr el conciliador consentimiento de José Luis. La mamá aprende la lección, no vuelve a acosar con rezos ni con imágenes. Por un tiempo se queda muda. Vuelve a retacar, ya no con santos ni con rezos sino con preguntas, cuando le cuentan que “el curita bajito de Santa Cecilia, ese que parecía un muñequito y se fue de un día para otro sin despedirse en el púlpito como se acostumbra, el segundo del padre Pérez, ¿sabe

qué? resultó marica, por eso lo cambiaron”, y entonces sospecha que ese curita fue el que le dañó al hijo. La duda también le llega al papá quien dice “¿Vio? Por eso no me gustan los curas ni ir a misa”, pero doña Elvira sigue yendo al templo porque “así como hay curas que se manejan mal los hay buenos, unos verdaderos santos en la tierra, y porque los deberes religiosos hay que cumplirlos sin cuestionar”.

Con los días, la mamá concluye que no están preparados para la situación con José Luis. Le dice al papá que tienen que ir a asesorarse del obispo y hay que llevar al muchacho también. “¡Ni voy ni lo dejo llevar!”, dice el papá. Aún así, ella consigue la cita y solita se va a preguntar que “dónde se cura eso” y a escuchar al monseñor decir que “la homosexualidad es una enfermedad mental señora, llévelo donde un siquiatra”. Donde el siquiatra van, con la voluntad del mismo José Luis que ya está sintiendo que necesita ayuda. Y vaya alivio que recibe él cuando el médico dice que ser homosexual no es malo, para sorpresa de la mamá que no queda convencida y propone ir donde otro. Ensayan con un sicólogo que dice lo mismo y mucho más, para furia del papá quien, después de enterarse de que según el doctor “ser así no es malo, lo malo es no aceptarlo y que nosotros estamos equivocados”, pide otra cita con el medicucho “pero no para consulta sino para aclarar unas cositas con él”. Y como el doctor se ratifica en su afirmación y lo despacha diciendo “señor, lo lamento, yo no puedo estar ni a favor ni en contra de la homosexualidad”, el papá, que por esos días pelea con todo el mundo, se alborota y tirando la puerta del consultorio le grita “¡seguramente usted es marica también!”, para hacerle dar más pena a doña Elvira porque “¡qué vergüenza Fonso, cómo te saliste así de quicio, igual que una verdulera en una plaza!”, pero él no oye ni entiende y al llegar a la casa sienta al muchacho en la sala como a un niño chiquito castigado y le da el ultimátum “O te componés

o te vas, el único que tiene derecho a ser anormal en esta casa es Luciano”. Y antes de tirar la puerta de la habitación donde se encierra, advierte: “Y Violeta y Julián ya no se metan más, dejen de sacar la cara por él, vean que los más grandes no dicen nada”. Solo queda la opción de hablar con Margó, “ella tan recorrida y madrina de bautismo que colabore para resolver este asunto”, dice la mamá. Margó, quien vino tan liberada de los iunaiesteis, aunque atada con marido, afirma contundentemente que prefiere no juzgar porque “eso es algo demasiado complejo y aunque no es lo ideal así es y es una realidad que se impone en el mundo. La gente nace así o lo hereda si en la familia ha habido casos, aunque en la nuestra jamás conocí algo parecido, que yo sepa, pero ya quítense la idea de la cabeza de que es una enfermedad mental. Locura se les volverá si siguen agregando veneno al problema, y loco van a volver a ese muchacho, van a hacerle la vida una desgracia. Si tanto les cuesta entenderlo ayúdense con libros, leyendo es que uno aprende a defenderse en la vida”. Desde entonces la mamá se va a la cama con *El tercer sexo*, el libro que consigue, nadie sabe cómo, y que después de analizar obliga a leer a todos en la casa “pero que José no se entere porque seguramente va a sentirse mal”. Pero él se da cuenta porque vive en la misma casa y es el centro de atención. Se aburre de sentirse un bicho raro, de ver el librito pasar de mano en mano y de alcoba en alcoba, de que el papá no le hable, de que Brenda y Teresa cuchicheen cuando lo ven pasar por el corredor, de que Rubén lo mire con recelo por la noche en el cuarto cuando se van a dormir, de que Iris le haga bebidas para que tome y menjurjes para que se unte “usted sabe dónde, mijo, cuando se bañe, a ver si de pronto mi Dios me hace el milagro, hágame caso”. Ante semejante situación, el día menos pensado José Luis se va a vivir con Margó, el gringo y mamá Rosita, jurando que jamás volverá a discutir con nadie el hecho de ser gay. Cuando

por fin la madrina se atreve a ponerle el temita, él la descuelga “Eso es un asunto mío tía, así que no se ponga usted en las mismas ni me ponga a mí en las que estaba que yo me siento bien y no voy a seguir botando corriente para que me acepten”, a lo cual ella, tan francota como es, contesta “tranquilo José que no sos el primer marica al que echan de la casa, pero ojalá fueras el último”.

Cuando todo parece solucionado, el papá, para quien la ida de José Luis ha sido peor que la mordida de un perro rabioso, saca la carta que tiene escondida para seguir peleando, una carta que intranquiliza y hace llorar a la mamá. “¡Qué! ¡No volver a darle un peso? Si le faltan dos semestres. No señor, el estudio tenemos que terminárselo. ¿Entonces que lo sostengan Margó y K?”, “Su buena plata tienen”; “¿Acaso es el hijo de ellos?”. Como si lo fuera, y así lo asumen cuando el papá suspende el giro mensual y la mamá no puede hacer nada por evitarlo.

Pasan días, meses, un año nuevo. Durante algún tiempo la mamá cree que puede componer a José Luis. Ahora supone que se trata de un padecimiento generacional, un problemático capricho de la adolescencia sin superar pero superable todavía. A fuerza de leer cuanto artículo se publica sobre el tema en revistas y periódicos, más otro par de libros, termina aceptando que Margó tiene razón. Pasan más días, más meses y otro año nuevo. Hasta que llega el domingo en que el muchacho de la guitarra viene a despedirse porque se va para Estados Unidos, ya hecho todo un hombre, con barbita, sin barros, y con una pinta de macho que alborota a las muchachas del barrio y a las señoras les hace decir “¿Será que José Luis se compuso? Vea cómo le ayudó vivir con el gringo”. Se aparece con Margó y su marido “ahí se están bajando del Land Rover, parece que fuera el hijo de ellos”. José Luis, aunque asustado, habla hasta por los codos, “me consiguieron los papeles y dónde quedarme, ya tengo trabajo y he practicado mucho el inglés con ellos

porque allá sí voy a entrar a la universidad y voy a conseguir un piano de cola”, mientras en la cocina la mamá le reclama a Margó “querida, qué hiciste, yo te pedí que me cuidaras a mi muchacho no que me lo empacaras para otro país”. Pero eso ya no tiene reversa. “Elvira, entiéndeme, igual no está viviendo con ustedes, yo sé cómo es eso allá, es el mejor lugar para alguien como él, en todo sentido, ya verás que tengo razón, aquí hay mucha ignorancia, mirá que ni el propio papá lo tolera”. Desde su sofá para ver la tele, el papá mira y mira al hijo pródigo, de los tenis a la cabeza y de arriba a abajo, hasta que los ojos se le quedan embotados en el tapete de la sala. Ni una palabra le dirige. ¿Abrazarlo? Ni sueña. “Aunque sea dele la mano mijo”. Ni eso. “Vea que José ya se va a ir. Ya se está yendo ¡Ay, ya se fue!”. Y el papá ni siquiera deja que sus ojos se encuentren por un segundo con los del muchacho, el muchacho de la guitarra que se queda con las ganas de ver por última vez la mirada honda del papá, tan parecida a la suya, que tantas veces le dio seguridad y le reveló el amor por él, los ojos en los que muchas ocasiones vio la admiración que le despertaba la música que tocaba. De parte del papá, nada de nada en la despedida, como si no hubiera retroceso, ni algo más adelante y el instante no existiera. Solo rencor a cambio de olvido.

—¿Y Marcelo qué se hizo?

—Está hablando con ese pelilargo que está allá. ¿Sí los ves? Ahí afuera.

—¿Entonces se salió del concierto?

—Ni cuenta me di, estaba ida con la música. Qué belleza de concierto. Hubiera querido que todo el auditorio se diera cuenta que soy tu hermana. Felicitaciones.

Cuando Violeta abraza y besa a José Luis, le siente la ropa húmeda y el cuerpo caliente.

—¿Te gustó? —pregunta él.

—Me encantó.

—¿Te das cuenta por qué el jazz es la música del balance perfecto?

—¿Cómo se llama el del piano?

—Es Robert. ¿También te gustó?

—Es muy bueno... en el piano, claro.

—Está soltero. Y no tiene pareja.

Violeta suspira y se dice “por qué no puedo preguntar por un hombre sin correr el riesgo de que piensen que se trata de algo más que la simple pregunta”. Podría discutirle a José Luis al respecto, pero ni modo después de la escena del auto. Además, en verdad se siente reconfortada con el concierto y quiere disfrutar la salida de esa noche. Se queda reparando en los zuecos de Robert.

—¿En serio es soltero y no tiene novia? —pregunta y se queda pensativa.

—Dije pareja, no novia.

Tras unos segundos, Violeta deja de mirar los zapatos del pianista y se vuelve hacia su hermano.

—Qué fácil parece la música —dice en medio de otro suspiro.

—¿Vamos saliendo? —dice él, desconcentrado, inquieto. Aun así, ella sigue hablándole de música.

—A veces me hubiera gustado meterme más con sonidos que con palabras. Claro que también hay música en la literatura. Las palabras suenan, las frases tienen ritmo, así no sean poesía, pero...

—Es una música más compleja.

—¿Tú crees? Yo creo que es más difícil hacer música, incluso entenderla.

—Es simple.

—¿Simple? Si es tan simple entonces explícamelo.

—Mira. La música es el arte de la progresión y... ¡Hey, Marcelo! te esperamos en el auto —le dice José Luis al pasar por

su lado—. ¿De qué hablarán tanto? —agrega mirando hacia el lugar donde queda Marcelo con el pelilargo—. ¿En qué íbamos?

—Lo de la progresión. ¿Qué quieres decir con eso de la progresión?

—Ah. Tú la organizas en compases y... Oye, pero Marcelo ni se inmutó.

—Ya, ya viene. No le hagas caso. Es que está muy joven. José Luis vuelve a mirar hacia atrás. Luego a Violeta.

—¿Y qué tiene que sea joven? ¿Te parece que se ve mal conmigo?

—No, para nada. Es que uno joven anda sin afanes y se para a conversar con todo el que se encuentra. Y él parece muy sociable. Debe tener amigos por todas partes. Bueno, sigue explicándome lo de la música.

—Ya. Mira, la música está en el tiempo, pero no vuelve a existir, no es permanente como la pintura, por ejemplo, que es el arte del espacio. O la danza, que tiene que ver con el espacio y el tiempo. O incluso la dramaturgia, donde se conjugan ambos y se suma la palabra...

—En cambio en la literatura todo es imaginación, está solo en tu cabeza —interrumpe Violeta—. O sea, es todo y nada a la vez.

—Exacto. Tienes que inventarle tiempo, espacio y lenguaje.

—Y conseguir además intensidad, ritmo. Parece desconsolador. Aunque todos podrían envidiar a los escritores.

—Creo que los músicos envidiamos más a los pintores, la permanencia que logran. La obra siempre está ahí y puedes verla. La música es el instante y el reto es prolongarlo en el tiempo... Ah, ahí viene Marcelo... Pero los pintores nos envidian por eso mismo, la intensidad del instante que ellos no pueden tener.

—O el escritor podría envidiarlos a todos, hasta a los actores. Hola Marcelo.

—Casi amanecemos aquí —dice José Luis.

—Los colombianos son los seres más exagerados del mundo —contesta Marcelo sin dirigirse a ninguno de los dos en particular, como si prefiriera evadirlos.

—¿Y ése quién es? —le pregunta José Luis.

—¿Quién?

—Con el que hablabas.

Violeta entrega a José Luis otro pañuelo de papel para que se acabe de limpiar el sudor de la cara, y se queda con la atención puesta en el bolso, reorganizando lo que no hay por qué organizar, buscando nada, mientras su hermano y Marcelo conversan, se reclaman, se aclaran.

—Ah, ese... Otro como yo que piensa presentarse a la audición. Quiere que lo grabe. Haremos unas sesiones.

—¿Unas sesiones? ¿Y en dónde?

—Pues en el apartamento. ¿Dónde más? No voy a andar con la cámara y el trípode por toda la ciudad.

—Y tan importante era como para salirte del...

—Tan solo quise ir al baño y allí lo he encontrado —interrumpe Marcelo.

—¿Y lo tienen que hacer en el apartamento?

—¿Hay algún problema? ¿Temes que se te llene de escarabajos?

—Ja, qué chiste tan flojo.

—No era un chiste.

En el auto, Violeta observa a José Luis. Parece cohibido, simple, a pesar de su figura imponente con su estatura y su cuerpo bien formado y cuidado, su aire de distinción, de buen gusto sin ostentación. Es como si no deseara impresionar aunque a veces actúa con sentido de superioridad y parece ansiar el reconocimiento. Qué lozanía de piel, como si el acné nunca la hubiera azotado y los años hubieran pasado en vano.

—Te quiero llevar al local de la pizzeria donde empecé. Todavía está el chef italiano. Tú no sabes esa historia Marcelo.

Un día el asistente del chef se enfermó y el administrador dijo que cuál de los meseros se apuntaba. Ninguno quiso. Ah, a lavar platos, qué pereza, dijeron, pero a mí me pareció mejor estar detrás, en la cocina, que reventando inglés con los clientes. Y ahí me dejaron.

—Pero no te quedaste ahí ni abandonaste la música —aclara Violeta.

Mientras llegan al restaurante no puede evitar compararse con su hermano, asombrarse porque toda la vida él ha estado haciendo lo mismo, pensar en que si ella hubiera actuado de la misma manera tal vez no estaría ahora tomando decisiones sobre su vida, la tendría más o menos arreglada, con resultados tangibles como él; sería, si no feliz, al menos una mujer satisfecha con lo que haría para vivir y no tendría que ver tras de sí ese reguero de cosas intentadas, empezadas, probadas y dejadas, allí y allá, que le han impedido hacer lo realmente importante. A veces le falta energía, peligran su voluntad y su fe para emprender las cosas que debe hacer. Tal vez sea demasiado tarde ya, en un país que se atreve a llamar escritores tardíos a los que resultan con una obra después de los cuarenta, donde los profesores universitarios se jubilan a los cincuenta y cinco, donde se ven anuncios de trabajo buscando menores de treinta con amplia experiencia, donde se rinde culto a la juventud y es fácil sentirse pasado de moda y algo viejo a su edad, peor aún, llena de dudas que impiden emprender la tarea y obligan a continuar la vida por un rumbo impreciso. Mientras comen y charlan ella se aparta por instantes, piensa y observa con profundidad a su hermano. En él la edad no parece hacer mella, su único vestigio son las entradas que se alcanzan a adivinar en el cortísimo pelo echado hacía adelante, y en las pocas canas que brotan uniformemente entre los cabellos castaños. Un hombre saludable, aparentemente sin angustias, que sonrío poco, pero con sinceridad, cuando lo hace.

—¿Te vistes mucho de negro?

—Solo para los conciertos. Pero sin corbata, a no ser que sea estrictamente necesario.

—Tus ojos se quedaron grises claros, no se han oscurecido con los años como los de Brenda.

—Te fijas en todo.

—Estás buena para que me ayudes a evaluar el ensayo de la audición.

—¿Cómo así Marcelo?

—Yo hago el papel, tú miras y me das tu opinión.

—Ay qué risa. Si me gusta aplaudido, y si no ¿qué? Yo no soy como Luciano con José, que le aplaudía hasta las equivocaciones.

—No me recuerdes eso tan doloroso.

—Perdona... Es que me acordé de él durante el concierto.

Ahora es José Luis el que navega en un mar de recuerdos y pensamientos. Ah, Luciano, el otro que como Julián y Violeta omitió juicio alguno sobre su situación. Le parece verlo. Era como un ángel y el que más atención ponía a su música. Se sentaba frente a él cuando lo veía tomar la guitarra para ensayar. Cómo le molestaba aquel rito, mucho más su mirada encima todo el tiempo; lo desconcentraba que aplaudiera irremediablemente cada vez que se equivocaba pues creía que ya había concluido la pieza. Varias veces lo sacó de su cuarto, lo dejó enmudecido en el corredor, le echó la puerta en las narices y la aseguró con llave. “Pobrecito, entiéndelo, por qué no puedes entenderlo, si le encanta la música también y es apenas un niño. Yo le enseño a no interrumpirte”. Los ruegos de la mamá finalmente lo convencieron. Luciano se convirtió en silencioso testigo de los ensayos de José Luis y en el principal asistente a sus presentaciones, hasta que pasó todo. “Al niño le cambió la mirada desde que te fuiste de la casa”, “No me cuentes eso mamá que me remuerde la conciencia”; “Por eso

le voy a buscar las clases de baile los sábados por la tarde en el club. Prefiero esclavizarme con la llevada cada ocho días que tener una batería en la casa”, “¿Bateria?”; “Está loco por una, pero ¿cómo se la damos?, nos enloquece a todos”, “Consíganle otra cosa. Una guitarra como a mí”; “No le gusta ningún otro instrumento, le he ofrecido de todos y nada, solo se transa con el baile, porque eso sí, ver muchachas le gusta más que verte a ti tocando”.

La música le da a José Luis la locuacidad de la que carece. Durante toda la comida en el restaurante no paró de hablar de ella y ahora, de regreso en el apartamento, sigue con el tema, tal vez inspirado por la historia de Luciano que recordó y contó a los otros. Mejor que se haya tomado la palabra pues Marcelo, que es el que más habla, ha estado parco. Escasamente ha musitado palabra. A lo mejor su actitud esté relacionada con el encuentro con el pelilargo, aunque una vez recogidos en casa parece transformarse y querer participar de la charla.

—Los mismos problemas de estructura a los que se enfrenta un escritor los tiene un músico, pero es algo que solamente entiende uno cuando escucha la música. Quien la hace lo sabe. Pero el que no... ¿Entiendes lo que quiero decirte? —dice José Luis.

—Para mí siempre ha sido algo demasiado complicado. Por supuesto que sé que tiene estructura, pero no sabría hacer el esquema —responde Violeta.

—Yo escucho una obra musical de la misma manera que tú lees un libro seguramente.

—¿Y qué es más complejo? ¿Escribir música o novelas?

—Ay Marcelo, nos corchaste. Porque José en su vida ha compuesto algo, y yo de novelas sé lo que he leído.

—Aunque solo me haya dedicado a sacar sonidos de las cuerdas de una guitarra, sí puedo decir que las dos cosas son igualmente complejas.

—Pero tú no lees mucho José. ¿O sí?
—Los libros también confunden.
—¿Qué quieres decir Marcelo?
—Pasar de Santo Tomás a Voltaire y de Voltaire a Nietzsche es como para desgarrarse el alma.
—¿Los has leído?
—¿Por qué lo dudas? Les eché el ojo a los diecisiete.
—Con razón dices eso. No siempre leer da gusto —recalca Violeta.

—Por eso yo preferí la guitarra.

José Luis pone un nuevo disco en el equipo.

—¿Oyes eso? Hay ciertas cosas que nos ponen a prueba a los seres humanos y una de ellas es la música. Es como si nos dijera métete en ella si eres capaz.

José Luis es de pocas palabras, pero cuando habla es contundente aunque tímido, discreto, de voz pausada. En realidad, contrasta con Marcelo, piensa Violeta, y por eso les pregunta cómo son capaces de vivir juntos, una pregunta que se queda en el aire pues José Luis sigue con su tema.

—Cualquier intento de darle sentido a la música es como una forma de pretender que somos permanentes.

—¿Cómo así José?

—La música está hecha de instantes, de fugas.

—¿Y eso que tiene que ver con lo que pregunta ella? ¿Acaso alguien se fugará aquí, alguien se irá?

—¿Qué fue lo que dijo? —pregunta José Luis.

—Que cómo podemos vivir juntos.

—Ah... Todavía no lo sé.

Han estado escuchando a Chopin. Vieron la foto que José Luis se tomó en la tumba del compositor en Père Lachaise y oyeron su relato de como encontró el cementerio en su primer viaje a París. Ahora él les está contando que de muchacho soñaba con montar en avión e ir a otros lugares, sin

imaginarse que su vida iba a estar llena de viajes como esta gira que arranca. Les está diciendo que era de las galladas que iban a la extensa zona verde del costado norte de la pista del aeropuerto Olaya Herrera de Medellín para ver y sentir como salían los Boeing 727, y que así como esos aviones se elevaban de un momento a otro, él sabía que era uno de los millones de seres en el mundo que estaba a un paso de conseguir sus sueños y que el paso definitivo era despegar de la tierra en uno de esos gigantes. Violeta y Marcelo lo oyen explicar que los aviones se detenían al frente de la malla que separaba la pista y tomaban impulso para iniciar su despegue, que él y los demás muchachos se ubicaban detrás de la malla, frente a las turbinas y los motores, que la fuerte corriente de aire era un ventarrón que les enredaba el pelo, los obligaba a retroceder, a aferrarse de la red metálica, a cerrar los ojos, y les lanzaba a la cara y los brazos arena mezclada con piedrecillas.

—Y mientras esperábamos por el despegue de otro avión, algunos jugaban fútbol, otros comían helado o contaban historias de terror. Pero yo me quedaba sentado en la manga, pensando en cómo serían por dentro esos aviones y cómo se iría en uno de ellos, esperando por un nuevo ronquido de las turbinas que rescatara nuevamente la atención de los mirones; algunos corrían hasta el costado occidental de la malla desabotonándose la camisa, se la sacaban a toda prisa y la ondeaban al avión. Viendo como los aviones tomaban impulso para despegar, yo me imaginé muchas veces montándome en uno de ellos, arriesgándome a fracasar para alcanzar mi sueño, como me decía mi madrina.

—Hablando de sueños, ayer soñé en blanco y negro —dice de pronto Violeta.

—¿Qué?

—Un sueño bobo. Me puse una chaqueta negra que tenía las costuras de las mangas zafadas. Estaba viajando en el me-

tro. El tren iba repleto y solo allí me percaté del estado de la chaqueta. Nadie se dio cuenta, pero a mí sí me importaba. Y el viaje no terminaba, el tren no paraba, pasaba por las estaciones y no se detenía y yo estaba angustiada por bajarme para devolverme a cambiarme a la casa.

—¿Y?

—Nada. Me quedé dormida con ese viaje tan largo. Y ahí se apagó el sueño. Nunca había soñado en gris. Al menos no lo recuerdo.

—¿Es malo o es bueno?

—Ay Marcelo, yo qué sé. Para mí es una novedad.

—Yo casi nunca sueño —dice José Luis.

—Yo tampoco. O al menos no me acuerdo cuando me levanto.

—He estado recordando muchas cosas de nosotros JÓse.

—Tú también me has hecho recordar. Es normal. Para un inmigrante los recuerdos se agrandan, se magnifican, adquieren una dimensión mucho más amplia, la mente sigue estando en otro lado, así sea que llegue por primera vez a un sitio o que le llegue algo de donde él procede, como tú en mi caso.

—Les traeré un poco de queso.

Marcelo se va a la cocina.

—He estado pensando que siempre supiste lo que querías hacer y por eso para ti todo ha sido más fácil en la vida. Puedes sentirte satisfecho, eres un hombre realizado.

—¿Fácil? ¿Satisfecho? Ay Violetica.

—Mira como vives y como te ves de bien.

—Uno toma lo que la vida tiene para darle, pero...

José Luis se calla, baja la mirada y se queda viendo la copa entre sus manos. El vino le ha subido de color las mejillas, como siempre.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes una cosa?

José Luis mira hacia la cocina donde está Marcelo. Acercándose más a Violeta, le dice que a veces piensa en cómo habría sido su vida si hubiera podido casarse, tener hijos, llevar una vida normal con una mujer, enamorarse de alguna.

—¿En serio? ¿Pero lo has intentado?

—Sí.

—¿Y?

—No puedo.

—¿No? Acaso qué sientes.

—Nada, absolutamente nada.

—Ay no, qué tristeza. Muy difícil ser gay.

—¡Tampoco me tengas lástima!

—Parece que hemos sufrido el mismo problema.

—¿Cómo así?

—Digo, cada uno, a su manera.

—No, no me digas que eres lesbia...

—Bobo, cómo crees. Digo, que ambos hemos tenido que aceptar lo que somos, la vida que tenemos.

—No te entiendo del todo. Nunca has querido casarte ni tener hijos.

—No me refiero a eso. Es por la escritura

—Ah, sí, claro.

—Estás cansado.

Se quedan callados. El disco en el equipo de sonido ha terminado su recorrido. De pronto hay mucho silencio.

—Estamos cansados —insiste Violeta.

Marcelo regresa de la cocina.

—Ay no, yo no quiero queso Marcelo —agrega ella al verlo aparecer—. Vamos a dormir.

Antes de ir a la cama José Luis se acuerda de que había quedado de llamar a la mamá para contarle del concierto.

—Pero ya está muy tarde —dice.

—Todavía debe estar rezando.

—Esa rezadera de mi mamá. Es lo único que me harta de ella.

Y le hartaría más, la detestaría, si supiera que es él, y no otro, el motivo de la rezadera de la mamá.

La vejez acerca a todos a la muerte, y a algunos a la religión. A Doña Elvira la ha puesto a caminar de gancho con la iglesia, circunstancia que le ha arrebatado la paz. El tema del hijo raro se le ha vuelto una maldición, un azote, una desgracia, el motivo de aflicción más grande de la vida, después de Luciano. Se pasa horas pensando en que tendría que haberse modernizado más para que José Luis no fuera una tortura. “¿Pero cómo hago padre, cómo?”. Durante años la distancia del hijo le sirvió para dejar la bobada, evadir el problema, casi sacudírselo del todo. Pero la muerte la metió de nuevo de narices en él. Al irse de este mundo, el hijo menor y el marido, la dejaron fregada porque la pusieron a cavilar sobre la vida eterna; tal fue el asedio de cavilaciones malsanas que la señora terminó por concluir que la vida eterna de José Luis estaba en juego. Sin oponer resistencia se dejó picar por semejante idea, y tanto volvió a obsesionarse con la cuestión religiosa que la rezadera se agravó y se le volvió crónica. “Me da mucha tristeza saber que mi Jóse y yo no podremos reunirnos en el paraíso después de morir y que no lo volveré a ver”, le dijo un día al sacerdote, “me da miedo que él se vaya para el infierno, pero lo que más me duele es que no se haya reconciliado con el papá y que ya no se verán más ni tendrán la oportunidad de ponerse en paz, porque Fonso debe estar en el purgatorio”.

La rezadera no llegó sola, le trajo a doña Elvira la renovación de las desveladas, la repetición de noches enteras escarbando una respuesta a su eterna inquietud aún no resuelta. ¿En dónde estuvo la falla?, se pregunta infructuosamente la señora, que volvió a meterse en el confesionario y en la sacristía

a ver si hablando con los curas podría dar con el momento de la crianza en el cual José Luis pudo haberse vuelto de esa manera. “No me explico padre qué pasó. No lo manosearon, no lo violaron, no tuvo experiencias traumáticas que lo hubieran llevado a eso, al menos así me lo juró, y le creo, pero yo necesito una explicación. Algunas veces me digo, si tuve a Luciano ¿por qué no iba a tener uno como José? ¿Será que algo le habrá fallado en el cerebro? Siendo así no sería culpa mía, mucho menos de él, sería un asunto genético, como el de Luciano, aunque distinto”.

“Ser de esa manera” sigue diciendo doña Elvira al referirse a José Luis. A pesar de tanta habladera del tema y de su fanatismo idiomático nunca aprendió a usar la palabra adecuada, como si pronunciarla fuera sacrilegio. Una infeliz palabra la hace vivir como en la cuerda floja, entre sus creencias y el amor por el hijo que vive solo en el extranjero. Tan enterrada como la palabrita mantiene el sentimiento que le genera ser la madre de un homosexual, la deshonra, afrenta, ultraje, injuria y vejación que eso significa; se siente humillada, abochornada y avergonzada imaginando lo que habrán dicho y especulado aquellos que han llegado a preguntarse dónde erró ella como madre. Como sufre doña Elvira cuando en el costurero las demás señoras ponen el tema de los gay, lo que ha sufrido últimamente con los matrimonios de “esos”. Cuando en la televisión se le atraviesan las imágenes de hombres besándose reza un padrenuestro y un avemaría, y se dice “quiera Dios que mi José no llegue hasta allá. Que muramos él o yo antes de que eso ocurra”. Razón tiene José Luis en querer ocultarle la existencia de Marcelo. ¿Para qué sumar otro motivo de tormento a la atormentada mente de su mamá? Que ni se entere entonces. Y que Marcelo se conforme con seguir siendo un secreto, alguien que no existe para Medellín. Que la pobre viejita siga con el sueño espantado afligiéndose

ante la idea de que su hijo está destinado a permanecer solo. Abiertos se le quedan a ella los ojos en las noches diciéndose a sí misma “cómo habrá sufrido mi muchacho, y sufrirá en un apartamento solo, una ciudad tan grande y un país ajeno”, tratando de imaginar cómo habrá sido su vida sin una mujer que le arregle la ropa, que lo cuide, que le cocine. Ni sospecha que la realidad de José Luis es otra, que es mentira que se la haya pasado sufriendo como un condenado y que, para acabar de ajustar, está lejos de pronunciar tan siquiera una de las miles de oraciones que ha dicho ella en vida, que jamás lo haría por sí mismo aun si le garantizaran la resurrección después de la muerte. Con tanta cosa, ¡cómo sufre doña Elvira! Pero a ella no le importa el sufrimiento por los hijos, porque es puro, purísimo y purificador, fruto del amor que la une a ellos, único e irremplazable, pues un hijo, y más si es como Luciano o como José Luis, es lo que más se quiere, y nada hay que reflexionar al respecto sobre ese amor que sale de los huesos, se impone y determina sin motivos, un amor de entrega total, así traiga una especie de castigo inmerecido al final. Si no, véanla ahora, con unos hijos que apenas la visitan cada cierto tiempo, véanla solita de cara a lo que es, a lo que resta, que es prácticamente nada. Si la hubieran conocido como madre joven y mujer madura... Ya no va cansada y sudorosa por todas partes, correteando de un lado para otro para darle gusto a los nenes y a las nenas; corrigiéndoles tareas, solucionándoles problemas; agotada pero jugando con ellos, con hambre pero comiendo a saltos, con sueño pero durmiendo a medias, con una vida interrumpida a toda hora, tragándose los enojos porque es raro el día en que los niños y las niñas dejen de hacer cosas como para darles una golpiza. En la casa ya no quedan bebés, adolescentes, universitarios, jóvenes, ni Luciano; por la vida van seis cuarentones que una vez fueron sus niños y le han regalado otros seis niñitos para repetirlo,

para tener la posibilidad de seguir preocupándose con los hijos de los hijos, con los fracasos laborales y matrimoniales de los otros. En doña Elvira el sufrimiento es sin fin, a ella le es imposible vivir el amor de madre de forma tranquila y relajada, le parece lógico que los pesares de sus hijos duelan como propios y sus alegrías no le sean ajenas; de otra forma no podría ser; sentirlos así es inevitable pues en su cuerpo se gestaron, se formaron y vivieron; además, de él tuvieron que salir, con un intenso dolor físico; por eso el amor maternal es un viacrucis a favor de la felicidad y de la salvación de los hijos en el mundo al que los han traído. Explicable es entonces que doña Elvira se la pase rezando y se desvele, que siga angustiada sintiéndose culpable por todo y por nada, por las equivocaciones de la vida y de la naturaleza, que no de ella; por la humana contradicción de un ser humano, pensando en que el sacrificio de los buenos padres y las buenas madres vale la pena aunque sea irracional e inexplicable, como irracional e inexplicable le parece a Marcelo que José Luis se obstine en no hacerse la prueba del sida, “aunque sea para sentir la alegría que da ver que sale negativa”.

—Insisto. Deberías hacértela como yo.

—¿Qué es lo que temes? Francamente que tu insistencia me pone a dudar.

—Yo podría decir lo mismo de ti por rehusarte.

—Yo he sido un hombre decente. Sé que no tengo nada.

—No es un problema de decencia. Es un asunto de vivir en este mundo. Y no es tanto por mí sino por ti. ¿Qué tal que te enfermes y no podamos hacer nada a tiempo?

—¿Y por qué habría de enfermarme? Acaso tú...

—¿Entonces no irás a la marcha? ¿Y la lucha por nuestros derechos?

—¿Por qué te empeñas? Jamás iré a una cosa de esas. Es parte de mi intimidad. ¿No has entendido?... Además, estaré fuera.

—¿Viste? No te comprometes. Con razón te ha sido difícil encontrar pareja.

—Esa no es la causa. Y tú lo sabes.

—Tu sermoneo con la fidelidad absoluta no es realista.

—¿No? ¿Y entonces qué esperanzas tengo yo?

—Bah, ya deja de preocuparte.

—En todo caso, ya lo sabes. No me gustó lo del teatro. Así que tengamos cuidado.

—Oh sí, vaya rabieta la de tu hermana antes del concierto. Claro que eso que dijiste de tu padre estuvo fuerte y...

—¡No te hagas el pendejo! ¡Sabes perfectamente a qué me refiero!... Es que cada vez que lo pienso. ¡Ni siquiera nos escuchaste por estar con ese! ¡Qué te traes Marcelo!

En este punto de la conversación Violeta decide no seguir escuchando, continuar su camino hacia el cuarto y encerrarse.

Cuando Violeta se despierta en la mañana José Luis está hablando por teléfono con la mamá.

—¿Y la vas a dejar sola acabando de llegar? —pregunta la señora alarmada.

—Sola no. Con Marcelo.

—¿Marcelo? ¿Y ese quién es?

José Luis no se amilana con la pregunta de su mamá. Ya tiene todo calculado.

—Un amigo. Se va a quedar aquí con ella. Le pedí el favor. Pero la mamá sí se alarma.

—¿Sola con un desconocido? ¿Y hombre?

—No te preocupes. Es muy joven. Y además es...

Ahí José Luis se crispa.

—Está comprometido —agrega y se tranquiliza. Pero al oírlo, la mamá se preocupa más

—Peor. ¿Y a la novia no le chocará?

—Ya hablamos todo eso y está de acuerdo. Además, él es mucho más joven.

La mamá no queda convencida. Con paciencia José Luis la escucha decir al otro lado:

—De todas maneras, esa ciudad tan grande, con la gente que no es amable y entrona como aquí, y ella tan recién llegada. ¿Dónde está guardando los dólares?

—Yo qué sé. Aquí, supongo. Esto es seguro. ¿Acaso vivo en una pensión o en un albergue?

La mamá quiere cerciorarse bien.

—¿Y cuánto tiempo te vas a demorar en la gira?

—Un par de semanas. Cuando vuelva la voy a llevar a Pensilvania. Mientras tanto que trabaje en su libro, a eso vino. Fresca mamá. Nada raro pasará.

A la mamá le interesa saber lo más mínimo, sobre todo tratándose de Violeta.

—¿Y cómo le sentís el inglés?

—No se lo he oído.

Y aunque no se lo pregunten cuenta cosas insignificantes que le parecen de trascendencia.

—Estuvo estudiando tan juiciosa. Si la hubieras visto. Desde que K se murió no lo había vuelto a practicar.

—Se defenderá. Además, está muy afiebrada con su escritura e imagino que estará muy contenta sin quien la moleste.

Finalmente, la mamá, a quien le gusta anticipar el tiempo, pensar en el futuro, mete ruido sin querer.

—Y en diciembre otra vez para dejarla sola. Porque vas a venir ¿cierto? Le va a tocar quedarse solita en el invierno. No ves pues que insiste en estar los seis meses que le dieron.

—Todavía no sé, tengo una oferta para Navidad y creo que la aceptaré. Mejor en enero. Es que allá beben mucho y yo no estoy acostumbrado. La última vez llegué enfermo de tanto aguardiente que me hicieron tomar. Bueno, te voy a pasar a Tica. Un beso.

José Luis le entrega el teléfono a Violeta. Mientras la observa hablando con la mamá, se dice “Siquiera me acordó. Tengo que revisar ese pasaporte ahora mismo”.

Cuando la conversación telefónica concluye, aborda a su hermana.

—¿Para cuándo tienes el regreso? Préstame los papeles yo te reconfirmo todo, no vaya a ser que tengas problemas luego.

—Pero cuál es el afán si hay mucho tiempo.

—Pues que me voy de viaje y bien lar..

—Exacto. Tu viaje es lo importante ahora –interrumpe ansiosa Violeta—. Si quieres te ayudo a empacar, te veo bastante atareado y yo soy una experta en esos menesteres. Claro que antes voy a bañarme.

Y Violeta se va presurosa hacia el baño y se mete bajo la regadera aunque detesta ducharse antes de desayunar.

“Anoche soñé que atravesaba el parque y me perdí. Las calles, los senderos, todos los caminos, se convertían en agua, se volvían quebradas, arroyos y ríos. Solo podía cruzarlos saltando sobre las piedras que sobresalían. Algunas se movían cuando las pisaba. Cada vez que iba a dar un brinco, dudaba. No sabía cuál estaba firme, cuál podría hundirse. El agua estaba muy sucia y cada vez venía más caudalosa. Me estaba tapando los zapatos. Los demás visitantes del parque caminaban tranquilos, pero yo seguía quieta. Temí que el agua llegara a cubrirme toda. Empecé a llamar a José. José, venga por mí, gritaba. Grité y grité, pero él no apareció. Los otros me miraban extrañados. Para todos era natural distinguir las piedras flojas de las firmes. ¿Cómo yo era incapaz de hacer algo tan sencillo?”

Violeta guarda y cierra el archivo denominado Sueños de la carpeta Biografía del procesador de textos de la computadora de José Luis. Ha estado trabajando sola y en paz. Sin embargo, la historia nada que toma forma, lo que queda del trabajo de estos días son tan solo retahílas personales que en nada corresponden a lo que se ha propuesto, retahílas que relee y pule sin saber para qué servirán. Hoy, además, ha consumido bastantes minutos, horas quizás, organizando los archivos; el día prácticamente se le ha ido en crear carpetas, nombrarlas de acuerdo con el tema, copiar y pegar textos de un lado para

otro, un trabajo necesario, un obligado ejercicio de organización después de haber concluido la transcripción de los apuntes manuscritos, pero nada creativo ha surgido.

Antes del archivo que acaba de cerrar, Violeta abre otro nuevo; lo nombra Sócrates y escribe: “Me hubiera conformado con la paciencia para soportar el retraso de la felicidad. Perseverar, ser capaz de controlar la tensión, evitar que el impulso y el sentimiento triunfen sobre la inteligencia y la afecten de tal manera que impidan usarla. Suena fácil. Sin embargo, no puedo. Millones de inteligencias modestas se desempeñan sorprendentemente bien en la vida. He esperado alcanzar metas trascendentales, quizá ahora me sentiría más satisfecha con mi vida si hubiera tenido un flujo permanente de pequeños y medianos logros como Teresa, como el mismo José, como la mayoría de los seres humanos. Yo, en cambio, no he sabido comprender esta sociedad ni moverme en ella. Ni siquiera puedo dejar de irritarme. Soy un animalito que recibe la orden de huir o de atacar ante el peligro, cierto o falso, supuesto o real; huyo y ataco sin pensar. Más útil que la inteligencia habría sido la conciencia de mí misma, algo menos notorio, claro, aunque también complejo. ¿De qué me ha servido si la adversidad me derrota? Me cuesta superar el enojo, ordenarme serenidad e imponerla dentro de mí, entender el simple cóctete a ti mismo. Incapaz de soportar la vida, me vuelvo esclava de ella. Me persuade más entristecerme. No doy el lugar que merecen sentimientos y emociones, por eso me gobiernan. He logrado escapar del peligro, ninguno real existe ahora, supongo. Sin embargo, actúo como si lo hubiera. Sigo olvidando cosas, me sudan las manos, aparecen de repente las palpitaciones, me falta el aire. Estoy aquí, segura, sola, como lo he querido, y temo que en cualquier momento pase algo malo, pienso que podría entrar un ladrón a robarme los dólares, explotar el gas en una cocina, desplomarse el edificio por un terremoto. Una

imagen, un recuerdo, un olor, un color o un sonido. Cualquier cosa es suficiente para sentir la inminencia de la muerte, para decirme que algo terrible puede volver a ocurrir, para que se me despierte el pánico, ese pánico que paraliza e impide pasar la cerca, que me estanca la vida, me estaciona en la frustración y me ancla en el vacío. Sigo sintiendo el nudo en el estómago, el embotamiento de la cabeza. ¿Me concentro? No, me atiborro de ideas, me empantano. Estoy en silencio pero tengo mucho ruido. Por fortuna, el dormir no ha sido alterado y ahora tengo sueños bobos, así como días en que me levanto con el pasado a cuestas y se me olvida el miedo, aunque siga enganchada a él. Tantos años después el miedo sigue conmigo. Todos los días me levanto pensando en que algo malo sucederá”.

Guarda lo escrito en la carpeta Biografía y abre el archivo Pasado, lo despliega y agrega: “Es imborrable mientras esté viva. Olvidarlo para resolverlo, no. Hacerlo inofensivo manteniéndolo a distancia es la tarea. Vaya tarea. Aun a miles de kilómetros de su lugar de origen, aquí está conmigo y brota con mayor claridad. Me temo que se ha acomodado en mi corazón, en mi cerebro, en mi mente, en mi cuerpo, como las cicatrices de la cara, de las manos y de las orejas que se quemaron tan fácilmente y tan fácilmente se recuperaron. El fuego no penetró el pecho, las llamas no pudieron entrar hasta el corazón y tocarlo físicamente. Sin embargo, lo tocaron y en parte lo consumieron. Es cierto lo que dijo José, que un inmigrante vive de los recuerdos, son ellos los que mantienen el nexo con el lugar de origen. Se vuelven más vívidos, más frecuentes, brotan por la piel. Una canción, una palabra dicha, una mirada, un gesto, por ligero que sea, sacuden la memoria. Moverse del pasado al presente empieza a formar parte de la vida diaria. Tal vez sea útil ahora cuando justamente necesito poner en movimiento los hechos de Campoalegre, evocarlos y articularlos, así sea en un orden distinto al original. Mientras

más antiguos los recuerdos, más desdibujados están, más difícil es recuperarlos como en realidad ocurrieron. Algunos llegan con las traiciones y las transformaciones que el tiempo hace a la memoria, se vuelven imaginación y hacen de la historia de la infancia apenas una posibilidad, una duda, una incertidumbre gris y lejana. ¿Cómo recuperar esa primera mirada del mundo, la que se necesita porque encierra el momento clave donde el ser quedó escindido, la más arisca de rescatar, a veces intocable? Parece sin sentido esta obsesión por reconstruir a través de la memoria, por contar la historia a partir del recuerdo. A veces los sucesos de mi vida se confunden con la construcción de la novela y parecen lo mismo. Breves escenas, autorretratos y retratos familiares se yuxtaponen en mi mente y en la narración. Por eso no consigo un orden y todo sigue siendo fragmentos, apuntes, recuerdos que se trastocan y se repiten, muchas notas. Lo que quedó dicho unas páginas antes vuelve a reiterarse de otra manera en las siguientes. Sin embargo, los fragmentos deberán confluír para crear la obra que surgirá, múltiple y atravesada por voces también diferentes. Los fragmentos serán el todo. La lucha, más que con la memoria, será con la distancia entre yo y ella, la narradora que soy y la niña que era. La niña que intento asir es solo un objeto literario, enténdelo Violeta, incluso tienes que cambiarle el nombre, es un personaje creado y por lo tanto distorsionado, una ficción de palabras y las palabras frente a las imágenes son apenas cubos de hielo que se derriten en el sol, como decía Eva; nunca queda nada. La foto de la familia en la cómoda del pasillo dice todo, no depende de la memoria, no tiene que acudir al recuerdo, es lo que es y las otras cosas que evoca, con sus figuras, colores y formas, es la realidad detenida, atrapada. Soy puntillosa, intento el detalle e insisto con obsesión en él, algo absurdo cuando se trata de recrear experiencias que apenas fueron sensaciones puras de infancia que escapan cuando

intento asirlas. Le doy duro y veloz al teclado, con la fuerza de mis entrenados dedos, pero las palabras que leo en la pantalla no conectan el pasado, el lenguaje no logra darle cuerpo a esos fugaces estímulos sensoriales que llegan sin tropiezos cuando cierro los ojos, y desaparecen instantáneamente cuando los abro. Bendita distancia que vuelve magia y mito la etapa de mi infancia, estadio romántico, utopía perdida. Utopía sobre un mito encerrado en un mundo utópico, eso podría ser mi novela de persistir la imposibilidad de acceder al mundo de una niña aún no contaminada por los prejuicios adultos, la niña que recluyéndose se protege de los peligros que acechan en el mundo de afuera, como quizás yo haya querido hacerlo ahora, siempre”.

Al concluir la anterior parrafada Violeta guarda y cierra los archivos de Sócrates y el de Sueños en la carpeta Biografía del procesador de textos de la computadora de José Luis. Cierra el programa, da clic en el menú Inicio y el equipo le pregunta Suspende, Apagar, Reiniciar. Ninguna de las tres, “para qué, si ya vuelvo y lo escrito no quedará a la vista de nadie”, se dice, da clic en Cancelar y sale hacia Central Park a donde está yendo a caminar una hora diaria.

Adelante por el pasillo va Gladis, la vecina pereirana que José Luis mencionó el día de la llegada, que estuvo en la tragedia de las Torres Gemelas y es la única amiga, si puede llamarse así, que Violeta ha hecho en el edificio. Empuja la silla de ruedas de un viejito que por inmutable parece de mentiras. Conversan en el ascensor y salen juntas, cruzan la calle, se dicen otro par de cosas más, con la ansiedad propia de quienes apenas medio se conocen y quisieran conocerse mejor, como lo hacen los seres solitarios que sienten algo común entre sí, como estas dos mujeres, diversas, distintas, pero cercanas, que se separan cuando Gladis le dice con los labios, mudamente, que a su patrón no le gusta ir acompañado sino en silencio

en su paseo vespertino por el parque y que además ella en ese momento está trabajando. Quedan de tomar un café “un día de estos”, a las siete, cuando salga, cuando pueda ir a tomárselo con toda tranquilidad al apartamento de don José Luis.

Los ojos y los oídos se vuelven más sensitivos y son más receptivos cuando se llega a un sitio nuevo. Como en Campoalegre, como en los pueblos de Antioquia, así pasa ahora en la gran urbe gringa, en particular en Central Park a donde Violeta ha ido en busca de oxigenación para el cuerpo, la mente y el espíritu, a liberarse del encierro del apartamento habitado solo por ella, con la presencia parcial de Marcelo y la ausencia total de José Luis.

Camina. Diez minutos, quince, veinte, media hora. Mira los árboles como nunca antes. Cuan diferentes son los unos de los otros. ¿Cien metros estos? Si mucho cuatro aquellos. Anchos unos, delgados otros. Aún la mayoría sigue con sus hojas. Algunos no las perderán ni en el invierno. Pocos las tienen verdes todavía, muchos estallan en colores y las sueltan. De verde a amarillo, al anaranjado, al rojizo, al púrpura, al café. Los colores del otoño en el parque que brota como un bosque plantado en medio de la urbe gris de cemento que se enfría, como se ha venido enfriando el aire, un aire que ya no es húmedo, denso, cálido como hace unas semanas, sino que ahora trae vientos frescos anunciando que poco a poco se recortarán las horas de luz, que el día menos pensado la noche llegará más pronto y, cuando menos se espere, todo habrá terminado y el invierno estará encima.

Treinta y cinco minutos, cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta, una hora. Suficiente. Los pies se cansan. Tienen derecho a parar, a que su dueña se siente en una banca y se regale un rato en medio de la naturaleza, la naturaleza que tanta paz da, que ayuda a aclarar ideas, especialmente cuando la situación lo pone a uno en medio de un atolladero como el de Violeta con

su novela. Por si acaso, ahí está la libreta; llevarla siempre con ella se le volvió hábito desde que era universitaria, cuando leyó que el trabajo de un escritor excede el tiempo en que efectivamente escribe porque es inevitable que imágenes, sensaciones o pensamientos lo asalten por sorpresa lejos del escritorio, y al regresar a él lo más probable es que hayan escapado de la memoria. La libreta, que le fastidia en el bolsillo trasero de los jeans al sentarse, le trae el recuerdo de su época de colegiala cuando la habilidad para escribir le fue útil a ella y a sus compañeras de colegio, negadas con el lenguaje, y que muchas veces le pagaron, en dinero y con manzanas, por contar la historia de sus vacaciones, de la fiesta de los quince, la primera comunión, el día de la madre o del padre, del nacimiento del hermanito o de la muerte de un abuelo, cualquier suceso cotidiano que diera tema para la invariable tarea de narración del curso de Español. Entonces escribir era una afición y un placer. En eso piensa Violeta ahora, al verse ante un oficio que le está dando angustia en vez de satisfacción, que la obliga a una continua reflexión sobre los rudimentos técnicos que harán su obra, a explorarlos y estudiarlos; un oficio que también la pone a dudar a ratos, a decirse que tal vez sea solo una vía de escape y de ahí la ansiedad que experimenta ante la falta de destreza necesaria. Sin embargo, aunque ha adaptado la disciplina a su tiempo, en los momentos separados para escribir la mente se queda en blanco, ni una palabra fluye, todas las ocurrencias parecen superfluas y ridículas. Se ha embarcado en una tarea de largo plazo al mismo tiempo que hace su aprendizaje, una tarea que exige, además de la disciplina que ya está logrando, tener paciencia y reflexionar sobre los aspectos tan diversos que involucra. Claro que pasar un año mirando por la ventana sin poner ningún signo en el papel y luego asegurar que todo ese tiempo se estuvo escribiendo, aunque sea cierto, es un lujo que Violeta no puede darse como parece que lo hacía Iris

Murdoch. Quizá deba dejar la ambición a un lado, desistir de tentar con proezas al genio, cumplir con el tiempo destinado a la tarea igual que un deber, escribir cada día sin esperanza ni desesperación, como dice Isak Dinesen. O a lo mejor lo fundamental consista en entender que mejorar en la capacidad de escribir empieza por la conquista de hábitos como el de la libreta y el de sentarse ante la computadora tantas horas al día, pase lo que pase; seleccionar y arraigar hábitos más allá del momento de la escritura misma y desechar conceptos, negarse a inculcar nociones y fórmulas. Sin embargo, eso no resuelve los escollos que dificultan el camino por seguir, pues su historia sigue perdida y sobrevivir en ese desasosiego le está convirtiendo el placer de escribir en un tormento insalvable. ¿Qué sentido tiene meterse en más sufrimientos por propio gusto? Aun se pregunta cómo traducir la experiencia vivida en algo figurado, pero con una vida autónoma y una lógica interna; cómo llegar hasta los días en Campoalegre y ser fiel al instante, salvar la distancia entre el ahora y el entonces si esa distancia es apenas la ilusión de una presencia que está ausente, como en las fotografías que ha estado viendo de los álbumes de José Luis. Mucho se ha escrito acerca del proceso de creación, los expertos interpretan incluso motivaciones ocultas de los escritores de las que ni estos mismos son conscientes. Podría leer textos sobre cómo contar historias, pero muy escaso sentido tiene embarcarse en las interpretaciones de quienes miran desde afuera las obras y tratan de explicar un proceso inexplicable desde la teoría, más no desde la experiencia de creación del mismo autor. Ella no necesita mecanismos para desarrollar su imaginación y aplicar técnicas narrativas más elaboradas, solo necesita encontrar el tono, la atmósfera que tuvieron los hechos ocurridos, concentrarse, recordar bien cómo fue todo, sentirlo, evitar que sus pensamientos se vayan para otro lado, como le ocurre casi siempre, como le está

ocurriendo ahora en que con los ojos cerrados intenta poner orden y escenificar los sucesos de Campoalegre, pero lo que surge es su primera experiencia como periodista en ciernes y lo que se le impone en la mente es la imagen del concurrido vestíbulo de la Policlínica Municipal de Medellín en los años ochenta donde una mujer con un delantal de cuadritos y un trapeador va detrás de un hombre que lleva un cuchillo clavado en la cabeza. Sin voltear a mirarlo, la mujer limpia la sangre que el hombre va dejando estampada en las baldosas blancas; sus ojos se ocupan únicamente de recorrer el piso, con el trapeador que sus brazos mandan para un lado y para el otro y con el cual va borrando las bolitas rojas que trasladan a Violeta a su última experiencia como periodista en retiro, también en los años ochenta, también con violencia, sangre y muerte, tres cosas que por lo general andan juntas y que ella vio constantemente durante años, que jamás presintió sentir en carne propia pero inevitablemente el destino le mostraría, pues para ser víctima de dicha trilogía no se necesita ser periodista, colombiano o vivir en Medellín; es suficiente habitar la tierra. De las bolitas rojas en el corredor de la Policlínica de Medellín, Violeta se va a la calle encharcada de Remedios, su última experiencia periodística. Ahora puede ver al fotógrafo con la cámara en la desolada calle de aquel pueblo caliente; el fotógrafo con quien tiene que ir a buscar a los cuarenta y cinco masacrados; el fotógrafo que no ha querido irse por la acera como ella se lo ha sugerido sino que va pisando con impudicia la sangre que han derramado los muertos y que la ley de la gravedad ha arrojado por la calle más inclinada, empapándola de un rojo denso que hace del asfalto gris su prisionero.

Unas veces avanza, otras retrocede. Del reguero de sangre se devuelve a la Policlínica para encontrarse de nuevo con la estudiante y la escena donde debutó como periodista. Ahí están Beto, Lucho y Memo con sus fines de semana vacíos de

emoción porque se mantienen sin un peso en el bolsillo y tienen que quedarse guardados en la casa como las muchachas feas, en vez de irse de parranda con las bonitas, como lo desean ardientemente. Los de ella tampoco son unos fines de semana extraordinarios. Sin embargo, no es aburrimiento lo que la hace ir a amanecer a la Policlínica “para ver cómo es eso allá”, sino la curiosidad sin ley que siempre la ha dominado, una curiosidad que la despoja de toda vergüenza y gracias a la cual puede participar, sin ser convidada, de la primera salida nocturna por la ciudad en la serie de recorridos sabatinos inventados por Beto, Lucho y Memo para hacerle frente al desprograme, descubrir por ahí derecho la faceta oscura de la urbe donde viven y anticiparse al conocimiento de las cosas feas y sórdidas que tarde o temprano les mostrará su futuro oficio de reporteros.

Dada su cercanía física e institucional con el Alma Mater, la Policlínica Municipal ocupa el primer lugar del extenso listado de sitios por visitar; solo dos cuadras la separan del campus y el acceso está garantizado por ser parte del hospital universitario. Sin embargo, las condiciones pensadas a favor no facilitan para nada la aventura de Beto, Lucho, Memo y Violeta. Una policlínica es para heridos y personal médico, y ellos ni están heridos ni son estudiantes de medicina. “No pueden entrar jovencitos”, les dice uno de los dos policías que están parados en la puerta. El frenazo a la vehemencia puesta en la misión apenas comenzando la jornada los deja cohibidos y arroja el primer descubrimiento de la noche: la timidez de los periodistas que se doma con el oficio así no alcanza a derrotarse del todo. Por esa noche le hacen frente echando mano al nombre de don Alfonso Lopera, el ilustre profesor fundador de la escuela de periodismo, a quien le endilgan el reportaje que tienen que hacer sobre la vida de ese centro de la tragedia urbana. Y los dejan entrar.

Los cuatro estudiantes han roto la barrera de los dos policías pero renuncian a la intención de entrevistar a los representantes de la autoridad, como manda la teoría periodística, tras concluir “cómo vamos a enredarlos con preguntas después de que nos dejaron entrar”, bastante atareados están los policías atajando a los acompañantes de los heridos, a quienes obligan a esperar afuera por noticias de los moribundos de adentro, en medio de la frialdad de la noche que va metiéndose por la piel y contrae el pecho, así como se contrae el alma con esa tormentosa espera cuyo desenlace puede conducir a la dicha o el infortunio. Aunque suene cruel, los acompañantes deben hacer lo que les recalcan los policías “de puertas para adentro solo va el herido con los más íntimos, máximo dos, los otros solo entran a verlo si agoniza, y si se salva la visita es en el día y por la entrada principal pues esta es para los casos de vida o muerte”.

Una vez adentro dan ganas de devolverse y permanecer en la calle donde parece haber más acción con los familiares y los amigos de los heridos, quienes se desahogan arrojando el relato de su tragedia a los oídos del desconocido de al lado, también ansioso por hablar de lo que acaba de pasarle. Sería más interesante quedarse afuera en la calle que permanecer en la dura banca de cemento forrada con baldosines desportillados, los mismos baldosines con los que están forradas las paredes de los corredores, helados y blancos, puestos por todas partes como si aquello fuera un gigante baño público. Al frente de la banca donde se han sentado Beto, Lucho, Memo y Violeta, está la sala de primeros auxilios marcada como Urgencias. Por ahora no hay movimiento. Sin embargo, perseveran. Valdrá la pena. En la universidad les han dicho que a la medianoche empieza el desfile de la desgracia; han oído que en ese centro se reúne la tragedia que vive Medellín y que allí pueden ver un claro y crudo ejemplo de la desdicha que caracteriza a los

pobres de los barrios arrinconados en las ciudades desiguales, siempre iguales, de los países tercermundistas. Pero apenas son las once. Y apenas van en la entrada de la sala de espera de los acudientes a los que se les autoriza el ingreso. En un televisor mudo que brota de la pared como si fuera una maceta, continua el partido de fútbol Colombia-Argentina. Entra un muchacho como de la edad de ellos, con la camisa empapada de rojo por la espalda; pasa diciendo que Colombia está perdiendo tres a cero porque la gente no está viendo ni oyendo el partido; el que lo acompaña llora y, cuando las enfermeras los reciben, les grita con angustia “¡A mi hermano le pegaron un tiro! ¡Sálvenlo!”. Después del pequeño escándalo la acción parece concentrarse en el corredor detrás de ellos, por donde logran transitar, a pesar de tanto letrero prohibiendo el paso y del vigilante que ataja a cuanto aliviado o ileso pretenda saltar la barrera que él mismo marca con su presencia. Violeta le saca partido a su acusada pinta de burguesita, de la que tanto la acusan sus compañeros, y a su gusto por fumar, del que mucho se queja el papá. Basta ofrecerle un cigarrillo al vigilante, que se lo guarda en el bolsillo para fumarlo en el relevo de la merienda. Él le da información y, además, la deja seguir a la zona prohibida. Sin embargo, a ella le incomoda recorrerla sola, no por temor sino por la lástima que le inspiran Beto, Lucho y Memo, quienes la miran con cara de envidia cuando se separa de ellos y al verla andando como si nada por el corredor prohibido se sienten arrepentidos por lo que le dijeron al encontrarse esa noche. Y como Violeta también tiene su pecado que quiere reparar, se devuelve a hablar con el vigilante, porque no es justo que los tres muchachos se lo pierdan, así la hayan regañado y le hayan dicho cosas tan malucas por sus areticas de oro y el anillito con el rubí regalo de los quince, las botas de cuero del almacén del papá, la pañoletica de seda en el cuello traída de Italia por la tía Margó y el suéter bogotano

colgado sobre los hombros, tan de moda, con todo lo que se demoró escogiendo qué ponerse para una salida tan importante. Es que le parece oírlos “Ustedes las mujeres siempre tan vacías aparentando”, le dijo el uno. “¿No le advertimos pues que se viniera bien gamina? Apuesto a que ni sabe qué significa eso”, dijo el otro. “Guarde ya mismo esas carajadas que se las roban. Ni crea que nos vamos a pasar cuidándonoselas. Ya es suficiente tener que cargar con usted”, remató el tercero, a lo que ella les contestó sin dejarse intimidar “a mí me enseñaron así, donde sea pero no como una mica, la presencia es clave, más en un periodista, y estamos practicando. Ya verán cómo influye la presencia”, aunque de todas maneras se fue quitando las areticas y el anillo pues “de verdad, qué pinta de malosos hay por aquí, no quiero que me rapen mis alhajitas”, las que volvió a ponerse cuando los dejaron entrar a la Policlínica, las mismas en que reparó el vigilante y que lo impresionaron tanto como la pinta de Violeta. No en vano le contestó “esa es una muchachita de bien” al policía de la puerta cuando con un gesto le reclamó por haberla dejado pasar a la zona prohibida. La reacción de los muchachos al encontrarse esa noche le sirvió a ella para comprender lo poco bienvenida que era en su aventura antropológico-sociológico-periodística, como la denominaban ellos. La hizo dudar. ¿Estaría mal haberme incluido en este plan?, pensó. Pero ya estaba ahí y lo único que podía hacer era sacarle jugo a la aventura, ser útil y no un estorbo. Por eso se arriesgó a hacerle frente a la timidez y se le acercó al vigilante Ramírez. Por eso se armó de más valor y de palabras, abordó de nuevo a ese hombre con el apellido bordado en la tapa del bolsillo de la camisa de su uniforme de dril, y le sacó el permiso para sus compañeros. Después de tantos años le parece oír al vigilante Ramírez diciéndole “vea señorita, hay noches en que los médicos y las enfermeras dejan la sala de cuidados intensivos llena de pacientes y por la mañana la

encuentran vacía porque todos se han muerto”. Le parece ver esa sala de observación quirúrgica al fondo del corredor que él custodia, una sala sin paredes, de cortinas levantadas, con la agonía de los moribundos expuesta. Puede recordar el gesto de desagrado del vigilante diciéndole “a mí no me gusta asomarme porque no se ven sino ojos entreabiertos y blancos como entre la vida y la muerte”, explicándole que todos los pacientes son iguales y que casi todos mueren semidesnudos, contándole sin preguntarle que “en este momento hay un muchacho con coma diabético que es un esqueleto, toda la gente aquí es gente que se está muriendo”, diciéndole “¿y usted para qué quiere ver eso señorita?”, “Es que voy a ser periodista”, “¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con todo esto?”, “Pues todo. ¡En esta ciudad tan violenta y con los periódicos y los noticieros tan sensacionalistas que tenemos! Seguramente aquí voy a venir a parar en busca de información”. Ella puede ver como el vigilante Ramírez concluye el asunto con un contundente “espere entonces a que le toque, ¿para qué adelantarse a ver tragedias?”.

Ahora Violeta camina despacio por los corredores, con Beto, Lucho y Memo, al lado, detrás y adelante. El lugar tiene todo a su favor para verse como un hospital de guerra, y menos dignidad que el más menesteroso centro de caridad del país más pobretón. Aquí está la sala de los hombres. Allá la de las mujeres. Ambas huelen a orines. Un médico se queja porque en ese hospital lo peor son los olores, “huele a sangre, orines y hasta a pecueca”, dice. Una paciente se queja del polvo que opaca los vidrios de las ventanas y no deja ver nada “y uno en este encierro tan berraco”. Está con las mujeres desnudas de pieles blancas amoratadas por las golphizas de los maridos, los amantes o los padres. La transparencia de una cortina cerrada deja ver la sombra de una muchacha de espaldas; la angustia de ella deja escuchar sus sollozos. ¿Y la sala de intoxicados

por qué está vacía? Porque en la ciudad hoy en día la bala, el cuchillo y los golpes son los que someten la vida, no los venenos, reservados a los suicidas que casi nunca alcanzan a llegar al hospital. En la Central de Materiales, como reza el ambicioso letrero pegado en la pared, una señora sin bata blanca envuelve rollitos de gasa y los echa en frascos. Dobla y dobla y al frasco. Sonríe a los visitantes. La primera sonrisa de la jornada, quizá la única. En la sección de Ortopedia, una pierna hueca de yeso espera el final de su destino recostada en la caneca de la basura, y bolsas llenas de piedras sirven de pesas para los fracturados. En todas las salas, las cobijas y las sábanas exhiben sin vergüenza sus rotos y remiendos. En cada rincón, las canecas de basura recogen y a la vez arrojan yesos viejos y gasas tiesas secas y sucias. En algunas habitaciones colchonetas plásticas propias de un gimnasio cumplen el papel de colchón en las camas y lucen tan fuera de lugar como el monte de guantes limpios o las montañas de sábanas sucias en algunas de las numerosas camillas del corredor. El espacio abunda pero la avaricia con que debe ser aprovechado en un hospital de guerra lo vuelve escaso. Camillas contra las paredes les roban la amplitud a los corredores, camillas arrinconadas para los pacientes que no caben en las piezas, catres oxidados con pacientes soportando la exhibición de su desgracia, como si fuera poco soportar las mangueritas transparentes que sacan o entran lo que le sobra o le hace falta al cuerpo, o las agujas clavadas en las venas regando suero por esos cuerpos macilentos, temblorosos, lívidos, amarillentos, desencajados, cadavéricos, como el del anciano flacuchento de los calzoncillos sucios. Pacientes arrumados y uniformados con descoloridas batas de hospital, verdecitas como sus rostros pero que en vez de abrigar desnudan el cuerpo con su descarada ausencia de botones y la frialdad del dacrón de que están hechas en vez del cálido dulceabrigo de los pijamas decentes.

Debajo de las camillas abundan envases plásticos con restos de la comida que entran los familiares porque en este hospital, como el servicio es gratis, la comida es nula; se restituye la vida con suero, pastillas, suturas y si es preciso sangre nueva, pero para alimentarlos a todos no alcanza. En una de las camillas del corredor está el joven del inicio, el del hermano baleado, ahora más tranquilo, aunque sigue con los ojos mojados; está sosteniendo con el brazo en alto el frasco de suero que le han puesto a su hermano y tratando de creer que “él no se va a morir”, como le dice el médico antes de alejarse por los corredores mugrosos y bullosos donde un paciente se queja porque su vecino es insoportable, pues todos los días viene a visitarlo un amigo con una radio sintonizada en vallenatos y las enfermeras no pueden obligarlo a apagarla desde que las amenazó con un cuchillo. Enfermeras, practicantes, auxiliares, internistas, médicos, internos, pacientes y acudientes ignoran el insistente llamado al silencio de los avisos pegados en las paredes. Vienen, pasan, están, van, se van, se alejan, miran, ven, ven sin mirar. Médicos y enfermeras van con la mente más allá del lado por donde pasan, más cerca del sitio para donde van, no se quedan quietos aunque no van inquietos, tienen la actitud tranquila de quien dice aquí no pasa nada, este es el mundo normal, como si no oyeran o vieran lo que hay, o vieran y oyeran otra cosa. Unos corredores, dos corredores, tres corredores, un salón, otro y otro, piezas y más piezas con enfermos que gritan, tosen, hablan, se quejan, sonrían, se ríen, duermen, bostezan, despiertan, se tapan, lloran, reviven, se mueren. Como muere el recorrido en el área de cirugía pues allí el pasillo se vuelve oscuro y esconde un salón con tres equipos de cirugía y médicos sudorosos que operan toda la noche y hacen hasta treinta intervenciones en una jornada. A una de esas salas se llevan al hermano baleado del joven llorón a quien, como a Violeta, Beto, Lucho y Memo, le niegan

el acceso y también debe regresar al vestíbulo de espera. Se ha puesto a chillar otra vez. Va gimiendo y lagrimeando por ese corredor donde todos lo ignoran porque llorar es lo usual en un sitio como este. Va sin limpiarse las lágrimas, con la ropa ensangrentada de su hermano, enrollada y sostenida debajo del brazo, una ropa que le ensucia la camisa azul clara mientras camina delante de los cuatro estudiantes de periodismo que han ido a conocer la Policlínica porque el objeto de estudio de los periodistas es la realidad y en su ciudad y en el mundo contemporáneo esta es sinónimo de tragedia, infamia y maldad y es lo que más le interesa a los periódicos y los noticieros donde aspiran trabajar.

Ya son las doce pasadas, el amanecer del sábado, ha empezado otro día y ahí están los cuatro sentados otra vez en la banca con los baldosines desportillados. Al frente, en otra banca de cemento forrada con más baldosines blancos, una muchacha de pelo crespo parece mirarlos fijamente, aferrada a sus pensamientos que no son más que preocupación en esos momentos. Porque aquí todos, a excepción de Violeta, Beto, Lucho y Memo, están intranquilos, meditabundos, abstraídos, pensativos, cabizbajos, alarmados. Mientras enreda sus dedos en los rizos, la muchacha espera la llegada de su madre con noticias. La señora aparece y le entrega un pijama enrollado, también ensangrentado. Todavía no le han dicho si la hija se salva del tiro que entró por la ventana cuando veían televisión dentro de su casa y fue a dar a su estómago. Vuelve a irse para Urgencias, a donde la han dejado entrar porque la situación es grave y a las madres las acuden todos los derechos en todas las situaciones, sean de vida o de muerte. Al ver a la señora, ellos sienten ganas de ir detrás y echar un vistazo a la sala. La muchacha los mira con extrañeza, parece preguntarse ¿qué hacen estos aquí, por qué están tan tranquilos? También ella está en pijama, una batica débil que tan solo le llega a la mi-

tad del muslo. El suéter de lana alcanza a disimular el escote, esconde la sisa. En esa batica de flores menuditas se quedan enredados los ojos de Violeta, en esas piernas gorditas los de Beto, en esos pies desprendidos de las chanclas plásticas los de Lucho, en esas uñas largas pintadas de morado los de Memo, en esos dedos que enrollan y enrollan unos rizos que ya están enrollados, los de todos. Como a muchos dolientes allí, la urgencia de la muerte no le dio tiempo para cambiarse antes de salir con el moribundo hacia el hospital en busca de la vida. La muerte, cuando amenaza con la llegada, no respeta ni considera a nadie; es más, puede aparecerse cargada de ironía y burlarse de todos.

El recuerdo de la muchacha de los rizos llevan a la Violeta de Nueva York a dar un salto de doce años y a verse también en pijama, dejando a Iris agonizante en las Urgencias del Seguro Social, un hospital cerca de la Policlínica de Medellín, la ciudad que estaba a punto de perder el control y donde más caos reinaría, donde la tragedia iba a ensañarse por igual con desvalidos y no desvalidos, a buscar la noche para arremeter, a aprovechar la indefensión para atacar, a sorprender a sus víctimas a oscuras e inermes, a meterse sin escrúpulos en la cama de los honestos y los ingenuos, rompiendo la privacidad del acto de dormir, destrozando sus cuerpos, sus casas y por ahí derecho sus vidas, como estaba escrito que quedaría estropeada la vida de Violeta con los carro bomba de los noventa.

Ahora ella retrocede de nuevo en sus recuerdos y puede ver a Beto susurrando “se murió la muchacha”; él ha visto que a la muchacha de los rizos se le acercó la mamá muy alarmada porque la hija herida ya no está en Urgencias. Lucho supone “o la mandarían para cirugía”. Los cuatro se asoman a la puerta de la sala, estorban como los dolientes allí parados, aunque no son dolientes. Oyen por encima de sus hombros una voz que grita “¡Este es mi hermano! ¡Lo hirieron en una pelea!

¡No lo dejen morir!” y ven que después de entregar su herido a las enfermeras se agacha a llorar en el piso. Ellos lo miran, se observan, pero su atención la acapara el ecuatoriano que entra contando que vino a Medellín a comprar ropa para revender en su país pero fue acuchillado porque no quería dejarse robar la mercancía. La mujer del delantal de cuadritos persigue al señor con un trapeador enrojecido que, de tanto luchar con la sangre para que no se apodere de las baldosas, desvirtúa el color mugrientamente gris de los traperos. Roja es la sangre, grises los rostros de los heridos que llegan. Después del extranjero entra una muchacha con el torso teñido de ese color invariable que va cansando los ojos de Violeta; va sin blusa, con una toalla la mamá trata de protegerle la desnudez de los senos; como la mayoría, escasamente alcanzó a echarle mano a una toalla para hacerle frente a la escandalosa e incontrolable sangre, presagio de lo malo. Detrás de la muchacha viene una señora sosteniendo la mano de su hijo para que no se desprenda de la muñeca. La mano está a punto de caerse. Ambos, madre e hijo, van sin el llanto, la angustia y la histérica gritería que traen consigo quienes llegan al lugar. Mientras le dan entrada a la congestionada sala de Urgencias, la señora se arrima a la poceta que hay al lado de la puerta. También le han dicho los policías a su hijo, como a todos los heridos al entrar, que “primero tiene que lavarse si quiere que lo cosan”. Con ternura y esmero la mujer lava la mano semiamputada que sostiene entre las suyas. Es una joya, parece decir, y hay que salvarla. El agua no da abasto con la sangre que brota furiosa, arrebatada. Tampoco dan abasto adentro los médicos y las enfermeras; mucho menos la mujer que de guantes, delantal y botas de plástico negro, como de peón, arroja baldados de agua a las mesas de cemento cada vez que retiran un herido, unas mesas forradas en más y más baldosines blancos. La sangre lavada chorrea intensa por esas mesas-camillas, se va

aclarando al llegar al piso donde, ya sin tanto arrebato, se pierde por el desagüe del centro del salón. Cuando las mesas recuperan su blancura puede pasar el siguiente. El sitio parece un enorme baño colectivo a donde llega el baño de sangre de la ciudad. Allí no hay camillas ni sábanas. Tampoco enfermos o convalecientes afectados por una falla natural del organismo. Solo heridos. Accidentados, golpeados, mutilados, lastimados, aporreados, lesionados, atropellados, baleados, atacados y atracados, hombres y mujeres agredidos con ferocidad en una ciudad que niega la guerra en que vive, hombres y mujeres balanceándose entre la vida y la muerte como se balancea la mano semiamputada del muchacho; hombres y mujeres conmocionados por el exceso de crueldad del que han sido víctimas en esa ciudad atroz, bestial, salvaje, brutal, bárbara, del siglo XX, donde los habitantes pudientes se escudan en el desconocimiento de los que tuvieron la desgracia de ser pobres e ignorantes y vivir en los barrios populares ubicados en la parte alta de la ciudad. Asomados a la puerta de una sala de urgencias de un policlínico, Violeta, Memo, Lucho y Beto ven por primera vez el otro mundo que existe en su ciudad, aunque está situado en las lomas detrás de su querida y prestigiosa Alma Máter. Ahí parados conocen el olor de la sangre, más insoportable por la desolación y la congoja que produce que por el olor mismo. Memo sucumbe y prefiere regresar a la dureza del asiento de cemento del vestíbulo. También Violeta, a quien las escenas vistas la llevan a su última temporada en Campoalegre cuando metió los deditos en los orificios de los balazos del tío Ramón y conoció la muerte, lejos de su casa, sola con Julián. El recuerdo de ese suceso de la infancia cae encima de ella y corta su nexos con el presente, en el instante en que el médico de las gafitas redondas exclama “¡Pero qué es esto! ¡Parecemos en guerra!”, pues sin acabar de rematar las costuras en el abdomen de su paciente, y sin que la mujer

con pinta de peón haya echado los baldados de agua, ha entrado el de la mano semiamputada y se le ha parado al lado en espera de su turno, como le indicó la enfermera que le permitió entrar ante la insistencia de la madre, que está ahí metida también porque, aunque ilesa, lleva el corazón roto y debe seguir sosteniendo esa mano que se niega a dejar el brazo al que pertenece, como se negaba Violeta a sacar sus dedos cuando Iris le dijo “ya está muerto”, y ella tuvo que aceptar que era inútil seguir luchando contra la rebeldía de ese líquido tibio, liso, que se inauguraba en su tacto, como lo ha escrito la misma Violeta en el avión. Como esa vez, ahora ella quisiera llorar gritando ante las escenas de la Policlínica pero ya no tiene siete años sino veinte, ni están en la oscuridad de la entrada de una finca con el ruido de los cocuyos sino bajo las lámparas de luz blanca y en medio de la algarabía de tantos dolientes que, a diferencia de ella ahora, pueden perder el control y llorar porque tienen razón evidente para hacerlo. Claro que de asistirle el derecho a las lágrimas, Violeta tendría que abstenerse. De pronto reaparece el ataque de tos que le quedó desde la temporada en Campoalegre, que ni la deja llorar ni se cura del todo a pesar de tantos años como han pasado. Le gustaría derramar tantas lágrimas como el agua que lanza la mujer con pinta de peón para que como el agua a la sangre, sus lágrimas laven la sensación que se despierta al evocar al tío que desde aquella noche no pudo seguir sentándose en el corredor después de comer para fumar su pipa, oír las chicharras y sobarle la cabeza al pastor alemán; la sensación de tener el estómago reventado por dentro, una sensación que seguramente sus lágrimas ahogarían junto a la tos que detiene su llanto; una sensación que le reitera el inconcluso capítulo de la infancia que se abrió con aquel asesinato, insignificante partícula de polvo frente a los miles de homicidios que han ocurrido, ocurren y ocurrirán en esa ciudad del crimen, en ese país del atropello diario a la vida, en el sangriento mundo

civilizado, apenas uno de los millones y millones que han ocurrido por décadas, centurias y siglos en el planeta Tierra, pero el único en su familia, tan potente como para joderle la vida y todo por haber estado ese día en Campoalegre, y no en su casa. Allí, en su casa, anheló refugiarse la noche de la Policlínica después de las cosas vistas, verse metida en su cama devorando novelas hasta el amanecer del domingo como todos los sábados, en vez de seguir viendo al doctor de gafitas, con su brazo lleno de una sangre que ya había rebasado el guante, las mangas de su bata blanca e iba más arriba del codo; el doctor que se carcajeaba como los otros en la sala de Urgencias, como las enfermeras, como todos los noveleros en la puerta, porque el borracho al que el médico calvito estaba cosiendo empezó a gritar “auxilio, este doctor me quitó la vista” cuando la auxiliar le puso un trapo encima de la cara para que no mirara el brazo que era objeto de sutura y porque no hacía caso al reiterado “estate quieto hombre para poderte coser”. El de las gafitas se reía mientras atendía al semiamputado, por fin acostado con su mano descansando en la bandeja metálica; cuando dejó de reírse se concentró en su paciente y le dijo “eavemaría mijo, quién le dio este machetazo tan tremendo” y el muchacho contestó “en una pelea” y se quedó mirando la mano que la enfermera le tomó con tanto cuidado y le puso en la bandeja cuya frialdad el muchacho intuyó pero no sintió; luego buscó en la puerta la dulzura del rostro de su madre, a quien habían hecho salir, pero no la encontró porque ella estaba en la poceta tratando de quitarse las manchas de las rodillas y de las mangas del suéter; ella estaba peleando con esa sangre reseca mientras decía al vacío, como si conversara con alguien “no me explico cómo pasó todo, ojalá esa mano se quede otra vez pegada del brazo, ese médico se ve tan joven”.

Ya el palito más corto del reloj está en la una y el más largo en el cinco y el segundero en ninguna parte porque

sencillamente no lo tiene, porque así son los relojes baratos de publicidad de laboratorio que están pegados en todas las salas de la Policlínica, los relojes que desesperan a los que esperan y alientan a los médicos pues van a ser las dos, la hora en que tienden a calmarse las cosas y ellos pueden retirarse a la salita de descanso para echarse un sueñito y aislarse por un momento de la fatigante sección de Urgencias, sin temer a la salida el encuentro con las señoras que se lanzan a preguntar por sus heridos cada vez que ven aparecer a un hombre de bata blanca ensangrentada y con un estetoscopio en el cuello.

Beto y Lucho han vuelto diciendo que “las mujeres son más guapas que los hombres, se quedan calladas y no se quejan tan seguido ni piden pastillas para el dolor”. Memo se ha levantado, está parado a unos pasos de ellos, junto a la puerta principal; con las manos en los bolsillos mira pensativo hacia la calle. El joven del inicio, el del hermano baleado, ya no llora. Mira a todos lados y sigue con la ropa enrollada y manchada debajo del brazo. Violeta tiene las manos apretadas en las mangas estiradas del buzo que se ha puesto ante el frío del amanecer. Los pacientes en las camillas del corredor siguen desvelados a causa del trajín ocasionado por los que continúan llegando a Urgencias. Uno que se come las uñas no quita la vista del vestíbulo. Otro levanta la cabeza, mira hacia allá y pregunta “cuándo van a dejar de traer tanto herido pues”. Sin embargo, ninguno se queja por la bulla. Saben que el sueño, temporal o definitivo, finalmente los vencerá. Además, como dicen los familiares, pese a todas las incomodidades, la ventaja de la Policlínica es que no cobran la entrada, “primero que todo atienden al herido, ¿y así quién reclama?”. Aun así, Beto asegura que la gente allí “se muere sin dignidad y eso es peor que si cobraran” y por eso ya quiere marcharse. Lucho le hace caer en cuenta de que si bien la muerte ha estado rozándolos toda la noche hasta ahora no les ha tocado un muerto, “y yo sí quisiera ver uno”. Memo los

interrumpe, “ahí viene otro, y peor”, dice alarmado quitándose de la entrada. “¿Sí lo ven? Por esa ventana. El de la camiseta roja. ¡Miren! ¡Y está caminando con ese cuchillo enterrado en la cabeza!”. Violeta oprime sus manos enrolladas en las mangas de su lanudo suéter bogotano. Sin embargo, también voltea a mirar al hombre del cuchillo, quien entra en medio de la gritería del tumulto formado por curiosos y acompañantes que todavía, a esa hora, esperan afuera. No es camiseta roja lo que trae puesto. Es el cuello, los hombros, los brazos, el pecho y la espalda forrados en la sangre, ya seca en parte, que le ha chorreado desde el punto en el cual se ve el mango del arma que trae clavada en la parte trasera de su cabeza, una cabeza rapada que hace más evidente, contundente, creíble, el cuchillo que ha sido descargado en ella. El hombre va arrastrando los pies. Las pulcras baldosas blancas inevitablemente son manchadas por las gotas de sangre que persigue, incansable, con su traperero, la mujer del delantal de cuadritos. El hombre va cual espíritu que transita por otro mundo, llevado de cada mano por dos mujeres, una joven y otra mayor, la novia y la madre, ambas llorando en silencio, la una con la pestañina negra regada por las mejillas, la otra con el borde de las enaguas rosaditas saliendo por debajo de su falda, ambas con la otra mano ocupada en limpiar con sendas toallas la sangre que baña al novio, al hijo, a ese hombre de rostro verdusco por la palidez que pasa derecho a la sala de Urgencias sin necesidad de lavarse “si quiere que lo cosan” como le advirtieron los policías a la entrada, esos policías que no distinguen entre los heridos leves, los graves y los muertos en vida como este que está muriendo de pie de la mano de su madre, quien luego de entregarlo a las enfermeras se sienta a rezar en una de las bancas de granito y al momentico es llamada, regresa llorando a gritos y es conducida por el vigilante Ramírez hacia el único consultorio existente en Urgencias

porque “a la señora se le murió el hijo y merece consideración”, pero también porque hay que guardar silencio pues van a ser las dos de la mañana y es hora de que los enfermos descansen como ya ha descansado el hombre del cuchillo en la cabeza que les ha mostrado a Beto, a Lucho, a Memo y a Violeta la muerte en sus narices en el momento en que se quejaban por no haberla conocido, un muerto andante que los ha dejado tan estremecidos como al principio de su jornada, justo cuando empezaban a acostumbrarse a las escenas de la Policlínica, cuando el impacto por ellas empezaba a transformárseles en curiosidad, una curiosidad que se va extinguiendo afuera y adentro. Apenas rondan el lugar los que no se atreven a marcharse, como si en su presencia los destinados a morir esta madrugada pudieran ampararse y cambiar su destino; uno que otro acudiente se asoma esporádicamente a la sala de Urgencias. De allí sale el médico de las gafitas, con las manos limpias y diciendo que tiene hambre. Al ver a los cuatro estudiantes de periodismo ahí sentados les pregunta qué es lo que están haciendo. Al saberlo les dice “lástima que no les haya tocado ver un show para que hubiera valido la pena la venida”, y sonrío, segunda y última sonrisa de la noche después de la de la mujer de los rollitos de gasa en los frascos. El doctor de las gafitas se aleja por el corredor deshaciéndose de la bata manchada que una enfermera le recibe antes de que se entre para la sala de los médicos, donde lo esperan otros que están comiendo sándwiches y tomando leche tan blanca como la banca de baldosín que Beto, Lucho, Memo y Violeta deciden abandonar porque, así como los médicos, para ellos ha llegado la hora de dejar atrás los asuntos despachados.

Ahora van por la calle con Memo diciendo “cómo les dará de frío a las muchachas heridas desnudas en las mesas y camillas”, Beto regañándolo porque es un mirón y Lucho diciendo que hubo cosas más impresionantes “¡O no Violeti-

ca? ¿A usted cómo le pareció todo? Usted que insistió tanto en pegarse al programa. ¿Se apunta para el próximo?”. Ella se contesta a sí misma “ni invitada, no señores, muchas gracias, suficiente ilustración en una noche, para qué anticiparme a ir a una guerra en la que todavía no me toca entrar, ya llegará el empleo de periodista y seguramente tendré para rato”, luego le responde “en adelante evitaré participar en estas salidas nocturnas”, y antes de montarse al taxi agrega “por ahora seguiré metida los sábados en mi cuarto tragando novelas de Virginia Woolf, cuentos de Catherine Mansfield y galletas con mermelada. ¿Puede haber un mejor programa de fin de semana para alguien como yo?”. De esa manera la jovencita se marcha sin intuir que al otro día Eva Muñoz, Iris, la mamá, el papá, Teresa, todos estarán diciéndole “bruta, cómo se te ocurrió meterte allá”, se marcha sin dejarse invitar al ron que los muchachos ansían sentir pasar por sus gargantas para desatorar las ineludibles emociones que llevan adentro.

Un trago así necesitaría Violeta cada vez que salen a flote ciertas historias de su pasado, historias que, pese a todo, ella quiere recordar, debe traer al presente, así sienta que le aprisionan el estómago y las lágrimas amenacen con el ahogo, así aparezcan escenas como la de la Policlínica que se han apoderado de ella en esta tarde en Central Park donde finalmente el frío vientecito del otoño desprende las hojas de los árboles, las hace revolotear, caer sutilmente encima de la cabeza y de los hombros de Violeta, unas hojitas que le hacen tomar conciencia de nuevo del tiempo y el espacio en que se halla, de la banca en la que está sentada. Hojas naranja, amarillas, moradas, cobre, bronce, rojizas debutan ante ella, le hacen conocer el otoño, la estación de la melancolía y la reconciliación, la estación que exhibe lo que fue, lo que ya se va y augura lo que vendrá; el último revoloteo de la naturaleza, antes de su pacificación en la quietud y la ausencia de color del invierno.

Hojas naranja, amarillas, moradas, cobre, bronce, rojizas tocan los dedos de Violeta, caen a sus pies, se quedan en su regazo; tapan el cemento del sendero, lo tiñen de nostálgicos colores; crujen bajo los zapatos de los dos hombres que pasan, los dos hombres que van tomados de la mano, los dos hombres rapados como el del cuchillo en la cabeza al que no desea recordar más, ya no más, por eso es mejor cerrar los ojos.

La oscuridad en los ojos es fuego que no quema, es un sol que no encandila ni enceguece, un mundo luminoso. Es mentira que sea negrura lo que vemos cuando cerramos los ojos a la luz del día. En medio de ese fuego sin llamas de los ojos cerrados de Violeta brotan los dos hombres que acaba de ver caminando de la mano por el sendero de hojas. Luego se transforman en José Luis y Marcelo que van abrazados; cuando se besan surge la necesidad de abandonarlos. Los ojos de Violeta dejan el fuego, se encuentran con los dos rapados del sendero que ahora se han detenido y se abrazan. Van a darse un beso, allí recostados en el tronco del árbol. Pero ella tampoco desea verlos. Así serán José Luis y Marcelo. Seguramente. Sería como verlos a ellos. Mirar hacia otro lado deja riesgos, tentaciones. Es necesario cerrar los ojos otra vez, cegarlos mientras pasa el beso, regresar al mundo luminoso, ese mundo de fuego inocuo que impone sus imágenes, que de pronto le muestra a un Marcelo besándola a ella y no a José Luis. Sus labios se humedecen en los de él, jóvenes, mucho más que los suyos; su boca se pierde en esos labios voluptuosos, espesos, carnosos de él, los disfruta, pero no los siente con tanta intensidad como el vacío que se apodera de su abdomen, la debilidad en la pelvis, el hormigueo en el pubis, sensaciones que le enrojecen el rostro de vergüenza ante sí misma por lo que está pensando. Por eso Violeta abre los ojos, deja la banca de madera y empieza a caminar por el sendero de hojas en sentido contrario al de los dos hombres. El reguero rojizo de hojas en nada se

parece al reguero de sangre por la calle de Remedios cuando los paramilitares mataron a los cuarenta y cinco mineros que tenían más simpatía con la guerrilla que con ellos. Sin embargo, le hace recordar el que fuera su último cubrimiento como enviada especial. Cierre con broche de oro para seis años de corresponsalía en el gran diario nacional. Mientras camina pisando unas hojas que crujen como si las estuviera lastimando con sus pasos y se quejaban, ella se ve sentada en una acera de Remedios con el exceso de sangre a sus pies, soportando un calor pegotudo y dañino, esperando a que llegue el fotógrafo con las tomas de los masacrados, preguntándose “cómo fue capaz este desgraciado de pisar la sangre de los muertos”, pensando “qué oficio más denigrante”, dudando, porque si no va a ver la escena del crimen “cómo voy a escribir sobre eso si es justamente lo que más le interesa al periódico”, diciéndose “que coman mierda, yo ya estoy afuera, que agradezcan el favor que les hago viniendo hasta aquí”; recriminándose “porque otro sábado le ha quedado mal a Luciano, en la primera salida solo de su vida y lo ha dejado con las ganas de que lo vieran llegar al baile vespertino con una pelirroja en auto”; pensando “en que al día siguiente le incumpliré, además, a Iris y a sus padres con la vuelta a Oriente, programada para celebrar la liberación de un oficio que preocupa a una familia entera y pone en riesgo la vida de uno de sus miembros”. Ella puede evocar también la noche en el hotel de Remedios cuando hizo a un lado la preocupación por la tos que le genera el acto de llorar y con todas las ganas lloró por los muertos a los que finalmente no fue capaz de ir a ver, pero sobre todo por su salida del periódico que desde el lunes siguiente le impediría volver a la redacción y dejaría sepultado el oficio con el cual había soñado; la tos traspasó las paredes de la pieza, alarmó a la dueña del hotel y le dejó la garganta irritada, pero a ella no le importó ahogarse con esa bendita tos.

El otoño va, trae y lleva vientos amenazantes, hojas por todas partes y al mismo tiempo malos recuerdos en esa mente de Violeta que por estos días hila los episodios que las circunstancias despiertan en su memoria, especialmente durante las jornadas de reflexión e inspiración que cumple en Central Park como parte de la disciplina impuesta para poder escribir la anhelada novela.

La conmovedora estación se estrena ante los ojos de ella con evocadoras hojas rojas, rojas como su pelo y rojas como la sangre que escolta a la muerte, rojas pero hermosas, coloridas y descoloridas a la vez, extraviadas del verde original, hojas que ella recoge con sus manos para creer que son verdad y que se le deshacen en los dedos, hojas que revientan bajo sus zapatos, que resisten el ventarrón pero finalmente renuncian a las ramas de los árboles y deshidratadas yacen arrumadas por las máquinas sopladoras junto a los troncos de los árboles, amontonadas como los guantes limpios y las sábanas sucias de las camillas de la Policlínica Municipal veinte años atrás, como los pacientes en los corredores. Las mangueras gruesas de las máquinas botan aire, en vez de agua, barren pero no lavan y, sin embargo, le recuerdan a Violeta las mangueras de los bomberos de Remedios que llegaron a darle duro a la calle cuando ella estaba sentada en el borde de la acera, esos hombres que a su vez le despertaron la imagen perdida de la mujer con pinta de peón que con sus baldados de agua golpeaba las mesas de la Policlínica hasta provocar en los baldosines blancos una mudanza similar a la que tuvo el asfalto de la calle de Remedios con los chorreros de agua turbia (porque turbia es el agua en muchos pueblos pobres de Colombia) con los que los bomberos lavaron las huellas de la sevicia, unos chorreros que rescataron la calle gris ensangrentada y que también le hicieron recordar a Violeta la manguera con la cual ella y Julián lavaron la sangre derramada en la tierra por el tío Ramón al

otro día del asesinato. Cada suceso diferente pero parecido hace inevitable entrelazar una cosa con la otra y con la otra. Los recuerdos golpean duro, tan duro que le congestionan el pecho a Violeta y la hacen llorar. Sus lágrimas logran liberarse pero son castigadas con la bendita tos, una tos que la hace sentarse de nuevo en una de las bancas del parque y detener su camino hacia el apartamento de su hermano que queda al cruzar la avenida. Se siente desgraciada de llevar la desgracia en el corazón, de tenerla sembrada en su inconsciente, un inconsciente que conspira contra ella y ataca peor que las mangueras sopladoras que le traen más recuerdos y finalmente le sacan el de los bomberos de Medellín doblegando el fuego en su casa, las llamas vomitadas por el carro lleno de explosivos que mató a Iris y a Luciano y no a los policías al que iba dirigido. La furia del episodio recordado le impide doblegar las lágrimas. Violeta ya no puede obligarlas a que se queden apretando en su pecho, ellas brotan por sus ojos, ruedan por sus mejillas hasta que se las lleva el ventarrón con las hojas coloradas. Ella llora sin control olvidándose que ello puede costarle la tos que la ahoga cuando lo hace, esa tos que la regresa a la asfixia sufrida por el humo del incendio después de la explosión, el humo mortal en medio del cual se fueron Iris y Luciano que no tenían culpa alguna, como tampoco la tenían los desdichados de Remedios y de la Policlínica, ni la tuvo el tío Ramón, ni la tienen millones de seres en el mundo que mueren como unos miserables sin haberlo sido en vida.

Violeta lucha con la terquedad de sus lágrimas y con la rebeldía de su tos, resiste hasta que se calman. Intuye que tendrá otra oportunidad, la está buscando y la tiene que encontrar así vaya a cumplir cuarenta, se haya quedado sin empleo, hace años no se enamore, acabe de llegar a Estados Unidos y esté descubriendo que tampoco esto es el paraíso porque el mismo sencillamente no existe. Aplacadas tanto las emociones

como el viento, se levanta nuevamente de la banca y da por concluida la jornada.

Camina rápido, huyéndole a la oscuridad que se anuncia en el cielo incoloro y a los recuerdos que la asaltan cuando menos se piensa. Va con las manos apretadas en las mangas estiradas del suéter para tibiarse los dedos en su mullida lana, en busca de un calor para todo su cuerpo en el apartamento de su lejano hermano que ha tenido la suerte de saber que quería ser músico, haberlo hecho y sentirse realizado por eso, de conformarse con la vida que le asignó el destino y no padecer una incertidumbre como la de ella, que tiene que andar por el mundo con una vida inmerecida, lidiando para que tantas penas y problemas no le arrebaten del todo sus sueños, una vida ensombrecida pero quizás a punto de aclararse.

Ya bastante desbordada de recuerdos se encuentra Violeta, lejos como está de su país. Pero envuelta en esa soledad que no esperaba tan enorme, sus evocaciones se quedan sin límite. Muchas más cosas se le deslizan por la memoria con los correos electrónicos enviados desde Medellín por Eva Muñoz. Dos mensajes suyos ha recibido en las semanas que lleva en Nueva York “Esa Eva. Ni que hubiera sabido de todo lo que me he estado acordando”, se dice Violeta mientras azota la mugre acumulada en el apartamento de su hermano, pues hoy es lunes y los lunes son para la limpieza porque “es mejor empezar la semana con todo limpio para poder escribir tranquila los otros días y organizarme como dijo José Luis”. Claro que rutinizado el tiempo se agiganta, rinde que da miedo y libera horas enteras para rumiar ideas, abismarse en recuerdos, abstraerse del presente, ensimismarse en el pasado e irse hasta la ciudad de la que nada quiere saber, ciudad que le impone su presencia con la gente que sí vive allí y habita en su corazón, gente como su ex profesora de periodismo. El primer correo de ella decía:

Hola Violetica. Marco Polo fue encontrada muerta el domingo en las escaleras del segundo piso. Murió en circunstancias muy raras. Tenía rasurada una parte de la cola como si le hubieran puesto una inyección. El veterinario dijo que es una práctica inusual y que

seguro le inyectaron alcohol, sustancia supremamente perjudicial para los felinos. Yo le creo. Marco Polo no recibía comida de extraños. Si la querían matar, era la única manera. La debieron coger a la fuerza porque también era esquiva. Me pregunto quiénes habrán podido hacerle eso. Se lo hicieron a ella y me lo hicieron a mí. Era mi única compañía. Ya te imaginarás cómo me siento. Ahora no está ella ni estás tú. Claro que tú sigues viva y debes estar ahí detrás de la pantalla. Bueno. Solo quería enterarte. Luego te escribo con detalle, cuando esté más animada. ¿Sí te estás cuidando? Es lo obligado después de esas dos bronquitis tan seguidas. ¿Cómo te va con el inglés? Recuerda que una lengua se aprende viviéndola, más útil que estudiar es tener contacto con la gente. Así lo aprendí yo en esas calles de Manhattan de las que siempre tendré nostalgia. Disfrútalas por mí. Un abrazo. Eva.

Marco Polo llegó a la vida de Eva Muñoz gracias a una tarde de fútbol dominical en la que ella se descubrió sentada en la gradería del estadio Atanasio Girardot corrigiendo los exámenes de sus estudiantes en medio de los gritos, los silbidos, los insultos y las alabanzas que miles de hinchas, entre ellos su marido, mandaban a los jugadores del Deportivo Independiente Medellín y del Nacional. “¿Qué estoy haciendo yo aquí sentada al lado de este idiota si en realidad no lo amo tanto como para aguantármelo con su estúpido fútbol?”, se dijo avergonzada. “¡Yo!, que no tengo ni quiero hijos con él ni con ninguno y todavía puedo levantarme un amante con quien pichar si me dan ganas. ¡Yo!, que me gradué en la mejor escuela de periodismo del mundo, fui corresponsal internacional y puedo leerme hasta cuatro libros por semana”. A la semana siguiente arrendó un apartamento para él, le ayudó a empacar las maletas y se compró una gata, una gata porque estaba claro que en adelante jamás compartiría su vida, y su apartamento,

con macho alguno, fuera de la especie que fuera; una gata a la que sin embargo le puso el nombre de Marco Polo, porque el viajero veneciano era el héroe de su vida, y al menos ese derecho le quedaba ya que el hombre de su vida no existía.

—¿Por qué no la puso Policarpa? También da la idea de heroísmo y fortaleza. Así habría honrado además a los héroes colombianos —dijo Violeta cuando su profe le presentó a Marco Polo y, sin que se lo hubiera pedido, empezó a justificar el nombre que le había puesto al animal.

En vez de molestarse con la observación, Eva la acogió. Durante varios días ensayó llamando Policarpa a su mascota, pero esta ni se inmutaba. No se dejó quitar el nombre masculino, aunque por encima y por su manera de ser dejaba presentir que era una gata.

—Yo era como tú. Me fastidiaban los gatos —le explicó Eva—. El gusto por ellos se me pegó de los gringos con los que viví. ¡A donde fueres haz lo que vieres! —y al decir esto afloró la sonrisa con la que solía rematar sus ocurrencias, una sonrisa de muchachita feliz que le rebajaba años cuando se apropiaba de su rostro, y que se convertía en una risa de júbilo, algo ruidosa, cuando se celebraba los apuntes irónicos o chistosos en sus clases.

—Disculpa, yo sé que no hay por dónde caminar pero es que un periodista debe tener el mundo en la cabeza, y el mundo está afuera pero también en los libros, y más resumido, por fortuna. Aunque no parece, ¿no?

Violeta había ido por el libro que Eva iba a prestarle. Aquella fue su primera visita a la profe. De ahí en adelante serían incontables las veces que recorrería ese pasillo oscurecido por las estanterías. Desde la entrada hasta la sala, pies, piernas y codos se tropezaban con libros, revistas y periódicos dejados al azar; la presencia de estos proclamaba que el apartamento se había quedado pequeño para albergarlos a todos y que el tiempo de Eva era escaso para ordenarlos.

—Aquí hay una silla sin pelos. Marco Polo solo se sienta conmigo en el sofá. Ella no puede evitar dejar pelos por donde pasa. Sin embargo, es más ordenada y limpia que yo. Espero aprenderle algún día. Si me enseña, claro está, pero no la he visto muy dispuesta —y sonrió de nuevo.

En realidad el sitio se veía aseado, no olía mal y todo lo demás estaba en su lugar.

—Ya te tengo ubicado el diario de Virginia Woolf. No creas que tienes que buscarlo en este revoltijo. Si te gusta otro también te lo presto. Y si necesitas gafas, cuenta con ellas —agregó al notar que Violeta se fijaba en los tres pares que había en la mesita auxiliar—. Te voy a traer un vaso de leche con galletas.

La gata miró a Violeta, luego brincó del sofá hacía su ama y la alcanzó en la puerta de la cocina. Al sentirla en sus tobillos, Eva le dijo:

—¡Qué dicha esta visita que vinieron a hacernos Marco Polo! Ya verás cómo conversa de bueno esta chica. Parece de mi edad.

Se trataban desde hacía un par de semestres. Dos más le faltaban aún a Violeta para llegar a los cursos de la profesora más apetecida de la facultad. Sin embargo, ya se consideraba su discípula. Se habían conocido en la matrícula para el segundo semestre cuando, ya superada la condición de primípara, le fue asignado el tutor permanente y resultó ser Eva.

Al ver su cinco en Fundamentos de Matemáticas, materia que debían cursar los estudiantes nuevos de Comunicación Social, Eva quiso convencerla de que cambiara de carrera.

—¿Qué tal Ingeniería de Sistemas? Con el futuro que van a tener los ordenadores te puedes tapar de plata. Aquí el periodismo es muy mal pagado, gana más una secretaria, mientras que a los ingenieros hasta les dicen doctores sin serlo. Y viven más tranquilos. En cambio un periodista... Ni para qué te digo.

—No, dígame, un periodista qué.

—Está condenado a saber todo lo malo que pasa a su alrededor. Como dicen por ahí, a entrar en el campo de batalla, en las guerras, sin ser soldado. Y a escribir sobre ello señorita, y no de cualquier manera, sino respetando el idioma, conciso, claro y contra el tiempo, sin inventar nada, sin usar trucos. Y para acabar de ajustar, esos sueldos de miseria.

—¿Por qué escogió usted la carrera entonces?

—Porque odiaba las matemáticas. Pero de eso tú parece que no sabes.

—Yo ni las odio ni las quiero.

—¿Te son indiferentes? No te creo. ¡Con esa calificación!

—Me divierto con ellas, pero sé que pueden volverse aburridas. Y una carrera es para toda la vida, ¿o no? A las matemáticas, y a gente como usted que las odia, le debo los primeros pesos que me gané y las únicas clases que he dictado y dictaré en mi vida. Cómo le parece que en sexto la profe de cálculo me dejó de reemplazo mientras se hacía la quimioterapia. Pero qué cosa tan difícil es enseñar algo que uno sabe muy bien, a alguien que no lo sabe, ¿cierto?

—No, si se está dispuesto a aprender.

—Pues mis compañeras y el hijo de la vecina al que le daba clases particulares estaban cerrados y trancados con candado. Les impedí perder el año, pero casi lo pierdo yo. ¡Me iban a enloquecer!

Eva le dio la opción de esperar hasta el otro día para que hablara esa noche con sus padres sobre el cambio de carrera.

—No profe, aquí no hay nada que consultar, esa es una decisión mía y ya está muy clara. ¿Usted cree que yo voy a desperdiciar mi cociente intelectual estudiando ingeniería en vez de una carrera de humanidades? Saqué ciento veintisiete. ¡Imagínese! Los genios se ubican en ciento cincuenta y los normales en cien. Estoy más cerca de los primeros.

—¿Y cuando te hicieron la prueba no te aclararon que el tal coeficiente no mide todas las capacidades ni garantiza alcanzar la felicidad, mantener la cordura o lograr mayor crecimiento espiritual? Puede importar menos que el carácter y uno muy alto puede hacer de una persona un fracaso.

—¡No! ¡Cómo así? Y entonces por qué le hacen a uno eso en el colegio.

—Cosas de la educación. Mira, lo normal es setenta y cinco por ciento. Cincuenta sería suficiente para ser exitoso. La historia está llena de personas con capacidad intelectual limitada y que sin embargo han hecho cosas importantes.

—Ay bueno profe, ya, más inteligente o menos inteligente, el hecho es que yo ya pasé el primer semestre, así que deme por favor el formulario con las materias que vea la fila de estudiantes que tiene esperando en la puerta.

—¿Por qué escogiste periodismo?

—Para poder ser escritora y conocer el mundo. Es la profesión más parecida a eso. ¿O no?

—¡Y Español y Literatura! ¿No te gusta?

—Yo quiero aprender a contar historias, no a especular sobre lo que escriben los escritores. Mucho menos ser profesora de colegio.

—De todas maneras a tus papás se les debe hacer un desperdicio que tú, si no eres mala en matemáticas, estés estudiando... A ver, qué te dijeron cuando...

Cuando Violeta solemnemente anunció a sus padres que ya había escogido la carrera, ellos, ávidos, ansiosos, nerviositos, se sentaron en el comedor esperando oír la palabra Ingeniería o Medicina, pero ella salió con Comunicación Social, esa carrerita que se había vuelto un pegote de cosas y dado lugar a una profesión con la identidad perdida. “Si al menos siguiera llamándose Periodismo, suena con más personalidad y García

Márquez dice que es el oficio más hermoso del mundo”, dijo el papá, a lo que la mamá agregó “El nombre es lo de menos, lo de más es la carrera”. Luego él preguntó si su nombre iba a salir en el periódico y a ella sí les enseñarían a expresarse bien. Al final, cerrando con resignación la corta ceremonia, él y ella dijeron en coro “No estamos de acuerdo, pero respetamos tu decisión”; la típica frasecita que los padres de Violeta habían adoptado desde cuando Rubén, el mayor, dio la pelea y se retiró de la universidad en el segundo semestre. Esa frasecita fue la que más se escuchó en la casa en aquellos años y la que le permitió a Violeta y a sus hermanos moverse con cierta libertad en la vida, siempre y cuando llamaran por teléfono para reportarse, pidieran permiso si iban a dormir en otra parte y fueran recatadas, palabra que implícitamente aludía a la abstinencia sexual y que los papás empezaron a repetir y repetir a las hijas después de que Brenda, la mayor, quedó en embarazo, caso en el cual la frasecita la cambiaron por “De acuerdo, pero se tienen que casar”. De resto, la frase siguió siendo la misma, incluso cuando descubrieron que Julián era un comprometido militante de izquierda y cuando Teresa anunció que viviría con el novio seis meses antes de casarse para tener la experiencia prematrimonial, tan de moda, porque la convivencia era una cosa muy tesa y era mejor ensayar primero a ver cómo iban a marchar las cosas para no ir a salir con separaciones después, aunque de nada le sirvió pues a los tres años ya cada uno andaba por su lado. La frasecita empezó a cambiar cuando Luciano dijo que iba a trabajar y le dijeron “No estamos de acuerdo”, y cuando se supo que José Luis era homosexual, caso en el cual la segunda parte tampoco fue pronunciada. Quedó abolida el día en que Julián, el que no había dado la talla para ir al ejército como soldado, se echó el fusil al hombro y se fue a pelear al monte al lado de la guerrilla, pero no fue capaz de decirlo de frente sino

en una carta y por lo tanto no hubo a quién pronunciársela; un año después, cuando se supo por primera vez de él, ya no tenía sentido sacarla a relucir. En adelante, frente a cualquier decisión de los hijos que les fuera comunicada, el papá y la mamá apenas musitaban, mirando despectivamente para otro lado, “Usted verá”, y no modulaban palabra adicional por más que se les pidiera su parecer. “Para qué quieren saber lo que pienso si ustedes terminan haciendo lo que les da la gana”, dijo inmovible la mamá el día en que Rubén le lloró un consejo que lo pusiera al otro lado de las dudas, minutos antes de salir con el anillo para donde la segunda novia a quien le propuso matrimonio y con quien no llegó a casarse pues aún faltaba otra más en su destino. Así, todos, excepto Luciano, tuvieron que renunciar a los consejos de los padres, tan esenciales a los hijos así fuera para ignorarlos. Cuando Violeta les comunicó que había decidido dejar la profesión de periodista después de seis años ejerciéndola, la frasecita fue desempolvada y tuvo su momento sublime. “Estamos de acuerdo, respetamos tu decisión y además la apoyamos”, dijeron ellos.

—Qué van a decir. Nada pueden decir. El periodismo lo saqué de ellos –interrumpió Violeta a Eva.

—¡No! ¿Son periodistas también?!

—Qué va. Pero mi papá es adicto a las noticias y mi mamá es maniática del idioma. ¿Le parece poco? Él cree saber todo lo que está pasando en el mundo, hasta en el rincón más escondido del planeta. No hace los crucigramas del periódico, pero se los lee completos. Su sección favorita es la página internacional. Sabe mucha geografía. También lee mucho sobre inventos y cosas insólitas. Cuando comemos el tema es la actualidad. Es muy cansón. Mi primer recuerdo con él es leyéndome el periódico. Nada de cuentecitos de Andersen. Puros titulares de prensa. Mientras me cargaba nos enredábamos en esas sábanas de hojas. Que qué quería que me leyera,

me preguntaba, y yo le señalaba un titular, después el otro y así. Yo no los entendía, obvio, supongo que escogía los más grandes. Todavía guarda periódicos de esa época porque no deja que le boten nada. El garaje, a falta de carro, está lleno hasta el techo de revistas y periódicos viejos. Tiene joyas, eso sí, pero ya ni se acuerda de lo que hay ahí. Las radios son su otra obsesión. Se mantiene cambiándolas. Por eso la casa está llena, todos tenemos un aparato, hay hasta dos por pieza. Dice que con la radio el mundo está al alcance de uno. De onda larga, de onda corta, de tres bandas, en fin. Está loco. Una vez le preguntaron qué pensaba del televisor y dijo que le parecía una maravilla porque uno cerraba los ojos y quedaba oyendo radio. Por la mañana, al despertarse estira el brazo para prender el aparato. Por las noches es mi mamá la que tiene que apagarlo. La radio, claro, porque a mi papá no lo apaga nadie, él nació sin interruptor para eso y hasta dormido sigue funcionando. Ronca toda la noche y los ronquidos suben hasta el segundo piso. Yo los escucho, no me dejan dormir. Mi mamá ya se resignó. Ella, con el primer ronquido, sabe que la función con las noticias ha terminado y ha empezado otra. Esos ronquidos nos han martirizado a todos, más que como nos martirizó mi mamá, cuando estábamos en el colegio, con su obsesión por la gramática y la ortografía. Nos corregía lo hablado y lo escrito, no se metía en los pensamientos porque no podía, pero si hubiera podido, hasta allí habría llegado. Hasta las cartas familiares y las tarjetas de cumpleaños nos las revisaba y nos las hacía repetir si tenían algún error. Lo único que nos perdonaba eran los mensajes en las cartitas del día de la madre. Tampoco le metía la mano a los diarios de mis hermanas cuando a ellas se les olvidaba dejarlos bajo llave. Como ya somos universitarios y no puede mandarnos tanto se dedicó a escribirle al director de *El Colombiano*. Le manda una carta semanal señalándole los errores que encuentra en

el periódico. Varias veces le han contestado explicándole que el encargado de eso es don Argos, pero es como si nada. Para ella el director es el importante, dice que ese señor de los gazapos no le inspira mucha confianza porque apareció en una foto en calcetines haciéndose arreglar los zapatos en un puesto callejero.

—O sea que les gusta que vas a ser periodista.

—Gustarles gustarles... A ver, qué le digo. Mi mamá quería un médico en la familia para dejar de pagar consulta, y mi papá un ingeniero para no quedarse atrás con su hermano, pues mi primo ya va en el quinto semestre en Minas. Pero se quedaron con las ganas, ni médico ni ingeniero, ni conmigo ni con ninguno porque yo era el último chance. Julián, mi partner, como yo lo llamo, está en Derecho, aquí en la universidad también. Entró conmigo. Terminamos juntos el bachillerato, aunque en distinto colegio. Lo alcancé. Él perdió un año y yo me gané el primero de primaria porque ya sabía sumar y restar. De kínder pasé derecho a segundo. Tere estudia Administración de Empresas, pero en otra parte. Ella es muy pinchada. Cuando vino aquí a comprar el formulario y tuvo que entrar al baño dijo que gas, que ella en la de Antioquia no estudiaba. Ni siquiera se presentó. Le hizo perder la comprada del formulario a mis papás y les dijo que si querían una profesional en la casa tenían que meterse la mano al bolsillo, que si era necesario hicieran un préstamo en el Icetex que ella lo pagaba cuando empezara a trabajar. Pasó a la Escuela de Finanzas, la más cara. Sin embargo, mi papá está feliz porque la carrera va a servir mucho para el almacén, sobre todo para organizar la contabilidad que se despelotó desde que a mi mamá le dio por irse a trabajar allá... Que necesitaba hacer algo útil en la vida. ¡Cómo le parece! Y con siete muchachitos. Se le metió en la cabeza que mi papá tenía un romance con una empleada del almacén. Esa fue la razón de fondo para irse a trabajar allá. Que no iba a dejar que su hogar se dañara. Sin pelear, sin hacer

escándalo ni escenas se fue metiendo, ocupando su lugar, hasta que la mujer se vio arrinconada y se fue. Porque a mi papá, que ha sido un santo en ese sentido, se le estaban yendo las luces. Toda regla nace con su excepción. Y mientras salvaba su matrimonio mi mamá le descargó la responsabilidad de nosotros a Iris, la tía política que vive en la casa. Iris fue la que terminó de criarme a mí y prácticamente ha criado a Luciano y se entiende con todo. Está solita en el mundo, excepto por nosotros. ¡Una negra más bella! Y encima mi mamá se queja de que Luciano y yo la queremos más a ella. Es que mi mamá es muy hábil con las palabras y las frases, pero los números y las cifras la embisten tanto como los asuntos domésticos. Por eso los libros de contabilidad se enredaron. Si usted los ve, no cree. Son impecables, ni siquiera un dobladito de página tienen, y la letra es de exposición pues la caligrafía de mi mamá es de la mejor discípula de monja. Pero cuando usted llega a las casillas de las cuentas... mejor ni hablemos. Claro que con ella se aumentaron las ventas pues redacta unas cartas tan convincentes para los clientes que los deja sin argumentos y terminan haciendo más pedidos cuando lo que quieren es mermarlos. Si por mi mamá fuera se la pasaba el día entero tecleando cartas. Es un volador con la máquina de escribir. Ella es la que ha estado enseñándome la mecanografía que nos exigen en esta carrera, por eso nos ahorramos el curso en la Remington. Pero por más que me enseñe ni modo de igualarla. Hace trabajar todos los dedos sobre ese teclado, no lo voltea a ver y comete cero equivocaciones. En cambio yo gasto hojas... Mejor dicho. Entre las dos, mi mamá con su tara para los números y yo con mi desperdiciadera de papel, podríamos quebrar la única fuente de ingresos de la familia. Porque nosotros hemos vivido, vivimos y viviremos de ese almacencito de zapatos. Son dos pisos, en Palacé con Ayacucho, y ahí mismo queda el taller, aunque ya es poco lo que se fabrica. Distribuimos para

los pueblos sobre todo. Calzado Elvira se llama, ¿lo conoce? Mi hermano mayor ya está vinculado. Le gusta más la plata que el estudio. Empezó trabajando en las vacaciones y cuando terminó el bachillerato le pidió trabajo en serio a mi mamá. Porque el negocio realmente es de ella, por eso tiene su nombre, aunque don Alfonso, mi papá, ha estado al frente de él toda la vida. Y de mi mamá también, valga decirlo, porque no la desampara, es más celosito. Su verdadero nombre es Idelfonso, pero le ofende que lo llamen así. Solamente es Idelfonso en la cédula, la partida de bautismo, de matrimonio y la escritura de la casa. De resto, Alfonso para todos. Yo creo que él se envició a las noticias por ese almacén. Hay días en que nadie entra, pero hay que estar ahí parqueado las diez horas. ¿Qué más hace una persona común y silvestre como él a la que no se le ocurre leerse un libro, por ejemplo? Tragar periódicos, revistas y locutores de radio. Claro que a mí me ha servido mucho esa obsesión porque yo soy muy preguntona y él es el único que me tiene paciencia en la casa y me sabe contestar todo. Mi mamá dice que la exaspero porque quiero enterarme de todo. Bueno. Mi otra hermana, Brenda, ni trabaja ni estudia ni nada. Corrió a casarse y ya tiene un bebé. Eso sí, lo tiene divino. Resultó ser muy buena mamá y nos ha hecho felices con ese sobrino. Luciano cree que el bebecito es un juguete. Él es el niño. Me sigue a mí. Apenas tiene diez añitos. Con él no hay esperanzas de universidad. Dice que cuando sea grande se va a buscar un trabajo en una fábrica con restaurante, de esos restaurantes donde los trabajadores van escogiendo lo que quieren. Es muy comelón. Pero no está gordito. Lo cuidamos mucho. Nació con Síndrome de Down. ¿Quién falta? Ah, José. No le decimos José sino Jóse, con tilde en la o. José Luis es el nombre completo. A todos los hombres de mi casa les pusieron el José por algún lado. Estudia música en Bellas Artes. No pasó acá a la de Antioquia, y quería. Pero se ve contento. Y para

que vea, es un artista y mis papás no pusieron problema. Les parece hermoosaaa la profesión de músico. En cambio la mía... Ni hablemos. Ya se conformaron. Creen que voy a salir en la televisión y seré importante porque todo lo que sale en la tele para ellos es lo máximo. Ya están diciendo que como he sido tan buena estudiante y esta carrera es muy fácil, ¡qué tal!, voy a ganarme la matrícula de honor cada semestre, entonces no van a tener que pagarme universidad y que con ese ahorro van a comprar el piano para José. Cómo le parece. Ensillando sin tener la bestia. Pero esos son mis padres. Ahí ve usted. Unos seres muy prácticos en la vida. Es peor salirles ahora con que me voy a echar para atrás, ¿o no?

Y esa era Violeta, le autorizaban una palabra y se echaba un monólogo, aunque tal soltura únicamente la lograba en privado y con personas mayores, con quienes se sentía más a gusto. De resto, no liberaba palabra en público ni en clase. Calladita, sí, pero no al margen del mundo. Sus ojos y sus oídos iban por la vida succionando y dejándose impregnar como agua que cae sobre una esponja. Así era la estudiante que aquel día Eva despachó discretamente, más preocupada por la malacara del que seguía en la fila que por la habladera de la larguirucha, pecosita, de senos escuálidos y nalguita parada a la que despachó diciendo:

—Está bien. Si es esto lo que quieres... Pero tendrás que educar tu sensibilidad. Por lo menos acéptame ese consejo.

—¿Cómo así?

—Después hablamos de eso. Vuelve por acá cuando esté más desocupada.

Y Eva le entregó el formulario. Al verla salir de su oficina se preguntó si como hablaba sería capaz de escribir, y si detrás de ese montón de pelo y esa flacura se escondía un cerebro y unos nervios como los que se necesitaban para ser buen periodista en un país como Colombia.

Aquel día, mientras caminaba hasta el coliseo para registrar los cursos, Violeta se fue pensando en qué querría decir esa profesora con el cuento de la sensibilidad. Hasta donde podía entenderle, era como si ser sensible fuera un defecto y no una cualidad. Por supuesto que iba a volver cuando pasaran las matrículas para que le explicara. Pero ahora era más importante fijarse bien en ese formulario con las materias del segundo semestre y chequear en el folleto de programación el curso “Introducción a la Literatura” que dictaba el poeta gordito de la revista *Acuarimántima*. Si no era con él no valía la pena ver la materia.

Beto y Memo la vieron pasar, y ella los vio sentados en las escaleras del museo universitario esperando a Lucho que andaba en las mismas con su tutora. Ya ellos tenían el formulario diligenciado en la mano.

—¿Saben quién es mi asesora? —les dijo Violeta cuando se arrimó para corroborar con ellos el horario del poeta—. Eva Muñoz.

—¿La de la gabardina roja? —preguntó Beto.

—Cuál más si no —contestó Violeta—. Así sea debajo del brazo, no suelta esa bendita gabardina.

En efecto, al referirse a Eva, era usual oír decir en la Facultad “Ah, la de la gabardina roja y los zapatos viejos, que se mantiene con las medias idas pero los ojos atentos y se pone pañoleta cuando Henry la lleva en la moto”, o “sí, la de la gabardina roja, que nunca se pone slacks ni cambia de cartera, pero habla inglés y dice que viajemos y no nos quedemos aquí”, o “pues claro, la de la gabardina roja, que se ríe muy bonito y hasta de ella misma, trabajó en Estados Unidos y se vino a cuidar a la mamá”.

—Apenas para usted. Una mujer. Como se demoran... —dijo Beto.

—Ay muchachos, y tiene los dientes blanquitos blanquitos, si vieran.

—El otro día la vi pero montándose de falda en la moto de Henry. ¿Será que usted algún día le aprende a ponerse falditas? Ya es hora de que se deje conocer las piernas —dijo Memo mirando a Violeta de la cadera para abajo.

—Usted sí, no —dijo Violeta mirándolo con desdén. Luego se dirigió a Beto—. Y que, ¿qué hacen?

—Esperando a Lucho. Por allá anda enredado con la vicede...

—Nosotros salimos hace rato —interrumpió Memo resistiéndose a que lo sacaran de la conversación—. Ni siquiera tuvimos que hacer fila. ¿Y sabe qué? Nos tocó con el izquierdoso del semestre pasado que no se enreda en maricadas.

—¿Izquierdoso? ¿Cuál izquierdoso? —le preguntó Violeta.

Memo volteó a mirar a Beto y le sonrió. Luego se volvió hacia Violeta y le dijo:

—El que la molestaba a usted y a Darío por la edad el semestre pasado. ¿No se acuerda?

Violeta hizo un gesto de fastidio. ¡Claro que se acordaba! Le parecía oírlo diciendo “apúrese pues niñita a cumplir al menos los dieciocho que me siento corrompiendo menores echando estos discursos y poniéndolos a leer estos libros. Está bien que las generaciones cambien y ahora estén llegando más jóvenes a la universidad, pero a la pública les deberían negar la entrada hasta los veintiuno. Mientras tanto que se vayan para la Católica a seguir rezando como en el colegio con las monjitas”. Era tan cínico el infeliz, que cuando le preguntó a Darío “¿Vos también tenés diecisiete?”, se atrevió a agregar carcajeándose “Bueno, pero vos sos hombre. Está menos grave la cosa”.

—¡Ni me lo mencionen! —dijo ella—. ¿Eso es un izquierdoso? Qué esperanzas. Muy de malas ustedes con ese patán.

—Qué va. El hombre tiene su cuento —dijo Beto, serio, trascendental—. Está hecho a la medida de nosotros que somos de la misma tendencia. A mí no me choca.

—A mí tampoco —agregó Memo—. Y usted qué Violeta. De qué lado está, ¿ah? —se atrevió a preguntar luego—. Cuento a ver cuál es su cuento.

—¿Cuento? Cuentos los que voy a escribir —contestó ella.

—Cómo así Violetica... ¿Le puedo decir Violetica? —insistió Memo, mirándola de cuerpo entero—. Es que usted no inspira otra cosa. Parece una muñequita con ese pelo y esas pequitas que son como...

—Ay bueno, adiós —le interrumpió ella—. Me voy a quedar sin cupos. Nos vemos en el coliseo.

Después de haberles dado la espalda agregó con ironía:

—Sigan esperando a Lucho para que se queden con los peores horarios.

Mientras la vieron marcharse, los dos muchachos le repararon la nalga y comentaron entre ellos.

—¿Se da cuenta que no hay caso? ¡Sí vio cómo se escurrió cuando le mencioné la tendencia? Esta no se presta para el movimiento, no se revuelve ni se resuelve.

—¡Nada! —dijo Beto—. Usted la espantó. Se fue por otro lado hermano.

—Qué va. Es que mírele la pinta. Con bolso de cuero y todo. Y las boticas también de cuero. Y ese reloj que... Ve, ahí viene Lucho.

—El que sí parece que se presta es el hermanito —dijo Beto, pensativo—. Qué tal ese discurso que se echó en la asamblea. Y primíparo y todo. Qué tan aventado. A ese sí se le puede invitar al grupo.

—¿Será?

—Pues claro. Si quiere hablo con él.

—Usted verá hermano. Pero no será lo mismo que la pecosita.

Cuando Lucho llegó le contaron que la profesora de la gabardina roja iba a asesorar a Violeta toda la carrera, y que

esa pecosita no se prestaba para movimientos, dos cosas en las cuales los muchachos estaban equivocados, pues la asesoría de Eva le duró a Violeta la vida entera y la muchachita sí se prestaba para grupos y se revolvió. Con otro tipo de gente, de organizaciones y para otras cosas, eso sí, porque lo suyo no era el cuento político sino el cuento literario; nunca hablaría con pasión de política como ellos, pero la literatura sí la afiebraba. Por eso le gastaba tiempo al Taller de Escritores, esa cosa tan bacana, con ese nombre tan particular, que se habían inventado en la Biblioteca Pública Piloto y que se había puesto más bueno con la llegada de don Manuel Mejía Vallejo, cuya única relación con la universidad era la procedencia de sus militantes pues casi todos estaban matriculados en el Alma Máter. Solamente a un grupo así le rendía cuentas Violeta y le permitía alejarla de las cofradías de compañeros de la misma carrera. Ese grupo de la biblioteca, sumado a su modo de ser, le infundían la idea de mantenerse leyendo novelas o poesía y craneando historias bajo los bondadosos árboles del campus universitario, en vez de andar con las amiguitas de clase coqueteando con los de Derecho, buscando novio en la cafetería de Economía o escribiendo esquelas anónimas para alimentar los amores platónicos con profesores casados. Ese grupo era el lugar donde, como decía Bioy Casares, se encontraba con gente para quien la literatura era algo real, importante. Era mucho mejor ese universo heterogéneo de pichones de escritores donde los estudiantes de Medicina, Ingeniería y Matemáticas se revolvían con los de Educación Física, Español, Sociología o Derecho, pero hablaban un mismo lenguaje. El mismo lenguaje que ella y Eva Muñoz podían hablar a pesar de los veintitantos años de diferencia.

La distancia en edad nunca atajó a Eva para recibir a Violeta en su oficina, en su casa y en su vida; ni impidió que entre las dos fuera dándose una amistad que estaba destinada a resistir

las ausencias, los triunfos y las tragedias, que habría de pasar por la risa y el llanto, que estaría por encima de los años, los años pasados y los años tenidos, e incluso por encima de la irremediable presencia de Marco Polo, la gatica a la que Violeta aprendió a aceptar de la misma manera que había aprendido con Eva que un estilo de vida común basta para enlazar dos vidas, que la amistad puede prescindir de la homogeneidad en oficio o en edad, y que hay gatas de gatas.

La amistad con la profe le compensaba la deuda que en algunos momentos, y de todas maneras, sentía consigo misma por no haber sabido cultivar y dejar para la vida una amiga de su edad y de su profesión, una amiga que valiera la pena y que la acompañara hasta el final de su vida, como no iba a poder hacerlo Eva, por la probabilidad aquella de que quien nace primero muere primero, aunque también carece de sentido pensar de esa manera pues con la muerte cualquier apuesta es perdida, aparte de que las amistades ni son para para toda la vida ni por ser más prolongadas son más fuertes, y siempre es posible encontrar nuevos y mejores amigos. La falta de amigas de Violeta fue fruto del azar. De eso cayó en cuenta el día en que se graduó con un grupo de meras conocidas a quienes escasamente había visto por los corredores de la universidad. Como habían augurado los padres de Violeta, la muchachita hizo la carrera sin dificultades, en un abrir y cerrar de ojos; el promedio crédito superior a cuatro le permitió matricularse en más créditos cada semestre, algo ventajoso y desventajoso porque la hizo adelantarse sola, conseguir trabajo primero y dejar atrás a las chicas de su promoción. El trato con el par de condiscípulas que se perfilaban como amigas para el resto de la vida empezó a enredarse en la esclavitud de la corresponsalía que le resultó en el último año de la carrera, y quedó sepultado en los años siguientes. Cuando Violeta dejó el empleo intentó desenterrar aquellas amistades, pero ya era tarde. Encontró de

nuevo a sus compañeritas, sí, y con una generosa disposición a la amistad. Pero eran señoras como ella no lo era ni pensaba serlo, aunque Andrés, el novio, pretendiera lo contrario. Señoras con cierta predilección por mostrar las gracias de sus hijos y ocultar las desgracias con sus maridos, que le hacían el quite a todo comentario de novela o de película porque vivían ante la imposibilidad de entregarse a la lectura de un libro o a la butaca de un teatro; si cogían uno entre las manos o podían asomarse a una sala de cine perecían en los sueños atrasados, pues ya no eran dueñas de sus vidas sino dueñas de hogar entregadas a las prosaicas, humanas, desgastantes, agotadoras y, a veces, gratificantes tareas de ser esposas, madres y, encima, profesionales. Era un grupito de amigas señoras para quienes hacer el amor en paz, ver el final de una película, sostener una conversación telefónica sin interrupciones o simplemente hacer pereza había dejado de ser un derecho y se había vuelto un privilegio. Unas señoras algo estancadas que, sin darse cuenta, empezaban a sepultar las aspiraciones personales. Un grupo en el que Violeta se sintió incapaz de militar, porque si la política no era su cuento, mucho menos la maternidad, y en vez de amigas señoras prefería tener señoras amigas como lo era Eva. Por eso fueron tantísimas las tardes que la pecosita y la de la gabardina roja pasaron conversando, con Marco Polo como único testigo, ya fuera que el animal estuviera en los brazos de Eva o se arrimara sutilmente a Violeta y le buscara caricias sobando la cabeza en el brazo de ella. Aquellas tardes inolvidables con Eva y Marco Polo llegan fresquitas a la mente de Violeta, tan fresquitas como el agua en el que lava los sacudidores sucios y que luego se arroja a la cara sudorosa porque qué mugroso está el apartamento de José Luis, quién lo creyera y no parece, tan pulcro como se veía cuando lo pisó por primera vez. Pero la mugre es engañosa, solapada, nada que ver con la sinceridad de Eva, una sinceridad que se nota así sea

en una carta. Nunca se habían tratado de esa manera. Apenas ahora se percata. Se habían leído mutuamente sus escritos, pero ¿conversar conversar por carta? No. Menos mal que le ha cumplido la promesa de escribirle. Con esos emails Violeta se siente como hablando con ella. Por eso piensa guardarlos todos. El segundo decía:

Hola Violetica. Ya se supo que fue el estudiante que me estaba chantajeando por la nota. En venganza me mató a Marco Polo. Era el mismo que había secuestrado el perro de otro profesor el semestre pasado, y por la misma razón. He decidido jubilarme. Ya era hora. Solo que no imaginé que fuera motivada por la decepción. Aunque suele pasar que la decepción es la que nos lleva a tomar las decisiones que no nos atrevemos y que a la larga cambian el rumbo de nuestras vidas. Eso tú lo sabes mejor que yo. Terminaré el semestre de todas formas. Tal vez escriba el libro que tanto he soñado sobre la enseñanza del periodismo, para sacarme el clavo con las relaciones públicas que tanto daño nos han hecho. Hasta perdimos el nombre. No creas que eso era solo cuando ibas a las ruedas de prensa. Ya a los reporteros de RCN y de Caracol les dicen comunicadores en vez de periodistas. ¡Qué tal! En fin. Como seguiré muy ocupada no compraré el televisor que estaba pensado para la jubilación. Definitivamente ese aparato se quedó con la entrada negada a esta casa. Tampoco volveré a reemplazar a Marco Polo. Puse su foto en un portarretrato encima de mi escritorio, la que le hiciste con la cámara profesional que te dio tu papá en los grados. Se ve muy extraña con los ojos resplandecientes. ¿Te acuerdas la cantidad que le tomamos para evitarle el chispazo en el iris? Nunca averiguamos por qué los ojos de los gatos quedan registrados de esa manera en las fotografías.

Aunque la imagen es de la primera Marco Polo, me da lo mismo. Para mí es como si hubiera sido una. Además, la anterior tuvo una muerte normal y por eso me da menos tristeza cuando la miro. Me consta que Marco Polo fue la única gata que llegó a gustarte. Siempre fue muy discreta. No se parecía a mí. Aunque yo había empezado a parecermele. Ya tengo el pelo tan blanco como lo tenía ella. Espero que algún día tú vuelvas a tener el tuyo como las hojas del otoño. Ni modo de pedirte que te compres una gabardina como la que tuve yo. Luego te escribo más, espero que con noticias mejores. Recibe mi abrazo y todo mi afecto. Cuídate. Eva

Más que gustarle, Violeta se había acostumbrado a la presencia de Marco Polo; el animal era inherente a Eva, hacía parte de su personalidad. Con su muerte, y al negarse a reemplazarla, Violeta sentía que Eva empezaba a morir un poco; por eso lamentaba la desaparición de Marco Polo. De resto, le parecía que su muerte podría ser la aplicación justa del dicho “en carrera larga hay desquite”, dado el acto censurable que Marco Polo cometió reiteradamente y que le hizo ganarse su prevención. Todo empezó el día en que Violeta la descubrió en el balcón atrapando un pájaro que hurgaba en las canastas de los helechos, seguramente por ramitas para su nido. Esa primera vez Violeta gritó y volteó la cara para evitar la escena. Pero ante ese gesto la actitud de Eva fue de defensa. “Es la naturaleza. Algo tiene que cazar. Necesita divertirse. ¿Con qué otra cosa podría hacerlo?”, dijo ella. Luego se arrimó al balcón, hizo entrar a Marco Polo y cerró el ventanal, tal vez para que el hecho no se repitiera, por ese día. Porque lo siguió haciendo. Al ver las reacciones de Violeta, Eva llegó a decir cosas como “Es mejor que cace pájaros a que coma ratones”. Lo que más le chocaba a Violeta era que Marco Polo disfrutara

tanto matando un pájaro; después de hacerlo, abría la boca con todas las ganas, como si estuviera en medio del más sabroso bostezo, y se pasaba la lengua por los bordes, una lengua delgadita y rosada con la que alcanzaba a tocarse los bigotes; luego cerraba los ojos, los apretaba y volvía a abrirlos ahí mismo, como diciendo “qué cosa más exquisita”. Excepto por la cazadera de pájaros, Violeta no tenía conflicto con Marco Polo. Le hacía gracia que hubiera aprendido a conocerla y que la esperara en la recepción cuando iba, acto con el cual la gata parecía retribuirle los malos ratos por sus acciones en el balcón. Cada que Violeta anunciaba visita, Eva le permitía al animal bajar hasta el primer piso del edificio; únicamente por esa razón, o por falta de pájaros para comer en el balcón, Marco Polo lograba salir sola del apartamento. La gata se echaba cómodamente en el suelo y esperaba mirando por la vidriera de la puerta principal, con la cabecita levantada como una reina en un trono, sin inmutarse ante la presencia y las palabras cariñosas del portero, al que ignoraba por completo. Cuando veía llegar a Violeta, se erguía. Después de que sus zapatos le pasaban por el hocico, pegaba carrera por las escaleras; aunque no le estaba prohibido el ascensor, solo entraba en él si la llevaban cargada, como lo hacía Eva, a diferencia de Violeta. Nunca hubo manera de que Marco Polo se metiera por sí misma al ascensor; prefería brincar las escaleras a toda velocidad. A pesar de su gordura, lograba estar en el cuarto piso antes que Violeta. Cuando esta salía del ascensor, Marco Polo corría hacia el apartamento y, en un espabilar de ojos, ya estaba explayada en el sofá del salón, como queriendo decir “es que esta visita también es para mí”. No se perdió ni una sola de las conversaciones; en ellas participó aunque no pronunciara palabra. Con su actitud, esa gata novelera y buena vida no solo impuso su presencia en las sesiones vespertinas sino que las hizo memorables.

Al leer el segundo mensaje de su ex profesora, Violeta le contestó de inmediato “Estoy de acuerdo y apoyo su decisión”, la frase de sus padres que también había sido pronunciada por la profe justamente el día en que le contó que iba a renunciar al periódico. Con seguridad a eso se refería Eva al afirmar “Eso tú lo sabes mejor que yo”. Ahora Eva, como ella una década atrás, se veía ante un retiro que, si bien estaba previsto para algún día, no se esperaba que fuera forzado por circunstancias en contravía. Violeta lamentó estar lejos de Medellín, pues eso le impedía escuchar a su ex profesora de la misma manera en que ella lo había hecho cuando le explicó las razones para abandonar una profesión sobre la cual las advertencias le habían sobrado. Ese día, Eva recibió sin interrumpir el interminable monólogo de su ex alumna.

—No Eva, el periodismo que puede hacerse aquí es absurdo y para acabar de ajustar es como condenarse a la pena de muerte. Sinceramente, a mí la velocidad con la que suceden las noticias de este país me marea, y ese mareo ya me está nublando la vista e impidiendo pensar, escuchar. Y todo, para nada. Me he puesto a pensar qué de nuevo he conocido del mundo en estos años como me lo esperaba. ¿Muerte y violencia? Las conocí a los siete años. ¿Personajes? Cuáles. ¿Políticos y gente de la farándula que son los que dominan el panorama? Ni vale la pena acercárseles. Qué he conocido y de qué me ha servido, me pregunto, y solo puedo contestarme, un país del que me avergüenzo, corrupción, injusticia, hambre, hipocresía, cosas que tal vez me sirvan para ser menos egoísta y no olvidarme de qué lado debo estar, pero: ¿Ha valido la pena? ¿Podría algún día valer la pena si persisto? No creo. Una sociedad tan atrasada como esta no entiende, peor, se expone uno en ella. Aquí el que se mete a defender las libertades tiene problemas, hasta los que luchan por un derecho tan elemental como la vida pueden sufrir la negación de ella, hay que

pagar con la muerte por mantener los principios, por no vivir al margen de ellos. Si no vea, a cuántos líderes han desaparecido en estos años. Lara Bonilla, Galán, Jaramillo Ossa, Pizarro, los de la Unión Patriótica, el procurador, don Guillermo Cano, el doctor Abad... Qué tristeza tan grande lo del doctor Abad. Se nos quedó empezado el subcomité de periodistas por los derechos humanos que nos estaba ayudando a conformar... Ser espontáneo y no calculador como los políticos es un delito aquí, compadecerse de los pobres es pecado, pensar que se puede combatir la corrupción es una ilusión. Por eso nos las han matado todas. O las han desterrado. Mire todos los que han tenido que exilarse. Vea a Aguirre por allá solito en España. Qué infamia... ¿Les sirvió a todos ellos la valentía? ¿Me servirá a mí si sigo yendo a cubrir combates entre el ejército y la guerrilla o metiendo las narices en las fortunas mal habidas de los mafiosos? No creo. ¿Sabe para qué puede servirle a uno esto? Como dijo ese periodista con el que hablamos el otro día, seguir vivo es ya un punto a favor en este juego en el que la muerte reina y se impone la pena de muerte a quienes piensan otra cosa. Por eso estoy harta, no creo más en esta güevonada que aquí es tan solo una mentira. Usted nos recalca que el día que estuviéramos dejándonos de escucharnos a nosotros mismos debíamos parar, pues no tendríamos nada para decir ni de qué escribir, peor aún, corríamos el riesgo de no enterarnos de lo que nos pasaba, lo cual sería como morir. Por eso voy a salirme del periódico.

—Piénsalo. Hasta ahí puede llegarte la carrera. Estás en la mejor empresa.

—Valiente gracia estar en una empresa a la que no se admira. Es muy maluco trabajar en un periódico que en la primera página posa de neutral y en el editorial destila ese detestable veneno derechista que leemos todos los días.

—Has sido de malas. Te tocó un momento difícil. Este país se ha vuelto muy peligroso para los periodistas. Es un país muy

triste. Nacer y vivir aquí propiamente no es asunto de suerte. Pero que fue el que nos tocó... Sí, es mejor que te olvides de ese trabajo.

—¿Vio? Tengo razón.

—Te lo digo porque no veo luces. Todo indica que vamos a seguir en la misma pesadilla de masacres y desaparecidos.

—Más argumentos a mi favor.

—Qué te digo. Me alegro mucho cuando abro el periódico y hay algo tuyo. Me siento tan satisfecha. ¡Cómo aprendiste a hacerlo de bien! Pero también me duelen esas crónicas. Siempre pienso en lo que habrás pasado viendo tanto muerto, tanta crueldad y tú con esa historia de tu tío y tu sensibilidad tan enfermiza. Porque no has podido educarla.

—Ya no voy a necesitarlo.

—Siempre habrá en el mundo algo que te lastime. Tendrías que meterte en una urna, quedarte encerrada en tu casa. E incluso hasta allá el dolor puede entrar a visitarte. No vinimos al mundo para ver que todo funcione perfectamente.

—Qué ánimos me da.

—Te lo digo para que sigas creándote corazas.

—Me voy a retirar Eva. ¿No ha entendido? Se acabó, ya todo se acabó.

—Tienes en contra todo lo que aqueja a los periodistas de verdad. Aunque dejes de trabajar en el periódico seguirás interesándote por lo que pasa en el mundo, no podrás ignorar las guerras y el hambre ni evitar tomar partido por los más débiles. No dejarás de conmoverte y de enfurecerte con las injusticias, de ser desconfiada y escéptica. Esas cosas que lo hacen a uno pesado a los ojos de los demás.

—De todos modos no volveré a trabajar de reportera.

—Óyeme esto. Después de que dejes el periódico... no tanto de ser periodista porque como te digo siempre lo serás, de esa pasión, cuando es verdadera, no se desprende uno

nunca... después de que salgas sentirás que no eres nadie ante la sociedad y...

—Y volverán a llamarme por mi nombre. Ya no seré el nombre del periódico como cuando llego a las ruedas de prensa y los relacionistas toman lista. Porque a ninguno le importa cómo se llama uno sino a qué medio pertenece. ¡Que viva la recuperación de mi nombre! ¿No le parece un gran avance?

—No cantes victoria. Un empleo es más que una fuente de ingresos. Sin él, el mundo se reduce, las amistades se pierden, las actividades sociales se...

—Eso piensa la gente común y corriente. Se puede hacer un trabajo solitario.

—De todas maneras te cambiará la vida, tener o no tener un trabajo influye.

—Tranquila. Ya me di cuenta de que se define a las personas por lo que hacen y en donde lo hacen, más que por lo que son. Pero mi realización personal no depende de tener un empleo en una gran empresa ni se me volverá un problema carecer de él. Al contrario, se me estaba volviendo una tortura. Por encima de lo que sea, quiero escribir y con eso me basta.

—Vamos para una época de tal banalidad que ni la literatura se escapa. El escritor que quiera ser exitoso, debe ser light y eso también podría ocasionarte pesadillas e insomnio.

—¿De verdad?

—¿Has pensado en viajar? Deberías irte un tiempo a Estados Unidos donde tu hermano.

—No me gusta Estados Unidos.

—Ni lo conoces. Hay que meterse en la boca del monstruo, dijo Martí.

—A donde vaya iré conmigo. A la larga soy yo el problema principal. Qué más da un lugar u otro. Anhele más una vida tranquila, afuera y adentro.

—¿Ya no quieres conocer el mundo?

—Conocer el mundo no es ir por todas partes con una maleta. Sitios y gente, ¿eso es el mundo? No Eva. Usted lo sabe mejor que yo. Mi tema es el ser humano y este es el mismo en cualquier parte. No se ha dado cuenta pues que en las novelas todo se repite.

—Casi todo... De todas maneras mirar el país desde la distancia da otra perspectiva.

—No necesito irme para darme cuenta en qué país vivo. De pronto me invade la nostalgia y termino pensando que Colombia es el mejor vivero del mundo. ¿A usted le pasó?

—Realmente la perspectiva que uno alcanza tiende hacia lo real, no a idealizar. Es inevitable que surjan las comparaciones, salga a flote lo negativo y el balance no sea favorable.

—¿Se da cuenta?

—Sí, pero no es la única perspectiva que se alcanza. La más importante es la de la propia vida. Ya irás teniéndola a tu manera. A ver, qué te dicen en el periódico.

—Algunos compañeros tienen envidia. Dejo un trabajo sin tener otro y sin temor. Otros están decepcionados, como si yo hubiera resultado siendo un fiasco, un engaño porque no fui capaz. Y los más lambones seguramente dirán que siquiera me voy. ¿Se acuerda cómo me criticaban? Un día una compañera me regañó y todo, que cómo era capaz de hablarle durito al editor general del periódico, que aparte de que era viejo era el dueño. Claro que yo le contesté que podría ser muy respetable pero que era un fachista. ¿Entonces por qué trabaja en este periódico?, me preguntó. Porque fue donde me resultó y es el que más se lee en este país de iletrados, le dije y le tapé la boca del todo cuando le expliqué que pese al viejo, siempre podían meterse goles gracias a los hijos que todavía no eran como él. Yo creo que muchos ni leían lo que yo hacía.

—Naciste para ir en contra de la corriente. Te habrá dado duro la niñez cuando a toda hora lo que toca es obedecer. Pero

no dejes de ser así. Resiste. Ser contestatario en una sociedad como la nuestra es la única defensa posible. Pero no digas que yo te dije.

—Tranquila que ya media universidad lo sabe.

—Y tus jefes, ¿qué opinan?

—Nada. Si nada se les da, qué van a decir. Un periodista más, un periodista menos. Somos parte de un negocio, lo mismo que un computador. ¡Arriba la renovación tecnológica! Les hacemos el periódico pero el informe que más les interesa es el financiero, el del gerente de ellos, por supuesto. El editor debe estar feliz. Acuérdesse cómo se puso la primera vez que fui a Bogotá a conocerlo. Me parece oír los gritos de ese señor por la redacción cuando me preguntó cuál Monseñor me había tocado de rector y le aclaré de qué universidad era egresada.

“...¡¡De la de Antioquia?!”, exclamó, “¡Cómo así!... ¡¡Moliiiiinaaaa!!! Venga para acá. Qué pasó con esta contratación”. Y después de vaciar al subeditor, el viejo dijo “Bueno, ya qué se le va a hacer. Estaba convencido de que era de la Católica. Déjeme yo hablo con ella”. Y de nuevo, solo con Violeta en su oficina le advirtió “Sepa y entienda su mercé que aquí somos anticomunistas ¿Sabe qué significa eso? Se lo voy a explicar”. Tras explicárselo le repitió varias veces “¿Entendido?”, y ya más tranquilo arrancó a conversar cosas personales. “No, pero es que usted mijita parece de la Católica. ¿Quiénes son sus padres? ¿De qué familia es usted? ¿Un almacén de zapatos?... ¿Y de verdad su papá tiene todo el garaje lleno de periódicos?”, preguntó el viejito que no se cohibió para mirar insistentemente y con picardía el carrizo de Violeta durante la charla, aunque podría ser su nieta. Y al final hasta abrazo de bienvenida le dio y se atrevió a decir “De todas maneras hay que reconocer que igual a los periodistas de la de Antioquia, nada. Tienen garra de reporteros, se huelen la noticia, se la buscan, la investigan completa y, además, saben

escribir crónicas, por eso usted nos convenció. Ese trabajo de La Ladera es exquisito. ¿Quiénes fueron sus profesores?”. Y por quedarse hablando de la formación en la de Antioquia, la conversación se extendió y se prolongó hasta que él alcanzó a darse cuenta de otra cosa y cerró la entrevista parándose de su silla y diciéndose “sin embargo, yo le noto a usted cierta sensibilidad sindicalista. ¡Cómo así que compañera de trabajo la secretaria! No señorita, ella es su subalterna, así que manéjese bien en esa oficina de corresponsales. Vea que se lo advierto, si no quiere que la eche”. Pero en la puerta de la oficina el caballero otra vez había cambiado el tono y preguntó “¿Y su mercé también tiene pecas en los brazos como en las piernas? Y ese pelo ¿es natural?”. Así pasaron los años, entre gustos y disgustos, lecciones magistrales del ilustre editor, al lado de censuras y colgadas de crónicas y reportajes enteros “porque eso está muy recargado para el lado de los guerrilleros, si no vamos a decir algo bueno del Ejército, no va”. Así pasaron los años, entre tiradas de teléfono y levantada de voz y sin embargo, el viejo no prescindió de sus servicios; esa liquidación le salió muy costosa a su avaricia. Fue ella la que tuvo que pasarle la carta de renuncia.

—Le pedí que me diera trabajo en publicidad. Me dijo que estaba loca. No sea pendeja, se queda escribiendo que es lo suyo o se busca otra cosa. Así dijo. Que en publicidad ellos no hacen copias sino que venden avisos, que el mercadeo no es lo mío, que yo no sirvo para eso. Prácticamente me echó. ¿Acaso les preocupa la situación de los periodistas? Como si no tuviéramos derecho a tener miedo y pudiéramos vivir del aire. En vez de reubicarme.

—Tal vez piensan que no te conviene estar en la misma sección con Andrés.

—Él me va a conseguir trabajos de freelance, ¿le conté?, con las agencias que encargan avisos. Lo jarto es que está diciendo

que ahora sí vamos a poder casarnos. Está obsesionado con el matrimonio y los hijos. Como se le murió la mamá tan ligero y no tuvo hermanos y se crió con el tío. Dice que quiere una familia como la mía. ¿Cómo le parece mi suerte?

—En ese sentido has corrido con suerte. El muchacho te adora. Es maravilloso.

—Ay Eva. Pero yo no puedo darle lo que él está soñando porque, de verdad verdad, con la mano en el corazón, no me veo metida en el cuento del matrimonio, y menos de la maternidad. Usted misma dice que esa no es la única forma de autorrealización de una mujer, ¡no puede serlo! Y hacerse mamá solo por hacer padre a un hombre es irresponsable. Además, yo primero quiero vivir sola y escribir otro libro. Después veremos. Ya eso se lo dije.

—Si no te decides tendrás que dejarlo.

—Prefiero hacerlo que dañarle la vida.

—¿La de él o la tuya?

—La de ambos.

—No lo quieres lo suficiente.

—¡Yo sí lo quiero mucho! Pero quiero más mi libertad. Y si él sigue con esa retacadera tendré que romperle el corazón.

Roto quedaría el corazón de José Luis de conocer las ausencias de Marcelo. Si hubiera dado permiso para los ensayos con el pelilargo ahí en el apartamento a lo mejor Violeta no estaría cavilando en qué va a decir su hermano cuando lo sepa, porque seguramente se enterará, tarde o temprano. Claro que sin esas ausencias de Marcelo, tan hablantinoso como es y con quien es tan bueno conversar, a pesar de todo, ella jamás habría podido avanzar en la escritura de la historia de Campoalegre de la manera como lo ha hecho. Bendita la soledad cuando no desespera y es bien aprovechada. Tampoco estaría pensando en qué más puede decirle a su hermano en caso de que Marcelo ajuste la tercera noche por fuera. A lo mejor ni

aparecerá. Si ha faltado estas noches es fácil que quede mal en la cita que tiene con ella, prácticamente una desconocida para él a pesar de estar compartiendo el mismo techo. Y es que Marcelo tiene razón cuando dice que “la culpa es de José Luis por haberse negado”, pero lo que no la convence es su advertencia “Ni modo de enterarlo. Es capaz de suspender la gira si te sabe aquí sola”. Ahora él debe estar por timbrar para que ella baje. Violeta se desconecta de Internet. Deja abiertos todos los demás archivos en los que ha venido trabajando. Como siempre se dice “¿Para qué cerrarlos? ¿Quién los va a leer?”. Su imperiosa puntualidad la hace bajar a la portería del edificio antes de oír a Marcelo timbrando. Esta tarde que piensan pasar juntos es la oportunidad para descubrir un poco al amiguito de su hermano y lo que se trae con el pelilargo del otro día.

—De todos modos quiero el portátil. Tarde o temprano lo necesitaré, y ahora tengo el dinero. También quiero el CD-ROM. Ah, y una tintura para el pelo.

Hoy el pañuelo que Marcelo lleva amarrado en el cuello es entre ocre y dorado. Es el menos colorido de los que le ha visto puestos. Vérselo le recuerda a Violeta la pasión de Iris por los colores, algo de lo que no se había percatado. Otro dato más, digno de ser anotado. Saca la libretica y apunta “El gusto por los colores definía a Iris”. Marcelo mira de reojo.

—¿Cómo vas con tu historia?

Violeta lanza una exhalación.

—Qué te digo. He resuelto algunos aspectos técnicos, el manejo del tiempo, la estructura, pero estoy atorada con el punto de vista y el estilo.

—¿Cómo imaginas que quedará escrita la historia?

—La quisiera con mucha economía del lenguaje, pero al mismo tiempo quisiera mostrar los personajes sin calificarlos, qué sienten, cómo está su conciencia. Y eso lleva más tiempo y palabras. ¿Entiendes lo que te digo?

—O sea, más sensaciones y sentimientos que hechos.

—Justamente. Y eso complica las cosas.

—Podría carecer de interés, incluso de sentido.

—¿Tú crees?

—A mí me trama más que los personajes actúen. Pero en mí es obvio.

Violeta sonrío.

—Claro, teatrero –musita.

Ambos se quedan callados. Mientras el tren va hacia adelante, rompiendo la oscuridad de los túneles, sutilmente balancea para los lados los cuerpos de quienes van adentro. En las paradas, el lado derecho de Violeta se junta más con el izquierdo de Marcelo, contra quien inevitablemente tiende a irse ella en la posición perpendicular en que va con respeto a la dirección que lleva el tren.

—Si ya has entrado a las clases, ¿para qué gastar en el curso? –dice de pronto Marcelo.

—Igual no se perderá. Puedo regalárselo a Nata después. Ya te lo he explicado. ¿Por qué insistes?

—Bueno, lo que digas.

El tren para en una estación y ellos también detienen la conversación. La retoman al iniciarse el recorrido.

—¿Cómo te has sentido?

—Muy extraña, sobre todo en el apartamento tan solo. Yo me imaginé otra cosa. He vivido sola antes, pero es distinto aquí. No conozco a nadie. Saber que cerca de tu casa hay otra persona que te conoce y estará disponible en caso de necesitarla, así no la frecuentes, te hace sentir acompañado y te da seguridad.

—No, pregunto que cómo te has sentido en las clases.

—Ah... También muy extraña. Como bicho raro. Imagínate. La única latina en un salón lleno de asiáticos y africanos.

—Tanto mejor. Así no te ves tentada con el castellano. ¿Te ha gustado?

—Mucho. Ha sido mi contacto con la realidad en estos días en que... –Violeta interrumpe y dice otra cosa—. Gracias. Te lo debo a ti.

—Anda, dilo, tan sola en el apartamento. Pero yo me la tengo que rebuscar mujer, entiende, tengo dos empleos a falta de uno... o de ninguno. Peor el paro.

—Deja las indirectas... Y no es reclamo.

Vuelven a callarse por un momento. Violeta observa a los pasajeros que van en ese vagón del metro. Todos leen, el judío ortodoxo con sus cachumbos colgando como las ubres de las vacas de Campoalegre, la negrita del piercing en la nariz que le recuerda el diente de oro de Iris, el ojirrasgado paliducho con los audífonos, el viejito orejón de blancura como la leche de Fortunata, la gorda cincuentona que mastica chicle y...

—Anda, tú y yo parecemos hermanos —interrumpe Marcelo—. Siempre resultamos discutiendo. Así son los hermanos, ¿no?

—También la gente que lleva mucho tiempo junta.

—En cierta forma tú y yo somos como hermanos.

—¿Hermanos? No lo había pensado de ese modo.

—¿No me tomarías como un hermano?

Violeta se queda con los ojos fijos en él.

—Dejémoslo en cuñado, por ahora.

—Claro, ni falta que te harán más hermanos con media docena.

—Cinco. Luciano ya no está.

—En cambio yo siempre añoré uno. Parece que tengo una, pero no me consta.

—Se me hace extraño alguien sin hermanos. No me imagino sin ellos.

—¿Cómo era tu padre?

—Alto alto.

—No, en el modo de ser.

—Era un hombre franco y práctico, de los que van al grano y dicen lo que piensan. A veces parecía brusco, algo silvestre, llegaba a maldecir. Se salía de casillas antes que mamá. Ella

se controla más, tiende a contener las cosas. O a encubrir las. Papá no se reprimía tanto, cortaba por lo sano. Vivía sin mayor tensión. Sus únicas ambiciones se basaban en las de los hijos. Por eso creo que era estricto con nosotros.

—Pero tú te llevabas bien con él.

—Sí, mucho. Se sentía orgulloso de mí. Hice en la vida algo que aprobaba, aunque al final lo decepcioné dejando el periódico. Excepto cuando me tinturé el pelo, entre nosotros nunca hubo grandes conflictos.

—Como con José Luis.

—Pues sí... ¿Y el tuyo? ¿Está vivo?

—Ni vivo ni muerto. Ignoro dónde pueda estar. No he tenido el gusto de conocerlo.

Nuevamente callan y quedan al vaivén del rugido y de las sacudidas del tren. Luego Marcelo, que en su ansiedad por hablar puede preguntar cualquier cosa, retoma la conversación.

—¿No te importa no ser madre?

—¿Qué clase de pregunta es esa Marcelo? ¿A qué conduce?

—Tan solo contéstamela.

—Está bien. Te lo digo de verdad: nunca he querido tener hijos.

—Y si desearas uno muchísimo, ¿lo tendrías soltera?

—¡Jamás! Tener un hijo soltera solo por el afán de conocer la maternidad es egoísta e irresponsable. Cómo negarle el derecho a un padre. Un hijo hace una familia, una madre soltera no.

Marcelo se queda pensativo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te gustaría tener un hijo? —le pregunta Violeta.

—Oh no, es solo que las mujeres y la maternidad son como inseparables ¿no?

—Tanto que mírate a ti preguntándome bobadas.

Marcelo vuelve a quedarse pensativo.

—Uhhh, pues vamos que mi madre fue egoísta e irresponsable —dice de repente.

—¿Tu madre? ¿Qué tiene que ver?

—Es un culebrón de historia. Tendría que contártela.

—¿No te inspiro confianza?

Vuelven a callarse. Violeta mira otra vez a todos esos pasajeros que ahí sentados van con las narices y los ojos metidos en el periódico equis o la revista ye, en el bestseller policíaco o la novelita de amor de bolsillo, siguiendo las frases de hojas llenas de letras y palabras, siguiendo historias ficticias y reales. Todos, todos leen, menos unos carianchos chaparritos que parecen centroamericanos, no saben qué hacer con su tiempo y se dedican a atisbar a todos los demás. “Mirones ignorantes, en vez de leer como los otros”, piensa ella.

—Fauré y Satie me han acompañado mucho, más que tú —dice ella de pronto—. Me han hecho redescubrir la música.

—Me lo debes a mí. Yo te hice la inducción por los discos de José Luis. Como se largó apenas llegaste.

—Y tú también.

—Vamos, suelta ya la cosa. Mira que sí te he ayudado.

—Igual hubiera visto los discos.

—No todos.

—Vivir con José y hablar con él me han hecho recuperar la costumbre de oír música. La había perdido. Es una música bastante inspiradora. Creo que indirectamenteme ha servido para aclarar la historia.

—Ya has definido quién gana y quién pierde.

—Creo que nadie gana y todos pierden.

—¿Mueren todos?!

—Perder no significa morir. Y no siempre se pierde porque se muere. Incluso es más interesante si los perdedores siguen vivos, aunque es triste que mueran los buenos, así pertenezcan al pasado.

—¿Al pasado? ¿Cómo que al pasado?

—¿Te parece malo? ¿Qué tiene?

—El futuro es lo que cuenta.

—No siempre.

—¡Claro que sí! A uno le interesa es saber qué va a pasar en la historia. ¿Acaso no ves películas?

—¡Y qué tienen que ver las películas!

—Mira, se toman los personajes en un momento dado, así estén viejos, y la referencia a su pasado es casi nula, no interesa, sino las circunstancias presentes y hacia dónde los llevarán. Es como si nosotros nos preguntamos de dónde viene este tren. Qué coño nos importa. A mí me va es hacia dónde se dirige.

—Yo no estoy tratando de escribir un guión de cine sino una novela y en esta el pasado puede ser lo más importante, incluso otras cosas más irrelevantes en apariencia. Mira tu caso.

—¿Mi caso?

—En teatro hay mucho movimiento interior.

—Posiblemente. Pero ahora el movimiento es hacia fuera.

Violeta no entiende lo que quiere decir Marcelo y con un gesto le pregunta.

—En esta estación nos quedamos —responde él.

—Ay Marcelo, que no tengamos que caminar mucho ¿sí?

—De qué otra forma se conoce una ciudad sino caminándola.

—Sí, claro, pero cuando tu debilidad son los pies, ni modo. Y he estado yendo mucho al parque.

—¿Tienes algo en los pies?

—No sé. Siempre me han dolido si camino mucho.

Deciden tomar otra línea para ahorrar algunas cuadras de caminata y caer directo a la calle de la librería. Mientras esperan Marcelo dice que ha estado leyendo los recortes de prensa que tiene guardados José Luis con las historias publicadas de ella, porque es la primera vez que vive bajo el mismo techo con

una periodista y eso le despierta mucha curiosidad, le parece bueno leer a alguien y luego poder conversar con esa persona y preguntarle cosas. La conversación continúa en el tren.

—¿De verdad dormía en una hamaca el soldado que iba por el tercer paludismo y se pasaba mirando el helicóptero que traía y llevaba a sus compañeros?

—Sí, claro. En periodismo nada se inventa.

—Me dio mucha impresión saber que el cambuche se llenaba de lodo cuando los ventarrones se llevaban el plástico y lo dejaban a merced del aguacero. ¿Un cambuche es como una choza?

—Peor. Tan solo cuatro palos y un plástico.

—También eso de que cuando se bajaban todos del helicóptero y los que se iban de relevo no se montaban ahí mismo era porque traían muertos, y como preguntaba “quién, quién” cuando veía a los compañeros pasar con los cadáveres en las bolsas negras. ¿Tú las viste? ¿Cuando estuviste allá las bajaron?

—Siempre había bolsas negras por todas partes. Ese día hubo muchas y yo me sentí tan ridícula y estúpida como pocas veces.

—¿Por qué?

—Estaba estrenando el tandy del periódico... los primeros portátiles... Imagínate yo en un monte rodeada de carpas, sentada en un tronco, tecleando el relato de un soldado que apenas podía juntar las palabras por el escalofrío de la fiebre.

—Pero hablas de un corredor.

—Sí, había una construcción, una cocina, un baño y una pieza para los equipos. Esa era toda la base militar. Alrededor, claro, estaba el corredorcito con la hamaca y el soldado. Parecía un moribundo. Jamás se me habría ocurrido molestarlo, él mismo fue el que me dijo que si quería que me contara su historia, cuando me senté en el corredor a esperar al fotógrafo que se había ido en el helicóptero a hacer las fotos de la toma. A mí no me dejaron ir.

—¿No? Por qué.

—El comandante de la base dijo que era muy peligroso y que no quería responsabilizarse de la vida de una periodista de un diario tan importante, que ya tenía bastante con las de sus soldados, que él daba permiso para que los que habían estado en la zona del combate me dieran testimonios. En cambio al fotógrafo sí lo dejó montar, mejor dicho, yo lo hice montar porque él por su propia voluntad jamás lo habría hecho. Con el pánico que le tenía a los aviones...

—Pero te fue mejor. Conseguiste la historia del soldado.

—Ah, ese soldado. Me sentí obligada a escucharlo. Él tenía más ganas que yo de conversar con alguien, necesitaba desahogarse.

—Deshacer todas esas palabras anudadas en la garganta.

—¡Vaya! Se ve que lo leíste.

—Me ha llamado mucho la atención leerte. Yo siempre me aprendo obras de escritores pero no había vivido con ninguno.

—¿Vivido? Si algún día vuelves al apartamento.

—Oye, no más, ya, suéltame.

—Está bien, está bien, perdona.

Marcelo la mira con una cara como si estuviera diciéndole “eso espero”.

—Yo no me acordaba de esa frase. Tienes muy buena memoria Marcelo.

—Dime si no soy un actor nato. Me grabo facilito los textos.

—¿Se puede ir a la audición?

—Estar adentro, no.

—Entonces no paga ir.

—Podrías ir a acompañarme y esperarme afuera para darme apoyo en caso de que... bueno, ya sabes, prefiero no decirlo aunque lo piense.

—Si vas con tu amigo qué falta te haré.

—Ah... sí... voy con él.

—¿Vuelves esta noche para allá?

—No. Me quedo contigo. ¿Qué te hace pensar eso?

—Andas con la cámara.

—Es para hacerte las imágenes en las dos torres.

—¿¡Qué?! ¿Tomarme fotos? ¡Cómo se te ocurre!

—Fotos no, es un video.

—¡Peor! ¿En semejante escenario? ¿Para qué querría un video allí? Estás loco.

—Todos los turistas lo hacen.

—No vine aquí en plan de turista.

—Pero eres turista. Así figuras.

—Sí, tengo visa de turista pero no me siento una turista.

—Ahora que lo mencionas. Si tu idea es quedarte, deberías cambiarla.

—¿Qué cosa?

—La visa.

—¿Se puede?

—Todo se puede, con dinero, claro. Aunque, para qué otra visa si te han autorizado los seis meses, ni necesitarás cambiarla. Y tampoco nosotros necesitamos cambiar más de tren. Salgamos por allí.

Antes de llegar a la librería entran a la farmacia. Violeta dice que está dudando si volver a tinturarse y Marcelo le contesta que le gustaría verla como en la foto de la familia que tiene José Luis. Ella compra la tintura de todos modos, además de una base de maquillaje, un labial y una pestañina, de las que se antoja a última hora.

—¿Por qué se pintarrajean tanto las latinas?

—¿Y las españolas no? El maquillaje es algo universal.

—Pero vosotras os embadurnáis más.

—¿Qué necesidad hay de que te pongas lo que compraste?

Violeta mira la bolsa con las compras. Medita por un instante.

—¿No te has dado cuenta? —dice con extrañeza.

—De qué.

—El otro día me viste con la cara lavada.

—¿Y?

—¿No me viste nada raro?

Marcelo se queda pensativo.

—¿Las pecas?

—No hombre, ¡que tengo unas manchas que son como cicatrices! Me quedaron cuando me quemé.

—¿En serio? Francamente no me di cuenta. Y no te exaltes. Embadúrnate todo lo que quieras que yo, a callar.

—En realidad, si pudiera, no me pondría maquillaje. Es esclavizante.

—¿Y qué si se notan? No son la marca de un crimen.

—Para mí son como la marca de un crimen.

Marcelo se queda en silencio. Cuando están en la registradora se le ocurre qué contestarle y se lo dice al oído.

—Un crimen que tú no has cometido, y eso hace una gran diferencia.

Siguen conversando mientras caminan las dos cuadras que faltan para llegar a la librería.

—¿Viste las imágenes que te grabé?

—Me parecieron fatales.

—¿Qué has dicho?

—Pero no por tu trabajo, sino por mi registro. Nunca me había visto en video. Francamente, me creía diferente. Me molestó la expresión de mi cara.

—Eso ayuda a conocerse y a aceptarse.

—Además, se me hace muy raro observarme a mí misma en la pantalla sin poder mirarme a los ojos. Creo que me quedo con los espejos.

—¿De qué hablas?

—Cuando te miras en un espejo puedes fijarte en tus propios ojos. En video ves tu imagen y sin embargo no hay posibilidad de que te mires a ti mismo.

—Obvio. Una cámara no es un espejo, así refleje las cosas. Lo único que tienen en común es que mienten. Yo dudo de ambos, no creo que den una imagen real. Sea una u otro, siempre me veo diferente, a veces más gordo o más delgado o de más años. Imagínate, si miente la propia voz de uno.

—¿Qué quieres decir?

—La voz que yo oigo de mí mismo no corresponde a la que sale y oyen los demás. Una es la mía, la de adentro, y otra es la de los demás, la de afuera.

—Pues claro.

—Sí, parece claro, pero a mí eso me impactó tanto como a ti la imagen del video. Lo supe en la escuela, en el grupo de teatro. Siempre había alguien que grababa las obras.

—Te enteraste muy rápido. Yo lo descubrí cuando escuché el primer programa de radio que hicimos en la emisora de la Universidad. Y tampoco me gustó mi voz. De ahí en adelante, le ponía pausa a la grabadora cuando hacía las preguntas en las entrevistas, para no tener que torturarme escuchándome luego.

—Anda. Has sido exigente contigo. A mí en realidad no me chocó mi voz ni he huido de ella como tú. Pero aquello me dejó pensando. Hasta ese momento no sabía que tenía dos voces. ¿Cuál es mi voz real?, me pregunté. La nueva voz no cazaba con lo que creía ser.

—Es difícil aceptarse del todo. Creo que uno nunca llega a estar satisfecho totalmente con uno mismo. Aunque aspiro a que un día pueda escucharme, y también verme sin experimentar cierta vergüenza. Me sentiré feliz entonces.

—Empieza por dejar los colorantes y los cosméticos. Lo que debes cambiarte es el estilo del pelo.

—¿Qué tiene mi peinado?

—Ya que nos estamos dando confianza te digo que el flequillo no te va, eso sí lo noté en cuanto te vi con el pelo lavado. Tienes una frente digna de mostrar y el rostro se te ve mejor.

Al entrar en la librería acuerdan separarse. Marcelo dice que quiere mirar unos libros y propone cuarenta minutos de libertad para que cada uno busque y curioseee tranquilo lo que quiere. Quedan de encontrarse en el café del tercer piso.

Cabanes es mi apellido, de mi madre Lourdes Cabanes, no porque mi padre me haya negado el suyo, lo único que me dio en la vida, obligado por la ley, claro, y por mi madre que se obstinó, sino porque Cabanes sonaba más artístico que Ribas. Era un buen lastname para un actor y yo no quería inventarme un nombre adicional, a lo mejor implicaba también una personalidad extra. Es suficiente con la que tengo. Yo no soy español, sino sevillano, que es distinto. Te enseño a bailar sevillanas si quieres. Como yo, mi padre se vino para Estados Unidos buscando una vida mejor y huyendo de mi madre. Querer zafarme de ella fue lo único que le saqué. A ella le dije que me quedaba aquí para buscar al hombre que la abandonó. Le mentí. Para nada me interesa el señor, menos desde que andan diciendo que se casó y tiene una hija. Cuando pasé por inmigración sabía que no iba a usar el tiquete de regreso, como tú. Ya tenía el apoyo de la Compañía para que no me denunciaran. Creían que me quedaba por tratarse de Nueva York, la ciudad del espectáculo, del mundo de los artistas, pero hubiera podido ser cualquier lugar. Fue fácil dejar la Compañía, el grupo, pero no a mi madre, aunque ambas cosas las hice por mi bien. No quería ser actor cómico y ya me estaban encasillando en eso, una especie de payaso. Tampoco me gustaba ser un hijo agobiado por el apego de la madre. Tengo pendiente ir a verla. Siempre estoy planeando hacerlo, cada año, llevo tres en esas, pero nunca completo el dinero. Pero creo que

este año sí lo tendré. Vivir con José Luis ha significado una economía. Siempre es más práctico juntarse a vivir en pareja, sea del tipo que sea. Aquí es lo común. El amor va detrás... Este año estoy obligado a ir a casa. Ya mi madre no está enferma, ya se curó de la depre crónica que sufrió sin mí, tiene novio y va a casarse. “¿Por qué en invierno?”, le he dicho; “a quién se le ocurre casarse en el invierno, déjalo para el verano”. Pero no quiere casarse cincuenta sino cuarentona. “¿Entonces en la primavera? ¿No es tu cumple en julio acaso?”, le sugerí. “Sí, pero y Oriol qué”, me contestó. Así se llama el futuro marido que sufre demasiado con el polen. Ni modo de dañar la luna de miel por una alergia. Así sea en invierno iré a la boda de mi madre, la primera, la única. Estoy muy agradecido con ella por haber aceptado mis preferencias, aunque casi la matan. Y le agradezco que se haya enterado por sí misma y me hubiera evitado el tener que contarle todo sobre mí. Se dio cuenta una mañana en que llegué a levantarme y al palpar la puerta trancada miró por la ventana de mi cuarto que daba al pasillo y por la persiana entreabierta alcanzó a verme desnudo en el suelo haciendo el amor con uno más huesudo que yo, pues a los dieciocho yo era un huesudo que daba miedo. Me he vuelto músculo a punta de gimnasio... “No sé cómo me respondieron las piernas para llegar hasta el baño, sentí que iba a vomitarme”, se atrevió a contarme ella tiempo después, porque pasó como un mes y no me dijo nada. Yo la descubría en la cocina al amanecer fumando y tomando leche caliente y ella decía que no podía dormir. A veces se iba con dos horas de sueño para la oficina de correos. Trabajaba en la taquilla. Por esos días sus ojos oscuros y grandes, que son iguales a los míos, cambiaron, parecían estar más hondos en las cuencas. No se me olvidan. Una vez le pasó la conmoción, me habló duro, me dijo que hiciera lo que me diera la gana pero que nunca más volviera a llevar mis amigos a la casa.

“Jamás hagas esas porquerías bajo el techo en el que yo estoy durmiendo”, me dijo un día. “Tu sexualidad es tu maldito asunto pero no me la traigas a la casa”. Cuando pudo hablar-me más calmada me dijo que me aceptaba como fuera, que a un hijo nunca se le discrimina y más si le ha tocado vivir sin un padre, que ella había tratado de hacer todo lo mejor por mí pero no había hecho lo principal que era darme un padre. Según ella, ahí estaba la falla que explicaba mis preferencias porque todos los niños, como había escuchado en el show de la radio varias veces, necesitan el amor de un hombre, la figura paterna. Yo me llené de más resentimiento con mi padre, pero eso me duró hasta que conocí a José Luis. Él tuvo a su padre, una figura fuerte y, sin embargo, ¿qué? Las teorías no sirven para explicar los sentimientos. De vez en cuando, mientras comíamos, mi madre se quedaba mirándome, pensativa, y de pronto se le chorreaban dos lagrimones y me preguntaba “¿Estás seguro?”. Por un tiempo más preguntó, pero sin llorar, hasta que dejó de averiguarme. Sin embargo, cuando alguna chica interesada en mí llamaba para invitarme y yo la rechazaba, me decía “¿De verdad no puedes enamorarte de una muchacha?”, y yo tenía que decirle “entiéndelo de una vez, yo solo puedo querer lo que las muchachas quieren”. Todavía lloriquea y me pregunta si creo que puedo ser feliz así. Yo le digo que eso no es tan complicado como vivir lejos de mi pueblo. Yo adoro ese lugar, pero es tan conservador. Está lleno de iglesias y de gente para quien lo más importante después del trabajo es rezar e ir a misa, gente que dice primero Dios, después mi madre y después yo, y esa es la ley de la vida pública y privada. Nunca ha tenido más de veinte mil habitantes. Pero allí fue donde pasé mi niñez, donde están los recuerdos más dulces de mi infancia. La infancia es lo fundamental aunque la olvidemos casi toda. Y también están mis días más difíciles en la adolescencia cuando descubrí cómo

era. A los diecisiete yo me despertaba y firmemente trataba de mirar a una muchacha, me decía a mí mismo voy a ser diferente, pero nada que funcionaba. De aquel pueblo tuve que salir para poder garantizar mi existencia, de haber seguido allí hubiera terminado suicidándome. Me lo aconsejó la profesora a la que me atreví a contarle y me hizo ver que la solución era buscar mi lugar en otro lugar. Estaba desesperado porque pensaba que para poder vivir en sociedad tenía que casarme con una mujer, pero, ¿cómo?, ¿siendo homosexual?, ¿y la religión qué?, me cuestionaba. Como me habían metido tanto terror con el infierno, la salvación y la vida eterna y esas cosas de la Iglesia, creía que si me casaba me iría para el infierno. Me sentía atrapado. No sabía qué hacer. No podía evitar a Dios, debía tenerlo en cuenta, me lo inculcaron siendo un crío. Ya me he despojado del terror que me inspiraba, y eso me ha ayudado. Fue muy difícil contarle a la profesora, tenía además miedo de que todo se supiera y empezaran a atacarme, a ridiculizarme, por eso me mantuve en secreto y me esforcé por tener un bajo perfil en el liceo. No me metía a grupos, por fortuna ni los equipos de básquet ni los de fútbol me llamaban la atención. ¿El teatro? Pues fue inevitable. Me apasionaba. Y pude estar en él sin tener que mostrarme. Le dije a la profesora que me gustaba trabajar detrás del escenario. Así como a José Luis le gustó trabajar en la cocina del restaurante, ¿te acuerdas? Entonces me puso de asistente del director. Pero un día me equivoqué, me atreví a hacerle una insinuación a uno que no resultó ser como yo y que regó el cuento. Me tocó salirme. Ahí volvió mi madre a enseñarme cosas, me dijo que fuera todo lo gay que quisiera, pero bruto no, “tienes que ser más inteligente para saber distinguir”. Después de eso me marginé más, me volví muy cuidadoso, no quería correr el riesgo de ponerme otra vez en ridículo o en peligro. Al principio uno es torpe, es lo normal. Con una

mujer es más sencillo, si no le gustas no pasa nada, pero con alguien del mismo sexo siempre estás corriendo un riesgo. Y es peor cuando se empieza. Aquello es un territorio desconocido y nadie te dice cómo debes hacerlo, no tienes pistas de qué hacer o decir, hay que calcular todo. Uno todo el tiempo se está preguntando sobre el otro, ¿será o no?, podría serlo, pero y si no... Y mientras tanto el corazón te palpita. Así me pasó con José Luis y a él conmigo. Dice que le gusté a primera vista. Me vio en el escenario desde la banca en la tercera fila en el teatrillo aquí en Manhattan donde nos presentábamos. Me volví muy hábil en distinguir pues mira que José Luis con ese aire tan varonil y fui yo quien le caí. Cuando me conoció a mí, él estaba saliendo con un tipo muy majo, ¡tenía un culo!, prácticamente vivían juntos, pero era un cochino, eructaba delante de uno, por eso creo que lo dejó tan fácilmente y se quedó conmigo. Desde que salí de mi pueblo la presión sobre mí mismo se me acabó, aunque tuve que empezar a trabajar de verdad, por necesidad, y a vivir por mí mismo. Mi madre fue siempre generosa y me mantuvo. Solo por gusto, y para darme gusto, yo había empezado a trabajar desde los quince. Durante el verano y en los fines de semana cuando era época de escuela me empleaba en la tienda de don Carmelo. A él le gustaba mucho mi trabajo porque decía que yo era parlanchín, amable, sociable, que atrapaba a las clientas con mi cotilleo y luego no podían irse sin comprar algo. Don Carmelo vendía solamente medias, guantes y bufandas. En el verano le sumaba al negocio sandalias de playa, gafas de sol y pañoletas. De ahí nace mi afición por estos pañuelos que siempre llevo en el cuello. ¿Te gustan? Si quieres te los presto, o te doy alguno. ¿Cuál quieres? ¿El verde, el rojo, el fucsia, el vinotinto, el azul turquesa, el aguamarina? ¿De seda, lino, algodón o terciopelo? ¿Color plano o estampado, de rayas, flores o de puntitos? Llévate los que quieras... La mayor clientela de don Carmelo era

femenina. Nunca hablamos de mis inclinaciones pero yo creo que las sabía, el viejo las agarraba todas en el aire, sabía que yo era el vendedor perfecto, le resultaba atractivo a las mujeres, conmigo ellas se sentían muy bien, pero no corrían peligro. Cuando me retiré para venirme para acá me dio más dinero del que merecía. Murió en el invierno pasado. Me ha dado mucha lástima saber que no le volveré a ver, eso me ha puesto a pensar. Por eso quiero ir a ver a mi madre, y también a Paloma. A ella la conocí en el almacén. Era también una adolescente pero ya andaba follando con el novio, y al igual que yo tenía un lío armado en la cabeza por el cuento de la religión pensando que se iba a condenar. Era la sobrina de don Carmelo. Él decía que se mantenía en las alturas y por eso no vendía nada. Con ella me di cuenta de que el sexo, con cualquier tipo de pareja, siempre sería un lío. Le aconsejé dejar la misa y seguir gozando con su novio. Tampoco tenía padre, pero lo había tenido y bueno, era el hermano de don Carmelo que murió mucho antes que él. A diferencia de mí, a Paloma la dejó su madre. Decían que la vieja estaba de puta en Madrid, se fue a buscar trabajo pero nunca mandó por la hija. Paloma quedó preñada soltera, pero a diferencia de mi madre, el novio se casó con ella y le resultó bueno. Ya tienen tres críos. Son como mis sobrinos. Mira la foto. Ahí está don Carmelo. Me ha dolido no haberlo visto por última vez. Le ha dejado la tienda a Paloma y ella anda un poco liada. Por eso también quiero ir, para ver en qué puedo ayudarle. Yo me siento bueno para los negocios. Si pudiera, montaría un bar gay, para hombres y mujeres, bien chic. Paloma está preñada otra vez. Es que le gusta mucho follar y no ha aprendido a ser ordenada con la píldora. Creo que no entiende cómo debe tomársela. Es bastante despistada, yo diría que algo burra. El marido fue el que metió la pata, conmigo eh, no con ella. Andaba celoso de mí. Le gusta emborracharse y una noche en el bar dijo que

yo era marica, así, con esa palabra, y la cosa se supo. Ni le guardo rencor, si no hubiera sido por él jamás habría recibido el empujón para salir de ese pueblo. A veces uno necesita que la vida tome las decisiones que uno no es capaz de tomar. Por el marido de Paloma llegué a Madrid, de allí salté hasta aquí con la gira de la Compañía y pude encontrarme a José Luis. Para mí, conocerle a él ha sido muy útil. Lo envidio porque tuvo hermanos, tíos y tías, y una segunda madre en su madrina. Lo admiro por la disciplina, la voluntad, la capacidad de trabajo, pero no entiendo por qué se pone con disimulos con su madre. Ya le he dicho varias veces que tiene que contarle que vive conmigo. A mí no me gusta que se avergüencen de mí, como en mi pueblo. Más tarde o más temprano él tendrá que encarar la realidad. Mi madre dice que la vida es demasiado corta y que los hijos se van demasiado pronto como para complicarse la vida no entendiéndolos. Así pensará la tuya. Las madres son cortadas todas con la misma tijera, sea en Sevilla o en Colombia. Ahora la mía es otra con el novio. Lo único que le preocupa de mí es la cosa del sida. Por eso me hago las pruebas religiosamente. Siempre la ha mortificado. A escondidas me dejaba condones en la talega. Yo le reñía, pero después me daba ternura, era una prueba más de su amor por mí. Por eso tengo que ir a verla antes de que finalice el año.

Cuando le dan confianza Marcelo es como Violeta. Por eso ella le ha cedido la voz y lo ha dejado hablar sin interrumpirle el monólogo que se ha echado. Si él ha parado de hablar es porque la boca y los labios se le secaron y ha tenido que ir a comprar agua. Violeta lo ve llegar al mostrador. Allí, él se antoja de repetir, le hace señas, ella entiende, acepta. Luego Violeta observa el ejemplar de *Mr. Right Is Out There: The Gay Man's Guide to Finding and Maintaining Love*, el libro que Marcelo está pensando comprar y que, mientras le echaba el

rollo, sobó y sobó mecánicamente con la mano derecha, en donde siempre lleva ensartada una argolla gruesa de plata. Él halló el libro en la parte de atrás, después de mucho buscarlo en los estantes marcados con el nombre de sociología. Ahora regresa con otro par de capuchinos y dos cruasanes más. Luego de sentarse saca de su morral el brillo de labios y se lo echa. Y sigue hablando de la misma manera en que se bogó la botella de agua mientras esperaba el pedido.

—Yo nunca he querido parecer un gay. Quería parecer normal. Por eso apenas me dejo crecer el cabello, aunque lo preferiría bastante largo. Me encanta sentir una melena en los dedos de mis manos.

—Ah, ¿sí?

—Pero ni se me ocurriría vestirme de mujer, a no ser en una obra de teatro. Odio las extravagancias de los transformistas. Son pura lentejuela. Yo no busco darme pantalla así me guste actuar. Me tomo en serio y lo que soy también. Me esfuerzo por lucir impecable, pero no pretendo llamar la atención. Además, tengo muy buen gusto. Por eso me sedujo José Luis. Siempre está oliendo bien y, a la hora que sea, su cara parece recién lavada. Yo lo convencí de que se quitara la barba porque no dejaba de parecerme rara la imagen de dos hombres que...

Violeta juega con la caja de *Learnto Speak English*, el curso de inglés en cuatro cds que ha seleccionado. ¿Qué puede decir frente a lo que Marcelo está diciendo? Ya quisiera que parara el tema, pero él sigue con su desahogo.

—La gente piensa que a nosotros solo nos interesa el sexo. Yo no podría vivir sin él, pero sé que José Luis sí. A lo mejor cuando yo tenga la edad de él me pasará lo mismo y...

De pronto si le hiciera preguntas, piensa Violeta, y se arriesga.

—Imagino que hay un momento en que ustedes se dan cuenta cómo son —interrumpe ella—. Digamos, como de reconocimiento.

—Es como el día del juicio final.

Violeta sonríe y con el gesto de su rostro le pregunta por qué.

—Se siente regocijo y pavor. Sabes que andarás solo en un mundo donde el amor ha sido establecido para parejas de distinto sexo.

—¿Pero cómo te diste cuenta?

—Cuando empecé el penúltimo grado de la secundaria llegó un compañero nuevo que se sentó delante de mí. Acababa de pasar el verano y estaba bronceado. Toda la clase me pasé con mis ojos en su cuello. Su piel parecía tan suave. De repente sentí un calor en todo el cuerpo. Al día siguiente anhelé tocarlo. Al otro me imaginé que le besaba el cuello. No pasó nada entre nosotros, ni siquiera alcancé a ser su amigo. Yo lo evitaba. Pero desde ahí mi vida se volvió una tortura.

—¿Qué pasó?

—Me sentí como sacado del mundo. Tuve sentimientos contradictorios, mucha curiosidad, pero también miedo, una pelea interna constante. Se me aplacó con mi primera relación. Fue con un chico rubio, de manos frías, también huesudo. Una noche apenas. Nunca más volví a verlo aunque pensé que era el inicio de un romance. Solo me quedó lo que apunté en mi cuaderno y la certeza de que era gay. Me di cuenta que yo coincidía con ese mundo, que encajaba perfecto y no tenía que ajustarme a nada. Por eso me instalé en él.

—¿También tomabas notas como yo?

—A veces. Creo que todos lo hemos hecho alguna vez.

—Muy triste tu primer romance.

—Pero en aquellos días me sentí capaz de abrazar la luna.

—¿Y después qué pasó?

—Llegaron más enamoramientos, aglomerados, de corta vida. Tan rápido como ardían se resecaban, pero me daban más certeza sobre mis predilecciones. Uno empieza y no para. Sexo, más sexo, relaciones sucias, una vida miserable, llena de

impulsos y movida por ellos. Una trampa que lo hace quedar a uno en evidencia y salir corriendo para conservarse.

—¿Qué quieres decir?

—Un día en el gimnasio al que iba no resistí la tentación, me equivoqué y casi me ejecutan.

—¡Marcelo! ¿Y aún eres así?

—No temas, con José Luis estoy aprendiendo a tener relaciones decentes, recatadas, y me gusta, así las había querido. Aunque a veces puede volverse aburrido también, lo reconozco. La libertad sexual no debería tener más restricciones que el no hacer daño, ¿no crees?

Violeta ni sabe qué decir.

—Parece que estoy aburriéndote.

—No no no, fresco. Decías que lo de José Luis puede volverse aburrido —dice ella con interés, reflexiva.

—Lo que digo es que, bueno, a ver, a tu edad, o a la de él por ejemplo, se debe estar buscando una relación seria que llene la vida, tenerla sería algo que les haría felices, pero a la mía, no sé. Mi vida amorosa todavía es complicada, a mi edad uno es impulsivo y no le importan las críticas.

—Y todavía se puede jugar un poco con el destino.

—No sé si jugar, pero sí ser un poco egoísta.

—Eso no es un problema de edad Marcelo, sino de temperamento y de principios.

—O de ser lo que soy. Nunca se tiene un amor digamos real, como entre un hombre y una mujer.

—¿Cómo así? Me parece que te contradices.

—Venga, cómo te explico... Yo busco canciones que hablen del amor entre dos personas del mismo sexo pero no he encontrado ninguna. Le he dicho a José Luis que componga una, pero a él solo le gusta tocar la guitarra, saber de música y hablar de músicos. A eso me refiero. Por más que la sociedad esté cambiando, siempre será algo difícil. Jamás podrías

imaginarte lo que significa ser gay en un pueblo, incluso aquí en Estados Unidos.

—La peor prueba es con la familia. Es la primera que debe enfrentarse y en muchos casos deja malos resultados. Mira a José, lo aisló y lo dejó resentido.

Violeta termina de arañar con la cucharita la espuma que queda en los bordes de la taza de café.

—Está delicioso esto, ah. Pero me temo que no voy a dormir hoy con tanto café. ¿Vas a llevar ese libro?

—No sé. Siempre me ha interesado leer sobre homosexualidad pero es desconsolador encontrar que todavía hay quienes lo consideran una enfermedad o lo reducen a un estilo de vida. Para la Iglesia sigue siendo una aberración.

—Para ella todo el cuerpo es una fuente de pecados.

—La visión que más sensata me parece es la que lo ve como un comportamiento aprendido o escogido, o una compensación por la mala relación con uno de los padres o un trauma de la infancia.

—En Colombia ser homosexual daba cárcel. Una vez vi una redada de travestis en Medellín. Apresaron como a quinientos. ¿Y sabes? Se cogían de las manos apenas veían llegar a la policía. Aun así, los montaban en las volquetas a empujones. Recuerdo que quedaron muchos tacones y carteritas brillantes en la calle.

—¿Qué les hacían?

—Los llevaban para la inspección de policía y los dejaban veinticuatro horas. Después los soltaban, y a los días volvía a pasar lo mismo, y así. Un círculo vicioso. Hoy ya no es delito, pero igual los amenazan y los persiguen como a los sindicalistas o a los izquierdistas, hasta que los hacen ir.

—Bueno, pero los travestis siempre traen problemas. Son de la calle y allí aprenden a ser agresivos, se meten con ladrones, aprenden a robar como ellos. Son prostitutas montados en plataformas y embadurnados de maquillaje.

—¡Marcelo! ¡Qué son esas opiniones! Perdona, pero hay que distinguir. Eso no da licencia para hacerles daño. En Bogotá ha habido campañas de limpieza social para exterminarlos. Y aunque el centro de Medellín está inundado de sitios gay, siguen prefiriendo esconderse, llevar una doble vida.

—Es lo que te digo, así es en los pueblos.

Violeta parece salirse un poco de casillas y sube la voz.

—Oye, tú por más que te lo explique no puedes entender que Bogotá es una ciudad con más habitantes que Madrid aunque no tenga metro. Es la capital de un país donde viven más de cuarenta millones de personas, no es el pueblo colonial que te imaginas, es una ciudad como cualquiera y...

—Donde un gay no puede pasar desapercibido y tiene que esconderse —interrumpe Marcelo—. Yo al menos pude refugiarme en Madrid. Algo pasa en tu país.

Violeta araña ahora el empaque del libro. Luego se le ocurre decir:

—Lo que pasa es que, como en tu pueblo, en Colombia hay gente que dice primero Dios, después mi madre y después yo. Es un país muy rezandero, intolerante e hipócrita. Por eso a los homosexuales les resulta más fácil vivir en un sitio donde no los conozcan. Como José, por ejemplo. ¿O por qué crees que te esconde tanto de mi madre?

—Qué obstinación. Me cuesta entenderla. ¡Me mortifica! Pero algún día tendrá que saberse.

—Es lógico que tema.

—Temores siempre habrá, yo los sigo teniendo. Da miedo sentirse único en el mundo, castigado con ciertos sentimientos, se está siempre como en peligro, se es más vulnerable, pero eso no le da la razón para mantenerme en las tinieblas.

—No te amargues por eso. Piensa que a veces lo marginal termina siendo más libre, más puro. Es mágico, dramático tal vez, pero así es. ¿Sabías que se concede asilo político por eso?

—Yo estuve a punto de pedirlo, pero me arrepentí. Es como un premio con castigo, te toca renunciar a ir a tu país como cinco o siete años.

—Pero tú tienes papeles.

—Sí, los tuve que comprar.

—¿Los compraste?

—¿Por qué crees que se me ha hecho un lío ahorrar y tuve que ir a vivir con tu hermano?

—¿Cómo así que los compraste? ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Qué significa eso de que te fuiste a vivir con José por ahorrar?

—Es una manera de decir. ¿No has oído que el dinero lo compra todo? Corruptos hay en todas partes y en caso de desesperación a uno no le importa hacerles el juego. Andar tranquilo por estas calles vale, y aquí uno vale más si está legal, por lo menos no te explotan tanto en el trabajo y no andas temiendo a toda hora.

Violeta se detiene por un momento en la conversación, pero no quiere que se acabe.

—¿Y como cuánto pueden costar? —pregunta luego.

—Depende. Tres mil, cuatro mil...

Por un instante, a ella se le atraviesa en la cabeza la pregunta ¿el portátil o la visa?

—¿Y José sabe que compraste la visa?

—Ni que se entere. A él las cosas ilegales no le van. Es muy recto con la autoridad de este país.

Violeta corresponde a la confianza de Marcelo con la suya propia.

—O sea que tú tienes los contactos.

—Siempre hay quien lo lleve a uno hasta donde quiera llegar.

—¿Y tú podrías...?

Y ahí es cuando a ella se le zafa contarle a Marcelo su secreto y él queda enterado de que no son seis sino dos los meses de permiso que tiene estampados en la tarjeta de inmigración.

—El problema es que no podría comprar el portátil, aparte de que me da miedo quedarme sin dinero, depender solo del trabajo que pueda conseguir —explica Violeta después de darle a él un listado de razones innecesarias sobre por qué no quisiera regresar a su país—. Claro que tengo el apartamento en Medellín y tal vez si...

—Pero tú podrías asilarte. Con tu historia y de donde vienes. Y no tienes apegos por tu tierra. Si quieres vamos a las Naciones Unidas y reclamamos un formulario para aplicar Elegibility For Asylum. Claro que, te lo advierto, puede tardar meses conseguir estatus de refugiado. Tú verás.

—Tocaría mentir.

—Si eso te sirve para conseguir lo que quieres...

—Ay no Marcelo, yo no soy así, y aunque he sido rebelde no me gusta irme en contra de la ley, así venga de un país donde desobedecerla es lo usual. En eso soy como Józse, nos lo enseñaron en la casa.

—Mi abuela, que en paz descansa, decía que solo había dos grandes mentiras en la vida y el mundo por las cuales uno debía preocuparse, la edad y el futuro.

—Esto es serio, Marcelo.

—Ella hablaba muy en serio. Piénsalo. Tenía razón.

—Ignoro si lo uno o lo otro sea mentira o verdad. Solo sé que de la mentira nada bueno sale, aunque fue mi manera de ganarme la vida en los últimos años.

—¿Luego no trabajabas en una agencia de publicidad?

—Por eso mismo.

—Para mí las mentirillas fueron una tabla de salvación en la niñez. Me evité muchos castigos y logré llamar la atención de mi madre cuando quise.

Violeta mira fijamente a Marcelo.

—¿José sabe que has faltado estas noches?

—Por mí no se ha enterado. Es la ventaja del teléfono personal. ¿Te ha dicho algo?

—No no, nada.

—Es mejor no contarle.

—¿Por qué?

—¿Para qué? Se pondría celoso y no hay motivo. Es muy posesivo. Para qué hacerlo sufrir innecesariamente. Amar es evitar que alguien sufra, y si para evitarlo hay que decir mentiras, bienvenidas sean.

—Ay no, qué descaro. Yo no puedo creer lo que estoy oyendo. Esto parece un chiste cruel. Pobre José. Los dos lo estamos engañando. En qué momento pasó todo esto.

—No te alarmes, deja los escrúpulos. Son tan solo mentirillas piadosas. ¿O vas a contarle lo tuyo?

—No, ni riesgos, todavía no. Ojo Marcelo, cuidado me haces quedar mal.

Violeta limpia con la cucharita la última espuma que ha quedado en las paredes del pocillo y la mezcla con el residuo del capuchino.

—Está casi frío... Bueno, ya que hemos estado hablando con tanta confianza, tengo una curiosidad Marcelo. ¿Puedo?

—Dila no más.

—Espero que no te incomode. Es que, quisiera saber. ¿El comportamiento de un hombre con otro es diferente al de hombre-mujer? ¿Se ama y se vive distinto?

—No sabría decirte. Jamás me he enamorado de una mujer.

—¿Nunca, nunca? He leído que muchos homosexuales, sobre todo del género masculino, aceptan que su pareja tenga o haya tenido relaciones con una mujer. ¿Nunca las has intentado? ¿No has tenido la curiosidad?

—Un día Paloma me dijo que si quería ensayara con ella a ver si podía hacer algo con las mujeres. Acepté, pero solamente

sentí cosquillas en las nalgas cuando trataba de... bueno, ya te imaginarás. Le dije que mejor hiciéramos de cuenta que éramos hermanos. En verdad ella es como mi hermana. ¿Por qué preguntas?

—Por nada en realidad. Bueno, es que también existen los bisexuales. Los que diferencian entre homosexualidad y heterosexualidad y eventualmente pueden...

—Nada, para mí es lo mismo. Las mujeres en mi vida cuentan como han contado Lourdes Cabanes, Paloma y posiblemente tú, si algún día aceptas que podrías ser mi hermana. Tan solo eso.

Marcelo cambia de tema

—¿Es este el curso que piensas llevar?

—Ah sí, se ve bueno. Y eso otro que tienes ahí, ¿vas a llevarlo también?

—No, lo busqué para ti. Mira.

Marcelo le pasa la caja con el juego de cds sobre relajación.

—Está en castellano. Es un curso para olvidar el pasado, vivir el presente y programar el futuro. Son cuatro discos. El número uno es sobre control de ansiedad. Solo te llevará treinta segundos cada día.

Violeta toma la caja y lee por encima “Método de relajación-Técnica yóguica ¿Te gustaría practicar un método de relajación anti-estrés en cuarenta y cinco minutos cada día? Te enseña a decidir tus sensaciones, sentimientos y acciones, a ser el dueño de ti mismo. Aprenderás a relajarte fácilmente y de forma rápida. Incluye un anclaje de seguridad”. Luego la suelta en la mesa y dice que no le interesa. Marcelo vuelve a tomarla e insiste.

—Aquí dicen que el cerebro funciona por electricidad y que con esto puedes situarlo en frecuencias entre catorce y siete hertz. Normalmente tenemos veintiocho, que equivale como a un espasmo muscular. Mientras más alta la frecuencia, más

nerviosos nos ponemos y más dispersa está nuestra mente. En siete nos quedamos dormidos, en cuatro es sueño profundo y en uno punto cinco es estado de coma. O sea, vas a estar más tranquila y concentrarte más.

—Ay Marcelo. Tú te dónde saliste. ¿Para qué quieres que compre eso?

—Me dijiste que estabas aprendiendo a relajarte.

—Sí, y ya sé como hacerlo.

—Pero el otro día vi que te sacudiste y te tapaste cuando estallaron los carros en la película. Y dejaste de comer los pimientos rojos después de que viste cómo ardían en la llama de la estufa. Y qué me dices del día en que vimos en la tele la noticia de aquel ataque y te fuiste llorando para la habitación ¿ah? Ahí hay algo por resolver. Además, no duermes bien, y dormir mal disminuye la concentración, nubla el pensamiento, merma capacidad para tomar decisiones y tú haciendo una novela es cuando necesitas...

—¡Ay, ya, basta Marcelo! ¡Qué clase de persona eres tú! Mis asuntos son mis asuntos y son más complejos que este cursito. Tranquilo que me las estoy arreglando, yo sé lo que tengo que resolver, lo tengo muy claro y voy muy bien, estoy a punto porque hace mucho tiempo ¡años! vengo trabajando en eso. Y en estos días he hecho muy buena catarsis en el parque y encerrada sola en ese bendito apartamento. Te agradezco mucho pero no me interesa.

En el tono de voz de Violeta, Marcelo deduce el enojo que le ha despertado. Ella parece incapaz de hablar más y de seguir en su compañía. Sería mejor tenerlo lejos en este momento. Sin embargo, le propone que vayan a ver lo del portátil, a lo cual Marcelo contesta con un débil “como quieras”.

Con su rápida y extraña capacidad para sobreponerse y cambiar de ánimo en segundos, Marcelo recoge sus cosas y se levanta de la mesa, diciendo muy entusiasmado, como si nada:

—O vamos a pedir el formulario para el asilo. Ah, y las dos torres, íbamos a ir allá también. ¿A dónde vamos entonces Violetica. ¿Te puedo decir Violetica?

—Paguemos y mientras tanto decido.

Cuando bajan por las escaleras eléctricas hasta la registradora del primer piso, Violeta se queda mirando los hombros de Marcelo, que va adelante de ella. Piensa en lo que le ha contado. “Qué vida y qué lengua”, se dice. Concluye que a pesar del final de la charla, ha sido una buena tarde, ideal para ella tan aficionada a conocer vidas ajenas; una tarde necesaria, como necesario era conocer algo del hombre que vive con su hermano y cuya vida se le estaba haciendo un misterio. Mucho de su mundo seguirá en la oscuridad pero con su historia le ha aclarado algunas con respecto a la vida de José Luis, el hermano con quien ella nunca ha conversado ni conversaría de esa manera sobre sus intimidades, el hermano que seguramente habrá pasado por sentimientos similares a los que Marcelo le ha confesado hoy. Por un instante se plantea, por primera vez, el aislamiento de José Luis; piensa en que su soledad ha podido ser mayor que la vivida por ella en Campoalegre y que tal vez la vida de él haya podido ser más azarosa que la suya. Concluye dándole la razón a quienes hablan de la ley de la compensación y recomiendan conocer otras vidas menos felices y más difíciles para poder cotejarlas con la de uno. Al llegar a la registradora ya se le ha ido el enojo con Marcelo.

—Hagamos un solo pago —le dice sacando la billetera y entregándole los veinte dólares que cuesta su parte. Al ver la billetera de Violeta, Marcelo se queda boquiabierto. Después de pagar y recibir el paquete, le pregunta por qué anda con todo ese dinero.

—No tengo cheques. Y la idea era hacer la compra hoy. ¿Es peligroso?

—Realmente no, es que me sorprende, no pensé que tuvieras tanto dinero.

—Me sale más costoso usar la tarjeta de crédito y pagar en Colombia. Y me pareció peligroso dejarlo en el apartamento.

—Estaría más seguro allá.

Violeta mira con cierta angustia su bolso y trata de acomodar todo adentro muy bien.

—¿Entonces nos devolvemos? Es mejor no andar con esto, ¿cierto?

—No, andemos con cuidado. Oye, pero tienes que resolverlo. José Luis podría depositarlos en el banco y que te dé cheques en blanco.

—¿Cheques en blanco?

—Tú sabes cuánto tienes y de cuánto puedes disponer. Y hay confianza. Son hermanos.

Al salir de la librería caminan sin rumbo. Violeta aún no decide a dónde van. Se ha quedado pensando en si la confianza de su hermano llegará hasta el punto que propone Marcelo. “Cheques en blanco. ¡Qué ocurrencias las de este!”, se dice.

Las calles de Manhattan con su gente le recuerdan su vida de antes, la hacen sentir extraña y pensar en que a esta hora otros, en Medellín como aquí, como estuvo ella tantos años, se encuentran encerrados trabajando en tediosas oficinas, mientras ella pasea tranquilamente por una calle sin preocuparse por el tiempo ni las medias veladas ni los tacones, en ropa informal de domingo sin ser domingo. ¿Quién es ella en este momento?, se pregunta. No se siente turista como para ponerse a comprar baratijas y vivir la deliciosa y ociosa ansiedad consumista de los que descrestados por la arquitectura y las vitrinas van de un lado a otro y cruzan obedientes las calles en las esquinas de los semáforos. Tampoco es una inmigrante, legal o ilegal, mucho menos residente o nativa como para contar con una vida armada, estructurada, una rutina como la que tenía antes y que se nota en esos neoyorkinos serios, indiferentes a los turistas, reconcentrados en sí, que no se detienen en vitrinas

pero que obedecen también el verde o el rojo de los semáforos. Marcelo entra en la tienda para comprar un par de botellas de agua pues han decidido caminar hasta el sitio de las Torres. Violeta se queda afuera, parada junto a la vitrina del dely, mientras observa la ciudad de las tiendas, los restaurantes y los luxury buildings de apartamentos; de los avisos gigantes y luminosos que le gritan que la agencia del señor Cortés se quedó corta en creatividad y exceso publicitario; la ciudad que no puede verse desde las ventanillas de los trenes. Debajo del pavimento que ella pisa corre agitado el mundo del subway donde todos van buscando trenes, entrando y saliendo de ellos, durmiendo, comiendo, leyendo, pensando, soñando, anhelando cosas, tal vez recordando el pasado, absorbiendo lo que ven, como Violeta; otro mundo vive debajo con millones de pasajeros que día a día, hora a hora, minuto a minuto se riegan por las estaciones como hormigas y que como bichos van para allí y para acá, en esa enorme telaraña que son las líneas de trenes. Ahora ella va por encima de la telaraña subterránea, caminando bajo un cielo azul y no en medio del oscuro entramado de las estaciones. Va por esas aceras que vibran con la gente, saboreando el agua helada que Marcelo le ha entregado. Camina al lado del amante de su hermano, mira la ciudad que pasa ante sus ojos, la ciudad de todos donde ella no le importa a nadie, excepto a su hermano. En esta tarde de martes la ciudad empieza a mostrársele con otro semblante y ella la observa para corroborar si es verdad lo que dicen algunos de que es asfixiante, costosa, consumista, pornográfica, indecente, alienada, ignorante y artificial. Mientras se dirige hacia la huella de la catástrofe, en el World Trade Center, observa las calles como si fuera un flaneur de los que mencionaba Baudelaire; recorre el lugar curioseando como el contemplador del siglo XIX, deriva por bulevares y galerías sin mayor derrotero que el de su afán voyerista, con el regocijo de ese deambular sin

propósito. Ciudadana, espectadora y lectora al mismo tiempo del ambiente urbano, no se siente ahora parte de la multitud que la rodea sino al margen; aunque es un *passant*, *peatón*, *transeúnte*, *passer-by*, *temporary resident*, *pedestrian* como los otros, va observando y registrando la Manhattan que no le pertenece; leyendo y tratando de traducir esa ciudad que late ante sus ojos como un paisaje que es tan solo escena; donde los patinadores, los caminantes de la ciudad globalizada del siglo XXI, se apropian del pavimento y las aceras sin pisarlos y disfrutan de su condición de mantenerse en constante movimiento. Mirona ociosa y callejera ha sido siempre Violeta, pues el mejor *flaneur* es un periodista o un escritor. Claro que aquí la actitud es desprevenida y libre, no está atada al tiempo ni al propósito del viaje como cuando iba por los pueblos recogiendo datos para sus crónicas. En realidad, hasta hoy pocas veces se había comportado así, como esa noche en la Policlínica con Beto, Memo y Lucho donde vieron entrar al hombre con el cuchillo enterrado en la cabeza. Hoy lo hace en un escenario muy diferente, contemporáneo, donde sectores de clase trabajadora han cedido el espacio a los magnificent luxury apartment buildings, a la masiva renovación urbana de Manhattan, las costosas boutiques y los exclusivos edificios residenciales, la gentrification que obliga a sacar a los pobres para que entren los ricos y se impongan, como es la ley en el mundo entero. Una vieja barbería puede lucir como una mancha en el vecindario y más aún si al lado ha sido abierta una peluquería de moda; pero contradictoriamente también puede verse fuerte, como la lavandería, la zapatería o el negocio familiar que insiste en quedarse, resiste, y a los ojos de un turista, como Violeta, le da sabor a un sector; en alguno de ellos, de repente, puede llegarse a una cuadra donde los avisos están escritos en español y los sonidos de la música salsa vibran en una que otra ventana. Así es la ciudad habitada por perso-

najes de la televisión, que tiene calles llamadas Edgar Allan Poe y donde los cruceros vomitan turistas del mundo entero.

—Dieciocho millones de personas entran a Manhattan cada día —dice de pronto Marcelo. Tal vez ha leído algo de perplejidad en la cara de ella con el espectáculo de gente que pasa a su lado.

—No imaginé que hubiera tanto vendedor ambulante. No los recordaba de mi primer viaje.

—La mayoría son inmigrantes. Y no les faltan compradores, así vendan cachivaches viejos.

—¿Y en el invierno qué?

—Todos los días del año las calles están repletas de ellos. Ya son como un símbolo de esta ciudad.

—¿No los molestan en algunas zonas?

—Si tienen los permisos, no. Pagan como doscientos dólares al año. Lo sé porque estuve a punto de conseguirme una licencia para vender hotdogs con un amigo. Los únicos que no tienen que pagar son los veteranos de guerra, y les dan las mejores zonas, las de más concurrencia.

—Son legales entonces.

—No todos. Ahora quieren pedirles documentos que demuestren que sí lo son, por las políticas de seguridad después del ataque a las Torres. Pero hay muchos sin permiso, por todas partes, aquí en Manhattan, en el Bronx, en Queens. Trabajan sin documentos. Es un asunto de empleo. ¿Por qué te extraña? ¿Acaso en tu país no hay?

—Por montones. Solo que no pensé encontrarme aquí lo mismo. Mira a ese por ejemplo. Igual pasa en nuestras calles.

Marcelo observa al hombre que vende discos piratas en una mesa portátil.

—Seguramente el mismo los ha quemado —dice—. Llegará el momento en que no haya espacio para ninguno, sobre todo aquí en Manhattan. Los sacarán como si fueran una vergüenza.

Esta ciudad cambia cada día, se convertirá en un exclusivo centro comercial al aire libre para los ricos del mundo. Aunque pierda el carácter.

—Y por lo que veo ha echado las adicciones a la calle —dice Violeta al referirse a los hombres y mujeres que afuera, en las puertas de los almacenes, los bancos, los edificios de apartamentos, fuman desesperados, solitarios, ansiosos.

—Pero adentro en los apartamentos quedan otras peores. La televisión, por ejemplo. En este país aniquila millones de cerebros con programas idiotas. Y ni qué decir de los adictos a las cartas o a la ruleta. Y están los adictos al sexo refugiados en sus alcobas amparados en Internet por donde peregrinan en busca de imágenes que satisfagan sus más soterrados deseos.

—Vaya frase. ¿De dónde la sacaste? ¿Es el parlamento de alguna obra?

—En realidad, no. La leí en el periódico. Y decían que la adicción más nueva es la del celular y que pronto nos llevará al diván de los sicólogos, pues hace parte de las adicciones de la globalización que recuerdan la soledad de los ciudadanos de hoy.

—Por lo que veo esa adicción se pasea mucho por las calles.

—Va amarrada a la cintura pero también duerme debajo de las almohadas.

—Lo peor de los celulares es que interrumpen la vida. A mi papá le gustaban mucho los inventos, pero creo que le hubieran fastidiado. Que navegan por Internet, envían mensajes a otros celulares, registran citas, fechas importantes, sirven para jugar, oír música, reproducirla, copiarla, grabar videos, sintonizar emisoras de radio e incluso ver televisión. Qué desespero.

Siguen caminando silenciosos. Una muchacha oriental va al lado hablando en su idioma de palabras golpeadas, de sonidos altos y bajos. Cada cierto tiempo separa el teléfono de su oreja y lo pone en frente de la ardilla urbana, la vitrina,

el aviso o cualquier otro motivo para fotografiar. Después de entretenerse observando a la chinita, japonesa o coreana, vaya usted a saber qué será si todas lucen igualitas, Violeta se lamenta, pregunta si falta mucho para llegar a las Torres. Sus pies no dan más.

—¿Por qué te cansas tanto?

—No sé. Tal vez porque me tocó caminar demasiado de un lado para otro por esos pueblos calientes.

—Ya estamos aquí, mira.

Violeta permanece callada. Sus ojos ven el cráter que detrás de las mallas permanece aislado pero casi intacto, como la cicatriz de un gigante, gritando dolor y crueldad. Incluso los transeúntes ordinarios no pueden evitar detenerse para ver el inmenso hoyo como testimonio de lo ocurrido. Los ojos de Violeta, toda su cara, toda ella, se alarman más al ver a los turistas sacándose fotos en el escenario que dejó en evidencia que nadie, ni los americanos, tienen la respuesta para saber cómo protegerse de los peligros de una era de terror, muerte, pavor, espanto, horror, atrocidad, pánico, miedo, muerte, asesinato, martirio, desaparición, aniquilamiento, ruina, eliminación, homicidio, crimen, erradicación, caída, trance, fin y destrucción. A pesar de ello, ahí están los contingentes de turistas empujándose, dándose empujones para mirar a través de las ranuras de los muros falsos que ocultan la cicatriz. Para las hordas de turistas orientales es un lugar más por ver, quizás intuirán que hacerlo es rudo, obsceno, crudo, primitivo, pero les puede más el deseo de asomarse. Violeta no puede con eso. Siente vergüenza y pavor.

—Al otro día el aire todavía olía a ruinas ardiendo sin llamas —le oye decir a Marcelo.

Violeta recuerda el olor de la explosión en su casa que la persiguió por años, que aún la persigue.

—El Puente de Brooklyn estaba sin tráfico —sigue contando Marcelo—. La vista de Manhattan al final del puente no era la misma. Había banderas de Estados Unidos por todas partes.

Cinco días después seguía la peregrinación, la ceremonia de las velas y las flores. Era imposible venir hasta aquí. Nosotros estábamos demasiado apenados y asustados. Horrorizados. La ciudad tuvo que arreglárselas como pudo. Le tocó enfrentar todo con sus bomberos, policías y paramédicos. En tan solo ciento dos minutos se demostró la debilidad de una ciudad y un país tan poderoso. Claro que en pocos días la vida continuó como si nada. Lo supe por la transmisión del partido de fútbol y la página de las bodas de los domingos en el periódico. A mucha gente la compensaron. Hubo quienes recibieron más de un millón de dólares. Al fin y al cabo la principal causa de tanto muerto fue la falla de la autoridad para prevenir el terrorismo. Es lo que dicen.

—Voy a llorar —dice ella de pronto.

—Pues hazlo.

—¿Aquí?

—Dónde más. O es que necesitas un escenario.

—¡Marcelo!... Digo, ¿delante de ti, aquí en la calle? Es algo que se hace a solas.

Marcelo la mira desconcertado y empieza a andar después de hacer un gesto con el cual ha querido decir “esto es el colmo”. Ella lo sigue.

—Es que lloraría mucho y qué dirá la gente —se explica Violeta.

—Sobre todo aquí. Medio Nueva York va a salir a ver cómo lloras —dice él con ironía.

—Te incomodaría a ti.

Marcelo se detiene y vuelve a mirarla.

—Oye, por qué piensas tanto sobre un sentimiento. Si tienes ganas de llorar, tan solo llora.

—Esperaré a estar en casa.

—Como quieras. Allá tú si te aguantas.

Sin embargo, como era de suponer, Violeta es incapaz de reprimirse. Después de unos segundos de caminar en silencio, se detiene, voltea a mirar al sitio y camina hacia allá, como devolviéndose. Va llorando, sintiendo que ha perdido el control de sí misma. Marcelo la deja irse. El policía de la patrulla en el semáforo se percata de la escena y la observa desde su auto. El semáforo pasa a rojo. Ahora ella está tosiendo, con una tos que parece ahogarla. Marcelo se da cuenta, se arrima, va en su ayuda, intenta abrazarla, ella lo rechaza con un manotazo, sigue caminando. Él vuelve a intentarlo, nuevamente ella lo rechaza. El policía se extraña. El semáforo está en verde ahora. El uniformado aprovecha. Se acerca lentamente en su patrulla. Es como si se dijera “Aquí pasa algo que no está bien”. Cuando los alcanza y logra un punto para orillarse, se baja y se dirige hacia ellos. Al percatarse, Marcelo se alarma.

—Van a creer que te he hecho algo —alcanza a decirle a ella y le pide que se calme. Luego le advierte que se acuerde de que es una turista que va a regresar pronto a su país.

—¿Te das cuenta por qué quería dejarlo para después? —alcanza a decir Violeta en medio de la tos y limpiándose las lágrimas con los dedos—. Y ahora qué hago con esta tos.

—What’s wrong? —pregunta el policía que ya está delante de ellos.

—Es que estuvimos allá y se impresionó mucho porque a ella también le han tocado ataques terroristas en su país —explica Marcelo.

De todos modos el policía les pide los documentos, los verifica, mira a ambos. Violeta saca los pañuelos de papel y se suena la nariz con fuerza. Se seca la cara. Se limpia como puede la pestañina que imagina regada alrededor de los ojos. Se le han quitado las ganas de seguir llorando. El policía la mira. Le sonrío.

—It was a terrible thing —le dice. Y se va.

—¿Te asustaste? —le pregunta ella a Marcelo al ver su cara descolorida.

—Algo. El temor es inevitable. Al fin y al cabo mis papeles tienen su problema. Siempre temo que me descubran.

—Debe ser como andar con el temor de quien comete un pecado o un pequeño delito y no ha pagado por él.

—Más o menos.

—¿Y así me estás recomendando hacerlo? Ay no Marcelo, qué susto.

—¿Quieres irte ya para el apartamento? Podemos dejar la ferretería para después.

—No, entremos. Jóse vuelve en una semana y quiero darle la sorpresa con la nueva repisa en la cocina. Verás como todo quedará más ordenado y funcional.

—Vamos entonces y luego nos devolvemos en el tren.

Al cabo de unos minutos de ir por la calle mirando vitrinas bajan las escaleras de una estación del metro y se pierden de vista.

—¿Te quedas esta noche entonces? —pregunta ella mientras esperan el tren.

—Sí claro, ya no te dejaré más sola, y menos hoy después de la tristeza que te ha dado.

Y él toma sus dos manos entre las suyas y se las aprieta fuerte, mira para otro lado, se queda ido, como pensando en algo que tiene que decirle. Vuelve a abrazarla y a besarle la frente, pero no le da el beso que ella espera; ella tampoco es capaz de dárselo, mucho más teniendo en cuenta su principio de no forzar las cosas. Si el beso no surge de manera natural, es mejor dejarlo en la intención, en el deseo.

También sin querer, y aun queriéndolo tanto, Violeta le rompió el corazón al pobre Andrés. Se lo destrozó. Pero qué más podía hacer si él insistía e insistía con la boda, “ahora que dejaste ese trabajo y no hay nada que nos complique la vida amor mío, casémonos entonces ¿sí?, no te preocupes que ya encontrarás algo estable, yo soy capaz de mantenerte, este año se vendió mucho aviso y el próximo año va a estar mejor porque ya le amarré los doce meses a tres agencias”, y a Violeta se le acabaron las excusas para seguir haciéndose la boba cuando él pedía escoger fecha en el calendario o le traía la última separata de vivienda del periódico “para ver si aquí sí te gusta que compremos el apartamento, mira que ya hace dos meses me hicieron el préstamo y hay que invertir esa plata porque si no me va a tocar devolverla”, hasta que ella se atrevió a decirle “devuélvela y los muebles que compramos también”, aun queriéndolo con amor sincero, pues jugando no estaba, ni con los sentimientos de él ni con los de nadie. ¡Jamás! Lo quería, le gustaba y lo deseaba, por supuesto; de otra manera no habría podido besarse con él durante horas, excitarse con su respiración y su olor, temblar en su piel, parecerle más bueno dormir a su lado que sola, así fuera en medio de ese olor sombrío a desinfectante de los moteles. ¿Que no lo quería? ¿Entonces por qué a su lado se sentía invencible, olvidaba todos sus males

y los males del mundo, y no podía encontrarle defectos a la vida de la misma manera que no los podía hallar en él? Cómo no iba a querer al que le decía, así fuera plagiando una canción “tú tienes todas las cosas que Dios hizo lindas en una mujer”, al que la hacía sentirse orgullosa de sus pecas y renunciar a las tinturas en su cabeza, a quien lo cursi le sonaba a poesía cuando le susurraba al oído “lindas e infinitas pequitas que me hacen pensar en las estrellitas que se ven en el firmamento y ojalá perduren por siempre en tu piel, así como el color de tu cabello que es sinónimo del amor, pues el amor también es rojo como tu pelo mi Violetica linda venida del cielo”. Si no lo hubiera querido de verdad, como le dijeron Brenda y Teresa, ¿por qué Violeta sentía como si le faltara una pierna o un brazo cuando los viajes la privaban de la presencia y la figura de su Andrés? ¿Por qué desde el momento en que le dijo que devolviera los muebles y él no volvió a determinarla, hubo pesadumbre, melancolía, nostalgia, desdicha, aflicción, desconsuelo y amargura en su espíritu, en su cuerpo, en su alma, en su corazón, en su vida entera, un agobio y un pesar que quebrantaron la vida por un año y solo muy lentamente fueron despejándose, dejándole la huella del arrepentimiento porque ¿cómo tener paz sabiendo que hay un ser en el mundo con el alma en pena y la vida hecha pedazos por culpa de uno y a son de un capricho, así no fuera capricho como decían? De no haberlo querido habría podido perdonárselo. Sin embargo, nunca hubo perdón, ni de él para ella, ni de Violeta para sí misma. Ella se quedó corta en imaginar que en su Andrés querido el dolor iba a volverse rencor en vez de amistad, que con él iba a ser irrealizable su idea de seguir pasando bueno siendo novios no más, por el resto de la vida, o que después del rechazo iba a ser posible ser amigos como lo era Eva con su ex marido, como lo hacían las parejas civilizadas. Peor aún. La vida la castigó con desear saber de él, pero jamás volverlo

a ver, y con hacerlo a él capaz, como no a ella, de echarla del todo en el olvido. La condenó a mantener cerrados cajones para no hallar recuerdos, esos recuerdos que no eran cada día más dulces, como en la canción de Serrat, porque el olvido ni siquiera se llevó la mitad, se los dejó todos a ella y durante años se negó a llevarse siquiera una parte de la historia de Andrés. La soledad le sobró, más que el remordimiento guardado en el apartado de culpas de su conciencia, y esa soledad persiste hasta ahora y se ha venido con ella hasta Nueva York. Ahora es más liviana pues otras cosas peores le han ocurrido después de Andrés, unas cosas peores que, sin embargo, no le han arrebatado del todo la confianza en el destino. De él espera que el día menos pensado traiga hasta su puerta al héroe de su vida, pues así como Eva dice que el dolor puede entrar solito a la propia habitación, de la misma manera ella cree que puede hacerlo el amor, como seguramente habrá llegado a la vida de Andrés la mujer de sus complacencias, allá en la capital, a donde pidió traslado para no correr el riesgo de encontrarse con la que le hizo añicos el corazón y le dejó el orgullo tan ofendido a un hombre tan sincero, leal y bueno como Andrés quien para colmo era “buen mozo, responsable y trabajador”, al decir de la mamá y el papá quienes otra vez, como el día de la escogencia de la carrera, corrieron a sentarse en el comedor para escuchar la noticia que Violeta les tenía, se sentaron ávidos, ansiosos, nerviositos, sin imaginarse que a la frase “me caso” que esperaban oír, su hija querida podía anteponerle un no que significaba que la última por casarse se le había quitado al partidazo que se presentía mucho mejor que el de Brenda y el de Teresa. Y entonces la mamá dijo angustiada “Ni para el periodismo ni para el matrimonio y ya estás en los treinta, ¿entonces qué vas a hacer en la vida?, ¿qué va a ser de tu futuro Violetica?”, y el papá calmado le dijo al oído “esperemos a ver si sale con el otro libro, ¿te imaginás con una escritora de verdad en la casa?, eso es mejor que una cronista

de periódico derecho”, y después ambos al unísono salieron con una nueva versión de la frasecita famosa. “No estamos de acuerdo, pero nos toca respetar tu decisión”, dijeron y ni una palabra más se pronunció en ese comedor. Sin embargo, en el cuarto, papá y mamá junticos, antes de caer derrotados, esta vez por el sueño real que cierra ojos y entendimiento, concluyeron el asunto, ella diciendo “mejor que no se case como las otras dos, qué bobada, todavía está muy joven, aunque qué pesar de ese muchacho, era una joya”, y él agregando, antes de mandar al aire el primer ronquido de la noche, “pesar de nuestra Violeta, tan de buenas como ha sido en la vida y botando las oportunidades, puede que cambiar de actividad le haga la vida más interesante, pero quedarse sola, no”, y la mamá cerró el asunto suspirando y diciendo “cuándo nos irá a hacer caso”, sin entender que en asuntos de amores un tercero sobra, para todo propósito. Por eso Violeta tampoco le consultó a Eva el asunto. Simplemente llegó a contárselo cuando ya era un hecho. Entonces le dijo:

—No vuelvo a conseguirme novios tan retacadores. Me caso después de los cuarenta con un hombre que ya no tenga expectativas de hijos. Porque sola del todo, tampoco. Y yo prefiero un hombre a una mascota. Con perdón suyo, Eva, ahí dejamos de ser almas gemelas. Mi mamá me lo ha advertido y en eso sí pienso hacerle caso. El otro día me dijo toda asustada que cómo no voy a volver a conseguir novio, que una mujer puede pasar por la vida sin hijos, que no es estrictamente necesario tenerlos, que hasta se está mejor sin ellos porque se puede tener la propia vida, pero que sin un compañero no debo quedarme y que ya me daré cuenta de que el amor es lo que cuenta. Me advirtió que no me fuera a quedar sola para poder morirse tranquila.

—A lo mejor yo termino haciéndole caso a tu mamá también.

—¿Volvería con don Leo?

—En cuestión de amores nunca se sabe... A ver, pero si ya no tienes a Andrés, ¿qué tal estudiar? Podrías hacer una maestría en literatura.

—¿Para diseccionar obras como los teóricos y los críticos? Le perdería el gusto a los libros. Ay no, qué pereza estudiar, la universidad está muy lejos del mundo real. Ustedes los profesores hablan muy bonito pero... No Eva, yo ya decidí lo que voy a hacer. Voy a meterme a psicoanálisis. Me recomendaron un psicoanalista muy bueno que...

—¿Vas a gastarte la liquidación en eso?!

—¡Pero las pesadillas y el insomnio qué! Con razón mi mamá me decía te vas a enloquecer con ese trabajo, tú no puedes con eso, tanta muerte enferma.

—Ya te saliste.

—Sí, pero todo eso se quedó ahí.

—Refúgiate en la escritura. Eso te enriquece. Te conocerás más por lo menos.

—Me siento tan extraña. Mi último cuento parece una crónica. Qué tal. Usted me criticaba las crónicas porque eran cuentos y don Manuel Mejía los cuentos porque parecían crónicas.

—Aprovecha. Ya no llevas la camisa de fuerza del periodismo. Puedes escribir sobre lo que quieras y de la forma que mejor te parezca, usar los adjetivos en vez de evitarlos, regodearte en las cómodas aguas de la imaginación. Atrévete.

—Tampoco puedo quedarme volando del todo. ¿Y la subsistencia qué? Después de la cortada con Andrés no quisiera aparecerme por esas agencias.

—Debes buscarte algo que te haga vibrar. Nada destacado sale de algo hecho sin pasión.

—¿Aquí? Aterrice Eva que yo ya aterricé. Claro, como usted tiene el trabajo en la U. que es eterno. Perdón, pero así es en la de Antioquia con los profesores. Les escrituran el puesto.

—A ver, qué tal ser correctora de estilo de editoriales, editora, redactora de textos para boletines y publicaciones empresariales. Freelance de revistas. Eres disciplinada y responsable, estoy segura de que no le perderás el respeto al tiempo y sabrás organizar tus días.

—¿Freelance? Yo necesito un empleo en serio. Mis papás estaban tan hartos con mi trabajo como yo con mi insomnio, pero no quiero ser una mantenida. Además, necesito irme a vivir sola. Luciano me va a enloquecer con la batería que le dio José. ¿Quién se concentra así?

—Eso sí debe ser complicado. Pasaste de un infierno a un infiernillo entonces. Al menos trata de no complicar otra vez tu vida, ponte una meta, máximo dos, recuerda que...

—Sí, ya me lo grabé Eva, lo apunté en todos los cuadernos. Concentración ante todo, el que se mete en muchas cosas no podrá sobresalir en nada, no hay que hacerlo todo, solo se consigue sentirse abrumado.

Abrumada quedó Violeta con el tercer correo de Eva que decía:

Hola Violetica. Ayer puse la denuncia contra el muchacho. Qué problema me he ganado. Ahora resulta que la mala soy yo porque no soy capaz de perdonarlo. Les dije: si el perdón invalida la justicia, entonces no creo en el primero y me quedo con la segunda. Jamás le haré el juego a la impunidad, por insignificante que sea el delito. Pero esto aquí es así. Sin ley, sin castigo. Que cómo voy a perjudicar así al muchacho, me dicen estudiantes y profesores. Hasta la decana me llamó para que reconsiderere, que deje eso así y dialogue con el muchacho. Dialogue. Parranda de sinvergüenzas. Claro, como el profesor del perro cedió, ahora creen que yo debo hacer lo mismo. Pero no voy a hacerles caso. Son mis principios contra la opinión de ellos, los unos

sagrados y la otra caprichosa. Que aprenda la lección por haberme envenenado a mi querida Marco Polo. Y que me respeten. Así sea a la brava, me hago respetar. Gracias por tus mensajes. También con esto me he estado acordando de muchas cosas. No te me has desprendido de la mente en estos días. Tal vez sea la manera de acompañarnos. Solo que me ha dado vergüenza caer en la cuenta de que tú has pasado por tragedias de verdad y yo armando alboroto por una gata... Pero era la gata que yo amaba. ¿Te das cuenta de que volvemos a lo mismo? El amor, los afectos, lo esencialmente importante. Da fuerza, alegría, es la vida. Ahora que Marco Polo no está conmigo lo corroboro. Un gesto de ella me sacaba muchas veces de rabias y tristezas. Su sola mirada me reconciliaba. No sé hacia dónde habré de mirar cuando necesite ver un gesto de esos. Tal vez por eso puse su foto, tal vez hacia allá deba mirar cuando me pase. Este apartamento no es el mismo sin ella. No hay quien se asome al balcón tardes enteras ni se encarama por las ventanas. Mi sofá empieza a quedarse sin pelos. Sin embargo, no voy a reemplazarla, y menos con un televisor, como hice con Leo cuando la conseguí a ella. Él me iba a traer otra, pero le dije que no, que me basta con sus visitas. Ahora las disfruto más. Pudo convertirse en mi mejor amigo desde que ya no tuve motivos para juzgarlo ni presionarlo ni quererlo cambiar. A Melisa no le gustará que venga con más frecuencia, como lo ha estado haciendo, pero que se entretenga con su muchachito mientras tanto. Y si no tiene con eso, que le pida una Marco Polo al marido. Bueno, te dejo. Por este asunto me he retrasado mucho con las correcciones de los reportajes de los estudiantes, mis últimos estudiantes. También por

Saramago. Me tienen atrapada sus novelas, y por culpa de ellas estoy quedando atrapada en un cerro de trabajos por evaluar. A veces me dan ganas de arrojarlos por el balcón, decir que me los robaron o ponerles a todos tres con ocho. Pero qué voy a ser capaz. Les corregiré hasta la coma más insignificante (aunque dudo que las haya como son de importantes) y les escribiré pastorales de recomendaciones aunque sé que muchos ni las leen. Así que estaré ausente por unos días del ciberespacio. Solo quería que supieras que estoy bien, a pesar de los dolores de cabeza que se me alborotaron con lo ocurrido. También a ellos les debo en parte mi atraso con las evaluaciones. A veces es como si mi cabeza quisiera aniquilarme. ¿Cómo van tus historias? Recuerda: primero el ritmo antes que el discurso y la rigidez de las letras. Como dijo, ya ni recuerdo quien, qué importa que la sintaxis y la ortografía exploten si puedes darle alas a la potencia creativa que llevas contigo. También ten presente la de Picasso: “La inspiración existe, pero tiene que encontrarte trabajando”. Y por supuesto, la consigna del maestro González: “El genio es una larga paciencia”. Fáciles las matemáticas, difícil enseñar, peor aprender la vida. Un abrazo y cuídate mucho amiga mía. Sigue disfrutado el otoño. ¿No es hermoso? Eva

Ya todo, lo esencial al menos, se lo había dicho Eva en sus clases y en sus conversaciones dos décadas atrás, pero Violeta había necesitado tiempo y vida para entenderlo. Algunas cosas apenas las estaba constatando, poniendo en práctica, como esa consigna del filósofo Fernando González, el autor más citado por la profe porque, como se los recitaba en clase “fue un pensador solitario e incomprendido que predicó la rebeldía como camino en la búsqueda de la

verdad, y así es la realidad muchachos, ya lo verán. Por eso, sean auténticos y luchen por destruir la mentira pues todo es mentira, dijo el maestro, y más la realidad colombiana y latinoamericana que es con la que ustedes van a trabajar y con la que deben estar comprometidos, aunque el compromiso principal es con la vida, así esta sea una pequeña experiencia pues, como decía don Fernando, abro comillas, dentro de la historia general del mundo, la del individuo es nada, y nada es la de la tierra dentro de la historia del tiempo y de las estrellas. Y dentro del infinito y de la eternidad ¿qué serán estas vidas nuestras?, cierro comillas. ¡Qué tal eso! Jamás una venía para el poder, niéguese a hacerlas, solo así puede llevarse la independencia del oficio. Aunque, se los advierto, no es posible aquí ejercer el periodismo y al mismo tiempo disfrutar de independencia. Y acuérdense también de que la objetividad pura no existe, eso es un cuento mal entendido, y que si hay que tomar partido debe ser en favor de los más desvalidos y la gente buena, y en contra de los malos, sea el que sea. Nada de hacerle el juego a los violadores de derechos humanos, a los corruptos, a los políticos indiferentes, a los gobernantes ineficientes. No se puede oír por igual a criminales y a víctimas... Anoten pues que yo espero... Si piensan como yo, prepárense pues no van a caber en ninguno de nuestros medios de comunicación, igual que yo. Por eso terminé dando clase... Perdónenme si me río, pero frente a una realidad como la nuestra es mejor la ironía que la desesperación. ¿Por qué creen que hemos aguantado? Me alegraré si no encuentran espacio en estos periódicos y estas emisoras y estos noticieros nuestros que se están regalando a los mafiosos que quieren quedarse con el país. Y encima nuestra llamada clase dirigente, que es tan cínica, les está poniendo todo en bandeja, no de plata, sino de oro, porque a los mafiosos solo les gusta el oro, hasta en

los sanitarios lo ponen. Quién sabe qué otros buitres vendrán después de ellos. ¡Eavemaría! Pobre país lo que se le espera. Pobres de nosotros. Mejor dicho, ni sigamos hablando. Para qué voy a desanimarlos antes de que empiecen el camino, y de pronto sí es verdad que las paredes tienen oídos y me pueden mandar un sicario de esos de la moto que se están poniendo tan de moda... De esto tal vez no debería reírme, pero me da risa... Vean que la libertad de cátedra también puede volverse en contra y que la de Antioquia sí es una universidad peligrosa, nos dejan decir todo lo que pensamos. Que no me oiga el señor rector, pero mejor hubiera aceptado el puesto en la Católica. Tendría la boca cerrada pero la vida a salvo, y la billetera un poco más llena tal vez... Qué vergüenza con el profesor de enseguida, debe estar harto con estas risotadas mías, peor, debe estar pensando que mi clase es una carajada... ¡¡Qué!! ¡Un cuarto para las diez? Dejemos entonces por hoy, pero me entregan completos los trabajos. ¡Dos cuartillas! ¡A máquina y sin tachones! No recibo nada a mano. Ni más de dos cuartillas señorita, ya le dije, le sobra una, ¿cuál hoja le devuelvo?... ¡Es a doble espacio!... No señorita, vuélvalo a hacer. Lo corto, si cortísimo, tres veces bueno... Los espero en la cafetería para que sigamos conversando pero con tinto y buñuelo. Yo invito”.

De la clase de Eva Muñoz se salía sacudido, unas veces desolado, otras alentado, contento de oír a alguien hablar con la verdad y reafirmar la idea de que había que cambiar el mundo, estuviera o no dentro de lo posible lograrlo. Eva era honesta con su trabajo como no lo eran la generalidad de los profesores de la facultad con sus alumnos. Ella les enseñaba con paciencia y dedicación cómo conseguir información, cómo investigar personajes y hechos, cómo hacer entrevistas, crónicas y reportajes, cómo sacarle provecho a las dotes literarias para escribir mejores historias; les infundía principios, les exigía

respeto por el idioma, los obligaba a leer libros y trataba de despertarles sensibilidad por los personajes anónimos y la vida cotidiana. Para sus alumnos resultaba gratificante saber que algo importante para el futuro había sido aprendido, que no habían sido en vano las dos horas sentados en esas sillas tan duras y destartaladas de la U., como eran perdidas la mayoría de las horas con los otros profesores, sobre todo los de audiovisuales, profesores malos y perversos cuya única ventaja sobre Eva Muñoz era que calificaban por encima de cuatro, una nota escasa con la de la gabardina roja; con ella la nota era lo único que generaba conflicto. Era implacable y de sus exigencias no se libró ni la misma Violeta quien, aun con un cuento ya publicado en la antología del Taller de Escritores, llegó a pelarse a la hora de desvincular el periodismo de la literatura porque, como le pasaba a la mayoría, tardó en encontrar esa sutil diferencia entre ambas cosas, una diferencia que se confundía más cuando a Eva le daba por decir que “quien escribe una buena crónica o un gran reportaje también puede producir una novela destacada o un cuento memorable. Ahí están los casos de Zola, Carpentier, Mailer, Hemingway, Fuentes, Capote y, por supuesto, García Márquez, apenas algunos de los más claros ejemplos de que puede hacerse buen periodismo y buena literatura al mismo tiempo. Aunque ustedes ya saben que mis grandes amores son Reed, Capote, Talese y Jimmy Breslin, quien además fue amigo mío”. Si no eran incompatibles ambos oficios, como decía Eva, si todo escritor contemporáneo debe pasar por el periodismo y ha sido superada la polémica sobre si es posible ser a la vez un buen periodista y un buen escritor, por qué a la hora de reclamar por la evaluación, los estudiantes, incluida Violeta, se estrellaban con esa pregunta con la que Eva los desarmaba “Qué quieres escribir exactamente, ¿un cuento o una crónica?... ¿Una crónica? Pues esto no es una crónica sino un cuento y yo te pedí una crónica... Muy bueno el texto,

sí, pero esto no es una clase de literatura sino de periodismo... En ningún periódico te van a aceptar historiecitas de ficción. Tienes dos con cinco porque de todas maneras está muy bien escrito, y eso cuenta. Ahora te enfureces pero después me lo agradecerás, y ya no lo repetirás, o sea que en el próximo puedes aspirar a sacar cuatro y en el final sacarás cinco”. Así era ella. Dejaba mudo a cualquiera y sin más alternativa que echarle mano a la larga paciencia de la que hablaba don Fernando González, para ver cómo, poco a poco, la nota iba aumentando, pero sobre todo para entender por fin lo que quería decir Eva, darle la razón y poder llegar a exclamar “¡Ah, claro profe!”, cuando afirmaba que “el periodismo y la literatura son muy afines pues su esencia es la escritura y la necesidad de contar bien una historia, pero las diferencias son enormes y quienes han hecho las dos cosas dicen que prácticamente son oficios incompatibles y lo importante es no quedarse montado en el periodismo pensando que nos va a llevar a la literatura”.

A lo mejor eso le pasó al muchacho del perro y de Marco Polo, piensa Violeta al terminar de escurrir el traperero, por fin limpio como todo el apartamento, y colgarlo en el perchero detrás de la nevera. Prefiere pensar eso, imaginarse a un muchacho enamorado de su texto creyendo que es el mejor escrito e indignado con el uno o el dos de Eva, a que se trate de alguien en quien la maldad existe por existir y haga de su ciudad un lugar donde ni los gatos se salvan. Violeta piensa en lo vulnerable que percibe a Eva a través de sus mensajes silenciosos en el computador, sin su voz firme y segura, la Eva a la que siempre comparó con un arce. Saca la ropa que se pondrá para ir con Marcelo a conseguir el portátil que se quedó sin comprar el día del paseo, por estar mirando el hueco donde antes estaban las Torres Gemelas. Ese día se quedó acompañándola, pero desde entonces hasta hoy sus estadías por fuera han ido en aumento. Ahora anda diciendo

que en el restaurante le pidieron trabajar horas nocturnas. Llega a cambiarse en las mañanas y sale de nuevo. Estas dos últimas noches, por ejemplo, ni se ha asomado, en vísperas de la famosa audición que tenía. ¿Cómo le habrá ido? Por fin saldrá de eso. Y por fin regresará José Luis para que todo se normalice de una vez en ese apartamento que hasta ahora ha sido únicamente de ella. Marcelo debe venir en camino. ¿Qué dirá si la encuentra sin arreglarse? Violeta aún no se ha bañado por andar recordando otra vez a Andrés y a Eva.

Cuando por fin se encierra en el baño y se recoge el cabello para entrar en la tina, descubre una cana creciéndole en el borde de la frente. Eso le recuerda la última imagen de Eva con Marco Polo en sus brazos, en el balcón del apartamento de la avenida La Playa. Eva estaba en lo cierto. Ahora Violeta se percata. Cuando volteó a mirar para decirle el último adiós con la mano vio dos motas blancas destacándose en medio del verde de las canastas con helechos del balcón del cuarto piso. Cierra los ojos, quiere imaginar a Eva sin su Marco Polo, pero no puede ver a ninguna de las dos. Entonces se mete en la tina y mientras se enfría el agua caliente en el minúsculo cuarto de baño, tan distinto al hasta ahora conocido, entiende la frase de John Reed que Eva mantenía en su escritorio “Átomo en este mundo de oscuridad y noche, me encuentro solo”. Luego le llega la última sonrisa que Eva le mandó, antes de que se cerrara la puerta del ascensor como si dijera “me quedo tranquila, la has educado, ya no te hará tanto daño”. Después retrocede un poco más atrás, cuando estaban conversando en la sala, tomando el acostumbrado vaso de leche con galletas, el último, y Eva le dijo “es la segunda vez que decides reenfocar tu vida y caminar solo en dirección a la meta propuesta, creo que tu futuro ahora sí tendrá la medida de tus sueños y no estará signado por lo que la tragedia ha hecho de ellos, que no quedarás atrapada en el dolor ni serás presa del miedo, mucho menos

del odio. No te será difícil adaptarte, aunque la incertidumbre sigue siendo la palabra que mejor te define, la rebeldía hace parte de tu naturaleza y el sauce llorón, con su melancolía, es el árbol que más se te parece. Tu fortaleza hará que lo logres. Podrás empezar a sentir la vida desde otra esquina, con otra sensibilidad, con otra mirada. Hazle caso a tu instinto, déjate llevar por el corazón”.

Una vez el agua pierde calor y la saca de la tina, Violeta vuelve a soltarse el pelo y a mirárselo en el espejo. Ve las raíces rojas viniendo otra vez, poniendo en evidencia las engañosas tinturas aplicadas por años. Quiere volver al computador y fijarse en el mensaje donde Eva hace alusión a su pelo y el otoño, pero cuando sale del baño con la toalla amarrada sobre el cuerpo desnudo Marcelo abre la puerta del apartamento. A él no se le da nada verla así yendo por el pasillo, sin maquillaje y pelimojada, pero ella se ruboriza, como hacía mucho no le pasaba.

—Es como un juego, pero a la manera de los griegos —dice Marcelo que desde el pasillo le cuenta a Violeta cómo estuvo la audición, mientras ella se arregla encerrada en su cuarto.

—¿Cómo así?

—Su deporte favorito era la guerra. Para ellos no había nada más emocionante que una lucha a muerte.

—¿Una lucha a muerte? No exageres Marcelo. Nadie ha muerto.

—Claro que sí. Es la muerte de las ilusiones, que es peor. Siempre hay que declarar un ganador y tener al menos un miserable perdedor. Así lo determinaron los benditos griegos. Nada levantaba más su espíritu que ganar o mirar una lucha.

—Veo que tu espíritu no quedó muy levantado por haber quedado fuera de esta competencia —dice Violeta abriendo la puerta del cuarto y yendo al baño. Marcelo la sigue y le conversa mientras ella se maquilla.

—Es la décima a la que me presento desde que estoy aquí. Y que pierdo.

—Pero bueno, ya que te inspiran tanto los griegos recuerda que aunque los juegos les enseñaron y reforzaron los temas favoritos de honor y gloria, de ganar sobre otros, de triunfar en combate, también ellos subrayaban que no se puede ganar todas las veces y que un día se pierde.

—En mi caso es lo contrario. No gano nunca, y ya no sé si un día ganaré. Pero tengo que ganar porque la vida es una competencia eterna. Así ha sido desde siempre.

—Es verdad... ¿Y quién ganó?

—Una blanca pelinegra con mechones rojos y dientes grandes, de pelo corto como una escoba, con las puntas estiradas hacia fuera, y con una sonrisa de conductora de televisión. Bien maquillada, impecable la piel y sin ningún accesorio estaba la condenada que tenía cara jovencita pero a la legua se veía que quería parecer mujer madura... ¡Anda! Pero no te untes más cosas mujer. Así te ves bien.

—Aguanta que ya voy a terminar... ¿Podían presentarse mujeres? No pensé.

—Yo tampoco. Hasta hoy me entero que los escarabajos carecen de sexo, por lo menos en el teatro. Había varias mujeres. Me llamó la atención una negra que se llamaba Fantasía Zarino, y una oriental que tenía una flor artificial en el inicio del escote, otra en el nudo que le había hecho a la blusa a la altura de la cintura, y otra en el cabello, larguísimo y cortado disparejo... Pero me llamaron más la atención los negros.

—¿Y eso?

—Uno iba muy elegante, con un sombrero de paño rojo, y el otro era un gordo rapado que tenía una camisa tropical y un collar de pepas grandes de Honolulu.

—Aquello parecía entonces un carnaval. Kafka es algo muy serio. ¿Qué clase de audición era esa?

—Una como todas las que se hacen aquí buscando futuros ídolos y estrellas.

—Me imagino cómo te sentiste, independiente del resultado... ¿Qué tal este color de labios?

—Te va bien...

—¿Y el jurado era del mismo talante?

—¿Los jueces? Eso sí es terrible. Tú entras y encaras una fila de caras desinteresadas sabiendo que cinco minutos después ellos verán a alguien y que cinco minutos antes ya han visto a otros, y tú estás en la mitad, tienes solo una oportunidad de hacer tu cosa.

—Pero son amables.

—Propiamente no te están dando la bienvenida. Les daría lo mismo que estuvieras allí o no. No habría diferencia. Tú solo tienes que mostrarles algún mérito, llegar a ser creíble para ellos, creerte que puedes ser convincente, valorado por algo y poner atención a lo que te dicen esa fila de indiferentes.

Por momentos parece como si Marcelo estuviera hablando solo y que Violeta estuviera más concentrada en el espejo que en la conversación con él.

—Si los quieres sacar de la indiferencia debes estar inspirado, inspirarlos a ellos e inspirarles algo. De lo contrario al final puedes sentirte como un escarabajo. En efecto me sentí como un verdadero bicho. Pero ni así los convencí... ¿Sí me estás atendiendo?

—Claro, sigue. Si me estoy arreglando, debo mirar el espejo.

—Fue muy duro. No me siento mal sino peor. En verdad quería convencerlos de hacer el papel de Samsa, que me ha caído bien el pobre. Pero qué inspiración podía tener en un escenario que parecía para una representación de la guerra de las galaxias, con background cósmicos, planetas y un montón de estrellas. Tal vez por eso me he acordado de los griegos.

—En verdad hay que ser fuerte para ser actor.

—Terco y obstinado sobre todo. Exigente. ¿Por qué crees que ensayo tanto?

—Oye, y a tu amigo, el pelilargo, ¿cómo le fue?

—Anda, cómo tardas mujer.

—Ya va, ya va... Te pregunté por tu amigo.

—No ha ido.

—¿Nooo? —pregunta Violeta dejando de mirarse en el espejo y fijándose en Marcelo—. ¡Después de tanta ensayadera!

—Ah... sí... pero... decidió no presentarse. Dijo que quien está tratando de montar la obra está tan loco como quien la escribió. Que se queda con Shakespeare, más sencillo, lo entiende todo el mundo, siempre le gusta a la gente y dice las cosas con palabras más bellas.

—Muy raro.

—Creo que tiene razón. Yo también me quedaría con Shakespeare si me pusieran a elegir.

—No me refiero a eso.

Violeta regresa a la habitación para ponerse los zapatos y acabar de recoger sus cosas. Marcelo se va detrás de ella.

—Claro que a tu amigo le sobra razón. Difícilmente Shakespeare saca a la gente de los teatros y sin duda con él uno se siente mejor que con Kafka, así ambos sean trágicos.

—Podrá ser sencillo para la gente, pero Hamlet es un reto para cualquier actor, aunque mi amigo lo preferiría a Samsa.

—¿Y tu amigo apenas hoy se dio cuenta de que no quería el papel? No hubieran perdido tanto tiempo preparándose.

—Uhhh... es algo inseguro.

—¿Algo? Yo diría que bastante.

—Pero sigamos con los griegos. Archilochus, un poeta de ellos, se dio a sí mismo este consejo: Oh corazón, mi corazón, no saltes en público cuando ganes, ni soledad ni llanto cuando fracases en probar. Regocíjate de las cosas simples. Conoce las mareas a través de las cuales nos movemos.

—¿Las altas o las bajas?

—Cualquiera que sea nos está diciendo que nada dura y que toda la vida termina en muerte.

—¿Toda la vida termina en muerte? Ah, Marcelo, qué bien eso. Creo que voy a anotarlo.

Violeta saca la libretica y anota. Luego se pone el bolso en el hombro y va hasta la cocina donde se sirve un vaso de agua. Mientras lo toma sigue escuchando a Marcelo que la sigue como un perrito faldero. Como está de hablador hoy, piensa ella. Vaya rollo el que le está echando. Es como una grabadora sin off. Aunque si lo tuviera, quizá ella no lo apagaría. Se divierte con la conversación. Le hace falta hablar con alguien y Marcelo es el único con quien puede hacerlo.

—Para los griegos la batalla daba tanto éxtasis como el sexo, había agitación y excitación ya fuera por las grandes realizaciones o las pérdidas. Lo más emocionante era ver un campeón armado enfrentado a otro. Y eso sigue hoy. Mira, había un reportero con un camarógrafo que iba por todo el sitio entrevistando a los participantes antes de que entráramos. Y otro esperaba a la salida del cuarto de audiciones para acribillar a los rechazados.

—¿Te abordó a ti?

—No, porque atacan es al que sale llorando. Es más emocionante.

—Pero qué te dijeron al final, que por qué no te aceptaban.

—¡Acaso dan explicaciones! Te descalifican sin argumentos. Las condiciones dicen muy claro que ellos se reservan el derecho a excluirte e incluso de cambiar las reglas o el procedimiento en algún caso. Una vez llegué a una audición preparado para hacer de Hamlet y me pusieron a interpretar a un vaquero. De haber sabido que en todas iba a perder no gasto mi dinero en los papeles.

—Cómo así.

—Los compré porque uno de los requisitos mínimos para esas audiciones es ser residente legal o ciudadano. ¿Qué has pensado de los tuyos?

—No sé. Aún no me decido. Realmente no he tenido tiempo de pensar en eso por estar tan metida en mi trabajo. Además, este viaje ha sido forzado por las circunstancias, es como sinónimo de inestabilidad, aunque está marcando cambios en mí.

—De verdad no te entiendo.

—Tendrías que conocer toda mi historia, especialmente la de mi niñez, para poder acercarte un poquito.

—Pero como no dejas leer lo que estás escribiendo.

—Cuando lo termine.

—No entiendo por qué le pones tanto misterio... ¿Nos vamos ya?

—Sí, vamos. ¿Llevo todo el dinero?

Marcelo se queda mirando el bolso de Violeta.

—En cualquier punto donde lo dejes estará seguro, tal vez más aquí adentro que afuera. Oye, qué obsesión la tuya con el ordenador.

—No has podido entender el significado que tiene. Me da independencia además de privacidad. Lo puedo llevar a todas partes conmigo y ya no tendré que usar el de ustedes —responde ella devolviéndose de la puerta de salida hacia el cuarto. Una vez allí, saca su dinero, cuenta dos mil dólares, los devuelve a la billetera y guarda el otro fajo de billetes en el bolsillo de un jean que está dentro del closet.

—¿Por qué son ustedes tan desconfiados? —le dice Marcelo y ella se sacude del susto. Él ahora está ahí en la puerta del cuarto. Se vino detrás de ella para acicalarse el pañuelo del cuello en el espejo del baño y la ha estado observando.

—No sé, así somos nosotros —dice ella desconcertada pensando en regañarlo por estar mirándola. No se atreve y deja las cosas así.

Que Violeta se rehúse a mostrar lo que escribe no es impedimento para leerlo, piensa Marcelo. Y es mejor aprovechar antes de que pase todos los archivos para el portátil ¡que por fin compró!

La mano con la argolla de plata mueve el mouse y se devuelve a la carpeta denominada Biografía. Allí también están los archivos Pies y Sueños. Mira el reloj en el borde inferior izquierdo de la pantalla. 6:50. Falta como una hora para que regrese. Vuelve a la carpeta Mariposa. Siente la tentación de dar clic en el archivo Cartas. El índice soba el mouse, pero no lo aprieta. “Parece muy íntimo”, se dice. Sin embargo, da clic y clic. Cartas está vacío. “¿Pies? De qué podrá ser esto”. Abre el archivo. Apenas dice “Iris. Pobrecita negra mía. Se angustió tanto con el fuego y la oscuridad que huyó sin importarle que iba descalza”. Cierra el archivo, busca otro más. “¿Sócrates? De qué será eso. Esta mujer abre archivos para cualquier cosa”. Lo lee “La culpa me impide disfrutar muchos de mis actos. He llegado a pensar que merezco el sufrimiento como un castigo impuesto por el destino. Por eso no alcanzo a perdonarme. La rabia, más que el odio, me lesiona y debilita. Lo sé. Sin embargo, qué difícil encontrar el amor que me libere. O al menos me desate. Vivo sin un motivo real. Navego de día y de noche. Sin brújula. Una tormenta, la niebla, o simplemente la falta de luz pueden desviarme fácilmente de rumbo. Ahora que estoy lejos sabré dónde estoy. Para dónde voy. Para qué existo. Ha sido difícil sortear los obstáculos. Asimilar los fracasos”.

El dedo acelera la ruedita en la mitad del mouse, el texto de Sócrates pasa veloz en la pantalla, de pronto aparece un bloque resaltado en amarillo, se detiene y quiere leer, pero el teléfono repica y lo hace sobresaltar. No se para a contestar. Escucha que dejan un mensaje pero no entiende lo que dicen. Luego lo oirá con calma. Termina de leer las dos líneas que quedan del documento, lo cierra y sigue con su rastreo. En Biografía

no quedan más cosas interesantes por ver. Los dedos ordenan al mouse regresar a Campoalegre. Del listado de archivos de la carpeta le llama la atención el del nombre compuesto. ¿Casa y Luna? Lo abre. No tiene nada. Los ojos examinan con más tranquilidad la lista de nombres de la carpeta Mariposa. Hay una serie de archivos con nombres propios: Iris, Julián, Luciano, Ramón, Teresa... “¿Iris? Esto debe ser sobre la negra”. Da clic inmediatamente.

“Igual que a Luciano quiero evocarla sin la escena de la muerte. Aislar ese momento de todo lo demás para que no me haga daño su recuerdo. Cuando pienso en ellos vuelvo a la manera como murieron. Mi mente resbala veloz hasta la oscuridad. Oigo a la gente que escapa por los balcones. Veo el humo espeso y pegajoso producido por las llantas, la gasolina y el aceite de los autos que se queman en el sótano. Todos esos gases buscando salida por las tuberías, reventando los shuts de basura, golpeando las paredes e irrumpiendo en los apartamentos para acabar con todo. Vuelvo al ardor que sentimos Iris y yo cuando bajamos las escaleras, a las llamas frente a mí, al pánico con la idea de que me alcancen. Qué palabras podría usar para describirlo. Cuántas de esas que aprendí en el diccionario con mi negra en nuestras noches desveladas. Cómo nombrar el vacío y la totalidad a la vez. Lo que se percibe en el momento en que se cree cercano a no ser nada, a un centímetro de pasar a la muerte. Cuesta seguir poniendo estas palabras. La sola memoria me quita las fuerzas. La nariz se congestiona, los ojos se me ponen borrosos, la garganta se va comprimiendo, mi boca se seca, los labios se aprietan como defensa ante la pesadilla. Y brota el deseo de gritar y llorar durante días por aquellos días. Tal vez fue en ese momento en que se quebró mi vida, del todo. Solo ese momento me produce esto, ningún otro, ni siquiera el recuerdo de los deditos en los balazos”.

Se queda pensativo. “¿Será esto la tal novela? Parece un diario”, se pregunta. Da clic al icono Abrir y busca Ramón en la carpeta Mariposa. También está vacío. Abre Julián.

“ ‘Como estudió en la de Antioquia se volvió atea. Igual que Julián’, dijo más de uno. Nunca pudieron entender que nuestras dudas espirituales quedaron resueltas en la adolescencia. Esa fue nuestra tarea en esa edad. Nunca entendieron que habíamos optado por la indiferencia, que no se necesita religión para saber dónde está el bien y dónde está el mal. Que nuestros principios podían coincidir con los que se le atribuían a Dios, pero eso no significaba anclar la vida en él. Que no creíamos en la promesa de felicidad más allá de la tierra. Que ir a misa los domingos, confesarse cada mes y comulgar no garantizaba nada. Que también los criminales lo hacen religiosamente. Que él, por ejemplo, detestaba a los católicos que se apoyan en Dios y en los brujos al mismo tiempo. Tampoco se habían dado cuenta de que en el fondo seguía sin ser capaz de desprenderme de la idea de la existencia de Dios. Ese símbolo de todo y de nada. Pero sí fui capaz de desprenderme de la Santa Ana. El nuevo hábitat quedó sin la protección de la santica. Como la descreída que la sacó de la familia, se salvó de perecer quemadita. A diferencia de la devota que la metió en nuestras vidas”.

“¿Sí será de verdad todo esto?”, se dice. Cierra el archivo que estaba mirando y abre otro al azar “Fui la última en dejar la casa. La muerte de mi padre trajo de nuevo a Julián y me liberó a mí. Al mes del entierro empaqué a pesar de las voces escandalizadas que intentaron convencerme de que debía quedarme acompañando a mi madre. En esas mismas voces hallé los argumentos para irme. Era mi padre quien dejaba viuda a mi madre, no yo. Me negué a repetir la historia. Ya me habían dejado con una viuda en Campoalegre. Ya había cumplido la misión de dama de compañía de una mujer que se quedaba

sin marido. Volví este año, pero de una manera muy distinta a como un día llegué a habitar mi casa después de Campoalegre. Tan solo como estación de paso antes de emprender otro viaje. Hoy, tan lejos en tiempo y distancia de esos hechos, comparo la casa con la patria. En la una solo queda mi madre. En la otra, la protección es irreal. Quisiera volver a creer. No puedo. La casa confiable no existe. Por eso las dejo y me resisto a volver. Este viaje, como el de Campoalegre, podría ser sinónimo de inestabilidad. Sin embargo, debe ser lo contrario”.

Vuelve a recorrer las carpetas. Abre el archivo Llanto de la carpeta Mariposa. Lo lee por no dejar. “El otro día lloré en el parque cuando las hojas del otoño me atraparon y los malos recuerdos también. Hacía mucho no lo hacía de esa manera. He vivido con ese sentimiento extraño, profundo, casi como una vibración corriendo a través de mí, como si llorara por dentro. Pero nada más pasaba. Hasta que pasó. Ya no están para que me lo prohíban. Ahora puedo llorar la muerte de mi padre, la vida de Iris y la de Luciano que me arrebataron esa noche, la tristeza que me dejaron con la explosión, los muertos de las masacres, los heridos de la Policlínica. Ya no tengo que suprimir la pena. Ya no está inerte mi capacidad para expresar mis sentimientos. Estoy sola en este apartamento. En las calles no hay gente que me reconozca. No voy a encontrarme con nadie que me señale o me lo critique. Puedo sacarlas todas, liberarme. Bienvenidas sean lágrimas, cómo las he extrañado desde cuando José me cargaba para consolarme. Si es preciso llorar una semana completa, lo haré. Muchas veces. Tantas como sea necesario”.

El texto es separado del que sigue con tres asteriscos centrados y tres espacios dobles. Los ojos siguen leyendo la pantalla, el índice sigue haciendo girar lentamente la ruedita en el centro del mouse. Satie resuena en todo el apartamento. “También en la clínica tuve que aguantarme. Desde lo ocu-

rrido en Campoalegre creo que fue la vez en que sentí más necesidad de llorar. No pude hacerlo adentro en la habitación, pero hubo quien lo hiciera por mí en el pasillo esa mañana. Demasiado humo entró en mi cuerpo. Espeso y gaseoso. El ahogamiento y la tos eran reales, incapacidad de los pulmones y los bronquios, no traición y venganza del inconsciente como cuando era niña. Desde el mismo momento en que ingresé quedé conectada al tanque de oxígeno. Como pudieron, las enfermeras colocaron las mangueritas en mi nariz. Advirtieron que era mejor no llorar. Con frecuencia entraban o se asomaban a la puerta. Yo estaba en shock. El llanto no amagó. Me quedé dormida. Amaneció. La luz del sol iluminó la ventana, toda la habitación, y me desperté. Me encontré con la blancura del techo, luego con la de las paredes. Me vi sola en ese cuarto frío y aséptico. Teresa se había ido al amanecer para tratar de hablar con Brenda y Rubén. La mayor estaba encargada de mis padres e Iris, en otro hospital. El mayor le hacía frente al lugar de la tragedia, y a la muerte de Luciano, supongo, que ignoraba en ese momento. La de Iris la presentía. Esa mañana entró primero la llamada de la cadena radial que las enfermeras. Una de ellas llegó detrás del repique del teléfono. Tomó el auricular y me lo puso al oído. Lo sostuvo mientras hablé evitando que rozara mi cara. Reconocí al periodista. Era reportero de sucesos. En una época habíamos compartido información, estado en los mismos lugares cubriendo eso, sucesos. Quería mi versión de la tragedia, salir al aire a la audiencia nacional con mi voz, así estuviera ahogada y con la voz gangosa. Me costaba hacerla audible, como si tuviera a alguien sentado sobre mi pecho. 'No importa, aquí te modulamos', dijo. Me negué y colgó apenado, lo deduje por su tono al despedirse. No sé si la pena era por no haber logrado la primicia o por haberme molestado. Preferí quedarme con la idea de que aún le quedaba una pizca de vergüenza. Tal vez

él ni aterrizó. Yo sí. Me hizo salir del shock. Sentí ganas de llorar. Intensas. Lo necesité, pero me contuve. Lo deseé de nuevo cuando las dos enfermeras religiosas me limpiaban sin sacarme de la cama con toallitas humedecidas en agua tibia. Mojaban. Frotaban. Juagaban. Escurrían. Volvían a pasarlas por mi cuerpo. Del cuello a los pies, desde los hombros hasta las muñecas, sin tocar el rostro, las manos y la cabeza. Todo era tan blanquísimo y puro a mi alrededor. Las jarras de peltre con el agua limpia, las poncheras de peltre para el agua sucia, las toallas grandes, las pequeñas, las sábanas, los delantales de las monjitas, su piel. Sin embargo, conmigo todo se ensuciaba, iba quedando tiznado de negro. El humo que me tenía asfixiada traspasó mis ropas, se me pegó del cuerpo, me dejó del color de las llantas de los autos que se quemaron y con el mismo olor que expelían al arder. Aún hoy me descontrola sentirlo, me evoca cuanto sucedió la noche de la explosión. Esa mañana, las monjitas lo desaparecieron. También la capa de hollín. Iban descubriendo mi piel, rescatándola con suavidad, dulzura y paciencia. Me hablaban en susurros mirándome a los ojos, acercándose a mi cara, dejando ver en su tez la vitalidad y la pulcritud de las que yo carecía en ese momento, rozándome de vez en cuando con los cristos colgados de sus cuellos. Su piel tersa me llevó al vestido rosadito de seda que Iris se puso el día de mi primera comunión, los cristos a la medallita de la Virgen María que me regaló. Pensé en la posibilidad de que Iris hubiera muerto en la camilla después de que los bomberos se la llevaron. Me espantó la idea de que su imagen con la piel de las piernas desprendida fuera la última que me quedara de ella. Alcancé a vérselas cuando la montaban a la ambulancia. Estaba ardida mi negrita. Cerré los ojos. Me concentré en sentir la limpieza que me hacían las monjitas. Traté de tranquilizarme en vano. Las monjitas notaron mi respiración intranquila. Preguntaron qué me pasaba. Abrí los

ojos. Se pusieron nerviosas al verlos aguados. La una dijo que mis pulmones también estaban en shock, la otra que me hacía daño llorar, ambas que si quería hacerlo tendría que quitarme el oxígeno, pero que no debía hacerlo. Como dos horas duró el trabajo de las religiosas. Me asombró. No alcanzó a incomodarme. Quedé limpia yo, quedó impecable la cama. Antes de irse dijeron que rezarían por mí para que se me quitaran las ganas de llorar. Sin embargo, una vez cerraron la puerta me saqué como pude las mangueritas de la nariz. De nuevo, como la víspera, sentí que moría. Me convencí. Las necesitaba para respirar. No fui capaz de ponerlas de nuevo en su lugar. Mis manos eran dos inútiles bolas de gasa y esparadrapo, como los guantes de un boxeador. Tampoco pude agarrar el cordón de la alarma. Traté con la boca, pero me lastimé los labios ampollados. El cable se enredó en mi cara, se pegó en las partes donde la piel había sido deshecha por el fuego. Me lastimó más que las mangueras salidas de su sitio. No me explico cómo tomó vida en mi garganta el grito que hizo llegar corriendo a las enfermeras. Cuando aparecieron en la habitación sus rostros estaban tan pálidos como sus batas. Regresaron las mangueritas a mis fosas nasales. Con habilidad y sin dolor. Yo desconocía mi aspecto. Ni siquiera podía suponer cómo sería. Imagino que nada bueno. Veía desconcierto en la cara de quienes se encontraban con la mía. Esa mañana el paso del tiempo no me favorecía. Sentía aumentar la hinchazón cada minuto, desfigurarme con más imprudencia. Los espejos se volvieron también contra mí y quedaron prohibidos como el llanto. Teresa decidió tapar el del baño cuando regresó al mediodía. Le prometí no ceder a la tentación de verme. Me aguanté como con las ganas de llorar. Como hizo Berenice. Ella fue a la clínica esa mañana con Lorenzo Cortés que fue el primero en visitarme. Oyó la noticia por la radio mientras desayunaba. Llamó a su secretaria después de escuchar

mi nombre entre los heridos, le ordenó localizar el hospital donde me hallaba, se obstinó en ir a la clínica antes que a la oficina. Era temprano aún para visitas. Esperaron una hora en una cafetería de afuera para que los dejaran entrar. A las diez él apareció en mi cuarto. Habían acabado de salir las enfermeras que me reacomodaron el oxígeno. Berenice se arrepintió de entrar cuando les advirtieron cómo estaba. ‘Yo mejor lo espero aquí afuerita jefe, no soy capaz de verla así, prefiero quedarme con la imagen que tengo de ella. Llévelo saludes’. Luego me enteré de que Lorenzo no mencionó nada. Habló poco, me miró mucho, pasó más tiempo sentado en el sofá con los ojos en las baldosas. No llevaba ni un año siendo mi jefe. Yo medio le hablé con mi voz gastada del todo, afónica. Después del grito, la sentía más herida. Tal vez estaba tan herida por dentro como por fuera. No sabría decir cuánto tiempo estuvo Lorenzo. Sí recuerdo claramente su sonrisa al despedirse. Pocas veces sonreía. Luego me dio un beso en el antebrazo, lo apretó. No sé por qué me hizo pensar en uno de mis hermanos. Volvió a sonreírme al cerrar la puerta de la habitación. Durante varios años guardé esa imagen como escena final de su inesperada visita. Sin embargo, Lorenzo se fue llorando. Berenice lo vio salir y se levantó de la banca donde estaba sentada para ir a su encuentro. Le vio las lágrimas. Él le pasó por el lado, la ignoró, continuó por el corredor. Ella lo siguió. Antes de llegar al ascensor lo vio irse contra el muro. Él empezó a patearlo, le dio puños. Berenice se sintió con el corazón en la mano, pensó que yo me había muerto. Luego oyó que Lorenzo dijo ‘Hijueputa, vivir en este país es como un castigo’ y lo vio recostarse contra el muro, dejarse resbalar hasta quedar sentado, llorar sin disimulo en la mitad del corredor y tirado en el suelo como un niño chiquito. Las enfermeras se arrimaron de inmediato. En el ascensor, ya calmado, Lorenzo le prohibió a Berenice comentar lo que había pasado,

mucho menos repetir lo que él había dicho. Por años ignoré cómo habían sido las cosas. Las supe cuando ya todo con Lorenzo había concluido. Me las lanzó Berenice en segundos el día de mi despedida. 'Le cuento porque usted ya se va y cuando uno se despide de la gente llega el momento de las confesiones. Él no va a ser capaz de contarle, pero es mejor que se entere para que no le cargue rencor porque usted Violetica para qué quiere más resentimientos en la vida. Ese señor es un tirano, pero con usted fue especial. Mire que tan recién entrada y le ayudó con el préstamo de su apartamentito, y apenas se enteró de que no les arrendaban un apartamento por los seis meses de la reconstrucción, les consiguió uno. ¿Que con un amigo de una agencia de arrendamiento? Mentiras, era de la mamá de él. Le dijo a su hermana Tere que tranquila, que ya tenían mucha cosa encima, que lo dejara ayudarles, y amenazó a la aseguradora con retirar todos los carros de la empresa si no le pagaban el suyo. ¿Se acuerda cómo alegaban? Que un atentado era muy distinto a un incendio, que aunque se consumió todo, había sido por culpa de una bomba y eso no estaba cubierto. Vea que de algo sirvió meterlo en la póliza colectiva de la empresa, que es verdad que el que pone la plata pone las condiciones'. Más que razón le sobraba a Berenice. Un apartamento arruinado por un acto terrorista significaba ruina y también sospecha. Un almacén como el de mis padres y un empleo como el mío tampoco eran garantía si venían de damnificados. Ser damnificado en Colombia podía generar más recelo que conmiseración o lástima. Vivíamos en un país de pícaros con la desconfianza como base de cualquier relación. De pronto quedábamos mal con el pago del arriendo. Era de esperarse. Sin embargo, ignoré esa situación por años. Tampoco hubiera podido imaginar la actitud de Lorenzo conmigo después de haber visto lo inmovible que fue cuando Berenice tuvo el bebé. Cómo la mortificó y le sabotó los

permisos a los que tenía derecho para que fuera a alimentar a su hijo. A Berenice, la mitad de su cerebro. Qué ser tan complejo era Lorenzo. Nunca dejó de ser un misterio desconcertante. ‘Vea, y ahora don Lorenzo para rematar le da el último golpe de gracia, porque esa bonificación le va a servir mucho para el viaje. ¿Quién le va dando a uno plata así por gusto? Es que a usted él la aprecia mucho, lo que pasa es que es un hombre amargado, con billete pero infeliz, y así no hay caso’. Tal vez esa mañana en la clínica él vio en mí lo mismo que Teresa. A ella la sorprendí varias veces mirándome pensativa mientras comíamos. ‘Qué pudiera hacer por ti’, me decía entonces. ‘Nunca te había visto tan triste’. Tal vez ambos vieron lo que yo misma tan solo pude ver semanas después cuando íbamos para el consultorio del cirujano y los espejos que forraban las paredes del ascensor me mostraron mi cara. Ya estaba casi bien. De todas formas, me pareció que era otra persona. Nunca había tenido el pelo corto. Estaba reducido a su mínima expresión. Estaba rara. Pero me impresionaron más los ojos. Me pareció como si me los hubieran cambiado. Lejanos. Apagados. Con unos párpados más anchos encima. Me alarmó la mirada de esa mujer que era yo. Entendí a Teresa. No pensé en Lorenzo esa vez. Aún no sabía que le adeudaba, además, las lágrimas”.

Ahí termina todo lo relacionado con el archivo Llanto. El teléfono vuelve a sonar. No lo contesta. Sin embargo, se levanta hasta el aparato que está en la sala y escucha el mensaje. Llamen a recordar la fiesta colombiana y a decir que les toca llevar dos litros de vino. De regreso al cuarto de Violeta, al escritorio y la computadora que ella ha venido usando, continúa husmeando en los archivos. Lee otro par de cosas más sin importancia. Cuando ve que el relojito en la pantalla anuncia las 7:35 empieza a cerrar los archivos de ella y a abrir archivos de él para cambiar el registro de los

últimos leídos. Antes de dejar el recorrido por las carpetas ajenas, revisa los nombres de los archivos que le quedan por leer: Julián, Luciano, Teresa, todos los de la carpeta Bomba. Piensa que en adelante le será bien difícil meter el ojo en los escritos de Violeta pues lo más seguro es que pasará cuanto antes la información al portátil que está encima de la cama, sin desempacar, y que él tuvo que cargarle hasta el apartamento porque esa mujer pensó tanto, tantísimo, preguntó y preguntó, miró, revisó y ensayó el aparato en el almacén, que se quedó con el tiempo justo para llegar a su clase de inglés y él tuvo que traer la bendita máquina, justamente hoy, el último día de libertad. Y si no sale ya, ella lo encontrará y quedará atrapado, se le frustrará la noche afuera, la última con el pelilargo.

En el recorrido final por la carpeta Mariposa, Marcelo descubre un archivo cuyo nombre está escrito en mayúscula sostenida y no vio antes. “¿CAMPOALEGRE? Qué podrá ser esto”. Imposible evitar la tentación. Le da clic. Aparece un título centrado, en negrilla y cuerpo de letra mayor que dice *Dejó una mariposa su capullo*. En el margen inferior de la pantalla, el programa informa que el archivo tiene cincuenta páginas, pero Marcelo no se percata. Simplemente empieza a leer “Yo estaba en la finca cuando mataron al tío Ramón, y lo vi desangrándose. Luego del funeral mi madre decidió que me quedara acompañando a Iris, la viuda. Al poco tiempo nació mi último hermano, con una anomalía que complicó mi suerte y la hizo aún más dudosa. Esta se definió meses después gracias a un hecho tan ajeno y distante a mí como la misma luna; en realidad fue un viaje de astronautas lo que resolvió mi situación. En parte, claro, pues esa última temporada en Campoalegre significó tanto para mí que aún hoy, más de treinta años después, sigue enredándome la existencia. No hay manera de que nos acostumbremos a la muerte, y menos si viene inmerecida y es hecha con frialdad y adrede. ‘Vas a

pasar muy bueno. Con el tío Ramón se pasa rico', me dijo Teresa mientras empacaba mis cosas. No me dejó...".

—¡¡Sorpresa!!

Marcelo siente como si el corazón saltara de su pecho y cayera en el escritorio, más de lo que él salta de la silla cuando siente unas manos que se posan sobre sus hombros, y oye la voz de José Luis que ya llegó, está detrás de él y se va a dar cuenta de que está leyendo las cosas de Violeta. Va a ver la pantalla y por eso hay que tapparla como sea.

—¡Anda! ¡Por qué te apareces así! Casi me matas del susto —dice Marcelo parándose de la silla, tembloroso.

—Por lo mismo. Quise darte la sorpresa.

—Lo has logrado.

Marcelo voltea, atrapa el mouse y da clic a la equis para cerrar el Word. Aparece en la pantalla el eficiente letrero que pregunta ¿Desea guardar los cambios efectuados en Campoalegre? Sí, No, Cancelar. “¿Cambios? ¡Pero si yo no he tocado esta mierda!” le grita el pensamiento.

—¿Qué es eso?... ¿Campoalegre?

¿A cuál de las opciones da clic Marcelo? No deja ver y ni él mismo podría decirlo, lo hace a la loca y el archivo se cierra. Era lo importante. Luego se mete en el pecho de José Luis y se amarra con sus brazos a él para saludarlo como se debe.

—Te está latiendo muy duro el corazón —dice José Luis. Por encima de la cabeza de Marcelo ve el escritorio con el computador.

—Es la emoción de verte —miente Marcelo.

—¿Qué estabas haciendo?

Marcelo sigue pegado del cuerpo de José Luis, quien observa los papeles y los libros de Violeta en el escritorio.

—¿Qué era eso de Campoalegre?

—¿Campoalegre?... Yo qué voy a saber.

José Luis mueve los ojos y ve las cosas de su hermana en la cama, la obra de Toni Morrison en la mesa de noche, las pantuflas felpudas en un rincón.

—Así se llamaba...

José Luis retira a Marcelo de su cuerpo

—Has estado...

Se arrima al escritorio.

—Déjame ver una cosa.

Toma el mouse, ubica el cursor en la esquina inferior izquierda de la pantalla, da clic en Inicio. Marcelo siente que ahora es todo su cuerpo el que podría caer, ya no en el escritorio, sino en el piso.

—¿Y el concierto de hoy? ¿Acaso no era la clausura?

—Lo cancelaron.

En el listado de archivos de la opción Documentos recientes José Luis da clic derecho a Campoalegre y abre propiedades.

—Hubieras avisado para...

Ve que el archivo está ubicado en la carpeta Mariposa, que fue creado por Violeta y que acaba de sufrir la última modificación. Voltea y se yergue delante de Marcelo.

—Avisar para qué, ¿para que no te sorprendiera metiendo las narices en las cosas de mi hermana?

Lo que va a decir Marcelo se vuelve un quejido, no alcanza a nacer en su garganta.

—¿Dónde está ella?

—Se fue a la clase.

—¿Y tú siempre aprovechas cuando se va?

—No no no. Es la primera vez que... ¡Qué digo! Déjame explicarte. Yo nunca había... yo tenía que revisar mi correo y entonces... lo estaba consultando y...

José Luis se fija de nuevo en la pantalla.

—Internet está cerrado.

—Ya había acabado. Quedó claro que yo podía usar el ordenador, ¿no?

—Ese no es el punto.

José Luis mira a Marcelo de arriba abajo. Está descalzo. Sus zapatos han quedado debajo del escritorio y sus pies en medias descansan en la alfombra del cuarto.

—Me decepcionas Marcelo.

—¿Qué?

—Qué otras cosas podrás hacer tú.

—Vamos, que no es para tanto. Es lo que yo siempre he dicho. Qué exagerados sois los colombianos. No entiendo por qué tanto alboroto. Qué hay de malo.

—¿No te enseñaron el respeto por la privacidad de los otros?

—Es una novela y las novelas se publican, tarde o temprano.

—Pero ahora son borradores seguramente. A ella le aterrera que se los lean. La conozco.

—Ella es muy... Deja todo abierto, deja todo así, no cierra nada. Es muy confiada.

—¿Por qué tendría que desconfiar? ¿No es lógico que confíe en nosotros?

Ambos escuchan la puerta del apartamento. Es ella. Se miran.

—¿Vas a contarle?

José Luis hace un gesto de impaciencia como diciéndole a Marcelo ¿es lo único que te preocupa?

—¿Para qué tienes que leer sus cosas? Ni siquiera a mí se me ocurriría hacerlo y tendría más derecho por ser su hermano. ¿No te das cuenta? Eso es privado, como un diario. ¡Respetar!

Y sale a saludar a su hermana sin haberle dado al menos un beso a su compañero.

Marcelo se siente como un estúpido muchacho de escuela regañado por su maestro y se ofende más. El sentimiento le dicta las palabras que pronuncia.

—Solo tiene dos meses de visa –dice cuando José Luis va en la puerta. Él no alcanza a interesarse en lo que oye, mucho

menos a deducir de qué se trata. Tal vez ni entienda de qué habla Marcelo, o piensa que se refiere a cualquier cosa sin importancia.

La noche transcurre tranquila conversando otra vez los tres, con Marcelo cocinando un tanto disgustado, como el día aquel hace ya más de un mes en que llegó Violeta y José Luis no quiso llevarlo al aeropuerto, pero pudieron pasar una agradable velada tomando vino. La única diferencia hoy es que Marcelo y Violeta no se quedan conversando hasta el amanecer, sino que él corre a meterse en el cuarto con José Luis cuando este dice que tiene sueño y se va a acostar.

Mientras se desvisten, José Luis le pregunta “¿qué fue lo que dijiste cuando salí de la pieza de Violeta?”, pero Marcelo responde con renuencia y misterio, cosas que excitan la curiosidad de José Luis. Sin embargo, al final la verdad queda tan desnuda como ellos en la cama. Así, muere prematuramente el secreto que Violeta le había confiado al uno y quería ocultarle al otro.

—Mejor que no se entere de nada. Te quedas callado tú y me quedo callado yo —dice Marcelo.

—Tiene que enterarse, por lo menos de una parte. El que hayas estado leyendo sus cosas solamente se te puede zafar a ti. De eso no diré una palabra, más por ella que por ti, para no hacerla sentir mal. Pero en cuanto a lo otro, yo sí tengo que aclararle que no puede quedarse así y que tiene que devolverse, y mientras más rápido lo hable, mejor.

—Pero podrías decirle que te diste cuenta porque casualmente le viste el pasaporte.

—Pensaría que estuve esculcando sus cosas.

—O entonces exigirle que te lo entregue para revisar y te haces que ahí es cuando te enteras.

—¡¿Por qué tiendes a enredar todo?! Deja de manipular las cosas. Es muy simple. Lo digo tal cual ocurrió. Lo lamento, te verás involucrado. Es el precio que pagas por no haber sido

capaz de guardarle el secreto. Claro que te agradezco que me hubieras sacado del engaño. Odio que me digan mentiras. Por eso es mejor que se vaya.

—¿Serías capaz de echarla?

—No voy a echarla, pero sin papeles no puede vivir aquí conmigo.

—Por lo mismo, equivale a echarla. Y como anda de entusiasmada con su cuento literario. No aprietes tanto. Deberías pensarlo mejor.

—¿Te parece que haya algo que pensar?

La historia denominada CAMPOALEGRE, que Marcelo empezó a leer y no pudo cuando llegó José Luis pero que después leería completa, decía así:

Yo estaba en la finca cuando mataron al tío Ramón, y lo vi desangrándose. Luego del funeral, mi madre decidió que me quedara acompañando a Iris, la viuda. Al poco tiempo nació mi último hermano, con una anomalía que complicó mi suerte y la hizo aún más dudosa. Esta se definió meses después gracias a un hecho tan ajeno y distante a mí como la misma luna; en realidad fue un viaje de astronautas lo que resolvió mi situación. En parte, claro, pues esa última temporada en Campoalegre significó tanto para mí que aún hoy, más de treinta años después, sigue enredándome la existencia. No hay manera de que nos acostumbremos a la muerte, y menos si viene inmerecida y es hecha con frialdad y adrede.

“Vas a pasar muy bueno. Con el tío Ramón se pasa rico”, me dijo Teresa mientras empacaba mis cosas. No me dejó llevar la muñeca. “La vuelves nada. Allá se juega es con los animales y la tierra”. Sin embargo, echó la costura con los bordados que habían estado enseñándome en el kinder. “A ver si algún día la terminas”, dijo. “¿Coser con Iris? ¡Qué risa! Apuesto a que ni la saca de ese maletín”, dijo Brenda que iba por la cepillada sesenta y nueve de las cien que le daba a su pelo todas las

noches. “Además, ella va de paseo. Y con Julián, que no es cualquier cosa. Ojala él la haga correr y brincar bastante por esos montes a ver si bota el asma. Ya verán. Ni tiempo ni ganas le quedarán de coser”, agregó Brenda sin parar la cepillada. “Es para por las noches. A veces uno se aburre”, insistió Teresa. “¿Cómo voy a coser sin luz?”, le pregunté. “Las Coleman alumbran mucho. Y este diciembre el tío sí va a conseguir la planta”, concluyó y puso el maletín cerrado encima del taburete. Luego destendió la cama, nuestra cama, la cama donde yo me acosté a pensar en ese viaje, a desvelarme por la que sería mi última y más larga temporada en Campoalegre, sin presentir que me estaba despidiendo de aquella cama, de aquel cuarto y de aquella casa, mi casa estrecha, mi cuarto para tres y mi cama para dos que al otro día empezaría a ser realidad perdida, recuerdo de lo que fui hasta los siete años, hasta cuando mis pies durmieron entrelazados al calorcito de los de Teresa, algo de lo que también me estaba despidiendo aquella noche.

Después de mis padres, fue a Teresa a quien más extrañé en Campoalegre. Ella era como el espejo donde yo podía verme. Me sentía parte suya. No éramos una, no. Éramos Teresa y yo anexada a ella. En muchas cosas mi voz era la de mi hermana. Todo porque dormíamos juntas y porque me cuidaba como no puede hacerlo una madre, aunque lo quiera, cuando empieza a llenarse de hijos y descubre, como la mía, que para vivir no existe preparación sino que el entrenamiento es la vida misma.

A Teresa y a mí el día podía separarnos, de hecho empezé a hacerlo cuando ella entró a estudiar, pero la noche nos reunía de nuevo para dormirnos conversando y despertarnos en silencio al otro día arropadas con la misma cobija y con la cabeza sobre la misma almohada. En verano el sofoco que nos mortificaba era uno solo. En invierno el frío nunca alcanzó a abatirnos; lo derrotábamos con el calor de nuestros cuerpos.

Ella me tibiaba las piernas con las suyas y siempre evitó que me sobrecogiera el helaje que en la finca sí pudo atormentarme. Las dos oíamos los mismos crujidos de la madera del techo o del escaparate. Veíamos crecer cada noche la misma telaraña inalcanzable en la esquina más alta de la pared. Los zancudos que zumbaban a nuestro alrededor nos picaban a las dos con el mismo descaro. Fuimos testigos únicas de los extraños suspiros que emitía Brenda, dormida, en medio de la noche. Estábamos codo a codo, pierna con pierna, cuando los sueños cobraban vida en nosotras; soñábamos cosas diferentes, pero tal vez las soñábamos al mismo tiempo. O a lo mejor, de dormir tan pegaditas, nuestros sueños algún día fueron uno solo y nunca nos dimos cuenta. Si llovía, el sonido del agua golpeando las tejas del techo era el mismo en nuestros oídos; ante nuestros ojos se imponían los mismos chorros que caían de las canaletas; las dos veíamos esos chorreros reflejados en la tela sutil de la cortina, agrandados por el potente bombillo de la calle que alcanzaba a mandar su imagen hasta nuestra ventana. Si los relámpagos iluminaban el cuarto, al unísono nos echábamos la bendición y luego nos tapábamos los oídos para debilitar el estruendo de la tronamenta. Nos quedábamos quieticas, tan quieticas que amanecíamos tal cual: extendidas boca arriba, cada una con sus manos juntas en el pecho, como si estuviéramos orando. Así dormimos hasta que vi al tío en el ataúd, me di cuenta de que estaba en la misma posición en que nosotras dormíamos, se lo conté a Teresa en la carta y ella recomendó cambiar de posición. Eso y mucho más cambió entre nosotras después de Campoalegre. Aquella temporada marcó el antes y el después de nuestra relación. Hoy pienso que sin esa distancia me hubiera quedado siendo el apéndice de mi hermana. Hoy entiendo por qué el tío decía que crecer duele. Le he echado mucha cabeza a mi asunto con Teresa. En realidad ella no estaba enojada conmigo, como lo pensé

después de volver a casa. En su sonrisa al verme, en la forma como me extendió los brazos para recibirme y en la suavidad con la que me sobó las trenzas, yo sentí que su amor estaba intacto, pero también me di cuenta de que las cosas eran distintas, tan distintas como su mirada, el tono de su voz y el estilo de su ropa. Teresa siguió estando muy pendiente de mí, pero yo me sentí por fuera de su mundo y no pude entrar más en él.

Fue difícil entrar en el mundo otra vez después de Campoalegre, como si me hubiera quedado allá, como si una parte mía se hubiera ido con mi tío Ramón, como si algo se me hubiera salido por entre los dedos cuando los metí en los orificios de sus balazos, como si él, aunque muerto, me hubiera arrancado algo cuando me quedé tanto rato mirándolo en el ataúd después de que Iris accedió a que yo lo viera por última vez y le quité a él el bichito que le empezó a caminar por los labios, hasta que Evaristo, el mayordomo, dijo “no es bueno que ese aire del difunto le dé a la niña”, e Iris me hizo bajar del taburete donde me había encaramado.

Iris fue la mujer al amparo de quien empecé a andar cuando me quedé sin Teresa. Ni una gota de sangre en común corría por nuestras venas, como sí pasaba con las de mi hermana y yo. Sin embargo, Iris me dio muchísimo más de lo que yo esperaba; siempre estuvo de mi lado y con ella seguí conociendo el mundo. Por eso me ha dado tan duro su muerte. En algún momento yo alcancé a intuir que esa dependencia era mala, llegué a decirme “vas a salir lastimada al final”, algunas veces me esforcé por apartarme un poco. Pero cuando se ama eso es imposible, y yo a esa negra la quise más de lo que he podido y deseado querer a mi madre, la amé por todos los que la rechazaron.

Brenda tenía razón. Nunca toqué esa costura. Sí tuve la intención de darle algunas puntadas cuando me enfermé de los pies o cuando la lluvia se apoderaba de todo con su monotonía

y nos apresaba en la finca. Sin embargo, los ánimos de bordar se me quedaban extraviados en las figuras que se adivinaban en la madera del techo; horas interminables, pero serenas, pasé tendida en la cama buscándolas. Esa costura quedó sin terminar como le ha pasado a muchas cosas en mi vida por esa tendencia mía a dejar casi todo empezado, la tendencia que hoy me tiene ante este ejercicio de las palabras con el cual espero al menos cerrar el capítulo de Campoalegre, para que puedan abrirse otros, como dice el psicoanalista. A él me han obligado a acudir las muertes de Iris y de Luciano, el que nació estando yo en la finca; esas muertes llegaron juntas, brutales y sorpresivas y me han sacudido la del tío que parecía en el olvido. Le he dicho al doctor que no es que yo deje las cosas sin concluir sino que conmigo se quedan sin tiempo para cerrarse porque siempre cambian. Se trastocan. Dejan de ser sencillas. Desde mi nacimiento ha sido así, desde antes incluso. Hasta el momento en que yo ni siquiera había nacido he tenido que retroceder. Así lo mandó el doctor. A él le parece muy raro que me obstine en el pasado sabiendo que soy de un lugar que vive en el olvido. “Apréndale a este país que borra todo al otro día, por más trágico que sea”, me dijo. Luego me explicó que primero hay que recordar y recordar porque el recuerdo es también olvido. Por eso esto que hago ahora. Miro hacia atrás. Me asomo, entro, me sumerjo y recupero la memoria de mi infancia para sepultarla como se debe.

Me demoré para nacer. Llegué cuando Julián ya iba por los tres años. Conmigo se rompió la costumbre de un hijo por año y empezó a morir el deseo de mis padres de tener una docena de hijos. El problema surgió antes de que me engendraran, con los mellizos que se frustraron en el vientre de mi madre y robaron su fertilidad anual. Cuando por fin me gestaba y crecía segura dentro de ella, mi padre perdió el empleo, mi madre empezó a sufrir y yo a pasarla mal adentro. “Cuándo será que nace

este bebé”, oía a mi madre decirse cada noche al refugiarse en la cama y apagar la luz. Varias veces me llegó el eco de su llanto silencioso; porque hacía parte de su cuerpo podía oírlo, como sus pensamientos. Ella lloraba por cada día que mi padre pedía trabajo y no lo hallaba, porque preñada como estaba no podía rebuscarse el empleo de secretaria para el que se sentía capaz, porque temía que se acabara la liquidación del banco y se quedarán sin con qué pagar el arriendo y dar de comer a los cinco niños que ya existían. Lloraba y se desvelaba pensando en que invertir esa liquidación en un negocio sería lo mejor para que mi padre pudiera abrirse camino como negociante, no dependiera de nadie ni lo volvieran a echar de empresa alguna. Cada noche traía las mismas cavilaciones. Ese desespero de mi madre me inquietó de tal manera que a los siete meses estuve a punto de dar empujones para salir. Fue el tío Ramón quien me frenó. Una vez accedí a prestar el capital para el negocio de zapatos decidí quedarme los nueve meses a que tenía derecho en aquel lugar húmedo y oscuro, pero tan adorablemente tibio. Carecía de sentido causar más inconvenientes a la familia con un parto prematuro. Con mi padre matriculado en el curso de talabartería y ocupado en ingeniar el negocio, mi madre dejó de pensar en empleos y se despreocupó de mi nacimiento. Por mi tío el embarazo pudo llegar a feliz término. He ahí una excepción en mi historia de cosas dejadas a medias, una demostración de que concluir las era la intención que se me veía desde el vientre de mi madre, la excusa de que una vez afuera nadie puede garantizar lo que pasará.

A pesar de todo mi llegada fue motivo de alegría. Habían pasado varios años sin nacimientos en la casa y, además, fui mujer, como debía ser, para continuar la secuencia niño-niña que ya una vez se había interrumpido con Teresa al adelantársele a José Luis. Eramos Rubén José, Brenda María, María

Teresa, José Luis y Julián José. El María no me acompañó en el nombre, como me correspondía, sencillamente porque llegué a este mundo sin saber cómo iban a llamarme. En medio de tanto afán por la subsistencia de los ya nacidos y la instalación de un almacén, ¿quién iba a inquietarse por ponerle nombre a alguien que aún no nacía y que venía después de dos que no habían sido? Mi nombre salió de las flores con las que mi padre se apareció en la clínica. Dijo que las llevaba porque eran el emblema de la modestia, como eran nuestras vidas en ese momento. Que también las había blancas, pero que las prefirió vivaces porque eran menos escasas. Que podrían ser un buen presagio para la fertilidad de mi madre y la prosperidad de la familia. “Son muy comunes en los montes pero se pueden cultivar en los jardines”, me explicó cuando me contó la historia. Entonces mamá Rosita dijo que el nombre de esa bebé calva tan lloroncita tenía que ser como el de las flores porque sin duda daría buena suerte. En esas entró el médico a revisarme. Preguntó cómo me llamaba. “Violeta”, dijo mi madre sin dudarlo. Estaba encantada con el aroma de las flores; le parecieron las más perfumadas que había olido. Se sintió conmovida con el detalle de mi padre. Después de tanto niño, él seguía llevando flores, poniéndose corbata y engominándose el pelo para ir a conocer a un nuevo bebé y para agradecer a la madre, como si fuera el primero. A pesar del nombrecito raro, conmigo las cosas parecieron componerse de nuevo y responder a los buenos augurios de mi abuela. Sin embargo, otro futuro hijo se perdió a escasos meses de mi nacimiento. Uno más al año siguiente. Mi madre cumplió los treinta y cinco sin poder quedar embarazada de nuevo. Ya iba para los treinta y ocho cuando apareció Luciano con ese Síndrome de Down que hizo prolongar mi estadía en Campoalegre. Con Luciano se extinguió del todo el propósito de mi padres de tener muchos hijos. Años después, resignados, empezaron

a soñar con una docena de nietos. Ni siquiera conseguirían la mitad, pero imaginarlo les sirvió de consuelo. En cambio, yo no tuve consuelo cuando ellos me dejaron en la finca. En cuestión de semanas, días, horas, minutos, segundos, pueden pasar muchas cosas, incluso catastróficas. Además, cuando se es niño el tiempo es una eternidad; varios meses, incluso algunas semanas, pueden ser como la vida entera. Eso parecía que sí lo intuía yo el día en que nos despedimos en la estación de La Carolina, tres días después del entierro del tío.

Ya los otros se habían ido. Mamá Rosita, la tía Margó. Solo faltaban mis padres por devolverse. Él me dijo “A tu mamá le hace daño verte triste. También puede afectar al bebé. No llores cuando te despidas”. Luego ella se inclinó hacia mí y me abrazó. La tibieza de su cuerpo me hizo sentir protegida. Asida a su pecho yo siempre me creí a salvo. Fue imposible retener las lágrimas. Con su cara pegada de la mía, me dijo “No me hagas las cosas más duras Violetica. No te pongas a llorar. Sé fuerte. Tú eres muy inteligente. Mira que te pasaron de kínder para segundo. En cambio Juliancito tiene que estudiar y hacer la primera comunión. Me lo tengo que llevar. Tú aún aguantas con la edad. En cambio él ya está muy grande para andar por ahí sin haber recibido a Dios. ¿Entiendes?”. “La íbamos a hacer juntos”, alcancé a decir. Ella despegó su mejilla de la mía, me cogió por los hombros y, sin dejar de mirarme, me dijo “Sí, pero ¿no te parece mejor sola? Se tienen más regalos. Además, mira a la pobre Iris. Tan triste. Con lo que te quiere, vas a ser un consuelo muy grande para ella. Eres la única que puede acompañarla en este momento. No podemos dejarla solita en esa finca. Ofrécele este sacrificio a nuestro Señor y te prometo que este año te hacemos la primera comunión con una fiesta bien hermosa”. El tren silbaba. Ya iba a arrancar. Tenían que irse. Yo me puse a llorar. Mi madre se irguió. “Ay no, yo no me voy hasta verle los ojitos secos a

mi niña”, dijo. Volteé a mirarla. Mis ojos se tropezaron con su barriga. La tenía más crecida. Como si se hubiera inflado más el balón que entonces imaginaba llevaba adentro. Apenas la estaba conociendo barrigona y de bata ancha. Era el primer embarazo de ella que me tocaba. El bebé iba a ser también el primero que tendría en mis brazos. Así me lo habían prometido. Nunca había cargado uno. Eso me daba mucha ilusión. No supe hacía dónde miraba mi madre. Sí pude distinguir que no lloraba. Tenía unas gafas negras con borde blanco, como la bata que llevaba puesta. Nunca antes la había visto con ropa sin color. Menos llorar como lo hizo en el cementerio donde dejamos al tío. Yo también lloré, aferrada a sus muslos, secándome con el vuelo de su falda. Ante todo lloré por ella, por verla así, más que por lo que estaba sucediendo. En ese cementerio la conocí bañada por las lágrimas, como me pasaba a mí por cualquier cosa. Hasta la muerte del tío yo pensaba que solo los niños llorábamos. Con Iris, la noche del crimen, supe que los grandes también lo hacían. Sin embargo, excluí a mi madre de ese grupo. Era la mamá y las mamás no lloran, pensé. En el velorio cambié de idea. Y ese día en la estación aprendí algo más. Me lo enseñó mi madre. Ella no soltó ni una lágrima mientras esperó a que cesaran las mías. Entendí que los adultos, además, eran capaces de dejar de llorar si no era prudente hacerlo, aunque tuvieran motivos y ganas. Entonces hice la primera cosa difícil que recuerdo haber hecho en mi vida. Le ordené a esas lágrimas quedarse guardadas aunque sentí que me ahogaban. Lo logré. Así, ellos pudieron montarse al tren con Julián. Cuando ya estaban adentro y el tren silbaba más duro, Iris me levantó por la cintura. Pegué mis manos de la ventanilla para tomar las de Julián que me decían adiós. Le grité que no se fuera. “Te voy a escribir una carta larga”, alcancé a oír que me dijo. “Sí, te vamos a escribir muchas cartas”, pude entender que agregó mi madre. Mi padre puso un beso para

mí en las yemas de sus dedos y lo estampó en el vidrio. El tren fue aumentando el ruido. Tomando velocidad. Yéndose. De pronto, sentí que mis piernas volvían a estar sobre el cascajo de la vía. No me sostuvieron. Arrodiada, seguí llamando a Julián. No quería moverme de ahí, no quería caminar. Sentí ganas de quedarme allí sentada eternamente. ¿Cómo iba a andar yo sola de ahora en adelante? ¿Y qué diría Teresa? Campoalegre jamás sería igual sin Julián y sin el tío. Albergué la esperanza de que ese tren se devolviera por mí. Imaginé que mi madre se arrepentía. La vi viniendo por la carrilera. La oí diciendo “era una mala broma, perdona”. Me vi montándome también yo al tren con ellos. Cuando el humo se perdió en la cordillera y el eco del silbato dejó de oírse, Iris dijo “Ya se fueron”. Me tomé del brazo y me ayudó a levantarme. Comprendí que ya nada podía atajar ese gusano gigante que se alejó echando humo. Volví a llorar. Lloré como la noche del asesinato y como en el cementerio. Pero ya no me cobijaba en la falda de mi madre. Iris me llevó cargada hasta la finca. En el calor de su cuello y de su hombro seguí gimiendo. Imagino que nuestra desolación debió imponerse en aquel camino despoblado, con árboles colosales y potreros con montes al fondo como un interminable mantel verde de terciopelo. Cuando íbamos llegando, me dijo “Ya no llores más. Me llevas empapada la blusa y te vas a quedar sin lágrimas para el resto de la vida. Guárdalas que te van a hacer falta. ¿O ya se te olvidó lo que te decía Ramón?”. Varias veces él me había dicho “aguántate, llorar es símbolo de debilidad”. Sin embargo, con Iris no me esforcé por contenerme como acababa de hacerlo con mi madre. De todas maneras se había marchado. Entonces, me empezó una tosecita que fue aumentándose. Creció y creció. Me tomó ventaja. Se volvió una lucha. Un combate. Me quitó la respiración. Me derrotó y me dejó censurado el llanto por el resto de la vida pues de ahí en adelante, con las primeras lágrimas me empezaba el ataque

de tos. Tuve que aprender a aguantarme, para satisfacción de mi desaparecido tío. Por eso yo siempre lloro por dentro. Nunca renuncié del todo.

Dicen que nací llorando, me dormía llorando y me despertaba llorando. Que Teresa y José Luis eran los que más me arrullaban y consolaban. No tenía rabia ni agresividad ese llanto, contaba mi padre. Tan solo desconsuelo. Para Brenda y Rubén eran solo mimos. Mi madre les explicó que quizá se debía a la crisis que vivió en su embarazo. “Por qué eres tan llorona”, me preguntó un día el tío con cara de desconcierto. No supe contestarle. A lo mejor lloraba por las veces en las que no iba a poder hacerlo en el futuro. El día en que me angustié tanto porque se quebraron los huevos al caerme la canasta en donde los llevaba desde el gallinero, oí al tío en la cocina diciéndole a Iris “qué le hiciéramos a esta muchachita para quitarle esa lloradera. Si no le encontramos un remedio no va a poder con la vida y va a sufrir mucho”. Irónico. Su muerte me aplacó el llanto.

Cuando supe lo de Luciano volvió la bendita tos. Iris me leyó la carta en la que mi padre me explicaba por qué mi madre no me escribía y por qué yo tenía que quedarme un tiempo más “hasta que ella se reponga pues han sido dos batacazos muy duros y seguidos”. No comprendí muy bien el asunto. Sin embargo, me entristecí. Si Iris lloraba leyendo esa carta y me apretaba como consolándome, era porque de nada bueno se trataba. Al querer llorar con ella la tosecita empezó a quitarme el aire. Me asfixié. Pensé en mi tío. Yo no quería morir. No sin antes ver cómo era Luciano, besar de nuevo a mi madre y sentarme en las piernas de mi padre. A la fuerza tuve que hacerle caso al “aguántate”. Me convencí de que en adelante era mejor evitar las lágrimas si no eran estrictamente necesarias.

Mi padre nunca volvió a dar razones de por qué pasaban los días y las semanas y no mandaban por nosotras. Tres, cuatro,

cinco meses corrieron. Y nada. Varias veces sentí la necesidad de llorar por eso. Pero me contuve. Ni siquiera derramé lágrimas cuando descubrí que también se llora de alegría. Fue el día en que mi padre se apareció en Campoalegre y la felicidad se me atoró en la garganta. Lo vi por el camino desde el árbol de mangos. Creí que era una visión como la que había tenido con mi madre viniendo por la carrilera del tren. Seguí indiferente en medio de esas ramas y de esas hojas. Eran como una cueva para limpiar la mente. Solo allí me hacía insensible, mi mente se quedaba en blanco y se me borraban los recuerdos, la desilusión y el pesimismo. Los pensamientos menguaban y las sensaciones se corrompían, perdían vigor. Nada podía dolerme. La soledad se evaporaba. Los pájaros, tan convencidos de su alegría, me reconciliaban. Por eso pasaba tantas horas encaramada en el palo de mangos.

“El hombre llegará a la luna y tienes que verlo por televisión”, dijo mi padre desde abajo del árbol. A este se arrimó después de que Iris le mostró dónde hallarme. “Pero si no es con Iris yo no me voy”, le dije mientras bajaba ansiosa para lanzármele a los brazos que me extendía. La fascinación de mi padre por los avances del mundo lo traía hasta mí. Un cohete y unos astronautas a miles de kilómetros de nosotras ponían fin a nuestro destierro no programado. Qué importaba. El hecho era salir de allí. Dejar de ser las abandonadas de Campoalegre. Conocer ¡por fin! a Luciano. Durante varios años creí que él había nacido con el Síndrome por mi culpa. Traté de liberarme de esa idea pensando en que a mi madre le había hecho daño tanto llanto. Llorar era malo. Si al tío no lo hubieran matado el bebé habría nacido normal, me decía. Dejé de cargar culpas cuando mamá Rosita se enteró de la homosexualidad de José Luis y dijo “no todo lo que sucede pasa porque uno lo quiere”, lo mismo que le escuché al tío Ramón cuando la quebrazón de los huevos. La frase vuelve a mí hoy y de nuevo

la tomo como una revelación. Tal vez las cosas hubieran sido distintas si la hubiera tenido presente en los momentos difíciles. En realidad era de la abuela. Ella decía las cosas como eran. No usaba atajos para definir las o explicarlas. Su franqueza nos dejaba sin argumentos. También nos daba luces. Como el día en que mi madre se limitó a contestar “la vida es así, no es fácil”, cuando le insistí en que debía existir un lugar en el mundo donde fuera posible vivir en paz, sentirme segura y tranquila. Mamá Rosita se metió en la conversación y dijo que “ese lugar está dentro de uno, pero hay gente que no lo tiene o lo pierde por alguna circunstancia, y a ti y a Julián les tocó un asesinato siendo niños. Lo importante es que sigan amando la vida y tengan amor que es lo que mantiene feliz y segura a la gente”. También me dijo que el día en que el amor me faltara no perdiera las esperanzas porque así siempre tendría un chance en la vida.

La bendita vida. En ella me senté a pensar por primera vez en Campoalegre. Allí conocí la ausencia y la apatía. Desaparecieron mis guías. Me cambiaron las reglas tanto como la sonrisa. Sufrí una mudanza en todo sentido. Unos vacíos se me abrieron y otros se me llenaron, como el de la cavidad dejada por mis dientes de leche perdidos. Crecieron los principales, los dos de arriba, los que más se notan si te ríes. Poderosos y blanquitos como los de mi madre. Me mudaron los dientes, me mudó el temperamento. Mi lloradera se canjeó por la contestadera. “La niña ya no llora pero se volvió grosera”, dirían todos. Me forjaría un destino donde las cosas estarían condenadas a extinguirse apenas naciendo. Un futuro saltando de colegio en colegio, de compañeras en compañeras. Viendo cómo se apagaban las amistades, los lugares y los proyectos tan pronto como surgían. Oyendo a los rectores del colegio decir “dos con cinco en conducta y disciplina es imperdonable así en lo demás tenga de cuatro para arriba, y hasta cinco”. El apego a

nada fue mi defensa. A lo mejor esa actitud me ha conducido a desaprovechar mi existencia y sea la razón para que apenas me haya sido posible llenarla de vacío, un vacío peor que el sufrido por mis pies cuando se enfermaron, se me enfriaron para siempre y quedaron atados a los calcetines de lana que me deben acompañar cada vez que me meto en la cama. Esos calcetines, como los libros, se me volvieron una dependencia más en Campoalegre, el lugar donde, paradójicamente, aprendí el desapego de todo.

Los libros han sido mi trinchera contra el miedo y la tristeza que me asaltan en las noches. En su mundo iluminado me introduzco cuando las luces se apagan. Todavía hoy, como en la adolescencia y la juventud, la hora de levantarme me descubre muchas veces con la lámpara del nochero encendida. Mis amanecidas leyendo me dieron fama de debilucha en la universidad, pero al mismo tiempo me han ayudado a lidiar con mi dificultad para llorar. Ante una amenaza de las lágrimas me amparo en una novela. Me envicé en Campoalegre con el atlas universal, la Biblia y el diccionario, los únicos libros que había allí. Entonces era bastante precaria, por no decir nula, mi comprensión del lenguaje escrito. Es más, muchas veces las palabras alcanzaban a ser en mi mente tan solo garabatos inexplicables. Me sumergían en un mundo entre evidente y dudoso, diáfano y oscuro al que no siempre le encontraba sentido. En esos libracos y en el periódico el tío nos hacía practicar la lectura. Él decía que así estuviéramos de vacaciones nuestro mundo no tenía por qué quedar clausurado para los libros y el conocimiento. Esos libracos le podían a mis brazos y siempre tuve que apoyarlos en la cama o en la mesa del comedor para leerlos. Me gustaba la Biblia por las ilustraciones realizadas con tinta dorada, pero mucho más el diccionario con tanta palabra rara que en mi vida habían escuchado mis oídos.

El diccionario fue como tener a otra persona en Campoalegre cuando ya no estaba el tío con su periódico dominical, y

cuando la Biblia quedó como principal alternativa de lectura en esa finca que adquirió aspecto de iglesia. Santos, cirios, candelabros, veladoras, camándulas, crucifijos, vírgenes y libritos de novenas se apoderaron de mesas y rincones, y las voces rezanderas de las visitas se tomaron el silencio de la casona. El incienso y las flores me traían siempre el recuerdo del féretro del tío Ramón. El asunto recrudeció cuando llegó la Semana Santa. La procesión al monumento me recordó la ida con el féretro desde la finca hasta el pueblo. El Vía Crucis del Viernes Santo era como volver a hacer las novenas de los días siguientes al entierro. La escenificación de la pasión y muerte de Jesucristo en la plaza del pueblo, con los momentos más dolorosos del llamado drama que cambió la historia de la humanidad, los relacionaba con la muerte del tío que me cambió la vida. Ni siquiera me consoló que me hubieran metido en la obra del grupo de teatro. Nunca entendí por qué incluyeron un ángel ahí. Hasta entonces suponía que estos correspondían a la Navidad y eran sinónimo de felicidad. Vagamente me sentí contenta por los comentarios sobre el color de mi pelo y mis pecas, pero en general, misas, sacerdotes, oraciones y cantos eran para mí sinónimo de dolor y muerte. Por eso, en la Semana de Pascua le pedí a Iris dejar de leerme más pasajes del nuevo o del viejo testamento antes de dormirme. Ella lo hacía porque mi tío lo hacía. Era el reemplazo de los libros infantiles inexistentes en la finca. Rechazadas las historias de la Biblia como cuentos para dormir, Iris tuvo que buscar otras alternativas. Una noche probó con el diccionario. Escogía una palabra rara y yo tenía que adivinar su significado. Me gustó el juego. También a ella. Se sumó a él. Cada una daba su versión de la palabra seleccionada. Luego íbamos a la del libro. Muy pocas veces nos acercábamos a lo que era. Pero eso nos entusiasmaba más. Insistíamos e insistíamos. Nuestras jornadas de arrullo con el diccionario se hicieron cada noche

más largas. Amanecíamos leyéndolo. El reto era ganarle a los significados al menos una vez. Sin embargo, nunca pudimos. Iris y yo éramos unas perdedoras. En todo sentido. Hasta perdimos esos libros que nos pertenecían.

Los libracos hicieron parte del equipaje para Medellín. La Biblia, como regalo para mi madre. El diccionario, para mí. El atlas, para Iris. En poco tiempo, la Biblia fue a dar a la casa de mamá Rosita. La viejita se enamoró de la edición. Ni modo de negarse a darle gusto. El atlas terminó en manos de mi padre. Involuntariamente fue apoderándose de él. Sus frecuentes consultas le hicieron decir a Iris un día “déjelo mejor allá en su pieza”. El diccionario se demoró un poco más en extraviarse de dueño, no obstante los coqueteos de mi madre. A su mesa de noche fue a parar cuando gasté mi primer sueldo en el María Moliner. Con la muerte de mamá Rosita la Biblia regresó. Cual artículo de lujo empezó a exhibirse en un atril parado en la sala del apartamento, como inútil constancia de la fe católica de la familia. Nadie la leía. Pero ahí estaba abierta en la separación de los dos testamentos. Con forro plástico transparente, de bordecitos dorados también, para que ni el polvo ni la falta de uso la deterioraran. Y saber que quedó hecha trizas, igual que los otros dos, con la explosión que se llevó la casa, a Iris y a Luciano. Es que un carro bomba es más contundente que la misma muerte. Hace pedazos la vida, y vivir una vida destrozada es peor que todo; escasamente puede uno echarle mano a lo bueno que hubo en ella. Por eso será que conservo en mi memoria esos tres libracos de mi infancia, mi mejor compañía en Campoalegre, sobre todo cuando pasó lo de mis pies.

En la finca, mis pies tuvieron que someterse a un arduo aprendizaje cuando a mí me dio por andar a pie limpio a toda hora y por todas partes. No fue fácil enseñarles. Desconocía qué podría ocurrirles en el paso siguiente, si iban a lastimarse

o no. Dudaba sobre el peligro que encontrarían y qué tanto les dolería una espina al enterrarse. Con el contacto de una rama seca nos estremecíamos, con la humedad también. Esas sensaciones nuevas las vivimos como un riesgo. Poco a poco la incertidumbre y los peligros del camino dejaron de preocuparnos. Mis pies adquirieron sabiduría y aspereza para andar por mangas, bosques y potreros. Aprendieron a disfrutar incluso en medio del pantano y a regodearse en su lisura. Pero justo cuando estaban entrenados nos atacaron los hongos, y ahí nos separamos, dejamos de andar juntos por un tiempo aunque seguíamos unidos. Durante varias semanas no me paré sobre mis piernas ni anduve por mis propios medios en este mundo. Yo me convertí en una muchachita sin zapatos a la que Iris llevaba cargada como si fuera una inválida, y mis pies en dos cosas llenas de ampollas que brotaban a destiempo y a destiempo se soplaban, se reventaban, botaban el agua, se secaban y descascaraban. Eran dos cosas colgando en el aire a las que yo me resistía a mirar. Tantas ampollas sanando en forma tan dispareja hicieron lenta la cura total, frenaron la libertad en la finca y me invadieron de temor; como suele pasar con las enfermedades, me carcomía pensando en que iba a quedarme así, dudaba que mis pies algún día volverían a ser como antes. Me llené de pánico cuando me sentaron en el mostrador de la farmacia y el boticario dijo que tendrían que cortármelos, desafortunada chanza que me hizo llorar y sumó una crisis de asma y de tos al malestar de mi enfermedad. “Qué va a decir tu mamá. Que te descuidé”, decía Iris mordiendo el labio de abajo cada vez que me hacía las curaciones. Repetía que cuando me aliviara jamás iría descalza. “Ni siquiera al bañarte. Siempre debes ponerte las chanclas de plástico que te traje del almacén”. Ella me cargó con paciencia mientras mis pies estuvieron mal. A la espalda por el camino, en sus brazos al llegar al pueblo. Aún no entiendo por qué yo sentía tanta

vergüenza de que los demás me vieran sin zapatos. Le rogué a Iris que me eximiera de la misa. No hubo manera. Era una viuda reciente. No podía faltar a la ceremonia. Tampoco podía dejarme con Evaristo. A ella, únicamente a ella, me habían confiado. Tenía que estar a mi lado siempre. Para que no volvieran a pasar cosas como la de los hongos. Me convenció de entrar en la iglesia de vestido dominguero y descalza. A cambio me sugirió ponerme un sombrerito, como si vistiendo mi cabeza yo pudiera dejar de sentir la desnudez de mis pies, esos pies granosos que finalmente se resignaron a exhibirse ante los curiosos. Nadie era capaz de ignorarlos, por lo menos a mí me pareció tener siempre sobre ellos los ojos de los otros. Yo sí fui indiferente en esas semanas. Me aguanté de vérmelos aunque eran como hielo atado a mis piernas, pesados y fríos. Los sentía arder con el agua cuando Iris me bañaba o me hacía las curaciones, como si me gritaran. Pero seguí despreciándolos. Así no me servían. Ellos mismos me mandaron la señal. Poco a poco cesó el escozor. Cada vez ardía menos el antiséptico que los teñía de rojo. Cuando quedaron insensibles a los líquidos supe que podía volver a mirarlos. Piel nueva volvió a nacerles y me atreví a meterlos en los zaticos de tela que Iris me consiguió en otro almacén, pues en La Quinela solo vendían los de cuero que hacía mi padre. Los palpé estrechos, pero agradables, para nada tan ásperos y pesados como los que me trajo mi padre aquel día del árbol de mangos y me pidió entrenar cuando nos fuéramos. “Para que entres pisando firme en la casa nueva y caminos segura por el mundo ahora que tenemos casa propia y empiezas otra vida”, me dijo, anunciando que tendría una habitación y una cama para mí. “Te compramos un juego de alcoba. Será como si volvieras a nacer”, aseguró. Me asustó la idea de dormir sola en una habitación. Nunca antes lo había hecho. En la finca sobraban las piezas y tenía una cama únicamente para mí, más grande incluso que la de

Tere y yo; sin embargo, siempre compartí espacio con Julián. En Campoalegre las mujeres podíamos estar con los hombres en el mismo cuarto. El tío sabía que esas alcobas tan voluminosas y oscuras nos inspiraban miedo, y entendía que después de las historias de espantos que nos contaba Iris la finca fuera para nosotros un mundo tenebroso. Por eso, también dejaba una Coleman alumbrando el corredor por las noches. Cuando Iris y yo nos quedamos solas ella me pasó para su cuarto. Dormimos juntas, aunque nunca en la misma cama. Eso yo solo lo he hecho con Teresa.

Excepto por Luciano y la casa nueva, pensé que después de Campoalegre todo iba a estar igual en Medellín. Sin embargo, pocas cosas fueron como antes, en particular con mi hermana. Sin quererlo vuelvo a ella. En nosotras no hubo motivo de discordia para el distanciamiento. No obstante, esos meses acabaron con la complicidad entre las dos. Esos meses sumaron edad a su cuerpo, metieron en su cabeza el interés por los muchachos e hicieron de su mundo un mundo tan solo de ella, un mundo de acceso vedado para mí donde lo usual ya no era que me contara sus intimidades sino guardárselas en lo más recóndito de su corazón, o confiárselas a su diario o a Brenda como secreto. Era otra Teresa, y seguramente también ella me vio rara. Jamás volvió a interesarse en mis muñecas. Al volverme a ver lo que más le preocupó fue cortarme el pelo y las uñas. “Viniste muy descuidada. La presencia hay que cuidarla mucho”, me dijo mientras me instalaba en mi nuevo cuarto y me desempacaba el maletín. Ya no era a mis muñecas sino a mí a la que peinaba. Peor que una de ellas me sentí cuando me hizo las cien cepilladas, me embadurnó el pelo con el aguacate y me tuvo sentada toda una tarde a su disposición hurgando en las uñas de mis pies y de mis manos, repitiendo “qué vergüenza como las trajiste de esa finca”, mientras yo pensaba “qué vergüenza como me

tienen mis muñecas”. En mis cartas le pedí cuidármelas. Varias veces me angustié pensando en que no les habían dado el tetero, no les habían puesto la pijama para acostarlas o no tendrían la cobijita encima. Sin embargo, me tranquilizaba porque sabía que ahí estaba Teresa. Nada. Las encontré empolvadas, algunas guardadas todavía en la caja del trasteo; escasamente desempacaron las más grandes para adornar mi cuarto nuevo. Teresa había hecho el deber a un lado por estar haciéndose las mascarillas y las cepilladas que decía la revista *Vanidades*. Sentí que me había traicionado, como no lo hizo Julián quien fue tan constante con sus cartas. Experimenté hacia ella el rencor que no me inspiraron mis padres, los responsables de haberme dejado en la finca. Tal vez la tenía idealizada porque sabía más del mundo que yo y siempre me estaba enseñando algo. Teresa cosía vestidos con lentejuelas para las muñecas, conocía más palabras y su significado, escribía las letras derechitas sobre el renglón, era capaz de tender la cama sin dejarle arrugas, se equivocaba menos brincando el lazo, lanzaba la pelota con el bate más allá del límite fijado, era la que más encestaba en los partidos de básquet, mantenía más organizado el cajón del escaparate que Brenda y yo, los zapatos colegiales le quedaban más brillantes y los embetunaba desde el sábado por la mañana, como José Luis, y no el domingo por la noche a la hora de acostarse, como nosotras. A ella nunca se le oía la sorbida del chocolate caliente como a Rubén; jamás hubo que rogarle, como a Julián, para que hiciera las tareas del colegio, y nadie podía organizar mejor en la jarra las flores para la Virgen los primeros viernes. Qué falta me hiciste Teresa, hermana mía. A lo mejor esperé todo de ti porque a mi regreso encontré tan poco de lo de antes. Ya no estaba mi barriecito de calles sin asfaltar y pinos alrededor. Tampoco Érika, mi primera amiga, la primera que tuve, la única que en realidad he tenido y perdí sin culpa al-

guna, sin al menos haberle reñido. De ella apenas me quedaron las tardes de pavoneo por las aceras cuando nos disfrazábamos de señoras y salíamos con nuestras muñecas y las carteras colgadas al hombro. Puedo sentir el enredo de collares en nuestros cuellos, ver los labios perdidos en el colorete, escuchar los tacones puntilludos dándole al cemento, palpar la sensación de mis pies nadando en ellos y aguantando para no torcerse ni doblarse; esos tacones nos hacían felices aunque llegaran a derribarnos si el control se nos escapaba. Tú misma, Teresa mía, me contabas de los cuchicheos y las risitas de quienes nos veían pasar en aquellas tardes mágicas donde todo lo demás dejaba de existir y solo existíamos Érika y yo con los tacones prestados de mi madre. Los tacones que tanto me gustaban pero que en Campoalegre ni me llamaban la atención, excepto cuando se los veía puestos a Iris. El zapaterío de ella estuvo durante meses a mi disposición, me brindó la posibilidad de repetir el juego en la finca, un juego carente de sentido en un escenario silvestre sin cemento de aceras para que sonaran y sin una amiguita como Érika, de quien ni siquiera me quedó la despedida. ¿Sí te acuerdas Teresa de la colección de zapatos de Iris? En los zapatos que usaba se notaba su vanidad. Me parece verla sentada en un banco de la plaza con el abanico. Haciendo carrizo. Boleando la pierna. Sin importar le las miradas de la gente. Justamente pretendía que le vieran y admiraran los zapatos de colores que encargaba a Medellín “bien altos, destapaditos adelante y atrás, y con correas tan delgaditas como el tacón, y con el broche forrado en cuero también porque el metal me pela”. En qué apuros ponía a mi padre para darle al cuero el color sugerido en la hoja de papel donde enviaba el croquis de su pie con las indicaciones. “Rojo-rosado, amarillo-naranja, azul-violeta, morado-oro, verde-plata”, escribía dependiendo del caso. El último par no pudimos llevárselo esa temporada Julián y yo como estaba

programado. Me conmovió su cara de tristeza cuando desempacó nuestros maletines y no vio caja con zapatos por parte alguna, los zapatos de color perla con apliques dorados que mi padre en principio se negó a hacer porque “eso ya es demasiado”, pero que terminó haciendo con una discreta cinta dorada en las correas, y enviando a Campoalegre como regalo de Reyes, para que Iris tuviera que exclamar “ya para qué, ya pasó el diciembre y no pude pisar el año nuevo con zapatos nuevos, quién sabe qué irá a pasarme este año”. De todas maneras, esos últimos zapatos vanidosos, como les decía mi padre, fueron estrenados en enero. A Iris se los vimos puestos el día del cumpleaños del tío, por primera y última vez, como si hubiera cerrado con broche de oro su fiesta de zapatos de colores justamente el día en que por única vez el tío se negó a celebraciones. A la semana, cuando lo mataron, todos esos zapatos quedaron archivados. Fueron castigados con el olvido en el baúl más gigante de la finca. Expulsados de la vida de Iris por ella misma y cambiados por esos mocasines impersonales de tacón bajo y plancho que la acompañaron el resto de sus días, monótonos mocasines de color café, azul oscuro o vino-tinto, jamás negros como los que invariablemente se ponía María de los Ángeles, la vendedora del almacén. A lo mejor ella habría accedido a jugar conmigo, a pesar de su edad y de su pie torcido pues se prestaba para lo que fuera, como si ser empleada del tío la obligara a entregarnos la vida. Como ella temí quedarme cuando me dieron los granos. La Chapincita le decía mi tío, por el bambuco “Chapín de Seda” que sonaba en la emisora y porque chapín era el pie que tenía torcido desde el nacimiento. Seguramente se le enredó en el vientre de su madre. Ni siquiera en él se está exento de peligro. Quizá no existe lugar en el mundo para estarlo. También allí pasan cosas fatales, cosas que no hay manera de enderezar después, como el piecito de María de los Ángeles. Se lo enyesaron al

nacer, por años se lo amarraron con varillas, pero no pudieron. La pobre se quedó chapina, con la frustración de no poder meter sus pies en tacones como los de Iris. Al saber lo de Luciano le pregunté a Iris si él sería parecido a María de los Ángeles. “Para nada, me contestó. María de los Ángeles vive feliz. Tan solo necesita un zapato diferente. Luciano tiene todo el mundo diferente”. Chapín, sí, pero feliz. Así era María de los Ángeles. Yo no podía evitar mi mirada sobre su cojera. En ella reparé por última vez cuando fuimos al cementerio a despedirnos del tío Ramón. Se le mojó la cara en llanto al leer la inscripción de la placa de mármol que Iris dejó en la tumba del tío. *A quien fue padre y hermano, mi amado esposo Ramón, mi ilusión. Siempre en mi corazón.* María de los Ángeles decía que para ella el tío también había sido como un padre o un hermano mayor. Aquel día, Iris llevó, además, las orquídeas. Fueron las últimas y mejores que vimos brotar en las canastas y los troncos de los árboles de Campoalegre. Ese año Iris las cuidó especialmente. No las regaló para la procesión del Santo Sepulcro del Viernes Santo. La Dolorosa ya había recibido muchas. Ahora las merecía más el dueño de la finca donde se cultivaban. Años después, cuando sacaron los restos, se trajo la placa para Medellín. Contra la marea de críticas, la hizo enmarcar y la colgó en la pared de su cuarto. La alumbró el resto de su vida con veladoras naturales y artificiales como si fuera el cuadro de un santo, hasta que literalmente se la llevó a la tumba. Con esa placa enterraron a mi negra querida que tantas veces me levantó para protegerme, que tantas veces me impidió tocar la tierra para que no me lastimara porque de alguna manera sabía que en esa estancia en Campoalegre, con el crimen de mi tío, mi vida se quebró tanto como la de ella, se torció más que ese pie de María de los Ángeles.

Aún con sus zapatos de viuda, a pesar de haber dejado el taconeado y el pavoneo, siempre pudimos adivinar la presencia

de Iris a través del caminado; por sus pasos secos y firmes sabíamos que era ella la que se acercaba. Esa presencia me llenó la ausencia de Teresa. Por eso, a lo mejor solo sea Teresa la que pueda llenarme el vacío de Iris. Con los años uno retorna a lo mismo, de la misma manera en que empieza a parecerse a los padres y a buscarlos de nuevo. Mi hermana y yo casi hemos vuelto a ser otra vez lo que dejamos de ser después de Campoalegre. Ya ni me preocupa el daño que me hizo. En realidad el daño me lo hice yo con ella. Es más. Todo fue apenas una idea. He podido comprobarlo con los años, con el dolor. Cómo me cuidaste Teresa cuando me quemé en esa explosión y todavía no sabía lo de Iris y Luciano. La tragedia que se los llevó a ellos nos devolvió a las dos al momento en que estábamos cuando me fui para la finca. Yo aún siento muchas cosas al acordarme de esa temporada, ¿sabes? Buenas y malas. Ahora, por ejemplo, una tristeza me llega con estas evocaciones. La tristeza puede ser un sentimiento bello cuando simplemente es y aparece exenta de desespero, rabia y odio. En la finca la tristeza me llevó a la soledad con serenidad, se fue hasta el fondo de mí misma y con una exquisita sensibilidad me permitió sentir, oír y ver mi ser. Campoalegre me regaló la amistad y el amor de Iris, una amistad que empezó a primera vista y se volvió la compañía que siempre echaré de menos. La conocí en la estación del tren. Me miró con naturalidad, como a mí me gustaba que me miraran. Después me dijo que yo tenía un pelo muy lindo. Me nació sonreírle cuando me encontré con su cara ancha. Hallé simpáticos esos ojos achinados de pestañas largas y crespas. En aquellos ojos caí antes que en su piel. A ella le agradó eso. Solía pasarle a la gente reparar primero su color. Me lo contó después. De todas formas, su negrura la recibí como un misterio. Quise develarlo, saber si era real esa piel, por eso en adelante aproveché toda oportunidad para pasarle los dedos por el antebrazo, con un disimulo del que ella se percató y

puso en evidencia el día en que nos bañábamos en el charco de La Hundida.

“Cuando yo era niña como tú, me dijo, llegaron unas rubias a la playa de mi pueblo y yo me atreví a tocarles las piernas para ver si mis dedos quedaban manchados de blanco, como crees que van a quedar los tuyos de negro conmigo. Nunca había visto unas pieles tan increíblemente blancas. Imagino que tampoco tú una como la mía”. Ese día ella frotó mis pecas. Pudo comprobar que eran de verdad. También tenía la inquietud. Verla en traje de baño me convenció. El color estaba sembrado en su piel. Me asombró el contraste con la blancura mía. Éramos muy diferentes Iris y yo. En el físico, la edad, el origen, en nuestras circunstancias, pero teníamos el alma muy parecida. Pude vivir con ella sin contratiempos. Se hizo parte de mí. Nuestra relación fue mucho más allá del tío Ramón, nuestro punto de unión. Las dos enfrentábamos el mundo de la misma manera. Silenciosa. Dejábamos entrar en nosotras lo que se imponía ante los ojos y los oídos. Lo guardábamos en el corazón. Ambas nos sobrepusimos a la pena. Yo siempre intuí en ella un sufrimiento intenso en algún momento de su vida, una herida profunda que, como sucede en la vida, se elabora como puede, a veces sin darse cuenta, y transforma. A lo mejor fue durante la infancia. No podría probarlo. Mucho menos dar detalles. Solo lo sentí.

Ella era esquiva con su pasado, detenía cualquier pregunta que apuntara en esa dirección. Supongo que sí habló mucho de su vida con el tío. Pero la muerte de él dejó sellado cualquier dato al respecto. Tuve que aceptar que Iris vivía en el presente, por el presente y para el presente, que tenía derecho a castigar el pasado con el olvido, algo que yo debí haberle aprendido y no le aprendo aún. Tuve que reconocer que también era sabia con su indiferencia ante el futuro, que yo debía conformarme con un conocimiento escaso de la historia que

traía antes del tío, que era suficiente con hacer parte de la que siguió al desaparecer él. Tal vez la ausencia de esa historia fue lo que me sedujo. El enigma de la piel se develó rápido. El de su vida pasada se quedó siendo eso.

“No vale la pena recordar”, me dijo cuando yo, adulta, pretendí aclarar cosas. Agregó que era necesario controlar la curiosidad, que había un dios indígena que convertía en piedra a las mujeres curiosas, que yo sería una roca de haberme encontrado con ese dios. Iris nos contaba historias de los indios, cuando estos eran para nosotros tan solo asunto de fotografías y libros. Nos parecía mágico saber que había tratado con ellos. También hablaba de brujas, duendes, fantasmas, espantos gigantes, misteriosos tesoros escondidos, criaturas atormentadas e invisibles que con gritos o lloriqueos hondos transmitían su angustia y terror a los vivos en campos y poblados, cosas sobrenaturales cuya existencia no ponía en duda y por las cuales, decía, prefería vivir en la ciudad, iluminada, habitada, sin la oscuridad y el silencio que hacían brotar seres fabulosos e inquietantes. Sombras que se alargan al infinito, mulas de tres patas, frailes sin cabeza, ermitaños iracundos, esqueletos andantes, manos peludas, huellas infernales, espíritus de la selva, monstruos acuáticos, sirenas y buques fantasmas, enanos de olor nauseabundo, toros encantados, serpientes interminables, mujeres con cascos de mula por pies, viejas arrugadas y lloronas más feas que el demonio, demonios causantes de todos los males, dioses civilizados más justos que una balanza en perfecto estado. Detrás de esos seres llegaban los agüeros y exorcismos. Los perros y las mariposas negras, las calaveras de vaca clavadas en estacas. De todo eso y más conversábamos con Iris. Nos embelesábamos con sus historias. Sus sueños también tenían magia. Eran más fantasiosos y menos alucinantes que mis pesadillas. En sus labios, las cosas reales parecían inventadas. Ciertas, falsas, imaginadas o probadas,

de una u otra manera nos dejaban parqueados entre la duda y el convencimiento. La incredulidad nos asaltaba a la hora de dormir. “¿Sí creíste lo del volcán de lodo?”, me preguntó un día Julián. Se refería al volcán de Arboletes que años después conocimos, “con lodo caliente y burbujas pero que no quema, como había dicho Iris, donde nadie se hunde aunque los pies nunca tocan fondo pues hasta el cuerpo más pesado flota naturalmente”. Esa noche el tío Ramón nos oyó. Él, que nunca ofendía con la duda los cuentos de Iris, nos dijo que ella era transparente y clara como la lluvia y por lo tanto no mentiría.

En verdad, hubo realidades de Iris que nos dejaron boquiabiertos. Como el Atrato, el río de la desmesura y el ímpetu, el más caudaloso de Suramérica, el río que ella conocía y en cuyas aguas se había bañado, pero que para nosotros era apenas una raya azul gruesa en el mapa de Colombia, una referencia en la clase de geografía, una línea sinuosa que pintábamos saliendo del sur del país, dirigíamos hacia el norte y concluíamos en el golfo de Urabá, entre Antioquia y Chocó. La raya, que en la vida real parece una autopista de agua, pasa por Quibdó, la ciudad capital con cara de pueblo, va hasta el mar Caribe y es la principal vía de un departamento con costas sobre dos océanos y una geografía magnífica que al mismo tiempo es su condena porque lo aísla del resto del mundo y la civilización. De allá venía Iris, del lugar donde no escampa y los ríos se llaman Mungidó, Baudó, Docampadó, Domingodó, Opogodó, Bebará, Capá, Bojayá, Timbiquí, Salaquí, Yurumanguí, sonoros nombres indígenas que ella pronunciaba con suma facilidad, palabras que a mí me sonaban hermosas y en el diccionario del tío Ramón nunca pudimos encontrar. Del lugar donde se pone música, se juega dominó y se cantan alabaos en los velorios de los difuntos. Donde la vegetación crece insaciable en los valles y estos se vuelven selva, las selvas del Chocó que vi desde las avionetas en mis

viajes de corresponsal, el ejemplo supremo de la selva húmeda tropical en el planeta tierra. Seguramente ella la conoció por dentro. En algunos de sus ríos acostumbraría nadar o se clavaría desde rocas altas, como lo hacía en La Hundida y como lo aprendimos de ella, así dijera que “enseñar a nadar no es necesario. Simplemente te olvidas de que pesas y eso es todo. A mí nadie me enseñó y desde que me conozco estoy nadando”. Nos entrenó con paciencia. Más de una vez nos repitió que quien sabe defenderse en aguas tormentosas tiene un punto a su favor en la vida. Julián lo comprobó. Fue capaz de lanzarse al vacío en la emboscada que le dejó el tobillo vuelto añicos y lo sacó del monte cuando le dio por irse de guerrillero.

Iris nos trajo muchas cosas nuevas. Por ella tuvimos hallazgos y descubrimientos, asombros y temores. Puso el mar en nuestros oídos por primera vez. Nos hicimos una idea de él antes de conocerlo cuando nos confesó que lo tenía escondido en las conchas de caracol con las cuales atajaba las puertas de la finca. He ahí otra razón más para que sea inolvidable aquella negra que se notaba como ninguna, así no se dejara ver por dentro. Negrura, estatura y figura. Después de mi padre, me pareció la persona más alta que había conocido. Es cierto que para un niño cualquier adulto es alto, y que a una mujer cualquier tacón en los zapatos le ayuda a falsear la estatura. Sin embargo, en Iris los centímetros de más sobre el tío Ramón nada tenían que ver con los tacones que usaba. Tampoco con su temple al caminar. Porque cómo iba de recta mi negra cuando de andar se trataba. Su espalda era una vertical sobre la cual descansaban unos hombros imponentes, esos hombros que no cedían ni un grado en los ángulos formados con la columna. Aquella espalda no se doblegaba ni estando enferma, y así permaneció hasta el día en que su dueña murió a las puertas de los sesenta años. No era pose como lo creían muchos. Sencillamente, así era el cuerpo de Iris. “Si las pal-

meras caminaran lo harían como ella”, le escuché decir al tío. En medio de los hombros amplios y las nalgas inmensas, la cintura se perdía, aunque ella decía que era por la cinturita que las nalgas se le veían tan grandes. A veces las meneaba con descaro, como si lo hiciera de aposta. Se le veían quietas cuando hacía la fila para la comunión en la misa. Parecían moverse menos también cuando llevaba en el hombro a Yessenia. Iba andando y conversándole al animal como si fuera gente. A veces no sabíamos si nos hablaba a nosotros, al tío o a esa guacamaya. Le había puesto el nombre de una palma del Chocó, el continente de las palmas, como lo llamaba ella, la tierra donde el reino vegetal reina de verdad y las palmas gigantes son la especie más hermosa.

Al caminado y los zapatos de Iris se sumaban los vestidos para notarse. De rojo, rosado, amarillo, naranja, azul, violeta, morado, verde, celeste, jamás de negro, se vestía ella. “La de hermosos colores, tan bella como todos los colores juntos, más que el arco iris y las flores que copiaron su nombre”, decía el tío. Paradójicamente, las gafas oscuras, la defensa de sus ojos contra el sol, también la hacían notar. Jamás supe de dónde procedía tal intolerancia a la luz, si tenía que ver con el lugar donde había vivido o trabajado. Había como un disgusto en ella con todo lo que se dijera negro. Tal vez tenía que ver con el color de su piel, su piel caprichosa como lo era ella a veces, una piel con la que ninguna joya o abalorio se portaba bien. Ni pulseras ni aretes, ni collares ni anillos podían tocarla. Ante estos, la piel de Iris protestaba con picazón y peladuras. Ella decía que la hacían sentir pesada y sofocada. Era evidente que la afectaban, fueran preciosos o de fantasía. Siendo de la tierra del oro, Iris tenía que despreciarlo, y se vio ante un dilema con su argolla de matrimonio, algo que era para siempre y en alguna parte del cuerpo tenía que ponerse, menos en el dedo anular de la mano derecha, donde una llaga brotó a los días de

la boda y con rebeldía se extendió durante semanas y meses, hasta que el tío Ramón tuvo que aceptar la ocurrencia de su mujer de fundir el anillo y forrar un diente, aún pareciéndole una excentricidad, pues eso sonaba más sensato que archivar en un joyero el distintivo de casada. Todos nos acostumbra- mos a ese destello dorado de Iris. No necesitaba reírse para mostrarlo. Con solo hablar se le veía. Resplandecía incluso cuando lloraba.

El diente de oro dejamos de vérselo el año en que llegamos de Campoalegre. Iris me lo dio convertido en una medallita de la Virgen el día de mi primera comunión. Ya era viuda, ya no le obligaba. Tampoco le interesaba. Estaba desencantada del tío. No le había dejado nada. Al menos así lo aseguró Margó cuando repartió los bienes. Mi tía se sintió obligada a responsabilizarse del asunto. Se atribuyó autoridad por ser la que vivía con la madre del fallecido. Vendió finca, almacén y ganado. También una casa en el pueblo cuya existencia ni la misma Iris conocía. Las de Medellín se salvaron del remate, mas no de la repartición. Se convirtieron en la de mamá Rosita y la nuestra. Margó dividió entre la progenitora, los otros diez hermanos y la viuda. A cada uno le tocó su parte, “para que no peleen después por plata, pero sobre todo para que no dejen a Iris sin nada del todo”. A ella, dice, le entregó la mejor taja- da, contra la voluntad de quienes llegaron a manifestar que no merecía tanto, y se la hizo guardar en el banco. “Es mejor. Uno nunca sabe a qué atenerse, y menos con cuñados”. De lejos y de cerca, Margó vigiló el saldo mensual y la entrega de los intereses. A ella, la más estudiada y recorrida, no se le hizo un lío tener que aceptar a Iris en la familia, como sí le pasó a los otros que nunca la reconocieron como la señora de la finca. Al contrario. Iban en los diciembres a ponerla de sirvienta con las parrandas que armaban y las matadas de marrano que hacían. La convertían en mula de carga para que los atendiera

con prole y cónyuges. Solo de sirvienta la conocieron allá en la finca, por eso nunca de señora y viuda de señor acomodado pudieron verla en Medellín.

Cuñadas y concuñadas, encabezadas por mi madre, se juntaban para no mover un dedo en Campoalegre. “Esto es una finca. Aquí vinimos fue a hacer perro. Oficio hemos hecho todo el año”, decían las princesas, como las llamaba Margó. Ella era la única que se arremangaba la blusa y se ponía el delantal para ayudarle a la dueña de la casa. Mi tía nunca se mojaba las manos, hasta los interiores se los lavaba mamá Rosita, pero los quehaceres domésticos y la lidiada con sobrinos se le hacían parte del programa de vacaciones en Campoalegre, eran un descanso para su monótona vida de oficinista e hija soltera, así fuera incapaz de seguirle el ritmo a la cuñada. Iris trabajaba hasta dieciocho horas diarias en aquellas temporadas, no de sol a sol, sino de la oscuridad del amanecer a la de la noche, sin sentarse siquiera a fumarse un cigarrillo. Si se lo fumaba era de pie ante las princesas en una conversación ocasional con ellas. “Tan guapa esa negra para trabajar. Qué resistencia”, exclamaban admiradas cuando la negrita se retiraba, aunque de inmediato le veían los defectos. “Podrá ser muy trabajadora, pero es una inútil para la costura. ¿Sí ven que ni siquiera ha estrenado la máquina de coser que le dio Ramón?”. Y esos comentarios en voz baja autorizaban a mamá Rosita para agregar “al fin y al cabo negra, solo sirven para la labor dura, por algo trajeron esclavos de África para los socavones”. Cuando mi padre lograba escuchar cosas como esas se ponía colorado, se ajustaba la camisa por entre el pantalón, se servía un aguardiente y metía la cucharada, así se tratara de conversación de señoras. “También a ellos les debemos la Independencia. Fueron muchos los que se incorporaron al ejército del Libertador”, decía furioso, se mandaba el aguardiente y seguía con un discurso, su reiterado e inútil

discurso sobre la igualdad social pues no le quitó a la abuela lo racista, el defecto que le restaba encanto a esa viejita amorosa que yo quise tanto.

Mamá Rosita nunca pudo tragarse del todo a Iris, la nuera peliqueta, como la llamaba. Según decía Margó, esa nuera fue el castigo que Dios le mandó a la abuela por discriminadora. Siempre la oyó quejarse del matrimonio del tío y decir que él, el hijo intachable, la embarró al final casándose con una negra, y que si iba a Campoalegre era obligada por la gratitud; por él había podido salir adelante en la viudez; fue el tío el que se echó a la espalda la carga más grande después de que la familia le fuera encomendada por su padre moribundo, ido de la tierra sin conocer el último de sus descendientes. El tío hubiera podido ser el abuelo que siempre añoramos tener. Prácticamente fue el padre de mi madre. A él se la entregó la comadrona cuando nació; aunque todavía no alcanzaba la mayoría de edad, era el mayor. Aquel enero en Campoalegre cumplió los cincuenta y cuatro, los mismos años que tenía el abuelo al morir. Se dio de regalo la planta eléctrica para iluminar la finca, pero no quiso celebraciones. Aun así, Iris se estrenó los zapatos retrasados, hizo torta e invitó a María de los Ángeles. Esa noche a mi tío se le aguaron los ojos y se le entrecortó la voz cuando nos contó lo último que le dijo su padre después de echarle la bendición y antes de expirar. “Quiera mucho a su mamá y prométame que cuidará a sus hermanos”, dizque le dijo. Cómo imaginarnos que estaba a días de encontrarse con su propia muerte. Esa noche supimos que al tío, mamá Rosita y toda la prole de nada les sirvió la fama que tenía don Fidel de ser el mejor mayordomo de la región; sin él eran apenas unos niños huérfanos, para colmo con la madre embarazada, y eso nada valía. “Así fuéramos sus hijos, qué nos iban a confiar una finca como a papá, nos dijo el tío. En esa desconfianza empezó todo y no tuvimos de otra que

salir para Medellín. En las textileras sí le daban trabajo al que fuera”. Contó cómo de a poquitos fueron llegando a la ciudad. Primero los mayores. En piezas alquiladas vivieron separados unos de otros. Allá y acá. Varios años. Hasta el día en que la familia pudo unirse de nuevo en una casa y volvió a armarse el hogar perdido. Mi tía Margó siempre ha dicho que la de Medellín fue como una época perdida para el tío, la juventud entera pasada en función de otros, esperando a que pudieran valerse por sí mismos. Asegura que él solo se sintió tranquilo cuando vio el diploma de bachiller de mi madre, y que apenas lo vio se sentó a redactar la carta de renuncia como supervisor de Fabritelas. Ni ruegos ni promesas de ascensos le sirvieron. Al él lo único que le servía era devolverse para su pueblo. El dinero le alcanzó para las primeras cuerdas de tierra. El buen nombre para merecer la confianza del gerente de ventas de la fábrica y montar, fiada, La Quinela.

Después del abuelo, la muerte del tío fue la segunda que afrontó la familia. La forma como perdió la vida ha sido única. Eso le dio el carácter de leyenda y desbordó la admiración que nos despertaba. Los sobrinos lo admirábamos por el respeto hacia él que veíamos en los hermanos, por haberse devuelto para el campo y por haberse casado con Iris. Perseveró. Tomó riesgos. Dejó a la novia de Medellín y la familia, pero alcanzó lo que quería en la vida. Acató lo que su corazón y su conciencia le dictaron. No dio el brazo a torcer. Aunque por eso mismo lo mataron. Para mi padre era un montañero terco, caprichoso, avaro y prepotente que se hizo matar por unos pesos. Mi madre, en cambio, decía que su esencia era la de un hombre bueno, que merecía consideración por su coraje, por las circunstancias que lo trajeron a Medellín, por las dificultades que le tocaron antes y después de poner a la familia en la ciudad, por las cosas que tuvo que pasar para sacar adelante su finca. Perder Campoalegre fue muy frustrante. Allá

nos mandaban a pasar vacaciones a todos. Nos descargaban donde el tío como si fuéramos los nietos. Eran temporadas gratis, seguras y ventajosas. “Lo único jarto es la negra”, se atrevían a decir algunas princesas quienes, no obstante, reconocían el esmero de Iris. Ella nos devolvía gordos y cachetirrosados a Medellín, intactos y más aliviados. Inspiraba confianza porque lavaba con jabón las frutas, los huevos y las papas, cocinaba sabroso, detenía las enfermedades con remedios caseros y, como decía mi madre, no olía maluco, “ni siquiera suda así esté muy acalorada”. Iris amaba nuestra presencia. Se notaba la sinceridad de su disposición para atendernos. ¿Cómo podía reparar por cuidar niños ajenos cuando extrañaba los propios? ¿Cómo rechazar unas semanitas de algarabía sabiendo que el resto del año viviría en grima en esa finca? Y cómo negarse a la llegada de los que le traían el aroma de la ciudad con la cual soñaba, esos que al marcharse daban el motivo para escapar del pueblo y visitar Medellín, así fuera por un día. Me parece verla sacando una tula, echando una muda de ropa y diciendo “tan chiquitos no pueden irse solos en el tren, yo los tengo que llevar”. A veces pienso que el dinero de los intereses fue como un pago por cuidarnos, por ser la señora del servicio y la nana de Luciano, por sacar la mugre que otros hacían en una casa que podía ser la suya, por conciliar en peleas filiales y consolar en las desilusiones, por ser como la mamá en la ausencia de mi madre. Cocinera, planchadora, niñera. Igual lo hubiera hecho sin un peso de por medio. No tenía otra opción. Ni siquiera manifestó inconformidad cuando tuvo que renunciar a su idea de emplearse en el almacén de mis padres, como creyó que iba a hacerlo al llegar a vivir a nuestra casa. Fue mi madre quien la aprovechó para trabajar. No iba a tener más hijos y le resultó alguien de confianza para cuidarle los que ya tenía. Iris aceptó quedarse en casa reemplazándola en el día. A fin y al cabo había alcanzado su sueño de vivir en

Medellín. Era suficiente para sentirse a gusto. Habían valido los nueve años en Campoalegre, el purgatorio antes de llegar al cielo y después de haber estado en el infierno, como decía, así hubiera tenido que pasar por la decepción que la llevó a quitarse el diente de oro y el luto de vestidos blancos.

Me dijo que llevara siempre conmigo la medallita como un amuleto de protección. Así lo hice, hasta que quedó en manos de un atracador que me la arrancó del cuello un día en que salí de la oficina y olvidé quitármela como debe hacerse en las ciudades inseguras. Iris lloró cuando le conté. También a ella se le venían las lágrimas por cualquier cosa. Aseguraba que se había vuelto llorona con el matrimonio “donde se llora mucho y por eso hay que pensar antes de hacerlo”, como me dijo el día de la boda de Brenda. Se le encharcaban los ojos si el tío le despreciaba la comida o si a él le parecía que las camisas se estaban curtiendo, por algún comentario en contravía del elogio o ante un gesto en el que leyera desaprobación por algo ya hecho. Se tensionaba con la idea de que las cosas salieran mal, como si alguien o algo se las exigiera perfectas, tan perfectas como las macetas a las que sabía hacerles brotar flores y hojas por montones, a las que no descuidó ni un día de su vida como sí solía descuidar la huerta y los animales. Ni siquiera sabía cuántas reses tenía mi tío; hubieran podido robarle más de una sin darse por enterada. “Eso es para hombres. Que lo haga Evaristo. Por algo Ramón le paga”, decía. Lo suyo era responder por una casa y hacer sentir bien a sus habitantes, mantenerse dispuesta y ser acomedida. Claro que el tiempo y la cotidianidad nos mostraron la otra cara, una Iris impredecible que el día menos pensado echaba al traste las rutinas. Tal vez la torturaban de tal manera que se salía de ellas. En esas ocasiones le importaba un pito la casa y la comida de nosotros y no movía un dedo. Llegó a sorprenderme su capacidad para quedarse sin hacer nada. Podía pasar el día entero en una

hamaca del corredor mirando el horizonte o en la mecedora del balcón viendo hacia la calle. Era como si la voluntad se le muriera del todo. Sufrí mucho en esas circunstancias en Campoalegre. Ni siquiera me miraba. “Venga niña para acá, esperemos a que le pase. Es que perder el cónyuge es como morirse uno en vida”, me decía Evaristo, quien no tenía esposa pero parecía saber de eso; yo lo seguía al chiquero, al gallinero, al potrero, al abrevadero, al cafetal, al maizal y a todo lugar en donde él pudiera verme sin tener que interrumpir su trabajo. Imagino que en esos días de volubilidad de Iris él quedaba más fatigado, conmigo persiguiéndolo por todas partes, bombardeándolo con preguntas sobre todas esas cosas que él sabía hacer, que yo no veía en la ciudad y que me maravillaban, y con ese temperamento mío que no admitía la posibilidad de dejar sin respuesta al menos uno de mis interrogantes. Muchas veces he intentado recordar, inútilmente, lo que conversábamos. Hablábamos sin parar mientras a Iris le pasaba la ‘calladez’, la palabra que nos inventamos para denominar esas horas de apaciguamiento de ella que parecían mera expresión de altanería, unas horas en las que era mejor dejarla solita en un rincón, no modular palabra y tragarse enteritos sus desplantes. No insistirle, como aprendí a hacerlo con la costura, asunto ante el cual la apatía era total. Si un vestido rompíamos en Campoalegre, así teníamos que llevarlo a Medellín. Más de una vez vimos a Iris quitarle el forro a la máquina de coser. Sacaba telas, moldes, el metro y las tijeras. Pasaban varios días. Semanas. Hasta meses. Volvía a guardarlos sin haberlos tocado. Nunca la conmovieron mis ruegos por una muda nueva para mis muñecas. Menos mis peticiones de ayuda con el ruedo de una falda o de un pantalón. “Pídame otra cosa”, contestó siempre. Pagaba por la pegada de un botón. Ni por curiosidad ensartaba la aguja. “No soy capaz. Cosas tan chiquiticas no puedo distinguirlas”. Un problema de visión

que quedó en evidencia con esas gafas que parecían dos lupas cuando se las compramos.

La máquina de coser la tuvo siempre. El tío Ramón la incluyó en sus presentes de boda, para que Iris confeccionara ropa con las telas del almacén. “Es el último modelo, explicó él a la familia en plena fiesta. Le dicen la peso pluma, es la más pequeña que han hecho hasta ahora, y vean, sin manivela como la que tenía mamá cuando éramos muchachos, porque Iris merece lo mejor de lo mejor y porque de una máquina de coser se puede vivir en caso de necesidad, como le tocó a mamá”. Sin embargo, a Iris no la convenció. Era una peso pluma pesada pero seguía siendo de hierro, negra para acabar de ajustar aunque todavía no era la negrita zz. El aparato apenas alcanzó a ser un objeto de exhibición y adorno en la sala de Campoalegre. El tío Ramón tuvo que aceptar la inutilidad de su esposa para la modistería, como se resignó con su desinterés en administrar la finca. Terminó reconociendo su predilección por las imágenes y los objetos religiosos, aceptando su capacidad para negociarlos, abriéndole espacio y estantería en La Quinela, permitiendo que fuera después del almuerzo, viendo cómo su mujer iba agregando mercancías. Zapaticos para bebés, diademas y cholos para niñas, cepillos de pelo para señora, peines para señor, hasta que la vitrina de Iris se volvió una miscelánea tan apetecida como las telas traídas de Medellín por el tío y los zapatos que mi padre surtía. Pero ella solo se paraba detrás del mostrador en las tardes. Las mañanas eran para la casa. María de los Ángeles le cubría la jornada. También la hora antes de cerrar cuando Iris salía presurosa hacia la finca para hacer la comida y esperar al tío. Así, Iris echó en el olvido definitivo la peso pluma, el pomposo regalo de bodas de su propio marido. Sin embargo, la conservó y como objeto valioso la incluyó en el equipaje para Medellín. Cuando se perfilaba como antigüe-

dad, mi madre la cambió por la negrita ZZ, la de líneas doradas, la que hacía zigzag, costura recta, puntadas decorativas y hasta bordaba, como explicó el vendedor que la ofreció en la puerta de la casa “por apenas ocho pesitos diarios”. Ni así se entusiasmó Iris. La maquinita seguía repitiéndose: de hierro, pesada y negra hasta en el nombre. Nunca la volteó a ver siendo de su propiedad. A pesar del desprecio, la negrita ZZ se fue con ella el mismo día. Se esfumó en las manos de los ladrones que aprovecharon la tragedia minutos después de la explosión. Ni vale la pena mencionarlos, como tampoco ese carro bomba que provocó a Iris y a Luciano una muerte más azarosa que la del tío. No, no quiero acordarme de eso. A Iris solo deseo recordarla como era cuando el tío Ramón vivía a su lado, cuando los ojos le brillaban y vibraban más que las telas de sus vestidos satinados. Cuando nos hicimos tan amigas, aprendimos a conocernos y no tuvimos más remedio que querernos para siempre. Ella fue todo para mí cuando dejé de tener lo mío en esa última temporada en Campoalegre. Me gusta recordarla leyéndome los libracos, escribiéndome las cartas para Teresa, leyéndome las de Julián, cepillándome el pelo, mi pelo que harto envidiaba, seguramente por el suyo arisco, crespo e indomable, terco e indiferente a los menjurjes con los que pacientemente lo embadurnaba cada ocho días. Con mi pelo yo la hubiera dejado hacer lo que le viniera en gana. Aquella temporada me creció tanto como los pies y los dientes; estaba más largo, colorado y abundante que en cualquier otro momento de mi vida. Era demasiado para una niña tan pequeña. Yo quería llegar distinta a casa. Le pedí cortármelo, pero se negó; no encontré manera de convencerla de que le echara tijera. Dijo que yo no le pertenecía. Papá intercedió. “Eso no es cosa de hombres, así usted sea el papá”, dijo ella, agregando que solo mi madre tenía autoridad para decidir. En cambio, me hizo un

par de trenzas. Así, volví a casa estrenando peinado, sonrisa y zapatos, los zapatos estrechos que llevó mi padre porque no hubo alguien en casa que pensara en que ya mi horma sería más grande. Ni siquiera Teresa se acordó de enviarme un vestido. Regresé con el mismo con el que me había ido. Se veía gastado, se sentía incómodo. Hubiera podido llegar con uno nuevo, pero me negué a usar el que hizo Iris para mí después de afirmar que “a la ciudad hay que ir con lo mejor”. No me chocó el vestido porque lo sacara de uno viejo de ella, aunque la culpa la tuvo esa tela de fondo rojo con caballos blancos. Cuando Iris se ponía el vestido de los caballitos yo le decía “no te muevas”. Me gustaba contárselos. Estaba obsesionada por aprender a contar hasta cien y doscientos. La obsesión me la había sembrado el tío que a toda hora andaba preguntándome cuánto es esto más aquello; esa obsesión me hacía practicar con todo lo que se prestara para ser contado; pasaba tardes enteras con los frascos de los botones del almacén sumando colores y tamaños. La tela estampada de caballitos se había agotado en las estanterías de La Quinela; después de la muerte del tío empezó a notarse la desmejora en el surtido del almacén, ese almacén de telas maravillosas donde unos botones que yo creía eran todos los botones del mundo me robaron tantísimas horas, me abstraieron de este mundo y me evitaron pensar en mi situación. Muchas veces María de los Ángeles me ayudó a contarlos. También le ayudó a Iris con el vestido para mí. Prácticamente lo confeccionó ella. Cualquiera, hasta yo, podía ser más hábil con la costura que Iris. Fue la primera y última vez en que ella se atrevió a usar la máquina de coser. Es el único vestido que el mundo le debe. Supongo. Pero no quise ponérmelo. Tenía rojo, el color que mi ser siempre ha rechazado. Además, los caballos eran blancos, como María Antonia, la yegua en la que iba montado mi tío cuando lo tumbaron los disparos, y como empezó a vestirse Iris al otro

día del crimen. A ella la viudez le negó los colores, pero ella, obstinada por instinto, se negó al negro sobre su cuerpo. Su luto fue de blanco como las camisas del tío. La conexión que hacía mi ser con esa evocación de la muerte yacía entonces en el terreno de mi inconsciencia. No supe explicarle a Iris el porqué de mi rechazo. Sin embargo, ella no se molestó ni me insistió. Igual que con mi pelo, respetó mi ropa. Así entré en la casa nueva con el vestido viejo con el que había salido. Lo único distinto eran los zapatos, los cuales usé aquel día por única vez, como hizo Iris con los tacones en el cumpleaños del tío. Tenía que darle gusto a mi padre ya que había ido por nosotras.

“Vea como le queda ese vestido de charro”, dijo Brenda. “Sí, se le ve raro tan desteñido y estrenando zapatos”, dijo Teresa. Sin embargo, mi madre dijo “está divina mi niña, se parece a la María de Jorge Isaacs”, y se puso a llorar. ¡Mi madre lloraba por mí como yo no había podido hacerlo por ella aunque tantas veces lo deseé! Eso me dio tranquilidad. Me hizo saber que, de todas maneras, me amaba. Su abrazo, sus ojos llorosos y su beso evitaron el rencor dentro de mí. También su vestido. Seguía de luto. Puedo recordar los punticos blancos sobre la tela negra, unos punticos que solo podían distinguirse así tan cerca como estuve yo metida entre sus brazos en esos segundos que hubiera deseado volver horas. También recuerdo su asombro al ver a Iris con la túnica que le llegaba hasta los tobillos y la pañoleta anudada en la cabeza, primero por detrás y luego por delante, rara indumentaria que, sin embargo, no fue tan llamativa para los vecinos como el diente de oro y el color de la piel de Iris, imponente en medio de esa tela sedosa de un amarillo pálido. Cuando mi padre la vio salir de su cuarto en Campoalegre le dijo que parecía una africana sacada de una revista. Ella le explicó que era el traje de gala de sus ancestros y que así había que vestirse para entrar al lugar de los

anhelos. Medellín era la ciudad mítica donde estaba esperando vivir desde el día en que aceptó la propuesta del tío Ramón. Pensando en la capital de Antioquia se arriesgó, le creyó al señor con cara de buena gente que iba a vender telas y zapatos al Chocó, el departamento más pobre de Colombia pero forrado en oro como el diente de ella. Con ese señor se fue un día de aquella tierra exótica a la que nunca quiso volver ni de paseo, por más que le insistimos. Armó castillos en el aire ante la posibilidad de vivir en una ciudad con un clima que parecía mentira. Ni caliente ni frío, con flores todo el año, aire seco, sol en equilibrio y apenas las lluvias necesarias para conservar siempre verdes la hierba y las hojas de los árboles. La primavera perenne que Iris llevaba en sus vestidos de flores y colores. Soñó con la casa y el jardín que tendría. Convencida contestó sí al sacerdote. Juró estar el resto de su vida con el señor Ramón, como le decía al tío al principio. Alarmada escuchó en la fiesta de bodas que él no soportaba la ciudad, que justamente de ella había huido. Decepcionada vio correr las semanas y los meses sin dar con la manera de devolver las cosas. Ni ella regresaría al Chocó ni él a Medellín. Con los años, aceptó que el tío jamás sería capaz de dejar la finca, como tampoco ella sería capaz de abandonarlo a él. Para salir de Campoalegre tendría que hacerlo sola, como en efecto fue, pero sin él las cosas serían otras, como en efecto lo fueron.

Iris llegó a una casa que, habiendo sido de su marido, no era suya. Jamás hubo testamento. Solo la idea, tal vez la promesa en una conversación casual, de que sería para la hermana menor, mi madre, sin propiedad y con tantos hijos. Sin embargo, cualquier cosa era mejor para Iris que estar en Campoalegre. El pueblo se volvió invivible sin el tío, el único que la hacía respetar. ¿Qué podía hacer ella indefensa entre campesinos de mejillas tostadas por el sol para quienes los negros eran seres inferiores y endemoniados? Unos campesinos blancuzcos a los

que el destino, que tantas veces deja de hacer lo correcto, les concedió libertad para mostrar la hostilidad de su ignorancia. Hasta se atrevieron a envenenar a María Antonia, la yegua que se fue a hacerle compañía al tío. Por eso, mejor estar de arrimada en la casa de la familia Sánchez Ruiz, tan arrimada como su improvisado jardín en el balcón, el espacio de la casa del que se apoderó y, sin pena ni vergüenza, atiborró de plantas que crecieron saludables, despertaban admiración en los transeúntes por espléndidas y desdén en nosotros por estorbosas, aunque nunca despreciamos a Iris ni la vimos como estorbo. Ella hubiera podido ser la dueña de la casa propia que por fin conseguía la familia, una casa nueva en un barrio nuevo, con objetos nuevos, con hermanas que parecían nuevas, con otras costumbres. Era cierto, estaba escrito, que en mi vida y conmigo las cosas siempre cambiaban. Hasta un perro hallé en ese mundo en el que me pareció no encontrar espacio para mí, así gozara de un cuarto propio. Mi territorio. Un perro blanco con manchitas negras, al contrario del vestido de mi madre. Un perro que creció rápido como lo habían hecho Brenda y Teresa. En tan poco tiempo ellas se volvieron mujeres de botas a la rodilla con flequillos a los lados y faldas cortas, también con flequillos a los lados, acompañadas de blusas manga campana. Aprendieron a manejar la radiola y a poner los discos de los Beatles, antesala del club juvenil, de la conseguida de amigos y de la entrada de estos a la sala de la casa, un espacio prohibido para mí los sábados por la tarde. “Ni te asomes, me advirtieron. Estás muy niña todavía. Te quedas viendo muñequitos en el televisor. O aprovecha que el teléfono va estar desocupado para que llames a una amiguita. ¡Cómo es de bueno hablar por teléfono con las amigas! ¿No sabes marcar todavía? Definitivamente te volviste muy montañera con Iris”. Después de semejante despachada no me quedaba de otra que entregarme a ese aparato que me intrigaba y que

en parte me permitió lidiar con el desprendimiento de Teresa. Desde cuando Julián me contó en la carta que mi padre lo había comprado para ver la llegada del hombre a la luna, busqué la luna en el firmamento por las noches. “No es época, no vas a encontrarla por más que la busques”, me dijo Iris un día. Aun así, seguí quedándome horas en el corredor de la finca esperando a que la escasa luna se asomara. Después de la transmisión ya no fue posible mirar la luna de la misma manera. Julián me contó que algo parecido le había ocurrido con las gafas recetadas “Con ellas supe que la luna que yo veía era distinta a la que existe”, me dijo cuando le pedí que me dejara medir las gafas con las que lo encontré, esas gafas que nunca se ha quitado porque le facilitan el mundo y, como asegura él, ni siquiera le estorbaron para disparar el fusil que le dieron los elenos, el arma con la cual creyó que podía vengar de alguna manera la muerte del tío y evitar la esclavitud de la pobreza. A él, a pesar de sus lentes nuevos, lo sentí el mismo. Él mantuvo la promesa fugaz que me hizo en La Carolina. Por sus cartas le perdoné la que nos escribió cuando se fue para el monte dejándonos a todos, sobre todo a mí, su confidente, en el vacío de no saber nada de él por tanto tiempo.

La semana en que Iris y yo regresamos hubo fiesta en la casa y en el barrio por los astronautas. La pólvora y los brindis ese veinte de julio no fueron en memoria de los próceres que dieron la independencia a nuestro país en el siglo XIX, sino en honor a esos hombres encasquetados del siglo XX que le hicieron ver al mundo cómo se caminaba flotando sobre la superficie porosa de la luna. Su llegada fue más importante que todo. Iris y yo nos dimos cuenta, no tuvimos que decírnoslo. En medio del festejo me abracé a ella y lloré. Apenas un par de lágrimas derramé. Sabía que me hacían daño. También ella lloró. “Ya estamos a salvo. Celebrémoslo en nuestro corazón”, me dijo cuando fui a buscarla a la pieza que le tocó en la redistribución

de habitaciones y compañías para dormir que hubo en la familia con la nueva casa. Un cuarto para Rubén y José Luis, ya sin Julián. Otro para Brenda y Tere, ya sin mí. Otro para Julián y el bebé, al lado del de mis padres. Todos arriba, en el segundo piso. Iris y yo abajo, ella en la pícota del servicio, yo en el estudio que adaptaron como alcoba, cerca de la cocina, donde conversábamos y tomábamos leche caliente en las noches de nuestras desveladas. Ella y yo independientes, como en una casa para nosotras dos. En habitaciones que eran la tercera, la cuarta parte de las de la finca. Menos amplias, menos altas. Más cálidas, más seguras.

Iris tenía razón. Estar en casa era estar libre de peligro. Sin el tío Ramón su vida empezó a complicarse en Campoalegre, como si valiera menos. Mi padre dijo que fue por mí para que viera la llegada del hombre a la luna. Yo siempre he querido creer que sobre todo lo hizo por rescatar a Iris, que se asustaron con la carta donde le conté a Julián acerca de las piedras, la carta que le dicté a María de los Ángeles para que en la casa supieran lo que Iris no quería que supieran. A mí no me alcanzaron las piedras porque la misma Iris me tapó con su cuerpo, pero a ella le dejaron moretones en la espalda y en las piernas. Fue el día en que estuvimos en la inspección de policía. Allí volví a ver al señor gordito de bigote que midió el cuerpo del tío y lo tapó con la sábana la noche del crimen. Él tecleó en la máquina de escribir todo lo dicho por Iris. Tres veces le preguntó “¿está segura señora de que esos eran los tipos que no querían pagarle a su esposo la plata del ganado?”, cuando ella le contó lo que mi tío le confió acerca de los hombres que lo amenazaron si seguía cobrándoles. Después vino la quemada del cafetal y la amenaza de incendiar la finca. La idea aterrizó a Iris. Por eso lo primero que empacó para Medellín fueron los santos, para que sirvieran de protección. El San Blas, el de las enfermedades respiratorias, que fue indiferente

conmigo pues la bronquitis se me volvió crónica. La Santa Ana, la que cuida la casa para que nada malo le pase, tal vez ni le gustó la manera como la recibieron “Hubiera preferido una Maria Auxiliadora que soluciona los problemas”, dijo mi madre mientras mamá Rosita dio a entender que la santa patrona de la casa ya no hacía falta. “Realmente lo que hace ella es dar casa y ustedes ya la consiguieron, dijo. Aunque podrían encomendársela”. La Santa Ana estuvo en una repisa esquinera con veladora hasta que se cambió la casa por el apartamento y yo me opuse a seguir cargando con santos.

La casa que conocí, como a Luciano, cuando llegué de Campoalegre, se vendió cuando se desgranó la familia, cuando nos pareció que carecía de sentido conservar una casa tan grande, vacía y expuesta en una ciudad tan peligrosa y con un perro tan achacoso que ya no servía de guardián. Desapareció cuando Brenda, Teresa y Rubén se casaron, cuando José Luis y Julián se fueron, cuando ya Rocky no estaba para ladrarle a las amenazas, cuando creímos que vivir en edificios de unidad cerrada, con portería las veinticuatro horas y rondero toda la noche, nos libraría de ser víctimas de los carros bomba que nos azotaron después. Pura mentira. Seguro no hay nada. Ni siquiera la muerte más incierta si se vive en Colombia, Suramérica. Puede llegar de la manera en que uno menos se la imagina y a la propia casa, como le pasó a mi tío Ramón, a Iris, a Luciano, el bebecito que pesaba muchísimo más que mis muñecas y los conejos de la finca, que pataleó y manoteó como nunca ante la presencia de Iris, y que con nosotras sonrió por primera vez. Me pareció normal, aunque ahí estaban los ojitos que lo delataban, las dos almendritas una al lado de la otra inclinadas hacia arriba. Al igual que yo, él también llegó a este mundo sin nombre, y fue mamá Rosita la que se lo ideó. Como nació de milagro y el tío había muerto el ocho de enero y ese día era el de San Luciano, así lo dejaron. “Con la vida se

derrota la muerte”, dicen que explicó la abuela. Después del “aguántate” de mi tío y de haberme enseñado a controlar mis lágrimas, Luciano me hizo enfrentar a la segunda cosa más compleja en mi vida. Entender lo que significaba ser como él fue más difícil que aprender a leer de corrido los libracos o a contar hasta doscientos botones sin necesidad de pensar. Llegué a preguntarle a mi madre si ser como Luciano equivalía a ser loco. “El mundo despierto de los locos es como el mundo de los sueños de los cuerdos”, me dijo. Luego trató de reparar lo dicho. “Pero él no tiene pesadillas, tal vez pueda cambiar de personalidad en un instante”. Finalmente se arrepintió de todo y dijo ofuscada que Luciano no tenía nada que ver con locos y que no volviera a pensar en eso. “Hay que esperar a que crezca para ver cómo es eso”, me dijo Julián. Y con eso tuve para no seguir indagando por ese bebé que fue como un juguete para nosotros. Una alegría de verdad a pesar de la tristeza de mi madre. El bebecito que pude cargar cuando llegué a la casa propia de la familia, la casa que sigue llamándose casa así sea apartamento o finca, que sigue siendo de uno así sea de los padres y ya no se viva en ella. Mi casa, la de mis padres, era el lugar donde yo me sentía protegida, así dicha protección me agobiara y a la larga fuera también ficticia. Demasiadas personas estaban atentas a mi destino, como ocurre con un hijo menor, más si es mujer. Por eso no he podido entender el descuido conmigo al dejarme en Campoalegre con Iris. Me asusté particularmente cuando me mandaron esa temporada. De niño uno no puede evitar cierto temor al saberse a mucha distancia de la casa. Tuve un escalofrío instantáneo cuando me solté de mi madre en la puerta, justo antes de salir. Me temblaron las piernas subiendo al tren con Julián. Se me hizo el nudo del llanto en la garganta cuando le eché un vistazo a mi padre y a Teresa desde el asiento del tren. No alcancé a llorar porque al mismo tiempo descubrí que estaba más alta que ellos.

Por primera vez les observaba la cabeza por encima. Eso me causó un enorme entusiasmo. Instantes después el brazo que Julián me pasó por el hombro me alentó. Horas más tarde, la figura del tío me devolvió la seguridad perdida. Estaba lejos de casa, pero con parientes. Estar en familia hacía desaparecer el peligro. Así lo creí hasta ahora cuando comprendo que esa primera tragedia de mi vida ocurrió estando en Campoalegre. Por eso, a la larga da lo mismo estar en el hogar o dejarlo. La protección es algo irreal. De una manera muy distinta llegué a habitar mi casa después de Campoalegre. Hoy, tan lejos en tiempo y distancia de ese hecho, pienso que desde ese momento la casa confiable desapareció de mi vida. Quisiera volver a creer que existe. No puedo. Esa estadía me demostró que puede ser sinónimo de inestabilidad, ser el motor para dispersar y fragmentar a un ser humano como lo hizo conmigo. Ahora ando en la tarea de ayudarme a retornar a un punto que me permita recuperar la integridad. Por eso, y porque el doctor me lo recomendó, estoy recordando esta historia. Pero quisiera olvidarla de una vez por todas. Peleo con el pasado que me persigue y hostiga, ese pasado que me dice que de los dos duelos que tuve que elaborar en Campoalegre, la lejanía de mi casa tal vez resultó ser la más desgarradora.

¿Casualidad? ¿Ironía? Mi salvación llegó de un país que anda armando guerras por el mundo, con esos astronautas que se bajaron en la luna y mi padre quiso que viera, sin intuir la decepción que finalmente le causaría el acontecimiento. Cuando terminó la transmisión se levantó diciendo “claro que lo que acaban de hacer esos gringos no borra lo hecho en Vietnam. A la larga debería darnos vergüenza. Tantos campesinos muertos y nosotros aquí aplaudiéndolos”. Yo no entendí sus palabras. Pero como lo vi molesto y sacó otra cerveza de la nevera, supuse que era algo malo. Dejé para después la pregunta de por qué decía lo que decía. Cuando regresó con

la cerveza ya los vecinos sin televisores en sus casas habían desocupado la sala de la nuestra. Mi padre se negó a ir afuera con ellos a echar los voladores. Volvió a sentarse en el mueble, pensativo “Tanta expectativa para darnos cuenta de que era verdad que la luna tiene la superficie plagada de cráteres”, dijo de pronto. “Falta ver si realmente es en blanco y negro. Nos tocará esperar la televisión en colores. Porque la habrá. Ya lo verán, ¿o no Rocky?”, y le acarició el hocico al gran danés. Junto con Luciano, ese animal fue el que más alboroto armó con la llegada de Iris y yo. Sus ladridos retumbaron dentro de la casa. Se oyeron distintos a los de Sultán a campo abierto en la finca. Sultán murió semanas después que el tío. Dijeron que porque probó la sangre de él derramada en la tierra. Julián lo espantó con una patada cuando lo vio. Estábamos lavando con la manguera la sangre del camino. A Iris la dejó sin cuidado lo que para nosotros era como un sacrilegio. Después dijo que Sultán murió porque simplemente le pudo la tristeza sin su amo, que eso le pasaba a los perros y era normal aunque no fuera común, y que su muerte la había liberado de la penosa decisión de regalarlo, como seguramente le hubiera tocado hacer para venir a Medellín donde ya existía Rocky. Rocky fue nuestro primer perro. En casa propia y más grande fue posible tener la mascota con la cual siempre soñamos todos y con la que Iris disfrutó más que ninguno. Al principio solo fue de ella para bañarlo, espulgarlo y alimentarlo. Cuando empezó a quedarse ciego y a perder dientes y pelo por la vejez, fue su única dueña. Ya no era un ganador como el boxeador en honor a quien le pusieron el nombre, y como lo recitaba mi padre cuando presentaba su perro. El día de nuestra llegada nos lo contó. Parecía un locutor radial leyendo una noticia. “En el cincuenta y uno Rocky Marciano, en pelea en el Madison Square Garden de Nueva York, considerada el combate del año, venció de un certero derechazo a Joe Louis”, dijo. Después

nos explicó que Louis era mejor. “Fue el primer boxeador negro que ganó un título entre los pesados”. Sin embargo, prefirió poner a su perro Rocky porque era el nombre de un ganador y no de un perdedor, como lo era ya el mítico campeón mundial. El campeón negro, negro como Iris, derrotado como ella, quizá como yo y como indudablemente fue derrotado mi tío aquella noche.

Ante el tío Ramón siempre me sentí de igual a igual. Nos trataba como si fuéramos adultos sin olvidar que éramos niños. Por eso me gustaba ir a Campoalegre, el lugar que él imaginó por años y finalmente hizo realidad, un verdadero refugio para mis hermanos, mis padres y yo. Siempre me tocó ir con Julián. Un par de veces fuimos juntos y regresamos juntos, excepto esa última temporada. Nos enviaban por turnos y por parejas. A mi tío le gustábamos. Nos pedía. Éramos sus preferidos, como lo había sido mi madre. Criar niños parecía ser su destino. Enviarnos a Campoalegre era una manera de descansar de nosotros. La presencia de una mujer allí le dio más confianza a mi madre, así se tratara de Iris.

Con Iris se apareció el tío el día menos pensado. Llevaba solo en la finca como diez años. Ya creían que el cuarentón iba a quedarse cuidando animales y mercancía. No dio explicaciones. Omitió cualquier dato sobre la procedencia de la mujer que había traído del Chocó y puso a vivir en el hotel mientras se casaban, el mismo hotel donde hicieron la fiesta de la boda. Tal vez ni él mismo tenía del todo claro su origen. Apenas dijo que se llamaba Iris Mena Urrutia e iba a hacerla su esposa porque era sana, aseada, creyente y callada como él, que ser negra y tener veinte años menos era lo de menos. Al fin y al cabo le gustaron siempre las mujeres jóvenes y ya había dicho que el día que se casara sería con una muchacha, así él fuera un viejo. Eran anecdóticas en la familia sus aficiones de soltero en Medellín. Interminables veces escuchamos la narración de

esos domingos cuando se dedicaba a escuchar conciertos y a ver pasar adolescentes y jovencitas hacia la misa. Antes de bañarse, se sentaba en el quicio, descalzo y sin camisa, con la toalla en el cuello. Aumentaba el volumen de la radio de tal manera que la emisora de música brillante, como la llamaba él, alcanzara la acera. Era la música que más le gustaba, que oyó siempre y muchas veces invadió el silencio de Campoalegre. Mientras esperaba a que las muchachas salieran y pasaran de nuevo, cerraba los ojos y se concentraba en los instrumentos. Música y mujeres eran por tandas. El concierto de las ocho, el de las diez. Las que iban y venían. Las de las ocho. Las de las nueve. Hasta las doce y pico cuando el sol empezaba a fastidiar, concluían la mañana, las misas, los conciertos matinales y las regañadas de mamá Rosita y de Margó. A ellas les parecía vergonzoso que el hombre de la casa estuviera en semejante facha en la puerta, con la música a todo taco y silbando mujeres. “¡Qué ejemplo! En vez de ir temprano a la misa. Usted no respeta Ramón”, las imagino diciéndole, y a él contestándoles “respeten mi día de descanso y la música, sin la música estaríamos en la edad de piedra, aunque con una muchacha de esas hasta a la edad de piedra yo me iría”. Tan lejos no tuvo que ir el tío Ramón para encontrar a Iris, aunque vivir con ella le implicó confrontaciones como de la edad de piedra. La negrura de ella, más que la edad, puso a prueba la gratitud familiar hacía el tío. Sacó a flote los prejuicios. Algunos tuvieron que ser guardados de nuevo, otros se impusieron. De todos modos hubo boda por la iglesia y fiesta con trío de bambucos en el pueblo. “Que vengan de Medellín que esta es mi casa y yo soy el que me caso”, dicen que dijo el tío. Allá fueron todos, menos mamá Rosita. Él esperaba su ausencia. No dejó entrar a Iris a su casa cuando el tío viajó con ella a Medellín para presentársela y anunciarle el matrimonio. La casa era de él, pero la habitaba ella. Y encima, le

negó la bendición y le sacó el juramento, por la memoria del abuelo y sin necesidad de morirse como él. El que se murió, temporalmente, fue el hijo para la madre pues mamá Rosita dejó de hablarle un año. Era fregada la abuela y de qué manera gobernaba la vida de los tíos. Les entregaba amor a montones, un amor incondicional y controlador a la vez. En ese amor patinó el tío y se quedó sin hijos. “Para no dañar la raza ni el apellido”, como temía mamá Rosita que pasara si embarazaba a la negrita. Lo supo Margó, pero se lo guardó por años. Iris nunca se enteró del segundo juramento que hizo el tío en su vida, el que volvió a comprometerle la propia vida después de los añitos de libertad. Él jamás se atrevió a contarle. Razón tenía. ¿Cómo hacerle daño a lo que uno quiere, a esa negra que tanto se esmeraba por él? Ella aceptó que su esposo, como se lo dijo, no quisiera hijos después de la carga que tuvo con los hermanos. Creyó que se sentía satisfecho con los sobrinos. Pensó que su deber como esposa era darle gusto. Por nuestra parte, aceptamos como verdadera la esterilidad de Iris. No tuvimos motivos para imaginar la intransigencia que había detrás. A excepción de mamá Rosita nadie más mostró desprecio por Iris. Al menos no lo manifestó. Sí hubo, claro, distancia. La discriminadora distancia. Una distancia de la que fui consciente con la desaparición del tío, y que se acrecentó y alcanzó a hacer mella en mí cuando Campoalegre dejó de ser lo que era y me hizo tan vulnerable, aunque a la vez me enseñó a construir una fortaleza dentro de mí. Ese lugar significó soledad pero también libertad. Descubrimiento. El paraíso perdido abruptamente. Allí no había espacios prohibidos ni compañías obligadas a pesar de la ausencia. Allí aprendí a cruzar la puerta de la casa sin la mano de alguien y sin que me temblaran las piernas o se me acelerara el corazón. Pude revolotear como las mariposas. Tomé conciencia del aire, la tierra, el agua y el fuego. Supe que los rayos del sol pueden enceguecer y ser

como la oscuridad también. Comprendí los caprichos de la luna y festejé la bondad de las estrellas en el firmamento, infinitas. Vi lo absoluta y generosa que es la lluvia en el campo, esa lluvia que se deja ver por todos lados. Abracé por primera vez un árbol como si fuera una persona y escuché la vida de sus ramas. Dormida en la hierba sentí la humedad de la tierra tocando mi cuerpo, el viento en mi espalda, en mi pelo. Supe lo que era bañarme con un cielo azul por techo, en esas aguas inmensas y cristalinas de La Hundida que me regalaban puro el sonido de su corriente cuando me sumergía para escucharlo desde adentro. En la llama de una vela se detuvieron mis ojos y aprendieron a distinguir sus tonalidades, tanto como mis oídos los sonidos de la noche y las voces de los animales. Mis manos aprendieron a reconocer la piel de las hojas, los frutos de las plantas. Campoalegre me hizo entender que yo también hacía parte de la naturaleza así estuviera condenada a habitar en el caos de las ciudades, que era un ser vivo y que existía la muerte. Me impuso la vida con toda su profundidad aunque por momentos creí morirme.

Julián y yo no conocimos al tío cuando era soltero. Nuestro recuerdo de él siempre estará atado a Iris. Él hablaba más de ella que de él mismo. Decía que le encantaba ver a su negra con los vestidos ceñidos y los tacones. Muchas veces me pregunté si le hubiera gustado más verla con baticas anchas, como la que tenía mi madre cuando nos despedimos en La Carolina. Eso no se me ocurrió preguntárselo al tío el día en que Julián y yo fuimos a verlo marcar el ganado y él nos contó que Iris era hija única de Obed y Agnes, que su madre murió en el parto y su padre, un hijo de esclavos que se llamaba también Naka Mandinga, sin querer la dejó huérfana siendo niña, y que sus únicos disgustos con ella eran por la marcada de los animales. “Por más que se lo explico, dijo, no ha querido entender que así debe hacerse para que no se los roben y que ya esto no

se hace con la gente”. Ese día Julián y yo supimos que a los esclavos los marcaban con hierros calientes, y le preguntamos al tío qué era un esclavo. Él nos respondió que seres privados de amor y amistad que pueden pasar años sin reír y sin que nadie los ame. Julián recuerda bien ese día. Dice que le impresionó saber que había gente a la que se le trataba peor que a los animales, como dijo el tío. Gente a la que castigaban y azotaban con rejo si no hacían las cosas bien, a la que ponían a vivir en lugares húmedos y mugrosos, que recibían mala comida y trabajaban sin domingos. Él, Julián, se acuerda de más cosas que yo. José Luis, Tere, Brenda y Rubén también. He tenido que preguntarles para poder hacer esta catarsis. Ellos dicen que a Julián y a mí nos tocó lo más importante. No sé si la muerte sea lo más importante en la vida de una persona, menos si es a balazos, pero en mí eso se volvió importante. Me ha perseguido toda la vida aunque me es difícil recordar al tío, tal vez porque su imagen me quedó sobre todo atada a su desaparición. También Iris desapareció ya. Sin embargo, ella fluye en mi mente. La llevo viva dentro de mí, como llevo a Luciano y a mi padre desde el día en que se fueron. El amor obliga al dolor, pero sabe defenderse; ante la posibilidad de un corazón vacío deja que los muertos sigan viviendo dentro de uno y que su presencia resulte alentadora en vez de mortificante. Quizás el que no lleve a mi tío en ese grupo de muertos que van conmigo se deba a una cuestión de tiempo. Con Iris y Luciano viví veinticinco años. Con mi padre toda la vida. Ni uno creo que suman los meses que estuve con el tío. Yo solo puedo verlo a él entrando en la casona, quitándose el sombrero y exhibiendo una frente más clara que el resto de la piel del rostro, y un pelo despeinado y mojado por el sudor, aun en las noches frescas. Puedo verle la uña larga del meñique derecho con la que empujaba la ceniza de los cigarrillos y las falanges amarillas de los dos dedos en los que los sostenía. Veo ahora

sus invariables camisas blancas, la oscuridad de aquel día, la noche en la que se ampara el mal.

Estábamos sentados en el corredor a la luz de la Coleman. La colgaban de la viga del techo. Como todas las noches, esperábamos al tío para comer y encender la planta que desde hacía un par de semanas iluminaba por dos horas la casa antes de ir a dormir. Evaristo andaba pescando. Se había llevado a Sultán, el pastor alemán. Como todos los martes. Suspendidos al frente de nosotros, los destellos de los cocuyos parecían estrellitas bajadas del cielo titilando a escasos pasos. Julián y yo apostábamos a adivinar por dónde aparecería el siguiente. “¡Ahí viene!”, gritó él, de pronto, hacía adentro de la casa. Sus oídos percibían mejor el eco de los cascos de María Antonia. A mí siempre me pareció que era ahogado por la algarabía de las chicharras y de los grillos. Al cabo de varios segundos, empezamos a distinguir la aureola de la linterna. El tío siempre alumbraba su camino, así la yegua no lo necesitara. Nos levantamos del piso del corredor. No se sentía frío porque era de madera, como en las habitaciones. Bajamos los escalones. Con Iris. Ella, ante el anuncio, siempre abandonaba la cocina. Salía soltándose el delantal. Lo dejaba donde cayera. En una hamaca, en una mecedora. Luego se ajustaba el vestido en la cinturita. Por último, se alisaba el pelo con las manos. En un momento del que no fuimos conscientes, la aureola de la linterna dejó de verse. Los cascos de oírse. Oímos a cambio un relincho. Después unas voces lejanas. Enseguida un grito. Al final, los disparos. Los disparos con los cuales los tipos que no querían pagar la deuda la dieron por cancelada. Ni siquiera tuvimos que mirarnos. Menos pensar en la oscuridad. Los tres salimos corriendo. Creo que realmente no vimos el camino. Pero nuestros pies lo sintieron y nos llevaron hasta la portada. Allí encontramos a María Antonia. Le caía un reflejo de la linterna en las patas. Boleaba la cola. Siempre lo hacía. En

ella era una manía. Además, movía la cabeza arriba y abajo. A un lado y al otro. Eso sí era raro. No distinguimos al tío en su silla. Ni una sílaba se escuchó de nosotros. Creo que los tres llevábamos el corazón en la garganta. Por eso las palabras se murieron también. Buscamos de dónde provenía la luz. Tras ella fuimos. Más allá. Por el camino de la vereda. La vereda Potrero Nuevo como la había bautizado el tío. Ahí estaba él. Su camisa se imponía en la noche. Volteé a buscar a Iris. Solo distinguí su diente de oro cuando miré hacia arriba, y la forma de su vestido satinado, mas no su piel. En medio del campo, la oscuridad siempre se la tragaba, como si su negrura se volviera redundante en la noche. A los pies del tío, la linterna seguía encendida. Los zapatos macizos de cuero duro y cordones gruesos no se le salieron como suele pasar con los muertos. Julián tomó la linterna. Se la entregó a Iris. Ella alumbró al tío. Con el haz amarilloso empezó a recorrer su cuerpo desde los pies. Él estaba bocarriba. Cuando llegó a la cabeza, Iris clavó el rayo de luz en la cara. Distinguí un líquido rojo. Me arriqué. Vi que brotaba por unos hoyitos. Se regaba alrededor del cuerpo. Hasta ese momento no conocía la sangre. Me agaché. Sin darme cuenta, quedé arrodillada sobre la sangre del tío. Quise evitar que siquiera chorreando. Metí los deditos en el balazo del cuello. Le pedí a Julián hacer lo mismo con el de la mejilla. La sangre siguió desbocándose. Era inútil luchar contra la rebeldía de ese líquido. Tibio, liso, se inauguraba en mi tacto. “Ya está muerto”, oí que dijo Iris. Julián abandonó el orificio de la mejilla. Lo miré asustada. Mis dedos quisieron luchar con todos los huequitos que botaban sangre. Me angustié. Llamé a mi tío. Le grité el nombre a la cara. Varias veces. Todavía estaba calientico. Me habían dicho que la muerte era fría, helada. Volví a mirar a Julián. Le vi las lágrimas. Comprendí todo. Me retiré. Retrocedí sin levantarme. Me topé con las piernas de Iris. Me aferré a ellas. Grité y grité y grité

que no. Empecé a llorar. Iris se agachó. Me puso en su pecho. Me apretó. Después Julián nos buscó. Sentí sus latidos en mi espalda. Sus brazos pasando por encima de mi cabeza para abrazar a Iris. Quedé como atrapada entre dos emociones. En la mejilla que tenía contra Iris oía las palpitaciones aceleradas de su corazón, el espasmo de su pecho. Los tres lloramos dando alaridos. Yo no recuerdo haber llorado antes de esa manera, aún con mi fama de llorona. Habría derramado más lágrimas de intuir lo difícil que en adelante iba a ser para mí hacerlo, de presentir lo necesarias que iban a ser en ese capítulo de mi infancia que se iniciaba ahí en medio de esa oscuridad y de ese reguero de sangre. Allí estábamos los tres llorando en ese momento intenso que es la muerte, con la acumulación de todo lo vivido acabándose en un instante, un instante que solo podía conocer, saber y padecer el tío. Ahí estábamos mirándolo, pero nunca sabremos lo que sintió o pensó. Ahí estaba él diciéndonos que la vida, el más grande e improbable de todos los milagros del universo, como ya ha sido dicho, es apenas una posibilidad, y que para su existencia no hay cálculo posible. Ahí estábamos viendo extinguirse ese milagro. Estábamos en ese momento final del tío en el que, sin embargo, no estuvimos, ese momento al que llegamos tarde porque la muerte en él, además de sorpresiva, fue veloz, a diferencia de otros que pasan días, semanas, meses, una vida entera muriendo, peor, muertos en vida. Ahí se inició el capítulo de mi vida que aquí cierro, después de tantos años como han pasado y de haber comprendido que todo se nos repite, vuelve a ser lo mismo y que la vida es un círculo pequeño al que la muerte parece darle el sentido. Desde el mismo momento en que dejé el vientre de mi madre tal vez me preparo para morir, al fin y al cabo morir es la condición de estar vivo. Sin embargo, no queremos renunciar nunca. Saber que se está vivo, como nunca podrán saberlo esos árboles de Campoalegre a pesar de

la vida en ellos, esa es nuestra maldición, o nuestra bendición, depende cómo se mire. Aquella noche entendí lo que era estar viva, supe que al mismo tiempo significa la amenaza de la muerte y que esta, así sea entre humanos, puede llegar a ser asunto de salvajes. Tal vez por eso lloré tanto.

Suele pasar que los asuntos difíciles se dejan para el otro día a ver si con la salida del sol llega una luz que los ilumine. Así hizo José Luis con respecto al tema de los dos meses de permiso de Violeta. Pero de nada le sirvió el descanso nocturno. Hombre de una sola palabra, ni hizo caso a las sugerencias de Marcelo ni reconsideró su idea. Se levantó más convencido de que ahí no había mucho qué pensar y así se lo dijo a ella, sin importarle echar a perder el sabroso desayuno que le estaba preparando para darle la bienvenida después de la extensa gira. No respetó el madrugón de su hermana para atenderlo. Tampoco que corriera el riesgo de quemarse con la sartén al enterarse de que él ya sabía y escucharlo decir que ni riesgos de quedarse porque “eso me perjudicaría en mi trabajo con la ciudad de Nueva York, además de que yo no le hago el juego a los que venden visas falsas de trabajo o de residencia y creo que la ley es para obedecerla”. ¡Tremendo susto y Violeta lidiando con un fogón, tan ajena como ha sido su vida a los menesteres culinarios!

Menos le importó a él que luego hubiera que echar a la caneca de los desperdicios parte de ese desayuno tan amoroso, porque quién pasa bocado después de verlo tomar el teléfono, llamar a la agencia de viajes y confirmar para el veinte de noviembre la reservación de la señorita Violeta Sánchez Ruiz.

Por dónde iban a pasar los huevos pericos, el chocolate con clavos y canela y la arepa con quesito ¡hasta Queens había ido por el paquete! Sí, la garganta se estrechó y pareció cerrarse del todo al oír a José Luis.

—Lo siento, aunque no lo quieras tienes que devolverte para Colombia —dijo tajante, inmovible—. Puedes intentarlo de nuevo el próximo año, si es preciso te ayudo con el tiquete. ¿No te gustaría volver cuando pase el invierno? En invierno esto es otra cosa, ni te imaginas cómo es de terrible.

Ante semejante sorpresa, Violeta escasamente pudo reaccionar diciendo bobadas.

—Justamente por eso José, nunca he visto la nieve, creo que me gustaría mucho conocer y vivir el invierno.

—Me da miedo que te enfermes. Mi mamá me contó de las bronquitis.

Así le dio pie a él de volverse a negar, pero ella volvió a rogar hasta que surgieron otras posibles soluciones al asunto.

—No José, pero cómo es posible esto, cómo no va a haber una manera de que me quede si este país está lleno de ilegales. No seas escrupuloso. Qué obstinación la tuya. ¿Y el asilo qué? —se atrevió a decir Violeta.

—¿Asilo? A son de qué. ¿Te pondrías al nivel de una refugiada como los africanos o los árabes desplazados de la guerra?

—¿Y qué soy yo?

—Tú no aplicas para refugiada.

—¿Que no? ¿Y el carro bomba?

—Fue hace mucho tiempo y fue un caso fortuito. No iba dirigido a ti.

—Pero me jodió.

—Igual tendrías que mentir. No no no, para eso hay que presentar mucho papel, pruebas. Te las tendrías que inventar.

—Ay no. ¿De verdad no existe ninguna otra posibilidad?

—Lo único sería que te casaras con alguien de acá.

—¿Casarme? Qué pereza. Así sea de mentiras, el matrimonio sería demasiado pesado para mí en este...

Violeta paró lo que iba a decir y por un instante se quedó mirando la mesa del comedor que tenía ante sus ojos. Luego reaccionó como si hubiera descubierto algo y preguntó:

—¿Si me caso con un gringo me dan la residencia?

—Quizá. Pero necesitas el novio primero. A ver si lo levantas esta noche en la fiesta.

—¿Y cómo? Si es de colombianos.

—A las fiestas de Manolo van hasta el perro y el gato.

—¿Qué tienen de bueno?

—Aparte de alimentar la nostalgia y la música. Manolo es un melómano compulsivo, tiene las paredes de la casa forradas en discos. Realmente es la fiesta de Halloween.

—¿Hay que ir disfrazado?

—Aprovechamos la fecha para reunirnos, pero no. Lo importante es asistir. Manolo es capaz de quitarle la palabra al que le quede mal. Por eso voy. También por Marcelo.

—Si por Marcelo fuera andaría de rumba todos los fines de semana. Tú no, ¿cierto?

—Cada vez me gustan menos las fiestas. Siempre pasa algo de lo que alguien tenga que arrepentirse después. Aunque por eso mismo prefiero estar cerca.

—¿Vigilando a Marcelo?

José Luis parece molestarse con la observación de Violeta

—¿Qué te hace suponer que tengo que vigilarlo?

—Nada. Perdona.

—También lo hago por ti, porque has estado muy sola y encerrada, para que conozcas gente, la vida de los inmigrantes. Verás que te va a ser muy útil.

—Te agradezco, pero no tengo ganas de ir. ¿Qué sentido tiene conocerlos ahora? Me los hubieras presentado la semana en que llegué.

—Al menos podrías disfrutar tus últimos días aquí.

La frase final, pronunciada con convicción y serenidad por José Luis, le sonó irónica a Violeta.

—¿Disfrutar? Qué voy a disfrutar después de que me pones entre la espada y la pared.

—Piensa en que esta noche puedes relajarte y hasta encontrar una solución a tu situación. Claro que, te advierto, un gringo te pone de sirvienta. Eso es lo que le pasa a las latinas o a las orientales que se casan con los hombres de aquí. Mira a mi madrina con K.

Después de otros segundos de silencio, esta vez mirando hacia la ventana de la cocina, con la cumbamba apoyada en los nudillos de los dedos entrelazados, Violeta preguntó bastante extrañada:

—¿Y cómo diablos te diste cuenta?

—Viví con ellos. Me tocó ver a Margó ser como una esclava de él.

—Nooo, ¡que cómo te diste cuenta de los dos meses!

—Ah, me lo dijo Marcelo —así de simple y claro le contestó él.

Violeta no tuvo manera de descargar su ira con Marcelo. Él ya se había marchado, así lo acordó con José Luis en el cuarto mientras se arreglaban; lo convenció de no hacerle pasar una vergüenza con Violeta.

Ella estuvo a punto de preguntarle a José Luis por la compra de los papeles, sintió la tentación de decirle que Marcelo se lo había planteado como una posibilidad, quiso vengarse contándole sobre los documentos falsos de él, pero se contuvo cuando pensó que de esa manera echaría a perder la que parecía la alternativa más viable y rápida para reversar el regreso, algo en lo que debía trabajar rápido.

Ese día Violeta almorzó con su hermano después de haber permanecido encerrada trabajando el resto de la mañana. Él

prácticamente la hizo salir del cuarto y a regañadientes la llevó al restaurante griego que le había mencionado; de esa forma quiso enmendar el desayuno que no había respetado. Mientras comían, ella escuchó con desgano el entusiasta relato que le hizo sobre la gira del grupo. Todo parecía indicar que no iba a mencionarse el motivo de discordia al comenzar el día. Sin embargo, el peliagudo tema resurgió a la hora del postre cuando José Luis se puso trascendental, se excedió en sinceridad y resultó diciendo cosas que a Violeta le sonaron como a sermón de Teresa y que casi se vuelve un monólogo como los de ella o los de Marcelo.

—Brenda se embarazó soltera y lo asumí —dijo José Luis—. Rubén prefirió la plata al estudio, ser bruto pero no pobre, lo peleó y lo asumí. Tere escogió la Escuela de Administración, lo dijo y lo consiguió; quiso la convivencia con Paco antes de la boda, la peleó y se salió con la suya. Yo me quedé sin familia pero hice respetar mis preferencias, y aquí estoy, tal vez muy solo pero satisfecho. A Julián le faltó valor para decirlo de frente, pero casi se hace matar por sus preferencias también, se enroló y se fue. Hasta con Luciano hubo que ceder, terminó imponiendo la bulla de su batería en la casa, se ganó el derecho a ir solito a los bailes y llegó a trabajar en una fábrica. ¿Y tú qué pecosita? ¿Quieres seguir perdida por la vida? No dices nada, te guardas todo. De ti ni siquiera sabemos si crees o no en Dios. Julián lo dijo de frente, nos lo gritó en la cara, que era ateo, y nos tocó aguantarnos, pero tú qué. Solamente a Iris le contabas, a ella sí, como si castigándonos con tu silencio y el desconocimiento de tu vida te estuvieras desquitando por los meses que te dejamos en Campoalegre. Que quieres ser escritora, dices, que darías lo que fuera por serlo. Pero ¿y lo demás? ¿Cómo que no vas a casarte algún día? Otro como Andrés no conseguirás, pero sí debe existir en algún lado un hombre que quiera estar contigo el resto de su vida, que te ame. Al menos

mantén esa ilusión. ¿Qué consigues quedándote aquí? Tal vez estarás metiéndote en una trampa nuevamente, no necesitas hacerlo y no creo que te adaptes después de lo que has sido, la vida que has llevado. ¿Un trabajo como el de Gladis? Lo podrías conseguir. Pero, ¿lavar baños sabiendo que has vivido como una princesita en la casa? Además, ¿crees que yo lo permitiría después de todas las advertencias de mi mamá? Me dejaría de hablar. ¿Cuidar viejitos enfermos? Nooo, esa es una vida muy triste, y ya bastante has tenido. Ni es lo que te mereces ni lo que queremos para ti. Francamente, yo pienso que lo que tú necesitas es un trabajo y un novio, y que ambas cosas puedes tenerlas mejor en Colombia. Y aunque ya estemos tan viejos sigues siendo la niña de la casa y yo un hermano mayor. Por eso, mi querida pecosita, es mejor que te devuelves y te consigas un empleo en Medellín. Y si no resulta, te sostenemos. El novio te llegará el día menos pensado y a la puerta de la casa. Solo tienes que abrir tu corazón.

Después de semejante discurso, ella le reiteró que no iría a la fiesta. Lo dijo con firmeza antes de bajarse del auto en frente del museo, cuando él quiso fijar la hora y el lugar para recogerla. Sin embargo, él derrotó el capricho de Violeta al informarle que Robert iría.

—¿Sí te acuerdas de él?

—Bueno, entonces yo sí voy —respondió ella medio convencida. Luego se refugió en el Metropolitan, el sitio que más admiraba de la ciudad, al que le gustaba ir tanto como al Central Park. Pensó que dentro del museo podría espantar la desazón dejada por el ultimátum de él. Ahora usaba el museo para serenarse y escucharse a sí misma, como muchas veces usó las iglesias silenciosas, vacías y en penumbra del centro de Medellín a las tres de la tarde.

Su recorrido por el museo fue corto. Básicamente se redujo a un encuentro con los impresionistas en el segundo piso,

encuentro intenso como solo puede serlo el que se da con las obras de arte, la mejor constancia de la sensibilidad de hombres y mujeres del mundo por siglos y siglos. Por un buen rato observó las pinturas; de lejos, de cerca, usando las gafas, sin ellas, sentada, de pie. En particular se concentró en un óleo con un jarrón de lirios, de aspecto vigoroso pero efecto suave, pintado por Van Gogh antes de ser liberado de Saint-Rémy, el asilo donde el artista vivió un periodo de relativa calma y productividad en el último mes de encierro, como lo decía la guía del museo que Violeta había llevado consigo. La obra, titulada *Iris*, violet iris, le puso a Iris en la mente y le hizo recordar lo que José Luis dijo en el almuerzo "... solamente a Iris le contabas... como si estuvieras desquitándote por los meses que te dejamos en Campoalegre".

"Por qué habrá dicho eso José", salió preguntándose Violeta al dejar el museo.

Las obras de arte en los espaciosos salones de la deslumbrante edificación del Metropolitan pueden hacer sentir pequeño a cualquier ser humano, poco, casi nada; transportar el pensamiento a otras esferas e incluso trastocar el entendimiento. Sin embargo, una vez se las deja, se acaba paulatinamente el arrobamiento y se puede volver en sí. Mientras caminaba hacia el parque, Violeta se vio enfrentada de nuevo a su situación. Estimó la posibilidad de irse del apartamento de José Luis, pero no para Colombia. ¿Podría él obligarla a montarse en el avión como la había obligado a ir a almorzar? "Pero y para dónde me voy", se dijo. Fugazmente se le atravesó la idea de que a lo mejor el pelilargo amigo de Marcelo tendría un espacio. Cómo se sentía de rabiosa con Marcelo, cómo le gustaría tenerlo ahí en ese momento para darle la vaciada que se merecía y decirle todo lo que pensaba de él. Caminó. Se metió al parque. Con el abrazo del sol delicado que le regalaba la tarde empezó a morir la frialdad del aire acondicionado del museo que se le había

pegado de los brazos, las manos, los pies, la nariz y las mejillas. La tibieza de aquella sensación afectó de manera positiva los pensamientos de Violeta pues al instante estaba diciéndose “no no, ni riesgos, no me conviene ponerme a pelear con Marcelo hasta resolver este asunto de los papeles”. Luego se acordó del chileno asilado que él le había mencionado y se dijo “de pronto hago contacto con él y resulta algo, los chilenos deben ser expertos en asilos”. Y siguió con Robert. Con él se le interpuso la idea, absurda, de que quizá por ser amigo de su hermano y soltero, aceptara una boda ficticia con ella para ayudarla. Pero ¿estaría en verdad José Luis dispuesto a aprobar una cosa así? La idea se la había dado él, aunque podría ser más por hablar que por convicción. De Robert su cabeza pasó nuevamente a Marcelo, el único que podría prestarse para lo que fuera. Nadie más podría ayudarla. Por eso tenía que hablarle, a pesar de todo y cuanto antes, cosa que solo fue posible en la noche.

Encontró a Marcelo en el lobby del edificio, al que ella bajó minutos después de que José Luis llamara anunciando que ya iba en camino. Quién sabe cuánto tiempo llevaría ahí esperando a que lo recogieran, se preguntó Violeta. La verdad era que había acabado de llegar. Tenía los pies embutidos en unos zuecos color mostaza que lucían robustos al lado de sus zancas delgadas, forradas en los pantalones ajustados que solía llevar y esta noche parecían más apretados que todos los días. También venía cargado con dos bolsas gruesas de papel, sin cogedera; en una iban los litros de vino; en la otra, unos salchichones españoles, un queso manchego gigante, tres tiras de pan francés, unos tomates rojos hermosos, brillantes, firmes; un queso feta blanquísimo, un cuarto de aceite de oliva y unas ramas de albahaca que parecían adornar la boca de la bolsa y que perfumaron el hall, y más tarde, con su aroma dulzón, se apoderaron del ambiente del auto hasta causarle hastío. A pesar del encarte con las dos bolsas Marcelo lucía fresco, na-

tural, sin esfuerzo, como si tampoco sintiera el peso del morral que irremediamente cargaba a la espalda con su montón de chécheres: carterita con cepillo de dientes, crema e hilo dental; bolsita con peine, gel para el pelo, pomada antisolar, brillo de labios, frasquito de loción, lima y cortauñas; un suéter enrollado, un libro y un cuaderno amarrados con una cinta, la cajita con lápices, lapiceros y bolígrafos; el discman, varios cds, un pañuelo extra para el cuello, por si acaso, y condones hasta para regalar, también por si acaso, entre otras cosas. El pañuelo del cuello lo traía anudado en la muñeca derecha y su estampado de medio luto le recordó a Violeta los vestidos de su madre cuando murió el tío Ramón.

—Ya me enteré que sos un bocón —le dijo ella al verlo, sin siquiera anteponer un hola de saludo, con lo cual interrumpió la intención que se le vio a Marcelo de darle un beso.

—En realidad yo no le he dicho nada, él tenía sus dudas y ha esculcado tus cosas y revisado tu pasaporte.

—¡Qué dices! ¡Cómo te atreves! ¡Jóse haciendo eso? ¡Jamás! Deja de calumniar por defenderte. Asume la cosa.

—Ya la asumí. Intercedí por ti, le dije que lo pensara mejor.

—Era lo mínimo que te quedaba por hacer después de haberla embarrado de esa manera.

Luego de unos segundos de silencio engorroso en esa espera en el hall, con el aroma empalagoso de la albahaca en medio de los dos, Violeta le preguntó a Marcelo:

—¿De verdad intercediste por mí? ¿Qué le dijiste a José?

—Que lo pensara, que has estado trabajando, muy dedicada a tu literatura, que no es el momento.

En ese instante Marcelo le buscó la cara pues habían estado hablando sin mirarse, parados uno al lado del otro. Pero ya no solo era el aroma sino también las ramas de albahaca lo que se interponía entre los dos.

—Ay Violetica, créeme, por eso me he ido esta mañana, no he sido capaz de enfrentarte, perdóname. De verdad que se me resbaló en un momento de furia. Pero yo no lo vuelvo a hacer.

—El problema es que si eres así nada podrás hacer por evitarlo.

Ella miró para el lado contrario de Marcelo, como esquivando el olor de esas benditas ramas, pero en realidad quería esquivarlo a él. El gesto le sirvió para pensar mejor lo que acababa de decirle.

—¿Y por qué estabas furioso? —le preguntó volviendo a mirar hacia el frente, mas no a él.

—Porque José Luis llegó y en vez de saludarme como se debe después de tantas semanas sin vernos, me ha regañado. Ni siquiera un abrazo me dio cuando me vio.

—¿Y eso? ¿Por qué te regañó?

—Porque imagínate que yo esta...

Marcelo cayó en la cuenta de que no podía seguir respondiendo con sinceridad las preguntas de Violeta. Por fortuna ella lo interrumpió, ahora sí mirándolo a la cara.

—¡No me digas que se enteró de tus salidas! Yo no le he dicho nada.

—Ni se lo vayas a decir. No, no fue por eso. Fue por tonterías. Creo que estaba tenso por el viaje y todo eso. Siempre llega fatigado de las giras. Mira, ahí ha llegado. Vamos.

Al bajar los escalones de la salida para montarse en el auto Violeta aflojó las riendas de su curiosidad.

—¿Y esos zapatos? —le preguntó a Marcelo. Él pareció sorprenderse con la pregunta pues su reacción fue voltear de inmediato a verse los pies, como alarmado.

—¿Qué hay con ellos?

—Se me hacen conocidos.

Sin embargo, rápidamente él volvió a adoptar un aire despreocupado.

—A alguien en la calle se los debiste haber notado, fueron la moda de la primavera pasada. Pero será la última vez que me los ponga pues esta ciudad se está enfriando muy rápido —explicó Marcelo hablando con más prisa y luego se metió en el auto.

Cuando Marcelo se libera por fin de las bolsas, el morral y la chaqueta, se descubre la bonita camisa de seda que trae puesta, de un color perlado capaz de relucir en la oscuridad. José Luis se la admira mientras cuelgan las chaquetas en el closet de los abrigos. Lo hace por simple cortesía; le queda difícil ocultar su inconformidad con la dudosa explicación que Marcelo le dio en el ascensor cuando pudo apreciarlo de pies a cabeza, con luz plena, y notó sus zuecos.

—¿Y esos zapatos? —le preguntó—. Nunca te los había visto.

—Son los del restaurante. Solo me los pongo allá, pero hoy he salido tan apurado que olvidé cambiármelos. Me asusté al notármelos. Ella me hizo caer en la cuenta.

José Luis no se tragó la respuesta de Marcelo, y su molestia influyó para que cargara de ironía la chocante frase que le mandó a Violeta al timbrar en el apartamento de Manolo.

—Diviértete, que sea como tu fiesta de despedida —le dijo a su hermana y alcanzó a mortificarla. En cambio, a Marcelo nada se le dio. A él las cosas parece que ni le van ni le vienen. Las palabras fluyen como magia y casi siempre logran el efecto que buscan. Por eso, ahora está saludando animadísimo a todo el mundo, repartiendo besos, sonrisas y abrazos a diestra y siniestra, encantando con su acento y sus ademanes, alborotando más a los asistentes que ríen y aplauden cuando, a manera de rito de llegada, Marcelo les regala un taconeo sólido con un sensual contoneo.

—Más tarde os bailaré una sevillana de María del Monte —dice.

Al observarlo, la conciencia remuerde a Violeta por los malos pensamientos que tuvo en la mañana, cuando hacía

lo posible por concentrarse en su trabajo, encerrada en el cuarto pero con el ruido vivo de José Luis funcionando en el apartamento con la desempacada.

“Maldito marica metepatas”, se dijo entonces, “en qué momento se me ocurrió confiar en él, debería contarle a Jóse que faltó todas estas noches y que no me acompañó, como es de estricto sería capaz de echarlo si se da cuenta”.

Mientras saborea el primer trago de vino tinto, Violeta se reafirma en que Marcelo tendrá que ayudarle. Quisiera abordarlo ya mismo, pero ni modo, ahí viene José Luis con Robert, se arrima con él, se lo presenta. Hoy el gringo trae puestos un par de tenis rojos; al vérselos, Violeta se va al recuerdo de los zuecos que tenía el día del concierto y, ¡claro!, tenía razón Marcelo al decir que sus zapatos estaban a la moda, pues son idénticos a los que tenía Robert aquel día. Robert le resulta desalentador por la manera tan bárbara como atropella el español y por la velocidad tan descarada que le aplica al inglés, un inglés al que no le sigue el ritmo nadie y con el que da jaque mate a Violeta en cuestión de segundos. La llegada de otros que sí le siguen el ritmo a Robert, o que pueden ignorar su mal hablado castellano, le da una oportunidad a ella.

—¿En serio es soltero y no tiene novia? —le pregunta entre dientes a su hermano.

—Dije pareja, no novia.

—Por eso mismo.

—No es lo mismo.

Por la cara de Violeta, José Luis deduce que debe ser más explícito.

—Es bisexual. Te lo había dicho —le dice él bajito.

—¿Sííí? No me acuerdo.

—Y cada vez se inclina menos por las mujeres.

—Ah carajo. Y por qué no me advertiste antes. Valiente gracia. ¿Y entonces cuál es el que va a casarse conmigo a ver si puedo quedarme?

Por la manera como la mira, José Luis parece decirle, “¿estás loca?, acaso te lo creíste, ¿te mareaste con el primer vino?”

Después del baldado de agua fría que le cae encima con lo dicho por su hermano Marcelo le cae a Violeta.

—Oye Violetica, a ver si te apuras con una decisión sobre los papeles comprados o la solicitud de asilo porque los días se te agotan –le dice él en un tono lambón.

—Claro, por tu culpa.

—Vamos, suelta ya la cosa, deja de apretar. Tienes que afanarte. Piensa tan solo en eso. Nunca se sabe si...

—Sí, ya lo sé –lo interrumpe ella–. Nunca se sabe cuándo las cosas en la vida pueden complicarse. De hecho a mí ya empezaron a complicárseme.

—Pero yo te ayudaré a resolverlas. Será la manera para que me perdones. En verdad siento mucho haber metido la pata, créeme.

—¿Cómo cuánto será?

—Dos mil.

Violeta deja de mirar a Marcelo y toma un trago de vino.

—¿Y la otra alternativa? –pregunta luego.

—Ah, mira, allá está Sergio, ven te lo presento.

Ahora ella está hablando con el chileno sobre el tema del asilo, le está diciendo que un compañero africano de la escuela pública es refugiado y el otro día en clase contó cómo el gobierno le había ayudado. Pero el chileno le dice que mejor estime la posibilidad de irse para Canadá pues hace poco leyó un artículo en el *New York Times* sobre una familia inmigrante árabe que se fue a ese país, como muchas otras que han tenido que huir por la persecución desatada con motivo del 9/11, y que allí en este momento hay más beneficios para los refugiados.

—Sería mejor allá que aquí –sostiene el hombre que está bien alto y atractivo. Él le insiste en que para un colombiano el motivo no es problema, pues demostrado está que les dan

refugio hasta por los desastres naturales y muchos han obtenido la visa y el apoyo de Estados Unidos al pedir asilo. Los argumentos del chileno no le resultan convincentes a Violeta, la dejan con la sensación de que el asunto podría resultar más enredado y demorado. ¿Otro país? ¿Y con ese frío de Canadá tan pavoroso y el invierno tocándole los talones? Si ella lo máximo en que ha pensado es en vivir en otro apartamento. En síntesis, la conversada con el chileno la confunde más, aparte de que le deja el oído exhausto pues el recargado acento se resiste al olvido en la voz del hombre, no obstante los largos silencios padecidos en veintitantos años de vida en Nueva York. La conversada solo sirve para que ella vuelva a buscar a Marcelo y lo saque del corrillo donde se encuentra.

—Está bien, mañana te doy el dinero —le dice. Así, queda saldada la cuenta con el problema por ese día, pues ya nada más puede hacerse por resolverlo. Entonces puede dedicarse a lo que vino, a disfrutar de una fiesta ajena donde las palabras y las frases rebotan como en un partido de ping pong, en ese apartamento espacioso, antiguo y confortable de Brooklyn donde las alcobas, la cocina, el comedor, el salón y los pasillos han sido tomados por los invitados; ni el pasillo afuera se escapa: cada cierto tiempo es ocupado por parejas o tríos de fumadores que se ven obligados a salir y dejan el largo corredor atrapado con el olor del cigarrillo, un olor que a lo mejor se va por debajo de las puertas de los apartamentos, pero por el que ningún vecino protesta, como si estos no existieran.

Al acercarse al grupo de la sala en su intento por relacionarse, Violeta oye cómo se habla de Nueva York.

—Cuál capital del mundo —escucha que dice uno de los hombres que están allí—. El mundo no tiene capital, quién dijo, eso es cosa de estos gringos que se creen dueños de todo.

Encuentra una oportunidad para intervenir y empezar a integrarse.

—El nombre es en sentido figurado —explica— por ser la sede de las Naciones Unidas que congrega a casi todos los países de mundo.

—Ay mamita, usted acaba de llegar, ya verá cómo son los neoyorkinos. Para ellos nosotros no somos, solamente estorbamos. Colombia ni siquiera existe en la prensa gringa —la refuta un cincuentón barbado canoso de cabello largo amarrado en una cola sobre quien José Luis tan solo informa que se trata de un poeta. Pero ella no se le queda callada.

—Deben vivir muy aburridos con una ciudad tomada por los turistas, una ciudad que es de ellos y es de todos y por eso mismo es la capital del mundo.

—Usted como que quiere vivir aquí —le dice el barbado—. No sabe lo que se le espera.

Violeta mira a José Luis como preguntándole ¿y yo qué le contesto a este? El hombre no da tregua. Sigue hablando.

—Estados Unidos no quiere a los inmigrantes, los tolera porque necesita de su esclavitud, aquí la vida es una vida en teoría, todo el día trabajando y por la noche no se quiere saber de nada, solamente llamar a la casa en Colombia. Esto es una trampa, un infierno.

—En todas partes hay dificultades —dice Violeta en un intento por responder alguna cosa, manteniendo la cautela.

—Pero es mejor pasarlas en el país de uno, con la gente de uno y en el mismo idioma que con estos discriminadores —dice el barbado.

—Colombia también tiene muchos defectos, quizá más. Es superficial e insensible, por ejemplo —responde Violeta, ahora sí, sin cautela, y no por responder cualquier cosa.

—Ha tenido que hacer de la insensibilidad su principal medio de defensa —le contesta el poeta barbado.

—Yo diría que su peor debilidad —añade Violeta—. A la que se suman la desobediencia, el irrespeto y la falta de ética.

—¿Por qué dices eso? —pregunta José Luis alarmado.

—Por muchas cosas. ¿Te doy un ejemplo? La forma como mienten los papás en el colegio en nombre de sus hijos. Les compran música pirata, les fotocopian libros y pagan millones por la libreta militar para que no paguen el servicio obligatorio.

—Ja, ¿pero y quién manda a un hijo a esa guerra? ¡Ni el putas! —dice el barbado.

—Y los terratenientes y los empresarios pagan por evadir impuestos —sigue Violeta respondiéndole a su hermano.

—Por temor a que otros pícaros se roben la plata —dice el barbado.

—Claro, porque las autoridades se dejan sobornar. Y encima los policías no inspiran respeto —afirma Violeta, volviendo a dirigirse al barbado.

—Como en el resto del mundo mamita, así es en todas partes.

—Pero allá la gente no denuncia sino que prefiere pedirle milagros a los santos.

—Lógico. Si da lo mismo denunciar o no denunciar. Es peor matar venados, patos y gansos por hobby como hacen aquí.

—Pero aquí se respetan más las leyes, funciona mejor la justicia y se da educación gratuita y obligatoria hasta los dieciséis años.

—Sí, pero qué tipo de educación les dan en esas escuelas.

—No le haga caso ni le de cuerda. Lleva treinta años despotricando de este país, y del nuestro también —oye Violeta que le dice el hombre que está a su lado, un flaquito cuya corta estatura se adivina, así esté sentado, cuya apariencia grita que es el más viejo de todos y cuya voz débil informa sobre sí mismo que es poeta también, en su peculiar manera de presentarse quitándose las gafas en vez de dar la mano; después de agregar que es monteriano y portero de un edificio, cuenta que el otro a su lado es boyacense, fotógrafo y taxista, y que

el del frente es un pintor y caricaturista que vende sus monos en un parque y que hace murales descomunales en sitios de Nueva York y sus alrededores, verdaderas obras de arte que en Colombia ignoran por completo. Concluye con el que está enseguida del artista, un mecánico de Itagüí que asea edificios y no va a Colombia desde hace dieciocho años, un hombre corpulento que aprovecha su turno de ser presentado para soltarle a Violeta la pregunta que lo tiene ansioso.

—¿Y cómo está ese pueblo? ¿Usted me sabría decir cómo está Itagüí? —pregunta desesperadito.

—Ay no, ¿Itagüí? Yo nunca voy por allá. Escasamente lo conozco. Pero todo ha progresado mucho, supongo —responde ella al hombre, y se queda observándolo. Es en el que más puede leerse el desarraigo que destilan todos allí, un desarraigo que lleva, invariablemente, a las evocaciones de las historias de infancia y adolescencia en el país de origen, que inspira la habladería sobre la tierra dejada, que trae consigo la ineludible saudade en ese grupo con cara de buena gente, con oficios sencillos pero una perspectiva más amplia del mundo, que hablan con propiedad de literatura, arte, política y economía y que hacen que en Violeta empiecen a derrumbarse los prejuicios traídos de Colombia donde es usual categorizar y ponerle adjetivo a la gente por lo que hace para ganarse la vida. En casi todos esos personajes tal vez subsiste la frustración de no estar trabajando en lo que quisieran o viviendo donde les corresponde, y eso confronta a Violeta, la obliga a verse a sí misma del otro lado, sumando a su vida la tristeza honda que trae la orfandad de país propio, palpitando en unos años por los olores, sabores, sonidos y visiones de Colombia.

—Yo algunas veces me despierto en las noches y me digo ¡mierda, verdad que yo tengo hermanos! —dice la de la pierna enyesada, la única que puede ubicarse dentro del rango de treinta años, en esa fiesta de cuarentones y cincuentones don-

de el único joven es Marcelo—. Por días y semanas enteras se me olvida que tengo familia, que no estoy del todo sola en el mundo, me creo que es absoluta, definitiva, la soledad en que vivo, el aislamiento, por eso cuando caigo en cuenta de que tengo un país que sí es mío, me da mucha alegría, pero también muchas ganas de llorar. Para qué tenerlos si no se tienen, me pregunto, si la lejanía los hace irreales, pues de ver las cosas tan distantes a veces parecen mentira. Cuando se lleva tantos años solo uno empieza por dudar hasta de sí mismo.

Con una lima de uñas que mete por entre el yeso, la mujer se rasca la piel. En esa pierna enyesada ya no le cabe un garabato más y hay pintados varios penes.

—Me cansé de borrarlos. A todos estos hijueputas lo único que se les ocurre es pintar pipís. Creen que porque vivo sola... Malparidos... Pero qué hiciera yo sin ellos, me han llevado y traído para todas partes con esta pata así. No son amigos, no, son como mis hermanos. Aquí los amigos se vuelven la familia. Es algo positivo en medio de todo.

Con sus palabras, la mujer suma un argumento más a las dudas de Violeta, la obliga a preguntarse si podría sucumbir o no lejos del país. Hasta ahora la nostalgia en ella es la de los muertos, la que se experimenta al sentirse menos acompañado en el mundo con cada ser querido ido para siempre; la nostalgia de su padre, de Iris y Luciano. También la de Andrés, la peor de todas porque ha sido un muerto en vida, porque es un vivo que no se sabe si se volverá a ver pero se tiene la esperanza de mirar antes de morirse, y eso sí que es añoranza. Una añoranza similar a la de la mujer del yeso, añoranza que la atormenta en las noches trayéndole la imagen de sus muertos a la cabeza y haciéndole sentir un impotente deseo de abrazarlos, de conversar con ellos y de escuchar su voz dulce así sea por el teléfono.

Con semejantes pensamientos y uno sin un trago para chorrear por la garganta... Violeta tiene que levantarse

para llenar de nuevo su copa. Se aparta del grupo del salón y se arrima a la mesa del comedor. Por ahí derecho le echa mano a unos cuantos trozos de queso y a unos nachitos con salsa mexicana, ipicantísima!, “por Dios bendito qué fue esto que me tragué”, y escucha lo que está diciendo Marcelo a las dos cuarentonas que hace rato se carcajean con él.

—... la estoy pasando bien, aunque la vida emparejada resulta latosa. Me costó mucho trabajo convencerlo de ir a vivir allá. Llegué a pensar que iba a tener que irme de USA, pero finalmente lo conquisté y quedé atrapado y yo acomodado...

¿Estará hablando de José Luis? De quién más. Sin pensarlo, Violeta irrumpe en el cotorreo como si fuera una flecha venenosa.

—Algo le heredaste a esos inmundos conquistadores que nos acabaron a nosotros —dice. Bastan un par de vinos en su cabeza para que ella dé rienda suelta a su franqueza. Aunque en la circunstancia presente, escuchar lo dicho sobre su hermano le revive sobre todo la furia que ha tenido con Marcelo por haberle contado lo de los dos meses. Pero con el alboroto en que anda él, las palabras de Violeta lo animan a lanzar otras para defenderse; por eso ahí está diciendo que Colombia es una tierra de peleadores, como en general lo es América Latina, y que para la prueba está la historia con España que estuvo ocho siglos dominada por los árabes.

—Y en cambio los indígenas americanos apenas se aguantaron el dominio español como trescientos cincuenta años, o sea, eran más belicosos.

—Mejores guerreros, querrás decir, Marcelito —le revira el gordito rubio, marido de una de las cuarentonas; tiene crespos hasta en la barba y una pinta de alemán que le hace poco creíble el orgullo que manifiesta por ser barranquillero como Manolo—. Mejores guerreros y más valientes —insiste— pues algunas tribus prefirieron el suicidio en masa antes que

rendirse. Eran unos héroes. Además, los árabes no fueron tan malos como los españoles que apresaban a los indios y los torturaban hasta matarlos para que dijeran dónde estaban escondidos los tesoros. A los que no mataban los volvían esclavos. Y a los defensores de los indios también los perseguían.

—Claro que los indios también tenían sus esclavos —dice la otra cuarentona, la que no es esposa del gordito rubio.

—La esclavitud nació con el hombre. Y las mujeres nos acabaron de joder —dice el gordito pelicrespo pegándose más a su mujer y empatando su intervención con un verso que le recita a todo volumen—. Pienso en ti cuando miro las estrellas. Mi amor por ti es infinito como las arenas del desierto... y las cuentas de servicio —dice con entonado acento y suelta una carcajada, detrás de la cual se van otras más de los que están alrededor de la mesa. Sin embargo, al ver la cara de su mujer, tiene que soltar el plato que había saturado de pasabocas; por unos instantes lucha con el rechazo de ella, hasta que logra dominarlo, puede abrazarla y darle un par de picos en compensación por el mal chiste. Cuando se marcha, Violeta retoma la conversación sobre los indígenas con el chileno que segundos atrás se acercó para decirle a Marcelo que lo del asilo de Violeta es mejor hacerlo por Canadá.

—Me dejó pensando lo que dijo él. ¿Cómo es que se llama? —pregunta ella al chileno.

—¿Le dicen Cortés?... ¿Y qué pensaste?

—Que con razón no terminan los genocidios si nacimos en medio de ellos. Imagínese que en Colombia hasta los nukakmakú han sido desplazados.

—¿Que son ellos?

—Unos nómadas del Amazonas.

—¿Nómadas de las selvas? ¿Y desplazados?!

—Ahí ve usted como está la cosa por allá. ¿Entiende por qué me pone a pensar devolverme?

—Pero también hay buenos ejemplos —dice José Luis, que alcanza a escuchar parte de la conversación entre su hermana y el chileno. También él aterriza en esa mesa donde las bandejas con comida, las botellas con licor o gaseosa, los vasos, las copas, las servilletas, los plásticos y los tenedorcitos se disputan el espacio, más de lo que lo hacen los comensales que se arriman a ella para surtirse. La mesa donde Marcelo y las cuarentonas ya dejaron de estorbar, pues ellas le han pedido consejo sobre los trajes que usarán en una fiesta de disfraces el próximo fin de semana y acaban de encerrarse con él en una alcoba para medirse trapos.

—¿Buenos ejemplos? A ver, cuáles —reacciona Violeta a la presencia de José Luis.

—¿Te parece poco la marcha de los indígenas esta semana? Imagínate Sergio que eran como sesenta mil y caminaron como setenta kilómetros, tres días por una carretera y en paz, no necesitaron ejército ni policía, solo la guardia indígena con bastones. Así lo escribió Alberto Aguirre en su columna.

—Ah sí. Yo leí algo de eso, pero en otro lado —dice el chileno—. Que iban por un solo carril para no dañar el tráfico. Ni siquiera pisaban la raya amarilla y no hubo incidentes ni...

—Vieron, es lo que yo digo —interrumpe Violeta sin darse por vencida—. Y algunos siguen pensando como los conquistadores españoles que son indiecitos que carecen de alma y discernimiento.

Violeta siente encima los ojos de José Luis que con su mirada le reclama por lo que está diciendo de Colombia. La esquiva. Después de echarse un trago de vino, continúa.

—Puede que con su pacifismo los indígenas den ejemplo de disciplina y coraje, pero lo que esa marcha muestra es que todavía hoy los siguen persiguiendo y despojando de sus tierras, porque es un hecho que los terratenientes los matan, les queman las cosechas, los tienen peleando por la tierra to-

avía, y en seguida el ejército y la guerrilla los acorralan con sus combates. Para resumir, los siguen considerando inferiores como a los negros.

—Pero como se decía en la columna —refuta José Luis— ellos tienen una fuerza muy profunda para no dejarse doblegar, una fuerza sin gritos, con orden y control. Deberíamos aprenderles y dejar de criticar. Colombia tiene paraísos. ¿Por qué no hablas de ellos? Mira la Sierra Nevada de Santa Marta, diecisiete mil kilómetros cuadrados con treinta ríos de aguas cristalinas como el Don Diego y más de cincuenta afluentes que le dan agua a los pueblos y que...

—Y que son utilizados por guerrilleros y paramilitares para ir de un lugar a otro —interrumpe Violeta con energía—. Una zona estratégica para la guerra. Y así hay muchas. Sí José, paraísos enteros, tienes razón, pero convertidos en sitios de tráfico de armas y narcóticos, en guaridas para esconder secuestrados, para chantajear y matar, para disputarse el control de todo de esa manera tan feroz que estamos viendo desde hace tantos años. ¿Cuántos sitios en el Pacífico, como Bahía Cuevita, han sido tragados por la selva por culpa de la guerra?

—El gobierno está tratando de mejorar todo eso, y las cosas van a cambiar, ya lo verás.

—¿El gobierno? Cuál gobierno. Un gobierno que ni siquiera le hace caso a las organizaciones internacionales de derechos humanos, incapaz de parar los ataques contra la población, que no castiga a los responsables ni le da pena decir que están impunes los asesinatos de pueblos enteros y que encima alega que la situación de seguridad ha mejorado...

—¡Mierda, no jodan! —se oye de pronto un vozarrón que se impone por encima de la música a todo timbal. Es el poeta barbado y canoso que salta sobre la conversación tratando de desenredar las palabras que el vino ya empieza a enmarañarle en la lengua. Aún así puede terminar lo que quiere decir—.

Con ese país tan cagao que nos tocó y en este otro de mierda en el que estamos, mejor déense un pitacito —y le entrega el varillo de marihuana a Violeta, quien sin aspirarlo se lo pasa a José Luis.

—Hablemos mejor de fútbol —dice él antes de aspirarlo—. Más que la guerra es el fútbol lo que nos mantiene pendientes de Colombia, y más si se trata de mi glorioso Deportivo Independiente Medellín.

Ante la propuesta de tema, Violeta opta por irse a hablar con el fotógrafo que está sentadito por allá solo leyendo las solapas de la última obra de Fernando Vallejo que le ha llegado fresquita a Manolo desde Colombia.

—El señor de gafitas dijo que... Arenas es como le dicen ¿no?

—Chepe Arenas se llama, sí.

—Él dijo que usted es fotógrafo.

El hombre se entusiasma. Lleva suelto su bonito pelo negro lacio brillante que le toca los hombros.

—Sí, como no. Ahora hago una exposición en Miami. Vea, esa foto es mía, se la regalé a Manolo —y el hombre, echándose un mechón de pelo para atrás con un movimiento de la cabeza, sin soltar el libro de sus manos, señala con su cara la bailarina que está colgada en la pared, la que Violeta había estado mirando al llegar al apartamento, tratando de descifrar si era una pintura o una foto, opinando que quien la hizo era un artista del carajo.

—Pero los fines de semana soy pintor de pelo.

—¿Pintor de pelo?

—Mi hermano es cortador y yo trabajo en la peluquería con él. A propósito. ¿No era usted pelirroja? Siempre nos hablaron de la hermana pelirroja de José Luis. ¿O no es usted la pelirroja? Aunque le veo unas raíces...

—Ay sí, compré la tintura pero no me la he echado. Ya ni sé qué hacer.

—Es un tono muy escaso. Valdría la pena reconsiderarlo. Lo buscan mucho las mujeres. Ya que usted lo tiene, dese el privilegio. Aunque lo usual es que ustedes quieran el color contrario al que la naturaleza les ha dado.

—Verdad —dice Violeta. Aparta la mirada del tipo y parece hablarse a sí misma.

—Es como ir en contra de la naturaleza y uno siendo parte de ella.

Luego vuelve a su interlocutor.

—¿Y sí puede alguien aquí vivir como pintor de pelo? —pregunta enfatizando la frase pintor de pelo—. Qué denominación tan curiosa, en mi vida la había escuchado.

—No en realidad. Aquí no se vive con un solo trabajo. Se necesitan varios. Por las noches manejo taxi, cuatro veces a la semana.

Por un buen rato, Violeta se entretiene conversando con el fotógrafo, hasta que otra vez irrumpe el vozarrón del poeta barbado y canoso. El hombre llega y se sienta en el sofá que está en frente de los dos. Ambos lo escuchan.

—Nueva York es una ciudad que no lo abraza a uno. Así uno lleve treinta años aquí y viva en Manhattan, no en Queens, en Jackson Heights, uno siente que la ciudad no termina aceptándolo, y uno a ella tampoco. Yo nunca me he sentido aceptado por esta ciudad ni la cambio por Cali.

—Ah, ¿es usted de Cali? —le pregunta Violeta, por decir algo.

—De Cali y con ambivalencia, entre el dolor y el orgullo —responde el barbado.

—¿Dolor y orgullo?

—Claro, da pesar no poder ir a celebrar con la familia las cosas importantes y tenerse que quedar en Navidad en esta ciudad tan fría, grande e indiferente. Ni matrimonios, ni primeras comuniones, ni cumpleaños, ni velorios le tocan a uno.

Por momentos parece que al hombre van a cerrársele los ojos, que se quedará dormido. Pero vuelve a despertarse y a recuperar la valentía de su voz.

—Eso sí, lejos de casa pero con el orgullo de poder hacer dinero y enviar para que allá hagan esas fiestas.

—Es que acosa mucho los tragos —explica el fotógrafo—, pero se queda dormido un ratico y luego vuelve y se anima. Siempre es así. Ya lo verá ahora como si nada.

La llegada de Manolo, quien va por todas partes con una botella en cada mano llenando las copas de sus invitados “porque en mi casa todo el mundo tiene que sentirse bien”, como dice, da pie para una pausa voluntaria en la conversación entre Violeta y el fotógrafo. Este vuelve a hojear las páginas del libro de Vallejo; aquella, a observar la fiesta, a esa mayoría de cuarentones, como lo será ella pronto, que llevan a cuentas la edad del balance y el encuentro de lo logrado, de la comparación entre lo que se es y lo que se quiso ser, lo hecho y lo dejado de hacer; el momento para jugársela toda por la que se cree la última posibilidad real de ser feliz, o al menos de no volverse un frustrado o resentido. Todos empezando a bajar la cima de la montaña, sin intuir aún la implacable, concluyente, aplastante, rotunda, irrefutable, terminante, decisiva, categórica y tajante vejez que tarde o temprano, si logran sobrevivir, llegará para decirles que eran absurdas muchas cosas, entre ellas dejarse atrapar por la tiranía del éxito y su eterna riña con el fracaso, más humano que malo; para decirles que lo importante del resultado es cómo se hacen las cuentas y no lo que totalicen. Y en las reflexiones de ella surge la imagen de Eva hablando de la serenidad, el coraje y la perseverancia para seguir siendo uno mismo, diciendo que nadie triunfa en todo en la vida, de la misma manera que en nadie el fracaso es la totalidad. Ahí está la profe diciendo que algunos viajan, otros trabajan, otros simplemente viven o tienen gente que

les quiera, unos más solo aspiran a perdonarse a sí mismos; que para perseverar en el propio camino puede bastar con apasionarse por un hobby, quedarse al margen de la presión del mundo afuera y sobrevivir en el de adentro. Ahí está Eva en esa fiesta, metida en la mente de Violeta, asegurándole que para ella el balance de la madurez también fue tan duro como puede ser para cualquier ser humano al que le haya faltado, o aún le falten, cosas como salud, hijos, un padre o una madre en la niñez o la adolescencia, dinero, un empleo, un amor, un libro propio. Le parece escucharla diciendo “claro que los sensibles la pasan peor, el tormento mayor es para los artistas pues si no logran reconocimiento, el mismo espíritu creativo que les alimenta la necesidad enfermiza de ser tenidos en cuenta puede meterlos en un mundo oscuro que puede conducirlos al suicidio”.

—Vea, yo llevo tantos años aquí que me da lástima. Y no me da pena reconocerlo —le dice de pronto el barbado a Violeta irguiéndose en el sofá. Se ha despertado de un fugaz sueño que lo redujo al mutismo por unos minutos.

—¿Cómo así? ¿Por qué?

—Pues que no soy de aquí pero ya no soy de allá. Y allá no tienen idea de lo que uno debe pasar aquí. Todos creen que tenemos dinero. Solo les interesan los dólares que mandamos y los regalos que se llevan cuando se va en diciembre.

—Me parece que usted se contradice.

—No es mi culpa. Al fin y al cabo vengo del país de las contradicciones. ¿O acaso usted escogió el lugar donde nació?

—No, pero tampoco es culpa. Ni mérito.

—A ver, cómo es eso. Cuál es el planteamiento que no entiendo.

—Lo que quiero decir es que el sitio donde se nace es puro accidente, carece de importancia, al menos no debería tenerla pues no es el que imprime el carácter.

—¿Que no?! —dice el hombre soltando el carrizo y separándose del espaldar del sofá—. ¿Y el suyo de dónde lo sacó entonces mamita?

El hombre toma la copa de vino que Manolo le ha dejado servida en la mesa. Después de beber un trago vuelve a recostarse en el sofá y recupera el carrizo.

—Qué tal la hermanita pelirroja de José Luis —agrega para sí mismo pero en un tono que todos los que están cerca lo oyen—, nos salió chiviada, pero muy arrojada.

Violeta insiste.

—La nacionalidad tiene sello de clase, puede significar abolengo, pero también ser indicio de maldad. Si no vea, a nosotros los colombianos nos creen delincuentes.

—Por eso mismo. ¿Sí ve que coincidimos? Es lo que he estado tratando de que entienda. En nombre de la nacionalidad se violan los derechos humanos aquí. Y todo empieza con el pasaporte. ¿Y así quiere quedarse? ¿Va a dejar un país de derecha por otro más derechudo? Claro que no se sabe que es peor porque eso de que el setenta por ciento de los jóvenes en Colombia estén pidiendo dictadura. Yo no sé si...

—¿Qué?! —interrumpe Violeta—. ¿Dictadura?!

—Lo dijeron en una encuesta esta semana. Lo único que nos faltaba. Que nuestro país resultara siendo fascista, como si no tuviera con ser tan clasista.

—Seguramente son efectos del retén psicológico del ejército —dice el fotógrafo.

—¿Qué es eso? —pregunta Alfredo, el barbado.

—Pues que en las carreteras los soldados paran buses y en vez de requisas entregan regalos dizque para acercar a la población civil a las autoridades.

—¡Parranda de güevones! Y mientras tanto esas dos muchachitas de Cartagena tienen que poner tutela para que las dejen entrar a la discoteca porque son más oscuritas

que los demás. Qué cosa tan hijueputa. No hemos podido con los negros, los más llevados de todos. Racistas los colombianos, racistas los argentinos, también los españoles, estos gringos. Y rezaderos como un diablo. ¿Si supieron pues la de esta semana? Oiga mamita, esto tiene que ver con usted, que en una plaza pública allá en su tierra hicieron una jornada de adoración y alabanza a Dios, ¿sí lo leyó?, que veinticuatro horas cantando y rezando porque de esa manera el poder de Dios liberará a la capital antioqueña de la maldad. ¡No seamos tan pendejos! Al menos en Cali no hacemos esas bobadas. Así estemos llevaos nos ponemos a bailar salsa, y hasta cumbia como Manolo.

—Ay no, qué es eso, ¿y en qué parque fue? Es que allá hacen unas cosas tan charras —dice Violeta sorprendida. El barbado la ha cogido fuera de base con la información en la partida verbal que se toma una pausa para que los interlocutores se miren por un instante sin cruzar palabra, un break que el barbado cancela cuando propone prender otro varillo.

—Yo mejor voy a comer algo —dice Violeta levantándose de su asiento. Los dos hombres la observan mientras va hasta la mesa del comedor.

—¡Qué belleza esta hermana de José Luis. Ya me la quisiera para mí —dice el barbado—. Que no me oiga Sara. Entre otras cosas, ¿dónde anda? Por qué no viene a sentarse aquí a mi lado para que me controle esta bebedera, para que me joda bastante que es para eso para lo que sirven las mujeres, ¡qué tal si no! ¿Ya saldría del embeleco que traía con el disfraz? Yo no la voy acompañar a esa fiesta. A mí nadie me pone a hacer esas pendejadas, hermano. Que vaya con Marcelo, que para eso está muy bueno.

El hombre termina de encender el pucho de marihuana; sus manos grandes parecen más fuertes que el tono de su voz. El olor atrae a varios, entre ellos a Cortés; el gordito de los

crespos sigue recitando versos chistosos a su mujer; esta ya ha salido del cuarto con la otra cuarentona, Sara, la esposa del barbado que se ha ido a fumar al pasillo antes de venir a sentarse al lado del marido que la reclama. A Marcelo se le ve pasar hacia la cocina, seguramente para preparar los tomates con el queso y la albahaca.

De regreso al salón Violeta se topa con su hermano que viene también para la sala. Le ofrece más vino.

—Ni riesgos. Recuerda que tengo que manejar. Voy a echarme un sueñito para estar bien cuando nos vayamos—le contesta él, que aprovecha el breve encuentro para halarle las orejas.

—Le prometiste a mi mamá que no hablarías mal de Colombia. Eso dijiste.

—Es entre colombianos. Queda en familia. También te dije que el país que tú guardas en la cabeza es dictado por la nostalgia. Y esta reunión me lo ratifica. Ya empiezo a entender lo que es ser un inmigrante.

—La tristeza de ser y no ser solo puede comprenderse viviéndola.

—¿Qué quieres decir?

—A veces quisiera estar en Colombia, pero cuando voy me doy cuenta de que ya no puedo vivir allá. Es como una condena. No quiero que te pase. Ya has tenido demasiadas cosas malas.

—Puedo jugármela de nuevo. Si ya perdí un día, qué más da si pierdo otra vez.

—Con mayor razón. No deberías darle chance al destino de volverte una perdedora.

—A lo mejor soy una perdedora y de mi vida podría decir de todos modos la llevo perdida, como en el poema de León de Greiff.

—No puedes estar andando por la vida tan a la loca, la vida es una sola y es corta. Por eso tienes que volver.

—Estás cansado conmigo, por eso me echas. No entiendes que a mí Nueva York me embruja. Quiero estar aquí. Así sea

otra cultura, así las cosas estén determinadas por la riqueza y el poder, aquí no se está en guerra.

—Estados Unidos se mantiene en guerra, está llena de veteranos traumatizados, amputados, huérfanos y viudas. Y también hay pandillas y muchachos que a los dieciocho años dicen que no son nadie sin su banda, sin su pandilla. Pero bueno, ya dejemos el tema y vamos a sentarnos. Me dijo Marcelo que andas con los dólares para arriba y para abajo. Si quieres te los consigno en el banco y te doy cheques en blanco que puedas ir gastando.

—Si pronto me iré ¿qué sentido tiene?

—No sé, es por tu comodidad. Y es más seguro.

El varillo desaparece veloz en los labios de quienes lo aspiran, mas no su olor que se queda agonizando por unos minutos en el salón donde algunos de los que se arriman optan por permanecer, así sea en cojines en el suelo pues el último asiento logra agarrarlo José Luis, al lado del poeta barbado y en frente de su hermana; ella recupera su asiento al lado del fotógrafo taxista peluquero.

—A ver Genaro, vos qué pensás de todo lo que estaba conversando con ella —le pregunta el barbado al fotógrafo, señalando con la cara a Violeta. Todo indica que Alfredo seguirá orquestando la charla, pero ninguno se muestra fastidiado con ello, a pesar de que por momentos el vozarrón se le sube más de la cuenta y sus frases en vez de dichas parecen gritadas.

—Hombre Alfredo, si las circunstancias son más dignas, si a uno le va bien o se siente mejor en otro país, es absurda la fidelidad a un país que es un mero recuerdo y además una farsa.

—¡Hijueputa! Decís eso porque tenés a toda la familia aquí, pero mis viejos y mis hermanitas están allá.

—Bueno, y si usted añora tanto su tierra ¿por qué no regresa pues? —pregunta Violeta.

El barbado se queda en blanco por un instante. Pero luego dice con firmeza que quisiera ser capaz de hacerlo, pero le

da miedo sentirse asfixiado por la falta de oportunidades y la violencia.

“Prefiere asfixiarse en la soledad y la trabajadera”, piensa Violeta.

—Como quien dice, todo se resume a un asunto de dinero —dice dirigiéndose a todos.

—Nada de eso, es algo más profundo, es un asunto de supervivencia —aclara el barbado. ¿Sabe qué? Haga de cuenta que los inmigrantes somos como los nómadas de la civilización.

—Excepto por el romanticismo —dice el caricaturista—. Unos nómadas idealistas, eso somos. Sí, de vez en cuando debe soportarse el peso de la nostalgia.

—Pero se apacigua con esta música tan bacana y estas viandas tan sabrosas que trajeron —remata Alfredo.

—Qué más da pertenecer a un lugar o a otro si finalmente todos somos seres humanos atemorizados con este planeta tan amenazador —dice de pronto Violeta—. La noción de patria es pura retórica. ¿Y saben por qué? Porque la patria es una idea y la identidad mero discurso. Y eso no es nada. Borges decía que el patriotismo es el último refugio de los canallas.

—¿Borges dijo eso? —pregunta Alfredo—. Entonces en esta fiesta hay mucho canalla.

Con lo dicho por su hermana, José Luis se endereza en el sofá en el que empezaba a cerrar los ojos después de estirar las piernas y echar la cabeza en el respaldo.

—No vuelvan chiste una cosa tan seria como esa —dice—. La patria es como parte del cuerpo de uno. Desde que me vine de Colombia yo he sentido como si me hubieran amputado una pierna.

—En cambio yo he sentido como si hubiera recuperado la que me faltaba. Creo que ahora puedo andar más tranquila y segura —dice Violeta.

—¿Y nuestra cultura qué? No escuchan la música pues, oigan ese porro, y la cumbia que ahora Manolo bailó con su

hermana qué. No, no, dejen de rajar, tampoco denigremos de nuestra identidad cultural.

—¿Identidad cultural? Eso es una abstracción, una ilusión —dice Cortés.

—Pero da certeza. Por eso resulta más práctico hablar de ella —agrega su mujer que como una adolescente se anida en los brazos de él.

—Nuestra identidad es la de la muerte, el desencanto y la barbarie. ¡En guerra a toda hora! —dice Violeta, y con eso le da más cuerda a Alfredo.

—El caos es lo que rige el universo, el orden, tan solo una ilusión, leí por ahí que dijo un ilustrado. Creer que otro mundo es posible es una locura. Por eso, dejen la güevonada con la guerra nuestra. ¡Es eterna! ¡No se han dado cuenta? Todas las guerras terminan, incluso las de África. Así se demoren. Vea Angola, después de veinte años los refugiados regresando a sus tierras. Menos en Colombia.

—Para qué pelean por la identidad —dice el caricaturista pintor—. Sea la que sea ya no nos salvamos. Irremediablemente está ligada a la del país donde se nace y crece y nosotros, así llevemos más años viviendo acá, somos de allá, entonces para qué renegamos.

—Hay sitios peores. En África la esperanza de vida es de menos de cuarenta años —dice Robert, en inglés. No se ha sentado y aprovecha su intervención para retirarse dando más explicaciones de la cuenta aunque nadie se las haya pedido. Que todavía no se marcha, dice, solo irá por agua porque tiene mucha sed. Sin embargo, el puesto de Robert lo acapara uno que ha estado de pie, un bogotano que no se ha quitado la chaqueta en toda la noche, otro cuarentón peludo, con cara de cansancio y desaliento, que luce como desconectado del mundo exterior y parece naufragar en sí mismo.

—Desde siempre escribe cuentos y nos los hace leer a todos los amigos —informa el barbado a Violeta. En un instante, le

resume la historia del escritor; delante de él y sin importarle que lo oiga, dice que lleva años mandando cuentos a concursos y editoriales españolas y mexicanas, pero nada que logra publicar ni ganar siquiera uno que lo saque del anonimato, al menos por unos días, para retribuirles la paciencia que le han tenido leyéndole y comentándole cuanto párrafo escribe. Luego, el escritor toma la palabra para contar la historia de un californiano que se editó un libro, mandó comprar toda la edición, el título se fue al primer puesto en las listas y así pudo vender la segunda edición.

—Haga usted lo mismo güevón, al menos apréndale algo a estos mercaderes gringos si es que tanto lo atormenta no ver su nombre en letras de molde —le dice el barbado—. Pero no se quede quieto, deje de quejarse y cambie esa cara que dentro de poco nadie le va a creer ni le va a leer más pendejadas.

A pesar de la dureza de sus palabras, en la mayoría se nota admiración y respeto por el barbado gritón que si no naufraga en él mismo, como el escritor de cuentos, sí parece hacerlo en las dosis de vinos y marihuana que lleva encima.

—¿Naciste en Medellín como José Luis? —le pregunta a Violeta el escritorzuelo.

—Sí.

—Esa es una sociedad muy pacata y moralista. No lo digo yo, lo decían los nadaístas. A Medellín la conozco por ellos.

—Y yo justamente nací en la época de los nadaístas, aunque cuando ellos nacieron realmente yo no había nacido.

—Dicen que eran como angelitos rebelados que espantaban viejas rezanderas y sacerdotes —cuenta ceremoniosamente a todos el escritor de cuentos—. Fue la propuesta literaria más irreverente que se dio en Medellín contra la cultura establecida. Iban contra todo, la academia, la iglesia y la tradición colombiana, y estaban en la línea de los movimientos vanguardistas que entonces nacían en Latinoamérica y el mundo.

—Pero se volvieron unos bufones —dice Violeta.

—Es una manera de verlo. Dejémoslo en que el fundador se murió y la iconoclasia desapareció de muerte prematura, como dicen algunos historiadores.

—La muerte, siempre la muerte —dice el barbado, sin el vozarrón.

—José Luis fue de esas barras de esquina de los sesenta y setenta, y de las bandas de música. Me ha contado.

José Luis ni se inmuta cuando el fotógrafo lo menciona. Ahora sí está dormido de verdad. O a lo mejor ni oye la voz suave, baja, de Genaro que está del otro lado.

—Pero se aburríó —le responde Violeta al fotógrafo.

—Lástima.

—Lástima lo que pasó después.

—Qué

—En los ochenta esas bandas desaparecieron y llegaron otras peores, las armadas.

—La de los sicarios de la famosa época del narcotráfico —dice Alfredo recuperando la fuerza de su voz, aunque otra vez las sílabas, ya no las palabras, se le han empezado a enmarañar por culpa del vino. No obstante se le entiende claramente lo que sigue diciendo—. Esa época fue muy nefasta. Todos se contaminaron. Se instauró la barbarie. Trajo lo que los estúpidos teóricos sociales denominaron la cultura de la violencia. Hijueputas desocupados, en qué estarían pensando, dizque cultura de la violencia, me da risa.

—Deje la renegadera hermano. La vida no debe tomarse tan en serio —le dice Genaro.

—Al fin y al cabo nunca vamos a salir vivos de ella —agrega el caricaturista—. La frase no es mía, acabo de leerla aquí —explica enseñando la carátula de un libro.

—¿L. Ron Hubbard? ¿Y ése libro estaba aquí? Ah, esto sí está cabrón —dice el poeta barbado—. ¿Manolo leyendo escritorzuelos de bestseller, de autoayuda? Lo único que nos faltaba.

—A Hubbard se le debe la única religión de importancia fundada en el siglo veinte. Es lo que dice aquí en esta contraportada —aclara el caricaturista.

—No seamos tan pendejos, se les está pegando la ignorancia de estos gringos de mierda. Que no me oiga Robert, con perdón de él, pero es que se están embobando con tanta ideología barata. ¿Qué se hizo el gringo? ¿Se fue?... ¿No?... ¿Y qué está haciendo en la cocina? Qué Marcelo no nos mande más tomates. ¡Con todo lo que hemos jartado!

—¡Mejor bailen y dejen de hablar tanta paja. Esto es una fiesta y no un velorio! —dice a todo taco Manolo. A él no se le ha visto sentado en toda la noche ni concentrado en ninguna conversación, aunque parece estar al tanto de todas las que se llevan a cabo en los grupitos. Es su destino. Como buen anfitrión revolotea de un lado para el otro verificando que todo ande bien, sirviendo hielos con la pinza como un bartender y poniendo discos como un disc jockey, guardando unos, sacando otros; bandejas en la mesa del comedor, discos en las bandejas del equipo de sonido. Todo lleno, al día, para no dejarse sorprender por una mesa vacía y mugrosa que anuncie el fin de la fiesta, para que el equipo de sonido no pare de sonar y siga gritando todas esas canciones que alebrestan la nostalgia y al mismo tiempo el falso optimismo alimentado por el licor que, al apoderarse de sangre y cerebro, deliciosamente hace pensar que al otro día todo será mejor, que mañana sí, Dios mío, lo que quiero, sueño y deseo comenzará a ser posible, aunque al otro día ineluctablemente todo siga igual y la cabeza, el estómago y la conciencia se sientan peor debido a la resaca que castiga el exceso. Tal vez al único al que no le pasará semejante cosa mañana será a Manolo, a él que cuando no está sirviendo trago o haciéndole mantenimiento a la mesa del comedor para que no se acumule el desorden, está dándole al bailoteo y sacándole pasos nuevos a esas músicas colombia-

nas, tremendos ritmos que ya quisiera dominar Robert y que Manolo, tan querido y aun reconociendo la superioridad de la música cubana, no deja cambiar por nada del mundo, a riesgo de que lo crean un dictador, de que digan “lo maluco de las fiestas de Manolo es el monopolio de la música”. Pero es que en asunto de música, señores, un anfitrión no puede ceder a los caprichos de los invitados, diría Manolo; ya suficiente es con dejarlos ir por todo el apartamento como Pedro por su casa, ya suficiente es contar con escasos momentos en medio de las obligaciones de anfitrión para uno que otro bailecito, como el que pretende tener justo ahora con la de la pierna enyesada a quien le insiste para que intente bailar, cosa a la que Arenas se opone con contundencia, más que por la pierna de ella por el poema de él que en ese justo momento en que llega Manolo está dejando escrito en un pedazo del yeso que meticulosamente ha limpiado con agua y jabón, un poema de amor para esa hermosa pata de palo, flaquita y pálida como él, a la que le lucen hasta las incipientes patas de gallina y a la que Arenas persiste en arrastrarle el ala, aunque Alfredo hace rato lo dejó en evidencia cuando le dio por gritar “vean el par de tortolitas allá en ese rincón tan apartaditos los dos, oiga miya, sígale la corriente y manténgasela hasta que le quiten el yeso, para que tenga quien la mime y la cuide hasta que pase la calamidad, pero eso sí, luego bótelo que es un aberrado y está muy viejo para usted, así escriba buenos poemas”.

—Hay canciones que no se corroen y resultan más poderosas que cualquier pistola fulminadora que se haya inventado jamás —dice el mecánico de Itagüí porque es lo que dice el tal Gubert en ese libro que se están pasando de mano en mano. A estas alturas de la noche luce tan fresco como cuando llegó, como si no se hubiera tomado un trago. Luego pide inútilmente a Manolo un tema de Santana.

—No le insista hermano —le dice alguien—. Al único que le da gusto es a Marcelo, y eso porque baila. Aunque creo que hoy no vamos a tener show de sevillanas.

—¿Qué le pasa a Marcelo hoy? Escasamente se le ha visto por esta sala. Que deje ya esa cocina que no está trabajando.

Verdad, ¿qué se hizo Marcelo?, se dice Violeta. Aprovecha la pregunta para levantarse y dejar la sala y al grupo de personas que en la confusión del licor olvida por una noche la vertiginosa y contradictoria confusión de sus vidas, confusión que a veces se vuelve caos y duele, como caos se volvió la casa de ella en segundos y como le dolieron a ella las heridas de la explosión, la explosión cuyo recuerdo salta a su mente por culpa del comentario que hacen los tres que están en el rincón a la entrada del baño cuando al verla se dicen “esa es la hermanita de José Luis que se quemó con el carro bomba”, con un descuido tal en la altura de la voz que la frase pronunciada roza los oídos de Violeta cuando pasa a enjuagarse la boca para quitarse parte de la negrura que el vino ha puesto en los dientes, la lengua y el interior de los labios pues ha decidido parar como José Luis, que sigue dormido en el sofá al lado de Alfredo, quien también cabecea y ronca pero sin dañar el carrizo; ese José Luis que quién sabe cuándo se despertará, con las ganas tan enormes que Violeta tiene de irse para la casa, y dónde se habrá metido Marcelo a ver si lo acosa, mejor será buscarlo. ¿Y dónde? ¿En las habitaciones? Nada. ¿En el estudio? Tampoco. ¿En la cocina? Menos. ¿En el otro baño? Está abierto. ¿En el comedor? A la legua se ve que no está, al igual que en el salón. ¿Estará afuera en el corredor? Qué va, si no fuma, y con lo escrupuloso que es con el olor del cigarrillo. Pero ¿quién quita? “Busquémoslo allá por si acaso”, se dice Violeta, y se va a asomar al corredor del edificio que ya no está siendo tan apetecido por los fumadores y luce solitario, el corredor donde no se respira un buen aire con todo el humero

que ha recibido en la noche, el corredor al que más le vale no salir, pero al que sale.

Al principio le parece que no son. Se asusta con la primera visión. Se devuelve despacito sin dar la espalda porque ella tiene que ver bien la escena, tiene que convencerse de que sí son ellos. Con un vistazo más, las dudas de Violeta se quedan sin amparo y ella tiene que convencerse, así no lo quiera, de que los que se están besando en ese corredor maloliente son Marcelo y Robert, el primero inconfundible con sus zuecos mostaza y el brillo de su camisa, el segundo con sus tenis rojos. ¿Acaso eran los mismos zuecos? Si recordara el color exacto podría jurar que son de los mismos. En el marco de la puerta se queda escondida y parada atajando al que vaya a salir. Hay que evitar que alguien más se dé cuenta, ni modo de que su hermano se vuelva el hazmerreír, el bueno de José Luis que allá está tan tranquilo echándose un sueñito para poderles choferiar hasta Manhattan y evitarles la salida a coger el tren, la bajada por el escalerío de la estación con el caminado torcido por los vinos. Que ni los vean y que ni la vean, que ni Marcelo ni Robert se den cuenta de que ella se ha dado cuenta. Solo ella puede saberlo, solo ella sabrá guardarse el secreto. ¿O sí podrá guardárselo? Por ahora ni se lo plantea. La sorpresa aún no deja tiempo para saber cómo proceder, para cavilar en si se lo dirá a José Luis o se quedará callada. Lo único que Violeta atina a decirse ante semejante remate de fiesta es “definitivamente en este imbécil no se puede confiar”, intuyendo que Marcelo se le ha vuelto un problema serio, como si no tuviera ya suficientes cosas por resolver, pero sin intuir que es ella misma, su presencia y lo que acaba de ver, lo que puede desatar un serio problema entre su hermano y él.

Después de semejante escarbada en los archivos de Violeta y de haber dado con la historia de Campoalegre, ¿cómo iba a quedarse Marcelo sin leerla, sin saber lo que seguía luego de aquel primer párrafo que lo dejó tan intrigado? Como pudo se las arregló para copiarla en su memoria personal antes de que Violeta la trasteara para el portátil nuevo y la borrara del ordenador de José Luis, como en efecto hizo.

Sin embargo, la lectura avivó de tal manera la curiosidad de Marcelo que la dejó sin frenos. ¿Cómo así que José Luis tenía un tío casado con una negra y la negra un diente de oro? Le fue imposible aguantarse. Por eso, le preguntó al mismo José Luis por el asunto, sin importarle que se diera cuenta de que había seguido leyendo los escritos de Violeta, a pesar de las advertencias y a riesgo de que otra vez se enojara con él.

—Si no es por mí nunca te enteras—respondió cuando José Luis lo regañó por el atrevimiento—. Te juro por mi madre que no vuelvo a hacer cosas así. Deberías leerla tú también, es una historia muy entretenida—agregó.

Desde entonces, sin que se lo pidan y de manera reiterada, Marcelo ha comentado detalles de la historia. Algunos datos han alarmado a José Luis.

—¡Cómo así que todos los personajes tienen los nombres reales!—dijo él esta mañana, desconcertado—. ¿Ni siquiera los cambió?

Luego salió, pero regresó más temprano de lo acostumbrado, con el asunto en su cabeza como si el tiempo no hubiera pasado y sintiéndose más molesto con Violeta que con Marcelo.

—Me miente con lo de la visa y enseguida se pone a escribir de lo que le advertí que no escribiera. Yo tengo que revisar ese manuscrito, alguien tiene que verificar lo que se dice de la familia —dice, le recibe a Marcelo la memoria donde está guardada la copia y se va para el computador.

Para José Luis velar por el buen nombre de la familia está por encima de la privacidad de Violeta. Por eso se atreve a violar los principios de él y los escritos de ella. Una insistencia como la de Marcelo tenía que echar al traste su reticencia para meter las narices en la historia de Campoalegre.

José Luis lee el texto de una sentada. Al llegar al final, da Eliminar a la copia de Marcelo y le pide no hacer comentarios al respecto ni preguntar más cosas.

—Quiero estar solo —le dice y se encierra en su cuarto.

Marcelo esperaba ansioso que José Luis terminara de leer y le bailaban en la boca las ganas de comentar la historia, pero tiene que quedarse callado. Lo único que le queda es decirse a sí mismo, contrariado, “qué tal, con la escritora en casa, la protagonista y un figurante, y tengo que aguantarme, después de que yo he sido el que ha propiciado todo”. Varias veces llama a la puerta de la habitación, pero José Luis le reitera que desea estar solo.

Cuando Violeta regresa de su clase nocturna Marcelo se siente tentado de preguntarle cosas. Quisiera sentarse a conversar con ella hasta la medianoche para que le cuente qué partes de la historia son reales y cuáles inventadas, y le confirme si Iris era como la describe. ¡Qué personaje! Para lucirse interpretándolo. ¡Qué ganas de saber! Pero ni modo. Hay que reprimir la curiosidad. A lo mejor si ella estuviera en otra tónica podría sentirse halagada con la actitud de un lector como él

y le perdonaría haber estado leyendo su historia, pero quién puede prever de qué manera reaccionará teniendo en cuenta el comportamiento parco que ha mostrado con él desde el día de la fiesta. Aunque le haya dicho que sí, parece que no olvida que hubiera revelado su secreto de los dos meses. Qué rencorosa ha resultado ser, piensa él. En vez de no complicarse por semejantes simplezas de la vida. Con razón anda sin elaborar las cosas malas que le han pasado. Y para colmo, es voluble y temperamental. Un día muy simpática y al otro... Que al día siguiente a primera hora iba a darle los dólares para hacer el negocio de los papeles, y nada que suelta el dinero. Pero qué puede esperarse de una indecisa que no sabe lo que quiere. Mejor que se regrese para su país. Ha quedado claro que ella representa un riesgo para su estabilidad con José Luis. Si no, vea el resultado del primer conflicto, le va a tocar dormir en ese sofá blando que tanto le choca. Ya ni siquiera tiene derecho a uno de los dos cuartos del apartamento que él llegó a habitar primero que ella. Por eso, cuanto antes se marche, mejor.

Los malos pensamientos de Marcelo sobre Violeta son interrumpidos cuando ella le pregunta por José Luis. Echa de menos su presencia, pero sobre todo le extraña ver cerrada la puerta de su cuarto.

—Se acostó temprano. Que estaba cansado. Está dormido hace rato.

—¿Acaso sigue enojado conmigo?

Marcelo deja en el vacío la pregunta de Violeta, a quien la percepción de disgusto en la actitud de Marcelo le genera dudas y la obliga a insistir.

—Y tú también pareces molesto. ¿Pelearon?

—Nada de eso. Son temperamentos y momentos —dice él impostando el aire de suficiencia que le pone a su respuesta.

Más tarde, ella lo ve abriendo el baúl arrinconado en el remate del pasillo, justo a la entrada de su cuarto; se da cuenta

de que saca una cobija y una almohada. A la hora de acostarse, cuando va a la cocina por su imprescindible vaso de agua, lo descubre acomodado en el sofá de la sala, leyendo, y no puede evitar hablarle.

—¿Que no está bravo contigo? Yo estoy por creer que sí se enteró de tus quedadas por fuera. O sea, peligra la ida a Boston.

—¿Boston? No señora, es a Pensilvania. Ese es el plan que él tiene, y no creo que cambie de idea. Desde que empezó la primavera está pensando en ese viaje y lo aplazó por ti, por esperarte.

Ante la malacara de Violeta por lo que acaba de escuchar, y para evitar que ella empiece a opinar sobre el destino del viaje y a hablar de la casa de Emily Dickinson, Marcelo se arropa más con la frazada.

—Y ni se ha enterado ni está bravo conmigo —dice cuando va a poner en off el interruptor de la lámpara—. Simplemente se quedó dormido y ha asegurado la puerta, por supuesto sin ninguna intención. Yo podría pedirle que me abra pero no quiero interrumpirle el sueño que es algo sagrado —agrega y apaga la luz.

Al amanecer, José Luis se despierta, se percata de la ausencia en la otra mitad de la cama, cae en cuenta del seguro de la puerta y se asoma a la sala. Marcelo recupera su espacio en la habitación. Mientras se cepilla los dientes, medio despierto y casi en la oscuridad, algunas escenas de la historia de Campoalegre aparecen como partes de un sueño, se resisten a morir en su mente. Una vez acostado en una cama de verdad, al calor del cuerpo de alguien, plácido y tranquilo, como si nada hubiera pasado, se consuela diciéndose “menos mal que pude terminar de leerla y no tuve que quedarme sin saber cómo fue que mataron al tío Ramón y lo que ella vio. Tantas páginas para llegar allá. Lo hubiera dicho en el segundo párrafo. Pero bueno, así son los escritores, echan el anzuelo y lo manejan a uno como quieren. Sus razones tendrán”.

El regreso parece inevitable después de haberse cerrado la puerta de la confianza con Marcelo a raíz de lo ocurrido con él y Robert la noche de la fiesta. El recelo ha dado hasta para tomar medidas como pedirle a José Luis que le guarde el dinero en el banco. Desde el día siguiente a la fiesta, Violeta se lo entregó, aun con el inconveniente de depender de él para gastarlo.

En ella también está claro que no actuará como una oportunista metiéndose en mentiras y vueltas de peticiones de asilo ficticio, así José Luis haya cambiado tan abruptamente de opinión. ¿Qué le pasaría? “No tienes que irte si no quieres”, le dijo esta mañana antes de salir a sus actividades; que si lo desea proceda con lo del asilo, siempre y cuando se quede guardadita escribiendo en el apartamento, que él le mantendrá la mentira con su mamá de que le resultó un trabajo en Manhattan, así como ella ha sido tan discreta de no contarle nada sobre Marcelo. Vaya propuesta. ¿Qué más podría pedir ella? Sin embargo, su respuesta fue NO. ¡¿Cómo?! ¿Negarse a semejante oferta? ¿Acaso no era eso lo que quería? Sí, pero las cosas ya son otras, tanto por la situación con Marcelo como por las ideas surgidas después de esa bendita reunión de colombianos que la dejó pensando muchísimo, con la sensación de que José Luis tal vez tenga razón sobre la condición de inmigrante. Ahora el problema no es si se va o se queda. Queda claro que se va y que lo mejor que puede hacer es aprovechar los días que le restan para hacer las dos cosas que tiene pendientes: invitar a Gladis a tomarse el café e ir a Boston a la casa de Emily Dickinson, si es que logra convencer a José Luis de que varíe el itinerario que tiene montado para Pensilvania. Ojalá que el paseo fuera solo con él, sin Marcelo. Pero sería mucho pedir. Haberlo visto con Robert ha generado un infiernillo peor de cargar que las dudas de los últimos meses, un infiernillo tal que Violeta ya quisiera irse de allí y olvidarse del tema. Sin

embargo, ¿irse como si nada?, ¿callarse semejante cosa? Dejar en la ignorancia a José Luis o enterarlo, he ahí el problema, si se va para Colombia con el entripado o lo saca a relucir antes de partir. Pero, ¿y cómo le cuenta? En el aeropuerto, en el último momento. Podría también dejarle una carta. ¡O mandar un correo desde Medellín apenas llegue! ¿Le creería? De pronto no. O tal vez sí... ¡Nada! ¡Allá ellos! Que resuelvan sus asuntos, están muy grandecitos y hay que ser coherente con las ideas, como la de que en materia de amores un tercero sobra, sobra tanto que si no se retira a tiempo puede salir afectado y castigado, como se ha sentido Violeta por saber lo que sabe y no poder decir ni una palabra a José Luis. Y para colmo, ahí con ellos. Ya quisiera estar alejada, ida, desaparecida de allí. Otra cosa serían las cosas con la distancia; otra cosa porque ojos que no ven corazón que no siente, ya lo han dicho por mucho tiempo y con el tiempo el dicho ha quedado probado. Pero los ojos de ella sí vieron y su corazón no puede ser indiferente con lo que le acontezca al hermano. ¿Cómo quedarse tan tranquila sabiendo que navega en el desconocimiento de las traiciones de Marcelo? Esas traiciones que, de saberse, harían naufragar al uno y al otro. Aunque a José Luis también podría aplicársele el dicho y dejarlo tranquilo, pues oídos que no oyen corazón que no se resiente. Aun así, el lío seguiría teniendo cosas malucas, como el hecho de convivir con Marcelo, verlo, tener que hablarle y aguantarse respuestas como la del otro día cuando ella soltó el aguante, le preguntó si estaba aburrido con José Luis, se le zafó decir que lo había visto con Robert y salió regañada por Marcelo que la acusó de fisgona; de nada le valió a ella pedirle, como si fuera una madre, que por favor no engañe a José Luis, decirle “mira a ver qué vas a hacer porque yo no voy a tolerar saber de ese engaño y quedarme callada”, pero Marcelo la dejó muda con la frescura con la que contestó “peor para él pues vaya que le

da importancia a esas cosas. ¿Lo harías sufrir? Claro que ni te creerá. En las fiestas, nada que parezca trascendental puede tomarse en serio, casi siempre son una puesta en escena, una actuación. Así se evidencien realidades y verdades, las mismas vuelven a quedar sepultadas al otro día, cuando se está sobrio. Eso son las fiestas. Deberías saberlo tú que has vivido más que yo”. ¿Qué contesta uno ante semejante respuesta?

Muchas cosas piensa ella mientras vuelve y revuelve papeles, rompe hojas y notas después de haberle dado una leída completa a la segunda copia impresa de la historia de Campoalegre donde pocas palabras y frases quedaron tachadas; por más que el computador sea el medio privilegiado la lectura en copia impresa cambia; se ve lo que no se ve en la pantalla, se lee como se supone que leerán los lectores, en letra impresa en papel. Ya puede romper todo su papelerío y no tendrá que volver a cargar con él para Medellín. La historia está en el aparato, en la memoria portátil también y en el cd que quemó, por si acaso, para que no haya manera de que esta historia se pierda como las otras. Ya no más pérdidas en la vida. La historia está salvada, como puede dar por salvado el viaje, pues si bien no ha escrito una novela, hay la mitad de una o, en el peor de los casos, un cuento larguísimo para un libro bien bonito, un libro donde... ¡no puede ser!... se quedarán por fuera las cartas, las benditas cartas que le escribieron en Campoalegre y que siguen ahí metidas en la caja de jabones, como si nada, todas olorosas y ordenaditas con la sedosa cinta amarilla, y si no es porque empieza a sacar cosas para devolverlas a las maletas ni cuenta se da ni se acuerda. “Pero qué idiota soy, ¿cómo se me olvidaron? Ni siquiera las he digitado. ¿Y dónde las empato en esta historia? Me va a tocar leerlas con lupa a ver dónde las acomodo”. Y tiene que hacerlo antes de volver a Medellín. Ja, y ella que ya había dado por terminada la historia. Lo único provechoso es que con las cartas el cuento largo podrá creerse y a lo mejor llegará a novela corta.

Aunque no estaba previsto para este día de visita de Gladis, Violeta empieza a revisar las cartas. Las ordena por autor. Todas las de Julián en un paquetico, todas las de Teresa en otro, y así con cada remitente. La tarea la devuelve a otros momentos del pasado y le demuestra que el recuerdo es de por sí un proceso enigmático y que organizarlo es algo tan selectivo como la memoria misma. Esas cartas son como la fotografía de la familia que José Luis tiene en la cómoda del pasillo, la foto que ella ha mirado varias veces por ratos largos para evocar cosas. La imagen, aunque completa, con todos los miembros de la familia, muestra una realidad sesgada, como solo puede hacerlo una fotografía, donde la vida se encuadra, se selecciona, se incluye pero excluye a la vez. Menos mal, porque la vida sería insoportable si no pudiéramos dejar por fuera la memoria de los malos recuerdos. La memoria parcial y defectuosa es la idea, es la que Violeta ha estado buscando para lograr la reconciliación con su pasado, con ella misma sobre todo. Tras unas semanas en las que su memoria ha querido incluir todo, concluye que está a punto de parecerse a Colombia, el país olvidadizo que con demasiada celeridad y casi demencia saca del recuerdo tragedias descomunales, porque es con el olvido como encara las tragedias naturales, las guerras y el miedo. Una actitud cuestionable, pero quizá la más razonable para quedar a salvo ante la penosa incomodidad que significa un pasado que comunica directamente con los muertos, cuyas voces resultan más ensordecedoras que las detonaciones de las bombas que acabaron con sus vidas, unas voces que serían necesarias para salvarlos del olvido, así resulten tan explosivas como las bombas. Colombia tiene demasiados muertos; ella, Violeta, solo tres. Ahí están en la fotografía de la cómoda del pasillo. La foto que mira y también la mira; todos tienen los ojos sobre ella, incluso su padre, Iris y Luciano, sus muertos en esa imagen que, como toda fotografía, pudo captar sentimientos

escapados al ojo humano, como el del sonriente hermanito menor. Con la manera veloz como se debilita y se apaga la imagen de los muertos en los que han quedado vivos, un muerto le deja al doliente una pérdida adicional para encarar. Desesperadamente el doliente tiene que tratar de recordar lo poco que tenía en su mente, tiene que trabajar en crear ese recuerdo, en mantener vivos ante sus ojos a sus muertos y debe ayudarse de fotografías como la que Violeta tiene en sus manos. Dicen que las fotografías contradicen la idea de que las personas se han ido irreversiblemente y por eso la conservación de recuerdos puede complicar las enseñanzas de la muerte. Sin embargo, en una foto que encuentra luego Violeta en la revolcada del papelerío, las cosas cambian. Es una foto que ella desconocía. Es la foto del velorio de Iris y de Luciano que le mandó Teresa a José Luis. Está con una carta doblada en una carpeta con varios recortes de periódicos colombianos. En ella aparecen dos féretros custodiados por Brenda y Rubén, uno a cada lado, como para que no quede duda. Son los féretros con los cuerpos de Iris y Luciano. Hasta en eso pensó Teresa, que piensa en todo. “Cuando no hay cadáver, velorio y entierro, es más difícil hacer el duelo. No sé si algún día me atreva a mostrarle estas fotos a Violetica, pero pensando en ella las tomé. Te mando una copia ya que tampoco vos pudiste estar”, dice la leyenda por detrás. Violeta no piensa nada. Apenas puede con el desconcierto por la sorpresa del hallazgo. Se sienta en la cama. Desdobla la carta y la lee. Se entera de cosas que ignoraba sobre Iris cuando Teresa cuenta que “le he pedido a los médicos que me digan cómo hubiera quedado Iris de haber sobrevivido. Ellos me han hecho una lista de las secuelas que se le esperaban. Su piel tal vez hubiera podido curarse con injertos, pero las heridas no solo estaban en las piernas, los muslos, los brazos, el cuello, la espalda y los hombros. También llegaron a la cabeza y con seguridad le hubieran afectado la

memoria. Hubiera tenido que aprender a usar de nuevo los electrodomésticos, o cuando fuera a llamar por teléfono se quedaría sin saber qué hacer, por ejemplo. Tendría que recordar cada paso de cada cosa para hacerla y seguramente haría las cosas en desorden, tendría que ser tratada como una niña. No sabría defenderse en un supermercado, ni escoger del surtido ni aguantaría recorrerlo porque la habilidad para pensar rápido la habría perdido y eso se reflejaría en sus movimientos. Las migrañas la atormentarían a diario, incluso dormida. Su salud, en vez de mejorar, empeoraría. Tendría que ver a un terapeuta de lenguaje, a un neurólogo, a un oftalmólogo y a un siquiatra, y tomar varias medicinas al día por años. Es decir, tener otra vida, y peor. Yo creí que todas esas razones podrían servirle a Violeta para consolarse. Pero no. Ella solo piensa en la manera como a Iris le pasó lo que le pasó”. Violeta se queda quieta, sentada en la cama, por varios minutos, con una mueca en la boca como si fuera a llorar o a gritar. Luego sigue. Abre los recortes de periódico. “Y éstas fueron las informaciones que se publicaron. Yo misma le presté la foto de Luciano a *El Colombiano*. Pensé que salir en el periódico era una especie de homenaje”, informa la letra de Teresa en la margen superior de la hoja. Nunca antes Violeta había visto las notas de prensa sobre su tragedia. Cuando José Luis la vio leyendo los periódicos que Marcelo conserva del 9/11, le dijo que tenía los de la tragedia de la casa, que se los había mandado Teresa. Aunque Violeta le contestó que no, él de todos modos los buscó y los dejó en el escritorio de ella. “Por si acaso. No sobraría que los miraras”, le dijo entonces. Y el momento le ha llegado después de varios días de llevar en la memoria la frase “la hermanita de José Luis, la que se quemó con el carro bomba”, que escuchó en la fiesta colombiana y le quedó taladrando en la cabeza. Ha llegado involuntariamente al dejar caer la carpeta envejecida con las imágenes de la destrucción ocasionada por

la explosión en el edificio donde vivía, la foto de los dos ataúdes y la de la cara sonriente de Luciano, el hermanito que siempre se carcajeaba ante un fotógrafo. Como en la foto de la cómoda, el niño le sonrío, le dice con el gesto que la ama, que no hay ningún sentimiento adverso que pueda manchar su corazón, a pesar de que ella durante años le llevó una rabiecita escondida por haber sido él la razón para prolongar la estancia en Campoalegre y para alejarla de una familia en la cual estaban pasando cosas importantes que ella no debió haberse perdido. Después de leer las cartas de Julián, de Teresa y de su padre que hablan del bebé recién nacido, ella debe reconocer que el sentimiento hacia Luciano no siempre fue puro, estuvo contaminado por el inconsciente que traiciona. El remordimiento la hace llorar ante la foto. Luego el timbre la hace saltar hacia el baño a lavarse la cara porque esa debe ser Gladis que ya vino a tomar el café. “¿Cuándo pasó tanto tiempo? Y yo aquí pensando carajadas, enredada otra vez en recuerdos, cartas, fotos y recortes y esta mujer ya llegó y yo sin siquiera sacar los ingredientes para los pancakes que le prometí”.

—¿Y a qué se debió la explosión doña Violeta?

—A la irresponsabilidad de una inquilina.

Después de contestarle, Violeta se queda mirando a Gladis. Quisiera reiterarle lo que ya le ha dicho dos veces, “ni señora ni señorita, dígame Violeta a secas”. Sin embargo, omite cualquier comentario.

—¿Una inquilina?

—Arrendó un garaje en el sótano a gente de afuera, aunque el reglamento de copropietarios de la urbanización lo prohibía. Le ofrecieron el doble de dinero. Sin darse cuenta se lo alquiló a unos tipos que estaban contratados para armar un carro bomba. Cuando yo salía para el trabajo los veía trabajándole al carro. Estaba parqueado a dos puestos del mío y como era viejo pensé que lo estaban arreglando. Sabía que los hombres no eran nuestros vecinos, pero nunca sospeché nada.

—¿Y por qué iban a explotar un carro bomba en su edificio?

—No. Fue un suicidio... Y homicidio también.

—¿Suicidio y homicidio? ¿Cómo así?

—Por lo menos así me lo contaron. Y hoy me encontré los recortes que mi hermana le mandó a José y me enteré bien de cómo fue todo. Yo nunca quise leer nada de lo que salió en el periódico. Tampoco estaba en condiciones de hacerlo. En una clínica a uno tan solo le queda por hacer lo que esté de su parte para salir lo antes posible. Vea, que a uno de los hombres que armaban el carro bomba lo llamó un día el patrón, un mafioso que dirigía todo, para proponerle matar al compañero después de la explosión. Se había enterado por otros de que era lengüisuelto, es decir, sapo, y no quería correr el peligro de que lo involucrara. Pero el que resultó siendo sapo fue el otro porque ahí mismo fue y le contó al compañero, que fue donde el mafioso y le dijo que renunciaba al trabajo. Pero el mafioso lo amenazó con matar a la mamá y a la hermana si le dejaba el trabajo empezado. Era la vida de él o la de ellas. Entonces el tipo escogió la vida de él y la del mafioso. Siguió armando el carro bomba y cuando lo tuvo listo, la víspera de sacarlo para el atentado, le dijo al mafioso que fuera a revisarlo. Cuando lo estaban viendo lo hizo explotar.

—¿Y se murieron los dos?

—¿Usted qué cree? Fueron los dos únicos muertos, además de mi hermanito Luciano y la tía política que le dije.

—¿Por qué solo ellos?

—¿Quiere que le cuente cómo fue todo?

—Pues... si no le choca.

—Cuando el carro explotó, mi mamá estaba en la mesa del comedor hablando por teléfono con Brenda. Del taburete fue a dar contra el muro del pasillo y quedó tendida en el suelo. Era una noche perfecta para estar en casa y meterse en la cama a dormir temprano. La llovizna había espantado a los niños

de la plazoleta hacia sus apartamentos y a las diez ya teníamos un silencio extraño en época de diciembre. Yo también estaba de vacaciones y las estaba aprovechando para poner en orden un libro de cuentos que iba a publicar. La lluvia fue lo único bueno de la noche. Por ella los niños se entraron y se salvaron de morir cuando la explosión reventó, levantó las losas del cemento y botó carros en llamas desde el sótano hasta la planta superior. El piso de la plazoleta era a su vez el techo del parqueadero que estaba debajo. La plazoleta estaba rodeada por los cuatro lados por bloques de apartamentos. A mí el estallido me sacó de la cama y me lanzó hasta el piso de la puerta de mi alcoba. Creo que con esa sacudida al mismo tiempo mi inconsciente sufrió una descarga. Pensé que había sido un cilindro de gas. Aunque en esa época estábamos acostumbrados a los atentados terroristas, nunca se me cruzó por la cabeza que hubiera sido uno pues una semana antes otro carro bomba había explotado al frente de nuestra urbanización. Era increíble pensar dos en el sector en una semana. Eso solo pasa en una ciudad en guerra y entonces, como ahora y como siempre, se decía que nuestra ciudad no estaba en guerra. Desde el piso de la puerta de mi cuarto distinguí a mi madre en el pasillo con los restos de la colección de muñecas de porcelana. Eran unas muñecas hermosas y finísimas, la obsesión de mi mamá, después del idioma. Tantos años y billetes invertidos para juntarlas y en segundos eran tan solo una quebrazón hiriendo su cuerpo. Ella también se sacudía papeles, libros y discos que cayeron de la biblioteca que separaba el comedor de la sala. Me tranquilizó verla moviéndose y oír la quejándose. El resplandor del incendio en el primer piso alcanzaba a iluminar la parte de adelante de nuestro apartamento pues la cortina de la sala se desprendió, estaba en el piso como nosotras, con los vidrios del ventanal encima como mi mamá con las porcelanas. Me acuerdo patético de esa man-

cha blanca que estaba al nivel de mis ojos y al fondo un resplandor que me decía que había un incendio grande. La sala con el balcón daba a la plazoleta. Después de la cortina vi los pies descalzos de Iris corriendo. Mi mamá también la vio. “No dejes que se vaya sola”, me dijo. “Yo tengo que quedarme con Luciano”. Le grité a Iris que no se fuera, pero no pude detenerla. No sé cómo atiné a calzarme y a ponerme unos bluyines y una chaqueta gruesa encima de la pijama para ir detrás de ella. Ni siquiera puedo recordar cómo me los puse, cómo los busqué, solo supe que tenía que protegerme. Cuando menos pensé estaba caminando al lado de Iris. Ella no dijo nada. En realidad no nos dijimos una palabra. ¿Cómo hacerlo? Estábamos aterradas, pero sobre todo, si abríamos la boca nos ahogaba la capa espesa de humo que había alrededor y teníamos que cortar con nuestros cuerpos. Eran los gases que se botaban por los shut de basura. Imagínese, cuarenta carros ardiendo en el sótano. Nunca para mí andar había sido tan pesado. No se veía nada. Tener los ojos abiertos o cerrados daba lo mismo, aunque era mejor cerrarlos para no herirse con los gases. Yo sentía esa capa gruesa hirviendo, atrapándonos más con cada escalón que bajábamos. La temperatura era tan alta que quemaba los pasamanos. Sin embargo, yo bajé aferrada a ellos como si nada. Ahí fue donde me ardió las manos. Pero solo después en la ambulancia caí en cuenta de eso. De pronto, dejé de sentir el brazo de Iris que se aferraba al mío. O tal vez era yo la que me aferraba a ella. Ya ni sé. Dejé de sentir su presencia a mi lado, me fui a lo más profundo de mi ser y al momento más confuso que he vivido hasta ahora. Me perdí por un instante, mis pies se separaron de los escalones que iba bajando a tientas. Se me extravió el cuerpo, fue como si se me hubiera borrado, solamente me quedó un destello muy pequeño de conciencia que se me iba, que se alejaba de este mundo. ¿Era eso la muerte?, me pregunté. No tuve duda. ¿Y esto fue

todo?, me dije. Creí que ahí terminaba mi existencia y experimenté la tristeza más honda de mi vida, la tristeza de mi propia muerte. Me pareció decepcionante saber que yo acababa de esa manera. Me negué. Apenas voy para los treinta y dos años, me dije. Rechacé la idea de morir de una forma tan prosaica e injusta. Me rebelé. Abrí los ojos. Los gases les hacían daño. No me importó. Si los mantenía abiertos podía soltarme de la muerte. Me faltaban dos, tres, a lo mejor cuatro escalones más para llegar a la puerta del 201 que estaba abierta y dejaba ver un resplandor adentro; lo seguí. El incendio que nos amenazaba, ahora me salvaba. El fuego en el balcón de la sala del 201 no parecía tener tanta vehemencia, aunque se veía todo más iluminado. Los vidrios crujieron bajo mis zapatos. Cuando me asomé por la baranda no tuve necesidad de decirles a los hombres que estaban abajo que me ayudaran a salir. Con más afán y vigor que las llamas que se concentraban en la puerta del edificio, ellos subieron por la escalera de mano que habían adaptado para rescatar a las víctimas mientras venían más bomberos, pues los primeros que llegaron se fueron directo al sótano. Encontré a Iris afuera. Estaba mirando hacia el balcón del 201 esperando verme salir. Trató de extenderme los brazos. Me dijo “pensé que me había muerto y me había ido al infierno, pero oí un muchachito llorando y como no podía imaginar un niño condenado al infierno, me di cuenta de que estaba viva y me dio mucha felicidad, y ahora que te veo con vida me siento más feliz, pero dónde se habrá quedado Luciano”. Había logrado escapar, como yo, pero a diferencia de mí, salió descalza y con una pijama de tela delgadita, que era apenas una batica a la rodilla, de sisa. Si al menos hubiera acatado a ponerse encima un suéter o arrojarse con una cobija. Ella, en vez de seguir el resplandor en el 201, se fue hasta el primer piso y pasó por entre las llamas de la entrada del edificio. La encontré en una camilla de los bomberos.

Me impresionó mucho verla. Pude distinguirle la piel de las piernas, de los brazos, de la cara. Estaba arremangada. La del tórax tenía mezclada además las florecitas de la tela de su pijama. Igual la espalda, las caderas. Ella se le aventó a esas llamas por miedo a la oscuridad, yo lo sé, era negra pero le tenía terror a la negrura, pánico, nunca supimos exactamente por qué, pero me di cuenta desde la noche en que tuvimos que quedarnos solas con Julián en el camino velando el cuerpo del tío Ramón mientras el mayordomo iba por el inspector. Era un tío mío que mataron en una finca, el marido de ella. Nosotras nunca fuimos capaces de apagar del todo las luces en la finca por las noches. Incluso antes de la muerte del tío, Iris dejaba encendida una vela en mi habitación por la noche y me ponía una linterna en la mesita. Con la bomba yo pude entenderla. Durante seis meses no pude dormir totalmente a oscuras. Yo, que no podía conciliar el sueño ni con el más mínimo destello que se pasara por una persiana o una cortina corrida, tuve que dejar la lamparita de la mesa de noche encendida. Pobrecita Iris. Y así como estaba, semidesnuda, sin taparla con nada, la alzarón en la camilla y la montaron en la ambulancia. Cualquiera cosa corría el peligro de quedarse pegada en los pellejos de su piel. Cuando íbamos para el hospital decía y repetía que de Julián haber estado allí a lo mejor nada nos habría pasado porque hubiera encontrado la manera de salvarnos pues él sabía defenderse mejor. Es otro hermano mío. Yo la dejé en el Seguro Social, la seguí desde la ventanilla mientras la ambulancia arrancaba para llevarme a mí a la otra clínica donde me tocaba la atención. Ella alcanzó a medio levantar la mano para decirme adiós. Fue la última vez que la ví. Como era negra, no se veía tan horrorosa como debía verme yo impregnada de hollín hasta los dientes, pero a diferencia de mí, ella iba con la piel en carne viva. Dudé si volvería a tenerla ante mis ojos y sentí una gran desolación,

una sensación peor que el ardor que llevaba en las manos. Las sacaba por la ventanilla de la ambulancia para que el viento me lo calmara. Ella tenía razón. Quedarnos arriba en el apartamento era lo que había que hacer. Aunque adentro tal vez nos hubiéramos asustado más y corrido el peligro de hacer lo mismo que Luciano. A mi papá y a mi mamá los encontraron los bomberos acurrucados en el piso de su cuarto llorando. Luciano les enterró los dientes en las manos, en los brazos y se les escapó, le pudo a los dos, se les soltó y se tiró desde el quinto piso detrás de su perrita. Como no podía encontrarla en la oscuridad, gritaba que Laika había saltado también y que él iba a volar desde el balcón de la alcoba de mis papás como ella. En realidad la perrita fue la primera en morir, la explosión la reventó por dentro. Mi papá dijo que alcanzó a distinguirla entre los escombros antes de que los gases les taparan la salida del apartamento y tuvieran que refugiarse en la parte de atrás donde estaba su alcoba, que tenía el otro balcón. De ese lado no hubo incendio y por lo tanto no había resplandor de llamas que iluminara. Sin embargo, mis papás dijeron que adivinaban a Luciano tendido inerte en la grama del primer piso. Desde aquel día mi papá se volvió un hombre triste. Yo creo que esa tristeza fue la que se lo llevó a la tumba. Para colmo, los de La Iguañá se entraron a robar. Era un barrio de invasión del que nos separaban una manga, una avenida y una quebrada y que se aprovechó de nuestra tragedia para saquear lo que nos quedó. Acostumbrada a las arremetidas de los periódicos desbordamientos de la quebrada, esta vez la pobreza se amparaba en la catástrofe.

—Coma pues sus pancakes que se le enfriaron y están muy ricos —es lo único que se le ocurre decir a Gladis ante el relato de Violeta, quien por estar hablando no ha probado bocado.

—¿En serio están buenos? Yo he sido negada para la cocina y la vida doméstica en general.

—Sin embargo, aquí se ha defendido muy bien ayudándole a don José Luis. El otro día él me dijo que está feliz con usted.

—¿Dijo eso? ¿Y le dijo por qué?

—Pues por qué va a ser. Es la familia. Qué más puede pedir uno aquí sino una visita de un familiar. ¿Y qué clase de perrita tenía su hermanito Luciano?

—Una pomerania.

—Cómo son de lindos. Parecen de juguete.

—Para él era como un juguete. Y Laika lo adoraba. Se dejaba hacer de él lo que fuera. Jugaban mucho. Aunque supe que Luciano quedó adentro en el apartamento en medio de ese incendio, jamás se me atravesó la idea de que pudiera morir allí, y menos en una especie de suicidio desesperado. Él, que justamente con su nacimiento derrotó la muerte.

—¿Derrotó la muerte?

—Nació de treinta y tres semanas, con todos los pronósticos de vida en su contra. Con el corazón y los pulmones inmaduros. Tuvo que completar el tiempo en una incubadora con sondas y oxígeno. Creían que no se salvaba, pero resistió. Solamente podía tocarlo la enfermera para cambiarle el pañal y la posición del cuerpo. Por varias semanas mi mamá tuvo que ir todos los días para metérselo en el pecho. Con su calor fue ganando vida.

—Muy duro eso, ¿ah?

—Ahora que lo digo pienso en lo que aquello pudo haber significado para mi mamá.

—Pobre, por las que debió haber pasado.

—Imagínese que Luciano nunca abrió los ojos en esas semanas. Por eso ni se dieron cuenta de que tenía el Síndrome. Nadie se inmutó por averiguar por qué había nacido antes. Todos dieron por hecho que era por el impacto sufrido por mi mamá con la muerte del tío Ramón.

—Pero se crió.

—Y muy sano. Tenía mucha fuerza. A pesar de que fue prematuro, siempre fue tan grande como un niño normal. Solamente hubo un problema con él al principio pues no podía pronunciar la u y la a juntas. El que se dio cuenta fue José, con Rocky, el perro grande que tuvimos antes de la pomerania. Cuando él le señalaba el perro y le preguntaba que cómo hacía, ahí mismo Luciano se ponía a caminar en cuatro patas. No entendía que lo que debía hacer era repetir el sonido guau guau. José le luchó y le luchó hasta que Luciano fue capaz de pronunciarlo. Le costó tanto aprender eso, que cuando lo logró lo escuchábamos por la noche en la pieza diciendo guau guau. Otro problema era cuando en la calle alguien lo miraba, agachaba la cabeza y se tapaba la cara con una mano. Su cara no era ancha ni los párpados pronunciados ni la boca. Sin embargo, a la primera mirada se sabía de qué tipo era Luciano. Lo delataban los ojos brotaditos, el gesto de los labios y la sonrisa que no se quitaba de la boca. De resto, nunca tuvo limitaciones físicas. Su limitación era mental. Aunque muchas veces me he preguntado si simplemente habitaba otra esfera que le hacía vivir su mundo como normal. Creo que él no se sentía extraño como lo percibíamos nosotros, al menos daba la sensación de que no se sentía fuera de lugar. ¿Sí ve la foto de allá? Espere la traigo se la muestro...

Mientras Violeta regresa con la foto de la familia, Gladis sirve más café.

—Era un ser muy sensitivo. Se embobaba viendo las flores, detallándose cada hoja, cada pétalo de las matas que Iris tenía en el balcón. Podía quedarse horas mirando una abeja sobre una mariposa. Recogía semillas de los árboles y las guardaba en un frasco. Durante un tiempo se tuvieron muchos cuidados con él, sobre todo para no dejar que se enfriara. Por eso usaba siempre camiseta debajo de la camisa, así fuera en las épocas de calor, y andaba con una cobijita de algodón para

todas partes. Se acostumbró tanto a su cobijita que si tenía que volver a salir del cuarto después de haberse puesto la pijama, lo hacía envuelto en ella. Para ver televisión en la sala tenía que ser arropado con esa bendita cobija. Mi papá me contó que la noche del incendio él pudo haberse ofuscado porque insistía en que le buscara la cobijita. Decía que si la casa se estaba incendiando les tocaría pasar la noche afuera, que sin su cobija le iba a dar frío y no podría dormir. Tal vez fue por eso, más que por la perrita, por lo que terminó botándose por el balcón de atrás y matándose en el jardín con la caída. De él se encontraron los platillos de la batería que mantenía en la pieza. La heredó de un grupo de rock que tuvo José. Él mismo pidió que le dieran esa batería a Luciano. No sabía tocarla, pero intentaba de vez en cuando. ¡Me enloquecía! A él ese sonido también lo estremecía, pero de la emoción. Se carcajeaba con picardía cada vez que le daba a los platillos. Iba a cumplir los veinticinco cuando murió. En esa semana estaba muy contento, se había ganado una medalla por llegar de cuarto en una competencia de atletismo de seis competidores. Era muy hablantinoso y le encantaba cepillarme el pelo y darme besos. Mis hermanas lo enseñaron. Me daba las cien cepilladas las noches en que podía. A veces se detenía, se quedaba mirándome ido y se le escapaba una caricia por mi mejilla, caricia que moría con la palmada o el pellizco que yo le daba en la mano. También me llevaba el café que Iris me mandaba para que lo tomara mientras me maquillaba en mi cuarto. Entonces, él se ponía a organizarme los zapatos, los sacudía si estaban empolvados o los cepillaba para sacarles más brillo. Decía que era mi secretario, que yo lo necesitaba porque, como le oía decir a Iris, a mi papá y a mi mamá, yo trabajaba mucho y trabajar cansaba demasiado. Desde la noche antes me estaba preguntando cuáles zapatos y cuál bolso iba a ponerme para dejármelos listos en el perchero junto a

la puerta del cuarto, pero yo no he sido de las que dejo la ropa escogida la víspera, como mi hermana Teresa. A veces cambiaba de bolso solo por darle el gusto a él de pasarme las cosas para otro. Luciano era como Iris. Trabajaba para mí cada mañana. Ellos llegaron a mi vida al mismo tiempo, el mismo año, el año en que el hombre pisó la luna. Y de la misma manera se fueron, juntos, el mismo día, por el mismo motivo. Iris prácticamente me ponía el desayuno en las manos, y si la ropa que había decidido ponerme estaba arrugada, corría a pasarle la plancha. Por cosas como esas me dio tan duro la muerte de los dos. ¿Cómo seguir viviendo igual sin esas cotidianidades? me preguntaba cuando murieron. En mi época de reportera, cuando yo tenía que vivir conectada a la radio chequeando noticieros para que no me chivaran los colegas, Luciano se la pasaba con un transistor pegado al oído, decía que escuchando noticias para mí, pero mentiras que apenas yo salía de la casa las cambiaba por música. No había nada que le gustara más en la vida que la música. Su favorita era el vallenato viejo. Le gustaba cantarlos. Lo hacía con sentimiento. Se sabía varios de memoria. Antes de la muerte de mamá Rosita los ponía todos los días. Después, solo en diciembre o en ocasiones especiales. Todo lo que sonara le gustaba. Lo primero que aprendió de niño fue a tocar el timbre de la casa. Y los últimos sábados de cada mes iba a bailar. Se levantaba más temprano para ir a la peluquería a que le podaran el pelo. Le crecía muy rápido. Después del almuerzo se cepillaba los dientes como media hora, se untaba loción, se ponía el reloj con baño de oro que mi papá le había dado cuando cumplió los quince y bajaba hasta la portería a esperar a que llegaran a recogerlo para ir a la miniteca del colegio. La organizaban los profesores de gimnasia para personas con discapacidades cognitivas. Bailaban merengue, vallenato, rock. Y a todo taco. Se saludaban con mucha emoción y alegría y los recibían con

un cóctel de frutas, sin licor. Luciano no sabía bailar hacia adelante, solo daba pasos hacia los lados, pero sabía mover los brazos siguiendo el ritmo. La cita en la miniteca era a las tres, hasta las ocho. No le gustaba llegar tarde, un amago de retraso lo hacía ofuscar. Yo lo llevaba en el carro cuando podía. En el camino recogíamos a Yilda, su pareja de baile. Ella hablaba duro y despacio, repitiendo cada frase. No tenía el síndrome, solo una gran dificultad para hacerse entender desde la parálisis cerebral que sufrió. Eran buenos amigos Luciano y Yilda, inseparables. Ella vivía todo con mucha intensidad. No se le despegaba ni lo dejaba descansar, así él le pidiera calmarse o sentarse. A él le hubiera gustado bailar con otras muchachas, me lo dijo una vez, pero no podía hacerlo porque Yilda se molestaba. Sin embargo, él nunca le reprochó nada. Decía que la quería mucho. Claro que cuando yo le preguntaba si era su novia se quedaba mirándome inexpresivo, como si no estuviera escuchándome. Nunca supe si comprendía lo que significaba ser novio de alguien. Él fue un niño siempre y su retraso lo hizo vivir en la periferia, como alejado del centro, aunque en la familia fuera el centro y todos estuviéramos alrededor de él. Era como si se diera cuenta de unas cosas, pero de otras no. Cuando murió mamá Rosita, por ejemplo, dejó de oír música los nueve días de la novena. Después, cuando por fin pudo entender que no volvería a verla, se quedó sin hablar por varios días.

—La quería.

—Bastante. Pero mamá Rosita no era cariñosa con él. Creo que se avergonzaba de Luciano. Empezó a admirarlo un poco ya grande, una vez se convenció de que sabía cruzar calles transitadas, tomar el bus o el colectivo y que nosotros no teníamos que llevarlo a todas partes si quería salir. Aunque él prefería ir en taxi o en particular. Mi mamá decía que iba a arruinarla y por eso le ayudó a conseguir el trabajo en la fábrica.

—¡Trabajaba!

—Uy sí, de patinador en una fábrica, mensajero interno. Era una fábrica grande. Se la conocía enterita, se movía por todas partes y nunca llegó a perderse. Le tocaba estar pendiente de las bolsas de agua para la hidratación de los trabajadores de las calderas. Y era un caballero con las obreras. Una vez al mes les obsequiaba una flor a cada una, un mes margaritas, otro claveles y otro girasoles. Varios domingos por la mañana lo llevé a la plaza de mercado para comprarlas. A la fábrica solo iba los lunes, los miércoles y los viernes. Llegaba rendido y se metía ahí mismo en la cama, feliz por lo que había hecho. Se dormía hablándose a sí mismo, diciéndose lo bien que la había pasado trabajando. Al otro día tenía que dormir hasta tarde para reponer energías. Decía que si no dormía bastante le saldrían ojeras. Creo que tener ojeras le desagradaba tanto como la idea de montarse en un avión. La única manera de aplacarlo cuando estaba necio era decirle que lo íbamos a montar en un avión. Yo llegué a amenazarlo con eso una vez en que me hizo dar mucha rabia. Por eso no me explico por qué se atrevió a saltar por el balcón, como si de pronto hubiera creído que era capaz de volar cuando decía que él no tenía alas y que por eso le tenía pánico a los aviones porque si de pronto fallaban no se salvaría porque no podría volar. ¿Qué pasaría por su cabeza? Es algo que no sabremos ni entenderemos nunca.

—Uno aprende a vivir con la incertidumbre. Nosotros tampoco sabremos cuánto sufrieron y cómo murieron casi tres mil muertos de las Torres, el Pentágono y los aviones. Yo muchas veces he tratado de imaginarlo, pero no hay imaginación para eso, así yo haya estado cerca.

—Ay, verdad que usted estuvo allá.

—Por eso no me parece raro que su hermanito haya saltado. Un incendio asusta mucho. Da más pánico que un avión, y lo normal es saltar. Vea todos los que se tiraron de las Torres.

Yo no le tenía miedo a los aviones, pero se lo cogí desde lo que pasó. No sé en qué momento podré volver a Colombia. Todavía no me atrevo a montarme en un avión desde que esos terroristas los volvieron misiles. ¿Usted se imagina como diez mil galones de combustible ardiendo? Se derrite cualquier acero. Con razón se cayeron esas torres y con razón la gente brincó. No se sabe cuántos saltaron ni quiénes eran porque después todo cayó encima. Imagínese uno morirse delante de los ojos del mundo entero, quedar grabado en una cámara yendo hacia la muerte, algo tan íntimo y todo el mundo con los ojos encima. Algunos se agarraban de las manos cuando brincaban. Y los bomberos les gritaban no salten, ¡no salten!, nosotros estamos subiendo por ustedes. Pero aunque los bomberos trataban de calmar la cosa, se les veía que estaban más asustados que nosotros.

—Cómo sería el desespero y el desamparo que había adentro. Claro que también muy valientes los que saltaron, eso es tomar la decisión final de cómo morirse.

—Eso no puede haber sido una elección.

—¿No? Pero nadie los empujó, que yo sepa.

—¿Que no? Si usted pone gente en un cuarto con una ventana y le echa un calor tan infernal, la mayoría se verá obligada a saltar. Dicen que algunos cayeron por la aglomeración en las ventanas cuando luchaban por aire o porque retrocedían huyendo. Usted sabe cómo es eso. ¿No me estaba contando pues de ese calor tan horrible en su edificio? Aquí también en los pisos altos el calor le llegó a la gente antes que las llamas. Muchos dolientes no desean recordar que algún familiar pudo haber saltado ni soportan hablar de eso y están sufriendo todavía. Por eso alégrese de que a su hermanito no lo vieron tirarse por ese balcón. Agradezca que estaba oscuro y que le pudieron hacer su entierro, que encontraron su cuerpecito. Aquí para muchos no hubo restos de nada. Veá, hasta hace

poco había gente recibiendo huesos. Algunos solo pudieron conformarse con un fémur. Solo un grupito de afortunados recibió restos de los familiares.

—Ay Gladis, no me cuente eso. ¿Así fue todo?

—Es que imagínese. Se estrellaron aviones, hubo ataque terrorista e incendio y se cayeron dos edificios de cien pisos.

—No, es que... pensándolo bien, eso sí fue una tragedia de verdad verdad. Una catástrofe. Cómo sería eso. Lo mío entonces fue nada. ¿Un edificio de cinco pisos con cuarenta carros quemándose? Y toda la retahíla que le eché. Qué pena con usted. Claro que en ambos casos, lo mismo: suicidio y homicidio a la vez.

Después de quedarse masticando los pancakes y sorbiendo el último resto de café, Violeta recapacita.

—Claro que los terroristas y los aviones lo que hicieron fue provocar el colapso, apenas destruyeron los veinte pisos superiores, pero la gravedad hizo el resto. Y de qué manera.

—Pero el incendio fue el que las venció —le replica Gladis que también parece muy bien informada del tema—. La mayoría de los incendios alcanzan máximo seiscientos grados de calor y allá el fuego pudo haber pasado de los setecientos...

—Sí, pero la que terminó tumbándolas de esa manera tan impresionante fue la simple fuerza de la gravedad.

—Pero por el incendio.

—Y saber que hacía rato los islámicos habían amenazado a Estados Unidos. Si eso pasa aquí, qué podemos esperar nosotros en Colombia. Tan vulnerables están aquí como nosotros allá.

—Por eso es bobada huir del país. Una tragedia se puede encontrar en cualquier parte.

—¿Qué me quiere decir? Yo no vine huyendo de la tragedia.

—El desempleo allá es como una tragedia.

—Tampoco vine por eso. Me vine porque simplemente no quiero vivir allá.

—Es también como huir.

—¿Usted cree?

—¿No siente nostalgias de Colombia?

—A veces quisiera, pero no puedo.

—Porque lleva poco tiempo. Y porque no tiene que trabajar aquí. Yo hace ocho años camino y duermo en Nueva York, pero tengo mi corazón en el barrio Kennedy de Pereira.

—Usted tiene que trabajar mucho, ¿cierto?

—Eso es la vida para uno aquí. Yo empecé haciendo aseos. A veces limpio este apartamento o algunos otros que me resulten en este edificio después de las cinco cuando termino mi turno con mister Ramsey. Sigo colaborándole a don José Luis por ser colombiano y porque la plata me hace falta. Por la mañana cuido a un niño. Lo tienen alquilado para un estudio de un investigador de mercados que llega para observarlo como a un mico de laboratorio. El niño es diabético y sufre dolores de cabeza y a los papás les pagan muy bien por eso. Sé que soy la única colombiana trabajando en este edificio. Los otros son centroamericanos y con ellos no se puede hacer amistad.

—¿No? ¿Por qué?

—Son raros, más tímidos. Apenas le dirigen a uno la palabra. Parecen mala clase, pero no lo son. Yo creo que es por la pobreza de sus países. Venir de un país subdesarrollo lo cohibe a uno mucho. Mire que ellos hasta el español lo hablan mal.

—¿Usted tiene familia aquí?

—Ninguna. Tengo una niña, pero en Colombia. La tuve soltera. Nunca me ha visto en persona. Solo me conoce en fotos y mi voz por teléfono y sabe que me llamo Gladis Patricia. La semana pasada le pregunté qué quería para los seis años y me dijo que vengas para conocerme. Estaba de meses cuando yo me vine para acá. Al papá lo mataron cuando yo estaba en embarazo y no alcanzamos a casarnos. Pero íbamos a casarnos, nos queríamos de verdad. Yo no tenía trabajo y pude venirme

para acá porque en Pereira mucha gente lo hace. A mi niñita la cuida mi mamá y una hermana mía. No le falta nada. Yo le mando para todo, pero a veces llora cuando ve a sus primitos jugar con sus papás, o cuando en el colegio le preguntan por qué los suyos no la van a recoger. La última vez que la vi fue en el aeropuerto de Matecaña. De ahí salí a fines de 1996. Uno se ilusiona pensando en que va a hacer una vida acá o va a conseguir plata para montar un negocio allá. Aquí todo se hace a las carreras y es muy duro trabajar honestamente, pero uno se siente más seguro y tranquilo, así haya pasado lo de las Torres. Yo ya no me preocupo por la violencia. Ya sé que aquí pueden pasar cosas peores, ya aprendí que hoy en día no hay lugar seguro en ninguna parte. Pero allá no tengo trabajo y un empleo sí da seguridad. Me da miedo pasar hambre con mi niñita. El otro miedo grande que tengo, como le dije, es montar en aviones. Eso me quedó del 9/11 pues yo vi cuando el primer avión se estrelló contra las Torres. Fue el peor día de mi vida, así como el suyo. El segundo avión no lo quise ver, sentí el batacazo, pero no volteé para atrás ni me quedé mirando como muchos que se amontonaron alrededor para ver a la gente que se lanzaba. Yo trabajaba con una empresa de limpieza en un edificio frente a las Torres. Ese día llegué a las seis como siempre. Me cambié y me tomé mi café. Luego me subí a la escalera para limpiar las lámparas del veintisiete. Mis compañeras estaban en otros pisos. Eran como las ocho y media cuando escuché la explosión. Yo pensé que era una bomba. Todo el mundo gritaba desesperado. La gente corría de un lado para otro y desde las Torres se veía a muchas personas tirándose por las ventanas. Yo traté de estar calmada. Me encontré con las otras compañeras a medida que bajaba. Alcancé a darme cuenta de que abajo, en la calle, en las aceras, había gente por todas partes, con la cabeza para arriba, boquiabiertas mirando el hueco incendiado en el lado de la

torre. Ese día supe cómo era realmente estar aterrado, me lo dijeron las caras de todas esas personas. Por primera vez en mi vida vi llorando por parejo a hombres y mujeres. Supe lo que es estar espantado de verdad. Me pareció demasiado haber visto a una mujer lanzarse desde la torre, los pedazos de restos que volaban. ¿Qué puede hacer uno ahí? Huir despavorido, como su tía Iris. Por eso no quise mirar para allá. Seguí por la avenida, despacio porque las piernas y la multitud me impedían ir más rápido. Había caminado varias cuadras cuando escuché unos alaridos de multitud que iban subiendo y subiendo, se volvían gritos. Luego hubo un ruido grande pero sordo, y la tierra tembló. Era la torre sur, la primera que se cayó. Me tocó parar. Las piernas ya no me daban. Pero tampoco quise voltear a mirar. En el televisor de un almacén vi la polvareda de la Torre caída, los escombros por los aires. Ahora sí la gente huía de la nube que enviaba la torre, ahogada, gritando, buscando dónde esconderse. Me pareció como una película, pero sabía que lo que veía en el televisor estaba pasando detrás de mí. Saber que era cierto me hizo llorar, reaccionar y correr más. Después en otros noticieros sí vi todo, por casualidad, vi otra vez cómo se desmoronaron las Torres. La polvareda parecía un huracán que nos perseguía mientras corríamos. En un momento no se vio nada y solo escuchaba los chillidos de otros pidiendo ayuda. Yo corrí más y le dije a Dios que si me había dado una hija no podía llevarme todavía porque al tenerla me había quitado el derecho a morirme hasta que ella pudiera defenderse por sí misma. Después pensé que ahí me moría, como usted, que el huracán de polvo me iba a alcanzar y le rogué a Dios que me diera otra oportunidad para seguir ayudando a mi hija. De verdad creí que iba a morirme ahí. De pronto, como usted con la luz del apartamento, vi a un señor que abrió un cajero electrónico con su tarjeta. Nos metimos como seis ahí hasta que el polvo pasó. Yo no quería salir. Ese

día conocí el pavor pero no me desmayé como muchos en la calle. La tos me ahogaba, sabía que estaba bañada en polvo. Lo sentía en mis labios y en mis ojos. Me fui caminando hasta ese puente que une a Manhattan con Queens. Allí logré montarme con otros en un camión. No supe dónde quedaron mis compañeras. El conductor nos repartió a cada uno. Yo me bajé cerca de donde quedaba la oficina de mi empresa y de allí me llevaron a mi casa. Esa noche me encerré. La gente en Queens salía a las calles, amaneció en las aceras conversando, comentando lo ocurrido, pero yo no quise. Ya era suficiente con las imágenes que llevaba. En mi barrio habían matado a un detective en un robo a una tienda, pero valió huevo frente a la catástrofe, excepto para la familia, imagino. Si yo pudiera me iría de Nueva York. No siento igual esta ciudad y siempre estoy recordando eso. Mi niñita me dice que me vaya para otra parte. Muchos niños perdieron a sus padres allí. Pobrecitos, cómo habrán quedado de confundidos con esa maraña que se le arma a uno en la cabeza, en el corazón, en el alma, en la vida toda, con una cosa de estas. Qué irá a ser de ellos con el trauma si muchos vieron el ataque en televisión, a los papás muriéndose. Un señor que tenía la esposa trabajando en el noventa de la torre norte contaba que su hija se quejaba de que tenía que ver a la mamá morir una y otra vez. Él estaba aprendiendo a manejar el trauma de su hija y el suyo pues ahora sin su esposa se sentía obligado a mantenerse vivo para no dejar huérfana a su hija, como me pasó a mí cuando creí que me moría. Es que tener hijos lo friega a uno. Quedaron muchos huérfanos, más de la mitad de la gente que murió eran padres de familia. En mi terapia había un señor de cincuenta y seis años que perdió a su padre y decía que estaba tan triste y traumatizado como los adolescentes y los niños. Y saber que en otros estados ya ni se acuerdan. Una amiga de Miami me dijo que allá ni siquiera conmemoraron el aniversario.

Es la tragedia de los neoyorquinos, o sea, de todos y de nadie, porque cuando las cosas son de todos, como esta ciudad, realmente no son de nadie. Tal vez usted entienda el sentimiento que yo tengo frente a eso, aunque siempre he creído que nadie podría entenderlo, y eso también lo decían las personas que conocí cuando estuve yendo a las terapias. Uno encuentra las palabras para explicar lo que sintió, pero el que no haya vivido algo así no podrá ni siquiera imaginarlo. Usted que pasó por algo parecido lo sabe.

—¿Estuvo en terapia?

—Claro. Sí no, estaría loca. ¡Cómo se vuelve uno! ¡A usted no le pasa que siempre está pensando en que las cosas pueden salir mal?

—A toda hora. Eso es como un enigma que en vez de curiosidad le da a uno dolor y le ensombrece la vida. Se vuelve uno más pesimista. Nunca se vuelve a ser lo que se era.

—A mí todo el tiempo me atacan los recuerdos. He querido olvidarme, pero no puedo. Hay muchas cosas que le evocan a uno lo ocurrido. Una película, un comentario de la gente. Oír las sirenas de los bomberos o sentir el olor a humo y a gasolina es como estar allí otra vez. Un avión volando bajito me aterroriza, me pone a latir el corazón más fuerte.

—Es como si la vida misma se volviera una trampa porque lo hace recordar. A mí también hay cosas que me despiertan la memoria. Todavía no soy capaz de mirar explosiones de carros en las películas. Así sepa que son ficticias, sé que en la realidad eso pasa. Tampoco soporto ver noticias de atentados. El olor de llantas de carro quemándose me da ganas de vomitar y un susto en el pecho, tengo que contener la respiración. Yo he sentido que cuando esos recuerdos se disparan me obstruyen, como si me desordenaran la vida otra vez. Desde hace ocho años he vivido con una mezcla de ira y tristeza muy difícil de llevar. La llevo conmigo aunque no quiera.

—El orientador de la terapia dijo un día que nosotros antes estábamos en un cocoon, un capullo, y que ahora parece que el capullo ha sido reventado y penetrado y por eso sentimos miedo. Por eso ver las noticias da más estrés. A mí me pone de mal genio, me genera una sensación maluca que me cuesta dominar. Y como yo estaba trabajando cuando pasó eso, tuve que buscarme algo distinto. Uno ya sabe que trabajando se puede morir, eso se le queda a uno en el inconsciente. Mucha gente no pudo volver a trabajar.

—Yo iba a dormir cuando explotó el carro bomba. ¿Será por eso el insomnio?

—Dormir mal se le vuelve a uno normal. Vea, en la terapia había un señor, míster Seaton, que perdió a la mujer que era recepcionista de un piso de la torre norte. Él decía que no había dormido derecho ni una noche desde lo ocurrido. Misis Karen también decía que se despertaba mucho por las noches. Era la esposa de un bombero que murió. Ella decía que por el trabajo de su esposo debía estar preparada para que en cualquier momento le llegara la noticia de su muerte, pero que esto era distinto, que la pena nunca se le iría. Ellos compartían conmigo en la terapia. A veces yo no entendía todo lo que decían. En inglés, imagínese. Pero era suficiente con verles los ojos y los labios para saber lo que llevaban por dentro. Le parecía a uno que ya iban a llorar. Nunca los vi sonriendo. Y eso que ellos no estuvieron allá como yo.

—Pero perdieron a sus seres queridos. Y eso puede ser peor.

—Yo todavía no sé qué será peor, si haber estado allí, haberlo visto o haber perdido a alguien... O qué tal no saber nada, como míster Seaton y misis Karen que no pudieron hablar con sus cónyuges. Los que sí pudieron despedirse se veían más resignados, decían que había sido un momento muy duro pero que conocer lo que pasó les había servido de consuelo porque la verdad duele pero también ayuda a curar y cicatrizar.

—A mí de todos modos me parece horrible saber que un ser querido de uno quedó desintegrado en segundos o que quizá padeció mucho rato.

—Pero, insisto, es más horrible haber estado allá. Yo he tenido que pagar un precio muy alto por eso. Y eso que no miré para atrás. Un oficial de los bomberos que también iba a la terapia decía que vivía atormentado por las imágenes de las heridas tan graves de la gente, que había caras literalmente peladas como máscaras de monstruos, que vio piernas y pedazos de cuerpos y que no podía olvidar la intensidad del calor, que ni aun los bomberos más veteranos habían sentido algo así, que le daba asco comer carne y que cada vez que se la ponían en un plato sentía ganas de vomitar porque recordaba los pedazos de cuerpos mutilados. Eso no es vida.

—Cuando una cosa de estas pasa es como si la vida se le detuviera a uno de un frenazo brusco, como si fuera por una autopista y se le acabara el camino, como en esas calles ciegas que no van a ninguna parte y uno cree que sí, y sin saber o sin querer resulta metido en ellas y entonces no sabe qué hacer, si devolverse del todo o qué. Si hay calles a los lados, por cuál se mete, y si no las hay, qué pereza devolverse hasta encontrar por donde seguir.

—En la terapia la pregunta de casi todos era cuándo la vida volvería a ser normal... ¿Usted nunca fue a la terapia colectiva? Aquí el gobierno nos la dio.

—¿En Colombia? Ay Gladis, ¿se le olvidó cómo es eso allá? Mis papás tuvieron que pelear para que nos dieran quinientos mil pesos de ayuda de la Cruz Roja. Y se demoraron casi un año con el trámite.

—Si no fuera por la terapia quién sabe yo cómo estaría. El trauma hace muchas cosas. Vea, había otro bombero que vivía con tos y se mantenía obsesionado con los pulmones, que sentía como si los tuviera llenos de agua, decía. Yo no sé cómo podrá

sentirse eso. Que primero tuvo resoplidos, luego bronquitis y después empezó a sentir un sucio en la garganta, como una mota de algodón atravesada en la tráquea que le daba la tos, una tos estúpida decía él con rabia cuando no podía pararla. Llegó a pensar en un enfisema o en un cáncer. Él tan solo quería saber qué era lo que le pasaba, pero los exámenes médicos no le daban nada. Ni empeoraba ni mejoraba. A lo mejor nada tenía y era el trauma. Aparentemente las cosas vuelven a la normalidad, pero otras perduran. Incluso nunca sanan.

—Pero al final tienen que curarse. Al menos yo así lo he esperado. Yo sé que el día menos pensado voy a levantarme sin la sensación de desazón que me ha jodido estos años. Y creo que después de haberla escuchado... Hay cosas peores, ¿no?

—La terapeuta decía que los seres humanos nos resistimos al dolor, sea físico o mental, y que es peor cuando es público porque hay que exhibirlo ante extraños y eso es como una humillación, pues sufrir es algo muy íntimo y sin embargo todos se dan cuenta. También nos dijo un día que si bien murieron casi tres mil personas, veinticinco mil fueron rescatadas, que pensáramos en los que se salvaron. Yo pensaba en los muertos de Armero, aunque era distinto pues fue un desastre natural.

—¿Usted ha ido al sitio?

—Fui hace poco, en el aniversario. En la terapia me dijeron que me atreviera. Ésa ha sido la única vez. Y creo que la última. Me sentí muy rara. Pensé en que yo hubiera podido ser uno de los muertos. Ya habían pavimentado pero un viento levantó remolinos de polvo. Se supone que ya no quedan restos ahí después de todos los meses que se gastaron sacándolos, pero aún así yo me sentía pisando un cementerio. Por eso me pareció una ofensa que alrededor hubiera ventas de souvenir como si fuera una atracción turística. Imagínese, haciendo dinero con el dolor ajeno. Y estaban

transmitiendo. Aquí todo se ve por televisión y puede pasar lo que usted quiera. Había mucha gente, pero seguramente el año entrante habrá menos. Menos dolientes con flores llorando y más turistas tomando fotos, claro. La mayoría de los que asistieron es porque no tuvieron restos para enterrar. Las autoridades les ofrecieron a esas familias urnas con polvo del sitio cuando dieron por terminado el rescate de cuerpos. Míster Tom, que también iba conmigo a la terapia, se negó a recibirlas que porque las cenizas de su hijo estaban mezcladas con las de los terroristas. Yo fui a la iglesia después porque sentí que aquello no había tenido nada de religioso y porque quedé muy triste. Creo que volví a dejar un pedazo mío allá. Al fin y al cabo ahí todos perdimos algo. Yo no siento necesidad de ir, nada tengo que buscar allá, todo lo llevo adentro, pero hay otros que sí frecuentan el sitio. A mi lado había una señora que era la mamá de una muchacha que trabajaba en la torre sur. Esa señora ha ido cien veces, que porque siente que su hija está ahí, que desde ese día no puede concentrarse en las cosas y tuvo que jubilarse. Lloró como una Magdalena. Sería mejor que llevara a la hija en su corazón para no tener que torturarse de esa manera. Es que a la gente le pasan cosas muy locas. Mire, la esposa del bombero, misis Karen, solo después de ir al aniversario fue capaz de sacar del closet la ropa de él. Yo tengo todos los recortes del *New York Times* sobre el primer aniversario. Si quiere se los presto. Los de hace un año, los del atentado no los guardé. Qué cabeza iba a tener para eso. Además, lo que menos le interesa a uno es que le hablen de la tragedia.

—A mí me pasó igual. Nunca quise mirar los informes de los diarios en mi país. Apenas los vi hoy.

—¿Hoy?

—Por casualidad.

—Eso puede ser como una terapia.

—Creo que la terapia ha sido hablar con usted. Y conste que no me alegra lo que ocurrió aquí, menos que le haya pasado a usted.

—Yo llegaba a mi casa a anotar las cosas más importantes que nos decían para que no se me olvidaran. Me compré un cuaderno para eso. A veces las leo. No me importa recitarlas, si me las tengo que grabar para curarme, lo hago. Yo tengo que curarme de todos los miedos que me quedaron, tengo que estar muy bien para mi hija, para el día en que podamos vivir juntas. La primera parte fue muy difícil, sobre todo porque me quedé sin trabajo. Imagínese, uno sin plata y sintiéndose enfermo. Porque yo me sentía enferma. No me dolía nada físico, pero me levantaba sin ganas de nada, era un desgano por todo, llegué a desear morirme, y sabiendo que tengo una hija. Hasta que un día, no supe cómo, reaccioné. Ya estoy un poco más tranquila pero todavía voy a las terapias. No me da tanto miedo salir a la calle o montar en los trenes como antes. Trabajo en este edificio y veo la vida de una manera distinta desde entonces. ¿Usted no?

—No sé. Tal vez sí.

—¿Qué hora es? Creo que es mejor que me vaya.

Violeta da la última pasada al poyo de la cocina, enjuaga nuevamente el limpión, lo escurre y lo extiende en el borde del lavaplatos. Luego se desamarra el delantal, se lo quita, lo cuelga en el perchero detrás de la nevera y se va para la sala, donde se estira en el sofá y queda con los ojos en el techo. Al reflexionar por un rato en el episodio de las Torres Gemelas del World Trade Center piensa en los hambrientos de África, en los desplazados de su país y los millones de refugiados del mundo, en los chechenos, en el salvajismo de la civilización del siglo XX que recién queda atrás pero que ha pasado al XXI con mayor brutalidad, y vuelve a recordar la frase de John Reed “Átomo en este mundo de oscuridad y noche, me encuentro

solo”. Después sus pensamientos la llevan a caer en la cuenta de las pocas veces en la vida en que ella, esclava de un salario, ha tenido tiempo, como de niña en Campoalegre, para mirar un techo, por ejemplo, sin tener que preocuparse por hacer nada más, excepto verse a sí misma y hacer con su tiempo lo que le venga en gana. Que lo recuerde, es la primera vez que experimenta la sensación de liviandad que tiene en este momento. Curioso, luego de esa conversada con Gladis. Quizá como el viaje que está a punto de concluir, está por cerrarse el viaje hacia ella misma. ¿Para qué ha servido todo esto?, se pregunta. No para la imposible recuperación del tiempo perdido, pero sí para evitar que se pierda el tiempo por venir, para realizar el hallazgo de lo desconocido por inexplorado y para haber dejado esa oficina absurda, replantear su vida, tomar las decisiones que no había sido capaz de tomar.

Sus ideas y cavilaciones la persiguen a la bañera, a donde se mete por un buen rato antes de acostarse. Aprovechará la soledad en que la han dejado Marcelo y José Luis esta noche en que han ido al cine y ella pudo sacarles el cuerpo con la disculpa de la visita de Gladis. “Desde que llegué me dijiste que me serviría hablar con ella. En esto me voy y no lo he hecho. Hace rato la estoy amenazando con ese café. Ya la invité”, contestó Violeta y eso fue suficiente.

En la bañera continúa en su ensimismamiento y reconcentramiento, abstracción, reflexión y meditación, rumiadera y pensadera, con sus elucubraciones y discurrirres. Cuando echa el cerrojo a la puerta del baño se queda pensando en por qué lo hace. Qué necesidad hay si abajo está un portero que vigila, si la puerta del apartamento permanece cerrada y esto no es Medellín, la ciudad insegura, ni Colombia, el país de la desconfianza. Cierra los ojos para hundirse en el agua y sentir su tibieza. Sale a flote la escena de *Psicosis* que tanto la impactó y que desde los veinte años le dejó la costumbre de

trancar las puertas, por si acaso. La manía no es culpa de ella sino de Alfred Hitchcock por haber asesinado a Marion Crane mientras se duchaba en Bates Motel. Ella, Violeta, en realidad creyó ver el cuchillo de cocina entrando en el cuerpo de Janet Leigh, su intimidad desnuda a través de la cortina opaca, así como el reguero rojo, aunque la sangre se veía en un discreto blanco y negro. Después de esa escena, ¿cómo poder asumir igual el acto de bañarse y más si se está solo en un lugar que no es la propia casa? Por eso, desde esa escena cuya evocación la hace sonreír allí metida en la bañera que rebosa espuma, Violeta recuerda los precarios cuartos y baños de los hotelitos pueblerinos durante su época de periodista donde echaba llave, cerrojo y cadena a las puertas. Era azaroso el momento de la ducha, tan esperado en las ardientes localidades del Magdalena Medio colombiano con los días enteros para arriba y para abajo, sudando, batallando por la información ante militares y víctimas, los primeros evadiendo la verdad con su silencio y las segundas atrapadas en la mudez del miedo. Por culpa de la película, el momento de la ducha en esos hotelitos despertaba más temores que ir en chalupa por el río con la amenaza de encontrarse de repente en mitad del fuego entre guerrilleros y soldados. A Hitchcock no le importó el argumento ni los personajes sino contar la historia de tal manera que hiciera gritar al público, por eso no tuvo hígados para matar a la protagonista antes de la mitad de la película, se gastó siete días de rodaje y setenta posiciones de cámara en esos cuarenta y cinco segundos de escena y, para rematar, abusó de tal manera del violín que Violeta le cogió pereza al sonido del pobre instrumento. ¿Sería ella capaz de matar al protagonista de una obra suya? Tal vez no. Sería como suicidarse. Por otro lado, en cualquier obra de ficción inspirada en la realidad colombiana la muerte existe porque sí. No es necesario inventarla.

¿Qué sentido tiene ponerse a recordar la escena de una película, y más la de Marion Crane? Ninguno, pero es lo que le viene a la mente mientras se baña, unos pensamientos ociosos como casi nunca los tiene. Parece que su memoria empezara a liberarse de las escenas de muerte de la vida personal gracias a la evocación de la muerte atroz, pero ficticia, de una película que no tiene nada que ver con ella ni con su país.

Esa noche, antes de acostarse, escribe en la pantalla del computador “Átomo en este mundo de atrocidad y crimen, me encuentro viva” y por primera vez en mucho tiempo se queda dormida en cuanto su cabeza toca la almohada.

A la mañana siguiente, con un email de Eva Muñoz, le llega a Violeta un nuevo motivo para desvelarse, por la propuesta que le hace ella de tomar sus clases en la Universidad. La parte donde Eva hace su oferta dice.

... me harías un honor mi alumna estrella y sobre todo me harías muy feliz. Yo te asesoraré en lo que necesites. Ya estoy separando mis cuadernos de notas, me dará mucho gusto regalártelos, todas las clases están ahí. Piénsalo. Sé que has sido reticente a enseñar, pero por favor, no te cierres, dame gusto. Creerás que soy egoísta. Sin embargo, soy sincera cuando te digo que me he sentido inmensamente gratificada estos años, a pesar de que me voy decepcionada. Dura, sí, mucho, pero la educación da un sentido diferente al trabajo y a la larga es lo que debe considerarse. Sé que te gustará. Imagino que harán una convocatoria para llenar la plaza que dejo, pero es un proceso que lleva tiempo. Al menos acéptame una cátedra para que vayas conociendo cómo es la docencia y te vayas entrenando. Siempre quise tenerte en el área de periodismo. No importa que ello ocurra cuando ya no estaré. Sé que odias sentirte presionada, pero decídetelo pronto. Ya están haciendo la programación para el próximo semestre. Una posi-

bilidad de trabajo siempre es una esperanza. Piensa en que tendrás algo para hacer cuando regreses. Ya se te van a cumplir los dos meses que te dieron y muy claro dijiste que como ilegal nunca te quedarías después de conocer las peripecias por las que pasó tu tía Margó; claro que en el caso de ella todo fue por amor y como ya lo hemos conversado, por el amor se vale lo que sea. Pero si no es por eso, tampoco te recomiendo la ilegalidad. No te mereces una vida a escondidas. Es una humillación a la que no tienes necesidad de exponerte.

Puede que una posibilidad de trabajo sea una esperanza, pero también un dilema. Por lo menos para Violeta. La propuesta de Eva la pone entre la espada y la pared en vez de despejarle el camino. “¿Enseñar? ¿Cómo que enseñar? No faltaría más. Por la última”, se dice.

—¿Qué sentido tiene ir donde los amish?

—Marcelo está loco por conocerlos y hace meses se lo prometí. Ya te lo expliqué.

—Y yo varias veces te dije que necesito ir a Boston. Mira.

José Luis recibe la hoja que Violeta le extiende con los datos sacados de un sitio web. Lee “Emily Dickinson House, Town of Amherst, National Historic Landmark, MA, 280 Main St., open March to December, 413-542-8161, call before. Sept-Oct 1-4 p.m. Wednesday to Saturday, Garden open daily 10 a.m. -5 p.m. Reservations for free tour are recommended”.

—¡Ja!, había que reservar el tour. ¿Leíste bien? ¿Llamaste?

—No señor, si uno quiere lo reserva, pero no es estrictamente necesario. Vamos allá José ¿sí?

—¿Y qué hago con Marcelo?

—¿Te importa más él, que vive aquí, que yo que me voy en una semana?

—También lo hago por ti, y por mí. Me gustaría conocer esas comunidades. ¿No te parece muy interesante? Ya verás que

te gustará y que la de hoy será una experiencia para recordar. Lleva la cámara.

—¿Y entonces qué hago con Emily Dickinson?

—Misis Emily puede seguir esperando. Su casa está ahí desde el siglo diecinueve ¿no? El año entrante cuando vuelvas podemos ir.

—Ya no sé si voy a volver. Y me urge ir allá.

—Cómo exageras. ¿Qué urgente puede ser ir a ver la casa de un escritor muerto?, excepto satisfacer un capricho.

—Como haces tú con Marcelo llevándonos a Pensilvania. A los amish puedes verlos en películas. Hace poco vi en la televisión unos jóvenes de ellos que estaban participando en un reality.

—No es lo mismo una película que la vida real.

—Por lo mismo tampoco es igual leer a Emily Dickinson y ver su casa en fotos que estar donde ella vivió y caminar por los jardines por los que ella anduvo y que le inspiraron su obra.

—Si seguimos hablando nunca vamos a ponernos de acuerdo. Tú tienes tus razones y yo las mías. Aunque si quieres te doy otras. No me motiva ir a ver la casa de esa señora y nunca te prometí llevarte, fue una idea, un anhelo tuyo, pero yo nunca dije que sí.

José Luis se pone la mano derecha en el corazón, levanta la izquierda con la palma de cara hacia Violeta y agrega en tono solemne:

—Ahora sí, me comprometo formalmente, te juro Violeta Sánchez, por mi madre, que la próxima vez que vengas te llevo, porque vas a volver, eh, te lo prometo y lo cumpliré.

José Luis baja la mano izquierda, se quita la derecha del pecho, toma a su hermana por los hombros y la mira a los ojos.

—Pero ya deja de ponerme problema, ¿sí?, no te amargues por esa bobada, pareces una niña. Duérmete que mañana quisiera salir temprano, detesto manejar de noche, cuando precisamente uno está cansado.

Después de la conversación Violeta se sienta ante el computador. Lleva tres días pensando una respuesta para Eva. Es justo contestar su oferta. Aunque José Luis tiene la intención de regresar temprano, en los viajes nunca se sabe lo que puede pasar. “O a lo mejor mañana llego sin ganas de escribirle lo que ya tengo claro”, se dice Violeta. Con facilidad sus palabras van apareciendo en la pantalla y quedando grabadas en la memoria del computador.

Hola querida Eva.

Sabes que la experiencia de Campoalegre transformó mi vida. Desde entonces perdí el control de ella. Ahora que lo he recuperado sería absurdo dejarla gobernar nuevamente por las circunstancias, las sugerencias de los otros o las convenciones sociales. Cuando renuncié al oficio para el que nací me dejé llevar por las amenazas de la mafia, mis papás y la idea de que el periodismo, con su voracidad, podía convertir las intenciones de ser escritor en mero recuerdo de los anhelos juveniles. Cuando me volví asalariada y traicioné la independencia que tanto iba conmigo, como tú decías, otra vez influyó mi familia. Después, la explosión me metió la idea de que los seres humanos jamás tenemos el control de nada, idea de la que este año recibí una nueva prueba con la salida de la agencia. Sin embargo, y a pesar de los intentos fallidos, no he renunciado a ser dueña de mi vida. Por eso me vine para acá, a ver si al menos en un terreno neutral es posible, lejos de la madre verdadera y de la madre patria. Aquí, en un país donde la felicidad y el bienestar se asocian a lo material, justamente entiendo que debo abandonar las cosas que no me sirven. También me doy cuenta de que este no es el lugar donde quiero estar, aunque tampoco lo es Colombia ni

Medellín; tal vez no haya lugar ideal para vivir si en uno mismo habita la insatisfacción. Es extraño, la insatisfacción continúa siendo de mi naturaleza, pero al mismo tiempo siento que cada vez andan menos conmigo la impotencia, la indefensión, el agobio y ese desalentador aburrimiento que me quitaba decisión. He empezado a sentir que no choco con el mundo, a dejar de creer que este tiene algo en mi contra; intento parar la pelea por lo que me ha dado, aprendo a encarar lo que tengo y lo que soy, así mi rebeldía siga sin aceptarlo del todo. Ha parecido una huída, pero lo que he hecho es buscar soluciones. Empiezo a sentir que mi vida se mueve, que no está paralizada ni ha retrocedido. Tampoco son tantas las emociones que albergo, ya pienso que ni siquiera me amenazan, y trato de evitar que me manejen, así no las entienda y continúen apareciendo mezcladas a veces. Me siento menos pesada. Tengo algunas cosas claras. Antes no tenía ninguna, todo era negrura como en las escaleras el día del incendio, como en las noches de Campoalegre sin luz eléctrica. Tengo más o menos ordenadas las ideas y una historia en la que creo y que por el momento me libra en parte de responsabilidad. Puedo lograr una apreciación más objetiva de los hechos, así para mí, al igual que para ti, la objetividad sea solo una palabra. Puedo respirar profundo y pausado, darme un baño sin preocuparme por los minutos que corren, escuchar tan solo música y percibir las cosas tal como son. Ya puedo escuchar mi corazón cuando cierro los ojos, y seguiré escuchando sus dictados, no solo sus latidos. Aunque las preguntas siguen brotando, ya tengo algunas de las respuestas que venía pidiendo, que necesitaba y por las que he esperado años, y

confío en que mi vida, congelada, estancada, empezará a actuar de nuevo y de una manera distinta. Me ha sido útil pensar en cómo hice para sobreponerme a lo de Campoalegre sin haber hecho este tipo de reflexiones. Mira cuán benéfica puede ser la distancia. Nada sucede por casualidad. Como me dijiste un día, todo es una cadena donde uno es el eslabón más frágil. Ya entendí lo que me dijo José el día en que llegué, puedo reconocer que es dañino el racionalismo excesivo. Dejaré de buscar explicación a todo pues intuyo que algunas cosas solo tienen lugar en mi cabeza y que otras apenas son sensaciones o sentimientos que no vale la pena tratar de esclarecer, así las perciba con suma profundidad, con todo el cuerpo y el corazón como suelo sentir yo, inevitablemente. Por años he habitado sin asentar los pies en la tierra, como si siguiera encaramada en el palo de mangos de Campoalegre, yendo en los brazos de Iris con mis pies enfermos o fuera un pájaro que aterriza en un cable de la energía. Cuando llegué aquí todavía me sentía como flotando; así mis pasos golpearan duro el pavimento o la grama al trotar en el parque, yo aún no me sentía pisando firme. Pero hoy sí. Empiezo a dejar de diluirme en mí misma, de mirarme, y a mirar el mundo. Ya no soy el centro y sin embargo me vuelvo el centro. Ya no tengo que huir de nada, ya entendí que la muerte te busca en el rincón donde estés, como en *Samarkanda*. Yo no vine huyendo de la pobreza como le pasa a muchos inmigrantes. He huido de algo más vergonzoso como es estar matándose unos contra otros sin ningún control y con la venia del gobierno incluida. Pero aun con nuestro paisito de muerte, nuestro paisito de los diminutivos, las servilleticas partidas y el agua en

bolsita plástica, regreso a él. Tal vez la salida que encuentro no sea la que buscaba, pero por lo menos ya la decidí. Volveré a Colombia, el país que unas veces parece un sueño, como lo ha sido mi vida, otras un enorme cementerio, como el que quedó aquí en el hueco de las Torres Gemelas, y en todo momento un recuerdo que duele, como en el corazón de los inmigrantes que no se reconocen en nuestros millones de desplazados. Volveré a la Colombia desmemoriada como los viejitos, que borra con prontitud las grandes infamias, que encara el conflicto y el miedo dando la espalda, que lleva años practicando el olvido como terapia, como lo he querido hacer yo, infructuosamente, porque es evasión deshonrosa y significa tolerar lo ocurrido. Volveré a Colombia aunque allí las posibilidades de elegir sean escasas y lo normal es que no haya elección y se tenga que vivir lo que toca porque no hay otra opción, aunque sean muy pocas las cosas buenas que poseo allá, como tu amistad y la voz sosegada y envejecida de mi mamá; aquí me he percatado de cómo suena su voz a través del teléfono, de los años que lleva encima y de que es un privilegio tenerla viva –como lo fue haber tenido el padre que tuve–, pero que puedo perderla también en cualquier momento, como a Iris. ¿Qué necesidad tengo de privarme del amor de ella y el de mis otros hermanos si ya una vez me los quitaron? Dicen que la felicidad es la libertad para hacer algo y escoger. Realmente pesan más mis circunstancias en este momento, me regreso un tanto obligada por ellas; si por mí fuera me quedaría aquí, percibo un ambiente menos enrarecido, siento que esto se adapta más a lo que yo soy y pienso, que este mundo, así sea criticable, está más hecho a mi medida que el

lugar donde tal vez equivocadamente nací. Por eso, para lograr un punto medio, regreso, pero no a lo que era, la mujer perdida como la protagonista de *El cielo protector* de Paul Bowles. ¿Recuerdas la escena final de *Refugio para el amor*, la película de Bertolucci que tanto nos conmovió? Regreso para cumplir con la tarea de escribir que me he propuesto, algo para lo cual, a la larga, sea más importante la voluntad que el lugar. En cuanto a ganarme la vida, evitaré trabajar como asalariada, menos en agencias de publicidad, oficinas de relaciones públicas o departamentos de comunicación. Y en cuanto a enseñar... creo que también. No estoy segura de querer ser profesora, nunca lo había contemplado, y aún me queda más difícil planteármelo después del motivo de tu retiro. ¿Desearías que me pasara algo por el estilo, exponerme a la crueldad de un estudiante irresponsable e inmaduro? Es algo que debo pensar más. Esperemos a que esté allá. Si deseas lo hablamos personalmente, aunque la próxima vez que te vea quisiera que conversáramos sobre todo de la historia de Campoalegre que te estoy adjuntando para que me des tus críticas y yo pueda hacerle la última corrección. “Dejó una mariposa su capullo” es el título, y no es original, lo leí en un poema de Emily Dickinson, no recuerdo cuál, pero lo llevo grabado en la memoria desde hace más de veinte años. Por eso debo ir a su casa en Boston, para hacerle una reverencia y pedirle prestado el título. Fíjate, ella es un ejemplo de que no es necesario estarse moviendo ni ir muy lejos. En casi cuarenta años, desde los diecisiete hasta los cincuenta y seis, cuando murió, no salió más de tres veces de su pueblo y, sin embargo, creó un mundo nuevo para la poesía. En fin. Ya tendremos tiempo

de hablar de todo esto. Por ahora, te dejo. Cuídate y dale saludos a don Leo. Me alegro que ahora él esté tan cerca de ti. Te quiero mucho Eva mía. Violeta.

P. D. Ayer sentí vergüenza al leer en el *New York Times* (¡qué periódico tan bueno!) la historia de una periodista libanesa que perdió la mano izquierda y el pie derecho en un atentado; en la foto aparecía en silla de ruedas y lucía sonriente, sinceramente sonriente, con su elegante vestido sastre, su pelo cepillado y su cara maquillada. Yo apenas tengo unas cicatrices que escasamente se notan, que se perciben como manchas, y llevo años lamentándome de ellas.

Luego de enviar el correo Violeta se pone a trabajar en la transcripción de las cartas que ha seleccionado. Desea ubicarlas cuanto antes en la historia de Campoalegre. Aunque es un poco tarde no se va a la cama como le recomendó su hermano. La idea del paseo al día siguiente le enreda las ganas de dormir. Antes que lidiar con un potencial insomnio, prefiere seguir pegada del teclado.

En las cartas ya había señalado algunas partes tras ordenarlas por autor. Hay cartas de todos, incluso de ella misma. Se las entregó la mamá al cabo de los años, un día en que arreglaba cajones y botaba papeles viejos.

Los fragmentos que Violeta transcribe esa noche quedan así:

De papá:

Hija mía: debes esperar a que nazca el bebé y a que la mamá pase la dieta que son cuarenta días, o sea, hasta finales de abril. Con seguridad para los quince de Brenda iré por ti. Yo estoy bien, extrañándote. Te quiere mucho, tu papá.

Hija mía: el bebé ya nació, pero prematuro, o sea, antes de tiempo. Además, tiene Síndrome de Down,

una cosa que no es normal. Tendrás que esperar un poco más. Te quiere mucho, tu papá.

Hija mía: la mamá ya terminó la dieta pero sigue muy afligida y enfermosa, o sea, no puedo ir por ti todavía. Si todo mejora, para tu cumpleaños, en junio, te traeré a casa de nuevo, pero es la mamá la que debe decidir. Te quiere mucho Fonso, tu papá.

Telegrama: Felicítote cumpleaños. Perdona. Imposible cumplir promesa traerte. Mamá sigue regular. Cancelamos fiesta Brenda. Pronto habrá sorpresa grandísima. Mándote muchos besos. Papá.

Hija mía: recuerda que les tengo prohibido masticar chicle, daña los dientes, cómo voy a pagarles la dentistería a todos. La mamá te manda decir que te quiere mucho y que cuando vuelvas te llevará a ver *Oliver*, una película que estrenaron en Estados Unidos, es sobre un niño huérfano y pronto llegará a Medellín. Te quiere y abraza, tu papá.

De Rubén:

Hola Violeta. Estuvimos viendo los aviones en el Olaya Herrera. Me gustaría ser piloto. A mi papá no le choca la idea, pero mi mamá dice que dejemos de soñar que eso vale mucho y que piense en otra cosa. Este año terminé y todavía no sé qué voy a hacer. Quiero trabajar. Qué pereza estudiar. Tu hermano el mayor.

Hola Violeta. Voy a conocer el mar. Vamos a hacer una excursión a Cartagena por la terminada del bachillerato. Ya vendí las treinta boletas que me tocaron de la rifa. Hemos recogido buena plata. Ya tenemos para el bus y el chofer que vamos a contratar. Todavía nos falta para el hotel y la comida. El profe Elías es el más animado. Te saluda, tu hermano el mayor.

Hola Violeta. Mi papá nos dejó hacer un baile aquí para recoger fondos para la excursión. Don Bernardo nos prestó la radiola. Vino bastante gente e hicimos buena plata. Julián se estaba tomando el vino de cerezas que conseguimos para vender. Lo pillamos pegado de la botella detrás de la nevera. Se salvó de la pela porque vomitó mucho. Pobrecito. Claro que el regañado fui yo por no ponerle cuidado. Yo era el responsable del baile. Te saluda, tu hermano el mayor.

De Brenda:

Hola hermanita menor: Jorge me regaló *Samba pa'ti*, un disco de 75 revoluciones. Ojalá mi papá sí nos compre la radiola para poderlo oír. Estoy aburrida en el colegio. Creo que voy a perder el año. Mi mamá no sabe todavía. Mi papá habló con la profesora y está muy bravo. Me gusta más leer las novelas de la biblioteca de Fabritelas. A mí me da mucha pereza escribir cartas pero hago el intento por vos. Es mejor leer lo que ya está escrito que inventarse cosas nuevas. Tu hermana mayor.

Hola hermanita menor: cumplí los quince. Mi papá no me dio regalo porque va a comprar la radiola, pero me dio plata para que comprara el disco que yo quisiera. Todavía no sé cuál conseguir. Jorge me regaló un librito con el significado de los nombres. El tuyo no lo encontré, el mío tampoco. Valiente regalo. Claro que vos sabés que tu nombre es el de una flor muy bonita. Pero el mío todavía no sé de dónde habrá salido. Mamá Rosita dice que de una radionovela. Tal vez por eso me gusta leer novelas. Tu hermana mayor.

Hola hermanita menor: Julián me pilló conversando sin permiso con Jorge. Desde eso me tiene azotada.

Cada que estamos comiendo me da una patada por debajo de la mesa y me dice Jorgiván y tengo que entregarle mi carne. Mi papá y mi mamá no se la han pillado. Creen que le cogí pereza a la carne. Mi papá me echa cantaleta porque no como la proteína. Mi mamá dice que me deje tranquila, que son cosas de la edad, que estoy volviéndome mujer. Y que Teresa también. Tu hermana. La mayor, Rubén dice que se pone así, La mayor.

De Tere:

Querida Tica: mi mamá está en la clínica trayendo el bebé y doña Mercedes nos está cuidando. El otro día se le olvidó levantar la tapa del sanitario y se orinó en la falda. Se enojó porque Julián le echó en la caneca del agua limpia la ropa enjabonada que tenía asoleando en el patio. Lo persiguió por la casa. Él se encaramó en los muebles de la sala, corrió por las camas y las mesas. Volvió todo nada pero no quebró ni una porcelana. Ella le gritaba que era un demonio y que cuándo será que mi mamá sale de la clínica. Después se encerró en el baño y se puso a llorar. Al rato salió. Tenía la falda toda mojada y se tuvo que poner a lavar el inodoro. Tú estás allá más tranquila. Cuídate hermanita mía. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: se murió doña Encarna. La vi en la caja, pero la enterraron con el mismo pañolón negro. Nos quedamos sin saber cómo tenía el pelo. Ni un mechón se le veía. La cara la tenía más blanca. Era pecosa en las manos. Isabel lloró todo el rato que estuvimos en el velorio. Mi mamá dijo que ahora ella sí va a poder conseguir novio y casarse. Pero mi papá dijo que ya se quedó solterona. Ahora la más viejita del barrio es la abuelita de las Orozco. Doña

Encarna tenía las manos juntas en el pecho como dijiste que se las pusieron al tío. Por eso es mejor no volver a dormir así. ¿Sí te estás cuidando? Saludos a Iris. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: ya empecé la acuarela en el curso de los sábados en la casa cultural de la fábrica. Mi papá me prometió que en las vacaciones me pagará un curso de pintura en Bellas Artes. Yo quisiera volver a trabajar este diciembre bordando las palomitas en las blusitas de los bebés. A Rubén quién sabe si lo colocan en el almacén después de que se puso a vender billetes del sorteo extraordinario de Navidad por debajo de cuerda. Ahora me toca ayudarle mucho a mi mamá con el bebé. Brenda es muy perezosa y solo le gusta cargarlo, arrullarlo y verlo dormido. Se hace la boba con los oficios y siempre me toca hacerlos a mí. ¿Cómo está Iris? Cuídate hermanita mía. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: me estrené un vestido de manga ancha el día del baile que papá le dejó hacer a Rubén. Pasamos muy bueno hasta que Brenda la embarró. Papá dijo que va a comprar una radiola, que si nos manejamos bien nos dejará hacer bailes en la casa con amigos. Estamos con los preparativos de la primera comunión de Julián que es el mismo día del bautizo del bebé. Será como la despedida de la casa que dejamos. Cuídate hermanita mía. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: el sábado nos dejaron ir al baile de los quince de Estela. Era de maxifalda y mamá Rosita nos hizo los vestidos con unas telas brillantes que tenía guardadas. Moradita clara con grabaditos de flores la mía, verdecita la de Brenda. Nos tomaron fotos bajando por las escaleras antes de salir de la casa. Nos peinaron en la peluquería con enredo y

laca. Al otro día Brenda y yo tuvimos que ayudarnos para poder desbaratar esos peinados. Me cansaron mucho los zapatos altos, pero estoy contenta sabiendo que ya tengo unos pues se siente uno grande. Son de plataforma, a la moda. Mi papá los mandó a hacer especialmente en el taller. Cuídate hermanita mía. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: ya nos vamos a pasar para la nueva casa. Yo dije que te esperaríamos pero mi mamá dijo que no se puede, que necesitamos acomodarnos antes de que ustedes vengan. Tus cositas te las empaqué bien, no te confundas, nada les pasará. Te tocará dormir en una cama muy linda con nochero y escaparate que serán tuyos no más. El carpintero ya trajo el juego. Es estilo Luis XV. Ya no volveremos a dormir juntas pero tendrás una pieza para vos solita. Le separamos otra a Iris. Cuídate hermanita mía. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

Querida Tica: Julián ya hizo la primera comunión. No quería fiesta sino que le dieran una bicicleta. Pero es tan de buenas que le hicieron la fiesta y la tía Margó y mamá Rosita le dieron la bici. El bebé está cada día más gordo y con los ojitos más brotaditos pero se ríe mucho. Mamá no deja que digamos que es anormal. Dice que va a ser muy grande y fuerte. Ha crecido nueve centímetros. No te va a tocar conocerlo chiquitico. Yo lo estoy cuidando mucho. Cuidate vos. Te escribió tu hermana que te extraña siempre, sobre todo por las noches. Atentamente, María Teresa Sánchez R.

De José:

Pecosita linda: en el colegio nos llevaron a conocer la Biblioteca Pública Piloto. Es más grande y tiene más libros que la de la fábrica. También hacen con-

ciertos y obras de teatro. Voy a sacar el carné para prestar libros. Canté dos canciones con la guitarra de Tomás el día del baile. Me dio susto, se me fueron dos gallos. Un besito. José.

Pecosita de mi corazón: a Brenda le regalaron un disco pequeñito con dos canciones, de un señor Santana. Cuando lo pusieron ahí mismo todos se quedaron callados y después empezaron a sacar parejas y a bailar amacizados. Yo no. Me gustó mucho esa música. Un besito. José.

Pecosita hermosa: voy a reemplazar a Rubén de acólito en la iglesia. El padre Pérez se dio cuenta de que ya está fumando y le dijo que no volviera y que mandara a uno de los hermanos menores. No me gusta ponerme esa bata y sentarme como una estatua al lado del cura en el sermón. Tampoco llevarle las jarritas y tocar la campanita, pero me quiero ganar al padre Pérez. Es muy resabiado. A ver si por fin me acepta en el coro. Voy a hacerme amigo del organista para que me enseñe a tocar ese aparato. Un besito. José.

Pecosita mía: fui a ver el festival de música de Fabritelas. Las boletas las repartieron gratis. Mi mamá me acompañó a hacer la fila. Vino un grupo de Nueva York y yo lo vi. Era una música antigua muy sublime. Esa palabra me gusta y así decía en el folleto. Mientras veía a los músicos pensaba en que yo algún día seré como ellos. A lo mejor llegaré a ir a Nueva York, como me ha dicho mi madrina. Y tú me harás la visita. Yo quisiera hacértela ahora, pero mi mamá dice que a Campoalegre no vamos a volver. Qué pesar con lo tranquilo que es todo allá. Un besito. José.

Pecosita del alma: mi mamá y yo fuimos a otro concierto en la casa cultural de Fabritelas. Era un

barítono de Bogotá. Trajeron libros nuevos a la Biblioteca. Brenda prestó uno llamado *Cien años de soledad*. Yo lo voy a leer apenas termine la historia de Bach. Es un músico. Aunque es una novela y a mí no me gustan me llama la atención ese título. Espero que vengas rápido. Un besito. José.

De Julián:

A mi hermanita: ya trajeron al bebé, está en una pieza oscura, le ponen lámparas como a los pollitos, mi mamá dijo que ya casi pesa tres libras, ella siempre se lava las manos antes de cogerlo, no lo deja tocar, lo vemos desde la puerta, nos tenemos que tapar la boca y la nariz con una máscara, mi mamá llora como cuando se murió el tío y nos hace dar ganas de llorar a todos. ¿Ya la vaca tuvo el ternero? En el colegio me mandaron a diseccionar un sapo, lo cociné en un tarro en la estufa y mi mamá me regañó, olía muy maluco, Tere se vomitó pero el esqueleto quedó muy bonito, mi papá me ayudó a armarlo y saqué cinco, mamá Rosita dijo que ahí estaba pintado mi papá, que ella no le ayudaría a un hijo de ella a hacer una tarea así, me regañaron en el colegio porque hice mal la tarea sobre la conquista, puse que los misioneros eran muy malos y los indios muy buenos. Te escribió tu hermanito Julián que te quiere.

A mi hermanita: me estrené las gafas. Me asusté cuando me las puse, las cosas eran distintas, ya no eran como las conocía, todo me parece más brillante y está menos lejos de mí, por ejemplo las estrellas, la luna ya no la veo como una mota de algodón, la noche no es tan oscura, es como si mi papá hubiera puesto bombillos nuevos en toda la casa, ya no me arden los ojos ni los tengo colorados,

tampoco me duele la cabeza, en el colegio Pepe fue el único que me dijo que me quedan bien, los otros se burlaron y por eso no se las dejé medir, cuando vengas te las dejo poner. Ya mis dientes están más grandes y puedo hacer la primera comunión, ya no se me ve el hueco cuando me río y le di las gracias al ratón Pérez. Ya mi mamá empezó a sacar al bebé de la pieza, pero cobijado, lo lleva pegadito al corazón, mi papá ya lo carga, dijo que con el calor de su cuerpo lo ayudará a salir adelante. Tu hermanito Julián que te extraña.

A mi hermanita: mi papá dejó que los grandes hicieran un baile aquí, trajeron la radiola de don Bernardo y discos, mi mamá no quería por el luto, mi papá dijo que por eso mismo tenían que alegrar la casa, mamá Rosita y Margó se enojaron, ojalá se contenten ligero para que vengan a mi primera comunión, ellas dan regalos muy buenos. Jorge le regaló un disco a Brenda y lo bailaron en la sala, mi papá estaba muy contento, sacó a bailar a mi mamá, también bailó apretándose a ella. Don Agustín llamó a la policía porque habían cerrado la calle para jugar el fútbol, todos corrieron a meterse donde primero pudieron, Rubén no pudo, se lo llevaron con otros dos y la policía los botó lejos, no tenían plata y les tocó caminar dos horas para llegar a la casa, mi mamá dijo que no más eso de cerrar la calle, mi papá que don Agustín es muy malgeniado. Tu hermanito que te quiere.

A mi hermanita: Brenda consiguió novio y me toca cuidarlos cuando viene a visitarla, conversan en la puerta los sábados porque mi papá le dio permiso pero no puede entrar a la sala todavía, mi papá dijo que depende de cómo se maneje, y a mí me ponen a jugar afuera en la manga para que los mire con

disimulo, el otro día él le cogió la mano y le tocó la cara, Brenda me ofreció dos pesos para que no contara, yo debo cumplir la tarea que me pusieron, pero no me gusta ser ponequejas y quiero comprar el álbum, creo que voy a recibir la plata porque si cuento con seguridad le quitan el permiso a Brenda y desde que se lo dieron no me ha vuelto a dar pellizcos y me trae bombones de coco del liceo. Tu hermanito Julián que te extraña.

A mi hermanita: Rubén y Tere le hicieron el almuerzo a mi mamá el día de las madres, Brenda la maquilló y quedó muy distinta, José le cantó una canción, yo le entregué el cofre de masa de cartón que nos pusieron a hacer este año, mi mamá estaba esperando la lavadora, pasó aburrida pero se estrenó el vestido y los zapatos y la cartera que le trajo mi papá, a ella le gustaron los regalos que le hicimos en el colegio, dijo que solamente faltabas vos para sentirse contenta del todo y que la presentación de ballet de Tere en el colegio estuvo muy bonita, que el vestido de bailarina era rosado, pero es del colegio porque lo hicieron las monjas y no lo pudimos ver, lo mismo las zapatillas, y José cantó en el coro. Te extraña tu hermanito Julián.

A mi hermanita: Brenda y Tere llamaron a *Radio Ritmos* y se ganaron un disco de unos disfrazados que cantan en inglés, hay un indio, un policía, un marinero, un vaquero, un obrero y un negro; José prestó un tocadiscos y lo oímos, Brenda parece una loca cuando los oye, ocuparon el teléfono toda la tarde, Teresa fue la que habló porque Brenda no fue capaz, mi papá dijo que ahora sí les va a comprar la radiola, mi mamá dijo que lo que sigue es la lavadora, también están antojadas de discos yeyé y gogó. Todavía no aprendo a hacer la letra pegada

como Brenda y Tere, me da trabajo escribirte pero me gusta y te lo prometí, mi mamá dice que mi letra es espantosa y que no sé poner puntos ni distingo las mayúsculas de las minúsculas, yo sí sé cómo son pero me gustan todas las letras iguales y grandes y el punto lo pongo cuando cambio de tema. Te escribió tu hermanito Julián.

A mi hermanita: a Brenda la pillaron yendo a leerse las cartas y dejó de ir al colegio, ella se echa el perfume que le dieron en los quince cuando Jorge le hace la visita, todavía no son novios, están conversando, el otro día oí que le dijo a Tere que no le gusta porque no estudia, pero que seguirá atendiéndolo mientras resulta otro para poder chicanearle a las compañeras del colegio con que tiene novio, ella y Tere son muy amigas y yo oigo todo lo que hablan por la noche en la pieza porque se quedan conversando y yo no puedo dormir pensando en el tío. ¿También a vos te da trabajo dormirte? Tu hermanito Julián que te quiere.

A mi hermanita: a Tere también la van a sacar del colegio de las monjas como a Brenda porque el liceo es más barato y mi papá dice que mientras más crecen las mujeres se vuelven más caras pues necesitan muchas cosas de la farmacia como mi mamá, el año entrante Tere va a estudiar en el liceo del centro porque además nos vamos a pasar y ella está muy contenta porque podrá montar en el bus todos los días. Rubén estaba fumando, mi mamá se asustó cuando supo pero mi papá dijo que ya cumplió los dieciocho y que estaba de fiesta, yo le saqué un cigarrillo de la cajetilla y me fui para la manga a fumármelo pero me mareé y vomité. Nadie se dio cuenta. No le contés a nadie. Tu hermanito Julián.

A mi hermanita: a Brenda la castigaron porque se besó con Jorge, yo la pillé y tuve que contar, no puede atender visitas dos sábados, y a mí me suspendieron dos días del colegio, mi papá dejó de hablarme, mi mamá me puso a hacer los oficios, la trapeadora pesa mucho, tengo una ampolla en la mano, en el recreo me brinqué el muro del patio, quería hacer el trueque de los caramelos de Jet, mi papá no me ha dejado oír a *Kalimán*, mi mamá dice que es un castigo muy duro pues no se imagina sin oír la radionovela tantos días. Ya nos pasamos a la casa nueva, mi mamá dijo que es la herencia del tío Ramón. Al bebé le están empezando a salir pelitos y son amarillos. Y me regalaron un juego de Hágase Rico pero Rubén está apoderado de él y siempre les gana a Brenda y a Tere, le puse la queja a mi papá pero dijo que no sea egoísta. Tu hermanito Julián.

A mi hermanita: mi mamá llevó a Brenda y a Tere a ver una película de Sandro, les va a comprar la canción del cacique y la cautiva porque le gusta mucho y otra que habla de una flor para mascar, ahora casi no oyen a los disfrazados que cantan en inglés, Brenda rompió la alcancía para comprar el disco de Sandro y no ha podido convencer a Tere de que haga lo mismo para ajustar lo que le falta. Ya trajeron el televisor que compró mi papá para que veamos la llegada del hombre a la luna, mi mamá se puso brava, no lo ha volteado a ver, ella quería la lavadora, mi papá dijo que en diciembre y que es para que vea las novelas de la radio. Yo te extraño mucho. ¿También vos Tica? Tu hermanito Julián.

A mi hermanita: hay un programa en el televisor que se llama *Concéntrese* donde hay que descubrir parejas de productos, me gusta mucho, *Animalandia* también, hay tres payasos y uno se llama Bebé,

como el bebé nuestro, también hay un programa con un tío Alejandro y una muchacha pecosita como vos. Lo pusieron Luciano al bebé, no me gusta ese nombre, es como de mujer, tal vez sea porque él no es normal. La nueva casa tiene teléfono, el número es 76903. Mamá se puso a llorar cuando supo que estabas tan enferma de los pies, así fue la otra vez con el asma. ¿Ya te aliviaste del todo? Tu hermanito Julián.

A mi hermanita: Brenda peleó con el novio y se tusó, sin el pelo largo se ve como un hombre, mi mamá alegó con la vecina que la motiló y después le reclamó el pelo, dizque esa señora iba a venderlo, pero Brenda está feliz, dice que la cabeza ya no le pesa como antes y que le rinde más el tiempo, pero sigue dándose las cien cepilladas por la noche. Se mantiene mecateando y leyendo novelas, trajo un libro nuevecito y muy gordo de la biblioteca y mi mamá dijo que siquiera ya pasó los quince porque se está soplando con la comedera. Mi mamá se puso a llorar y mi papá me regañó porque pregunté si vos eras una esclava, pero yo me acordé de lo que nos dijo el tío, que los esclavos viven aislados y así estás vos con Iris y ella es negra y trabaja mucho. Ya le dije a mi mamá que te mandara a traer porque me hacés mucha falta, si estuvieras aquí hubiéramos hecho la primera comunión juntos y seguro no me habría dado tanto susto confesarme y recibir la hostia. También extraño jugar con las mariposas como en la finca, aquí son muy escasas. Tu hermanito que te quiere.

Mías:

Fuimos a enterrar a Sultán. Se murió de tristeza por el tío. Ya no me ladraba. Voy a la escuela. Hay un

indio. Niño como yo. Hicimos la tarea de religión. A la maestra no le gustó. Me dijo que no creyera en lo que creen los indios. Saludes a mi mamá. Yo los extraño a todos. Violeta.

Me disfrazaron de ángel. Iris ayuda en la iglesia. Cayó un aguacero en la procesión. Me empapé. Me dio gripa. A los indios no los dejaron ir a la procesión. No les venden en la tienda. Lluve a toda hora. El papá del indio vino a ayudarlo a Iris. Papá, cuándo vas a venir por mí. La Biblia del tío tiene láminas con oro. Violeta.

Fuimos a mercar. Don Tino me dio bolas de chicle. De todos los colores. No le quiso fiar a Iris. A ella no le da tinto como al tío. Don Tino sabe hacer cuentas en la cabeza. Sin papel y lápiz. Como mi papá. Se tomó un vaso de leche con un huevo crudo. Iris casi se vomita. Pasamos por la cantina. Tiene un billar. Mami, ¿ya estás bien? Violeta.

Toqué a Fortunata. No me dio miedo. Y ayer me le arrimé a María Antonia. Bolea la cola cuando me ve. Mi pollito ya parece una gallinita. Nació un ternero. Lo pusieron Rogelio. Los animales aquí son más bonitos que en la cartilla del colegio. Que en las láminas de la lotería. La hermanita menor.

Iris va a vender el almacén. Al sastre y a María de los Ángeles. El sastre se pone un dedal. Embolató el metro. No se lo pone en el cuello como mamá Rosita. No sabe hacer vestidos para mi muñeca. Tiene las manos grandes. Pega muchos botones. Saludes a todos. Me gustan mucho las cartas. Violeta.

Vino un circo. Iris me llevó. Había un mago. Tenía un sombrero. Sacó dos palomas. El elefante mojó a la gente. Vimos los tigres en las jaulas. Me gustó la chimpancé. Los payasos se caían cada rato. Iris se rió mucho. La gente no la saluda. Yo también me

reí. Me acordé del tío. Julián, gracias por escribirme tantas cartas. Violeta.

Voy al catecismo. Quiero hacer la primera comunión este año. Me dio otra gripa. No volví a la escuela. Me gusta más el almacén. Y los botones. Brenda cumplió los quince y no vinieron por mí. Mami, dígale a mi papá que venga por mí. Ahora quiero más a Iris. Leemos palabras por la noche en el diccionario. Que saludes de ella. Violeta.

Iris pregunta si Rubén va ir a la Universidad. Que si siguen cerrando la calle para jugar fútbol. Ya entendí que la tierra es redonda. Con el mapa que el tío tiene. Es como una pelota grande. No como el de mi papá. Pa', ¿usted cuándo va a venir pues por mí? Violeta.

Fuimos a la iglesia. No había gente. Nos quedamos un rato. Prendimos dos veladoras al Nazareno. Conté siete ángeles en las ventanas. Son de vidrios de colores. Nos encontramos con el padre. Dijo que nosotras buscábamos consuelo. Yo voy a cargar al bebé cuando vaya. Mami me lo prometió. Violeta. Hay muchas telas, hilos y adornos en el almacén. Pero a Iris no le gusta coser vestidos. Para las muñecas. Como a Teresa. Tere, cuídeme mis muñecas. Yo te extraño por las noches cuando duermo. ¿Vos también? Mami, ¿sí le dijo a mi papá que venga? Violeta.

María de los Ángeles hizo un vestido para mi muñeca. La que me dio el tío. Me ayuda con el bordado. Me acuerda de Tere. Tere, ¿has visto a Érika? Dale saludes. Contale que aquí hay tres libros grandotes y que ya sé contar hasta cien. Pa', ya me quiero ir. Lléveme con Iris para Medellín. Violeta.

Cartas de todos, uno por uno sin falta. Cartas de todos, menos de la mamá. Cartas confirmando su ausencia, aunque

ella, como se lo contó un día Teresa, estaba detrás de casi todas, revisándolas cuando podía, para aplicarles sus escrúpulos con el manejo del lenguaje, para deleitarse en su gusto por revisar sílabas, signos de puntuación y tildes, para castigar sin misericordia con la censura idiomática. Violeta se consuela pensando en que seguramente la mamá sentiría ganas de escribirle, pero quedó impedida por la situación por la que pasaba. Se percata de que jamás ha recibido una carta de ella. Lógico. Excepto en Campoalegre, y ahora, nunca han estado separadas por más de dos semanas de vacaciones, y un tiempo así no amerita correspondencia. Ahora se trata de meses, pero si no le escribió joven menos ahora tan viejita cuando lo que se acostumbra son los mensajes por Internet y ella ni siquiera sabe manejar un computador. Ya se quedó sin conocer una carta suya. Pensando en que le hubiera gustado recibir al menos una en la vida, Violeta se va a la cama, ansiosa por el paseo del día siguiente. A lo mejor los ángeles hacen cambiar de idea a José Luis y él toma rumbo a Boston, como ella anhela.

Hasta ahora José Luis y Marcelo se habían comportado frente a ella, y a los demás, como dos amigos, sin gestos, palabras o complicidades que evidenciaran su relación íntima. Pero hoy las cosas son distintas. Justo cuando Violeta pensaba que entre ellos podría haberse creado distancia, ambos se muestran expresivos entre sí, zalameros, casi empalagosos, como nunca los había visto, en actitudes que se le hacen de adolescente, en especial para su hermano. Pero, ¿por qué no habrían de hacerlo? Son pareja y aunque existen motivos de peso como para romper dicha relación, solo Violeta los conoce, no José Luis, el que verdaderamente cuenta para el caso. Él luce optimista, aunque no haya podido iniciar el viaje tan temprano como quería pues se le pegaron las cobijas con Marcelo.

—¿Te irás adelante? —le pregunta Marcelo a Violeta antes de montarse en el auto—. Me tendrás que ayudar con los discos entonces, porque viajar sin música no es gracia.

—Con tal de que me guste —responde ella sin mirarlo y apoderándose del asiento al lado del conductor, en una actitud con la que parece decir “mientras viva aquí este puesto me pertenece”. Ella va mal encarada. Hasta hace unos minutos mantuvo viva la idea de que José Luis podría decir que irían a Boston. Ahora se halla ante la muerte de su última esperanza. Por otro lado, aun con las semanas que han corrido después

del incidente con Robert, para ella ha sido imposible recuperar la espontaneidad que fluía en su relación con Marcelo. No le nace seguir siendo la misma con él. Por momentos quisiera que el incidente ni le importara. Sin embargo, en su interior se impone la lección sobre las traiciones aprendida en casa y esa lección le grita que las mismas son inexcusables.

La salida de Manhattan resulta fácil en una mañana de domingo. El viaje ha arrancado, el motor del auto ya ha tomado calor, pero no el ambiente dentro de él. Ninguno de los pasajeros habla. En Violeta no es fácil que se asiente el enojo que lleva por el cambio de itinerario, la espontaneidad de Marcelo parece resentida con la actitud distante de ella en los últimos días, y el conductor se evade en la necesidad de concentrarse en la autopista. Dentro del auto solo se oye al locutor de WBGO 88.3 FM diciendo cada cierto tiempo “WBGO is America’s premier jazz radio station serving the jazz capital of the world, the New York New Jersey Metro area”.

Luego de dejar New Jersey, WBGO les acompaña el silencio por un rato más. Después la emisora se pierde y entra Smooth Jazz, 98.1 WJJA. Un tiempo más de recorrido, cada vez más cerca de Pensilvania y más lejos de Nueva York, y se pierde también 98.1. Entonces, arranca el debut de Marcelo con los discos que comienza a pasarle a Violeta para que los haga sonar en el panel.

—Clásica para variar, ya hemos tenido suficiente jazz y con estos paisajes va más a tono la música clásica que es para inspirar, meditar y relajar—. La frase parece dicha más para él mismo que para los otros. Con ella trata de derrotar el envolvente e intenso silencio adentro del auto.

—A ver si calmamos las tensiones. A mí se me quitan las penas y me cambia el ánimo cuando la pongo. Traje este de *Ecos del Rocío* y estos otros de *Los enanitos verdes*. Pero hoy quiero música clásica, la mejor terapia que existe. La adoro.

Por eso me obstiné en vivir con él —agrega y señala a José Luis, aunque ninguno de los de adelante se percata de que lo hace—. A mí me hubiera gustado ser músico, pero solo tengo oído de melómano, no de músico como el de él. Lo mejor que le ha pasado a la humanidad es la música, y a mí, José Luis.

Puede que Marcelo hable mucha bobada, pero gusto musical sí tiene, se dice Violeta al escuchar el tema *Jean de Florette* de Jean-Claude Petit y sentir escalofrío. Ella cierra los ojos y se reacomoda en el asiento echando la cabeza hacia atrás. Marcelo sigue hablando como lora, pero su voz se pierde de los oídos de ella, concentrados en una música que le hace pensar que ante algo así no se necesitaría nada más, que el mundo también puede ser ese instante, esos dos minutos y medio de inspiración, belleza y sensibilidad, no solo gente matándose, bombas explotando o niños muriéndose de hambre. El tema tiene el tono exacto de lo que Violeta siente, da la medida de la tristeza cuando es serena, por ejemplo. Marcelo se da por vencido en la conversación, cede todo a la música de la colección de José Luis que ha llevado, que Violeta ha escuchado en sus días solitarios en el apartamento y que la ha inspirado. Ahí van debutando la *Pavana* de Gabriel Fauré, la *Pavane for a dead princess* de Ravel, el *Liebestraum* de Franz Liszt, la sonata *Pathétique* de Beethoven y el “Preludio N.º 2 in C Minor” del *Clave bien temperado* de Bach.

Ante la actitud de los dos que van adelante, que ni le contestan los comentarios ni lo voltean a ver, Marcelo opta por volver a poner en ON la videograbadora para seguir registrando cuanta escena pintoresca se le atraviese por las ventanillas del auto. Ahora está grabando al señor que va en un auto paralelo al de ellos con un par de pequineses. El hombre maneja y una de las mascotas está sobre su regazo, entre su pecho y la cabrilla. El hombre pasa varias veces, José Luis lo pasa varias veces también, lo deja atrás por ratos, se pierde. De pronto,

el auto con el hombre y los pequineses vuelve a estar al lado, como si fuera una fotografía que se mueve pues el conductor sigue estático, con la mirada pegada en la carretera, las dos manos en el volante y el pequinés en su pecho; el animal es el único que se percata de ellos, mejor dicho, de Marcelo con su cámara y de Violeta que con sus ojos también los sigue, los vigila, los observa, pues qué otra alternativa podía quedarle ante el escándalo de Marcelo a quien se le ha oído decir “pásate José Luis, no los pierdas que los quiero grabar mejor”. El animal que va como un bebé en el hombre clava en Violeta los ojitos, dos pepas negras que miran y no miran y le hacen recordar a ella los ojos de colores que por la noche exhibían los animales en Campoalegre. El perrito va plácido, sosegado, con la seguridad de sentirse protegido, firme ahí al calor de su amo, a salvo, como quisieran sentirse en el siglo XXI los habitantes de la tierra, piensa ella mientras busca al otro animal, más grande, pero blanco también, que va asomado por la ventanilla del asiento al lado del conductor. La tranquilidad del animal en ese coche de lujo con su amo maduro, solo, en apariencia inmutable, le traen a Violeta el recuerdo de los perros que han estado cerca de su vida. Sus imágenes le llegan sin angustia. Puede verlos de frente sin tener que cerrar los ojos. Piensa primero en Sultán, que murió de tristeza y al que por primera vez hubo que amarrar la noche del crimen porque se puso como loco con la muerte del tío Ramón; luego en Rocky, que le ladró tanto cuando la vio a ella y a Iris por primera vez, y finalmente en Laika que, de haber resistido la explosión del carro bomba, seguramente habría saltado detrás de Luciano por el balcón para morir junto a él en el jardín, como seguramente se moriría el hombre con su pequinés si al menos por un instante volteara la cabeza rígida para poder verle el aspecto de la cara; pero no, él sabe que si se distrae podría correr el peligro de estrellarse en esa autopista donde

la velocidad ni se siente ni se ve, pero es más rotunda que la misma muerte.

Van por la 95, pasan Filadelfia, toman la salida siete y Welcome 9/11 to Pensilvania dice la valla. A un lado los buques de guerra en el puerto, al otro los estadios. Ahí juntas, una al lado de la otra, separados solo por la autopista, las dos cosas que caracterizan a los llamados americanos y que constituye su circo romano: fútbol, baloncesto y guerra.

Es un paseo por autopistas gringas sin algarabía familiar y ventas en el borde de la carretera, un paseo frío como frío es el otoño de este domingo, el otoño que permite conocer árboles de colores distintos al verde. Y ahí está la estación en toda su plenitud, ahí está haciéndose realidad la sentencia de Eva de que “algún día los verás”, como lo vaticinó al compararle el color del pelo con el de los árboles en otoño. Ahí está Eva en la mente de Violeta haciéndola pensar en que no podrá contarle que estuvo en la casa de Misis Emily.

Pronto se internan en un escenario campestre, dejan atrás la rectitud y perfección de las autopistas de diez y hasta doce carriles, y se encuentran transitando por una carretera normal, aunque ni remotamente parecida a la de Campoalegre; una carretera sencilla que apacigua las cavilaciones de Violeta sobre Eva y Emily y le pone en la mente la imagen remota, borrosa, de la carretera de la finca, la carretera construida a pico y pala por los presos cuando los sacaban a trabajar en las obras públicas, una carretera robada a una montaña repleta de álamos, cañabrava, cafetos, frutales y flores; una carretera como muchas en Antioquia, en Colombia entera, grabada en la cordillera como un cinturón eterno, como ojos infinitos que suben y bajan, bajan y suben, voltean y giran y vuelven a encorvarse; carreteras caprichosas, temerarias, que desafían la naturaleza y arrasan sin recato la vida silvestre, cuya existencia no es posible en el paisaje simple de Pensilvania donde

las colinas jamás despertarían el asombro de las cordilleras andinas que le tocaron a Colombia en la repartición de las maravillas naturales. En este viaje, el asombro de José Luis, Marcelo y Violeta solo puede despertarlo un suceso inesperado, como el gallo que de pronto se estrella contra el vidrio delantero del auto y hace saltar el corazón de los tres.

—¡Lo mataste! —grita Marcelo.

—¿Lo maté? Él se aventó —responde José Luis.

—Podría ser una advertencia —dice Marcelo alarmado.

—¿Qué? —le responde José Luis.

—A lo mejor algo raro puede pasarnos. Tendríamos que devolvernos.

José Luis lo mira por el espejo retrovisor como a un niño al que se le quiere dar un pescozón por algo mal hecho o dicho.

—Lo peor que puede pasar es que falle el auto, y las posibilidades son ninguna. Relájate. Fue un accidente. Iba a volar desde la cerca de esa casa en el momento en que pasábamos. Lo vi venir hacia mí.

Luego José Luis sonrío.

—Debió haber quedado con un dolor de cabeza —agrega—. Pobre. Se levantó todo turulado, sacudiéndose.

—¿Lo viste? —pregunta Violeta.

—Por el retrovisor.

—¿Quedó vivo entonces?

—Pues ahí siguió caminando. Atontado pero vivo.

—Menos mal no lo mataste —insiste Marcelo. Luego sugiere buscar un sitio para pasar el susto y el hambre que ya empieza a agobiar en aquel paisaje exento de pobreza, sin campesinos descalzos ni casas de barro ni fogones de leña, sin niños carisucios y desnudos. En las amplias extensiones de tierra todo luce bien puesto, la presencia humana se adivina, se presiente, pero no se asoma para ver pasar los autos y decir adiós con la mano, como puede pasar en una carretera colombiana.

—El campo es la vida, la belleza. Con las estaciones sí se da uno cuenta de lo que puede hacer la naturaleza —dice José Luis.

—Y qué solecito tan agradable —agrega Violeta—. Cuando yo trabajaba en la agencia pasaba días sin ver la luz del día ni darme cuenta de qué color había estado el cielo.

—¿Y eso?

—Era tanto el trabajo que yo entraba a la oficina cuando apenas aclaraba y salía de noche. Y como no había ventanas para que la gente no se distrajera...

—¿Ni una?

—Sí había una, pero pintada en la pared. Todas las paredes eran de colores y algunas estaban decoradas.

—¿Como en una guardería?

—Dizque para estimular la creatividad. ¡El dueño tenía unas teorías! Mejor ni hablemos de él. Por su culpa me pasé meses sin sentir un rayo de sol en mi piel pues los fines de semana deseaba asolearme en el balcón o ir a la piscina pero me sentía tan cansada que prefería quedarme metida en la cama comiendo y leyendo.

—Me acuerdas cuando nosotros salíamos a pasear los fines de semana. Para nosotros, Marcelo, el campo, la tierra, era muy importante

—Un rito semanal que nos quitó la violencia —aclara Violeta.

—No entiendo —dice Marcelo.

—Pues que viajar por carretera se volvió muy peligroso y nos tocó encerrarnos.

—¿Acaso en todas las carreteras explotan bombas o se estrellan animales como aquí?

—Peor. Secuestran —responde Violeta—. Eso se volvió una industria allá.

—¿Por qué siempre tienes que irte a los extremos? —le dice José Luis volteando a mirarla, aunque rápidamente devuelve la vista a la carretera.

—Así es nuestra realidad, de extremos —le refuta Violeta. Y se quedan callados.

Sin embargo, tras unos segundos, Violeta vuelve a arremeter.

—Qué montón de tierra y de árboles —dice—. Estos gringos sí son muy de buenas. Tienen de todo. Pensé que eran solo asfalto y cemento. Jamás me lo imaginé. Y nada se les escapa. Qué orden.

Para ella el paisaje que observa desde el asiento del auto es una declaración tajante y paradójica de la riqueza natural que posee la nación de las autopistas, los autos y los parqueaderos. Es un paisaje bonito e idílico, sí, pero con la frialdad de lo calculado y controlado, nada parecido al colombiano que, más que por la lejanía, la extensión y la quietud, sobrecoge porque se agita, huele, se toca con el olfato, se respira con los ojos, se siente entre las manos, se ve reflejado en las pupilas de quienes lo miran pues la naturaleza colombiana es infinita e innumerable y no conoce la monotonía, así haya sido excluida de los destinos turísticos por hallarse en un país en guerra y porque la guerra es la muerte y suele ampararse en la naturaleza hasta volverla ingobernable y azarosa por más exquisita y noble que sea, como las tierras colombianas que, sin embargo, no ameritan mapas en policromía como los que Violeta lleva en su bolso y que se regalan hasta la saciedad en las estaciones de servicio; los mapas de las tierras gringas sin lugares condenados. Pensando en esas cosas Violeta trae a colación la advertencia del Departamento de Estado, el cual recomienda a sus ciudadanos abstenerse de visitar Colombia. El tema da cuerda a los tres ocupantes del auto que vuelven a conversar animadamente cuando se bajan y se ubican en la mesa del sitio donde paran.

—Como quien dice, Colombia es un país invisible por culpa de la guerra —concluye Marcelo.

—O visible por eso mismo —aclara José Luis.

—Oscuro entonces.

—Bastante oscuro —interrumpe Violeta—. Y contaminado además. ¿Sabías que tenemos la ciudad más contaminada de Latinoamérica?

—¿Sííí?

—Pero nadie se ha dado cuenta.

—¿A qué te refieres? —pregunta José Luis.

—A Medellín y el humo de los carros que nos hace respirar millones de moléculas de monóxido de carbono, hidrocarburos, azufre y óxido de nitrógeno, lo que expulsa un vehículo cada vez que acelera. El hollín se le mete a uno hasta en las narices. Y del ruido ni se diga. Hay buses que rugen por encima de los ochenta y cinco decibeles, más de lo permitido en las discotecas.

—¡Anda! ¡Así es la cosa allá? Eso es como otra guerra —dice Marcelo. Luego le toca el hombro a Violeta.

—Definitivamente mujer tú manejas unos datos —agrega admirado—. ¡Cómo se nota que eres periodista! Siempre ceñida a los hechos. Hasta en la ficción, porque mira que esa historia de tu...

Pero ahí se frena Marcelo y no menciona nada de Campoalegre como iba a hacerlo; cae en la cuenta de que ella ni idea tiene de que él se leyó su cuento. Menos mal que Marcelo se calla a tiempo para no echar a perder el paseo justo cuando empieza a coger forma, pues ya los tres lucen más relajados y contentos, tomándose la cerveza con las alitas de pollo como aperitivo para el almuerzo.

—La historia de qué Marcelo —pregunta Violeta, sin embargo.

—¿De qué?... Ah... Ya ni me acuerdo. Una que me contaste la noche de tu llegada, creo.

Cuando salen del sitio, al cabo de una hora larga, Marcelo le sugiere a Violeta hacer una nota ante la cámara para

llevar a Colombia. Ella lo intenta, pero se siente ridícula y desiste. Le pide que simplemente la grave con su hermano y le mande luego el video para tenerlo de recuerdo. Los tres están de acuerdo en no entrar a los typical towns de los amish. En la zona hay más de un lugar de este tipo montado para el turismo y ese hecho los hace coincidir en la pregunta “¿por qué aceptan ser una mercancía?, ¿por qué le siguen el juego a este consumismo?”, afirman que “los gringos arman negocio debajo de una tumba, quieren sacar dinero de todo”, y deciden irse por los caminos para ver a los amish en su vida cotidiana.

Pronto los ojos de los visitantes se encuentran con una cuadrilla de hombres armando el techo de un granero, hombres con camisas azules y pantalón negro, como si estuvieran uniformados y como si se tratara de una escena de la película *Único testigo* con Harrison Ford, de una réplica de la vida en un typical town. Por distintos caminos van apareciendo coches tirados por caballos con mujeres de cofia y hombres de sombrero negro. La presencia de un bambi como de libro infantil llama la atención de los ocupantes del auto cuando salta sobre la carretera. Ha venido de un bosquecillo al borde y asusta al conductor como no pudo hacerlo el gallo. Por evitar atropellar al animal, José Luis se descontrola con el auto. Durante fracciones de segundos, este se desliza por su cuenta sobre la vía, de la que se sale. Violeta grita, Marcelo esconde la cabeza entre los brazos, José Luis no suelta la cabrilla por nada y con toda la gana manda el pie al pedal del freno. Todo queda en silencio cuando el auto se detiene a escasos centímetros del tronco de un árbol. Después de mirarse todos entre sí y de verificar que nada les ha pasado, José Luis, tembloroso y medio ofuscado, se dirige a su hermana.

—¿Ahora entiendes por qué la caza aquí no es prohibida?!
Un animal de esos puede hacerlo matar a uno.

—Son muy lindos pero muy traviosos y dañinos —agrega Marcelo—. Acaban con huertas y jardines enteros y por poco uno solo acaba con nuestras vidas.

—De ninguna manera es razón para matarlos —afirma Violeta convencida.

—Este viaje está como raro. Ya van dos cosas malas. Gallo y cervatillo.

—Deja la bobada Marcelo —dice Violeta, al punto del hastío. En verdad ella se ha estremecido en su puesto con ambos sucesos, pero le parecen agüeristas e infantiles las alarmas de él.

—Yo creo que vas muy rápido José —agrega luego mirando a su hermano—. He visto la aguja marcando ochenta y en todos los avisos dice que sesenta millas máximo, en algunos cincuenta y hasta cuarenta. Si quieres mirar el paisaje, dale más despacio.

—Vea pues. Les salvo la vida y encima me regañas.

Un coche amish se acerca atraído por lo que parece un accidente y pone fin a lo que podría ser una discusión inútil producto del susto. En la parte de atrás del coche van una niña como de doce años y un niño algo menor. Marcelo saca la cámara, José Luis hace un gesto de impaciencia y temor; Violeta le dice entre dientes “cómo se te ocurre, guarda esa cámara, se van a molestar”. Sin embargo, los niños, de expresión calmada, angelical, al descubrir la intención de Marcelo desde la ventanilla del auto, se enderezan en sus puestos, sonríen y miran profundamente a la cámara. Es la magia de la fotografía, de la imagen, piensa Violeta al percatarse de la actitud de los niños. Al observarlos siente que no obstante la sonrisa y la calidez en sus rostros, la cercanía, ahí a un paso tan solo, es grande e irrompible la distancia que la separa de ellos, como si estuvieran atrapados en otro mundo. O quizá sean Violeta, Marcelo y José Luis los acorralados en un mundo inexplicable y absurdo para la familia amish que, luego de verificar que nada

malo le ha pasado a los turistas, sigue su camino lentamente en su coche como si vivieran en el siglo de Emily Dickinson, con un padre sinceramente simpático y amable, y una madre con cara de religiosa, mejillas naturalmente rosadas, virginal, a la que cuesta imaginarse haciendo el amor para tener esos niños.

A pesar de la distancia que crea una cultura tan diferente, la actitud afable de la familia y sus buenas vibraciones le hacen pensar a Violeta que no sería difícil romper la barrera, que le gustaría conocer cómo es esa vida y que incluso sería bueno meterse en ella. ¡Claro! Podría ser la vida ideal para escribir, lejos de la civilización, una vida casi monacal como la de Dickinson. Mientras el auto recorre la zona, ella se mete en la película que inventa, va preguntándose “¿y qué tal si me convierto en una amish?, a lo mejor esta sea la solución, tanta insistencia de José con este viaje por algo será, cuando más aquí está el sentido del mismo, de pronto mi destino es estar apartada como en Campoalegre, tal vez es esto lo que he venido a encontrar aquí, un lugar para olvidarme del mundo y poder escribir”, olvidarse como lo ha hecho del momento dentro del auto, abstraerse de la conversación en la que andan José Luis y Marcelo y a la que debe aterrizar a la fuerza.

—¡Oye Violeta! Que le digas a Marcelo quién era K. No me cree que se nacionalizó en Colombia porque no quería su país.

—Sí, pero de nada le valió. Menos mal que se murió para que no le deshicieran las ilusiones.

—¿Qué? —pregunta José Luis volteando a ver a su hermana que lo sorprende con cada cosa que dice—. ¿Por qué sales con eso?

—Pues por lo que está pasando allá en ese barrio. No oíste pues que se entró el ejército.

—¿Y de verdad era de aquí de este estado? —pregunta Marcelo pasando por encima de lo dicho por Violeta, como

si no lo entendiera o no le interesara. Ella se gira para verlo y fijándose en los dos les dice:

—Oigan, ustedes viven juntos pero no se conocen. ¿Cómo así? ¿Marcelo no sabía quién era K? Si tú viviste con él y...

—Nosotros solo vivimos el presente –interrumpe Marcelo—. Lo que cuenta es desde el momento en que nos conocimos. Claro que yo quisiera saber muchas cosas, toda la vida de él si fuera posible, soy muy curioso, pero él es todo lo contrario de mí, muy reservado. ¿Era así en la casa?

—Bastante.

—¿Y qué es lo que pasa en el barrio de la tía?

—Un lío muy largo de contar y entender. Como para un libro –dice Violeta. Luego se fija en su hermano.

—Está pensando en irse para un asilo José. ¿Te contó mamá?

—¿Asilo? ¿Quién?

—Pues mi tía Margó.

—¡Queeé! ¿Mi madrina en un asilo?

—¿Para dónde más se va a ir? No puede quedarse viviendo para siempre con mamá, está muy vieja y caprichosa y no le gusta vivir con nadie.

—¿Y mi mamá por qué no me había contado?

Violeta evade lo que pregunta José Luis. Gira la cabeza, voltea a ver a Marcelo y le explica el asunto.

—Los milicianos hicieron salir a mi tía quien tuvo que dejar las casas abandonadas; ahora está viviendo con mi mamá y mi hermano Julián, en estos momentos no se sabe si las va a recuperar porque hace poco el Ejército se tomó el barrio, lo peor de todo es que las casas son su patrimonio pero se van a perder. Y así como ella hay miles en este momento allá.

—Si el Ejército se metió, ¿no se supone que es para recuperarlas?

—¡Ja! Cómo irán a quedar después de los bombardeos y los saqueos.

—Pues díganle a su hermano que le ayude. Acaso no fue un...

Marcelo enmudece. Pero ahí mismo trata de arreglar lo que iba a decir.

—Debe saber de esas cosas, enfrentarse a los...

—¿A qué hermano te refieres? —lo interrumpe Violeta—. ¿Qué es lo que quieres decir?

Por el espejo retrovisor y con el gesto, José Luis trata de controlar a Marcelo. Inútil. Este, señalándolo con la cara, dice:

—Me contó él.

Violeta mira a José Luis. Luego vuelve a Marcelo de nuevo.

—¿Te contó qué? No dizque no cuenta nada, que es muy reservado, que del pasado no hablan.

—Ah... sí... pero es que... bueno... que tener un hermano así no es cualquier cosa. Detalles como ese sí son dignos de contar en una familia.

—O de ocultar —dice Violeta con apatía—. Yo me lo tuve que esconder para que no me echaran del periódico. Y mi hermana Tere también en la empresa donde trabajaba. De patitas en la calle nos habrían puesto de haberse sabido.

—De todas formas vuestra familia tiene unas cosas bien particulares. Por eso añoro una.

Marcelo le toca el hombro a José Luis.

—Es lo que te he dicho con lo de tu tío —agrega—. Anda, casado con una negra africana y encima la deja ponerse un diente de oro.

Violeta vuelve a girar la cabeza hacia atrás, pero no le puede ver la cara a Marcelo. Él se ha agachado y revuelca algo en su morral. José Luis no lo encuentra por el retrovisor. Podría soltar la cabrilla y torcerle el pescuezo con las manos.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta ella.

—Pues que tu tío...

Jóse tose. Carraspea.

—Tengo sed —dice—. Deberíamos bajar y tomarnos algo.

—¿Otra parada? Yo quedé para reventarme con el almuerzo —dice Violeta. Luego se gira del todo para atrás para verle la cara a Marcelo.

—¿También te contó JÓse sobre Iris? —le dice cuando lo tiene ante sus ojos.

—Claro, sí, me habla mucho de la familia —contesta Marcelo sosteniéndole la mirada.

—¡Pero si dijiste que no te contaba nada!

—Te dije que algunas cosas raras sí, pintorescas, como esa de tu tío con la negra.

—Con Iris, querrás decir —le corrige Violeta. Está a punto de enojarse. Se voltea hacia José Luis y le indica un sitio a su izquierda donde podrían parar a tomar algo.

—No sé por qué, pero creo que es mejor parar —dice—. Estoy empezando a sentir la necesidad de bajarme de este carro. ¿Ustedes no?

—Hoy le mandé la historia a Eva —le cuenta Violeta a José Luis cuando ya han traído los cafés que han pedido—. Si pasa su juicio, creo que quedará lista.

—¿Cuál historia?

—La de Campoalegre. Ya la terminé. ¿No te conté? Empezaré a buscar cómo publicarla.

—¿Publicarla?

—Obvio. Por eso quería ir a Boston.

—¿Vas a buscar una editorial allá?!

—No, es porque el título lo saqué de un poema de Emily Dickinson y quería ir a pedirle permiso, algo simbólico, ¿entiendes? Era como un acto que me dejaba en paz.

—Pues entonces cámbiale el título.

—Qué fácil decirlo. Sería otra cosa sin ese título.

—¿Es que es muy especial que tiene que ser de esa señora? Qué complicados los escritores. A ver, cómo se llama pues la historia.

—Dejó una mariposa su capullo.

José Luis repite mentalmente el nombre que acaba de oír.

—¿Dejó una mariposa su capullo?! —exclama tras un instante de reflexión.

—¿Te sorprende? Viste que es bonito, sugestivo.

—¿Dejó una mariposa su capullo? ¡Esa es la tal novela! Yo pensé que era tu diario.

Violeta no entiende lo que oye de José Luis.

—¿Diario? ¿Cómo así que diario? ¿Por qué dices eso?

—Pues claro —se mete Marcelo, que ha estado lamiéndose la cucharita con la espuma del capuchino—. Pones tu nombre, el de José Luis, el de Iris, el de Julián, el de todos los de tu familia, hasta el tuyo. Si es para publicar, primero tendrás que cambiarles los nombres.

Violeta se queda pensando. Descubre algo.

—¡Ay, verdad! ¡Cierto! ¿Cómo no me había dado cuenta de eso? —se dice sorprendida, dirigiéndose a ambos pero al mismo tiempo con la mirada perdida, como si estuviera tratando de mirarse a sí misma—. Dejé los nombres reales, tal cual. ¡Eso no puede ser! Pero cómo fui tan distraída. Qué tonta. Y así se la mandé a Eva. Ay no, ustedes tienen razón, esos nombres hay que cambiarlos.

Pero ahí mismo hace un descubrimiento que la deja aún más sorprendida que la torpeza por haber conservado los nombres reales de los personajes en los que se inspiró para su historia. “¿Y cómo sabe este que dejé los nombres?”, se dice observando a Marcelo, y de la misma manera se lo pregunta a él, que responde con una mirada de auxilio a José Luis, a quien busca Violeta para encontrar la respuesta. La halla en el gesto elusivo de su hermano que agacha la cabeza, la descarga entre las manos y se queda mirando la taza de café.

—Dijiste que pensabas que era mi diario —le dice ella buscándole el rostro—. ¿La leíste? ¿Dónde? ¿Cómo? —agrega ansiosa. Luego busca la cara de Marcelo.

—Y tú, contesta, ¿por qué sabes los nombres?

Hasta el aleteo de una mariposa podría escucharse con el silencio que reina en la mesa. Solo Violeta se atreve a hablar. Cuando ya no le queda duda, lo confirma para que ellos lo ratifiquen.

—¡La leyeron! Claro que la leyeron. ¡Cierto?

Ellos no niegan ni confirman.

—¿Pero cómo fue que la leyeron? —insiste ella.

—...

—Oigan par de idiotas. Al menos díganme eso.

—Dejaste una copia en el ordenador —responde Marcelo, vencido—. Pero ya él la borró. Apenas la leyó, la borró. Él me la dejó leer a mí y entonces...

—¡Un momento! —reacciona José Luis encarando a Marcelo—. Pero después de que tú empezaste. Fue idea tuya, tú me despertaste la curiosidad hablándome todas las noches de lo mismo. Jamás se me hubiera ocurrido meter las narices en los escritos de mi hermana. Si no hubiera sido por ti no lo habría hecho, ni estaría pasando esta vergüenza. Perdóname Viole...

Ella no deja que termine. Después de decirle a Marcelo “de ti se puede esperar cualquier cosa”, le reclama a su hermano.

—¿Pero de ti Jóse? ¡Cómo fuiste capaz de ponerte a hurgar en mis cosas? ¡Cómo! Y en algo tan privado —y se pone a llorar.

Marcelo y José Luis la miran sin saber qué decir, se miran, la observan otra vez. Luego José Luis vuelve a tomarse la cabeza con las manos, se la rasca y le dan ganas de sacársela del cuello al oír las cosas que empieza a decir su Marcelo.

—Ay chica, ahora no te alborotes ni hagas un escándalo por eso —dice él—. Igual la vas a publicar, igual la va a leer todo el mundo. Y está muy bien escrita. Ningún borrador, no, no, no. Vaya escritora que eres. Me tuviste en ascuas mientras José Luis me dejaba leer el resto, porque como me descubrió leyéndola me tocó parar la lectura varios días pues él no quería

leerla, créele que es verdad, hasta que lo convencí, como dice él, de que termináramos de leerla. Y quedamos encantados, aunque a él le ha dado duro saber tanto detalle de tu infancia pues no creyó que esa experiencia hubiera sido tan traumá...

—¡Cállate imbécil! —le ordena Violeta. Quien todavía no se seca las lágrimas. Pero Marcelo, como si nada, sigue en su perorata.

—...tan traumática. Antes agradécenos que la leyéramos y te hemos hecho caer en cuenta de los benditos nombres. Y mira que no deberías hablarle así a tu hermano. Es mayor que tú y te está hospedando. Además, que si fueras más...

—¡¡Que te calles!! —le grita Violeta levantándose de la mesa—. Mejor te callas si no quieres que me ponga a hablar y hacer un escándalo de verdad —y se marcha. Los dos la ven entrar al baño. Cansados de esperarla, piden la cuenta, pagan, se van para el auto y comentan el asunto mientras ella aparece.

—Qué lío en el que me metiste —dice José Luis.

—Nada. El lío lo arma ella. No es para tanto. Ya se le pasará.

—Pero si no hubieras sido imprudente nada hubiera pasado. ¿Cuándo vas a dejar de meter la pata? ¿Acaso es que no te das cuenta? Pon más cuidado. Piensa antes de hablar. Mejor dicho, habla menos.

—Está bien. No modularé el resto del camino.

Y en efecto. El regreso es como la ida. Con un enojoso, cargante, fastidioso, molesto, pesado y difícil silencio, que Violeta anula cuando llevan casi una hora.

—Parece entonces que la traición fue por partida doble —dice ella.

—¿Cómo así? —le pregunta José Luis.

—En ti Marcelo no me extraña, pero tú José, ¿cómo te dejaste llevar por él? Ya se te olvidó lo que nos decía papá. Y también mamá.

—Qué.

—Que puede perdonarse cualquier error, pero no una traición.

—Tienes una habilidad para engrandecer todo. Cómo que traición. ¿Dónde estuvo la infamia? Yo no maquiné nada ni me he puesto a conjurar contra ti. Fue algo espontáneo. Una ociosidad de mi parte, lo reconozco, pero sin mala intención. No quise hacerte daño. Y creo que a pesar de tu disgusto, no te lo he hecho. Igual, como dice Marcelo, piensas publicar la historia. De todas maneras iba a leerla. Y no solamente yo. Es algo público... Entre otras cosas, tienes que cambiar los nombres. No puedes dejar los nuestros.

—Obvio. Por qué crees que me alarmé al principio. Pero no me cambies el tema que...

—Ya te pedí perdón y te di las explicaciones del caso. ¿Cuándo me vas a dejar en paz?

—Tranquilo que ya vas a descansar de mí. Y te voy a dejar solito en manos de este —dice Violeta medio girando la cabeza para atrás pero sin alcanzar a mirar a Marcelo.

—Qué quieres decir.

—Nada.

Aunque no lo quisiera, pues no es el momento ahora que está conduciendo, José Luis aborda un asunto que le inquieta.

—A ver, qué es la cosa entre ustedes —se atreve a decir—. Ni crean que no me he dado cuenta. Yo no hablo tanto pero no soy bobo. Ya me olí que ustedes no son los mismos desde la fiesta donde Manolo. Y desde ese día además dejaste de insistir en quedarte. ¿Por qué se te quitaron las ganas? A ver, ¿qué fue lo que pasó?

—Nada... Ay no Marcelo, ya no más discos por favor. No quiero oír nada más. Ya, déjanos descansar. Me has tenido como una sirvienta todo el día pasándome discos para que los ponga.

Durante un trayecto más se omite en el auto cualquier palabra o sonido. Por varios kilómetros Violeta batalla con

sus sentimientos y resentimientos, alborotados además por la pregunta de José Luis sobre el día de la fiesta colombiana. Por varios kilómetros se muerde la lengua que le baila en la boca.

La noche, que los atrapa en la vía como no quería José Luis, parece que influyera en el estado oscuro que lleva el alma de Violeta. Luego de una buena disputa con su conciencia, decide hablar.

—¿Te acuerdas José de un bolero que se llama *Perfidia*? Tú lo conoces Marcelo. ¿Sabes qué significa esa palabra? ... ¡Marcelo!... ¿Estás despierto o dormido? —pregunta Violeta sin girar para ver hacia atrás.

Marcelo contesta con una interjección.

—Pues bien, perfidia es algo que tú conoces muy bien, pero que tú no, ni toleras —dice Violeta mirando la silueta de su hermano—. Significa deslealtad, traición o quebrantamiento de la fe debida.

Los otros dos no dicen nada. Sinceramente no entienden de qué está hablando ella. Lo entienden cuando a continuación Violeta se echa todo el rollo de las ausencias de Marcelo, sus amanecidas en casa del pelilargo y el beso con Robert, cuando cuenta todas las verdades, unas verdades que dichas con moderación y aplomo acallan cualquier palabra con la que quieran refutar quienes las oigan, unas verdades que es mejor creer que son mentiras.

—Y para acabar de ajustar, tiene papeles falsos y casi me convence de que yo le diera dos mil dólares para comprarme unos.

Esos secretos revelados juntos en tan escasos segundos le hacen temblar las manos y las piernas a José Luis, lo obligan a orillarse y detener el auto como aquel día en que recogió a Violeta en el aeropuerto y tuvo que parar para advertirle sobre lo que estaba diciendo de su mamá.

—No te creo —le dice a ella pegándose a su cara—. Te quieres desquitar por lo que te hicimos. Te desconozco. Definitiva-

mente no has cambiado nada. Inventas cosas como cuando eras niña. Claro, como quedaste enojada porque no te llevé a Boston, ahora quieres hacerme sentir mal. Pero escogiste mal el motivo. Yo conozco más a Marcelo que tú –concluye y reinicia el camino, sin mirar por el retrovisor a Marcelo. Este también evita dirigir los ojos a ese espejo, pero con lo escuchado puede soltar la respiración que se le había quedado atrancada en el esternón.

José Luis conduce sin parar. Ninguno vuelve a hablar hasta que llegan al apartamento, donde cada cual se encierra en su cuarto con un desganado “hasta mañana”.

Desconcertante, pasmosa y para desvelar considera Violeta la reacción de José Luis. ¿Cómo así que no le creyó? Dan ganas de llorar, de largarse al otro día y dejar a quienes andan tan enredados, engañados y porfiados. Por esa noche ella le hace el quite a la situación yéndose para otra época con la relectura de las cartas que ha transcrito.

Al terminar con sus cartas Violeta abre el correo electrónico y revisa los mensajes que tiene en la bandeja de entrada. Hay uno de Eva y es corto, el más breve que le ha enviado hasta ahora. Apenas dice:

Ay Violetica, ¡qué dicha que ya pronto regresarás! Así podremos comentar más ampliamente la historia de *Dejó una mariposa su capullo*. Me la leí completa. Me encantó. Estoy tan emocionada que por eso te escribo. Ese título del poema de Emily Dickinson le quedó que ni mandado a hacer. ¿Siempre irás a Amherst a visitar su casa? Solo me dejan dudas los nombres reales. ¿Por qué los pusiste? ¿No tendrías que cambiarlos? Bueno, ya hablaremos. Te llamaré mañana. Tengo que pedirte un favor importante y urgente y quiero explicártelo bien. ¿Es el 212-9346798 el número de tu hermano? Un abrazo. Eva. También te quiero mucho

El mensaje de Eva agranda en Violeta el sentimiento de estupidez sobre sí misma que le dejó el paseo a Pensilvania. Que José Luis no le haya creído el cuento de Marcelo es hasta entendible, pero que ella no se hubiera percatado de los nombres es imperdonable, además de fastidioso, ¡para tener que cambiarlos otra vez!, como si fuera fácil acertar con el nombre adecuado para tanto personaje, y ya todos tienen la personalidad amparada en el que les ha sido dado. El paseo, los nombres, José Luis, Eva, todo la tiene pensando y con ganas de desaparecerse del mundo porque de nuevo siente que no encaja en él ni puede articularse con la gente. La tiene pensando tantas cosas, como irse a vivir a un lugar donde nadie la conozca, a una comunidad amish, por ejemplo. Violeta se acuesta con la intención de empezar a indagar sobre ellos al día siguiente. Pocos minutos después de apagar la luz se queda dormida, no obstante la inquietud persiste en su mente, de si resistiría una vida metida en un clan como el de los amish, inquietud que es solo cuestión de un día pues no despierta con ella al amanecer del siguiente.

—Violeta, Violetica, ¿estás ahí? Oiga, la volvieron a llamar de la agencia, que para el trabajo que le van a dar. Y Lorenzo pasó al teléfono. Yo hablé con él. Que por qué no le ha contestado el mensaje. Que ya le han enviado dos. Vea hija, nada se pierde con atenderlo. Acuérdesse que él se manejó muy bien cuando la tragedia y este año le dio muy buena plata. Es un trabajo desde la casa, como a usted le gusta. Mire que a lo mejor ese señor le hizo un favor con la cancelada del contrato. Las verdades hay que reconocerlas, así no gusten. Es peor engañarse y mire que...

El contestador agota su tiempo, a las palabras demoradas de doña Elvira no les alcanza la cinta y el final de su mensaje muere aunque siga vivo al otro lado de la comunicación telefónica. Marcelo, que como siempre ha escuchado con cuidado pero se ha aguantado las ganas de contestar, se queda pensando en las últimas frases de la señora. Razón tiene la mamá de José Luis. ¿Para qué tapar las verdades? No se puede. Por más que se quiera ellas salen a relucir tarde o temprano. Para la muestra un botón. Vea lo que le pasó a él con José Luis. Más rápido de lo esperado tuvo que reconocerle que fue cierto lo que dijo Violeta en el auto. Claro que no le quedó de otra. Bastó cerrar la puerta del cuarto esa noche después de la ida a Pensilvania para que él empezara con los reclamos. Se hizo el bobo en el auto, pero ni un pelo de tonto tiene. Obvio, lleva encima más

años, más experiencias, y paga el arriendo, además. Se la puso dura con el ultimátum, en vilo lo tiene con aquello de que necesita pensarlo, que tiene que dejar pasar unos días para ver cómo se siente porque las emociones hay que reposarlas antes de tomar decisiones tajantes. Qué desconsideración. Cómo lo martiriza de esa manera. Es una tortura saber que a diario está calculando y cavilando si tendrá que irse o no de su lado. Qué humillación. Más le hubiera valido echarlo de una, en vez de condenarlo al suplicio que han significado estos días. Mejor hubiera sido saber esa misma noche con qué contaba. He ahí la desventaja de ser convidado y no dueño de casa. Y para colmo, la Paloma está acosando desde España. Que viaje ya, le ha dicho, que no espere hasta la boda de su madre, que está muy encartada con el almacén, que si no se ha quebrado es por el recuerdo de don Carmelo que se mantiene vivo en las clientes, que ella el único negocio que sabe manejar es el de esposa y madre, para nada lucrativo pero sí más gratificante aunque malagradecido también. Y a él en realidad le nace ayudarla, es como la hermana que nunca tuvo y le está ofreciendo la oportunidad de hacerse a un negocio en su tierra en un momento en que ya se está cansando de no encontrar trabajo como actor en tierra ajena, en un momento en que está concluyendo que es preferible en Sevilla como dueño de un almacén que en América de vendedor, portero, taquillero, cocinero, mesero, cantinero, mensajero, de todo, menos lo que soñó. Por supuesto que es mejor ser gente acomodada allá y no andar tan mal acomodado aquí. Sí, debería obedecerle a Paloma, hacer de cuenta que el barco se está incendiando y tirarse al charco sin pensarlo más.

Los razonamientos de Marcelo se extinguen con los nuevos timbrazos del teléfono. Él se queda mirando el aparato, pero no lo levanta. Se escucha de nuevo la voz senil de doña Elvira.

—Violeta, Violetica, soy yo otra vez. Su mamá. Mire, es que le mandé una sorpresa. ¿No la ha visto? No me ha dicho nada. Se la puse trasantier. Búsquela en el computador. Quiero que la vea antes de que venga. Aquí ya no tendría gracia. Llámeme. Dígale a José Luis que se acuerde de mandarme el...

Marcelo agarra la bocina. Habla.

—¿Con quién? —pregunta doña Elvira.

—Con Marcelo.

—¿Ése no es el apartamento de José Luis?

—Sí señora, este es.

—¿Y usted quién es?

—El compañero de él —dice Marcelo sin el menor cuidado con las palabras que pronuncia.

—Compañero de qué, ¿del grupo? Ah, es músico también.

—Compañero de vida, señora. Por si no lo sabía, soy el hombre con el que vive su hijo desde hace más de un año —y antes de que doña Elvira pueda decir algo más, le cuelga.

—No te quise creer —le dice José Luis a Violeta cuando se bajan del auto.

En su última semana en Nueva York ella ha estado haciendo compras y despidiéndose de los museos. Hoy tuvo que ir al banco con su hermano para sacar el dinero que le quedaba. Él se antojó de mandarle cosas a la familia y se pegó al recorrido por las tiendas.

—Me ofendiste con eso y lograste hacerme sentir mal. He pasado entretenida comprando los regalitos, pero qué días.

En silencio entran al edificio y se acercan al ascensor. Está en el último piso. José Luis lo llama. Mientras tanto, vuelven a conversar.

—¿Seguirás con él?

—Creo que estoy hecho para vivir solo, pero Marcelo es tan envolvente... Palabra que ni cuenta me di de cómo pasó

todo. Cuando menos lo pensé estaba aquí viviendo conmigo. Ya no me atrevo a echarlo. Aunque también me ha alegrado la vida y he disfrutado su compañía. Tengo que reconocerlo. Tampoco voy a lamentarme ahora. Él es muy entusiasta, muy divertido y...

—Pero temperamental.

—Algo, sí. A veces sale con unas cosas que mejor dicho —dice José Luis moviendo negativamente la cabeza y mirando hacia arriba. Ve la hilera de números por encima de la puerta del ascensor. El aparato sigue sin moverse en el último piso. El portero ha salido de su cubículo y viene caminando hacia Violeta y su hermano.

—Claro que...

El portero llega y les informa que hay una mudanza y que los nuevos inquilinos tienen permiso para usar el ascensor. No hay otro remedio. Deben subir por las escaleras. Se van haciendo estaciones en cada piso, más por la conversación que los hace detenerse que por la necesidad de descansar.

—¿Claro que qué? —pregunta Violeta.

—¿Qué? Ah, ya. Es que en una fiesta pasan tantas cosas. Como para arrepentirse, quiero decir. Creo que lo de Robert fue más una ociosidad de parte de Marcelo, una niñería que un...

—No te engañes. No es lo de Robert solamente. Es una acumulación de hechos.

—De todas maneras, Marcelo está muy joven. Le llevo casi veinte años.

—A propósito de Robert, ¿cómo manejas la situación con el grupo?

—Esa es otra cosa para pensar. Quisiera evitar confrontaciones con él, por el grupo, sabes. No me gustaría dañar el ambiente que tenemos.

—¿Pero le hablaste?

José Luis calla. Con un gesto responde que no.

—¿No le has mencionado nada?! ¿Cómo haces para trabajar con él?

—No puedo mirarlo igual.

—¿Y entonces!

—Prefiero evitarlo. Ya se me pasará.

—Ay José. Eso no me gusta. ¿Cómo te le quedas callado a dos personas que te han engañado? Lo mejor es hablar las cosas directamente y en el momento que son. ¿Qué sentido tiene tragártelas?

—Con Marcelo sí hablé.

—Pero no hiciste nada. Ahí sigue.

—Necesito tiempo para decidir. Aún tengo dudas. No quiero equivocarme al manejar este asunto. ¿Qué gano con pelear ahora? Además, ¿para dónde se va a ir Marcelo?

—Piensa en ti, no en él.

—No soy capaz de echarlo. ¿Para qué voy a humillarlo si de todas maneras se va en diciembre?

—¿En diciembre?

—Por el matri...

—Ah, claro, la boda de la mamá.

—Pero está pensando en devolverse del todo.

—¿Verdad?

—Yo le digo que no se apresure, que se vaya de vacaciones como era el plan.

—Antes deberías aprovechar.

—Quisiera ayudarle. No ha podido hacer lo que quería. Y no por falta de interés o de talento. ¡Porque es muy talentoso! ¿No te parece?

—Pero le falta disciplina. Es bastante disperso. Y así el talento para qué.

—Igual tiene muchas cualidades.

—Veo que has aprendido a quererlo a pesar de sus defectos. Con razón trataste de negar lo que te conté.

—Ojalá pudiera seguir negándolo, pero sé que es cobardía engañarme. Gústeme o no tengo que reconocer que siempre había sentido una incomodidad con Marcelo. Algo en él no terminaba de convencerme. Antes o después, esto iba a pasar. Sin embargo, no sé si estaré haciendo lo correcto.

—¿Necesitas más motivos para convencerte?

—No estaría de más. Se perdona una vez, pero no dos.

—Cuando uno cree que tiene la vida armada resulta más cómodo evadir los problemas. Pero tienes que enfrentarlo José. Esto afecta tu vida personal y laboral.

Van por el pasillo y se están acercando a la puerta del apartamento. José Luis cambia de tema. Con ello da por cerrada la abierta conversación que ha tenido con su hermana

—¿Sí trajimos todo? Mañana tienes que dedicarte a empa-car de verdad. Te queda un día.

—Ah, y el amigo de Eva nada que aparece con los papeles. Tendré que llamarlo otra vez.

—¿Vas a salir? —le pregunta José Luis a Marcelo cuando lo ve tomar del perchero su chaqueta con la bufanda—. Pensaba que íbamos a hacer comida para los tres esta noche.

—Me han citado al restaurante porque habrá una cena de gala.

—Dijiste que no trabajarías hoy.

—Llamaron hace un momento. El bartender se ha resbala-do en las escaleras del hotel y parece que se lastimó una mano. Y estamos con el tiempo apretando.

—¿Quieres que te lleve?

—No, no, no te afanes, el tren a esta hora no va tan car-gado. De todas maneras, te lo agradezco.

—Y yo de todas maneras te voy a llevar. Quiero hablar contigo —replica José Luis, que vuelve a ponerse la chaqueta y se va con Marcelo.

Violeta aprovecha para hacer llamadas. Al lado del teléfono encuentra el papelito con los datos. Emilio Garcés se llama

el hombre con quien Eva le pidió ponerse en contacto. Es el futuro reemplazo de la profe. Como explicó ella cuando llamó, para ocupar una plaza en la universidad ya están exigiendo estudios de postgrado y este señor tiene una maestría en Columbia. “Claro que sigue en pie mi ofrecimiento de las clases para ti. Igual, si él se vincula tú podrás tener tu cátedra, al profesor por horas no le exigen tanto título”. Así lo dijo Eva. Y ahí está la dirección del tipo que Violeta anotó con la firme intención de ir al otro día a recoger los papeles. Pero como el tipo dijo “eso me tomará tiempo y esta semana estoy bastante atareado con la corresponsalía, yo le aviso cuando los complete”, ahí sigue ella esperando. Claro que el hombre le advirtió que “si no aparezco, bien pueda llámeme que no me molesta. Al contrario. Puede olvidárseme y esto me interesa, y es mejor que usted se lleve mis documentos y más si Evita se lo encomendó”. Así dijo el señor periodista que está dudando si irse a vivir a Medellín, una ciudad que no conoce y a la que nada lo ata, de la cual necesita motivos para volverse su habitante permanente pues hasta ahora la única razón que anima la decisión es darle gusto a la queridísima colega Eva, una mujer tan brillante cuya amistad es segura a pesar de la distancia, de dejar de hablar por meses y años; la veterana periodista a la que Emilio le aprendió tantos trucos del oficio cuando empezó como reportero en la gran urbe gringa, a quien le debe haber persistido en sus estudios en Columbia, como le contó él a Violeta en la llamada que ella le hizo después de hablar con Eva, una llamada que se prolongó por casi una hora, durante la cual Violeta y Emilio se hablaron como si se conocieran de siempre, con una cercanía extraña como si no haberse visto la cara, la mirada, el gesto, no fuera barrera, en la que los minutos se fueron como segundos. “¡Ah sí! ¡Ya me acuerdo! Usted es el periodista del que Eva me había hablado tanto, yo creo que lo vi a usted una vez haciendo un informe en un

noticiero de televisión en Colombia, ah claro, sí, yo también fui periodista varios años y alumna de Eva, ella y yo somos muy buenas amigas, la quiero mucho y tengo que llevarle sus papeles porque la convocatoria se cierra la semana entrante y el correo allá es pésimo, es mejor asegurarse, si no le llevo esos papeles usted se queda fuera de la convocatoria y Eva solo confía en usted para poder jubilarse tranquila pues ella dice que la única manera de asegurarse que no lleguen a borrar de un manotazo lo que uno ha hecho en tantos años es encargarse de quién lo sucederá. ¡Cómo le parece eso! Además de tener que tomar la decisión de salirse tiene uno que voltear con el reemplazo. Es que ella tiene mucho miedo de que se olviden de lo que hizo, está obsesionada por dejar las cosas en buenas manos, y hay que ayudarla”.

Sí, hay que ayudarle a la queridísima Eva con su reemplazo, así él no parezca muy convencido de cambiar Nueva York por Medellín. ¿Quién podría estarlo? Eso se hace por la última, porque no hay de otra o porque se tienen intereses muy especiales. Pero, ¿qué puede ofrecerle Medellín a un tipo de este calibre?, ¿qué de especial podría encontrar allá si ni siquiera es paisa?, ¿qué diablos querrá ir a buscar a esa ciudad? A lo mejor anda con la tristeza alborotada por su Colombia cicatrizada, golpeada y abatida. A lo mejor como es un soltero cuarentón, según dijo Eva, debe estar en crisis, buscando qué hacer con su vida. A lo mejor estará creyendo que volverse profesor universitario en Medellín es una buena alternativa. A lo mejor Eva le echó el cuento diciéndole que no hay nada como la Universidad de Antioquia, y él se lo creyó.

Ahora Emilio y Violeta están hablando de nuevo por teléfono, ella moviéndose de un lado para el otro en el cuarto para terminar de vaciar las cosas que le quedan en el closet, él no se sabe desde dónde.

—Todavía me falta un certificado pero sigo muy interesado. Lo reclamo en una hora. ¿Cree que podríamos vernos en el aeropuerto mañana. ¿En qué vuelo se va usted?

—¿Mañana en el aeropuerto? Ay no, qué estrés. Preferiría que la diligencia no se quedara para el último día, no conviene dejar para el final las cosas importantes. Tampoco quisiera tener otro motivo de angustia a la hora de irme. ¿Donde usted se retrase? Aquí las distancias son enormes. Y un periodista como usted debe mantenerse sin un minuto en la agenda.

—¿Cree que puedo dañarle el viaje, que llegue tarde y la deje el avión por estar esperándome?

—No, es por Eva. ¿Qué tal que usted no pueda llegar y tenga que irme sin sus papeles?

El hombre es práctico, sin rodeos, de una sola palabra, no da pie para revirar más ni decir más boberías o anticiparse a los hechos.

—¿Podríamos vernos ahora entonces? ¿Dónde es el apartamento de su hermano? Yo paso después de reclamar el documento que me falta.

Violeta concluye la conversación aceptando el encuentro con el amigo de Eva, la querida profe que por ningún motivo debe pensar que su ex alumna ha dejado de hacer todo lo posible para cumplirle con el favor, después de esos mensajotes que le mandó pero que ella apenas si contestó por estar haciendo catarsis en Central Park y en la soledad del apartamento de José Luis, por andar organizando notas en la computadora y armando archivos, por pasársela corrigiendo y puliendo el original de Campoalegre en vez de cumplirle a Eva y escribirle en las cantidades que le había prometido. Pero una historia tan larga y en escasos dos meses qué tiempo iba a dejar para escribir correos como los de Eva; si le mandó el que le mandó, así haya sido a la hora de irse, es porque vio que ya tenía encima el día del regreso y le dio vergüenza con ella;

más vale tarde que nunca, bastante lo han pronunciado, sí, pero sigue vigente y bien útil es echarle mano al dicho para sacudirse los remordimientos pues ya suficientes son los que lleva por José Luis.

—Me lo imaginé, pero me hubiera gustado enterarme de otra manera. Hubiera agradecido que me lo dijera él —dice la mamá de Violeta al otro lado del teléfono. Después de la llamada a Emilio Violeta le marcó para ver qué otra cosa se le ocurría que le llevara, a lo cual ella contestó “lo único que se me ocurre es saber ese cuento de Marcelo”, y a continuación le contó a Violeta lo sucedido con su llamada.

—Ay mamá, cuánto siento que lo hubieras sabido así, pero entiéndelo, José es muy reservado y esas son cosas muy íntimas.

—Conmigo siempre tuvo mucha confianza. Por eso no me explico por qué...

—Tal vez pensó que no lo entenderías —le interrumpe Violeta—, que te haría sufrir.

—Una madre entiende todo. Lo que no entiendo es por qué a Margó sí le contó.

—¿Ella sabía?!

—Pues claro. Esa es la otra cosa que me tiene dolida. No es tanto que viva con un hombre, era de esperarse, pero que me lo haya ocultado tanto tiempo y en cambio a Margó sí le haya contado.

—Bueno mamita, no te amargues por eso. Al fin y al cabo vivió con ella en el momento más difícil de su vida, acuérdate. A veces uno puede ser más espontáneo con los extraños que con los de la casa. Es normal.

—Sí, yo sé. A ti te pasó con Iris. Por eso siento lo de José Luis. Ya son dos los hijos con los que tengo distancia. Y no es porque estén por allá tan lejos. Era lo que te decía en la carta, que con ustedes dos las cosas han sido distintas. Primero tú en Campoalegre y luego él viviendo con Margó. Fueron como

los dos hijos idos de la casa antes de tiempo y no por su propia voluntad. Porque Julián se fue porque le dio la gana. Y ahora está conmigo y me consuela haberlo podido recibir mientras se acaba de organizar. Así como he recibido a Margó con todo el gusto porque ella fue mucho lo que me ayudó con José Luis, él es lo que es por ella.

—Oye mamá, dijiste que una carta. ¿De qué carta me hablas?

—La que te mandé. ¿No oíste mi mensaje?

—¿Mensaje? ¿Dejaste mensaje? ¿Cuántas veces llamaste pues? Marcelo no nos dijo nada.

—Qué iba a decir después de la que me hizo. Eavemaría, ese hombre no debe ser bueno.

—No juzgues por tan poco. Es algo irresponsable, pero tiene sus cosas buenas.

—¿No la has leído? Pensé que ibas a leerla ahí mismo. ¿No te mantienes pues pegada de Internet?

—Ahora no, he estado saliendo mucho para aprovechar los últimos días. Y llego muy cansada. Es que uno de turista camina más de la cuenta.

—Y con esos pies como te molestan.

—Ya me duelen menos. ¿Y de qué es la carta?

—Léela. Me quedó muy larga. Me costó hacerla. Julián me ayudó a mandarla. Margó está descremada con la Internet. Ah, te manda decir que le traigas unas vitaminas como las que le trajo la otra vez José Luis, que te las paga aquí.

—Ah mamá. Ya que lo mencionas, le conté a Jóse que Margó está pensando en irse para un asilo y está tan preocupado que va a adelantar el viaje. Quería irse conmigo, imagínate. Que él tiene que ir a ese barrio a ver quién es el que se va a quedar con las casas de la tía.

—Que ni se le ocurra, es muy peligroso. Dile que tranquilo, que Julián está ayudando con eso, con la agencia de detecti-

ves que está montando. Que mejor espere para que venga al matrimonio de él.

—¿Ya definió la fecha?

—Sí. Ah. Esa era la otra cosa que quería contarte, a ver si me traes unos cubiertos de plata de allá para regalarle. Es en enero. Por eso es mejor que José Luis espere. Como él me había dicho que no le gusta venir en diciembre por la parranda y la bebedera, le propuse a Julián mover la fecha para que el hermano pueda estar. Quiere que sea el padrino, contigo. ¿Él está?

—Acabó de salir. ¿Le vas a decir que te enteraste?

—Por ahora no. Para qué voy a sorprenderlo o hacerlo sentir mal. Ya hablaré con él después, aquí. Cuéntale tú primero. O que le cuente... ¿cómo se llama?

—Marcelo

—Eso. Que Marcelo le cuente lo que me dijo.

—Jamás lo hará.

—Entonces díselo tú.

—¡Yo?!

—¿Y quién más?

—¿Cómo voy a echar más leña al fuego?

—Me parece bueno que sepa que yo ya sé.

—No, yo no, ni riesgos. Arreglen eso entre ustedes.

—¿Y cómo así que echarle más leña al fuego? ¿Qué quieres decir?

—Ay no mamá, no hablemos más de eso, son los asuntos de José y no voy a ponerme a rajar de él. Ni más faltaba. Hablen ustedes.

—¿Rajar? ¿Por qué tendrías que rajar, ah?

—Pues... pues es una manera de decir que no quisiera meterme en su vida —le contesta Violeta a su madre y luego se dice a sí misma “y ya me he metido demasiado”.

—Oye, ¿ese Marcelo cómo es?

—...

—¿Qué?

—¿Marcelo? Muy animado. Sí. Simpático. Buen mozo. Agradable, sí.

—¿Cómo cuántos años tiene?

—Menos que José.

—¿Es menor? ¿Mucho?

—Sí, está joven, sí.

—¿Y sí será de buenos sentimientos? Qué tal se manejará con José. ¿Sí le será fiel?

—Mamá, por Dios, deja de preguntar tanta cosa. ¿Cómo que si es fiel? ¡Yo qué diablos voy a saber! Por qué dices eso.

—Es el riesgo más grande en una relación y dijiste que tiene menos años.

—¿Y eso qué?

—Los jóvenes son tan alocados... Incluso en el amor. Y ya se los he dicho mucho, la lealtad es lo que más importa. En todo. En el amor y en la amistad. Sin ella, ninguna relación vale la pena. Dile eso a José Luis, que yo lo dije.

—Díselo tú que eres la mamá. Te hará más caso a ti. Yo apenas soy la hermanita menor.

—Y a la que más ha querido. Te adora y te oírás. Prométeme que le vas a decir las dos cosas Violetica, por favor, ¿sí? No quiero que sufra o se burlen de él. Y de aquí a que venga y yo hable con él... ¿Se lo dirás?

Violeta lanza un suspiro fuerte, algo exasperado.

—Bueno, está bien. Yo le digo.

—Me quedo más tranquila. No le cuentes que estoy herida o molesta. Simplemente que ya sé.

—Sí, sí, no te preocupes.

—¿Entonces tampoco oíste lo de Lorenzo?

—¿Lorenzo? ¿Qué le pasó?

—Ay no hija, cómo así. Y esta llamada como está de larga.

—Tranquila mamá que la tarjeta da para largo.

—Pues imagínate que el otro día...

Y por un rato más siguen agotando minutos y dólares de la tarjeta de llamadas telefónicas. Con pelos y señales, Elvira le cuenta sobre las llamadas de la agencia. Finaliza la conversación con otra lista de encargos, “unas cositas que se me habían olvidado”. Después de despedirse Violeta se va para el computador, lo prende, entra a Internet y busca los mensajes que tiene. Hay como doce, dos de ellos de la agencia, el primero enviado desde el buzón de Berenice, el segundo desde la gerencia. Los abre en orden y los lee. El de la secretaria dice:

Hola Violetica. ¿Usted cómo está? No se imagina cuánto la he extrañado y he querido saber de usted. Le escribo sobre todo porque me lo pidió don Lorenzo. Él necesita hablar con usted. El otro día me hizo llamar a su casa. Hablé con su mamá. Tan linda la señora. Está toda triste sin usted.

Don Lorenzo le manda decir que le ofrece trabajar con nosotros de nuevo, pero como freelance. Esto es en serio. Yo ahorita voy a mandarle otro mensaje, el oficial, cortico, escueto, del buzón de él. Este voy a borrarlo apenas se lo envíe para evitar que de pronto se dé cuenta de lo que le estoy contando y aconsejando, porque óigame bien: acepte lo que le va a ofrecer pero con condiciones, aproveche para que se ponga a hacer lo que a usted le gusta, ránchese en que no más de copy y que no la haga venir aquí, que todo desde su casa. Es mejor por los laditos, usted ya sabe cómo es el ambiente aquí, pero pagan bien y este negocio se mueve, sigue creciendo. Y pese a todo don Lorenzo siempre le respetó su trabajo. Lo que pasa es que esos caracteres de ustedes chocan mucho. Es como si ustedes se odieran y estimaran a la vez. Usted no tiene que quererlo, simplemente sea

práctica y aprovéchese de la situación para hacerse a un buen trabajo. Cómo le parece que se ganaron una licitación buenísima con la Alcaldía para hacer una colección de unos libros. No entiendo bien de qué son, pero están buscando un buen periodista y escritor para que los haga. Incluye todo, desde investigar el tema hasta escribirlo y coordinar la impresión. Ahí verá si le interesa. Usted podría medírsele a eso. De todas maneras, si habla con don Lorenzo se hace de las nuevas, él no me ha adelantado nada, simplemente me pidió que la contactara. Yo le recomendaría no echar en saco roto lo que él le pida. Por eso, contéstele. Además porque va a creer que no le insistí y soy yo la que quedo mal.

Entonces, ¿cómo está? ¿Sí piensa quedarse viviendo allá? Esto aquí está muy maluco, la Comuna 13 está toda revolucionada, así que si está pasándola bien allá, quédese. Si no, sabe que aquí siempre la recibiremos con los brazos abiertos, al fin y al cabo esta es su tierra.

Le mando un abrazo. Cuídese mucho. La quiere.
Bere

El siguiente mensaje es enviado del buzón gtegralcreativem@net.com.co y dice:

Periodista
Violeta Sánchez Ruiz
Apreciada Violeta

CreativeMix se apresta a desarrollar importantes proyectos editoriales que le han sido adjudicados a la empresa. Dada su trayectoria en nuestra agencia y la excelencia de su trabajo, nos gustaría mucho contar con su participación. Si está usted interesada en vincularse de nuevo con nosotros, le agradecería

ponerse en contacto con Ivonne Pérez, jefe de la sección de Proyectos especiales. Reciba nuestro saludo.

Cordialmente
Lorenzo Cortés
Gerente General

De manera impulsiva Violeta contesta al buzón de Lorenzo. Tan solo escribe “OK. Recibido. Gracias. En principio me interesa. Estaré en Medellín la próxima semana y entonces haré la cita del caso. Un saludo cordial. Violeta”. Después le escribe un corto mensaje a Berenice contándole acerca de su regreso. Y finalmente abre el mensaje de su mamá. El encabezado del email dice:

Querida hija. Esta carta iba a mandarla por correo normal, pero Julián ha estado enseñándome a usar Internet para poder enviártela como se hace hoy en día. Por eso me demoré tanto. Tuve que digitarla en el word después de que la había escrito a mano. Pero me ha parecido muy bueno ver cómo salen las palabras en la pantalla cuando escribo. Yo nunca pensé que iba a sentarme frente a un computador, para mí eso era algo que ya no me había tocado en esta vida. Pero ahí ves, la vida siempre lo sorprende a uno con cosas nuevas e inesperadas. Siempre que te veía pegada del aparato me preguntaba cómo sería eso. Me parecía más enredado que la máquina de escribir, que fue lo que me tocó a mí desde el colegio. Te confieso que me daba miedo. Todavía no me acostumbro a mirar la pantalla mientras tecleo. Me siento muy rara. No hay papel como en la máquina de escribir. El sonido de las teclas tampoco es el mismo. Aunque las letras están en la misma parte, la posición también es distinta y me equivoco. Sin embargo, esto me parece mejor que en la época

de Margó cuando el correo se demoraba semanas. Julián me aseguró que esta carta te llegará apenas yo de enviar al mensaje. Es algo mágico y me parece mentira. Aquí está él ayudándome a adjuntar el archivo, pues hasta allá no he aprendido. Que te manda saludes. Espero que te guste esta sorpresa. Mira, hasta un correo con mi nombre me abrió Julián. Ya puedes escribirte conmigo como haces con Eva

Violeta sonríe por la ocurrencia de su mamá. Luego lee la posdata que ha escrito al final del mensaje:

PD. Te llamaron de la agencia, no te había querido decir por teléfono para no mortificarte, quedaste muy dolida con Lorenzo. Me pidieron tu correo y yo se los di. No el número del teléfono, aunque me insistieron. Por lo menos si te escriben puedes pensar y darte el lujo de no contestar. Analiza bien lo que harás si te escriben. A lo mejor no es estar allá sino aquí lo que te corresponde

Por último, Violeta abre el archivo enviado por viraruiz@net.com.co y empieza a leerlo.

Medellín, 15 de noviembre de 2002

Hija mía. Creo que la última carta que escribí fue cuando Margó vivía en New Jersey. Me desacostumbré por José Luis pues a él...

La lectura de la carta de doña Elvira es interrumpida por el citófono. Cuando Violeta escucha el nombre Emilio Garcés en la voz del portero empieza a sentir palpitaciones en el pecho como si estuviera asustada. No logra identificar si el sobresalto lo provoca el timbrado del aparato o la inminente presencia del desconocido que sube por el ascensor.

—¿Usted es Violeta?

—Sí, cómo no.

—Yo soy el amigo de Eva.

—¿El amigo de Eva? ¿Emilio? ¡¿Usted qué está haciendo aquí?!

—Tengo entendido que quedamos de encontrarnos.

—Sí, pero nunca me imaginé que... Perdón. Pensé que se demoraría más.

—O que no vendría.

—Pues... tampoco exagere. Mucho gusto —dice Violeta y le extiende la mano. Cuando se junta con la de él, la siente acogedoramente cálida en la suya, que se enfrió con el anuncio del portero y se puso helada con la llegada del visitante.

—Sígase.

Después de sentarse, él se quita la cachucha verde clara, limpia de marquillas o bordados publicitarios. Con razón este hombre usa gorras. No le queda un solo pelo en la corona, aunque alrededor de ella y por el resto de la cabeza, el cabello se reparte con generosidad. Luego se afloja la corbata, pero no se quita el saco. Sus zapatos son demasiado deportivos para el traje, pero le lucen.

Emilio se queda observando a Violeta, callado.

—¿Qué me ve? —dice ella al notar la cara de extrañeza de él—. ¿Acaso duda que sea la amiga de Eva? Si quiere le muestro el pasaporte.

—Sí... Digo, no. Es que...

Emilio se rasca la calva. Parece preocupado.

—Cómo le dijera —contesta. Luego se quita las gafas, acerca los ojos a la cabeza de Violeta y le mira el pelo. Después de estar seguro del color de las raíces que ha visto en la cabeza de ella, se tranquiliza

—¡Ah, sí, es usted pelirroja! —dice mejorando la cara de preocupación—. Pensé que era mentira.

—¿Qué? ¡Pelirroja? ¡Y eso qué?

—Eva siempre me habló de una pelirrojita amiga. Por eso yo tenía ganas de conocerla.

—¿Pelirrojita?...Claro, se les hace muy raro, siempre les he parecido muy llamativa con mi pequerío y el colorcito del pelo.

—¿Le disgusta?

—¿Por qué cree que me lo pinto?

Emilio se siente regañado.

—Perdone, no sabía. En efecto creí que iba a encontrarme con una pelirroja.

—No importa. ¿Trajo los documentos? Démelos pues.

—Sí, por supuesto, aquí están. Dígale a Evita que estoy muy interesado y que creo que ahí está todo –le dice él mientras los saca y se los entrega–. Que me tenga al tanto.

A Violeta le parece que Emilio no es tan espontáneo en persona como en el teléfono. Él no le quita el ojo de encima, pero tampoco autoriza a hablar mucho. Quizá su recibimiento ha sido un poco frío. Qué situación tan incómoda. Ella hace un esfuerzo por ser más cordial.

—¿Quiere café? ¿Sí podía venir hoy?

—Aquí estoy.

—Espero no haberlo obligado a cancelar otro compromiso.

—Tengo tiempo de sobra.

Evidentemente Emilio luce azarado, desconcertado, decepcionado. Violeta lo nota.

—Parece que no le ha hecho mucha gracia conocerme. Lamento que no haya encontrado a la pelirroja que esperaba.

—Discúlpeme, Eva me había hablado tanto de usted que me había entusiasmado.

—¿Entusiasmado? ¿Cómo así?

—No me malinterprete. Es solo que... Bueno, podrá parecer tonto, pero se me hacía maravilloso conocer a una mujer que tuviera el color del amor en su pelo. Son tan escasas. Y más siendo colombiana, de mi tierra.

Violeta se alarma con lo dicho por Emilio. Se le viene a la cabeza el recuerdo de Andrés. Siente una opresión en el estómago y un debilitamiento en las piernas. Podría desmayarse si se levantara de la silla.

—¿Qué ha dicho usted?! —pregunta asustada, pero a Emilio su tono le suena enojado.

—¿Qué tiene?

—¿Por qué me dice eso?

—¿Le molesta? Perdóneme, pero yo solo quise que...

—No, claro que no me molesta, ni más faltaba. ¿Molestar-me? Cómo se le ocurre. Al contrario.

La sensación en ella se vuelve un hormigueo que sube por las piernas hasta el vientre, cae en el estómago, asciende por el lado izquierdo, llega al pecho y lo expande como si estuviera abriéndole el corazón. Emilio la mira profundamente. Descubre que más bonito que el pelo tiene los ojos. Le sonrío.

—¿Por qué reaccionas así entonces, Violeta bella? —le dice dejando a un lado la timidez, con la misma confianza con que le habló en la larga conversación telefónica sostenida días atrás.

¿Le dijo bella? Qué encantador ha sonado eso. Cuánto hace que a ella no le decían cosas así. Qué turbación hace sentir este señor tan simple en apariencia, con esa figura que no dice mucho, excepto que es un latino culto, buena gente y cálido, lo cual ya es mucho.

—Es que me parece tanta casualidad —responde ella tragando saliva de nuevo.

—Tanta casualidad qué.

—Pues que... No, mejor ni le digo, no me lo va a creer.

—Bueno, si desconfía.

—No, no es eso. Es que es una bobada. Se va a reír.

—Entonces no es una bobada sino un chiste. Claro que hay chistes bobos. Ah, es un chiste bobo lo que me quiere contar. Adelante, son mis preferidos.

—Y son muy buenos. A mí también son los que más me hacen reír —dice Violeta a quien le está pareciendo que, como se dice en su país, el hombre le está mamando gallo. Aun así, no se deja amilantar y sigue—. Parece que tiene usted buen humor. Lástima. Y este encuentro tan de carrera y con malentendidos.

—¿Malentendidos? Dónde está el malentendido. Yo no lo veo —dice él volteando a ver a su alrededor.

Violeta mira hacia arriba, como queriendo decirse “con este tipo no hay caso”.

—En mi cabeza está el malentendido —le dice ella acercándosele a la cara a ver si entiende—. Por el color del pelo, ¿me explico?

—Bueno, no importa. El de sus ojos está mejor.

Violeta vuelve a azararse, sin embargo, no se sonroja como antes y agradece con serenidad el elogio. Claro que después empieza a gaguear.

—De todos modos quiero aclararle que... Es que lo que pasa es que... A ver, cómo le digo —dice, hasta que por fin desata el nudo—. Me pareció raro lo del color del pelo porque yo tenía un novio que pensaba lo mismo.

—Razón tenía yo. En asuntos de mujeres los hombres no siempre nos equivocamos. ¿Te das cuenta?

Él se levanta y se guarda en el bolsillo la historia de detectives de Dashiell Hammett entre cuyas páginas traía los sobres con los documentos.

—No, no puedo tomarme el café. Era mentira que me sobra el tiempo. Una ilusión que me hice —dice él.

—Qué pesar que no pudimos conversar más. Me hubiera gustado.

—Tiempo habrá. La próxima vez nos veremos en Medellín. Y espero que con tu pelo como es. Así no te guste, el amor es rojo como tu pelo, créeme. Violeta piensa en contestarle “también es roja la sangre de los muertos”, pero nada más

agrega. Solo le sonrío y le estampo el beso que le nace darle en la mejilla. Él la abraza con efusividad.

—Abrázame Violeta, no te de miedo que vamos a ser muy buenos amigos —le dice al sentir que ella se cohíbe de responderle, y a ella no le queda más remedio que arrojarse a los brazos de un desconocido como si fuera el allegado más entrañable, abrazarse a él con tanta intensidad como lo hará en unas horas con su querido hermano José Luis al despedirse en el aeropuerto.

Emilio se acomoda la gorra en la cabeza y se despide. Luego de que Violeta cierra la puerta del apartamento empieza a sonreír como quien acaba de protagonizar una picardía. Adentro, ella queda con una emoción extraña, un entusiasmo raro sabiendo que lo que tiene por delante es un viaje de alguna manera indeseado. Ya todo se acabó y nada raro pasó con tantas expectativas como traía. Aun así, siente que tiene un motivo para celebrar. Por eso va a la cocina y abre una botella de vino. Con una copa entra al cuarto con la intención de recoger cables del portátil y empacarlo de una vez.

—¡Ay, la carta de mi mamá! Verdad —se dice al verla exployada en la pantalla. Y la lee.

Hija mía. Creo que la última carta que escribí fue cuando Margó vivía en New Jersey. Me desacostumbré por José Luis pues a él le gusta más el teléfono. Quise redactarte esta carta en pago por las que te quedé debiendo cuando estuviste en Campoalegre y no pude hacerte ni una, aunque obligué a todos a que te escribieran. Como los domingos no había que rezar el rosario porque íbamos a misa, nuestro rosario eran tus cartas. Muchas se fueron sin revisar porque estaba muy ocupada con Luciano, y Tere hacía lo que podía con los errores. Me he acordado mucho de aquella época ahora en que otra vez estás lejos. Sé que te quedaron resquemores porque te

dejamos en la finca más tiempo de la cuenta, pero también a mí me pesó como se alargó tu última temporada. En principio no le vi problema a dejarte con Iris unos días más; me pareció más cruel que ella estuviera sola y, además, quise hacer algo por Ramón que ya se había muerto; protegiendo a la mujer que amó, le agradecía por haber sido un padre para mí. Después, cuando me deprimí tanto por lo de Luciano, pensé que verme así te impresionaría y que lo más indicado era tenerte al margen porque ya tenías suficiente con el crimen. Temí que la situación de la casa te afectara y no entendí que la casa es la casa sea en las condiciones que sea. Por eso, perdóname hija mía.

Me asusté mucho con el nacimiento prematuro de Luciano, me sentí incapaz de sacarlo adelante. Luego se le descubrió el Síndrome y me angustié más, creí enloquecer porque me acordé de la hermanita de Lupe que sufría lo mismo, pero la mantenían escondida y amarrada en una pieza enseguida del baño. Nosotras la oíamos gritar cuando íbamos a hacer las tareas del colegio, y yo a veces me aguantaba las ganas de orinar para no tener que oír sus gemidos detrás de la puerta. En la misma casa de mi compañera le decían la mongolita. Por eso me traumaticé cuando confirmaron el problema de Luciano pues para mí la imagen de un niño así era la de la hermanita de Lupe. Creo que mi trastorno fue más por pensar que mi niño tendría que crecer encerrado en una pieza. Tu papá y yo nos confundimos mucho, no sabíamos qué hacer y Margó dijo que lo mejor era que tú siguieras con Iris. Mamá no quería, pero Margó fue la que manejó todo en aquella época (por eso me parece tan irónico verla ahora aquí conmigo de arrimada. Ni te imaginas lo que ha sufrido con la operación Orión. Así les dio

por llamar la guerra allá en esa comuna. Cuando vengas te contaremos los detalles, aunque imagino que ya los habrás leído pues Julián me mostró que también los periódicos los metieron en Internet). Ahora te has ido menos tiempo, pero te he extrañado más que la vez en que estuviste en Campoalegre y tengo tantas ganas de que vuelvas como entonces. Han pasado muchos años de eso, sin embargo yo no olvido la emoción tan grande que sentí cuando te vi con tus trenzas como de película, tus dientes crecidos sin muequera, tus mejillas coloradas y tu piel como un durazno. Me pareciste la niña más linda que había visto, no podía creer que yo fuera la mamá de una niña así y que hubiera sido capaz de tenerte lejos. Sí, había concebido a Luciano anormal, pero tú me corroborabas que también mis genes podían dar lugar a la perfección. Podría haberme quedado abrazándote durante horas, contigo en mi pecho, con tu cabeza entre mis manos. Te cuento esto porque si a José Luis le hubiera contado cosas así, tal vez él habría regresado o querría vivir a nuestro lado algún día, porque de haber hablado a tiempo no lo habría perdido, pues él es como un hijo que tengo y no tengo y no quiero que contigo me pase lo mismo. Ya hemos perdido demasiado Violeta. A Ramón, a tu papá, a Luciano, a Iris y por poco a Julián que, como tú, ha tenido una vida difícil, como si después de haber visto a Ramón ustedes hubieran quedado un poco condenados. Por supuesto que nosotros fuimos los primeros en condenarlos, a ti al destierro en la finca, a él a la falta de tu compañía. Sé que aquello les hizo mucho daño, lo ideal era que hubieran permanecido juntos después del crimen, pero lo entendí después. Así nos pasa a los padres, nos engañamos pensando que estamos haciendo lo mejor por los hijos, pero solo con los años nos damos

cuenta de que no nos las sabíamos todas y que si algunos salieron adelante fue a pesar de nosotros. Menos mal que la sinceridad de la buena intención que tuvimos nos da el derecho al perdón.

Por eso me preocupo tanto por ti y por Julián, te insisto en que lo mío es tuyo, le estoy ayudando a él para que monte su negocio (sí es verdad que el sueldo de la corporación no le alcanza) y haga por fin una familia. He rezado mucho para que dejen el rencor que mantienen y para que se enamoren. Recuerda lo que hemos conversado, que el odio a nada conduce, excepto a hacerle daño a quien lo siente, y que el amor es el único que puede sanarlo. Ya Julián encontró a una mujer buena y no pierdo la esperanza de que tengas un día a tu lado a un hombre que sea tan amoroso como lo fue tu papá conmigo. El amor, cuando es puro, tiene una fuerza imponderable que redime lo que sea. Yo lo sé. De otra manera no habría podido quitarme la tristeza y la rabia que me dio cuando nació Luciano. Te confieso que renegué, me enojé con Dios, con la vida y la naturaleza por hacerme aquello. Me atormenté pensando que un día ustedes no pudieran casarse y tener hijos, que ninguno quisiera a mis hijos por temor a otro Luciano, me sentí culpable y miserable por haber traído al mundo a un hijo como la hermanita de Lupe, y lo rechacé. En cambio tus hermanos no, para ellos Luciano fue una fiesta, les nació darle cariño de inmediato y lo asumieron con tal naturalidad que me pusieron a pensar y por eso me propuse darle una vida digna y hacer todo lo posible para que viviera como una persona normal, no como la hermanita de Lupe. Por eso cuando me arriesgué a trabajar, me lo llevaba para el almacén y lo mostraba con orgullo, así lo miraran raro. Tu papá me ayudó y con los años llegamos a

sentirnos muy orgullosos de él pues fueron muchas las alegrías que nos dio; no en vano siempre tuvo la carita feliz. En un momento tan difícil para mí como ese, fue mamá quien me hizo recapacitar y me salvó con su idea de que no todo lo que sucede pasa porque uno lo quiere. Cuando menos lo espera una madre puede hacer daño, pero también mucho bien con una sola frase que pronuncie. Por eso se me ocurrió escribirte. Tal vez no necesites ya estas explicaciones, tal vez te lleguen tarde pues eres demasiado inteligente y estuviste más cerca de Iris que de mí; ella, como Teresa, estuvo más a tu lado que yo. Pero entiéndeme que yo era imprescindible para Luciano, mientras que tú siempre me hiciste sentir tranquila, eras tan madura, resuelta y centrada, tan ágil para aprender y, además, tenías cinco hermanos mayores y un papá que te prefería entre todos. Pensé que no me necesitabas mucho. Pero me equivoqué. Ahora solo puedo decirte que aunque me desentendí, nunca te perdí de vista. Yo te llevé dentro de mí Violetica, tú naciste de mí, eres una parte mía que anda por el mundo y eso es suficiente para interesarme por la forma como transcurra tu vida, estés donde estés y con la edad que tengas. Para nosotras las madres es indiferente que los hijos tengan diez, veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años, siempre serán nuestros niños. Ser madre es algo sin edad. Por eso ahora contigo en otro país siento algo parecido a cuando estabas en Campoalegre y tengo miedo de perderte para siempre. Perdí a José Luis por no decir lo que pensaba cuando tu papá lo echó, por no haber sido capaz de oponerme y decir que lo quería a mi lado. Por eso decidí escribirte, para pedirte que te quedes en Medellín. No tienes que vivir conmigo ni perder tu independencia, jamás renuncies a ella, así te cases.

Yo hubiera deseado ser más independiente, pero me crié rodeada de adultos. Luego dependí de tu papá; aunque trabajé y ganaba dinero, siempre necesité de él. Es inevitable cuando se trata del amor. Por eso su muerte me ha parecido lo peor de todo. No se puede dormir igual después de haber compartido una cama más de cuarenta años. Aún siento frío en las noches y tengo que dormir con calcetines, como tú; me pongo los de tu papá, los cuido mucho para que me duren el resto de la vida, me quedan grandes y a veces amanezco sin ellos, pero qué importa, no quiero usar otros. Así es el matrimonio. Teresa lo entiende, también Brenda, y tú lo entenderás el día en que viva a tu lado un hombre de buen corazón, el que estoy segura hallarás el día menos pensado. Hija mía, esto era lo que quería decirte. Me salió muy larga esta carta. Perdona. Se despide de ti Elvira, tu mamá que te quiere, extraña y espera abrazarte pronto

Sin palabras se queda Violeta con las parrafadas de su mamá. Si quería darle una sorpresa, lo ha conseguido. Sorpresa, regalo y problema a la vez, pues la carta significa las tres cosas. Nunca se la esperó, le ayuda a mejorar y redondear la historia de Campoalegre, pero le confirma que *Dejó una mariposa su capullo* aún no está concluida. Ya definitivamente no se va de Nueva York con la obra terminada bajo el brazo. Le tocará llegar a Medellín con el cuento sin cerrar, aunque con las revelaciones de su mamá puede dar por cerrado en su vida el capítulo de Campoalegre.

Le cuesta creer que su madre haya escrito el mensaje. De repente una mujer distinta se delata ante ella. Siente el impulso de leerlo de nuevo, pero se contiene; lloraría y lo que ha querido su mamá es hacerla sentir bien y no mal. También se frena ante la tentación de seleccionar el texto, copiarlo y

pegarlo en el archivo de su cuento. Sin salvarlo, cierra el documento, el cual se queda como un mero *attachment* del email recibido, el único hasta ahora de la mamá, un hecho digno de celebrar, que emociona, hace sentir como si una mano apretara el cuello y la necesidad de pasar algo por la garganta. O sea, la situación amerita otro trago. Violeta se va para la cocina y lo sirve. Con una copa más se devuelve para su cuarto y se pone a empacar las cajas con libros y otras cosas que definitivamente no caben y que José Luis tendrá que despacharle luego por carga o llevarle en enero.

“Ya sé que hablaste con mamá, pero yo voy a contarle a José, así que prepárate”, estuvo tentada de decirle a Marcelo cuando se despidieron en la acera del edificio de apartamentos. Prefirió verlo castigado con la sorpresa. Ella se opuso a que fuera al aeropuerto, a pesar de la insistencia de él que, mientras ayudaba a acomodar las maletas en el auto, repitió y reiteró que deseaba ir. Cuando José Luis accedió, tuvo que aprovechar un descuido de su hermano para decirle a Marcelo “perdona, es que en verdad tengo que hablar una última cosa con José, en privado, asuntos familiares urgentes y de última hora, ¿entiendes?”. Así, terminaron los reclamos de Marcelo quien, alarmado por la resistencia de Violeta a que los acompañara, había exclamado “vaya bronca la que me has tomado, deja ya el odio, mira que yo a ti te quiero bien, que te he aprendido a querer en estos dos meses y no soporto que me guardes rencor y te juro que te extrañaré. Si algún día quieres venir a España, allí te espero. Me llenaría de contento volverte a ver, y más sin ese flequillo ya del que veo que por fin te has liberado. Mira cómo te ves de guapa”. Por esas palabras, que le sonaron sinceras no obstante provenir de quien provenían, Violeta se dobló ante el abrazo de él, permitió que la apretara contra su cuerpo, aceptó quedarse entre Marcelo por unos segundos, se dejó besar en cada mejilla, cedió a la emoción y se conmovió con

la despedida que estaba esquivando, pero que Marcelo esperó hasta el final. Tan pendiente estuvo de la partida de ella que la víspera no solo cocinó de nuevo, y con gusto, para los tres, sino que como un muchacho novelero, merodeó por el cuarto de Violeta, husmeó la empacada de las últimas cosas y hasta el minuto final estuvo al tanto de cada detalle, como entrar a revisar el baño de ella para verificar que nada se le hubiera olvidado. Por eso, a punto de salir del apartamento, le dijo “mira, se te quedaba esto” y le entregó la tintura que habían comprado en la farmacia, con lo cual, aunque lo quisiera, no logró hacerle un favor a Violeta pues ella, al percatarse del tinte para el pelo, se arrimó de inmediato al espejo del pasillo para revisarse la cabeza; cuando corroboró las raíces rojas, se lamentó de haber pasado por alto la necesidad de esconderlas, renegó por no haberlo hecho y temió por la imagen de descuido que le habría dado al amigo de Eva. Aunque si a él le había gustado, podría empezar a considerar una reconciliación con su color original.

Como un niño regañado al que no llevan al paseo queda Marcelo en la calle, diciendo adiós con un tímido vaivén de la mano. Violeta lo observa por última vez desde la esquina cuando el auto gira a la derecha y lo tiene frente a sí; también levanta y agita la mano para contestarle. Le nace sonreírle. Luego se concentra en pensar la manera de informar a José Luis sobre la conversación de Marcelo con su madre. Esta vez sí teme la reacción de su hermano. Ante un nuevo conflicto que intuye peor, ella ha preferido estar lejos y que él goce de la total privacidad que merece una relación sentimental. Por eso decidió dejarlo para el final, hablar con él en el trayecto hacia el aeropuerto. Ahora las condiciones están dadas, pero solo en las circunstancias externas, no en su sentimiento. Ante la inminencia de la tarea por cumplir, empieza a decirse a sí misma qué irá a decir, cómo va a tomarlo,

con la importancia que le da a la mamá, y las elucubraciones se vuelven inacabables como la autopista, de tal manera que las palabras se quedan contenidas y la llegada al aeropuerto la sorprende sin decir nada. Pero se tranquiliza pensando en que “lo ideal es que él esté tranquilo, no manejando” y decide esperar a chequear las maletas pues tiempo habrá de sobra con las horas de anticipación con las que las aerolíneas castigan a los pasajeros de los vuelos internacionales. Además, es un hecho que las cosas se conversan mejor al sabor de un café en un buen bar. Solo cuando están en esas condiciones ella se atreve a contarle el último rollo de Marcelo. —Ya lo sabía.

—¡¡Qué!! Pero mi mamá sí. Quedamos en que yo te lo diría, ¿entonces para qué me puso en estas?

—No me lo dijo ella.

—¿No? Entonces cómo supiste.

—Fue Marcelo.

—¿Marcelo?

—No le quedó de otra.

—Pero ¿qué pasó?

—¿Te acuerdas cuando salí a llevarlo que porque tenía que trabajar en el hotel de urgencia?

—Sí.

—Pues era mentira.

—Ay no. ¿Acaso nunca aprendió a decir la verdad?

—Creo que por primera vez me dijo una.

—Menos mal.

—Hubiera preferido que no lo hiciera.

—¿Hablas en serio?

José Luis se concentra en tomar su café y comer el bizcocho de manzana y nueces que han pedido. Violeta opta por hacer lo mismo. Le pica la curiosidad por saber detalles del asunto.

—De todos modos ibas a enterarte —insiste ella al cabo de un instante. Pero José Luis sigue con los ojos puestos en su bizcocho sin decir ni mu. Ella resiste.

—Pero ¿y qué? Cómo fue que te lo dijo. Si puede saberse, claro.

—Te mueres por saber, no.

—Ay José, sufrí todo el viaje y desde anteayer estoy pensando cómo decírtelo y me sales con que ya lo sabías. Lo mínimo que puedes hacer es contarme para matar esta curiosidad que me has despertado. ¿O acaso no me tienes confianza?

José Luis se soba la frente con los dedos. Luego pone ambos codos en la mesa, junta las manos, apoya el mentón en ellas y vuelve a hablar.

—Estaba muy nervioso, como asustado. Entonces empecé a preguntarle qué era lo que estaba ocultando, si era verdad que iba a trabajar o iba a verse con alguien. Aseguraba que no, pero yo no le creía, hasta que me dijo que estaba preocupado porque había hecho algo que me molestaría mucho, pero de lo que ya se había arrepentido porque había sido algo impulsivo, que no sabía qué le había pasado, y ahí fue donde me contó todo.

José Luis hace una pausa y vuelve a poner las manos en la mesa. Los dos aprovechan para tomar más café y seguir arañando el bizcocho con el tenedor.

—¿Entonces tú hablaste con mi mamá de eso? —pregunta él—. ¿Y ella qué dijo? No me he atrevido a llamarla.

—Estaba dolida por la falta de confianza.

—Por eso mismo ni me atrevo a hablarle.

—No te preocupes. No se va enojar contigo por eso. Le preocupa más el tipo de persona que sea Marcelo.

—¿Cómo así?

—Me preguntó si te trataba bien, si era fiel y me pidió que te dijera que si no es así no vale la pena.

—¡Le contaste cosas de nosotros?! ¡Eso sí me parece el colmo!

—No señor, para nada, cómo crees que soy así.

—¿Entonces por qué salió con eso?

—Yo qué voy a saber. Mi mamá es muy fregada. Se las huele todas. Tú mismo lo dices.

Vuelven a quedar en silencio dándole al café y al bizcocho. Al cabo de un par de bocados, ella pregunta:

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues hablar con mamá. Debe estar extrañando que no la llame. La tengo mal acostumbrada.

—No, digo, con Marcelo.

—Ah, Marcelo.

José Luis apoya de nuevo los codos en la mesa y empieza a sobarse las mejillas con los dedos.

—Esta metida de pata estuvo grande. Él cree que se la voy a pasar porque las cosas han seguido como si nada.

José Luis deja de tocarse las mejillas y permite que descansen entre sus manos.

—Pero ha sido por evitarte una escena. Con él nunca se sabe. Además, te tomó cariño. Yo quería vivir en paz hasta el final, los tres, y hacerte una buena despedida. Los vinos ayudan a relajar las tensiones. Qué más daba esperar un día.

—En verdad la pasamos bien anoche. Como el día que llegué, aunque distinto. Y noté a Marcelo distinto también. Parece muy decidido a irse del todo en diciembre.

—Pero yo no voy a esperar a diciembre. Y ahora que llegue voy a decírselo.

—¿Vas a echarlo?

—Qué crees.

—¿En serio? Ay no José, que pecado. ¿Por qué más bien no piensas en que...

—¡Pecado! —interrumpe José Luis retirándose las manos de las mejillas—. ¡Quién lo dice! ¿Cuándo cambiaste de idea? ¿Crees que voy a perdonarle que se haya metido con mi mamá?

—Ah no, contigo no se puede. Mejor cerremos el tema. Pero déjame aclararte una cosa. También fue una bobada tuya

el misterio con mi mamá. Ponte en la piel de Marcelo. Que lo escondan a uno como si fuera algo de qué avergonzarse. ¿Acaso no es suficiente lo que han tenido que pasar ustedes por ser lo que son?

—No me sermonees. ¿O es que no te importa que haya hecho sentir mal a mi mamá? Todo se lo admitiría, menos eso.

—Veo que tienes más de un problema por resolver. Y a tu edad.

—¿Qué quieres decir?

—Nada nada. Perdona. De verdad perdóname. Y en todo caso, gracias por esperar a que me fuera. No quisiera estar ahí.

José Luis se queda mirando a su hermana. Le pasa una mano por el pelo. Le toca el mentón.

—Y yo no quisiera que te fueras. Te voy a extrañar mucho pecosita. Me había acostumbrado a tener compañía y voy a quedarme solo de un día para otro.

—Te prometo que el año entrante vuelvo. Aunque me...

Violeta se calla, se arrepiente de lo que tan decididamente iba a decir.

—¿Aunque qué? —le pregunta él, extrañado.

—Ya me da miedo volver.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Mira lo que ha pasado. ¿Me recibirías otra vez? Sin mí tal vez tu vida seguiría igual.

—¿Tú crees?

—Es la sensación que tengo. No he pensado en otra cosa en estos días.

—A lo mejor me has hecho un favor.

—¿Favor?

—Lo estaré concluyendo cuando pase el tiempo, pero me sirve pensarlo desde ya.

José Luis le toma la mano a Violeta.

—Y a ti parece que te ha servido estar aquí. Te veo mejor. Hasta la mirada te ha cambiado. Y ya te ríes. Lo noté anoche.

—¿En serio? Qué raro, el otro día Marcelo también me dijo lo mismo.

Violeta mira el reloj. Se asusta.

—Ay no José, me cogió la noche. Ya debería estar entrando a la sala, por estar hablando contigo voy a perder el vuelo.

—Nunca dejarás de exagerar.

—Y dónde de verdad me deje el avión por estar aquí cotoreando contigo.

—No, no, tampoco. Primero se quedaban los documentos del tal Emilio que tú.

Cuando Violeta deja de distinguirse por el pasillo de las salas de espera, Marcelo vuelve a ser la realidad que José Luis ya no puede evadir más, la realidad que se vuelve un vacío en el estómago, un aire que falta en el pecho, un taco de lágrimas atravesado en la garganta y que obliga a respirar hasta el vientre y a cerrar los ojos para aguantar la agonía que le deja la ausencia de su hermana, pero sobre todo la de Marcelo que esta noche será espacio vacío en su cama, y quién sabe por cuánto tiempo será aflicción en el cuerpo, dolor en el alma y pena en el corazón, pues la intención de José Luis es desahogar cuanto antes la rabia contenida que tiene con Marcelo por haberse metido con su mamá. Dentro de poco estará echándolo a la calle como se lo merece, sacando de su apartamento y de su vida al hombre que tiene que empezar a olvidar, así olvidar amando sea como quemarse la piel en carne viva. En verdad que José Luis va a sentirse solo esta noche en el apartamento sin Violeta y sin Marcelo, y de un día para otro es bien difícil pasar trago tan amargo. Por eso, antes de salir hacia el parqueadero, entra a una de las tiendas del aeropuerto y se compra un litro de vino. Todavía siente algo de malestar por los tragos ingeridos la noche anterior en la despedida de su hermana, pero cree que a palo seco no es posible soportar el sentimiento que tendrá en unas horas pues

ya ningún argumento, ruego, caricia o beso de Marcelo podrá echar hacia atrás la decisión tomada y además es verdad que, como lo canta Lance Hayward “every time I say good by I die a little”.

Mientras tanto, Violeta sigue su camino, un tanto contrariada porque el guarda de seguridad le decomisó la tintura que le encontró en el morral. Claro, como Marcelo se la entregó a última hora no pudo guardarla en las maletotas y ahí se perdió la compra. Y un tanto aburrida porque José Luis la dejó lagrimeando, pues aparte de que a la hora del regreso le dio por llamarla como le decía cuando eran hermanitos y vivían juntos en la misma casa, aparte de eso, antes de abrazarla por última vez, salió con que “dónde está enterrado mi papá”, y cuando ella le dijo “¿por qué me preguntas eso ahora?”, contestó “de pronto voy a visitarlo cuando vaya, tengo que curarme el resentimiento, como ahora voy a empezar a detestar a Marcelo, necesito quitarme un odio de encima, con dos me parece muy duro vivir”. Sí, así igualito dijo, y la fregó, pues cómo quedarse tranquila imaginando al hermano yendo por otro lado del aeropuerto como un alma en pena, temiendo lo que se le espera al llegar a su propia casa, y todo por culpa de ella, ella que con su presencia le dejó la vida tan revolcada como el guarda el morral, viendo que apenas dos meses atrás era tan buena con Marcelo. Por eso, si hoy le duele tanto abandonar el aeropuerto gringo que se negaba a pisar tan pronto, es por la manera como ha quedado José Luis. Un mensaje largo como los de Eva es el que va a escribirle a su hermano cuando llegue a Medellín a ver si le sirven de consuelo sus palabras.

Violeta entra en el avión que la regresará al lugar donde se negaba a volver, al país sangriento, enrojecido, en el que irremediamente aterrizará en unas horas y en el que la espera una mamá con quien tendrá que habitar el mismo techo, un techo ocupado además por Margó y Julián.

Atrás deja a José Luis con su vida dolida. El panorama se vislumbra más complejo que hace dos meses. El viaje que ahí concluye no resultó como lo ideó. Poco ha sido resuelto en su vida, no encontró lo que buscaba, tan solo lleva la vaga sensación de que algo importante ha sido hallado. Sin embargo, va tranquila, se siente ligera, casi satisfecha, como si un cierto alborozo le hubiera caído súbitamente. Lógico. Después de la pesadez de los aeropuertos del siglo XXI, con su paranoia mundial, su síndrome de terror y su avidez de seguridad, nada puede ser mejor que llegar por fin a sentarse en la silla del avión, así el hecho de irse a tierra se estime entre las posibilidades del aparato.

Luego de acomodarse se quita los zapatos y se abrocha el cinturón. Las gafas con el libro que ha sacado descansan encima de sus muslos. Recuesta la cabeza en el espaldar y cierra los ojos. Sin quererlo se acuerda de Emilio. Sin quererlo sonrío ante el recuerdo. Sin quererlo lo lleva en su mente durante todo el viaje. Él se resiste a borrarse de su memoria, como si quisiera perdurar en ella por siempre de la misma manera en que lo ha hecho el rojo de su pelo.



*Este libro se terminó de imprimir
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT
en el mes de agosto de 2012*

*La carátula se imprimió en proplacote C1S 250 gramos,
las páginas interiores en proplal beige 70 gramos*

La fuente tipográfica empleada es GoudyOISt BT

